

ARTÍCULOS ESCOGIDOS
DE GMIRO KASTOS



Digitized by the Internet Archive
in 2007 with funding from
Microsoft Corporation

EMIRO KASTOS

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

(All rights reserved.)



J. de. P. Pestropo.

[Decorative flourish]

ESCRITORES COLOMBIANOS

EMIRO KASTOS

ARTÍCULOS ESCOGIDOS

NUEVA EDICIÓN

AUMENTADA Y CUIDADOSAMENTE CORREGIDA

CON UN RETRATO DEL AUTOR Y UN PRÓLOGO POR EL
DR. D. MANUEL URIBE ÁNGEL

LONDRES

PUBLICADO POR JUAN M. FONNEGRA

M DCCC LXXX V

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1923-24

1923-24

1923-24

1923-24

1923-24

1923-24

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, 1.º de Noviembre de 1859.

Deseábamos de tiempo atrás ver reunidos en un solo cuerpo todos los artículos de costumbres del señor Juan de Dios Restrepo, tan popular en la Nueva Granada bajo el seudónimo de *Emiro Kastos*, y al fin hemos tenido el placer de que este señor nos permita hacer la edición.

El señor Restrepo no es un escritor de profesión: él no escribe sino muy de tarde en tarde y cuando le viene el capricho de hacerlo. La naturaleza de sus escritos confirma muy bien esta aserción. Por eso al darnos el permiso de coleccionar sus artículos nos dijo: “Pongan ustedes únicamente los que he publicado con la firma de *Emiro Kastos* sin distinción alguna, y sólo con la fecha en la cual fueron escritos. Así podrá el público juzgarlos mejor, pues hay muchos que son *enteramente de época*.”

Es esto, pues, lo que hemos hecho nosotros para ser fieles á la voluntad del señor Restrepo. Por lo demás, abrigamos la esperanza de que el público se apresurará, como siempre que se trata de este distinguido literato, á dar una manifestación espléndida de lo mucho que lo aprecia y distingue; y como sus obras son su mejor apología, nosotros no tenemos ni el atrevimiento de ensayar un juicio sobre ellas.

LOS EDITORES

EMIRO KASTOS



SOLICITADO para escribir alguna cosa, que debe ponerse á la cabeza de las obras literarias de Emiro Kastos, á manera de prólogo, lo primero que hice fué excusarme, por motivo de incompetencia; pero como no se admitiera mi excusa y como yo tuviese que ceder, me visto en este momento, como se dice familiarmente, camisa de once varas.

Ardua cosa es poner mi pluma al lado de la de Emiro Kastos; mas, sea por debilidad de carácter ó por condescendencia, es lo cierto que estoy en el empeño de hacer algo, sea cual fuere el resultado, con buena intención, eso sí, pero con desconfianza de mis facultades también.

Opino que los prólogos deberían abolirse, como inútiles unas veces y como perniciosos en ocasiones; mas, puesto que están de moda, me someto á ella. Mejor que un prólogo, hallo que sería la lectura de la obra, y, si ha de ser largo y luminoso, bueno será que luzca por su propia cuenta, porque si el encabezamiento de un libro hubiera de ser mejor que el libro mismo, flaco servicio se haría al escritor.

Yo no temo que el mío perjudique en lo mínimo á Emiro Kastos; quisiera sí que fuese digno de mi ilustre amigo, y me consuelo desde ahora para el caso probable de que salga muy

malo, porque entonces acontecerá á la exquisita producción de Emiro Kastos lo que sucede á una mujer bella cuyas divinas perfecciones son tanto más salientes, cuanto más fea es la compañera que lleva al lado.

Previas estas consideraciones, que parecen exordio, quiero entrar en materia y advierto que daré sobre la persona física, moral, intelectual, política y literaria de Emiro Kastos, algunos pormenores poco conocidos, porque no todos los lectores han tenido la ventaja de vivir en estrecha intimidad con él, durante mucho tiempo. No sé si al lector le ocurrirá lo que á mí, cuando leo algún libro que me agrada; pero me parece que sí, porque eso está en la naturaleza de las cosas—quisiera saber qué especie de hombre es el escritor, dónde nació, dónde se crió y dónde se educó—quisiera saber qué cara tiene, qué cuerpo, qué modales, qué carácter y, en fin, qué todo, para entrar en amistad con él y comprenderlo y descifrarlo y conocerlo á mis anchas.

Si yo tuviera que decir alguna cosa mala de Emiro Kastos, no me habría encargado de escribir este prólogo; mas, como felizmente para él y dichosamente para mí, lo que tengo que decir es favorable, mi tarea se facilita. No carecerá Emiro de uno que otro defectillo, defectillos de carácter que ni constituyen vicios ni deshonran, y, como además, yo tengo la costumbre de quererle mucho, ni me corresponde vituperarlo por ellos ni hacerle cargos. Todo lo contrario, uno que otro resabio que le he notado me cae en gracia y lo recibo como rasgo claro de su carácter franco y entero. No pretendo hacer una biografía completa de Emiro Kastos, según las reglas del arte, porque eso sale de mi capacidad y alargaría demasiado mi escrito. Pretendo sólo introducirlo al conocimiento del lector, suministrando algunos datos sobre su vida, para el gasto y provecho de sus admiradores.

No quiero tampoco entrar en difusa crítica de sus obras, porque realmente consulto mis facultades y las encuentro débiles para tanto. Mi juicio literario, pues, será somero y rápido.

Comienzo por decir á los pocos que no lo sepan que Emiro Kastos es, como si dijéramos nombre de guerra, porque el verdadero que se le puso en la pila bautismal, fué Juan de Dios; de manera que pienso decir algunas veces Emiro y otras Juan de Dios, porque tanto vale lo uno como lo otro.

Nació Juan de Dios Restrepo en la Provincia de Antioquia, y, si no estoy mal informado, en la ciudad de Medellín ó en un punto de sus cercanías, y fueron sus padres Don Francisco María Restrepo y Doña Beatriz Ramos.

Tampoco sé á punto fijo el año del nacimiento de mi amigo; pero como yo estoy frizando con los sesenta y tres y sé que le llevo dos ó tres años de edad, juzgo que está en los sesenta, lo que equivale á decir que ambos estamos viejos.

Don Francisco María Restrepo era hombre de clarísima inteligencia y pertenecía á esa gran familia antioqueña de Restrepos, compuesta de individuos en quienes los tontos son pocos y los inteligentes muchos. Si se me pidiera la prueba presentaría para descargo el nombre venerable de Don José Félix de Restrepo, y el, para mí, no menos ilustre de Don José Manuel Restrepo, tío carnal de Juan de Dios.

Doña Beatriz Ramos era matrona distinguidísima y ornato admirable de la sociedad antioqueña.

Juan de Dios heredó de su padre gran capacidad intelectual, y puede suceder también, aunque yo no lo afirmo, que, por la sangre que circula en sus venas, rueda el talento en forma fluída; porque, sin que falten excepciones, he creído notar que, en algunas familias, la inteligencia forma jerarquías, y de no, ahí están Caro y su hijo, Dumas y el suyo, y muchos más.

Emiro Kastos pasó la niñez y parte de la juventud en las ciudades de Antioquia y Medellín, y empleó probablemente el tiempo en recibir educación acomodada á los escasos medios de entonces; y juzgo que no lo perdería porque, llevado á Bogotá en el año de 1840 ó 41, época en que lo conocí, ya manifestaba no escaso caudal de conocimientos.

Juan de Dios y yo seguíamos carreras distintas. Él como que quería ser jurista y yo como que quería ser médico; por manera que, aunque nos veíamos y nos tratábamos, no lo hacíamos estrechamente, porque girábamos en diferente círculo.

Concluída la revolución del año de 40, se organizaron en Bogotá los estudios académicos, lo mejor que se pudo, y resultó de ello que fuera de la Escuela de Teología, con la cual nada teníamos que hacer, las de Jurisprudencia y Medicina fueron concurridas por grupos de jóvenes cuya mayor parte ha desaparecido ya, arrebatados unos por muerte natural y segados otros por la cuchilla inexorable de nuestras guerras civiles. En el grupo de jóvenes que asistían á las clases de Derecho, como apellidaban entonces la Jurisprudencia y la Política, lucían, entre otros, los Camachos, los Pereiras, los Herreras y Gregorio Gutiérrez González. Todos ellos reunidos formaban un grupito que parecía una promesa de ventura para el porvenir de la Patria, y todos ellos ó la mayor parte, eran amigos de Juan de Dios Restrepo.

Apareció en aquella época, en la ciudad de Bogotá, un periódico de índole política y literaria en que se estrenó con brillo nuestro amigo, á pesar de su corta edad, la cual no pasaba entonces de diez y ocho á diez y nueve años. El periódico tuvo existencia efímera, pero sirvió para manifestar claramente la fuerza intelectual de sus redactores. Algunos artículos en prosa y algunas composiciones en verso, que recuerdo haber leído con gusto, fueron primicias ofrecidas por el ingenio de Restrepo.

Los estudios de Emiro Kastos en Bogotá ni fueron completamente clásicos, ni tan largos como convenía, porque, á mediados de 1844, estando yo en vísperas de viaje para Antioquia, se me allegó y me dijo: "Seremos compañeros de viaje;" lo que acepté con alegría.

Partimos, y por una feliz casualidad se nos unió, para seguir en nuestra compañía hasta Nare, el Doctor Ricardo de

la Parra. Este último redactaba "El Joven," periódico de oposición; y como fuese un tanto agresivo en sus escritos, no dejaba de incomodar al Gobierno presidido por el General Herrán y dirigido, en mucha parte, por Don Mariano Ospina y por Don Juan de Dios Aranzazu.

Yo creo que para desembarazarse de "El Joven" resolvieron aquellos señores nombrar al Doctor Parra para desempeñar la Prefectura del territorio de las Bocas del Toro, que él aceptó.

Aunque ha pasado mucho tiempo, estoy ahora, aquí en París, trayendo á la memoria y figurándome, como si los viera, á mis dos compañeros de viaje, especialmente en el trozo de camino que hay entre el Aserradero y Nare. Juan de Dios nos divertía con su parla constante y sus ocurrencias inesperadas, mientras que el Doctor Parra se nos perdía de repente en la mitad del camino; y era porque se entraba en uno de esos bosquecillos, con la cartera abierta y el lápiz en la mano, para escribir una estrofa que había ido rimando al trote de la mula. Entre Juan de Dios y el Doctor Parra, como pensadores, había la diferencia que hay entre la centella y su estallido; el primero brillaba repentinamente; el segundo resonaba como el trueno y se extinguía lentamente y en lejanos ecos. El primero lanzaba verdades en forma precisa y á veces extravagante, pero siempre sentenciosa y divertida; el segundo se perdía en los pliegues de la hipérbole y decía, con donaire, monstruosidades del tenor siguiente, cuando navegando por el Gran Río, contemplaba el aspecto de los bogas y se sentía picado por los mosquitos: "Pasarán torrentes de millones de generaciones de siglos, antes de que esta tierra se civilice." Creí notar en el estilo de Restrepo algo del satírico y mordiente de Rabelais, y en el Doctor Parra algo sibilino y profético, como el de la pitonisa sobre el trípode.

El día en que nos dimos el abrazo de despedida en Nare

tuve ocasión de ver el resultado intelectual de la correría de mis dos compatriotas. Juan de Dios nos leyó una composición en verso, que no ha sido publicada, y sobre la cual declaro, á fuer de hombre de bien, ser uno de los retazos mejor sentidos y más lindamente expresados en lengua castellana. El Doctor Parra nos leyó otra composición, también en verso, que, si no recuerdo mal, tenía cierto sabor de pan-teísmo; por lo demás, el escrito revelaba la robustez de pensamiento de mi malogrado amigo.

Después de llegar á Antioquia continué viviendo en íntimo contacto con Juan de Dios, y tanto que su casa era la mía y la mía era su casa. Esa casita de la familia de Restrepo, en Medellín, era preciosa, y quien de su mérito quisiera convencerse, no tendría que hacer otra cosa que leer la descripción que de ella hace en uno de sus artículos.

El tiempo que yo no empleaba en el desempeño de tareas profesionales, y el que á él le quedaba libre en los intervalos de uno que otro viaje que hacía para estar con su padre en un cortijo vecino, lo empleábamos en leer, conversar, bañarnos en los riachuelos, comer frutas, y en procurarnos la mejor alimentación posible.

Fué en aquella época cuando yo comprendí el gran cúmulo de conocimientos adquiridos por Juan de Dios, en tan corta edad, y es por eso por lo que, llegado á ese punto, quiero tratar de ver si puedo retratar al hombre intelectual.

Restrepo nació con lo que se pudiera llamar temperamento literario; y digo esto porque sus facultades orgánicas y psicológicas me han parecido siempre admirables; pero, como yo no creo en escritores perfectos sin la debida preparación anterior, trataré de indicar de qué manera llegó á adquirir la fuerza necesaria para seguir, como ha seguido, con lucimiento, su tarea de pensador y de escritor aventajado.

Sus estudios elementales y filosóficos debieron de ser bien hechos, si se juzga por el resultado; y como además, durante

el tiempo de su permanencia en Bogotá debió, por lo menos, estudiar un poco en Bentham y Filanghieri, en Juan Bautista Say y Benjamín Constant, en Don Juan Sala y Don Ramón Campos, en Federico Bastiat y Tocqueville, en Guizot y Michelet; como también pudo oír, ya en los congresos, ya en los bancos de la Universidad, las enseñanzas dogmáticas del maestro Florentino González, ó las lógicas lecciones del Doctor Ezequiel Rojas, se comprenderá fácilmente que almacenaba en su cerebro lo mejor y más correcto de la ciencia adquirida hasta entonces por el país.

Fuera de eso, Emiro Kastos estuvo siempre muy bien relacionado en la capital con los hombres eminentes de la época, como se demuestra en la parte de su libro en que describe, con tamaña propiedad, el salón de tertulia de Don Juan de Dios Aranzazu.

Mientras que, con un poder notabilísimo de absorción intelectual, recogía al paso gran copia de ideas expresadas por aquellos personajes, de verdadera y sólida instrucción, él por su parte leía, ó más bien devoraba con ansia todo libro que pudiera haber á la mano.

Ya en Antioquia, y en la época á que venía refiriéndome, Emiro Kastos, si no un sabio, era un joven lleno de conocimientos y de erudición; y como, á un mismo tiempo, en vez de contener su ardor por el estudio, lo aumentase más y más, resultó de ello que alcanzó una competencia fenomenal para escribir bien, mucho y fácilmente.

Juan de Dios leía novelas; pero el sentido estético, que es uno de sus principales caracteres, lo guiaba para escoger siempre lo bueno, lo bello y lo útil, en materia de lecturas. Todavía recuerdo el aire de menosprecio que tomaba cuando, al dar con un mal libro, lo arrojaba desdeñoso y acompañaba la acción de algún calificativo terrible.

No me pude explicar, ni me explico ahora, cómo, en tan corta edad, pudo Emiro Kastos adquirir tan vasta instrucción.

Clásicos latinos y españoles, literatura francesa é inglesa, fábula é historia, economía política y legislación, ética y psicología, romances y costumbres, lógica é ideología, aguda crítica y lirismo para describir, todo le era conocido, y todo de una manera sorprendente.

Si Emiro Kastos leía novelas, no las leía como el vulgo de los lectores, y sacaba de las buenas el provecho que un hombre de buen juicio puede y debe sacar; porque, si es verdad que esa clase de lectura corrompe á veces y deprava en ocasiones, también es cierto que con frecuencia adorna el espíritu, pule las ideas, ordena el sentimiento y enriquece el alma.

Serias meditaciones sobre la historia general del mundo, y muy especialmente sobre la historia de Grecia y de Roma, ocupaban mucho tiempo del consagrado al trabajo por mi amigo; pero sus autores favoritos eran Larra y Mesonero Romanos, Byron y Shakespeare, Tácito y Plutarco, Víctor Hugo y, sobre todo, el gran Balzac.

Con esta referencia quiero dar á entender que el escritor calzó, desde muy temprano, más de cuatro puntos en la tarea que desempeñó, y que no puede dejar de verse en él un ser inteligente de una complejidad apenas concebible, por cuanto sus gustos y sus aptitudes lo hicieron propio para escritos de diverso género y de variadas aplicaciones.

Á la edad de veintiún años era Emiro Kastos, en cuanto á hechura física, un personaje, poco más ó menos igual al que intento describir en seguida: mediano de cuerpo, delgado de miembros, de blanca piel, de pelo castaño claro, de barba naciente, de ojos que tiraban á azul, de facciones regulares y de fisonomía más bien melancólica que alegre, y más bien pensadora que frívola. Cuando andaba, su paso parecía vacilante y su cuerpo se encorvaba inclinándose á uno y otro lado, como el junco cuando es movido por el viento.

Al contemplar aquella organización tan delicada y frágil en apariencia, cualquiera hubiera dicho que pertenecía á un ser

indolente y perezoso, á un sujeto inútil y de poca resistencia; pero nada de eso. Emiro Kastos era un caminador insigne y un cabalgador infatigable; sobrio y frugal, amaba los buenos manjares, y los amaba por la calidad más bien que por la cantidad; pero flexible en todo y acomodado á las circunstancias, tomaba con resignación y sin reclamar lo que se le ofrecía. Yo creo que, como Alcibíades, se hubiera sentado con lucimiento en un festín de Atenas, y que en Esparta hubiera comido la salsa negra con los lacedemonios.

De la faena de leer mucho y sobre todo leer de noche, resultó que enfermaron sus ojos; y el meditar siempre con intensidad imprimió á su ser un aspecto soñoliento y abstraído con frecuencia; tanto que había momentos en que todo vínculo de relación con el mundo exterior parecía roto para él. En tales momentos la existencia entera de Juan de Dios parecía retirarse de la periferia de su cuerpo para abrigarse en el fondo de su alma; y entonces sucedía que al irse se despedía á la inglesa, es decir, sin saludar; que al sentarse á la mesa, comenzaba por los postres y acababa por la sopa; y que al mudar pieza de vestido tomaba por equivocación una servilleta en vez de un pañuelo.

Cuentan de Lafontaine que cierto día fué de visita á casa de un amigo y que, al preguntar por él le respondió el portero: "Señor, su amigo de U. murió hace ocho días, y U. asistió al entierro." El gran poeta se golpeó la frente, "lo había olvidado," dijo, y volvió la espalda. Emiro Kastos no ha hecho eso, al menos que yo lo sepa; pero si atiendo á lo que entonces sucedía, no me parece imposible que lo hiciera.

La distracción, sin embargo, no es señal ni de egoísmo ni de indiferencia; es un estado del alma, adquirido en parte y en parte congénito. Nada supone en contra del carácter de un individuo, y menos cuando este individuo es Juan de Dios Restrepo. Yo que lo conozco sé que fué siempre hijo tierno, amante hermano, amigo incomparable, ciudadano estimable y

hombre correcto. En lo que son modales y trato social él se daba por emancipado, sin renunciar un punto de su natural benevolencia. Así, por ejemplo, en su manera de vestir era sumamente descuidado; tenía horror por dijes y fruslerías, y las piezas de ropa que llevaba de ordinario iban sobre su persona al desgaire y sin el atildamiento que acostumbran los jóvenes de su edad. Las telas que gastaba, es verdad, eran siempre de buen gusto, finas y de buena calidad; mas llevadas con el descuido apuntado, revelaban en el dueño ese "qué se me da á mí de las exigencias de la moda." Justo es notar sin embargo que, en medio de ese desgrefío, lucía como realce el más esmerado aseo y la más nimia pulcritud,

Dejo á un lado todas estas noticias personales que parecen y son pueriles, y veo con alguna seriedad el lado literario del escritor.

Durante su primera permanencia en Antioquia, Restrepo escribió y publicó algunas hojas volantes sobre asuntos de *actualidad*, como se dice hoy, y las escribió con tal maestría, que revelaba bien sus bellas aptitudes. Todavía hacía versos, y los hacía bonitos; pero, sin que se sepa por qué, dió de mano á esa tarea; mandó las musas enhoramala y aplicó todas sus facultades á la prosa, pero á la prosa interesante, sustanciosa, nutrida y admirable, como quedará evidente para el lector que quiera procurarse el placer de leerla.

Después del año de 1854, se publicó en Medellín "El Pueblo," periódico literario, político, noticioso é industrial en que trabajaron, entre otros, Camilo A. Echeverri, Benigno Restrepo, Juan Crisóstomo Soto y Lucrecio Gómez. Todos ellos eran más ó menos amigos de Emiro Kastos, quien con sus donosos artículos sobre costumbres, industria y economía política dió sumo interés á la publicación.

Por ese tiempo nuestro escritor partía sus tareas entre actuar en negocios propios, estudiar mucho, como de costumbre, y

deleitar al público con sus originales producciones, porque ya principiaba á ser conocido con crédito en la República.

Juan de Dios comprendía que la carrera literaria no podía ser para él negocio de medros personales, sobre todo en un país en que los trabajos de inteligencia ni contaban ni cuentan con adecuada remuneración. Por tal motivo, aunque impotente para resistir la fuerza del instinto que lo conducía á escribir con frecuencia, no descuidaba otra clase de ocupaciones. Un poco de agricultura y un poco de minería llamaron, por entonces, su atención; pero esta clase de empresas, aleatorias, como lo eran todas las que entonces había en Antioquia, no le dieron buen resultado, como no se lo dieron luégo algunos ensayos de comercio, hechos con productos nacionales, propios para la exportación. Tal vez dependió el mal éxito de que el hombre, absorbido por asuntos literarios y científicos, no podía ser dirigido sino por el fuego sagrado de su pluma; fuego que hermana bien con la expresión del pensamiento, con los fueros de la inteligencia y con los arrebatos del genio, pero que gusta poco de ir de brazo con las ideas netas de la cantidad y del número, de los guarismos y del Libro de Caja.

Desde el comienzo de la carrera literaria de Emiro Kastos se vió que la espontaneidad era el tipo genial de sus producciones, y como la espontaneidad es el arte, el artista quedó hecho de una sola pieza.

Un día estábamos comiendo y, en conversación íntima, me dijo: “Estas costumbres parroquiales de Antioquia me parecen venero inagotable para formar artículos de costumbres.”—Pues á la obra, le contesté; y al día siguiente, á la misma hora, me leyó *Mi compadre Facundo*; acaso la más sutil, delicada y estupenda prueba de observación. Semanas después de publicado, me andaba yo por aquellos campos tomando el pulso y dando recetas, y acerté á entrar en un cortijo en que vivía un respetable campesino, padre de una muchachona desparpajada é inteligente, si bien sencilla y pobre y de es.

merada educación. No sé por qué motivo, hablando con ella vino á cuento el nombre de Emiro Kastos. “Estoy furiosa con ese hombre, me dijo; jamás ha entrado en casa y no sé por qué ni para qué nos ha retratado en un papel público, con todos nuestros pelos y señales.” ¿Qué tal sería la verdad del cuadro?

Esto que acabo de decir me hace recordar una anécdota que leí, no me acuerdo en dónde, sobre el gran trágico Federico Lemaitre. Tenía el tal hombre la costumbre de ensayar á lo vivo todos sus papeles delante de un espejo, y en cierta ocasión en que tenía que representar el papel de Diabolo, hizo sus experiencias, con la vestimenta propia del Príncipe de las Tinieblas, cola, cuernos, etc. Tan encantado debió de quedar del buen éxito del ensayo que, para probar su efecto, salió á una de las ventanas de su casa, que daba á la calle. Á ese tiempo pasaba una vieja con la cual se encaró el célebre actor, haciendo los peculiares gestos y muecas del personaje que iba á representar. Pues, señor, se desmayó la vieja.

Y es porque eso de escribir sobre costumbres, de manera que los lectores al tiempo de leer exclamen la bien conocida frase: “Ése soy yo;” y eso de representar de modo que las niñas lloren y las viejas se asusten, es cosa que apenas pueden manejar hombres de genio.

En “El Neo-Granadino” y en “El Tiempo,” periódicos publicados en la capital de la República, continuó Emiro Kastos dando á luz sus artículos literarios que versan sobre diferentes asuntos: política, economía, industria y costumbres. Estos últimos han sido para los lectores de dentro y fuera del país, fuente inagotable de placer, por la donosura con que están escritos, sin que por eso pueda decirse que los otros géneros sean tratados con menos acierto y maestría.

Quienquiera que hubiese contemplado á Juan de Dios Restrepo entre los años de 1850 á 1860, se habría inclinado á pensar que un personaje tal, con la cabeza inclinada, absorto en sus

pensamientos, desligado del mundo exterior y, en ocasiones taciturno, era incapaz de seguir con pertinacia un sistema constante de observación social y privada. Y se habría engañado por completo quien así pensase, porque la cualidad prominente de este escritor consiste en la sagaz perspicuidad de talento de observación.

Pero si esta recomendación es de tanta importancia para enaltecer el mérito de un autor, hay otras que no queremos pasar en silencio. Por efecto, sin duda, de su gran inteligencia, de sus asiduas lecturas, de su perseverante meditación y de la bondad genuina de sus autores predilectos, resulta que Emiro Kastos conoce generalmente bien el valor significativo de cada palabra que emplea, que todo vocablo es bien escogido y bien puesto, que la conexión entre las voces es admirable, que la frase es oportuna, que el período es perfecto, que la oración es bien construída y que el discurso es delicioso.

Me ha sucedido á veces, al tiempo de oírle hablar y cuando he leído sus obras, toparme con un período tan singularmente construído que, al considerar su giro, he dudado que pueda ser llevado á término con felicidad. No sucede así, sin embargo, porque cuando se piensa que hay embarazo y perplejidad en la dicción, el escritor hace de modo que, como por una especie de gimnasia intelectual ó movimiento artístico, vuelve sobre sí y remata con algo sorprendente, lógico y perfecto.

Emiro Kastos conoce el corazón humano como si hubiera vivido en sus ventrículos, y eso se ve bien claro en la descripción que hace de los sentimientos y de las pasiones; conoce el alma humana, y eso se evidencia por la apreciación justa que hace de los hombres y de las inteligencias; conoce los principios de las ciencias sociales, y eso se prueba con la explanación oportuna de las mejores doctrinas en legislación y en economía política, en derecho constitucional y en ciencia administrativa;

conoce la índole de las cuestiones industriales, como se ve por los artículos en que las estudia; conoce la historia, la fábula y la literatura en general, como se deduce de las frecuentes y acertadas citas que de ellas hace; conoce la naturaleza física, puesto que la describe con tanta habilidad. Por manera que siendo tan apto para cambiar de género y tan hábil para desempeñarse en todos ellos, tengo derecho para volver á mi tema y sostener que Emiro Kastos posee una dichosa inteligencia múltiple.

La concisión es, por lo general, carácter distinguido en los escritos de Emiro. Ninguno como él describe un paisaje con menos palabras y con más perfección. Lo difuso le causa horror.

Pero se dirá, y tal vez con alguna razón, que se permite á veces incomprensibles olvidos respecto de la gramática y la retórica. Es posible que un purista, como tenemos muchos, exclame al tiempo de leer sus obras: "Este *que* es galicado; esta frase es un neologismo; esta concordancia está mal hecha; esta figura mal traída," y cosas por el estilo; y aun es posible que el purista tenga razón. Yo que soy de la escuela de los incorrectos voy á decir sobre esto un gran desatino. Dios me lo perdone, pero así lo siento. Mucha gramática y mucha retórica, mucho precepto y mucha regla, mucha reminiscencia clásica y mucho andar por las caminos trillados, para algunos, son cadenas y grillos que embarazan un tanto la expresión espontánea del pensamiento; que detienen el vuelo de las ideas; que amortiguan la vitalidad del escritor y lo confinan en un molde estrecho de donde nunca puede salir, dando al discurso cierta fría severidad, cierta chocante aspereza que instruirá todo lo que se quiera, pero que no siempre gusta, porque con frecuencia desfigura al hombre y lo separa de su estilo propio, que es tanto como partirlo en dos.

En el ligero juicio crítico que antecede, creo haber dicho mucho bueno respecto del hombre y respecto del escritor;

pero como toda opinión que se aproxime á lo absoluto inspira desconfianza, es posible que no falte quién me acuse de un poco parcial y de un mucho apasionado en el asunto. Por tanto y para ver si puedo dejar mi crédito en limpio, quiero someter la obra á una prueba de experimentación, para convencer á los lectores de que es esencialmente buena. Procedo á esto, para destruir todo motivo de duda que quiera explicar la cosa por un acto de prestidigitación de parte mía, delante de mi compatriota y amigo el joven José A. Silva, quien, persona competente en achaques de literatura y en negocios de hombría de bien, no me dejará mentir.

Tomo el volumen, lo abro al acaso, leo y copio un párrafo. "Casarse con una linda muchacha en Bogotá, después de acabar su carrera: retirarse con ella á su casa de campo en el valle del Cauca: pasar allí sus días cuidando sus vacas, entregado á ocupaciones campestres y paseándose con su amada bajo las ceibas, los naranjos, los madroños y las palmeras de su bello país: acostarse por la noche en una hamaca á aspirar las brisas perfumadas de los bosques, fumando cigarros mientras ella preludiaría al son de la guitarra canciones de amor: hacer versos en sus horas perdidas, cuidar sus caballos y sus perros, entregarse á todas las voluptuosidades de la pereza, que tiene tanto atractivo en los climas calientes: educar sus hijos, idolatrar á su mujer, vivir dichoso y morir en paz, he aquí el sueño dorado de Emilio." (Página 187—*Recuerdos de la juventud.*)

Pero como puede objetarse á esto que la casualidad me haya favorecido, abro de nuevo, leo y copio. "Á las lluvias continuas y á los malos días sucedió, para favorecer la diversión, una de esas noches verdaderas de Diciembre, en que nuestro cielo se cubre, como una hermosa en sus días de coquetería, con su más bello vestido azul, con sus más fulgentes y esplendorosas estrellas. Era una de esas noches serenas y tranquilas, que se ven en nuestro valle, en que la luz cariño-

sa de las estrellas y la brisa cargada de perfumes y voluptuosidad, convidan al placer; una de esas noches en que la vida se siente ligera é imaginamos que la desgracia es mentira; una noche de esas en que hasta los desgraciados tienen esperanza y hasta los ateos creen en Dios." (Página 165—*Un baile en Medellín.*)

Para que el buen resultado obtenido se atribuya únicamente á la casualidad será preciso sutilizar mucho. El lector puede repetir la experiencia tanto como quiera, y yo le auguro resultado feliz. Si es hombre que sabe mucha gramática, le permito que eche tajos y mandobles sobre las incorrecciones que halle; pero no le permito que deje de gozar con tanta belleza intrínseca como hay en los dos párrafos citados. ¿Habrán muchos libros, de los que andan por el mundo de las letras, que salgan triunfantes de semejante prueba? Creo que no.

Después de haber escrito todos los artículos que hoy se publican en nueva edición, Emiro Kastos abandonó la pluma, de un modo casi completo, y se entregó á otro género de ocupaciones. Voy á tratar de explicar la causa de esto como yo la concibo.

Entre los años de 1854 y 1859 me parece que Emiro Kastos se halló estimulado en su carrera por dos ideas fundamentales, que representan en la existencia dos momentos solemnes: constituir un hogar y, para ello, adquirir dinero. Para satisfacer estas dos aspiraciones echó mano de los elementos propios: para la una el amor, y para la otra la práctica de los negocios comerciales.

Para lo primero la felicidad le vino como adrede, porque vió y amó á la señorita Dolores Plata, quien por ende llegó á ser Dolores Plata de Restrepo. Si á Emiro Kastos le faltaba algo para ser completo, la unión con su respetable esposa de hoy lo ha perfeccionado, porque, al decir unánime de las gentes, la compañera de mi amigo es persona de raras perfecciones. Mujer de espíritu cultivado, de carácter entero,

de gran ternura afectiva, de clara inteligencia y de aptitud reconocida para todo lo que á su sexo atañe, ha sabido sostener á su marido en los momentos dolorosos de prueba, y lo ha estimulado con amorosa solicitud para seguir con acierto el escabroso sendero de la existencia.

Quien hubiera estudiado á Emiro Kastos cuando estaba entregado á sus estudios literarios; quien lo hubiese visto tan soñador y melancólico, habría creído que no había tela en él para hacer un hombre propio para los negocios y para acumular hábil y honradamente un capital, que lo emancipara de tanta servidumbre como pesa de ordinario sobre los pobres. Y se habría engañado quien así pensase, porque, ya lo tenemos dicho, Emiro Kastos es hombre de altas y variadas facultades que lo han hecho propio para practicar con brío muchas de las operaciones de la vida.

El amor, pues, y el trabajo han sido la base sobre que se eleva el edificio de prosperidad en que, según se me dice, vive hoy Emiro Kastos. Yo pido fervorosamente á Dios que no retire de esa para mí tan querida familia toda su protección.

Cuando un hombre recibe de la Providencia mucho talento y una pluma bien cortada, queda, por este hecho, en la obligación ineludible de llenar un deber moral, político y social de suprema importancia. El hombre así dotado debe trabajar activamente en defensa de los fueros de la moral, en bien de los santos intereses de la Patria y en pro de la buena organización de la asociación humana. Veamos un poco en qué manera Emiro Kastos ha llenado su misión.

Cuando ha entrado en el campo de las costumbres, ha introducido el estilete de su crítica hasta muy adentro en las carnes de la sociedad, y lo ha removido como el cirujano hábil para hallar el origen del mal y señalar cuerdamente el método curativo. Esa tarea no la ha verificado con el fin de arrancar gritos de dolor á la víctima, ni en vía de procurarse el placer de maldecir, sino por llegar á la satisfacción de hacer el bien.

De otra manera yo no diría que tiene talento, porque la faena de corregir, castigando los vicios, más que amigos crea émulos y adversarios. Hay en la forma algo que parece cruel, pero que en realidad no lo es, porque la expresión de la verdad, por amarga que sea, simboliza siempre una ganancia para el hombre. Además yo opino que el antiguo adagio de que "la letra con sangre entra," goza hoy de una vigencia indiscutible. Los códigos de instrucción pública han abolido en las escuelas el cepo y las cuerdas, la férula y el azote, y, en fin, todo castigo corporal que infame y que degrade. El dómine de antaño sacaba sangre del cuerpo de sus discípulos; pero los cuidados y la labor que pide el aprendizaje de la ciencia, saca sangre del espíritu. El negocio, pues, está en la forma.

Emiro Kastos ha defendido constantemente la libertad del hombre; mas no se crea que, al defenderla, la haya sacado de sus límites naturales, trazados por la equidad y la justicia, por la razón y la filosofía.

Emiro Kastos ha combatido de un modo infatigable por defender los derechos del pueblo y, para conseguirlo, no ha ido por caminos desviados; no ha ocurrido á la adulación para ganar prestigio; todo lo contrario, ha predicado á sus compatriotas la necesidad en que están de cultivar virtudes cívicas y privadas, y, en vez de exaltar las malas pasiones de la multitud, le ha mostrado sinceramente el sendero del deber.

Me alargaría más de lo preciso si quisiera entrar en el examen pormenorizado del modo hábil y decente con que Juan de Dios Restrepo ha cumplido el deber impuesto á todo escritor honrado; pero no puedo prescindir de hacer notar que en todas sus producciones campan con brío la filosofía profunda, la ciencia pura y una atmósfera adorable de poesía que, necesariamente, debe producir gran placer á los lectores. Por eso, cuando yo supe que Emiro Kastos había

abandonado las labores de la pluma para entregarse á los trabajos provechosos del comercio, lloré por las letras y me alegré por el amigo.

Hoy se me dice que Juan de Dios Restrepo vive en el Estado del Tolima, ocupado en sus acertadas operaciones de comercio y encargado de estimular el desarrollo progresivo de la minería nacional; y que, en su situación de hoy, se le reputa como hombre que ha alcanzado la relativa felicidad posible sobre la tierra, por cuanto rodeado de tiernos hijos y adorado por su esposa, cuenta, al mismo tiempo, con la estimación de sus conciudadanos; y merece todo eso, en mi concepto, porque para obtenerlo tiene por base un pasado irreprochable.

He conocido muchos escritores que no han podido escapar en la primera época de su carrera de lamentables desvíos, producidos por el ardoroso fuego de pasiones juveniles; los he conocido que borrarían hoy, en la edad provecta, con lágrimas de sus ojos, lo que escribieron en épocas anteriores. Emiro Kastos no se halla en este caso, porque ha obedecido siempre á sanas convicciones. Estoy cierto de que hoy todo lo que ha dicho en materias de moral, de política, de filosofía, de costumbres, etc., etc., lo mantiene con el mismo ardor y buena fe con que lo ha expuesto en sus escritos.

Quisiera, para concluir, que Juan de Dios me perdonase la revelación, tal vez indiscreta, de muchos puntos que se refieren á su existencia. No he querido hacer una novela á su costa; he querido evocar recuerdos de una época mejor para mí, y hacerlo conocer á sus lectores, para que lo aprecien en todo lo que vale. No hay en lo que he dicho sino profunda ternura y cariño perdurable por Emiro Kastos.

M. URIBE A.

París, 12 de Mayo de 1885.

ARTÍCULOS ESCOGIDOS



ESTUDIOS SOCIALES

EL SACERDOTE CATÓLICO

El verdadero sacerdote católico, tal como nosotros lo comprendemos, está llamado más que ninguna otra entidad política ó moral, á influir de una manera poderosa y saludable en la conducta de los hombres y en la dicha de la sociedad. Encargado de la enseñanza de la moral, de intervenir en las disensiones y en los asuntos domésticos de las familias, de los misterios del confesonario y de predicar la religión á la multitud, sus medios de acción son tan poderosos como variados. Pero si su influencia puede ser saludable, suele ser perniciosa también, de su alma puede salir el bien ó el mal, así como del seno de una nube una lluvia benéfica que fertilice los campos, ó un helado granizo que los marchite y destruya. De aquí, cuán importante sea para la bienandanza pública que el clero conozca su verdadera misión, y persuadidos como estamos de que nuestras parroquias son desgraciadas ó felices, morales ó corrompidas, según el carácter ó la moralidad de sus curas párrocos, nos atrevemos á hacer algunas reflexiones y á tomar la iniciativa en esta grave cuestión.

Hay dos pensamientos, de los cuales uno ú otro conduce generalmente á los hombres á hacerse sacerdotes. El uno es noble, religioso, fecundo: el amor á Dios y á los hombres; el otro bastardo, interesado, mundano: el deseo de riquezas, de comodidades y de holganza. De estos móviles, el primero da vida á esos hombres de paz y de caridad, que dejando sin sentimiento pompas y vanidades mundanales, se consagran con intrepidez y resolución al cumplimiento de sus graves, austeros y difíciles deberes; el otro engendra esos sacerdotes

mercenarios, falsos discípulos de Jesucristo, á quien insultan con sus liviandades y torpezas, los cuales, olvidando que su maestro era todo beneficencia y caridad, se entregan á la avaricia más sórdida y al agiotaje más escandaloso.

Los padres, los tutores y los maestros deben, pues, estudiar grave y profundamente los talentos é inclinaciones de los niños antes de consagrarlos á estudios religiosos, y estos niños una vez convertidos en hombres, antes de dedicarse á Dios al pie de los altares, deben penetrar hasta lo más íntimo de su alma, sondear allí sus pasiones y sus creencias, y poniendo la mano sobre su corazón, determinar si ha dejado de latir por los placeres tempestuosos del mundo, para sólo palpar en adelante por la caridad y por el cielo.

Antes apuntamos que la suerte de una parroquia depende casi enteramente del cura: nada más cierto. Todo el que haya examinado con algún detenimiento la manera cómo están organizadas nuestras pequeñas poblaciones, se habrá persuadido de que éstas se componen de tres ó cuatro personas ricas é influyentes, y de una multitud de ignorantes y candorosos labriegos á quienes aquéllas engañan y explotan á todo su sabor. La multitud no puede esperar de esos hombres, que frecuentando mejor sociedad, tienen algunas ideas y por lo menos saben leer, sino hostilidades y logrerías: sólo existe para estos infelices un hombre, y es el cura, del cual tienen derecho á esperar algunos socorros y enseñanzas, un poco de caridad y de luz. El párroco es, pues, naturalmente su maestro, su protector, su amigo: de él adquieren noticias sobre la política y la marcha de las cosas, acuden á él en busca de protecciones y limosnas cuando los apremian la desnudez y la miseria, y también lo solicitan para que arregle sus diferencias, calme sus temores y vivifique sus esperanzas. Dedúzcase de aquí cuán grave y sacrosanta es la misión encargada á ese hombre.

En la existencia ignorada y humilde de una parroquia, influyen débilmente el carácter y las cualidades del Presidente de la República, ó del Obispo diocesano, al paso que sus más caros intereses, la paz y la moral de sus familias, su prosperidad y su dicha dependen de que su cura párroco posea nobles cualidades morales y virtudes evangélicas. El magistrado y la ley influyen sobre el hombre en la vida pública, pero se detienen en el umbral de la casa del ciudadano: allí comienza

la acción del sacerdote. Llamado á ser el confidente de las desgracias ocultas, de todas las miserias desconocidas, él, hombre de consuelo y de piedad, debe llevar al seno de las familias la paz el día de la discordia, limosnas el día del hambre y la miseria, y á la hora del desaliento y la duda, la esperanza. Puede aliviar los males transitorios con socorros y consejos, y calmar, con la unción santa de las palabras religiosas, esas grandes heridas del alma, esos sollozos eternos del corazón que no tienen remedio en este mundo.

Espinosa y difícil es por cierto la misión de un cura si quiere llevarla á cabo como verdadero ministro de Jesucristo ; pero si esta vida de sacerdote tiene sus austeridades y trabajos, emprendiéndola con entereza y vocación, tiene también su poesía y su encanto. Sí, nada es más digno del respeto y de la consideración de los hombres que esas almas elevadas y simpáticas, que se consagran en humildes y solitarias parroquias á predicar con unción y con fe las verdades del Evangelio, á mantener la unión entre las familias, educar á los niños y consolar á todos los que sufren. Y si todas las carreras necesitan para llevarse debidamente valor y sacrificios, ninguna requiere tanto desprendimiento y abnegación como la del sacerdote católico. Pero éste no debe olvidar, para sostenerse en su difícil camino, que si llena lealmente su misión, y atraviesa por en medio de las pasiones humanas inmaculado y puro, tendrá por recompensa al fin de su carrera las adoraciones de los hombres y las bendiciones del cielo.

En la cátedra sagrada ; cuánto bien no puede hacer á sus semejantes el verdadero sacerdote de Jesucristo ! En cumplimiento de su deber predicará siempre aconsejando el orden y la paz, la caridad y la virtud ; nunca animará al odio y á la intolerancia, ni fomentará esas antipatías religiosas que han costado al género humano tantas lágrimas. De su boca no saldrán, como jamás salieron de los labios del Salvador, sino palabras de mansedumbre y de amor, y no olvidará que el Evangelio considera á todos los hombres como hermanos, sea cual fuere el credo religioso que profesen.

Y como en este mundo hay tantas criaturas desheredadas de todo porvenir, para quienes la vida es una sucesión continua de fatigas y de miserias, el sacerdote católico no debe olvidar que lo único que impide á esa gran masa de desgraciados rebelarse contra la sociedad y despedazarla en sus

arrebatos de hambre y de furor, son las esperanzas religiosas y los temores de la sanción eterna. Debe, pues, el ministro del Señor, anunciar á las clases menesterosas, con intrepidez y elocuencia, que después de este mundo de trabajos y de miserias, hay para ellas otra vida mejor, y ofrecerlas, para que enjuguen sus sudores y prosigan tranquilas su tarea, un porvenir bello y radiante ; la inmortalidad y el cielo.

Pero hay un terreno en el cual jamás quisiéramos encontrar al sacerdote : este terreno es la política. Es una verdad anunciada por la filosofía y confirmada por la historia, que siempre que se extravía de sus ocupaciones evangélicas para mezclarse en las contiendas públicas, sirve mal á la religión como ministro y á los gobiernos como hombre de partido. Una vez que abandonan su pacífica misión de sacerdotes para convertirse en intrigantes, ó haciendo del púlpito tribuna, arrojan la religión en la balanza de los partidos ; los pueblos, que juzgan del instrumento por la mano que lo emplea envuelven los dogmas en la desconfianza que inspiran sus ministros y aun llegan á mirar la religión con ojeriza y con desdén ; Quién ignora que la reforma protestante, y todos los grandes ataques que se han dado al catolicismo, han sido motivados por las pretensiones indebidas de los Papas sobre el dominio temporal ? Los pueblos aceptan gustosos los preceptos morales del Evangelio, pero rechazan la idea teocrática como elemento de gobierno. Conocen por instinto que cuando los representantes del poder espiritual, además del dominio sobre las conciencias, pretenden abarcar la vida entera de los hombres, siendo capaces de extraviarse de la ruta de lo verdadero y de lo justo, puede levantarse sobre la sociedad el más abominable despotismo, el despotismo ejercido sobre principios inmutables, y en nombre del derecho divino.

El sacerdote en los tiempos primitivos del cristianismo requería cualidades de otro temple de las que necesita en nuestros días ; entonces, á la par que de inteligencia y humildad, necesitaba de valor, pues además de sacerdote era soldado. Para hacer fructificar sobre la tierra la semilla del cristianismo érale preciso, primero, arrojar de las ciudades las estatuas de los ídolos, y del corazón de los pueblos las viejas creencias mitológicas. En sus peregrinajes de propaganda, en sus combates solemnes contra el error, su cabeza se tropezaba no pocas veces con el hacha de los bárbaros, ó sus entrañas con el diente

de las panteras en el circo romano. Pero ¿qué importaban los peligros y la muerte á esos apóstoles de la nueva ley, dotados de la mansedumbre del cordero y de la abnegación valerosa de los héroes? Proseguían su tarea de redención apoyados en esa fe poderosa, con la cual, dice Jesucristo, se pueden levantar montañas. Para triunfar no contaban con el alfanje de Mahoma ni con los rayos de Júpiter; pero pobres, humildes, desarmados, aniquilaron todas las antiguas teogonías y demolieron el Olimpo. Sobre las ruinas de la vieja sociedad edificaron altares al verdadero Dios, y proclamando la inmortalidad del alma mostraron al espíritu humano horizontes infinitos. La causa de la caridad y la igualdad los saluda como á sus más ilustres campeones; y los pueblos les rindieron adoraciones, seducidos por el ejemplo de sus virtudes é iluminados por la luz de sus palabras.

(De EL NEO-GRANADINO, número 106, de 21 de Junio de 1850.)

NOTABILIDADES CONTEMPORÁNEAS

RODÍN

¡Qué taco es el reverendo padre! Antes de divisarse con el ropaje negro de jesuíta, y de bajar los ojos con el rostro compungido á lo Sixto V, ideas de libertad y democracia agitaron su cabeza, porque entonces era joven, y como ha dicho muy bien Lamartine, no hay alma de veinte años que no sea republicana, así como no hay corazón usado que no sea servil. Hizose conocer la vez primera en una zambra de pistolas y de puñales, en compañía de los mismos que hoy llama comunistas y antropófagos. Ese primer acto de su vida política tiene su lado disculpable al reverso de su lado odioso: quisieron él y

sus compañeros exhumar acontecimientos dormidos en la historia, pretendieron parodiar á Harmodio y Aristogitón, á Bruto y Casio. El hecho fué motivado por un sentimiento de libertad, exagerado si se quiere, pero siempre noble y generoso.

Desterrado y proscrito á consecuencia de esa parodia de las cosas romanas, se retiró á la provincia de Antioquia, y allá, en medio de una vida de recogimiento y soledad, en la cumbre de alguna elevada montaña le tocó el espíritu divino, y el nuevo Moisés bajó del Sinaí con sus tablas de la ley.

Aquí comienza lo bueno del venerable padre. Entonces no dejó, como fray Gerundio, los estudios sino las revoluciones para meterse á predicador. Andando el tiempo, una vez henchido de gracia espiritual, se fué maravillosamente trasformando. Abandonó el gorro frigio como cosa de mal gusto, y renegó de sus antiguos ídolos. Vinieron á ser ya para él Casio y Bruto unos bandoleros, los godos y urdanistas gentes muy razonables, la libertad una paradoja y la represión y el absolutismo tarea de buenos cristianos. Y de entonces para acá el pobre padre, tomando por modelo á Montalambert, ha pretendido hacer en América lo que no han podido conseguir en el viejo continente ni Napoleón con sus pretorianos de todas las naciones, ni el Zar con su millón de cosacos: ha intentado, nada menos, que hacer retroceder los tiempos, luchar con el espíritu del siglo y oponerse al torbellino democrático que se lo ha llevado por delante, con la misma fatal indiferencia con que arrebató el huracán las hojas secas de la tierra ó las nubecillas del cielo.

El reverendo padre es hombre *todo gubernamental*, como dicen los franceses de Mr. Guizot. Asegura que el *orden* es la idolatría de su vida, y nosotros creemos que el *poder* es su única pasión. Pero siendo hombre de restricciones mentales, cuando el país no está bajo su férula, cuando el orden no es reglamentado por él, entonces á este mismo orden lo llama bonitamente absolutismo ó anarquía. Este error de óptica es común á todos los hombres de su partido. Comprimir, absorber, reglamentar, constituir, gobernar siempre; no olvidar los intereses de su orden, hacer de la República un convento y con el sudor de los pueblos un gran refectorio para él y para los suyos: he aquí los inocentes caprichos y las campestres necesidades de ese modesto ciudadano. Y á propósito de *poder*, su reverencia se dió una panzada de noche-buena, una

comilona de cardenal cuando le tocó el papel de Gran Visir bajo la dictadura de un Sultán idiota.

El padre Rodín no es orador. En vano buscaríais en él esa palabra vibrante y apasionada que domina las asambleas populares, ni el continente altivo y la mirada recta del tribuno republicano. Pero con su vocesita apagada, su cabeza inclinada sobre el hombro, su sonrisa sarcástica, su mirada oblicua y aquel aire ascético de pecador arrepentido que desdeña las cosas terrenales, os encaja, si os descuidáis, los sofismas más atrevidos y os comulga con ruedas de molino. Guárdenos Dios de negarle inteligencia; si no la tuviera no disfrutaría del nombre glorioso de Rodín. Á fuerza de trabajar sin descanso para colocar á su partido sobre bases de granito, ha contribuído á enterrarlo más que nadie. Es verdad que ninguno sabe tanto como él la ruta que debe recorrer y la meta á donde debe llegar: obrero infatigable y concienzudo, conoce perfectamente su tarea y jamás tira una piedra al aire. Todos los actos de su vida política son eslabones de una misma cadena: siendo hijos de un solo pensamiento y reflejando la misma idea, siempre hallaréis en ellos consecuencia, trabazón y lógica. Mas queriendo usar de todos los medios y comprimir demasiado, provocó las reacciones; á fuerza de condensar la atmósfera política hasta un punto en que él solo pudiera respirar, los vapores se convirtieron en nubes y rugió la tempestad. Porque la democracia gana con la labor de sus amigos y con el trabajo de sus enemigos. Rodín, si se nos permite la frase, á fuerza de mañoso ha sido torpe: el hecho de haber contribuído más que nadie á la muerte del partido conservador aunque mal de su grado, se le tendrá en cuenta por la posteridad. Y por acción tan laudable, á fuer de republicano sincero, yo os saludo venerable padre.

El día que tengamos un hombre que quiera desempeñar la ingrata labor de teñir las páginas todavía en blanco de nuestra historia contemporánea, y de juzgar á esas viejas notabilidades, que para muchos Quijotes vistas á lo lejos parecen gigantes, no siendo á la luz de la crítica sino molinos de viento; el día que alguien coja con lealtad su pluma de cronista, y sin arredrarse, por el lodo y la sangre que encuentre por delante, se atreva á rehacer las guerras civiles y las contiendas parlamentarias, los hombres y las cosas de estos últimos años, el padre Rodín con su catadura de cenobita, su paraguas sobre el hombro y un

gran legajo de papeles bajo el brazo, se presentará en el gabinete del historiador á reclamar la parte que le toca. Serán esos escritos una hoja con pocos renglones que se llama *Ley de medidas de seguridad*, un cuadernito que se denomina *Constitución de 1843*, un tomo en folio que lleva por título *Decreto de fábricas*, otra hojita de papel *en que se piden misioneros jesuitas*, y una multitud de pliegos que se denominan *La Civilización*. El padre Rodín nos permitirá el anacronismo de narrar esa entrevista, ya que nosotros tenemos la bondad de leer los robos, asesinatos y demás consejas de la laya con que todos los días nos regala en sus periódicos.

Aquí traigo esos papelitos, dice el padre, en que están consignados mis pensamientos y mis obras, advirtiéndome que yo no pretendo sino un pequeño lugar en la consideración pública. Nótese la humildad de esos hombres que dicen se van á comer un confite cuando quieren tragarse una montaña; cuando lo piden todo aseguran que no piden nada, y jamás olvidan aquel aforismo bíblico de que los primeros son los últimos y los últimos son los primeros.

—¡Bravo! venerable padre, le dice el historiador leyendo su *ley de medidas de seguridad*; para *debut* en la carrera del *orden* esto es admirable; no lo hubiera hecho mejor el Sultán Mahamoud. Adelante.

Constitución de 1843—Ah! esto es bueno! Es un engendro, mitad republicano, mitad monárquico, una especie de centauro, mitad hombre, mitad caballo. El monstruo está bien hecho: sólo tiene el defectillo de que fué elaborado sin contar con la huésped, no acordándose de que con el látigo que hoy se zurra á los vencidos, mañana zurrarán á los vencedores. Sigamos.

Decreto llamando á los padres jesuitas—Lisonjas á un lado, venerable padre, pero cuando se os exija cuenta recia de vuestros actos no tenéis más que decir como Scipión el Africano: en un día como éste pedí jesuitas; vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses. No hay como las palabras para comulgar á los necios, continúa el cronista: les decís con inocencia encantadora, que mandáis por corderos de blanca lana, y les traéis lobos con tamaño diente, les anunciáis que son profesores para educar las turbas descreídas y moralizar la juventud libidinosa, y mientras los zopencos se hacen lenguas de vuestros fines ortodoxos, vuestras arañas monstruos tienden

su red sobre todo el país, y hacen danzar en ella á los moscardones granadinos. Esto es admirable: sois el Talma de los cómicos de la tierra: dadme esa mano.

Y qué sigue?—Mi decreto de fábricas—Cáspita! y qué largo está, volved mañana, pues para examinarlo necesito tiempo. Y el pobre cronista, seguramente abandonado de la mano de Dios, se abraza con aquella eterna é indigesta lectura; á poco el compasivo Morfeo le cierra los párpados, que es de presumir no volverá á abrir jamás.

Ya que el susodicho narcótico no dejará al cronista juzgar ese legajo de papeles que se llama *La Civilización*, nosotros arriesgaremos cuatro palabras. Jamás se podrá condimentar para el entendimiento de los pueblos un manjar más indigesto y más extravagante. Bajo el aspecto literario no hay lindeza que no se encuentre en ese mosaico caprichoso: aquí la gran cuestión moral, de donde resulta que siendo todos los liberales materialistas é impíos, los conservadores pretenden también monopolizar el cielo; allí himnos deificando sus prohombres, con una adulación que causa náuseas; acá idilios en prosa pintando la edad feliz y los siglos dichosos á quienes los antiguos dieron el nombre de dorados, en que gobernaba bajo una encina, al son de la flauta y el caramillo, el partido conservador; allá sentados sobre el trípode de sus sueños anuncian la venida redentora de un Mesías y el exterminio de los idumeos. Unas veces toman el arpa de Job para lamentarse de sus llagas incurables, de sus monopolios destruídos y de sus destinos suplantados; otras cogen la lira del orgullo para cantarnos en metro destemplado que sus tesoros son cuantiosos, divinas sus virtudes y su ciencia infinita. Pero como ariete político, como periódico de oposición, *La Civilización* es un triste periódico. Á fuerza de gritar todos los días, en todos los toncs y por toda medida administrativa, que el robo y la rapiña, el escándalo y la impiedad se ciernen sobre el país, el pueblo, viendo al contrario que el Gobierno alivia las clases proletarias, cuida del orden, de la paz y de la educación, al mismo tiempo que alienta nuestros intereses materiales, se ríe de esos insensatos que gritan barbarie y destrucción, cuando hay animación y progreso. Al ver que se despiden del público, por falta de libertad de imprenta, con una protesta asaz insolente, la cual los agentes del Gobierno no se dignaron acuear; al ver tanta impudencia, tanta mentira, tanta califi-

cación de víctimas sin que conozcamos los verdugos, el pueblo, repetimos, se burla de esos exagerados Jeremías y manda que se les encierre en una casa de orates.

En el último número de este periódico, cuya lectura nos ha puesto la pluma en la mano, para pintar á esos hombres que tratan de perder á los incautos que les crean, no hay ya idilios á la Gerner, ni lamentaciones á lo Job, ni filípicas ciceronianas: después de haber dicho cuánto les ha dado la gana y en el lenguaje que más les ha venido á cuento, seguramente para hacer creer á la Nación que vivimos en Rusia ó en Constantinopla, se refugian en el apólogo como en un castillo feudal. Esto huele á decrepitud. ¡Cuánto cambian los hombres y los tiempos! El Bruto del 25 de Septiembre hoy se envuelve en la alegoría, como un niño en las faldas de su madre, para decirnos cuatro piropos revolucionarios, en contestación á la sabrosa carta de su amigo el coplero de Mariquita, que al menos tiene el mérito de la franqueza en su llamamiento á la insurrección.

El padre Rodín, que tiene más instintos académicos que talentos políticos, habría podido recoger laureles en la carrera científica: hubiera sido un excelente matemático ó un naturalista distinguido, sin esa maldita afición á gobernar sin trabas y á gobernar siempre, que ha sido la golosina de toda su vida.

Ya hemos visto lo que se indignó contra el señor Samper por su discurso pidiendo que se quitase el retrato de Pío IX del salón de la Sociedad democrática. Pues bien, cuando este Papa encabezaba en Europa el movimiento liberal, cuando era el amigo y la esperanza de los proscritos de todas las naciones, Rodín y sus secuaces le consideraban como revolucionario y lo miraban con desdén; y hoy se extasían con el Santo Padre, hoy que este Pontífice, acompañando á los déspotas del Norte en su odio á la libertad, confunde en un mismo anatema á los italianos degollados y á los magiares vencidos, siguiendo las huellas de aquel Gregorio XVI, su ilustre predecesor, de quien dice Lamennais, que conforme iban pasando las víctimas las iba maldiciendo.

(De EL NEO-GRANADINO, número 224, de 11 de Octubre de 1850.)

ALPHA

De algún tiempo á esta parte la prensa periódica, con raras excepciones, no tiene otra tarea entre nosotros que provocar antipatías y recalentar pasiones. En vez de iluminar, enciende: dedicada exclusivamente al odio y á la difamación, fáltale lugar para trabajar por el desarrollo progresivo de las ideas, y en pro de la civilización. Las discusiones económicas é industriales, que urgen tanto en nuestro país, donde abundan por doquiera riquezas naturales estancadas ó desconocidas, han perdido su interés, explotadas por el odio de los partidos. Los cuadros graciosos, los retazos poéticos, el festivo artículo de costumbres, todas esas flores tímidas y fugaces de la literatura, han sido ahogadas en nuestros periódicos por el soplo ardiente de las pasiones políticas. El juguetón y picaresco *Duende*, el *Duende* verdadero, que murió como *El Pobrecito Hablador* por haber hablado demasiado, no ha querido resucitar, poniendo punto en boca á sus críticas hebdomadarias, con aplauso de los bribones y á contentamiento de los necios. No hallando, pues, en nuestros periódicos ni enseñanzas ni solaz, sufocados por las cuestiones políticas y las invectivas de los partidos, al encontrarnos con las risueñas, espirituales y nutritivas *Peregrinaciones* de Alpha, experimentamos idéntico placer al que se siente cuando viajando en nuestros valles calientes, á los rayos del sol del mediodía, por medio de ardientes escampados, penetramos en un oasis lleno de sombra y de frescura y nos sentamos á la orilla de un arroyo cristalino.

Observaciones científicas, festiva y mesurada crítica, recuerdos históricos, culto y nítido lenguaje, pincel verdadero, alma é imaginación de poeta: nada echará de menos en las *Peregrinaciones* el más exigente lector.

La provincia de Antioquia debe ofrecer á la investigación perseverante y filosófica de Alpha, una mina de curiosa explotación. Desde que suba á la primera de sus montañas, desde que salude al primero de sus habitantes, habrá de encontrarse en un mundo desconocido: la naturaleza rica y salvaje, y el hombre altivo y adusto como la naturaleza. Su pincel de colorista hallará cuadros por todas partes pintorescos y varia-

dos. Unas veces admirará la audacia de sus habitantes, que han hecho caminos al través de rocas y de precipicios, que no parecen accesibles sino á las aves y á las fieras; otras, esa lucha constante del hombre con la naturaleza, en la cual el primero ostenta su triunfo con orgullo, estableciendo pastos y labranzas en todas partes donde hay tierra vegetal, y construyendo habitaciones, como nidos de águila, en picachos escarpados cerca de las nubes, donde pasan su vida pacífica y tranquila familias laboriosas y honradas, sin oír más ruido que el canto monótono del gallo ó el lejano murmullo del torrente.

Su alma de poeta habrá de admirarse al divisar de lo alto de las montañas ese valle de Medellín recamado de flores y verdura, dormido bajo un cielo azul, con su rico vestido de primavera. Dispénsenos el entusiasmo, porque hablamos de la cuna de nuestra infancia, y de la patria de todos los seres que nos son queridos.

Ojalá quiera estudiar Alpha el curioso contraste que presentan en Antioquia los progresos materiales y el atraso intelectual, el buen sentido de las masas y su genial independencia, al lado de esa ignorancia supina en las cuestiones públicas, y de ese indiferentismo estúpido con que se dejan gobernar por ciertas notabilidades retrógradas, que impelen ese pueblo de suyo tan generoso y tan audaz, á hacer un papel triste y mezquino en la política del país.

En todo caso la tarea emprendida por Alpha, en compañía de su digno colaborador el señor Codazzi, desempeñada como está con laboriosidad y talento, es para ambos altamente honrosa. Sufrir por amor á la ciencia y consideraciones de patriotismo más bien que por una mezquina retribución, la influencia deletérea de nuestros valles calientes, y las fatigas consiguientes á esas largas correrías, es una acción laudable á todas luces, sobre todo en este país de indiferencia y egoísmo. Y luego señalar cuidadosamente las riquezas minerales y vegetales que encierra cada territorio, escudriñar las fuentes de las tradiciones populares, darle su verdadero significado á cada recuerdo histórico, estudiar los vicios de la institución municipal en las parroquias, el egoísmo explotador en las moradas de los ricos, la ignorancia y miserias en las chozas de los pobres: todos estos trabajos son altamente instructivos á la par que laboriosos y difíciles.

Pero entre nosotros el mérito modesto camina en la sociedad como el Judío Errante, ignorado y solitario: algunas veces se hace ruido al rededor de él, pero este ruido no lo forma la admiración sino el escarnio: y cuando aparece un hombre como Alpha, que trabaja con inteligencia y lealtad por el progreso del país, se le desalienta con la indiferencia, en lugar de apretarle la mano diciéndole: adelante, valor.

(De EL NEO-GRANADINO, número 125, de 17 de Octubre de 1850.)

LA JUVENTUD

SU POSICIÓN EN LA NUEVA GRANADA

La inteligencia y la energía de voluntad gobiernan el mundo. En los países bárbaros como en las naciones ilustradas, en las monarquías como en las Repúblicas, en la tribu ó en el clan, este principio puede sufrir algunas modificaciones por las costumbres ó las leyes, pero ofrece regularmente el mismo resultado. Como la inteligencia y la voluntad dan fuerza, casi puede decirse que la fuerza significa inteligencia y voluntad. Muéstrenos un país gobernado por la debilidad y la ignorancia. Resalta por de contado más esta verdad en los pueblos que son regidos por instituciones liberales, porque allí pueden escalar las alturas sociales todos los talentos distinguidos, y manifestarse á la luz del sol toda idea de progreso, todo carácter generoso. En los países despóticos, también los más inteligentes son los que vienen á ejercer el despotismo. Hasta en el Oriente, en esa región del sable y del veneno, en que hay tanta luz en la naturaleza y tan densas tinieblas en los pueblos, en el Oriente, decimos, siempre que se presenta algún hombre arrojado y entendido, las turbas ignorantes lo ponen á su cabeza y le dan el dictado de señor.

Díganlo si no Mahoma en los siglos pasados, y en nuestros tiempos Mehemet-Alí, que, nacido de oscura condición en una pequeña ciudad de Macedonia, consiguió, sin más auxiliares que su genio, ahuyentar del poder á todos sus rivales de ambición, destruir á los mamelucos, enseñorearse de Egipto, conquistar la Siria y hacer vivaquear sus soldados victoriosos casi á las puertas de Stamboul.

Lo antedicho sería una vulgaridad si no tendiese á reflejar una consecuencia lógica, una verdad incontestable. En los países republicanos como el nuestro, en que no predominan la aristocracia con sus privilegios, ni los pretorianos con su sable ¿quiénes son los que teniendo la fuerza y la inteligencia están llamados á gobernar la sociedad? La juventud, decimos nosotros, la juventud que tiene bastante sangre en las venas para no ahorrarla el día de los peligros, bastante calor en el corazón para no enfriarse con el contacto de la indiferencia y con los hielos del egoísmo, bastante vida por delante para que, desdeñando el tiempo presente y los goces de la actualidad, arrostre sin temor los trances de lo desconocido, caminando hacia adelante con la vista puesta en lo porvenir, como el águila sube á los cielos mirando fijamente el sol.

Los hombres de frente arrugada y corazón gastado, no están llamados á ser hombres de iniciativa ni de progreso. Además de que el escepticismo, epidemia moral de las almas usadas por el mundo, seca en ellos la fuente de las creencias sinceras y de las convicciones ardientes, los invade el amor al *statu quo* y á los *comfortables* materiales, y el cariño por las sillas poltronas. También en nuestros climas, en que es tan precoz la adolescencia y tan fugaz la juventud, cuarenta años significan más que sesenta en la zona templada; y estando todo por crear, costumbres, legislación, literatura, industria, son mejores servidores de la sociedad los que la empujan, que aquellos que la quieren estacionaria; más útiles los hombres de progreso que los hombres conservadores. Así pues, donde se detiene la generación pasada por tímida ó impotente, se presenta la juventud á quien le sobra audacia, inteligencia y buena voluntad, á continuar el movimiento de civilización, que no puede pararse entre los pueblos.

Bajo la dominación represiva y apagadora del partido

conservador, la juventud, hostilizada por sus planes de estudios llenos de leyes suntuarias, de trabas embarazosas y de ofensivo desdén, tuvo que resignarse á esperar mejores tiempos, preparándose para ellos con meditaciones graves y estudios obstinados. El partido conservador manifestó ignorar, por su indiferencia con los jóvenes, que en las luchas de propaganda y en los torneos de la inteligencia, los hombres nuevos llevan lo mejor, por sus convicciones y su energía; y también, que el día de las zambras populares la juventud es dueña de la situación, porque entonces los sabios, los académicos y los hombres fríos son impotentes al lado de la *pasión*, que es soberana. Bastaría lo que acabamos de exponer para manifestar lo estéril de la política del partido conservador, y los pocos alcances de los que se titulan sus prohombres. Pero aleccionados por la experiencia, y viendo que la juventud es una oleada imposible de contener, han querido, aunque tarde, oponer jóvenes á jóvenes, é incrustar en sus filas decrépitas y cansadas gente decidida y corazones apasionados. De aquí los esfuerzos que han hecho para reclutar unos pocos jóvenes, con los cuales se instaló la Sociedad *Filotémica* el 28 del pasado, en la antigua quinta de Bolívar. Al hablar de esta Sociedad lo haremos con respeto: á todo señor todo honor. La mayor parte de los discursos que se pronunciaron allá fueron mesurados, elocuentes y patrióticos: el lenguaje del Presidente fué noble y digno, exento de alusiones personales y de invectivas de partido. El señor Zamarra, con un discurso elocuente y apasionado, arrancó justos y merecidos aplausos. Quisiéramos no olvidarse cuánta nobleza hay en los pueblos democráticos, cuando á él, hijo de las clases desamparadas, le abren el camino de las eminencias sociales, y le aplauden y le coronan porque es inteligente.

Abundamos sobre todo con los jóvenes *filotémicos*, en el respeto con que hablaron de Bolívar y en los honores que prodigaron á su ilustre memoria. Los que recibieron agravios del Libertador y estuvieron en contacto con su política, que lo odien; nosotros le conservaremos gratitud, pues sólo le debemos beneficios. Creemos que á la juventud actual toca la noble tarea de sacar del polvo con la pluma nuestros grandes nombres olvidados, y poner en relieve todas nuestras glorias nacionales. El culto de lo pasado cuando es racional

es el más bello de los cultos, porque nada puede esperarse de los muertos, y no presupone ninguna consideración mezquina de interés, una lágrima que se derrama sobre una tumba ó una corona de laurel que se pone sobre una estatua.

Y qué! las glorias que reflejaron sobre nuestra patria, la vida fructuosa del Libertador y sus hechos valerosos ¿podrán olvidarse por algunos momentos de debilidad, demasiado expiados con sus desgracias posteriores y su muerte solitaria? La gratitud ó el olvido con que se recompensa á los desinteresados servidores de la patria, aunque hayan cometido algunas faltas, es el toque para calificar un pueblo de generoso ó miserable. Los franceses republicanos admiran á Napoleón á pesar de que para luchar con la Europa coligada y humillar á la señora de los mares, hubiese tenido que absorber las individualidades en un inflexible despotismo, y ahogar la democracia en sus brazos de gigante. Pero ellos recuerdan que ese hombre fué el pacificador de las facciones, el creador del código civil, el héroe de Austerlitz y de Marengo, y el que destruyó de una vez para siempre en Europa el respeto por las tradiciones aristocráticas y la adoración por las viejas monarquías, haciendo á sus soldados mariscales y arrojando coronas sobre la cabeza de los hijos del pueblo. ¿Acaso tenemos pocos hombres pequeños para olvidarnos de los hombres grandes! Bolívar será siempre para nosotros la figura culminante que ofrece la historia americana, y nada podrá agostar sus laureles de cien victorias, ni desvanecer su triple aureola de guerrero, poeta y estadista. ¿Loor eterno á sus glorias inmortales! ¿Paz á su sombra venerable!

Después de esta digresión á que no hemos podido resistir, permítasenos hacer algunas observaciones sobre la contradicción que se encuentra entre los principios liberales de los jóvenes *filotémicos* y la bandera conservadora bajo la cual se han afiliado.

Resulta de sus discursos que son enemigos de la esclavitud, del fanatismo, de las contribuciones desiguales que amargan la vida de los pobres, y de los ataques contra la libertad de imprenta.

Ahora preguntaremos á estos señores ¿no es el partido liberal quien ha combatido siempre en la tribuna y por la prensa en favor de la redención de la humanidad, execrando ese infame comercio de carne humana, que es tan del gusto

de algunos negociantes conservadores del Sur de la República? ¿Cuál otro es sino el partido conservador quien gruñe constantemente contra las contribuciones directas, que deben redundar en beneficio de la clase menesterosa, y defiende con una obstinación salvaje los derechos de estola, los diezmos y primicias, contribuciones que hacen pagar al pobre por la desgracia de nacer, y lo explotan desde la cuna hasta el sepulcro, desde el bautismo hasta el entierro? ¿Acaso es el partido liberal, quien llamando impíos á todos los que no gustan de genuflexiones y de hipocresía religiosa, ha querido envolver el país en una guerra civil, por sostener frailes carlistas, proclamando la aristocracia de las camándulas?

En fin, queréis libertad de imprenta? Leed los periódicos de vuestros maestros, que circulan por todas partes libremente, y convenid en que no hay uno solo que no pudiera llevarse con suceso delante de un jurado, si gobernara una Administración intolerante. Y creemos no habréis olvidado el día en que el doctor Murillo se presentó delante del Senado, y en una improvisación rápida y brillante, digna de mejores tiempos y de asambleas más republicanas, pidió, aunque en vano, la completa libertad de imprenta, en obsequio de los partidos vencidos y en nombre de la independencia del espíritu humano.

¿Qué diremos de la *Escuela Republicana*? Esta Sociedad resume todas las ideas, todos los sentimientos, todas las esperanzas de la juventud granadina. El que, habiendo asistido á la sesión del 30 del pasado, no haya comprendido en las palpitaciones eléctricas de esa generosa juventud cuánta fuerza contiene semejante vitalidad: el que no haya leído sobre esas frentes altivas y republicanas, quiénes son los dueños del porvenir, debe estar completamente ciego ó furiosamente obcecado. Esos jóvenes desde lo alto de la tribuna *sin temor y sin reproche* como el caballero Bayardo, proclamaban en prosa ó en magníficos versos los principios civilizadores y fecundos del partido liberal, realzados con el lujo pintoresco de sus palabras y el varonil acento de su voz.

Al fin de la sesión ocurrió un incidente que dejaremos consignado en este artículo, no por la significación que pueda tener en Bogotá, sino por la narrativa que de él harán en las provincias las cartas y los periódicos de la oposición. Habiendo, por una condescendencia del Presidente de la *Escuela Republicana*, dejado subir á la tribuna sin ser socio al señor Fran-

cisco Morales Montenegro, éste, en un rapto que llamaremos de locura, pues sabemos que no tiene mal corazón, dijo : *que si querían ahorcar al Arzobispo, él sería el verdugo*. Está por demás, digamos, que el ciudadano Presidente de la República, los socios, la barra, todo el mundo rechazó con horror esas manifestaciones sangrientas, esas palabras insensatas.

Resumiendo nuestros pensamientos : la juventud es la porción más enérgica, más inteligente y más generosa de la sociedad granadina. De aquí sus derechos incontestables á mezclarse en las cosas públicas, y á tomar la iniciativa en las reformas sociales. Tiene la fuerza que dan el desinterés, las convicciones sinceras y la fe en la marcha progresiva del hombre hacia sus destinos excelsos. Su misión es fundar entre nosotros la República sin demoler la sociedad ; y respetando todos los derechos legítimos, todas las desigualdades naturales, procurar, no que bajen los que están arriba al ras de la multitud, sino que ésta, á favor de la libertad de industria, de leyes filantrópicas y de conocimientos vulgarizados, pueda sentarse en el banquete de la civilización, obteniendo goces en nombre de su trabajo, y participación en el Gobierno á nombre de su inteligencia.

Nosotros, aunque sin muchos años, ya vamos sintiéndonos cansados, bien sea por decepciones amargas que marchitan precozmente el corazón, ó por esa influencia tropical que se lleva la juventud antes de tiempo. Considerándonos impotentes para seguir á los jóvenes de hoy en su rápida marcha progresiva, nos contentaremos con hacer votos porque sean fructuosas sus tareas, deseándoles buen viaje en su camino hacia lo porvenir, con esa alegría mezclada de tristeza con que decimos adiós á nuestros amigos en las playas del océano, cuando se embarcan en busca de aventuras gloriosas y de comarcas más afortunadas.

(De EL NEO-GRANADINO, número 129, de 15 de Noviembre de 1850.)

FANTASÍA

Hállome hoy, querido lector, sin humor ni discurso para escribir cosa alguna razonable. Escribo como se baila á los cuarenta años, como se corteja á los cincuenta: por no perder la costumbre, por hacer ejercicio, que sé yo por qué. Á falta de otro pasatiempo, y queriendo distraer la murria propia, no tengo ningún embarazo en aburrir á los demás. Un amante que se va acariciado por el grato pensamiento de que durante su ausencia ha de mirar su querida á todo prójimo con ojos indignados; un poeta que escribe versos para la gloria ó para Filis; un civilizador del partido católico que piensa curar el atraso del país con cuestiones morales y metafísica rancia, un conservador sonámbulo que ve en pleno día gobernantes que persiguen y camarillas que conspiran: todos estos hombres, á quienes el lector no calumniará concediéndoles sentido común, son unos seres más que razonables, comparados hoy con su humilde servidor Emiro Kastos. Y ¿de dónde os viene ese seudónimo tan presuntuoso? me dirá algún cachaco socarrón. Sin saber de la misa la media, sin blasones oligárquicos, sin haber escrito un mal romance ni hecho una sola pirueta con la reina Cristina, atreverse á firmar *Emiro Kastos*? Poco á poco, habré de responderle: cada uno lleva el nombre que se le antoja y la cara que Dios le dió: ojalá pudiéramos mudar tan fácilmente de cara como de nombre y de principios; entonces no veríamos algunas que sólo sirven para espantar á los niños y endurecer la virtud de las mujeres. Pero pasemos adelante porque la cuestión es odiosa.

Alejandro Dumas, un si es no es irrespetuoso con el esplín británico, se dejó decir, que el aburrimiento es achaque de los necios: si tal asección no es una de la muchas paradojas que este novelista derrama en sus escritos, yo debo ser hoy un majadero de marca imperial. Pero sea como fuere, hay días en este mundo, el mejor de todos los posibles según el filósofo, en que vendería uno su derecho de existencia, por menos de lo que recibió Esaú en cambio de su derecho de primogeni-

tura: días de antagonismo y de negación en que, no sabiendo qué hacer con el tiempo y con la vida, nos divertimos, á falta de más cristiana ocupación, cogiendo unas cuantas ideas de las que primero se presentan, y arrojándolas como cosa inútil en esas tumbas del pensamiento que se llaman periódicos.

Pero era lo bueno que hacía una hora estaba en frente de mi bufete corriendo la memoria y poniendo en prensa la imaginación, para buscar en vano la tesis sobre que había de girar este artículo de periódico. Y el argumento no se presentaba, y era preciso escribir para disipar el tedio, ya que no hemos nacido en el Oriente, donde se le mata con opio, ó en la isla de Albión, donde se le ahuyenta con ginebra. En este conflicto caí en cuenta de que muchos no emprenden carrera alguna, aun teniendo aptitudes para ello, porque viven en irresolución perpetua, ni caminan jamás, aunque tengan delante de sí muchas veredas, porque la vacilación les entume las piernas y les apaga el entusiasmo. En consecuencia, quise verme obligado á escribir sobre un asunto cualquiera, y resolví que la suerte fuese en esta ocasión dueña de mi voluntad, así como así ella, mal de mi grado, en todo lo que me atañe se entromete. Para el efecto escribí en un pedazo de papel varias palabras que pudiesen ser tema para disertaciones periodísticas, tales como *Máckintosh*, *atentados de los rojos*, *la camarilla conspira*, *jesuítas*, *hipocresía*, *mentiras y quimeras*, &c.: dividí el papel en tiras, procurando que cada una de ellas contuviese alguna de dichas palabras; echélas en un sombrero como boletas de cantarilla, y saqué una después de revolverlas. Qué salió, querido lector ¡á que no me adivináis!—Dos palabras que para algunos no significan nada y que para otros significan mucho, dos palabras cabalísticas y misteriosas si las hay, porque ellas solas resumen la mayor parte de las cosas de este mundo y simbolizan tal vez toda la vida del hombre: en la boleta se leía MENTIRAS Y QUIMERAS. Héteme, pues, en el país de las quimeras: hube de exclamar, país bello por cierto y sobre todo muy poblado. En él encontraré á pedir de boca políticos utopistas, amantes ojerudos y poetas tranochados, y también á la virtud, la felicidad y el patriotismo, cosas todas con las cuales así me las he podido haber en este mundo perecedero, como le fué dado á Quevedo en

contrar aquellas dos quisicosas que buscaba ansiosamente desde que nació.

Si hemos de creer á los libros sagrados y profanos, la mentira fué inventada por la serpiente de marras que burló á nuestros primeros padres: creo que este bicho fué también el primero que habló, y digo el primero porque, aunque las crónicas no mencionan ninguna otra alimaña parlante, yo sí conozco en mis tiempos muchísimos animales maravillosamente dotados del don de la palabra. Una vez la serpiente con la facultad de hablar, á un dos por tres sedujo á nuestra madre Eva: á un tres por cuatro nuestra madre Eva sedujo á nuestro padre Adán; y éste, que debió ser creído y majaderote á guisa de buen enamorado, se comió la frutilla con la más estúpida tranquilidad del mundo. Y por ende resulta, que uno de los primeros hechos registrados en la historia es: que apenas fué inventada por la serpiente la mentira, á la mujer hubo de parecerla cosa buena, sirviéndose de ella con notable desparpajo, para dar al traste con la clásica ventura de nuestro padre Adán. Aun no habían digerido los cuitados la vedada golosina, cuando ya la maldición de Dios cayendo sobre sus cabezas, despojólos del Paraíso, finca raíz exquisita, de la inocencia, que de entonces para acá no se ha vuelto á conocer, y también del dominio sobre los animales, pues en nuestros tiempos, al contrario, los animales son los que suelen dominar á los hombres.

Pero después de manifestar cómo la mentira destruyó la felicidad de los hombres primitivos, no vacilaré en regalar á mis lectores con la siguiente proposición, á riesgo de que la califiquen de buenas á primeras como eminentemente paradójal ó furiosamente subversiva. Creo que las sociedades actuales se mantienen con felicidad y aun con bienandanza si se quiere, merced á la *mentira y las quimeras*.

Evidenciando que el uso de la verdad como moneda corriente embrollaría todas las relaciones y haría de la sociedad un moderno campo de Agramante, creo que el lector habrá de convenir en la exactitud de nuestro aserto. Supongamos que todos los hombres despiertan un lunes dispuestos á decirse lisa y llanamente la verdad, y que, echando á un lado esa disimulación continua que se llama urbanidad, dan en la flor de llamar á todas las cosas por sus nombres, al pan

pan, al vino vino, sin ambajes ni contemporizaciones. Y que este día, lector amigo (continúa la suposición) caláis el chapeo, terciáis la capa, y, saliendo á la calle como de costumbre, echáis por esos trigos repartiendo verdades, "en camisa, poco menos que desnudas." Es de presumir que lo primero que encontraréis es un necio, dado que vuestra mala estrella no os haga tropezar con un bribón: acá daréis con un católico rancio que sale de misa, chorreando aún la ascética frente agua bendita, para continuar el resto del día su vida de rufianería y de escándalo: allá con una de esas Mesalinas vestidas de señoras, con el cuerpo cargado de seda y la conciencia de pecados mortales: acullá veréis cristianos y moralistas de la víspera, afiliados un poco tarde en congregaciones y cofradías, que le consagran su vejez á Dios, después que le han dedicado al diablo ocho ó diez lustros: más allá encontraréis á alguna de esas notabilidades que, sin haber dicho jamás cosa que merezca ser oída, ni escrito nunca cosa digna de ser leída, meten bulla en nuestro país, y se pavonean disfrazadas de sabios al través de la cándida multitud, que espera en vano ver salir un rayo de luz de esos faroles misteriosos, alguna revelación de esos santuarios herméticamente cerrados. Ahora bien, querido lector, si en lugar de tratar á todos esos amables caballeros con mentirosas y corteses razones, les llamáis por sus nombres y les indicáis en buen romance todas las virtudes con que pródiga les dotó naturaleza, ó yo soy un porro, ó habéis de volver á vuestra casa hecho una criba, juzgando que la verdad es una virtud anti-social, una flor que sólo puede cultivarse impunemente en los jardines del cielo. En ese maldito día de la franqueza á ninguno le quedaban amigos, á nadie le quedaban amantes: los hombres huyéndose unos á otros tomarían el camino de las selvas, y el estado social se disolvería al soplo de la verdad, como las nieblas de la mañana á los rayos del sol.

Juzgo haber manifestado con lo dicho, que la disimulación y la mentira son las bases sobre que descansa la sociedad. Quién no vive de la mentira? Quién no miente? Los hombres dicen mentiras á las mujeres, las mujeres á los hombres, los aduladores á los gobiernos, los comerciantes á sus parroquianos y los periodistas á todo el mundo.

Y si en lugar de considerar la mentira por lo que concierne á la subsistencia y tranquilidad públicas, la consideramos en

sus relaciones con la felicidad, hallaremos que es un maná diario, una fuente inagotable de goces. Merced á ella ; cuántos jueces torticeros y venales no disfrutan diariamente el placer de que les digan los litigantes, que esperan tal ó cual cosa de su imparcial justicia y de su conocida rectitud : cuántos ricos zafios é insensatos, pues de este jaez se los encuentra uno por esas calles de Dios como llovidos, no tienen la satisfacción de oirse llamar cada momento urbanos, virtuosos y entendidos : cuántas feas, merced á esta preciosa invención de la mentira, no tienen también sus momentos dichosos, si es que para una fea puede haber dicha posible, pues ninguna, aunque haya nacido bajo una constelación muy fementida, deja de encontrar á algún socarrón desocupado que la alegre el oído llamándola bonita, y diciéndola qué sé yo cuántas cosas más ! Y qué diremos de esas necrologías, en que trovadores de la lengua festejan la memoria de cualquier mujer, aunque sea de las encuadradas á la rústica, sólo porque ha tenido el buen sentido de morirse, con aquello de que se fué al cielo porque para la sociedad era griego, porque este mundo iliterato no la comprendía !

Una cosa semejante á lo que queda dicho de la mentira, me atrevo á asegurar de las quimeras. Quién no vive de quimeras ?Cuál es la felicidad, si alguna existe, que no descansa sobre este cimientó vaporoso ?

La juventud es la edad más bella de la vida, porque entonces el alma, en su ignorancia generosa, en lugar de comprender el mundo con toda su fealdad, sólo se fija en los puntos luminosos del cuadro, y en vez de rozarse con las cosas reales, con los necios y los bribones, con los verdugos y las víctimas, se traslada con la fantasía á esos palacios encantados, que sólo pueden ser construídos por ese arquitecto divino que se llama el entusiasmo.

Y hasta la vejez, considerada generalmente como emblema de positivismo y desencantamiento ; la vejez, para cuya mente no hay otra lógica que la lógica de los números, ni para sus oídos otra melodía que el ruido de los doblones ; la vejez, por fin, á pesar del desprecio profundo, y de la desdeñosa compasión con que mira la poesía, el entusiasmo, las pasiones y demás frivolidades humanas, al fin y al cabo como las otras edades de la vida, vive tan sólo de ilusiones. Regularmente la existencia en esta época la llenan de avaricia por lo

pasado: el avaro, de todos los animales el más estúpido, piensa que sus goces son reales porque descansan sobre bases metálicas; pero el cuitado se equivoca grandemente. Dejando siempre sus regocijos para lo porvenir, sus recursos para mañana, y no teniendo ese famoso día nombre en el calendario, resulta, que sólo goza con la imaginación, y por consiguiente sus placeres son imaginarios y fantásticos. Y lo pasado que, según la expresión de un célebre escritor, no pertenece á Dios ni al diablo, acaso pertenecerá al hombre? Alimentarse de lo pasado equivale á no alimentarse de cosa ninguna, vivir de lo pasado á vivir de la más quimérica de todas las quimeras.

(De EL NEO-GRANADINO, número 131, de 29 de Noviembre de 1850.)

LA COQUETERÍA

I

Mírenlo, el criticón! Por qué no escribe sobre otras cosas y nos deja quietas á nosotras? Casi nos parece oír el murmullo de estas voces, salidas con indignación de frescos labios femeninos. No hay que arrugar la blanca frente, queridas lectoras; tranquilizaos si pertenecéis al gremio. No pretendemos anatematizaros ni echarlas de moralistas: ignoramos si tendremos la bastante para nosotros. Queremos, sí, dar algún vagar á las cuestiones serias y á la polémica ardiente, haciendo una excursión en la vida de las coquetas, vida que tiene, como todas, sus días risueños y tristes, sus mañanas entretenidas y sus tardes desapacibles.

Fuéranos dado, para discurrir sobre una cuestión de suyo tan fugitiva y vaporosa, tener el ligero estilo de Mesonero, ó la juguetona y picaresca pluma del maestro Larra; pero

cada uno trabaja con su instrumento y cumple como puede su tarea. Si os dormís antes de acabar, amables lectoras, no lo atribuyáis á falta de voluntad ni á pobreza del argumento, sino á nuestra poca travesura y menguadísimo ingenio.

Comenzando por el principio, como dijo alguien, preguntaremos : es de antigua ó de moderna invención la coquetería ? He aquí delante de la filología y de la historia una gravísima cuestión. Nosotros creemos que la voz es moderna y antiquísima la cosa. Los antiguos usaban de la palabra cortesana y otras de más ruda significación ; pero estaba reservado á las sociedades modernas, cuyas costumbres están impregnadas de sentimientos fugaces y de pasiones indefinibles, á las sociedades modernas, decimos, que se pagan de cosas vaporosas y de fisonomías transparentes, inventar la palabra coquetería, para expresar esa ligereza de sentimientos y esa movilidad de corazón—cualidades ó vicios, como se quiera—que pueden hacer á algunas mujeres desgraciadas, pero que no por eso dejan de darlas un atractivo singular.

Cualquier granadina puede ser coqueta : nuestra constitución garantiza el ejercicio de todas las profesiones. Pero creemos que, para caminar con firmeza en terreno tan resbaladizo, y no entregar la carta en la primera escaramuza, es necesario una dosis no pequeña de lo que los franceses llaman *esprit*. En efecto, cuánto tino no es menester para flotar como la espuma sin sumergirse sobre el océano de las pasiones humanas ; cuánto talento para hacer promesas que no sean enteramente promesas, para prodigar sonrisas que sean algo más que amabilidad y algo menos que amor, para ponerse enfrente de todos los deseos como la esperanza, y huir cuando se la crea tener entre las manos como la felicidad !

Si á un poco de talento se agregan algunas cualidades físicas, tanto mejor. Teniendo gracia en el cuerpo y movilidad en la fisonomía, ojos negros de abencerraje ó azules color de cielo, sonrisa provocativa y miradas magnéticas : agregando á este conjunto, ya de suyo amenazador, un poco de animación y travesura ; teniendo en el alma una buena dosis de escepticismo y en el corazón algunos desengaños amargos, no hay más que lanzarse al mundo : respondemos del suceso.

Cuando nosotros encontramos en la sociedad alguna organización viciosa, corrompida ó páfida, buscando el origen de ese falseamiento moral, casi siempre hallamos la causa

en la injusticia ó la desgracia. Hay algunos hombres viciosos por vocación, algunas mujeres livianas por instinto; pero estas organizaciones dañadas, sin que el infortunio ó la maldad ajena hayan tenido parte, pueden considerarse como meras excepciones. Aplicando este razonamiento á las coquetas, casi estamos inclinados á disculparlas: muchas veces hemos creído traslucir, al través de su fisonomía aparentemente frívola y risueña, un pensamiento serio de independencia ó de venganza. Tal vez quieren saldar cuentas atrasadas pagando engaño con engaño y amor mentiroso de los hombres con falso cariño por su parte: tal vez quieren protestar contra la organización social que da únicamente á los hombres el derecho de iniciativa, atrayendo muchos corazones en derredor de sí, hasta dar con algún afecto serio, con alguna adhesión generosa.

Ya habrán visto las señoras coquetas que no les tenemos ojeriza, pues hemos llevado nuestra predilección hasta buscar alguna injusticia social que autorice el oficio. Sea lo que fuere, la coquetería es en cuestiones de amor lo que la urbanidad en asuntos de sociedad. Y así como las atenciones y las palabras de amistad que nos prodigamos recíprocamente no engañan sino á los necios, las sonrisas agasajadoras de las coquetas sólo se les convierten en sustancia á los inexpertos ó á los tontos. Sin embargo, suprimáse la urbanidad con sus respetos convencionales, con sus palabras almibaradas y la sociedad se vuelve inaguantable: exclúyanse de los bailes y de las tertulias á las coquetas, que tienen para todo el mundo alguna palabra afectuosa, alguna sonrisa acariciadora, y entonces, no quedando en circulación sino los afectos verdaderos, guarismo de pocas cifras, las reuniones perderían su atractivo y animación, y más de cuatro que, en materia de afectos, á falta de realidad nos gusta la ficción, nos quedaríamos á buenas noches.

Así como hay mujeres coquetas existen también hombres *coquetos*. Tanto la palabra como la cosa nos parecen de mala ley. Que la mujer, es decir el débil, eche alguna vez mano de la astucia luchando contra el fuerte, pase; pero el hombre, que ha hecho las leyes sociales por sí y ante sí, sin contar con las mujeres; el hombre, que se ha arrogado la facultad de escogimiento y el derecho de iniciativa, no debe traficar con moneda falsa en el comercio de las pasiones. Añadir á la

fuerza la astucia es el colmo de la tiranía. No aceptamos, pues, á los *coquetos* : protestamos contra el género.

II

En el año de gracia de 1847 llegó á esta capital un joven paisano amigo mío. Á pesar de tener yo alguna más edad que él, lo contaba en el número de esos amigos de la primera juventud, á quienes las circunstancias y la ausencia nos pueden hacer olvidar alguna vez, pero cuya presencia siempre hace palpitár de júbilo el corazón. Mi amigo, que se llamaba Mauricio, venía á cursar á los colegios, y á fuer de buen estudiante, traía el bolsillo escaso de dineros y el corazón repleto de ilusiones. Tenía 19 años; no hay que preguntar, pues, si era feliz. Cuando el bigote comienza á despuntar en el rostro así como las pasiones en el corazón, en cada hombre que nos aprieta la mano creemos tener un amigo, en cada mujer que nos sonrío una amante. Dormidos ó despiertos revoletea siempre delante de nosotros la esperanza, con sus alas doradas y su célica sonrisa. Figuramos que es muy fácil el camino de la gloria, y que basta echarse á rodar por la pendiente de la vida para tropezar con la felicidad. Un poco después se ríe uno de estas quimeras juveniles, como el zorro de la fábula que, no habiendo podido comerse unas uvas maduras, decía que las desdeñaba porque estaban verdes. Pero lo cierto es que vale más un sueño de la juventud, que todas las miserables realidades que ofrecen después la ambición ó la riqueza; así como es preferible la capa rota del estudiante, al sudario de la experiencia por fastuoso que sea.

Apenas llegó Mauricio fuí como era natural á visitarlo. Después de abrazarnos cordialmente, y de hacernos mil preguntas sobre la familia é incidentes de viaje, me dijo :

—Por fin llegué á esta apetecida Bogotá, de la cual nos cuentan en nuestra provincia tantas maravillas. Tí, que conoces el terreno, es necesario que me guíes.

—Lo primero que se hace cuando se llega, le respondí, es ir donde Rodríguez á mandar hacer una capa, donde Joaquina á tomar helados y á alguna tertulia á enamorarse.

—Y esto último es indispensable?

—Urgentísimo.

—No veo qué relación pueda tener el amor con Don Juan Sala y las Siete Partidas. Á mí no me engañan las mujeres; las tengo muy conocidas.

—Ya lo creo, eres hombre de mundo.

Después de tratar otras cuestiones de idéntica gravedad despedíme de Mauricio, y, por circunstancias que no es del caso referir al lector, dilatamos dos meses en volvernos á ver.

—He cumplido tu recomendación al pie de la letra, me dijo la primera vez que conversamos. La capa aquí la tienes, helados he tomado hasta aburrirme y estoy enamorado como un loco.

—Cómo! tan pronto?

—No tienes que reírte; he hecho una famosísima conquista.

—Bravo! mi querido Napoleón. ¿Y quién es esa sílfide que ha enternecido tu recio corazón?

—Tú sabes que soy romántico; así, pues, detesto á esas mujeres coloradas, de formas hiperbólicas; sólo me placen las bellezas pálidas, vaporosas, transparentes y diáfanas. En casa de la señora B. . . . hubo un baile, y allí encontré, en una muchacha de esta clase, el bello ideal de mis sueños y la estrella de mi vida. Tímida y modesta como la violeta de los jardines, como la rosa de los campos, Luisa es una joya superior á todas las perlas del océano y á todos los diamantes de Golconda. Voy á estudiar con furor para hacerme digno de ella. Su imagen me alentará para procurarme un nombre: mi suerte está fijada.

—Todo eso me parece muy razonable. Pero supongo que contarás con habilidades y recursos para salir airoso en la campaña.

—Con buena intención, amor y esperanza todo se consigue.

Yo te bendigo, alma cándida y bienaventurada, dije para mí.

—¿Y cuándo me enseñas esa “virgen de los primeros amores”?

—Cuando quieras. El domingo hay una tertulia á la cual concurriré: te la mostraré y quedarás pasmado.

Esperé la llegada del domingo con no poca impaciencia. Por una indisposición de Mauricio tuve que presentarme solo. Era aquélla una tertulia franca y cordial, de gente de mediana condición, que para divertirse tenía el buen sentido de suprimir la etiqueta, las cuadrillas y el te, cosas todas á cual más extranjeras y á cual más detestables. Cada una de las clases sociales había pagado su contingente á esta reunión enciclopédica. Allí se veían empleados á medio sueldo, cachacos sin sueldo ninguno, solterones aburridos, muchachos que hacían sus primeras armas en el mundo, beatos tráfugas y casados de cascos alegres que, habiendo dejado á sus costillas muy amadas (sobre todo cuando están ausentes) cuidando á los niños, se entregaban al bureo con la bulliciosa alegría del pájaro que se escapa de la jaula.

Lo primero que hice fué tomar nota de la herosna de mi amigo. Sin que nadie me la indicase, hube de distinguirla á la primera mirada. Estaba vestida de blanco con una elegancia irreprochable. Su color no dejaba nada que desear al romántico más exagerado. Sus ojos negros y brillantes sobre el fondo apagado de su tez, formaban un efecto parecido al de la llama que se escapa de un pálido cirio: no hay que añadir que su pelo era negro, y el conjunto de su persona alarmante. Pero no encontraba en ella á la tímida Galatea que me había pintado Mauricio. Parecióme al contrario corrida y despabilada por demás. Todo el mundo se le acercaba y quedaba pagado de ella. Al uno le hablaba al oído, prodigándole inmediatamente á su vecino sonrisas acariciadoras. Si alguno de sus amigos se amostazaba por verla manifestar á otro decidida preferencia, al punto restablecía el equilibrio ofreciendo al Amadís enojado una linda flor de su *bouquet* con el correspondiente significado; pues, á fuer de moderna elegante, se sabía de coro el lenguaje de las flores. Á uno le regalaba una fruta, y á otro lo dejaba estático con una mirada abrasadora. Resolvíme también á acercarme á esa fecunda dispensadora de caricias, cuyas palabras se volvían ilusiones, así como las de cierta princesa de que hablan los cuentos árabes se convertían en perlas. Hablóme como si fuéramos antiguos conocidos. Á pesar de mi genial cortedad, manifestó conmigo tan alentadora benevolencia, que al fin entablé con ella conversación sin embarazo alguno. Discutimos primero sobre la eterna tesis del matrimo-

nio ; después hablamos de poesía, de novelas, de costumbres y á poco hube de conocer que Mauricio era un niño al lado de esa docta y peligrosa sirena. Y diré de paso, que soy partidario de esas mujeres que conocen los engaños de la sociedad y los misterios de la vida, y en las cuales la virtud no es el resultado de la ignorancia, sino del uso ilustrado y concienzudo del libre albedrío. Pidióme versos para su álbum, ofrecíla una visita, y nos despedimos muy buenos amigos.

No es posible que en un artículo de periódico como éste, cuya primera condición es ser corto, haga relación circunstanciada de todos los incidentes por los cuales hube de colegir, que la inocente Luisa de mi amigo era una coqueta asaz avisada. Sinembargo, á proporción que la noche avanzaba, notábase que en ella iba desapareciendo la alegría, pues ya recibía á la turba de adoradores con menos agasajos y rehuía el encontrarse con ellos. Conocíase que había un no sé qué de ficticio en su papel, y que las galanterías que escuchaba no pasaban de sus oídos, así como las palabras afectuosas que prodigaba no fluían de su corazón. Era media noche : desde el sofá en que estaba recostada, al través de los vidrios de una ventana, se veía flotar la luna sobre un cielo de purísimo azul. Luisa, olvidando el ruido que se hacía al rededor, se entregó, mirando aquella escena, á una meditación profunda : algunas nubes sobre su blanca frente revelaban los misterios de una vida trabajada por el pesar, ó la presencia fúnebre de un triste recuerdo. Entonces comprendí que debía encontrarse en uno de aquellos momentos cuando se prendó de ella Mauricio : ya no era la coqueta bulliciosa y provocativa, frívola y burlona que alentaba todas las esperanzas y entusiasmaba á todos los corazones : la frívola vanidad de la mujer había desaparecido al contacto de pensamientos graves ó dolorosos. Su palidez habitual había tomado un color más exagerado, y sus miradas apagadas manifestaban que el fuego había huído de los ojos para refugiarse al corazón. Ya no parecía una criatura joven y dichosa que vive de ruido, de placeres y de amor, sino más bien un ángel extraviado en el mundo que se acuerda de su patria, ó una Magdalena desolada y arrepentida que piensa en Dios.

—Qué te pareció Luisa ? me dijo al otro día Mauricio. Convendrás en que no hay criatura más inocente y adorable.

—Efectivamente. Inocencias de esa clase pondrían en peligro la salvación del más casto Prior de la República.

—Qué quieres decir con eso ? me replicó Mauricio un si es no es amostasado.

—Nada ; es una chanza. Deseo que seas muy feliz con tu pastora de la Arcadia. Adiós.

III

Ahora, si mis lectores no están ya cansados con este artículo, que va resultando más largo y serio de lo que yo quisiera, tendrán la bondad de trasladarse conmigo, algunos meses después de mi última conversación con Mauricio, á la casa de Luisa, en la cual, merced á mis relaciones entabladas con la familia, entraba con franqueza á todas horas.

Como era de tarde no extrañarán que, poco después de presentarnos nosotros, llegase una señora de visita con su hija. Después de los abrazos y demás cariños hiperbólicos que entre ellas estilan las mujeres, repantigáronse las madres en sus correspondientes poltronas, á conversar sobre cosas que no interesan al lector, mientras que las muchachas, huyendo de tan prosaicas discusiones se refugiaron en el hueco de una ventana, y entablaron el diálogo siguiente, que tuve ocasión de oír, no recuerdo si por casualidad ó indiscreción.

—Con qué es cierto, niña, que te casas ? dijo á Luisa su compañera, á quien si el lector lo tiene á bien, llamaremos Rosa. ¡ Victoria ! dirán los hombres : ya por último fijamos á la inconstante de las inconstantes.

—Y ¿ quién es ese famoso caballero que nos ha cautivado ?

—Me cuadra la pregunta : si no lo sabes tú, por ventura lo sabré yo.

—Pero explícate, por Dios : mi casamiento lo deben haber hecho los cachacos en la Rosa-Blanca, por sí y ante sí. Al menos deberían haber tenido la galantería de consultarme.

—Dicen que el capitán B. es el preferido.

—Imposible que hubiera dado en el hito. ¡ Yo casarme con un militar ! primero me entraba al convento. Tú sabes

cuán triste papel hacen esos señores en esta tierra. Que en tiempos de Colombia, en que derrotaban á los españoles hubiesen conquistado también á nuestras madres ó abuelas, paze: se presentaban ante ellas erguidos con sus triunfos, y con el rostro todavía ennegrecido por la pólvora y el humo de las batallas. Á nosotras las mujeres es necesario que se nos deslumbre con alguna cosa que se llame gloria, talento ó riqueza; pero estos Napoleoncitos de guarnición, que llevan la vida vegetativa de los cuarteles, sin porvenir de especie alguna, no pueden tentar la ambición de ninguna mujer honrada. Pasemos adelante.

—Será pues el joven R. . .

—Ese quídam vestido de casaca! En los tiempos que corren, en que se requiere saber leer y escribir para ser ciudadano, es menester adquirir maneras y educación para ser caballero. Pero de cuenta de que heredó algunos miles de pesos, usa reloj, tiene una vara de espaldas y robustez de peón, no ha querido estudiar ni valer cosa ninguna, y piensa que todas nos morimos por él. Si me hace alguna propuesta seria, le he de echar unos *nones* que le han de quedar zumbando los oídos.

—Creo que al doctor Z, que figura también en la lista de tus pretendientes, y que no es militar ni león de tapete, no tendrás motivo para rechazarle. Además, dicen que tiene un juicio sin igual.

—Tú sabes lo que quiere decir tener alguien mucho juicio? Pues bien, eso significa que no sirve para nada. ¿Tienes noticia, por ventura, que algún hombre de esa clase haya llenado una sola página de la historia? Ya conoces al marido de mi prima: su juicio inspira respeto y su necesidad encanta. El primer día de su matrimonio es el itinerario que ha seguido toda su vida. Si mi prima quiere pasearse, le sale con aquello, de que la mujer honrada, la pier-na quebrada y en casa. Si un domingo ha estado un poco más locuaz que de costumbre, le anuncia con mucha gravedad, que en boca cerrada no entra mosca. Siempre tiene algún maldito refrán para emparedarla otra vez en el eterno álveo en que se arrastra su vida como un arroyo sin murmullo. Á esos hombres les palpita el corazón con una monotonía semejante á la oscilación de una péndola de reloj. Prefiero un calavera apasionado aunque me haga

llorar alguna vez, á un sonámbulo de éstos. No quiero vivir á compás.

—Ya caigo en cuenta, replicóle Rosa. El capitalista don Crisanto, hombre maduro y reposado, por quien tanto se interesa tu familia, será el que te gusta : es un casamiento conveniente á todas luces.

—Casarme con ese usurero, dice mi padre, es una felicidad, y mi corazón que también está interesado en el asunto, dice que es una desgracia. Esos hombres no le tienen cariño sino á su caja de fierro, en la cual encierran sus afectos, su honor, su sensibilidad y hasta su corazón, pues no se sabe dónde lo tengan. Los ricos de este país son de la peor especie conocida. Pasar la vida á su lado, equivale á vivir careciendo de todas las cosas. Esos tacaños comienzan desde el día del matrimonio extendiendo al rededor de la casa un cordón sanitario, para impedir la entrada á toda comodidad y á todo placer. Si la mujer enciende dos velas, apagan una ; si quiere poner postres en la mesa protestan, porque el dulce es muy bilioso ; contra la carne porque tiene grasa ; contra las legumbres porque son acuosas : no consienten un baile en casa, porque dicen es mejor en la ajena, y al teatro no van porque saben de buena tinta que es cosa inmoral. Sin embargo, mis parientes dicen que el tal don Crisanto, uno de los usureros que acabo de pintarte, es un brillante novio para mí, que asegurará el porvenir de la familia. Ya se ve ; como ellos no son los que se casan, nada les importa en obsequio de sus intereses romper el corazón de una pobre mujer.

—Y qué dices de Mauricio ?

—Pobre muchacho ! Es el único que me quiere con sinceridad. Sus palabras apasionadas suenan en mis oídos como música melodiosa. Tengo remordimiento de haber alentado sus esperanzas. Pero estudiantes de provincia, el día que una menos piensa echan en los baúles su equipaje y su amor, y se van para no volver jamás.

—Resulta, pues, que tú no quieres á nadie, y á todos les haces buena cara. Estoy viendo que eres una pérfida.

—Ó sustituyendo cantidades iguales *una coqueta* : ¿ no es verdad ? Voy á contarte en cuatro palabras mi vida, y á resumir la situación, como dicen los politicastros del día. Hace cuatro años que salí del Colegio de la Merced, ansiosa

como debes suponer de placeres y de amor. Por ese tiempo llegó á esta capital un Representante, de esos que ganan aquí seis pesos diarios por hacer malas leyes y mentir amor á las mujeres. Tuvo relaciones con mi familia, y á pocas vueltas simpatizamos. Él era muy afectuoso y parecía cumplido caballero. Mi cándido corazón de diez y siete años se entregó de lleno á esa pasión. Me ofreció volver á unirse conmigo, y se casó en su tierra. ¡ Palabra de Representante ! Desde entonces está llagado mi corazón, pues digan lo que quieran los doctores en amor, sólo se ama una vez en la vida. Habiendo los hombres determinado que no tenemos aptitud para cosa alguna seria, así como un Papa declaró con mucha galantería que no teníamos alma, la educación frívola y descuidada que se nos da, impide que podamos gastar nuestra vida y nuestro tiempo con las distracciones del artista ó las emociones de la ambición, cuando por cualquiera fatalidad el amor y el matrimonio son hoja vuelta para nosotras. Yo, por mi parte, á falta de afectos verdaderos, he cultivado pasiones ficticias. Es preciso entretenerse en alguna cosa. Pero esta vida de risa y de chanza tendré que abandonarla pronto por las conveniencias de un fúnebre matrimonio ; pues los hombres, que han hecho las leyes sociales á su sabor han declarado, para tenernos más en su dependencia, que es ridículo llegar á los treinta años sin tener marido, y nosotras las majaderas les hemos apoyado ; motivo por el cual cambiamos nuestra vida tranquila é independiente de solteras, por casarnos con el primer zote que tiene la bondad de ofrecernos su mano.

Está resuelto, dije para mí, después que finalizó este picante escrutinio, que á Mauricio se le extenderán sus letras de retiro. La candidatura Crisanto, merced á las coacciones, obtendrá la preferencia.

Obra de cuatro meses habrían corrido después de lo que acabo de referir, cuando una mañana se presentó Mauricio en mi casa amilanado y triste.

—No sabes, me dijo, que se casa Luisa ?

—Contigo, por supuesto.

—La pérdida ha preferido á ese infame usurero don Crisanto. Estoy desesperado. ¿ Qué me aconsejas ? No sé qué preferir, si expatriarme para siempre, ó arrojarme por el Tequendama.

No pude menos que responderle con una estrepitosa carcajada. No hay que affigirte, le dije: con tus veinte años, talento y figura te sobrarán queridas. Para ser hombre es necesario recibir el bautismo del desengaño, así como para ser buen militar el bautismo de la pólvora. Dentro de un año habrás olvidado la aventura; por ahora vamos donde François, á solemnizar tu primer chasco con una botella de champaña.

Acabaré este largo artículo observando:

Que muchas coquetas, después de haberla corrido de lo bueno, sorprendiéndolas la edad madura en el celibato, toman anclas en San Carlos, y se dedican á la prosaica ocupación de vestir santos;

Y que muchos veleidosos finalizan su borrascosa existencia, casándose con las hijas de la alegría *in articulo mortis*. ¡Percances del oficio!

(De EL NEO-GRANADINO, número 141, de 31 de Enero de 1851.)



MEMORIAS PARA LA HISTORIA DE LA NUEVA GRANADA

POR EL SEÑOR JOSÉ ANTONIO DE PLAZA

Para todo hombre de letras, bien sea filósofo, publicista ó poeta, los estudios históricos son de necesidad indispensable. El origen y desaparecimiento de los grandes pueblos, los esfuerzos individuales ó colectivos hechos en distintas épocas para ensalzar á la especie humana ó degradarla, la influencia que hayan tenido sobre la economía de las sociedades las ideas políticas, morales y religiosas que cada siglo ha ido precipitando sobre el siguiente; las costumbres, las supersticiones, la vida brillante y regalada de los príncipes,

la existencia oscura y fatigosa de los pueblos; todas estas cosas, que componen para el filósofo la marcha de la civilización, y para el poeta el drama de la humanidad, es preciso aprenderlas en las graves enseñanzas de la historia. Débese cuidar eso sí, en escoger historiadores; pues unos, á guisa de espejo imparcial, reflejan las virtudes con todo su esplendor y los vicios con toda su fealdad, y otros, á estilo de cortesanos serviles de la grandeza y de la fortuna, recorren con el incensario en la mano la vida de los grandes y las iniquidades de los reyes.

Empero, si para los hombres que de literatos y de publicistas hacen profesión, son indispensables los estudios históricos en general, el conocimiento profundo de la historia patria es de premiosa urgencia para todo individuo que á sentar plaza de medianamente civilizado tenga pretensiones. Entre nosotros, más que en ningún otro país del mundo, son mirados estos estudios con desdén é indiferencia lamentables: mucho más se nos alcanza de lo que hicieron los caldeos, griegos y romanos, que de los hechos de Balboa, Quesada, Heredia ó Robledo: ignoramos, que es un gusto, la teogonía, costumbres y política de las razas primitivas que habitaban nuestro país, y sobre la historia del virreinato nos encontramos á buenas noches. También es cierto que para adquirir ideas exactas sobre esos acontecimientos y hacer sobre la materia fructuosos estudios, hemos carecido de toda historia filosófica y razonada, no encontrando por delante sino datos inconexos, archivos embrollados y desapacibles crónicas. Para remediar este mal el señor José A. de Plaza, ha llevado á cabo la patriótica empresa de arrojar luz sobre las tinieblas de nuestra vida pasada, penetrando con buen criterio y paso firme en medio de las razas primitivas, siguiendo á los conquistadores en sus aventuras y sangrientas correrías y sazonzando la narración de la política y administración de los Adelantados, Oidores y Virreyes, con buena y razonada crítica.

Pero valga la verdad, nosotros no somos competentes para juzgar una obra tan seria y voluminosa: fáltanos por una parte estudios y conocimientos, y por otra tiempo para comparar relaciones y rectificar hechos, pues ni una lectura cuidadosa hemos podido dar á las Memorias, sino rápidamente trashedarlas. Anímanos á escribir alguna cosa sobre esta historia que el señor Plaza ofrece al público con el título más

modesto de *Memorias*, la consideración de que no dice bien con nuestras pretensiones á ser el pueblo más entendido de la América del Sur, la indiferencia con que recibimos obras de tamaña importancia, y el silencio desalentador que guardan nuestros periódicos respecto á trabajos de tan conocida utilidad.

El señor Plaza, como todos los que han escrito sobre antigüedades americanas, no ha podido menos de rendir homenaje en el primer capítulo de su obra á la grande y poética figura de Cristóbal Colón. Este célebre navegante genovés fué hijo de un cardador de lanas, y nació, como casi todos los hombres superiores, en las filas del pueblo. Sin poder recibir educación académica por falta de recursos y abandono de sus parientes, se entregó á esas cavilaciones solitarias, más propias para formar hombres distinguidos que las aulas de los colegios y las lecciones de los pedagogos. Viviendo á orillas del Mediterráneo, en una ciudad enteramente marítima y en un siglo tan fecundo en descubrimientos y navegaciones aventureras, á pocas vueltas le cogió pasión á los estudios geográficos, y soñó con mundos desconocidos. Para realizar su gran pensamiento acudió al Senado de Génova, que rehusó sus proposiciones; imploró, aunque en vano, el auxilio del célebre Juan II de Portugal, de Enrique VII de Inglaterra, y ofreció por mucho tiempo, sin buen suceso, sus servicios á los reyes católicos. Á no haber sido hombre de hierro y de voluntad poderosa, habría sucumbido en esa lucha que sostuvo con la fortuna por espacio de 18 años, pidiendo algunos auxilios á los reyes y ofreciéndoles, como dice Wáshington Írving, un mundo en recompensa. El fanático y desconfiado Fernando le fué siempre hostil; pero al fin prohió decididamente sus proyectos Isabel la católica, uno de los más bellos y nobles caracteres que menciona la historia. Antes de llegar á este resultado tuvo que defender en un monasterio de España conclusiones con los monjes para probarles la posibilidad de su empresa, de los cuales unos le calificaban de visionario, y otros, porque sostenía la existencia de los antípodas y la redondez de la tierra, le denostaban como á hereje.

Qué emociones de legítimo orgullo y de sublime entusiasmo no sentiría Colón al oír al primer marinero que gritó alborozado: ¡tierra, tierra! Figurémonos un hombre que no tiene en su vida sino un solo pensamiento; que meditando

sobre ese objeto consume su juventud y encanece á los treinta años; que anda durante largo tiempo peregrinando de corte en corte implorando, para llevar á cabo su proyecto, una cantidad inferior á la que los príncipes daban todos los días á un monje por una absolución, á una cortesana por una caricia; pongámonos en lugar de ese hombre que se veía tan desvalido y tan impotente, llevando un mundo en la cabeza, y después de esto consideremos qué momento de suprema felicidad sería para él cuando encontró, cubierto de verdura y de palmeras y orlado con toda la magnificencia de los trópicos, ese mundo tan deseado, único objeto de su vida, visión constante de sus sueños.

Pero la Providencia, lo que suele conceder á los hombres en genio, se lo niega en felicidad. La desgracia que había perseguido la juventud de Colón y gran parte de su edad madura, habiéndole dado un vagar pasajero, tornó inexorable á apoderarse de su presa. Después de haber trabajado más que nadie por la causa de la humanidad y en pro de la civilización, después de haber descubierto un emporio de riquezas para los monarcas españoles, recibió de Fernando un galardón digno de la encomiada hidalguía de los reyes: cadenas, persecuciones y olvido. Murió pobre y desesperado, maldiciendo tal vez como Camoens y el Tasso ese funesto don del genio, llama que alumbra á la humanidad pero que devora el sosiego y la ventura de los grandes hombres.

Las siguientes pinceladas biográficas del señor Plaza hablando de Colón, parecen trazadas por la docta y valiente pluma de Quintana: "Fué Colón de gentil estatura, largo de cara y en sus facciones notábase el gesto de la autoridad. La nariz aguileña, los ojos azules, sumamente blanco y encendido de color. La barba y cabellos, cuando muy joven, eran rubios, aunque desde su mocedad se le tornaron canos. De natural festivo, amigo de jocosidades, de buen hablar, claro ingenio, grave con moderación, afable con los extraños y con los que le rodeaban de índole apacible, suave y placentero con moderada gravedad. Su continente descubría un hombre á quien se tributaba respeto y admiración forzosamente. Sobrio y moderado en las necesidades de la vida, de pasiones tranquilas, su corazón sólo palpité de amor por la señora Enríquez, quien sacrificó sus intereses á los del apasionado navegante.

“Fué varón de grande ánimo, esforzado, de altos pensamientos é inclinado á cometer hechos egregios de alta fama. De ánimo generoso, perdonaba las humillaciones é injurias, sin quedar en su corazón el más leve asomo de rencor. De constancia heroica en los trabajos y de longánimo corazón.”

Una vez descubiertas las costas de la Nueva Granada, en el cuarto viaje de Colón en 1502, el señor Plaza dedica el segundo y tercer capítulo de su obra á narrar las primeras tentativas de colonización intentada con más ó menos éxito en las costas de Veraguas, en el Darién y en los litorales del Atlántico. Esos primeros conquistadores dotados de valor indomable y obstinación sin ejemplo, se internaban en pequeño número en medio de tribus feroces y de poblaciones desconocidas, esguazaban ríos caudalosos, recorrían, casi sin recursos, inmensas soledades y trasmontaban á veces con equipajes y caballos, cordilleras tan intransitables y precipitosas como los famosos Alpes que atravesó Aníbal. Empero, si bien es cierto que por estas hazañas inauditas merecieron el prez de los valientes, el historiador, recordando el bastardo y codicioso estímulo que los animaba y las huellas de sangre que dejaba por doquiera su febril avaricia, no puede menos de legar con horror sus nombres á la posteridad. El señor Plaza, hombre de principios *humanitarios* y de corazón americano, á la vez que crítico severo é imparcial historiador, refiere con la debida indignación las sangrientas correrías de esos bárbaros colonizadores que, diciéndose súbditos de una corte civilizada y misioneros de una religión de tolerancia y caridad, atormentaban á los indios para probarles la magnanimidad de su rey, y, con el crucifijo en la mano, degollaban tribus enteras para hacerlas creer en Dios.

El capítulo cuarto es, en nuestro concepto, acreedor á una atenta y cuidadosa lectura. Los muiscas, el tercer pueblo americano en poder y civilización, después de los mejicanos y peruanos, figuran en este instructivo y filosófico cuadro. Nada en esta materia se ha pasado por alto á la cuidadosa investigación del señor Plaza. Tradiciones, religión, costumbres, sistema penal, instituciones políticas, hábitos guerteros, disquisiciones filosóficas, todo lo que tiende á reflejar la vida moral y material de un pueblo, se encuentra agrupado en ese capítulo, digno, lo repetimos, de un curiosísimo

estudio. Encontramos allí que el pueblo muisca con sus diferentes cacicazgos era sumamente poblado, en prueba de lo cual bastaría únicamente recordar que en la gran batalla dada entre el Zipa Nemequene y el Zaque de Tunja lidiaron 100,000 combatientes, hecho histórico en que están de acuerdo los señores Plaza y Acosta. Semejante población manifiesta que aquel pueblo era muy sobrio y laborioso, y que tenía instituciones relativamente sabias, pues ninguna sociedad crece considerablemente sino al abrigo de algunos principios de moderación y de justicia. Incensaban á sus ídolos con víctimas humanas, barbarie común á casi todas las tribus americanas; y, como los peruanos y otras naciones indígenas, adoraban al sol y la luna, idolatría la más poética y racional de los pueblos primitivos.

“La organización física de los muiscas, habla el señor Plaza, era conocida por el rostro redondo, casi más ancho que largo y poco convexo; la frente aplanada, poblada de pelo hasta dos dedos más arriba de la ceja; cráneo poco prominente; nariz pequeña y aplanada; ojos chicos, negros, oblicuamente colocados y expresivos solamente de la desconfianza; mejillas sobresalientes hacia arriba; labios algo gruesos; barba lampiña y poco extensa de la boca á su punta; estatura mediana y ancha. Su robustez para resistir las intemperies, su paciencia para las maniobras, su docilidad como vasallos y su valor en la guerra, eran los distintivos de esa raza en Cundinamarca. La conquista influyó en su carácter moral, pues se tornaron pusilánimes, maliciosos y desconfiados, efecto de la impresión que recibieron con aquélla, al ser reducidos por un pequeño número de blancos, que arrojaban el fuego y la muerte á una gran distancia, montaban brutos veloces, y les arrebatában sus propiedades, entregando cada año por vía de tributo una parte de su sudor y trabajo. Su vida posterior comprueba la degradación de su ser.”

Como muestra del estilo suelto, elegante y á veces poético que acostumbra el señor Plaza en sus descripciones de caracteres y tribus americanas, transcribimos de la primera página en que abrimos al azar, el siguiente retazo sobre los goajiros:

“Valientes y arrojados, expertos en domar un potro, veloces como el viento en la carrera, prácticos en manejar

las armas de fuego en sus briosos caballos, sufridos en las intemperies, perspicaces y conocedores de las celadas y estratagemas de guerra, por las lecciones que han recibido de los ingleses, son casi inconquistables por la fuerza. Los goajiros tienen una civilización relativa: comercian en armas, municiones, herramientas y buhonerías, con los ingleses por los medianos puertos de Bahiahonda, Portete, Jarva y otros, dando en retorno perlas, maderas preciosas y otros productos de su territorio. Antigualmente el número de éstos alcanzaba á 70,000. Su vestido consiste en una media camisa de algodón que llaman *chamarreta*, llevan una especie de manta de varios colores terciada sobre el hombro, que les alcanza á la mitad del cuerpo, y los calzones que usan, también de algodón, no los abrigan sino hasta media pierna. De un lado llevan pendiente la *mochila* del hayo, vegetal que mascan y comen como alimento muy nutritivo, y conducen colgado á la cintura el *poporí* ó *calubazo* donde guardan una cal finísima, extraída de las conchas del mar. Es muy común ver á la india goajira cargada con una haz de leños en la espalda, y llevando en sus brazos una ó dos criaturas, mostrando aquellas pobres mujeres la sujeción, el respeto y el temor que tienen al varón, que en pos suya camina con paso mesurado, sirviendo de escolta, muy serio, grave y majestuoso, siempre concentrado en profundo silencio y desplegando un aire repugnante de señorío y despotismo, al lado de su pensativa compañera, ostentando una arrogancia de libertad propia de su estado de independencia, y de la honrosa tradición que conservan de haber resistido por tanto tiempo la seducción y el halago, los consejos de los misioneros y el imperio de la fuerza."

En cuanto á la exactitud de los hechos referidos en las Memorias, creemos que el señor Plaza los habrá sacado de las mejores fuentes: una exactitud rigurosa sería exigir demasiado, atendiendo á lo embrollado de los archivos y á lo desaliñado de las crónicas á que habrá tenido forzosamente que ocurrir. Quisiéramos que otros periodistas más entendidos y desocupados que nosotros, dando de mano algunos ratos á las cuestiones de partido y á la estéril y enojosa polémica personal, consagraran algunos artículos á analizar concienzudamente las obras de los señores Plaza y Acosta, tarea que contribuiría á esclarecer y rectificar muchas tradiciones oscuras, y á que la

juventud tomase gusto por estudios históricos que sean de tan conocida importancia.

Examinando las ideas políticas, económicas y religiosas que los primeros conquistadores y después los Oidores y Virreyes sembraron y propagaron en Nueva Granada, puede encontrarse la clave de las costumbres perezosas y fanáticas, del espíritu de chicana, de los viciosos instintos y de las leyes fiscales bárbaras y absurdas que nos han mantenido estacionarios tanto tiempo, á despecho de nuestras ventajas excepcionales y de la riqueza y exhuberante fertilidad de nuestro suelo. El secreto de la suerte próspera ó adversa de una sociedad se encuentra muchas veces en el carácter de sus fundadores, así como los instintos del niño revelan las pasiones del hombre.

En otro artículo publicaremos ciertas reflexiones que brotan naturalmente de la lectura de estas Memorias, diremos algo sobre la historia del Virreinato que es, en nuestro concepto, la parte más interesante, y arriesgaremos, por nuestra cuenta y riesgo, algunas observaciones sobre el carácter, situación actual y porvenir de las dos grandes razas, española y anglo-sajona, que se dividen hoy el continente americano.

(De EL NEO-GRANADINO, número 144, de 21 de Febrero de 1851.)



NO HAY QUE DESESPERAR

En medio de la crisis y situación angustiosa en que se encuentra el país, creemos percibir un hecho consolador para los buenos ciudadanos. Parécenos que el amor al orden se va desarrollando en los pueblos; pues éstos en lo general no gustan ya de revoluciones, y ven á los conspiradores con ojeriza y con desdén. Esto es ya de importancia suprema para el progreso del país y la consolidación del orden.

No hay, pues, que desesperar de nuestra suerte. La esperanza, que es la primera felicidad del individuo, debe ser también la primera virtud del ciudadano.

Hasta ahora los pronunciamientos, con excepción del de Antioquia, no han sido fomentados, encabezados y dirigidos sino por ambiciosos, llenos de odio personal á los gobernantes, ó de pecaminosa afición á los destinos públicos. Los pueblos, sin prestarles ninguna cooperación, los han mirado con odio, indiferencia ó desprecio.

En Antioquia ha sucedido de otro modo; pero Antioquia es una provincia excepcional. Como en todo país montañoso y agreste, las noticias, los periódicos, el movimiento político, todo lo que forma la vida intelectual de los pueblos, llega despacio y con suma dificultad. Esas poblaciones laboriosas y honradas tienen creencias enérgicas y sinceras, pero también son muy susceptibles en materias de honor y religión. Á fuerza de repetirse por los periódicos conservadores, únicos que entre ellos circulaban, que el Gobierno y sus agentes destruían la religión, vulneraban todas las garantías, se robaban todas las propiedades y atacaban el honor de todas las mujeres, hicieron fermentar pasiones dañosas en esos corazones cándidos: situación que explotó hábilmente para hacerlos extraviar un general traidor y corrompido. Jamás le perdonaremos á ese ambicioso, cuya historia está manchada con sangrientas é incendiarias tradiciones, que se haya aparecido como un genio funesto en esa provincia tan querida para nosotros, á arrojar el hierro, la sangre y el desorden sobre la vida de sus habitantes tan laboriosa, tranquila, pacífica y feliz.

Pero no hay que desesperar. En general la índole de los granadinos es buena: es verdad que todavía algunos se pronuncian poniendo cruces por banderolas, lo cual no es de extrañar, pues quien lo hereda no lo hurta, y la madre España es la tierra clásica del fanatismo y de los pronunciamientos. Pero en la mayoría de las poblaciones se va arraigando fuertemente la convicción de que las revoluciones sólo sirven para turbar los negocios, destruir las propiedades, encumbrar á los perversos, militarizar el país, desacreditarlo en el exterior y hacer de la vida una agitación continua, una tortura y un infierno.

Van conociendo que todo el mundo pierde en las revoluciones: los ricos sus propiedades, tranquilidad y placeres, y

los pobres pierden también el fruto de sus economías, de su trabajo penoso de doce horas y la esperanza de mejorar en lo porvenir, porque el tiempo es el único capital de los pobres.

No hay que desesperar. Lo impopular y ridículo de las conspiraciones de ahora, comparándolas con lo imponente y popular de los pronunciamientos del año de cuarenta, manifiestan que los pueblos conocen que sus instituciones mejoran y agradecen á la Administración actual y al partido liberal sus leyes y medidas de progreso y filantropía.

¿Cuál es el elemento social que pueden lanzar contra el Gobierno y el partido liberal los cabecillas facciosos? Vamos á verlo.

En las dilatadas llanuras regadas por el Cauca, en medio de una naturaleza fecunda, bajo un cielo siempre brillante, una multitud de criaturas humanas trabajaba penosamente de un crepúsculo á otro en beneficio ajeno sin salario, sin retribución, sin esperanza. Vestidos de girones, escasamente alimentados, tratados como cosas, azotados á gusto de sus amos, sin garantías de ciudadanos, sin vida de familia, se arrastraban penosamente esos infelices desheredados por la ley, maldecidos por la sociedad. La Administración del siete de Marzo se acercó á esos desgraciados y les dijo: "en adelante no habrá quien os regatee el alimento ni explote vuestros sudores: podréis levantar la cabeza con dignidad para adorar á Dios, tener esposa, hijos y familia, cosechar frutos de esa naturaleza inagotable y calentaros tranquilamente á los rayos de ese sol espléndido: sois hombres, es decir, sois libres."

¿Podrán los conspiradores contar con estos hombres, generosamente emancipados por la Administración del siete de Marzo y el partido liberal?

La mayor parte de la población de Nueva Granada se compone de agricultores que, por causa del precio vil de los frutos, del desgüeño en los sistemas de cultivo, de la dificultad en los transportes y de la penuria general, apenas alcanzan, trabajando de sol á sol, para subvenir á sus modestas necesidades. La legislación colonial sostenida y encomiada por los conservadores, les arrebatava la décima parte de su trabajo con el nombre de diezmo, la séptima con la denominación de primicia y el resto de los sudores de los pobres era también para los curas, ya pagando el bautismo por la desgracia de nacer, ya el entierro por la desgracia de morir. Desde la cuna hasta

el sepulcro jamás se interrumpe para los pobres esa explotación sacrílega. El partido liberal, doquiera que ha tenido mayoría, ha dicho: "abajo diezmos, abajo primicias," y los derechos de estola, merced á sus esfuerzos, ya están casi agonizantes.

¿Podrán los conservadores enrolar en sus filas á la mayoría de los agricultores?

La juventud de Nueva Granada se educaba, como todos sabemos, con leyes suntuarias, con trabas embarazosas, bajo un régimen jesuítico y mezquino: se la privaba de toda influencia social, de toda discusión política. La Administración actual y los legisladores liberales han proclamado la libertad de estudios, llamado los jóvenes prominentes á los destinos públicos y abierto todas las carreras á esa juventud entusiasta y generosa.

¿Podrán, pues, los cabecillas jesuítas contar con la briosa juventud que se levanta?

Bien conocen los cabecillas jesuítas que no es en estas grandes entidades sociales donde encontrarán sostenedores: ellos han tenido que explotar una pasión inoculada en nuestro país con la sangre española y los hábitos coloniales: han lanzado contra la democracia el fanatismo religioso, divisando con cruces sus banderas, é invocando el nombre de Dios para proceder á sus tareas de exterminio, como el duque de Guisa y Catalina de Médicis oían misa devotamente para tener el cielo propicio el día de San Bortolomé.

El fanatismo es, pues, el único arsenal de donde pueden sacar armas los conspiradores, contra las instituciones y la República. Esta es una arma; pero, por fortuna, arma desacreditada y de temple ya muy dudoso. En este asunto el clero de la Nueva Granada, como director de las conciencias y encabezador de las ideas religiosas, tiene graves deberes que cumplir; y esperamos que, por su propio interés y el de la causa del catolicismo, procurará, con energía y resolución, llamar al buen camino á las masas extraviadas, y hacer que marchen paralelamente la religión y la libertad.

No hay que desesperar. Continúe el Gobierno, como hasta ahora, reprimiendo las facciones, con energía y dignidad, pero sin odio ni rencor, como cumple á un gobierno fuerte, sostenido por la legalidad y la opinión; trabaje con tesón y perseverancia en mejorar el sistema tributario, en generalizar la educación en el pueblo, y en llamar al banque-

te de la civilización á las clases proletarias, que es el verdadero socialismo de los gobiernos honrados; y de este modo reunirá en derredor de sí las simpatías de todos los buenos ciudadanos.

Nosotros tenemos esperanza de que el *orden* sea pronto una bandera que cuente por defensores á todos los hombres de trabajo, de inteligencia y de honradez que hay en el país. Confiamos en que pronto la opinión pública mirará con horror á todo conspirador, y no encontrando séquito en los pueblos las revoluciones, poco á poco se acabarán los revolucionarios.

No hay que desesperar. Nosotros tenemos fe en la consolidación de la República, no solamente en América sino también en Europa: el triunfo de la democracia es la pasión de nuestra vida. Aunque hoy está vencida por el despotismo en el viejo continente: aunque los defensores de la libertad Kossuth, Ben, Garibaldi y otros mil, andan proscritos y errantes por el mundo; aunque los republicanos se hallan hoy traicionados en Francia, acuchillados en Italia y amenazados en todas partes por los cosacos de Rusia y las bayonetas del Austria, la noble causa que defienden, que es la causa de la humanidad, triunfará al fin. Nosotros seguimos ansiosos todos los incidentes de esa lucha gloriosa, y, acompañando con nuestras simpatías á los defensores de la libertad en todos los países, el día que nos llega la noticia de alguno de sus triunfos, es un día de fiesta para nosotros.

(De EL NEO-GRANADINO, número 170, de 22 de Agosto de 1851.)

ORDEN PÚBLICO

Todas las noticias que nos llegan de las provincias son noticias de triunfo. Las últimas recibidas por el Gobierno nos dan la entera convicción de que *el orden se halla hoy restablecido en la República*, y así lo aseguramos á nuestros lectores por nuestra cuenta y riesgo.

Esta frase "el orden se ha restablecido" es hoy el objeto de todas las conversaciones, el tema de todos los discursos y el motivo eficiente de la estrepitosa alegría que reboza en el pueblo y del entusiasmo sincero y concentrado de los hombres de meditación y pensamiento.

Y ¿qué quiere decir, el orden se ha restablecido en el país?

Esto significa que de hoy en adelante en todas los ángulos de la República, las instituciones y la ley serán una realidad: significa que el hombre de inteligencia en su bufete, el rico comerciante en su almacén y el pobre labrador en su campo, pueden continuar pacíficamente sus tareas, sin que los interrumpa el toque de llamada del Gobierno, ó el cañonazo del conspirador; significa, en fin, que la confianza, esa condición vital de toda industria y de toda civilización volverá pronto á renacer en la República.

Por tan magnífico resultado, felicitamos con entusiasmo á la Administración del siete de Marzo.

Y cuenta cómo se nos dice que, felicitando al Gobierno, seguimos la rutina cómoda y vulgar de festejar al vencedor. Rechazamos esta imputación, porque nosotros hemos sido miembros del partido liberal y amigos de la Administración actual tanto en sus buenos como en sus malos días, y no pertenecemos á esos hombres que se apresuran á maldecir la adversidad y á saludar con alborozo la fortuna.

En nuestro doble carácter de antioqueños y amigos decididos de la causa del orden, damos al Gobierno la enhorabuena por el espléndido triunfo conseguido en Antioquia; triunfo que, obtenido sin combates, no dejará huellas de devastación ni de lágrimas; triunfo, repetimos, cuya noticia envuelve un hecho más elevado que el boletín de una victoria, porque significa que un pueblo extraviado por las mentiras de un General traidor ha conocido sus errores y renegado de ellos, declarándose vencido delante de la idea de la legalidad y rindiendo homenaje á la majestad del Gobierno.

En una alocución sentida y elocuente dirigida por el Presidente de la República al pueblo, la noche que llegó á esta capital la noticia de la pacificación de Antioquia, le oímos decir entre otras cosas: ¡Viva el pueblo antioqueño! Estas nobles palabras, pronunciadas por un hombre franco y leal, que no conoce la hipocresía ni el embozo, son para nosotros

prenda de que la Administración olvidará generosamente los extravíos de los disidentes de Antioquia, entre los cuales, luégo que se desvanezca la nube de engaños que tienen por delante, encontrará el Gobierno amigos sinceros y sostenedores apasionados.

Nosotros confiamos en que el Gobierno continuará impasible, después del triunfo, como en medio de la lucha, con esa política de humanidad, de moderación y de respeto á las leyes, que es la verdadera política de los mandatarios populares y de los Gobiernos fuertes. Las persecuciones y los cadalsos, ese recurso vulgar de los gobernantes débiles y mezquinos, sólo sirve, como todo el mundo sabe, para eternizar rencores y provocar reacciones. Desterrar por algún tiempo fuera del país á los principales cabecillas y perdonar generosamente á los demás comprometidos, es la única política indicada por la opinión y casi nos atrevemos á esperarlo, es también el pensamiento del Gobierno.

En las revoluciones se conoce á los hombres, á los partidos y á los Gobiernos: las almas elevadas y los corazones mezquinos, las buenas como las malas pasiones se ponen en evidencia. Ahora interpelamos á los jefes de la oposición, á los redactores de "La Civilización," de "El Día," de "El Misóforo," á toda la plana mayor de pericdistas conservadores, preguntándoles: ¿Dónde está ese Gobierno, ese partido sediento de venganzas y de sangre? ¿Qué se ha hecho el decantado vandalismo? ¿En dónde se encuentra ese espantajo sangriento, que mantenían siempre delante de los pueblos, llamado *la cuchilla roja*?

Á los asesinatos colectivos cometidos en la revolución del año de cuarenta, á las persecuciones y presión sistemática ejercida contra el partido liberal, á la grito de ilegalidad y coacción con que han pretendido manchar en su origen á la Administración del siete de Marzo, á las calumnias é insultos prodigados hasta lo infinito contra los miembros del Gobierno en la tribuna y por la prensa; y por último, á las tentativas de asesinato y conspiraciones á mano armada, el Gobierno les ha respondido con la moderación y la clemencia.

Nosotros aplaudimos de todo corazón este proceder, y nos enorgullecemos de pertenecer á un partido, que no solamente es inteligente y progresista, sino también humano y generoso.

Los que han entrado en las revueltas por engaño y fascinación, al ver la noble conducta del Gobierno, volverán sobre sus pasos y sostendrán el orden de ahora en adelante. Los enemigos jurados de la democracia, los jesuitas encaprichados y rabiosos, volverán tal vez á conspirar: tanto peor para ellos. Tornarán á ser vencidos en los campos de batalla, y desfilarán otra vez prisioneros, mohinos y avergonzados por las calles de Bogotá, en medio de la indignación de los hombres honrados y de la rechifla popular.

Si alguna cosa puede indemnizarnos de la crisis que se experimenta en los negocios, de la parálisis de la industria y de la sangre derramada, es el profundo y completo descrédito en que han caído los camanduleros y los especuladores en fanatismo religioso. Y si no fuéramos enemigos de excepciones, y partidarios de que sea completa la magnanimidad del Gobierno, le pediríamos que fuera inexorable con los curas, frailes y miembros del alto clero que, olvidando su misión evangélica, y abusando de la tribuna religiosa y del confesionario, falsean la conciencia de los pueblos, apagan en ellos el amor á las instituciones, el respeto á la ley, y los hacen sacrificar en cruzadas vergonzosas y sangrientas, en nombre de un Dios de paz y misericordia. Algunos de estos fariseos han sido cogidos prisioneros en plena conspiración: el profundo desprecio y la completa indiferencia con que el pueblo los ha visto entrar á las prisiones, manifiestan que los tiempos en que se hacían revoluciones con cristos están muy lejos de nosotros, y que á los hombres de sotana también les alcanza la ley, cuando en mala hora y peor razón se meten á jugar á las revoluciones.

Los pueblos, aleccionados por la experiencia, van conociendo ya que sus verdaderos enemigos son los hipócritas de casaca ó de sotana que, para saciar odios ó procurarse medros personales, les hacen prodigar su tiempo, sus haberes y su sangre, ya asustándolos en su carácter de propietarios con las manoseadas consejas de que en el partido liberal predominan el robo, la depredación y el comunismo, ó ya alarmando sus conciencias con los supuestos ataques dados por el Gobierno á la religión y á sus ministros.

Ya es tiempo de que estas vejeces propias de los tiempos de Pedro el Hermitaño dejen de repetirse entre nosotros. El poder y los destinos públicos son la verdadera Palestina que

tratan de arrebatár á los infieles estos modernos cruzados. Los pueblos conocen ya que su pretendida moralidad no es más que farsa, su patriotismo ambición y su ortodoxía mentira.

Dejemos á esos hombres con sus remordimientos y volvamos nuestras miradas con júbilo al orden público restablecido, al principio de la democracia triunfante y á la majestad de las instituciones salvada. Felicitémonos porque estos fructuosos resultados se hayan obtenido economizando lágrimas y sangre: procuremos que estas escenas de desolación y de vergüenza por la patria no vuelvan á repetirse; y hagamos de la bandera del orden la gran bandera nacional, y del respeto á la ley la primera de todas las virtudes.

(De EL NEO-GRANADINO, número 171, de 29 de Agosto de 1851.)



LA IMPRENTA, LA INTELIGENCIA Y LA FUERZA

La imprenta, este fanal de las sociedades modernas, sólo arroja hoy entre nosotros vagos y pasajeros resplandores. La calma y la confianza, no solamente son necesarias para las operaciones mercantiles y el desarrollo de la industria, sino también indispensables para que sean fructuosas las tareas de la inteligencia, fecundo y animado el movimiento de las ideas. En medio de las revoluciones, delante de hechos que se cumplen, de batallas que se dan, de muertos que se lloran, de reputaciones que se pierden, de caracteres que se engrandecen; delante de tantas cosas que se precipitan, y nos acosan, y nos alarman diariamente ¿quien había de tener humor ni paciencia para leer un artículo de costumbres, ó seguir en un periódico una discusión filosófica? En estos tiempos de movimiento y de ruido, los obreros del pensamiento son nulos delante de la opinión y mientras

dura el drama tienen que retirarse detrás de bastidores, dejando en el escenario las vueltas coloradas y á los hombres de sable.

Pero así que el orden se restablece, que se extingue el ruido, que se da á los batalladores su recompensa en grados ú ovaciones populares, la imprenta, ese gigante que habla todas las lenguas, que derriba todos los obstáculos, que combate por todos los intereses, que en sus días de cólera y de justicia, á semejanza de Dios, ensalza á los humildes y abate á los soberbios, que lleva en su cabeza la experiencia de los siglos y el resumen de todas las civilizaciones; la imprenta, decimos, vuelve á dejar oír su voz imponente y majestuosa y continúa esa lucha emprendida por ella hace cuatro siglos en favor de la libertad y del progreso.

Desde el año de 1440 en que apareció la imprenta hasta nuestros días, se ha hecho una revolución completa en la vida moral y material de las naciones. Merced á ella el pensamiento democrático ha tomado poderosa expansión, y la fuerza, único derecho en las sociedades antiguas, ha sucumbido ante la razón, este Evangelio de los pueblos modernos. Sin la imprenta, casi puede asegurarse que el estado feudal predominaría en Europa, los papas estarían todavía vendiendo indulgencias y repartiendo coronas, la inquisición continuaría quemando herejes, los pueblos no conocerían más derecho que el de sufrir, y se mantendría estampado en el código político de las naciones, ese dogma insultante que se llama el derecho divino de los reyes.

La tiranía y el fanatismo son enemigos mortales de la libertad de imprenta. Y lo aciertan. Los reyes y los privilegiados de la tierra conocen por instinto, que sus castillos feudales y sus guardias pretorianas son baluartes nulos delante de los asaltos del periodismo, débiles é impotentes ante esa explosión continua del pensamiento humano.

Los anales de la historia antes del descubrimiento de la imprenta sólo contienen batallas y conquistas: todos los hombres que dominan y deslumbran son guerreros: la fuerza por todas partes es dueña de la riqueza, señora del poder, monopolizadora de la gloria. Sólo podía escalar las eminencias sociales el que había nacido con aptitudes militares y puños de hierro. Apareció la imprenta, y puso en manos de

los hombres una escala para trepar á todas las alturas, una arma para vencer todas las resistencias. Como elemento democrático, la imprenta ofreció un gran palenque donde podían combatir y vencer todas las ideas, todos los principios y todas las ambiciones que vivían ahogadas ó desconocidas en el mundo. La pluma vino á ser arma de mejor temple que la espada, el talento mejor capital que la riqueza, y la inteligencia un poder más dominante que la fuerza. Á los débiles les dió medios de hacerse fuertes, á los oprimidos armas para vengarse de los déspotas, y á los hombres mal hallados con el silencio y el olvido les abrió el camino del poder y de la gloria.

De las clases más humildes de la sociedad, de los rincones más oscuros de la tierra salieron peregrinos á esa gran cruzada de la civilización, preguntando á los poderosos de dónde emanaban sus riquezas, á los reyes de dónde venían sus poderes y á los pueblos por qué se habían dejado arrebatar todos sus derechos. Leyes, creencias, hábitos, principios, dogmas, autoridades y reputaciones, todo fué traído á este gran debate, negado ó discutido: ni los reyes quedaron inviolables, ni los papas quedaron infalibles. La imprenta minó el antiguo edificio social por sus cimientos. Pero en medio de esta tarea de demolición, á pesar de muchos extravíos y aberraciones, combate incesantemente por la consagración de tres principios, sobre los cuales como bases fundamentales pueden descansar tranquilamente todas las sociedades: en el orden físico, el respeto á la propiedad; en el orden político, la soberanía del pueblo; y en el orden intelectual, la libertad de creer, de pensar y de escribir, ó sea la absoluta independencia del espíritu humano.

El libro y el periódico se comparten pues la noble tarea de civilizar el mundo. Es verdad que hay libros que no enseñan nada bueno, y periódicos conocemos también que contienen poquísima sustancia; pero nadie se atreverá á negar que el impulso dado por los unos y los otros, tomados en conjunto, es útil, liberal y eminentemente progresivo.

Ambos son apóstoles del progreso, campeones de la gran causa de la civilización, pero en su viaje cosmopolita por el mundo andan á diferente paso: el periódico arriba primero, el libro llega después. El periódico es también más democrático que el libro. Como la composición de este

último requiere muchísimo trabajo y su publicación grandes gastos, sólo las personas de cierta condición pueden adquirirlo. El periódico, al contrario, redactándose de carrera, publicándose con pequeños gastos y siendo en casi todos los países conducido gratis por las balijas públicas, es leído por el pobre y por el rico, en el palacio y en la cabaña; se encuentra al alcance de todo el mundo y las ideas consignadas en él filtran hasta las últimas clases de la sociedad: es por consiguiente su influencia más poderosa y efectiva.

No hay ninguna cuestión, ninguna tesis que el periódico no se atreva á tratar y á discutir. Ya en prosa, ya en verso, alternativamente grave, ligero, profundo, analizador, epigramático, toma todas las formas, y bien sea que ataque ó que defienda, se sirve indistintamente de armas diferentes. Sus columnas son el reflejo de la sociedad, el eco de las pasiones, miserias, necesidades, esperanzas y temores del pueblo. En ellas encuentra siempre algún entretenimiento ó enseñanza el hombre de todas las edades, condiciones y carreras.

Pero la tarea más importante de los periódicos en el siglo actual es defender los fueros de los pueblos, y mantener á raya las pretensiones y demasías de los gobiernos. Obsérvese, á propósito de esto, que en las naciones de Europa en que hay más civilización y libertad, son aquellas en que más abundan los periódicos: Francia é Inglaterra prueban esta aserción. Hacia el Norte, en Rusia y Polonia disminuyen considerablemente los periódicos, pero también impera completamente el despotismo.

Los Estados Unidos, cuya precoz civilización y rápido engrandecimiento pasman al mundo, no hay duda que deben, en gran parte, el estado floreciente en que se encuentran y el desarrollo que ha tomado en todos los espíritus el principio democrático, á la influencia bienhechora que ejercen en las masas la multitud de periódicos que en su seno se publican. Útiles de labranza, una biblia y una imprenta para fundar periódicos, dice Tocqueville, es lo primero que echan por delante, cuando se internan en los desiertos á fundar estados é improvisar pueblos.

Los hombres conocen bien que la libertad de imprenta es la primera salvaguardia que tiene la libertad política en todos

los países. En el momento que los periódicos enmudecen, se deja sentir la mano pesada del despotismo. Por eso es que los ataques dados á la imprenta jamás quedan impunes. La Restauración en Francia negó muchas de las verdades, y atacó muchos de los principios legados por la revolución francesa, y el pueblo permaneció hasta cierto punto indiferente; pero en el momento que Carlos X con sus fatales ordenanzas quiso encadenar la libertad de imprenta, todos los espíritus independientes se alarmaron y la opinión pública le gritó indignada: alto ahí!

Y volviendo á nuestras consideraciones sobre la inteligencia y la fuerza, permítasenos evocar la memoria de los dos hombres, que mejor que ningunos otros han personificado estos poderes. Napoleón, el más ilustre representante que jamás haya tenido la fuerza, Napoleón con más riquezas que Creso, más soldados que Atila, más talentos militares que Aníbal y César, después de haber paseado sus águilas por todas las capitales de Europa, oscurecido la atmósfera con el humo de sus batallas y aturdido á los pueblos con sus boletines de victoria; después de haber verificado todo lo que se puede hacer con el despotismo y con la fuerza, no dejó en la condición de los hombres, y en la economía de las sociedades ninguna revolución que pueda compararse al inmenso desarrollo que dió Voltaire al espíritu humano, á la luz que derramó sobre los pueblos minando absurdos y preocupaciones seculares, sin más armas que una pluma y una imprenta, desde su modesto retiro de Ferney.

La imprenta, que es la palabra humana repercutida hasta lo infinito, da á los trabajos de la inteligencia y á las creaciones de la imaginación un carácter de consistencia y de duración, que la acción lenta y devastadora de los tiempos quita á las obras materiales de la riqueza y de la fuerza. De esa antigua y poderosa civilización griega que conquistó el Oriente, y aun después de vencida dominó á Roma con su genio; qué ha quedado en pie? Los galos y los romanos en sus distintas excursiones destruyeron millares de monumentos; los turcos, esos enemigos implacables del arte y de la civilización, construyeron fortificaciones con magníficas estatuas, y largaron sus caballos á pastar sobre las ruinas de Esparta: del templo de Diana y del Coloso de Rodas nada queda: las bellezas del Partenón van desapareciendo,

gracias á las piraterías inglesas, y en ninguna parte se encuentran las huellas de ese famoso imperio que se fué, de esa grande antorcha de civilización que se apagó. Sólo se han salvado de ese inmenso naufragio las obras de la inteligencia, cuyos manuscritos desteñidos pudo descifrar la imprenta, para darles con sus tipos eternidad y circulación. †

¡ Gloria á la inteligencia ! Mientras que las creaciones materiales y los grandiosos monumentos de la Grecia han desaparecido, las obras de Aristóteles y de Platón continúan siendo el oráculo de los sabios, y las odas de Píndaro y las estrofas de Homero llegan á los oídos de todas las generaciones, con su encanto primitivo y su poesía inmortal.

(De EL NEO-GRANADINO, número 192, de 16 de Enero de 1852.)



CARTAS Á UN AMIGO DE BOGOTÁ

CARTA PRIMERA

Antes de separarnos en Bogotá ofrecí á usted escribirle una ó muchas cartas, según el más ó menos vagar que me dejaran mis negocios. El estado político, económico y social de las provincias que componían la antigua Antioquia debe ser el objeto principal de ellas. Sinembargo, aunque deben ser fechadas en Medellín, hallándome hoy en una balsa bajando de Ambalema para Honda, después de consumir todos los cigarros que puede soportar mi cabeza, no sabiendo qué hacer para matar el tiempo, he sacado de mi cartera un lápiz, extendido unos pliegos de papel sobre un cajón de cigarros, y, sin tener otros objetos de inspiración que el tedio, los moscos y el calor, me he puesto á borrajearle esta carta á buena cuenta, la cual escrita bajo auspicios tan peregrinos, debe quedar un si es no es desaliñada y extravagante. Por fortuna el género epistolar

admite libertades, que otra clase de escritos no consienten ; y tiene la gran ventaja que no requiere esfuerzos, ni plan, ni orden retórico, ni estilo sostenido. Conversar es mucho más fácil que escribir, y una carta es casi una conversación. Pueden mezclarse en ella todos los estilos, desde el más frívolo hasta el más grave ; dejar caer los pensamientos en el papel, con la naturalidad que se presentan á la imaginación ; é incrustar, á veces, en medio de ásperas consideraciones políticas ó filosóficas, incidentes comunes y confidencias individuales.

Como decía antes, este género tiene la ventaja de ser fácil, y entre nosotros *lo fácil* es sinónimo de *lo bueno*. Vivir, ejercitando lo menos posible el pensamiento, la actividad y las fuerzas, es el gran problema que está siempre delante de nuestra pereza tropical. Comemos mal, aunque la mala comida cuesta tanto como la buena, por no tomarnos el trabajo de alterar el formulario gastronómico que nos legaron nuestros padres ; perdemos nuestras relaciones por no pagar una visita, no nos casamos de pereza, invocamos á veces el socialismo, en el país clásico del plátano y de las tierras baldías, porque el socialismo es la pereza elevada al rango de problema filosófico y de cuestión humanitaria, y hay algunos ; lástima grande ! que no se mueren de pereza.

Pues bien, de pereza estoy llenando esta carta con futilidades, por no tomarme el trabajo de *macanearla* en regla.

Salí de Bogotá, en uno de los postreros días de Noviembre, en que por una feliz casualidad Monserrate y Guadalupe se habían quitado su peluca blanca: hasta la víspera había llovido á cántaros, lo que suele suceder en Bogotá ocho ó diez meses al año, á pesar de la primavera perpetua de que dicen disfrutamos en la *virgen América*. La atmósfera á mi salida tenía la pureza y diafanidad de los días de Diciembre, el cielo estaba resplandeciente y azul como las alas de un serafín, y el sol, esa alegría eterna de la naturaleza, cubría los cerros, las huertas y los prados con su manto de oro. Sin embargo, á pesar de la animación y colorido que da el sol á todos los objetos, siempre los campos de Bogotá son tristes y monótonos. Fuera de las ciudades es preciso ver árboles, así como dentro de las ciudades hombres. Y luego carecen las sabanas de jardines y habitaciones pintorescas, de arroyos que murmuren, de pájaros que canten, de todo lo que forma el ornamento y la gala de las campiñas.

Al dejar una ciudad en que se ha vivido algunos años no puede uno desprenderse de un sentimiento indefinible de tristeza. Mil objetos, que en el comercio diario de la vida se veían con indiferencia, adquieren encanto y atractivo bajo la forma de recuerdo. Siempre me han parecido más bellas las cosas recordadas que vistas. El hombre es un animal tan caprichoso, que sólo ama lo que ha perdido y elogia lo que no existe: de aquí viene que no hay como uno morir-se para que todo el mundo lo llame á porfía hombre de talento y de numen, ó por lo menos buen padre y buen esposo, virtudes de las cuales dice un personaje de Balzac, que lo vuelven á uno eminentemente ridículo; paradoja que yo rechazo con la debida indignación.

No tengo pretensiones á bosquejar científicamente el país que he recorrido. Los estudios geológicos sobre el territorio granadino, las diferencias imperceptibles y fugaces que distinguen á los habitantes de nuestras pequeñas poblaciones, y todo eso que se llama fisonomía y color local, es una labor que pertenece de derecho á nuestro docto y entretenido narrador el señor ALPHA. Este peregrino, en sus artículos hebdomadarios, sabe reflejar siempre con interés, verdad y poesía hasta las costumbres más prosaicas, y los incidentes más vulgares de la vida de nuestros pueblos. Provisto siempre de espíritu de investigación concienzudo y laborioso, manejando con igual habilidad la crítica del filósofo y el pincel del artista, sus escritos habrán de ser un magnífico panorama del país. Sólo él puede hablar de muchas cosas que son griego para el vulgo de los viajeros: de los esquistos arcillosos y estratos calizos, que encuentre en mi camino, no pienso darme por notificado.

Á causa de negocios particulares, para venir á Honda tomé la derrota de la Mesa para embarcarme en el Alto Magdalena. Apenas deja uno la sabana de Bogotá y empieza á bajar las cordilleras, tórnase el pensamiento grave y sombrío como el país que se recorre. Yo amo las montañas con el corazón, porque he pasado entre ellas los días más felices de mi primera juventud, y fueron el primer horizonte que se presentó delante de mis ojos cuando se abrieron á la luz de la vida; pero mi razón las rechaza como obstáculos invencibles para el progreso y la civilización. Cuando oigo á algunos optimistas augurar riqueza y prosperidad en lo por-

venir para los países andinos, yo me río. Interrogúese la historia y en ella no se encontrará una sola nación montañosa que haya tenido gran población, riqueza y prosperidad. Solamente los españoles, cuya política ha sido un eterno insulto contra la razón y el sentido común, han podido dejar yermos los valles y poblar las cordilleras. ¿Cuándo podremos nosotros, andando en mulas á lo sumo ocho ó diez leguas por día, entrar en competencia con los pueblos que caminan en ferrocarriles ocho ó diez millas por hora? En este siglo, en que todo el mundo se mueve tan aprisa, el pueblo que no esté situado á la orilla de un río navegable ó tenga, aunque sea en perspectiva, un canal ó un ferrocarril, que se cuente por muerto, si no se le da vida de alguna manera artificial.

Cuando uno sale de la posada al amanecer, en bestias todavía ágiles y briosas, sintiendo la suavidad y frescura de la mañana, viajar aunque sea en nuestros desiertos, no es precisamente como decía Madama Stäel, el placer más triste de la vida. Á esa hora parécenle á uno los prados risueños, las colinas pintorescas, imponentes las montañas. Pero cuando en nuestros caminos, sobre todo en las tierras calientes, derrama el sol sin piedad sobre el viandante sus chorros de fuego, cuando empieza á hacerse sentir el trote sangoloteado de las mulas de alquiler, cuando el fastidio, el cansancio, el calor y la sed se apoderan de nuestra pobre humanidad, ya el viajero no oye, ni ve, ni piensa: mula y ciudadano representan entidades iguales: no se encuentra un solo adjetivo encomiástico para las bellezas de la naturaleza, y lo único que se hace es dirigir la vista por delante, á ver si se perciben árboles que den frescura y arroyos que quiten la sed. Entonces comprende uno esa idolatría casi religiosa que tienen los árabes y demás tribus de los desiertos abrasados del Oriente, por las fuentes y los oasis. Su poesía por todas partes refleja estos objetos: Mahoma los ofrece también á sus creyentes más allá de la vida. Árboles y fuentes, es decir, sombra y frescura, son para ellos una felicidad en la tierra y una esperanza en el cielo. Á estos objetos deleitosos y risueños, agregan hermosas mujeres de ojos negros para completar su paraíso, al cual me apuntaría yo, aunque cristiano y humilde pecador.

En la confluencia del Fusagasugá con el Magdalena di con mi humanidad en el centro de una balsa tosca y pesada, cargada con zurrónes de quina. La balsa es á la navegación lo

que la mula á los viajes por tierra; el vehículo más bárbaro posible. Los países en que se hace en las unas el comercio por agua, y en las otras los viajes terrestres, ya están juzgados. El territorio que en ambas orillas se presentaba delante de mis ojos, era á más no poder agreste, pintoresco y magnífico. No se necesita ver muy lejos para predecir á esas comarcas un gran porvenir, si es que esta palabra *porvenir* no hay que borrarla definitivamente de nuestro vocabulario nacional.

Con terrenos fértiles, adaptables para todas las plantaciones tropicales, cruzados por uno de nuestros pocos ríos navegables: careciendo por otra parte de esa exhuberancia de vegetación y de humedad que produce las fiebres intermitentes, enemigas implacables de la raza europea en nuestros valles, si por último se consigue emigración, ó los habitantes andinos se desprenden de sus ruanas de bayetón y de sus capas españolas, y se echan á rodar de las cordilleras en busca de trabajo y bienestar, el alto Magdalena habrá de ser precisamente en nuestro país el centro de la agricultura, del comercio y de la riqueza.

Bajando el río iba leyendo las cartas de Chevalier sobre la América del Norte. Este libro frío y positivo como los hombres y las cosas que pinta, no entretiene como un romance, pero sí convence como un guarismo. Alternativamente fijaba mis miradas en el libro, y en la escena agreste y silenciosa que se presentaba por delante. El contraste daba grima. Por una parte encontraba bancos, talleres, inmensa agricultura, ferrocarriles y vapores en las páginas de Chevalier, y por otra el país más privilegiado de Nueva Granada, en el cual sólo interrumpían de vez en cuando las selvas seculares algunas chozas derruídas en medio de miserables plantaciones de plátano y maíz: no hallándose más seres vivientes en esta escena solitaria y salvaje, que algunos caimanes durmiendo sobre las arenas de la playa, ó uno que otro pescador con anzuelo, árbol sin hojas, símbolo de la inmovilidad y del silencio. Los rayos del sol cayendo á plomo sobre el río incendiaban la atmósfera en derredor de mí: en esa especie de somnolencia que produce el calor excesivo, me trasladaba con la imaginación á los Estados Unidos, á ese inmenso taller de la actividad humana, en el cual el hombre domina y tiraniza á la naturaleza, al paso que en nuestra América del Sur, la naturaleza ahoga y tiraniza al hombre.

La ambición de esos modernos titanes no se extenderá hasta el cielo, pero sí irá muy lejos en la tierra: América es una presa que no se les puede escapar: necesitan para respirar todo un continente. Parece que hay algo de providencial en la circunstancia de haberle tocado en lote á esa raza tan enérgica un país tan magnífico. En esa nación todo es tan grande que, hasta los vicios, que en pequeña escala son ridículos ó vulgares, entre ellos son móviles de prosperidad y de grandeza. El egoísmo y el ansia de ganar habrán de darles un imperio más poderoso que á los romanos su valor indómito y sublime patriotismo. Hasta el orden en que viven, en medio de una democracia turbulenta, de razas heterogéneas y de intereses encontrados, no es resultado de virtudes pacíficas, sino del torbellino de los negocios. Entre ellos la energía y la actividad, que entre nosotros desbordan en revoluciones, tienen colocación y objeto. Nosotros hacemos pronunciamientos de ociosos, por divertirnos: ellos no los hacen por falta de lugar.

Á propósito de la América del Norte recuerdo ahora, que hay entre nosotros algunos espíritus impacientes que, deseando á todo trance comercio, ferrocarriles y movimiento industrial y viendo por otra parte que nuestros pueblos sólo despiertan de su estúpido letargo para devorarse en estériles revueltas, caminando siempre en la vía social con paso trémulo, dirigen sus miradas á los Estados Unidos, y pronuncian en voz baja la palabra *anexación*. Yo no acepto esa palabra fúnebre, ni este deseo antipatriótico.

Me ocuparé de esta cuestión en mi próxima carta, pues temo mucho que algún Coriolano conservador quiera animar á los istmeños á incurrir en una insensatez de la laya.

Dejaremos aquí esta carta que, para no ser de negocios ni de amores, va tomando dimensiones temibles. Salud y felicidad.

(De EL NEO-GRANADINO, número 187, de 19 de Diciembre de 1851.)

CARTA SEGUNDA

Antes de hablarle del aspecto general que presentan los hombres y las cosas que he encontrado en mi camino, me ocuparé de la cuestión *anexación*, que en mi pasada carta dejé aplazada para ésta, y contra la cual avancé desde entonces una protesta solemne, la que voy á autorizar ahora con las mejores razones que buenamente se me ocurran.

Y no me ocupo de semejante cosa porque la crea probable, esto sería ofender muy de lleno nuestro orgullo nacional, sino porque cuestiones de esta clase nunca es ocioso dilucidar, y además en este país todo es posible; pues así como ha habido mandatarios que con pretexto de *orden público* nos han querido entregar á los ingleses, no faltarán alguna vez miserables jefes de partido que, bajo pretexto de *prosperidad material* escriban en sus banderas la palabra *anexación*, y quieran entregar todo ó parte del territorio á los yankees.

Guárdeme Dios, sin embargo, de pretender despertar en mi país antipatías ni rencores contra el pueblo norte-americano. Esa nación ha sido la cuna de Wáshington, Franklin y Jéfferson, figuras históricas de celebridad incontestable; ese pueblo ha realizado prácticamente el Gobierno pacífico de las mayorías, y, á despecho de las protestas de los publicistas monárquicos, y de las tradiciones demagógicas de las democracias griegas y de las repúblicas italianas, ha exhibido delante del mundo admirado, tranquila, poderosa y feliz, una gran República. Del pueblo, pues, que ha tenido tan grandes hombres, que ha realizado tan grandes principios, no seré yo quien hable sino con admiración y respeto.

Después de esta salva iré á dar á la cuestión, comenzando por algunas consideraciones generales.

Los españoles nuestros padres pertenecen, como todo el mundo sabe, á la familia latina terciada con sangre africana. Los pueblos latinos, después de la destrucción del imperio romano, han tenido sus épocas de dominación y poderío, pero es un hecho indubitable que, tomados en conjunto, en el siglo actual, han tenido que ceder la supremacía á las distintas ramas de la raza germánica, raza más activa, enérgica é in-

vasora. Carlomagno, Enrique IV, Luis XIV y Napoleón levantaron, es verdad, muy alta la bandera francesa: Carlos V llevó también el poder español doquiera que alumbraba el sol; pero estos días de grandeza y de gloria para la raza latina, pasaron ya. Bien sea bajo el aspecto de la política, bien sea bajo el punto de vista de la industria, su inferioridad salta á los ojos. Los ingleses han arrebatado sucesivamente á los franceses y españoles todos sus mercados, factorías y colonias, y los alemanes dominan en Italia. Pueblos de poetas y de artistas, de imaginación y de entusiasmo los de la raza latina, brillantes más bien que sólidos, carecen por otra parte de pasiones industriales y de la voluntad enérgica y sostenida que caracterizan á los individuos de la otra raza antagonista.

Pero si en Europa tienen posición desventajosa los pueblos católicos y latinos, éstos en América no pueden sostener su nacionalidad é independencia, su lenguaje y costumbres, y su especialidad en fin, sino á favor de los grandes desiertos que lo separan de la gran familia anglo-sajona.

Entre estos pueblos no cabe ninguna fusión pacífica, en que bajo el abrigo de unas mismas instituciones y bandera, conserven ambos su independencia y dignidad. Es una triste verdad, pero todas las verdades deben decirse hasta las que son tristes: siempre que en América se encuentren en contacto estas dos razas, la una domina, tiraniza y ahoga á la otra. Está por demás decir cuál será la víctima. Un pueblo débil é impotente en contacto con otro más robusto, apresurado y emprendedor no se civiliza y se mejora, sino que se empobrece y se degrada. Bien se trate de naciones ó de individuos no hay alianza posible entre el fuerte y el débil.

Por otra parte, los norte-americanos no guardan muchos cumplimientos que se diga con la raza española. Navegando en los vapores del Pacífico encontré una partida de jóvenes chilenos, que venían de los placeres de California derrotados por la competencia armada, y por las hostilidades decididas de los yankees contra todos los que hablaban español. Si en Panamá cometen la sandez de arrojarse en sus brazos, y formar con ellos hermandad política, ya verán lo que es bueno. Prescindiendo de la industria y los negocios, terreno en el cual no podrán los del país sostener la

competencia ¡ay de aquellos que carezcan de fisonomía europea bien marcada, y que tengan la cara de color dudoso! El americano del Norte no transige con los mestizos y los negros, que forman por lo menos el noventa por ciento de la población istmeña. Aunque en sus leyes y constituciones los considere como hombres, en el comercio de la vida los trata como bestias.

Para nuestra nacionalidad é independencia no hay peligros serios en lo porvenir de parte de las naciones europeas. Francia tiene bastante para ocuparse con sus disensiones interiores; en los hombres públicos de Inglaterra hoy día no son populares las colonias; los gobiernos despóticos, como los de Rusia y Austria, no pueden pensar en estas lejanas comarcas, estando trabajados por revoluciones domésticas, por la democracia y el socialismo. Los únicos vientos amenazantes que llegan á nuestro país son los que soplan del Norte. Los Estados Unidos, merced á su hábil política exterior, no tienen ninguna complicación ni mancomunidad con los gobiernos europeos, y están en completa libertad para lanzar á sus inquietas poblaciones, con su ambición devorada sobre las bellas comarcas de la América del Sur. El Istmo de Panamá con sus ventajas geográficas, y el Chocó con sus grandes riquezas son una tentación, un vellocino de muy buena ley para esos modernos argonautas.

Los hombres públicos de las Repúblicas sur-americanas deben dirigir incesantemente sus miradas hacia el Norte, á ver si por aquel lado perciben ya nubes en el cielo: deben decirse á sí mismos todos los días: qué haremos para defendernos de los yankees? así como el viejo Catón al Senado: “es preciso destruir á Cartago.” Convendría que estrechasen, adoptando una política de familia franca y leal, los vínculos de amistad y comercio entre estas Repúblicas, ahuyentando cuidadosamente todo motivo de desavenencia y rivalidad, para que formasen una masa latina, fuerte y poderosa, capaz de resistencia el día del conflicto. Sobre todo, es urgente tomar posesión real y efectiva, por medio de la población y de la industria, de todas las comarcas ventajosas y ricas, para que no digan nuestros amigos los yankees, que van á civilizar desiertos, y á posesionarse de naciones baldías.

Y no se me diga que los tratados públicos y los gobernantes de los Estados Unidos, regularmente hombres de elevado

carácter, impedirán á los inquietos habitantes de su país invadir los territorios de estas Repúblicas que les caigan en gracia. Nada de eso. El Gobierno federal en los Estados Unidos no tiene poder ni voluntad para contrarrestar las exigencias de las masas: los gobernantes jamás toman la iniciativa en empresas semejantes y algunas veces las rechazan, pero al fin se dejan arrebatar por el torbellino popular. Así se apoderaron de los inmensos territorios pertenecientes á los pueblos indígenas; así han intentado anexar á Cuba; de igual manera se apoderaron de Tejas y de California, y todas las provincias de Méjico se las irán engullendo una por una, así como un gastrónomo se come una alcachofa hoja por hoja.

Cuando los yankees aburridos en su país envuelven sus enseres, calzan sus inmensos botines, se echan el rifle al hombro, y dicen: vámonos en busca de terrenos fértiles y de comarcas ricas, parecen impulsados, como los bárbaros que destruyeron el imperio romano, por un poder misterioso y desconocido.

Por lo antedicho no se crea que yo soy enemigo de que estos americanos acometan empresas industriales en el país, ó abran caminos y naveguen en sus vapores nuestros ríos. Tenemos necesidad de emigración, y de mezclar nuestras poblaciones algún tanto perezosas y enervadas con otras más robustas, enérgicas y activas; pero no de atraer irrupciones de americanos, ofreciéndoles ventajas especiales y preferencias muy marcadas, porque si el suicidio es criminal en los individuos también es criminal en las naciones.

Pasando ahora, á estilo de modernos dramaturgos, por medio de una brusca transición de los Estados Unidos al Magdalena, de la política exterior á las superficiales observaciones de un viajero que anda de carrera, continuaré la interrumpida narración, sin que ésta de manera alguna tenga pretensiones al pomposo título de impresiones de viajes. Para escribir éstas, y que sean entretenidas, amén de una imaginación despabilada, requiérese recorrer un país histórico, animado, rico en tradiciones y leyendas, y que el lector no se lo sepa de memoria. Lléveme el diablo si he encontrado otra cosa que desiertos, ríos sin embarcaciones, caminos sin viajeros, posadas sin comestibles y otras curiosidades de la laya. Aventuras, ni por pienso; por manera que para impresionar sería preciso inventar cuentos, y en el país sólo gustan los de brujas. Diré de paso que no

encontré ni bandidos espantables, ni príncipes disfrazados, ni doncellas fugitivas huyendo de sus gratuitos enemigos, ni peregrinos de mirada sombría y canas precoces, contando sus trágicas historias á la luz del hogar, ni trovadores pulsando su laúd bajo las góticas ventanas de un castillo feudal. Nada de esto, mi amigo; no hay que sacar el país de sus casillas: puesto que los hombres y las cosas tienen entre nosotros sus puntas y collar de prosaicos, prosa escribiremos.

Á pesar de que el Alto Magdalena no tenga hoy ni con mucho el movimiento y la industria á que sus ventajas incontestables lo llaman en lo porvenir, nótese, eso sí, que la agricultura y los negocios toman vuelo, y que el país despierta algún tanto de la somnolencia y apatía en que antes vegetaba. Débese esto en parte al nuevo comercio de quina, pero principalmente al desarrollo que han tomado, con la abolición del monopolio, la producción y el comercio de tabaco. Ésta es una de aquellas pocas medidas legislativas, en que á los argumentos teóricos han correspondido los resultados prácticos. Los precios de los terrenos han tenido un alza considerable, se han mejorado los salarios; las mujeres, cuya subsistencia es tan penosa y su trabajo tan mal remunerado en todas partes, encuentran, preparando hojas de tabaco ó confeccionando cigarros, fácil y honrosa manera de ganar la vida: los agricultores consiguen para sus frutos buen mercado, y al ruido de la circulación de plata y de los negocios, afluyen emigrados de todas partes, que á pocas vueltas encuentran colocación en el laboreo de tabaco, industria la más efectiva y prometedora que hay en el país. Ambalema aumenta en población y riqueza de una manera sorprendente, y hasta Honda, que se moría de consunción en medio de sus tétricas ruinas, comienza á levantarse de su larga postración.

En esta ciudad subí un grado en la escala de la navegación: de la balsa pasé al champán. Dar con un vapor es una casualidad, y una de las buenas fortunas del viajero. Cuando oigo en las soledades del Magdalena el ruido de las máquinas, y percibo la columna de humo que sale de un buque de vapor experimento un placer indescribible. Los vapores significan industria y comercio, rapidez y comodidad, progreso y civilización. Ésos malditos champanes, con su incomodidad y lentitud, acobardan al viajero y desesperan al hombre de negocios. Nuestros gobernantes merecerán bien de la patria si consiguen

que, navegando el Magdalena con regularidad cinco ó seis vapores, bajen los pasajes y los fletes, desarrollándose por consiguiente la industria del país, facilitándose de una manera eficaz la emigración y dejando de ser para el extranjero estas comarcas interiores un país recóndito y misterioso, de cuya existencia apenas se tiene noticia, y al cual no se llega jamás.

Todo el mundo conoce champanes, con excepción de algunos santaferreños consolidados, cuya entrañable pasión por la ciudad nativa es causa de que, ausentándose á Fontibón ó Chapinero se amilanan, y cuando alargan sus excursiones á Tocaima ó Villeta se enferman de nostalgia. El champán que me tocó en suerte es como todos caliente, estrecho, poblado de moscos y zancudos, parecido á la prisión de Cervantes, en que toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación. Por un caprichoso contraste este mueble feo, tosco y masculino tiene un nombre dulce y armonioso de mujer: llámase "La Elisa." Al saltar á un champán se encuentra uno con los bogas, figuras especiales del Magdalena, delante de las cuales debe detenerse un momento todo viajero que lleve en la mano un pincel ó una pluma.

Me tomaré la libertad de dividir á los señores bogas en dos clases: bogas verdaderos y bogas apócrifos. Estos últimos son los que navegan de Honda para arriba, animales anfibios, que unas veces trabajan la tierra y otras reman en las embarcaciones. Carecen por consiguiente de fisonomía característica, no son hombres de salidas, ni refieren aventuras, ni saben cuentos, ni tienen chispa; son bogas majaderos. El verdadero boga ha nacido por lo regular en la región del fuego, en Mompos: motivo por el cual le repugnan las tierras frías, y habla de Honda con desdén. Pasa la vida subiendo y bajando el Magdalena, y es enteramente acuático. Cuando uno se lo encuentra empujando para arriba un pesado champán, encorvado todo el día sobre la palanca que le hace llagas en el pecho, arrojando gritos salvajes para aturdirse en sus fatigas, sudando á chorros bajo los rayos de un sol implacable, decididamente lo califica como el ser más infeliz de la creación. Pero, bajando es otra cosa: teniendo poco ó nada que trabajar come, canta, bebe y juega, ó lo pasa sobre la tolda fumando tranquilamente y campando por su respeto. El boga, sin escrúpulo de ninguna clase, recarga su conciencia con todos los pecados capi-

tales: es licencioso como don Juan Tenorio. La embriaguez, la pereza y la gula están siempre en el programa de su vida. Como buen habitante de los climas ardientes, las mujeres significan mucho en su existencia: tiene amores permanentes en Mompós y amores pasajeros en Honda. De diez, doce ó catorce pesos que recibe cuando va á hacer un viaje, le deja una parte á su querida, gasta la otra en aguardiente y la tercera, apenas salta al champán, la juega al naípe con el mayor desenfado. ¿Qué le importa el día de mañana á él, hombre de la naturaleza, que come lo que encuentra, anda medio desnudo, se acuesta sobre la arena de la playa y se cobija con la luz de las estrellas?

Como los gitanos en Europa, los bogas no aprenden ni olvidan nada, son siempre los mismos. No se dan por notificados del movimiento social, ni se curan de la monarquía y la república, del socialismo ni del Gólgota. Lo único que los ha indignado un poco es la venida de los vapores, á los cuales han hecho oposición apasionada y sistemática.

(Dé EL NEO-GRANADINO, número 190, de 2 de Enero de 1852.)



CARTA TERCERA

Hoy escribo á usted bajo las influencias risueñas de un tiempo magnífico y de una naturaleza sin igual. Diciembre, mes de luz y de alegría, de aguinaldos y de amores, ostenta uno de sus días más claros y resplandecientes. De la casita de mi madre en que le escribo, situada en el extremo de la ciudad, al través de una ventana que está abierta delante de mi mesa, contemplo un panorama campestre, como sólo puede verse en la muelle Italia ó en la risueña Andalucía. Las brisas de la mañana, porque el sol apenas acaba de asomar

sobre la cima de los montes, traen á mi cuarto la esencia perfumada de las rosas, jazmines y azahares que abundan en las huertas vecinas: sobre el verde esmeralda de la pradera que miro por delante, levantan su copa piramidal sauces majestuosos, y en el tupido follaje de los naranjos, cargados de frutas color de oro, tan celebradas por los poetas antiguos, saludan los turpiales á la mañana con sus cantos melodiosos. Al otro lado del río Medellín, cuyo nombre indígena es Aburra, Belén y Otrabanda ostentan, en medio de huertas y de jardines, las blancas fachadas de sus casas que brillan á la luz del sol; y más lejos la campiña con su rica vegetación y esmerado cultivo, cubierta de ganados, habitaciones y labranzas, se levanta suavemente hasta perderse en la falda de las montañas, que esconden sus picos escarpados en un cielo, por lo común durante el día vestido de azul, y de noche tachonado de estrellas. Por cualquier parte que uno dirija la vista encuentra paisajes que parecen ilusiones, como decía el doctor Cuervo, y una naturaleza gozosa y ataviada, sonriendo siempre como una coqueta. Además, la suavidad de la atmósfera y el aire tibio y embalsamado que se respira en este clima adormecedor, completan la fascinación producida por las bellezas de la tierra y los esplendores del cielo.

Sin duda que en Nueva Granada y tal vez en América, no hay una comarca tan hermosa como este valle de Medellín. Pero como el hombre, según se dice, es animal sociable, cuando el viajero, después de embelezarse con la verdura de los campos y la brillantez de los cielos, quiere penetrar en la sociedad y buscar alguna armonía entre las cosas materiales y las costumbres, se lleva chasco soberano. Ese carácter alegre, comunicativo, franco, simpático que distingue á los habitantes de los países risueños y de los climas templados, no se encuentra aquí; al contrario, las costumbres son frías y ceremoniosas: los hombres no se reúnen sino para tratar cuestiones de dinero: reina un individualismo tan completo y tal idolatría por el *yo*, que puede asegurarse que aquí hay hombres pero no hay sociedad. No conciben que se haya nacido para otra cosa que para comprar y vender, y fuera del dinero nada merece atenciones ni respetos. Por de contado que aquí hay, como en todas partes, hombres de maneras obligantes, y de corazón generoso, honrosas excepciones, que

no incluyo en la apreciación general que hago de los hombres y las costumbres.

Una aristocracia monetaria, algún tanto iliterata, de buenos años atrás tiraniza la sociedad. Los que la forman han dado hasta ahora la ley en las costumbres, dominado los tribunales, consagrado las reputaciones y dirigido la política. Con su dinero, esparcido á interés, tanto en esta ciudad como en los pueblos de las tres provincias, son árbitros de las elecciones y ejercen un poder soberano y feudal. Egoístas en negocios, retrógrados en política, incapaces de un sentimiento generoso, jamás se les ve al frente de ningún proyecto filantrópico, ni de medida alguna que tenga por objeto ilustrar las masas ó mejorar la suerte de los pobres. Yo acepto la influencia de los ricos como natural, provechosa y legítima, cuando la emplean de una manera inteligente y generosa, encabezando empresas industriales de utilidad general, fomentando establecimientos de beneficencia ó extendiendo una mano simpática al mérito desconocido, á la honradez desgraciada; pero esos banqueros que sólo dan su dinero al uno y medio ó dos por ciento, como los hay aquí y en Bogotá, que viven sentados en sus poltronas explotando las miserias ajenas, llenando sus cofres á mansalva, arruinando á los pueblos sin arriesgar una peseta en ninguna industria nueva de utilidad general, ni correr las vicisitudes de los negocios, son una especie de vampiros que podrán inspirar temor, pero nunca simpatías ni respetos.

Los que componen esta oligarquía de dinero en Medellín, con raras excepciones, desprecian la educación porque ignoran para qué sirve, desdeñan el talento y todo mérito que no esté fundado sobre bases metálicas, y oponen fuerza de inercia, cuando no obstáculos decididos, á la difusión de las luces por motivos que ellos se saben muy bien. Como éste es un país en que todo el mundo negocia en una escala superior á su capital, regularmente con dinero á interés ó crédito concedido por la aristocracia monetaria, la influencia subterránea y misteriosa de ésta sobre todas las clases de la sociedad es inmensa: influencia que, puesta servilmente á las órdenes de los jesuítas y de don Mariano Ospina, ha servido en política para ahogar los sentimientos liberales y generosos de la juventud, y en general para mantener el *statu quo* en las costumbres, é imprimir á la sociedad esa frialdad lúgubre y ese

carácter apartadizo, suspicaz, é interesado, que hace de esta hermosa ciudad, tan favorecida por la naturaleza, una morada desapacible y tediosa.

La mujeres, con excepciones también, participan del carácter frío y poco comunicativo de los hombres: nada más natural. Es aforismo falso, aunque vulgar, el que dice que los hombres hacen las leyes y las mujeres forman las costumbres. Como se halla organizada la sociedad actual, en que la supremacía natural del hombre está reforzada con leyes exclusivamente hechas por él y para él, que le conceden todos los derechos, las mujeres, careciendo de iniciativa y voluntad, se pierden en el torbellino social y no imprimen jamás el movimiento; lo reciben siempre. Las pasiones buenas ó malas de los hombres con quienes viven en contacto, forman las suyas; según el carácter de éstos, son ellas comunicativas ó insociables, distinguidas ó vulgares, virtuosas ó corrompidas.

Las medellinenses son generalmente altas, esbeltas y tienen facciones distinguidas muy caucáseas. Aunque su belleza es incompleta, porque el clima no consiente mayor robustez y lozanía, hay algunas en cuya cara de figura ovalada brillan grandes ojos negros sobre una fisonomía apagada y descolorida, atractivos de muy buena ley, según dicen los señores románticos. Como consecuencia de la vida claustral que llevan, tienen más virtudes domésticas que dotes de sociedad. En la vida de familia, como todas las antioqueñas, ostentan cualidades admirables. Su lealtad como esposas y afectuosa consagración á sus hijos como madres, suele inspirarles un orgullo legítimo aunque á veces exagerado. Si la mayor parte, como he dicho antes, son algún tanto insociables y no ostentan ese carácter comunicativo y simpático, genial en las mujeres, débese esto al humor nada expansivo de los hombres con quienes viven, los cuales no alimentan su natural timidez con atenciones y galanterías.

Medellín, después de haber llegado á la mayor opulencia que puede alcanzar una ciudad incrustada entre las montañas, comienza á decrecer de una manera bien perceptible. Tesis general: en Nueva Granada no puede haber ciudades populosas sino á orillas del alto Magdalena ó en nuestros litorales de ambos mares. Sobre las cordilleras, y en las comarcas in-

teriores, á favor de algún rico mineral que se descubra, ó de alguna industria nueva que se desarrolle, podrá acumularse accidentalmente alguna población, y formarse remedos de ciudades, que desaparecen ó se mantienen estacionarias así que la concurrencia disminuye los productos de la industria, ó el trabajo agota el mineral. Solamente la agricultura ó las manufacturas cerca de ríos navegables, de ferrocarriles ó del mar, pueden dar alimento y bienestar á una gran población: la agricultura en el interior siempre será mezquina y las fábricas imposibles. Los negocios en nuestras ciudades son de suyo tan reducidos que, dejando de ser fructuosos á poca concurrencia, no queda colocación en ellas sino para los usureros, algunos comerciantes muy favorecidos y unos pocos empleados. En lugares cuya situación geográfica no se presta para la industria y los negocios sino en escala limitada, como Medellín y Bogotá, no reporta el país ventaja alguna de que se acumule gran población. Al momento que se agrupe mucha gente sin carrera ni colocación, como sucede en esa capital, amén de los brazos perdidos para la industria de los campos, la ociosidad y la miseria consiguientes convierten á los pueblos en ilotas degradados, y despiertan en las clases más adelantadas la envidia y el rencor contra los pocos que gozan, de donde vienen las revoluciones y nace el socialismo. Los que á fuer de patriotas exigen al censo de Bogotá un guarismo considerable, no han meditado en lo peligrosa que es mucha gente reunida si gran parte de ella está ociosa. Ni á Medellín ni á Bogotá, ciudades ambas por las cuales tengo el mayor interés, lez deseo más habitantes de los que en ellas encuentren colocación fácil, trabajo y bienestar.

La prosperidad de Antioquia, abarcando con este nombre las tres nuevas provincias, no depende precisamente de la riqueza de sus minas, sino del genio de sus habitantes y de la austeridad de sus costumbres. El Chocó es tal vez un territorio más aurífero que éste, y sinembargo, aquel país está yermo y solitario. Aunque en pocos de los habitantes de esta provincia se encuentra la abundancia de ideas que da una educación esmerada, predomina en todos el buen sentido, la formalidad y el claro instinto de los negocios. En su corazón el deseo de adquirir es sentimiento dominante, y esta pasión los hace, como al yankee, realizar prodigios. Todo el mundo quiere ser propietario, y el que no posee caudal efectivo lo

tiene en la imaginación. Como todas las cosas deseadas con ardor tarde ó temprano se consiguen, raros son los que no acumulan alguna cosa; y la adquisición consecuencia del amor al trabajo, virtud muy general en estos pueblos, da independencia y dignidad al hombre.

La moralidad de sus costumbres débese también á la pasión que tienen por la vida de familia y á lo popular que entre ellos es el matrimonio. Sobre todo en las parroquias, las aldeas y los campos, todo hombre pobre ó rico se casa apenas cumple diez y ocho ó veinte años.

Los hombres que pertenecen á las clases más favorecidas pueden pasarse hasta cierto punto sin el matrimonio, porque tienen, para el trabajo y la buena conducta, los móviles de la educación y el honor; pero el hombre inculto, para ser laborioso, económico y honrado, necesita de la vigilancia afectuosa de la mujer, y del sosiego y buena dirección que dan á sus pasiones el espectáculo de sus hijos y la vida tranquila y laboriosa del hogar doméstico.

Fuera de Medellín, donde la existencia es cara, y el lujo ha invadido á todas las clases de la sociedad, los hombres se establecen en familia fácilmente, porque las mujeres tienen índole admirable, poquísimas necesidades y se dedican á los cuidados de la familia y á los trabajos domésticos, con valor y resolución casi sublimes. Es un espectáculo que causa tristeza y admiración al mismo tiempo, ver, en las parroquias y los campos, á muchísimas jóvenes de buenas familias, blancas, hermosas, que con mejores atavíos y un poco de cultura intelectual podrían brillar al sol de nuestras ciudades, verlas digo, al otro día de su boda, desprenderse de sus galas de novias, de sus ilusiones de niñas, para enterrarse en cuerpo y alma en la casa de su marido, á desempeñar sin tregua ni descanso las tareas más penosas; pues ellas, como en la familia bíblica, ordeñan las vacas, preparan la comida y van á las fuentes á lavar la ropa. Y estas santas y valerosas criaturas ven ajarse su belleza, marchitarse su juventud y amontonarse los años, sin que un día de descanso alivie sus fatigas, ni un rayo de placer ilumine las tinieblas de esa vida oscura y silenciosa.

KOSSUTH

POLÍTICA INTERNACIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Cuando la prensa democrática en todos los países se ocupa del célebre húngaro, por simpatías con su causa y admiración hacia su persona, bueno será que nosotros dando algún vagar á la estéril polémica de partido y á las mezquinas cuestiones personales, nos ocupemos también del ilustre proscrito del absolutismo europeo, y de las cuestiones políticas que ha suscitado en los Estados Unidos, cuestiones altamente ligadas con la existencia y el porvenir de los pueblos democráticos.

En este siglo en que la democracia, siendo en Europa más bien moda pasajera que convicción ardiente, se ha visto negada el día de los sacrificios por sus falsos creyentes y abandonada por sus cobardes sostenedores, preciso es confesar que, en medio de esa turba de caracteres vacilantes y personajes teatrales, descuella la figura grave y severa de Luis Kossuth, como uno de los más leales servidores de la libertad europea, de la cual es al mismo tiempo el poeta, el soldado, el orador y el mártir. Como Aníbal buscaba en todo el mundo enemigos al pueblo romano, Kossuth solicita en todas partes soldados para combatir el despotismo austriaco, y restablecer la nacionalidad destruída de Hungría. Después de haber pretendido sin buen suceso exaltar en favor de su causa las poblaciones europeas, egoístas unas y enervadas otras, ha surcado el Atlántico para buscar socorros y simpatías en la poderosa nación, patria de Franklin y Wáshington. Como todos los caracteres fuertes, se alimenta de esperanza y fe. Las persecuciones de sus enemigos, las calumnias de la prensa absolutista, las derrotas de la democracia en Europa no lo abaten: su talento, valor y confianza están á la altura de la grandeza de su causa. Con una elocuencia á veces nebulosa y sombría como la de los profetas antiguos, anuncia como ellos el triunfo de la justicia, la humillación de los poderosos y la resurrección de las naciones. Al través de las vicisitudes y tinieblas de lo presente, su mirada profunda está siempre divisoando en lo porvenir el brillo

celeste de la estrella de la libertad para los pueblos. ¡ Salud al ilustre proscrito ! ¡ El cielo haga triunfar su noble causa !

No podemos resistir á la tentación de traducir para nuestros lectores la introducción de su discurso á los habitantes de New York, discurso pronunciado en lengua extranjera para él ; pero que sinembargo es tan apasionado, tan elocuente, tan patriótico, que sentimos no nos permita su extensión presentarlo íntegro á la admiración pública.

“Habitantes de New York:

“ Me siento aún enfermo, fatigado y como anonadado por quince días pasados sobre las olas agitadas del Atlántico : mi cerebro aún quebrantado, es presa de una especie de vértigo, y paréceme que, bajo mis pasos vacilantes, siento temblar el suelo de este gigantesco continente. Permitidme antes de ir más lejos, detenerme sobre este suelo de la libertad, vuestra patria afortunada. Libertad ! Patria ! Qué celeste armonía se encuentra en estas dos palabras !

“ Ah ! yo no tengo patria y está destruída la libertad de mis hermanos !

“ Joven gigante de la libre América, me dices, es verdad, que tus playas son asilo para el oprimido, y patria para el desterrado desposeído. Son asilo sin duda, pero todas las bendiciones de vuestro glorioso país ; podrán borrar en el corazón el pensamiento de la tierra natal y el deseo inextinguible de la patria ? Mi patria idolatrada, tus sufrimientos te hacen más querida para mí. Miro siempre por delante tu imagen sangrienta cuando estoy despierto, y también aún en los cortos instantes en que procuro encontrar un reposo fugitivo. Tu imagen me ha seguido sobre el Atlántico : ella me seguirá á mi vuelta cuando vaya á empezar otra vez la lucha por su libertad. Yo no tengo otro pensamiento ni otro sentimiento sino ella.

“ Aquí mismo, delante de este prodigioso espectáculo de grandeza, independenciam y prosperidad que se desenvuelve ante mis ojos maravillados, todas mis aspiraciones se dirigen siempre hacia Hungría.

“ En medio de este concurso innumerable, feliz posteridad por la cual han combatido vuestros padres, cuando dirijo hacia vosotros miradas, ciudadanos, para saludar la majestad de los Estados Unidos, y dar gracias al pueblo de New York

por la parte generosa que ha tenido en mi libertad, y del honor insigne de la recepción con que me ha acogido, veo siempre en medio de esta reunión numerosa levantarse la imagen sangrienta de Hungría, que dirige una mirada de ansiedad hacia vosotros, para sorprender en vuestros ojos algunos rayos de esperanza, y que parece espiar en vuestros *hurra*s el rayo que dará la señal de su libertad.

“ Si vuestros ojos no encierran ese rayo de esperanza, si en vuestros *hurra*s no resuena una señal de resurrección, desgracia entonces para las naciones oprimidas de Europa. Ellas no tendrán socorro en la hora suprema. Menos felices que vosotros, no encontrarán manos fraternales para defenderlas contra ese gigante que las amenaza, la liga de todos los déspotas contra el mundo.

“ Desgraciado de mí también ! Ni alegría sentiría en estar con vosotros, si los días que pasase aquí fuesen días perdidos para mi país, perdidos para siempre, porque cada momento pesa en los destinos de Europa.”

Este amor sagrado por la patria que resplandece en todos los discursos de Kossuth, añadido á la elevación de pensamientos y á lo sagrado de la causa que defiende, les da un atractivo tan poderoso, que hasta el pueblo de los Estados Unidos, de cuyo positivo é indiferente por todo lo que no diga relación con su interés, ha escuchado sus palabras con el entusiasmo más apasionado, y manifestado por la restauración de Hungría la más generosa simpatía.

Todo el mundo sabe que la política tradicional de los Estados Unidos, aconsejada por Wáshington, y seguida con la veneración religiosa que se tiene en ese país por todo lo que emana del célebre fundador de la República, consiste en no intervenir en los negocios de las demás naciones.

Cada uno para sí y Dios para todos, es el egoísta pensamiento que inspira su diplomacia. Pues bien, Kossuth se ha atrevido á combatir este principio fundamental, y lo ha combatido con tan buena lógica y tan claras razones, que ha logrado conquistar mucha opinión en su favor, y adherir á su pensamiento algunos hombres distinguidos, entre ellos Mr. Wébsster, el ciudadano más eminente de la Unión.

Kossuth les ha manifestado, que la política de aislamiento y de reserva, muy sabia cuando la República era débil y pequeña, es indigna de una gran nación, que está interesada

para el desarrollo de su poder, en que las leyes internacionales se respeten; y que precisamente su principio de no intervención, ampliado de una manera generosa, debiera llevarlos á protestar contra las que quieran ejercer los déspotas, para abogar la nacionalidad de los pueblos. Les ha dicho también, que el triunfo completo del absolutismo en Europa, una vez que suceda, dará á los gobiernos despóticos, que aborrecen de muerte á los Estados Unidos, facilidad para arruinar su industria agrícola cerrando mercados á sus frutos; y últimamente, que si la Unión Americana se queda sola representando el principio democrático, el despotismo europeo tarde ó temprano habrá de declararle una guerra asoladora y sangrienta. Les ha pedido, pues, que no se limiten á estériles simpatías por su persona y por su patria, sino que de acuerdo con Inglaterra, manifiesten de una manera solemne, que verán con mucho desagrado la intervención de las naciones fuertes para oprimir á las débiles; añadiendo á esta declaración, el reconocimiento solemne de la independencia de Hungría.

Nosotros creemos que si estas pretensiones de Kossuth son audaces, no carecen en el fondo de previsión y de verdad. Inglaterra y los Estados Unidos tienen hoy una difícil posición que sostener, y una grande y noble tarea que cumplir. Únicas, entre las naciones poderosas, en las cuales las víctimas del despotismo encuentran hospitalidad y protección, y en que la prensa libre alienta el espíritu de independencia abatido entre los pueblos; el ejemplo comunicativo de la grandeza y prosperidad á que las han conducido sus instituciones liberales, habrá de inspirar á los poderes absolutistas contra ellas una enemiga mortal, que tendrá por consecuencia lógica é inevitable una guerra entre los dos principios que no pueden existir juntos en el mundo, una guerra sin paz ni tregua, asoladora y sangrienta. Y si los grandes poderes despóticos intervienen siempre en contra de todos los pueblos que quieren recobrar su independencia, y alientan cualquier tentativa reaccionaria para tener menos enemigos y ganar sostenedores; por qué los pueblos libres, en obsequio de una noble causa, no han de seguir esta política previsoramente del despotismo, estimulando también todas las reacciones liberales y tomando una iniciativa más decidida en favor de los pueblos oprimidos que quieran restaurar su independencia, para tener sostenedores y aliados el día supremo del conflicto?

Los Estados Unidos sobre todo, argumento vivo, palpitante, poderoso, en favor del desarrollo, la grandeza y el bienestar á que pueden llegar los pueblos con instituciones republicanas; los Estados Unidos, asilo orgulloso de libertad, hogar inmenso de independencia y dicha para todos los oprimidos de Europa, deben precisamente reunir contra sí los más selectos rencores de los déspotas, siendo el fantasma odioso de sus sueños y en sus conciliábulos tenebrosos su *delenda est Carthago*. Dejar, pues, con egoísmo é indiferencia al despotismo ahogar la libertad en todo el mundo, para después verse obligados á sostener solos una lucha desesperada contra el absolutismo, es una política tímida y poco previsiva, que consiste en comprometer lo porvenir por vivir tranquilo en lo presente. La audacia significa muchas veces prudencia. Si Wáshington viviera, hoy que los Estados Unidos tienen veinticuatro millones de habitantes y son dueños de casi todo un continente, delante de las graves cuestiones que se agitan en Europa, y de los peligros con que el triunfo del despotismo comprometería su grandeza futura, no les aconsejaría la abstención. Su gran corazón rechazaría ese principio egoísta de *cada uno para sí y Dios para todos*.

(De EL NEO-GRANADINO, número 206, de 15 de Julio de 1852.)



UNA NOCHE EN BOGOTÁ

La noche es la patria de la luna y de las estrellas, de la meditación y la tristeza, del sueño y del amor. El amartelado y el bandido esperan anhelosos su llegada; y el desgraciado también, con la esperanza de que el sueño, ese preludio de la muerte, dé tregua á sus pesares. Es de noche que visitan al poeta sus visiones doradas y que la hermosa niña y el

joven adolescente hacen castillos en España. En medio del día, del bullicio y de los negocios, predomina por lo regular la cabeza calculadora y fría; pero así que el sol trasmona los lejanos montes, que se apaga el crepúsculo de la tarde y vienen las sombras con su cortejo de silencio y recogimiento, tórnase el hombre susceptible á sentimientos de familia, efusiones de amistad, recuerdos de amor: el hogar de la vida, dispensándome la frase, parece que baja de la cabeza al corazón. Todas las pasiones, buenas ó malas se exaltan en la noche, especialmente la credulidad y el miedo; por eso debe ser que los astrólogos han escogido esas horas para embaucar con horóscopos é imposturas, las mujeres para habérselas con sus amantes y el diablo para espantar á monjas desocupadas y á fanáticos ignorantes. De noche sobre el juicio predomina la imaginación; y á casi todos nos ha pasado reirnos por la mañana de los proyectos insensatos ó esperanzas quiméricas, que en la noche anterior, con visos de realizables, deslumbraron nuestro pensamiento.

Basta de preámbulos. Mi reloj señalaba las ocho en la noche de un domingo del finado Septiembre. Después de haber leído en un periódico un artículo de política que ya me parecía haber visto en el número pasado y en el antepasado y en todos, y de haberme impuesto en la Gaceta de que se había instalado una nueva sociedad democrática, lo que es un cuento de cuentos, no sintiéndome por aquellos momentos con vocación para rezar ni dormir, me envolví en la *nube*, como dicen los españoles, y á la calle.

Pero ¿qué hacer? á dónde ir?—dije para mí.—Al teatro? No hay tal: murió de consunción: más bien que asistir á él prefieren los ciudadanos pasearse en el altozano, ó hacer corros en boticas y billares, ó hablar del prójimo, ó rezar ó dormir: diversiones inocentes y baratas. Si fuera donde el Dr. Lleras, ya es otra cosa: nadie ignora, y mucho menos los ricos, que un placer gratis es doblemente placer.—Iré á las Nieves?—No quiero en una noche un poco húmeda arriesgar la salud del cuerpo, y tal vez la salvación del alma, en esas peligrosas encrucijadas.—Á visitar amigos?—Tengo pocos.—Á cortejar queridas?—No tengo ninguna. ¿Cómo es, pues, dije para mí, continuando un poco amostazado este soliloquio, que en la capital de la antigua Colombia y de la moderna Granada, en la virgen del Funza, como la ha llamado atrevidamente

más de un poeta, en la culta metrópoli de esta República humanitaria, libérrima y progresista, que marcha á la vanguardia no sé de cuántos imperios y lleva á remolque media docena de Repúblicas, cómo es, pues, que en esta Atenas de Sur-América no encuentra, siquiera el domingo por la noche, un ciudadano honrado donde pasar dos horas en solaz y divertimento?

Puesto que saliendo á la calle es preciso ir á alguna parte, tomé la resolución de dirigirme á los Portales, cuartel general de solterones aburridos y de políticos en agraz. En efecto, nada divierte tanto al solterón como la crónica y la política: á falta de alguna cosa femenina que ocupe sus afectos, se enamora de la cosa pública, y no teniendo familia propia, averigua con cuidadosa solicitud lo que pasa en las familias ajenas.

La política es la manía de la época. Encuéntrasela, así en los salones alfombrados del capitalista como en el humilde taller del artesano: el *mercachifle* mientras mide una vara de madapolán, pregunta al comprador: "amigo, ¿qué hay de Urbina?" El boticario, mientras está terciando la quinina con almidón, discute con su ayudante una cuestión de *crédito público*. No hay estudiante que no se crea capaz de *dominar la situación*, ni abuela incombustible que no renuncie al baile porque la juventud de hoy no presta *garantías*, ni aprendiz de publicista que no borrajee su cuadernillo de papel y diga por sí y ante sí, *hágote proyecto de constitución*. Las mujeres que deberían ser un oasis, donde se encontrara calma y solaz, también se han echado por esos trigos á fomentar conspiraciones y á derribar gobiernos, y le han tomado á la política su jerigonza, sus antipatías y pasiones diabólicas. Y, á decir verdad, más bien que de política, prefiero conversar con ellas de enfermos, de sermones, del sarampión y hasta del invierno y el verano.

En los Portales encontré un corro ambulante en las siguientes pláticas.—¿Qué debe hacer el Gobierno con los cabecillas presos? preguntó uno.—Soltarlos, respondió otro, que olía á conservador á legua.—Volverán á conspirar.—Que se les juzgue, y á lo que la ley diga, punto en boca.—El Gobierno tiene ahí un artículo de la Constitución para enviarlos á temperar al extranjero.—Nada de eso: sálvense los principios aunque perezca la sociedad.—Qué prin-

cipios ni qué pán caliente: bonitos estamos para entregarnôs maniatados.

Á pocas vueltas me escapé de esta batahola, y, acordándome que era noche de estatuas, me dirigí hacia ellas, así como el náufrago sin esperanzas se agarra del más frágil leño.

No había andado veinte pasos cuando di con mi amigo Pepe, joven de treinta años, decidor y entretenido, hallazgo impagable en noches de aburrimiento. Este joven, nativo de una de las provincias limítrofes, habiendo quedado huérfano desde su edad temprana con un capital considerable, vino á cursar á Bogotá, y en lugar de estudiar en los libros de filosofía estudiaba en los ojos de sus queridas, como dijo de alguien el ciudadano Fígaro. Contribuyente obligado á bailes de escote, paseos al salto y holguetas de toda clase; pagando por sus camaradas en fondas y billares, echándolas siempre de rumboso, crédulo y confiado hasta lo sumo y juzgando de la lealtad ajena por la propia, pronto se vió tan limpio como el paje de San Juan, y entonces, como sucede desde Adán, sus amigos le abandonaron porque ya le encontraban majadero y enfadoso, y diéronle de codo las mujeres, porque vino á parecerles sin chispa ni gracejo, y feo por añadidura. Pepe entró entonces en cuenta consigo mismo y comprendió, que la sociedad es un campo de batalla, en el cual á los desplumados siempre se les llama *necios ó tritones*, así como en las guerras civiles al vencido siempre se le denomina *faccioso*. Como hombre de talento que es se echó estas observaciones al bolsillo, pidió al primer prójimo que encontró en la calle un poco de egoísmo del que tenía para su gasto, encerró bajo siete llaves la generosidad y la franqueza y se puso á estudiar, como todo hijo de vecino, los vicios y debilidades ajenas para sacar partido: se metió en covachuelas, en intrigas, en negocios subterráneos de toda clase, teniendo siempre por delante el axioma, por desgracia verdadero, de que la sociedad no averigua nunca los medios y no pregunta sino por el resultado. Con tan cristianos principios, y aleccionado por la desgracia, mejor escuela de mundo que todos los libros de filosofía, Pepe ya va recuperando sus dineros, y con ellos sus amigos y relaciones, preludios de la fortuna como las golondrinas del verano. Habbiéndose rozado mucho con los hombres y las cosas, conociendo todos los ángulos y encrucijadas de la sociedad, cuenta más

aventuras que un libro de caballería y más desengaños que un poeta moderno. Por lo demás tiene conmigo gran confianza, pues fuí uno de los pocos que no le abandonaron en sus malos días: su conversación abundante y apicarada me divierte sobre manera; pero, á pesar de las que le han jugado, no aborrece á los hombres sino que se ríe de ellos, asegurando lisa y llanamente, que el hombre mientras no se ríe de todo no es hombre todavía.

—Buenas noches, Pepe. ¿De dónde vienes tan embozado y cabizbajo?

—Cuánto celebro encontrarte, porque estoy de mal humor contra mi costumbre.

—Vamos. Cuéntame tus percances.

—Estoy enamorado.

—Eso casi es una calamidad.

—De una viuda.

—¿Oh eso es una calamidad por entero!

—No te burles: tiene buenas barbas y mejores doblones. Es como dejar el mar borrascoso para anclar en una anchurosa y sosegada bahía.

—¿Y esa manía de buscar viudas habiendo tantas muchachas inocentes, incomprensibles y nerviosas?

—Tú no sabes jota de achaque matrimonial. Á las jóvenes de primer pelea tiene uno que arrullarlas, al paso que las viudas lo arrullan á uno y lo contemplan. Por la segunda edición de sus maridos tienen la misma predilección que un autor por la segunda edición de sus obras.

—Pero el asunto marchará á la vapor. No reza la fama que las viudas sean de pasta granítica.

—Al contrario; en estos malditos tiempos nadie cree en nada, pues hasta las viudas dudan del amor. Dice que los afectos de hoy son volanderos y de menor cuantía, y que el mundo está perdido: ¡noticia fresca! Esta tarde eché el resto en un discurso que la dirigí sentimental, alegórico é incontestable. Díjela que mi corazón es un Vesubio, y que sin ella mi vida quedará sin objeto y agostada como la tierna flor marchitada por el ábrego inclemente. La dejé como una malva.

—Pero hablando de otra cosa, le dije á Pepe, ¿quieres acompañarme á las estatuas?

—Con mucho gusto. Esta noche habrá lloriqueos y des-

mayos porque decapitan á Luis XVI. Á este pobre diablo la sabia naturaleza lo hizo rey para que engalanara un cadalso, al paso que si le hubiera dado la vida en una condición humilde, habría sido un artesano feliz y laborioso, un honrado padre de familia, un buen hombre. Presidentes hemos visto que habían nacido para frailes, y ministros con vocación de lacayos: muy caros les han costado á los pueblos estos *quid pro quo* del destino. Al bueno de Luis XVI le hizo la guillotina un servicio: lo libró del olvido.

En estas y semejantes pláticas llegámos por último á la casa donde se exhibían las estatuas, espectáculo á que concurría esa noche ansioso el honrado pueblo bogotano. Nosotros nos sentamos á la entrada, desdeñando ver las estatuas de los muertos por contemplar la efigie de los vivos.

—¿Conoces, le dije á Pepe, aquella estantigua lívida y macilenta, que paga la peseta de entrada como quien da las niñas de sus ojos?

—¿Cómo si la conozco! el hombre de mundo y de negocios como yo conoce á todo ser viviente. Ese señor tiene cien mil pesos y se llama don Ciriaco. En tiempo de luna no enciende vela, y se come la mostaza de los sinapismos que ponen en su casa, porque todo no ha de ser desperdicio. Negocia con hijos de familia, con militares y sobre todo con empleados. El empleado y don Ciriaco son el ratón y el gato. El dos por ciento le inspira el más profundo desprecio, el tres le merece una sonrisa, y del cuatro para adelante hay ya palmaditas en el hombro y apretones de manos. Pero siempre vive diciendo que los tiempos están trabajosos y el dinero escaso. En cierta ocasión me dió una suma á interés y me capitalizaba hasta los suspiros. ¡Excelente ciudadano!

—¿Quién es aquella linda muchacha de pelo rubio, ojos azules y dormidos, fisonomía cándida? parece la estatua de la inocencia.

—La vales para fisonomista: te hubiera tenido envidia Lavater. Mira cómo se aparta un poco de su mamá que está contemplando admirada la cabeza calva de Feijoo. Repara cómo sus miradas tímidas se encuentran con las de aquel militar amigo mío que está al frente: ve cómo el militar levanta la diestra y haciendo una cruz en el aire con el

pulgar, la muchacha se pone la mano en el pecho, y ambos sin volverse á mirar se pierden en el tumulto. Apenas suenan las once en la Catedral, nuestro militar da tres golpecitos en una ventana verde de la calle de. . . . Ábrese un postigo, y la estatua de la inocencia se pone marcialmente á departir con el supradicho galán. ¡Oh témpora! Oh mores!

—Mira, continuó Pepe, aquel joven con botas charoladas, pantalón á la última de color extravagante, chaleco amarillo de piqué, cadena de oro y levita sin tacha. Vive en un cuarto bien amueblado, se levanta á las ocho, lee romances hasta las nueve, y después de almorzar se pasea en los Portales hasta las doce, hora en que se va donde Andrés á comer vizcochos, y á un billar vecino á jugar mesas. Torna por la tarde á los Portales, y la noche la emplea en tertulias y bureos. Ésa es la ocupación que tiene 365 días al año.

—Á propósito de jóvenes, le dije á Pepe, ¿quién es aquel mozo vestido de negro tan grave y meditabundo, que parece llevar en su cabeza los destinos de América?

—Cualquiera creería que acabas de llegar del Japón. Cómo es que no conoces á D. Arturo, joven de veinticuatro años, y ya hombre de Estado, publicista y filántropo? Aspira á un destino que no pase de Papa ni baje de Secretario de Estado. Tengo relaciones con él: acerquémonosle y ya verás.

—Por qué esa distracción, D. Arturo? le dijo Pepe: alguna cuestioncilla diplomática lo tiene preocupado?

—¡Ay! amigo, este país se pierde sino ponen las riendas del Gobierno en manos juveniles. Nos envían de Roma al señor Barili, y ¿quién es capaz en el Ministerio de habérselas con esos pajarracos italianos? Ya he dicho al Gobierno lo que debe hacer con Roma. Respecto al Ecuador es otra cosa: estoy madurando mis ideas. Dejo con pesar la grata compañía de UU., porque recuerdo ahora que estoy citado para las nueve donde el Secretario de Hacienda á discutir un *proyecto de arbitrios*. Buenas noches.

—Dios te guíe, dijo Pepe á media voz, flor y nata de los politicastros andantes.

—Repara, continuó él, aquella hermosa muchacha que va de brazo con un beduino. Se llama Clementina, y cono-

co su vida y milagros porque en un tiempo fuí uno de sus más apasionados admiradores, y desde entonces cultivamos relaciones. Ha tenido manías singulares. Con un carácter de suyo fantaseador y novelesco, leyó cuando tenía quince años á Matilde ó las cruzadas, prendóse del carácter caballeroso del hermano de Saladino y resolvió de buenas á primeras que los hombres de nuestra tierra eran unos pobres diablos comparados con el guerrero musulmán. Héteme pues á la infeliz mamá en el duro trance de buscar para la niña un amante sarraceno. Si hubiera sido israelita ya lo habría encontrado en la calle real á pedir de boca. Siguió leyendo novelas y folletines, y tornóse tan vaporosa como un traje de muselina, tan romántica como una novela de Soulié. El ídolo de sus sueños vino á ser un ente misterioso y desconocido, “de frente triangular y fatídica.” Para ella comerciantes y agricultores, nada más abominable: mi candidatura fué rechazada, porque yo apenas era un cristiano así así como todos: al paso que para agradarla era preciso haber tenido duelos pavorosos, aventuras inauditas, ó haber sido pirata ó por lo menos bandido. Pero se pasaban los años y no venía guerrero del desierto, ni vampiro de parte ninguna á consolarla. Llegaron los veinticinco, edad álgida para el bello sexo, y el día que menos pensamos nuestra heroína viró de bordo y prestó oído atento á las propuestas matrimoniales de un jayán de la sabana. ¡Oh fragilidades femeniles! Casóse; y vedla cuán alegre va de brazo con su barbudo y prosaico hacendado.

Larga la llevaría si pretendiera consignar aquí todos los misterios biográficos, que la memoria siempre feliz y la palabra siempre pronta de mi amigo me revelaron aquella noche. En obsequio de la brevedad dejo algunas curiosidades de la laya en el tintero, con las cuales puede ser que algún día regale á mis lectores.

(De EL PASATIEMPO, número 41, de 10 de Abril de 1852.)

CORRERÍA POR VILLET A Y GUADUAS

IMPRESIONES DE VIAJE

Hagamos algo de provecho. Traducción libre: *Pasemos el tiempo.* Cada uno hace lo que puede, querido lector. Si redactáramos "Los Principios," nos holgaríamos pintando la Administración providencial que se nos espera, la cual ha de hacer correr por el país, como en los tiempos bíblicos, arroyos de leche y miel: si escribiéramos "La Discusión," no nos faltaría qué hacer con el pirata Flores, la Puná, el gabinete Novoa y el pérfido Gobierno Osma-Echenique. Si viniéramos de Inglaterra, como nuestro amigo F. G. mareados todavía con los ferrocarriles, la industria, el ruido y el movimiento de aquellos países, también anatematizaríamos la pereza y gritaríamos en el desierto, como él lo hace, aconsejando á los *reinosos* que rezasen menos y trabajasen más, y á los calentanos que renunciassen un poco al *dolce far niente* de la hamaca. Pero no sintiéndonos nosotros con bastante sal en la mollera para hacer feliz al pueblo con artículos de alta política, ni con el empuje necesario para sacar el país de sus casillas, vamos á hacer *algo de provecho*, en el sentido que da á esta frase nuestro frívolo carácter, escribiendo con toda sencillez y naturalidad algunas de las impresiones sentidas en un viaje, que á Guaduas emprendimos días pasados por nuestra conveniencia y solaz.

Héteme pues, (y aquí me tomo la libertad, ó sea la licencia de cambiar el plural por el singular, cosa no muy rara en este país de libertad, de licencia y de cambios inesperados) resuelto á escribir las impresiones de un viaje á Guaduas, tarea que tiene sus puntos de contacto con la de aquel que escribió las impresiones de un viaje al rededor de su cuarto. Y como todas las cosas son por algo motivadas, y es preciso comenzar por el principio para no perdernos por falta de lógica, comenzaré refiriendo al lector las graves razones que me impulsaron á abandonar la techumbre doméstica, para emprender viaje á ese lejano y misterioso país que llaman Guaduas. Cansado de oír en esta capital quejarse á los comerciantes de que no hay negocios, á los usureros de que no hay plata, á los

litigantes de que no hay justicia, á las beatas de que no hay religión, á los empleados de que no hay Tesoro, á las muchachas de que no hay placeres y á todos lamentarse de todo : fatigado con los mendigos, que lo persiguen á uno por todas partes, desde el astroso pordiosero que pide por amor de Dios, hasta el Gobierno que pide por amor á la patria : hostilizado por nuestros *páramos* helados y traidores, que huelen á pulmonía y á catarro, y por la vista del cielo de Bogotá, que otras veces tan bello, ostenta ahora su manto de nubes negras, como una hermosa su vestido de duelo, resolví en una desapacible mañana del mes de Agosto trasladar mi humanidad á la tierra caliente, á buscar gentes menos quejumbrosas, una naturaleza más animada, el cielo en toda su limpieza, la luz en todo su esplendor. Pues habéis de saber, querido lector, que soy un tanto cuanto calentano, y á fuer de tal á veces siento necesidad inmensa de bajar las cordilleras para sumergirme al aire libre en la corriente de los ríos, oír cantar los toches por la mañana en las verdes hojas de los plátanos, aspirar el perfume de los jazmines, refrescarme á las sombras de los naranjos. Todas estas cosas me representan el bello país de mi nacimiento, las escenas y los placeres de la infancia, y son para mí como ecos lejanos de otros tiempos, que traen frescura al corazón y á la memoria mágicos recuerdos.

Pues bien, á estos motivos generales agregado el muy particular de visitar á una familia, con quien me unen relaciones de amistad y de parentesco, que á la sazón temperaba en Villeta, me estimularon á emprender viaje, no á pie, con lápiz y pinceles en la mano, como pintor de paisajes ó poeta soñador, sino caballero sobre un humilde rocinante, en silla orejona, con maletón á la grupa, ruana de bayetón por delante, de una manera enteramente estudiantil y clásica. Las once del día habían sonado en la Catedral, y como á esa hora divisase bastante abajo de San Victorino á un personaje de casaca, paséandose majestuosamente á la orilla del camino, resolví para mis adentros que debería ser un poeta buscando consonantes ó un inglés con esplín. Efectivamente, acercándome conocí que era un largo y rubicundo hijo de Albión. Habría salido á darse uno de esos baños de sol tan aconsejados por Rousseau y lo había sorprendido un *páramo* acompañado de niebla y viento, muy propios para recordarle el cielo triste y nebuloso de su patria. Un francés no habría venido á buscar el silencio de los

campos á semejante hora, y de hacerlo conversaría aunque fuera con los sauces: á los ingleses hasta en las reuniones les gusta conversar consigo mismos. Cada pueblo con su carácter, cada loco con su tema y Cristo con todos.

La sabana de Bogotá con sus numerosos y robustos ganados, sus abundantes sementeras de hortalizas y granos, sus pastos nutritivos y su poderosa capa vegetal, vista con ojos de economista satisface completamente; pero en mala hora se buscarían en ella escenas pintorescas y paisajes risueños: la silenciosa y despejada meseta ofrece por todas partes una monotonía desesperante. Solamente vista por la tarde desde lo alto de Egipto ó del Boquerón, á los trémulos rayos del sol poniente, la campiña con sus rebaños y ganados, sus sementeras de trigo mecidas por la brisa, sus ríos dormidos y sus lagos inmóviles, ofrece una perspectiva que no carece de belleza y majestad. †

En Cuatroquinas me detuve un poco á dar respiro á mi caballo, y á descansar de la incesante hostilidad del polvo y del viento. Las ventas de aquel punto, como todas las del camino de Occidente, seguramente hace dos siglos que tienen la misma fisonomía: son conservadoras por excelencia. Mamarrachos pintados en las paredes, sillas de un maderamen gótico, algunos taburetes cojos y por maravilla un canapé sin paja, componen el mueblaje. Pero no se le antoje al viajero pedir una copa de buen vino, una taza de café, ni bebida alguna refrigerante: en materia de líquidos no hallará sino nauseabunda chicha, mistela ó aguardiente venenoso; y en asunto de sólidos, salvo el ajiaco que goza de reputación gastronómica bien merecida, tendrá que contentarse con un puchero detestable ó algún frito infernal: y para colmo de calamidad la carne, en todas las ventas de la sabana, se la sirven al viajero por el sistema homeopático.

—¿Qué de nuevo en Santajé? me preguntó un orejón carirredondo, mofletudo, con sombrero de alas luengas y zamarros de cabro.

—Nada, patrón.

—Mi compadre Toribio me trajo la nueva de que á ñor Flores lo habían echado de la punta.

—Cabal, patrón: había olvidado esa noticia; ustedes estarán muy contentos.

—Sí, señor. Porque ahora se acabará esa recluta que en mi pueblo no deja trabajar á nadie, y largarán á esos soldados

que comen tanto y tienen el Tesoro arruinado. ¿Verdad es, señor, que el Erario está alcanzado?

—Un poquito.

—Y así sin plata ¿íbamos á *guerriar* con el Perú y Chile?

—Y con el Gran Turco.

—¿Qué cosas! ¿No habría sido mejor dejarnos de bravatas, estarnos tranquilos en nuestra casa, y si *ñcr* Flores las hubiera echado para acá darle calabazas?

—Vamos á tomar, patrón, una copita : U. ha hablado como un libro.

Volví á montar y continué á galope largo el viaje interrumpido, pues al nuevo camino, que cuesta mucha plata y satisface muy pocos intereses según unos, y es de urgente necesidad según otros, no se le puede negar que por ahora está muy bueno ; lo cual hace que la extensa sabana fastidie menos, pues se atraviesa con suma rapidez. Los pueblos que se encuentran en el tránsito, con sus techumbres de paja podrida, sus negras paredes, llenos de lodo en invierno, empolvados y sucios en verano, parecen aduare de beduínos más bien que morada de cristianos. Nada más triste y desapacible : no merecen una mirada.

Hasta más allá de Botello, subiendo la colina que borda la meseta, la uniformidad del paisaje y de las escenas en nada alteran el pensamiento y las impresiones del viajero. Llegando á la cúspide, las faldas arboladas de robles, el rumor de los arroyos que se despeñan á lo lejos y la imponente majestad de las montañas, ofrecen de repente al viajero los toques vigorosos de la naturaleza americana. El pensamiento se torna grave y sereno como el paisaje. Á poco se presentan los prados siempre verdes del Aserradero, circuidos de gigantescos robles. La venta de este nombre, en otro tiempo tan socorrida y *confortable*, hoy yace en ruinas. Si las paredes de esa venta hablaran, qué de cosas referirían. ¿Cuántos ambiciosos que vienen á *politiquear* á Bogotá, no se han soñado allí Secretarios de Estado! ; cuántos estudiantes que vienen de su provincia repletos de ilusiones no han pasado allí una noche de delirio, esperando encontrar al otro día, en la magnífica ciudad que llevan en la imaginación, una morada de gloria y de placeres! Multitud de jóvenes, que llegan allí con el corazón entusiasta y el alma inocente, tornan de la capital algunas años después, con el rostro ajado por los vicios, la frente arruga-

da por los desengaños y el alma sin creencias, sin esperanzas y sin fe.

Á pesar del cariño que le tengo á esta venta, que me hace recordar las distintas faces de mi vida, viéndola tan desmantelada y teniendo, por noticias que me habían dado, muy buena idea de la de Chimbe, continué con dirección á ésta á lento paso, contemplando de lo alto de las colinas morir el sol, á guisa de magnate poderoso, en un lecho de oro y púrpura. La hora del anochecer, triste aun en medio del ruido de las ciudades, es lúgubre en el silencio de los bosques. Á esta hora sienten melancolía los felices de la tierra y desesperación los desgraciados.

Pero las ideas melancólicas y serias que se iban apoderando de mí, desaparecieron en presencia de una necesidad enormemente prosaica: el hambre. Así fué que llegué á Chimbe con más ideas gastronómicas que sentimientos poéticos. Como los dueños de la posada estaban ausentes, tuve que habérmelas con una ventera de ojitos redondos y maliciosos, hundidos en una cara más redonda todavía; con pechos abundantes, que revelaban una castidad problemática, enorme talle y posaderas continentales.

—Es necesario, patrona, la dije, que me haga una cena que tenga dos condiciones: la una, que sea muy buena, la otra, que esté muy pronto.

—Pero si no hay nada.

La respuesta me dejó frío. ; Qué de ilusiones desvanecidas, santo Dios! Después de haber andado doce leguas, sin haber tomado sino un parco almuerzo, salirle á uno con ésas! Razón tienen los santos padres en decir que este mundo es un valle de lágrimas, dije para mí.

—Vamos, patrona: con un pedazo de carne, ó una tortilla, ó un ajiaço de pollo me contento.

—Si no hay carne, ni huevos, y los pollos se los comió el águila.

—Patrona, ¿cuánto vale U.?

—¿Quiere comprarme?

—Precisamente.

—¿Y para qué?

—Para cenármela esta noche. Le aseguro que hay materias primeras en U. para hacer unas bodas de Camacho.

—¿Jesús mil veces! ¿U. es masón?

—No ; pero quisiera cenándomela apaciguar los manes de todos los viajeros que se habrán muerto de hambre en esta venta infame.

—Sólo hay una cosa que pudiera ofrecerle, pero no me atrevo.

—Atrévase U.

—Papás guisadas.

Por poco le doy un abrazo á la patrona.

—Guise U. aunque sean cortezas de roble, que yo acepto la comida como está y el mundo como viene.

Al otro día llegué á Villeta á las nueve de la mañana. Allí encontré á mi amigo con sus hijos y su joven esposa, tipo dulce, bello y afectuoso de mujer, dotada de bondad inagotable y de corazón angélico ; una de esas divinidades pacíficas del hogar doméstico, que tiene para todo el mundo atenciones delicadas, sonrisas y consuelos, y con las cuales el matrimonio debe perder lo que tiene de cruz y de expiación para convertirse en una sociedad de ventura, con atadura de flores.

Villeta, como todas las poblaciones techadas con paja, tiene un aspecto desapacible y monótono. Sus habitantes, si conocieran sus intereses, debían construir habitaciones cómodas, con lo cual atraerían muchos forasteros, sobre todo ahora que su popularidad como buen temperamento ha vuelto á renacer, y harían un excelente negocio, porque se edifica muy barato y se consiguen buenos arrendamientos. Su clima seco y caloroso, que mantiene transpiración constante, sus baños ferruginosos de agrado imponderable, y la sociedad de gentes de Bogotá, que pierden allí todo lo que en la capital tienen de etiquetero y ceremonioso, son en Villeta los placeres que se encuentran. Las relaciones se estrechan con la mayor facilidad, y en cuatro días se conocen allí más las personas, que en cuatro años de trato en Bogotá. Así, pues, me tomo la libertad de aconsejar á todos los amantes presentes y futuros, barbones ó lampiños, confiados ó descreídos que, si en la capital no han podido traducir á buen español los sentimientos y el carácter de sus queridas, procuren encontrarse con ellas en la tierra caliente, y allí, salvo que tengan alguno de esos corazones de mujer indescifrables y embrollados, merced á la vida franca, expansiva y trasparente que se lleva, podrán saber á qué atenerse en cuanto al carácter, las virtudes ó las *máculas* de sus respectivas partes contrarias.

Pero en Villeta, como en todas las tierras calientes, más agradables que las mañanas, y más espléndidas que los días son las noches. Trasladaos, amigo lector, si os place á esos climas, en una noche apacible de verano, y, sentado en la puerta de la calle, en medio de una reunión de amigos de ambos sexos, decidme si no es muy agradable pasar largas horas tomando el fresco, en conversación franca y animada, u oyendo á una muchacha cantar al son de la guitarra, con voz vibrante y apasionada, esos romances españoles tan llenos de melodía y de amor. Si os gusta estar solo, recostaos en plena calle á fumar un buen puro de Ambalema, y unas veces viendo el humo del cigarro perderse en la atmósfera, como las ilusiones del corazón se pierden en la vida; y otras contemplando ese bello, misterioso y desconocido país que llaman cielo, con su espléndido ropaje de estrellas y de azul, acariciado por las brisas de los bosques y los perfumes de la noche, por muy preocupado que tengáis el corazón con las inexorables realidades de la vida, os entregaréis delante del silencio, de los astros y del infinito, á vagar en mundos desconocidos, y á soñar despierto quimeras maravillosas.

No consintiendo este periódico artículos largos, haré gracia al lector de muchos episodios, y precipitaré la narración.

El quince de Agosto, día de San Miguel patrón de Guaduas, hay en este lugar fiestas muy mentadas; y como todo el mundo se fuese para allá, mi amigo y yo nos fuimos para donde iban todos. Lo único que hay notable en el camino es la hacienda de Cúme, cuya vista me causa siempre un sentimiento penoso. Los ingleses, que más que nadie están dotados de ideas prácticas y del instinto de los negocios, fracasan muchas veces en sus especulaciones en nuestro país, porque amigos como son de hacerlo todo en grande escala, invierten fuertes sumas en habitaciones *confortables*, y en hacer sus trabajos con gusto y elegancia, sin reparar que lo estrecho de los mercados y lo limitado del consumo entre nosotros, requieren mucha economía en las operaciones y mucha sobriedad en los gastos. Hoy está dedicado el establecimiento á la estéril labor de producir aguardiente; brebaje homicida, que enriquece á los monopolistas y embrutece al pueblo. Obra de 16,000 botellas mensuales produce, que los rematadores compran á medio real, puestas en Bogotá, y las venden á real

y á real y medio. En ningún negocio se han hecho en este país, como en el aguardiente, ganancias más escandalosas y rápidas: en las provincias de la antigua Antioquia, en estas operaciones se han improvisado capitales. Este monopolio, pues, sin grandes ventajas para el Tesoro, ha sido una constante explotación del pueblo.

El camino de Villeta á Guaduas es, como todos nuestros caminos, muy bueno en verano y pésimo en invierno. Esas eternas y enfadosas cordilleras fatigan el cuerpo y desesperan el espíritu. No es posible, por optimista que uno sea, soñar para las comarcas interiores prosperidad y riquezas en lo porvenir, con esas barreras insuperables. Los valles son la morada natural del hombre. La civilización, como la luz, ha venido de los países llanos del Oriente. El hombre no trepa á las cordilleras, sino ahuyentado por la mucha población y riqueza acumuladas en los valles. Entre nosotros, la población se ha venido á vivir cerca de las nubes, y ha comenzado habitando lo último que se puebla en otras partes.

La vista de Guaduas es hermosa para el viajero que va de Bogotá, pero tiene muchísimo más encanto á los ojos del viajante que la divisa viniendo del Magdalena. Este último, fatigado por un largo viaje lleno de privaciones, hostilizado por los insectos, abrasado por el calor, saluda á Guaduas como un oasis de descanso, como un nido de verdura y de placer. En efecto, su clima agradable y sus obsequiosos y hospitalarios habitantes, hacen de ese lugar una morada muy popular entre los extranjeros. Hoy día, comparativamente con la inercia y el desgüeño de otros pueblos, sorprenden el aseo, la industria y el bienestar que se encuentran allí. Produce el valle de 40 á 50,000 arrobas de excelente azúcar por año, y algún café; se confeccionan en el lugar una cantidad ya considerable de cigarros, y algunas vaquetas. Además, el flete de bestias deja á sus moradores buenos reales. La casa de Reclusión merece atención especial: el orden y el aseo que reinan en el establecimiento, el silencio y la compostura con que trabajan los reclusos de ambos sexos, y los fructuosos resultados, que no dudo se consiguen allí, hacen de él el único establecimiento de castigo que hay en el país digno de un pueblo civilizado.

Bien quisiera, en obsequio del benévolo lector que haya tenido paciencia de acompañarme hasta aquí, pintar las fiestas

de Guaduas, las más bulliciosas y animadas que he visto hace buenos años ; quisiera describir los bailes enciclopédicos en casa del Coronel Acosta, donde lucían muchachas de gentileza irreprochable, al lado de cotudas y venerables matronas ; holgaríame, en fin, exornando el cuadro con la pintura de los bailes *cintureros*, en que danzaba el pueblo soberano, y en los cuales lucían las calentanas con sus camisas llenas de caprichosos bordados y su lujo de ojos negros y de talles esbeltos. Pero este artículo va siendo demasiado largo, y pidiendo al lector me dispense, no habiendo encontrado cosas más divertidas que contarle, me despido por ahora su humilde servidor.

(De EL PASATIEMPO, número 62, de 1.º de Septiembre de 1852.)

SEPARACIÓN DEL DOCTOR MANUEL MURILLO DEL MINISTERIO

El doctor Manuel Murillo, después de haber contribuído eficazmente al triunfo de los principios liberales el siete de Marzo, con sus briosas publicaciones en la “Gaceta Mercantil,” fué indicado por la opinión pública y aceptado por el Presidente de la República para entrar en el Ministerio, como uno de los hombres más eminentes y decididos del partido liberal. Encargóse al principio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, cuyos trabajos estaban más en armonía con sus inclinaciones y estudios especiales ; pero luégo después, no habiendo quién quisiera hacerse cargo de la Secretaría de Hacienda, pues hasta el doctor Rojas, considerado con razón como uno de nuestros primeros financistas, rehuyó su desempeño ; el doctor Murillo, á pesar de carecer de conocimientos prácticos y preparación bastante para tan arduas tareas, inspirado por el patriotismo, se hizo cargo de esa Secretaría, que es el potro

de tormento y el gran blanco de la calumnia en nuestro país, abandonando otro puesto que hubiera podido desempeñar con poco trabajo y seguro lucimiento.

Pero su inteligencia y conocida habilidad para el desempeño de todos los negocios públicos, no lo abandonaron en este peligroso negociado. Inmediatamente se hizo cargo, no sólo de los negocios comunes que pertenecían á la oficina, sino también de los difíciles problemas que, en pro de las clases laboriosas y del desarrollo industrial, estaba llamada á resolver la nueva Administración.

Conociendo que el régimen colonial, donde más se dejaba sentir opresivo y bárbaro era en la recaudación de las contribuciones, y en toda la legislación fiscal, dedicóse con energía y perseverancia á verificar en ella una revolución completa, cuyo resultado fuese estimular el desarrollo de la riqueza nacional, quitando trabas á la industria, y consultando la justicia y la igualdad por medio de las contribuciones.

Para desembarazar de empleados y atenciones inútiles el Tesoro nacional, dar vitalidad á las Cámaras de provincia, objeto y ocupación á los patriotas de las localidades, y sobre todo, para ensanchar el poder municipal, que es la esencia de la República y el hogar de la democracia, concibió é hizo pasar en las Cámaras legislativas su famosa ley de descentralización de rentas, medida que ella sola bastaría para que su reputación de inteligente y patriota quedase bien sentada en el país.

La política del señor Murillo como financista no ha consistido solamente, como la de casi todos nuestros Secretarios de Hacienda, en vivir con el día, procurándose recursos para la actualidad, sin curarse de lo porvenir: él ha ido más lejos. Comprendiendo la tarea que estaba encomendada al partido liberal, como también que el desarrollo de la riqueza pública es en toda nación la fuente inagotable de los recursos del Gobierno, ha procurado quitar las trabas que mantienen la industria estacionaria, y hacer que nuestras contribuciones desiguales y opresivas, no continúen consagrando la perenne miseria de las clases laboriosas: se ha preocupado, pues, menos de lo presente que de los intereses de lo porvenir.

Los servicios del señor Murillo no se han circunscrito únicamente al ramo que le estaba encomendado. Conociendo que la acción constante de la prensa sobre la opinión

era indispensable para la marcha del Gobierno, y la consolidación de los buenos principios, se dedicó, á pesar de sus muchas atenciones, á sostener uno y otros con sus hábiles y luminosos escritos; para lo cual compró la imprenta de "El Neo-Granadino," empresa ruinosa para él, y que le ha hecho el blanco de repetidas y villanas calumnias.

Las leyes aboliendo la esclavitud, sobre libertad de imprenta y demás, que forman el timbre de esta Administración, constantemente han encontrado en él un abogado entusiasta y decidido; y en sus largas luchas parlamentarias, su palabra calorosa, elocuente y patriótica siempre se ha hecho oír defendiendo los intereses nacionales y los más altos principios de libertad civil.

En los primeros tiempos de la Administración López, la prensa conservadora se desencadenó contra él, creyéndole el más cumplido representante del principio rojo, en su sangrienta y perseguidora significación; enemiga que hubo de cejar después, no como dicen los pseudo-liberales porque hubiese renegado del partido, sino porque el señor Murillo, hombre de conciencia política y de verdaderos principios liberales, se ha opuesto constantemente, por medio de la prensa y en los consejos del Gobierno, á toda medida arbitraria ó exagerada de represión que se quisiese tomar contra ese partido, aun en sus días de extravío; fundándose muy bien en que el Gobierno no debe salirse nunca de la Constitución y de las leyes, siendo las venganzas y las medidas represivas y arbitrarias lo que más desmoraliza los partidos y eterniza en ellos los rencores.

Contra su habilidad como financista, ó su probidad como Secretario, arguyen hoy sus enemigos que el Tesoro está exhausto y agotados los recursos del Gobierno. Al segundo cargo responde cumplidamente la honrosa pobreza con que se ha retirado á la vida privada, después de haber manejado los tesoros de la República; y respecto del primero, cuando él entró de Secretario ya había un déficit en el Tesoro, luégo después las Cámaras legislativas suprimieron la cuantiosa renta de tabaco, y la revolución del año pasado, que costó inmensas sumas al Estado, completa su victoriosa justificación.

Después que ha trabajado más que nadie, en la tribuna y por la prensa, para mantener bien puesto el decoro del Gobierno y la reputación del partido liberal; después que se ha arruinado por sostener una imprenta, que sirva de órgano á los

buenos principios, y ha perdido su salud en servicio del país el círculo violento, que pretende hoy adueñarse de la República, quiere excluirle de los negocios públicos, y vota contra él el ostracismo político, así como en otro tiempo lo hiciera con el ciudadano Florentino González.

El doctor Murillo ha renunciado la Secretaría de Hacienda, y se ha separado definitivamente del Ministerio porque, como sabe todo el mundo, la práctica de los gobiernos representativos manda á los Secretarios dejar el puesto, cuando en alguna grave cuestión de Gabinete, la votación de las Cámaras les es adversa; y es lo que ha sucedido en la cuestión Máckintosh, negando la Cámara de Representantes su aprobación al convenio celebrado para el arreglo de esta deuda, entre el Secretario de Hacienda y el Ministro de su Majestad Británica. El señor Murillo ha sostenido el convenio con su energía y decisión acostumbradas, teniendo la íntima convicción, en la cual abundamos nosotros, de que con esta transacción se consultan, hasta donde es posible, los intereses nacionales, dando punto á una cuestión enojosa de suyo y evitando en lo porvenir un conflicto para la Nación.

Hoy que el señor Murillo separado del Gobierno no tiene plata ni empleos con que recompensarnos, creemos no se atribuirá á ninguna consideración mezquina esta rápida apreciación que hacemos de sus servicios, y esta manifestación pública de nuestro aprecio que le damos. Gustosos le ofrecemos las columnas de nuestro periódico, para que en él defienda los actos de su vida pública como mandatario ó rechace como ciudadano el insulto y la calumnia.

(De EL LIBERAL, número 2, de 28 de Abril de 1852.)

CARGOS HECHOS CONTRA NOSOTROS, POR CONSERVADORES Y LIBERALES

NUESTRA PROFESIÓN DE FE

Aunque hace algunos días que salió á luz una hoja suelta que lleva por epígrafe “Los Herreristas y los Conservadores,” no la contestamos hasta hoy, por habernos hallado ausentes de esta capital al tiempo de su publicación. En ella, después de echarles una peluca soberana á los conservadores Herreristas, hace su autor una apreciación caprichosa y ofensiva del carácter y de los móviles que animan la conducta de los redactores de “El Liberal.” Aunque el mal estado de nuestra salud no nos ha permitido contribuir sino con muy pocos materiales á la redacción de este periódico, armonizando con las ideas principales que contiene y con el objeto cardinal que se propone, aceptamos de lleno la responsabilidad que pueda acarrearnos el título de redactores, y cumple á nuestra reputación rechazar los feos cargos que en la supradicha hoja suelta se nos hacen.

El lenguaje insolente y agresivo de este papel bastaría para dar á conocer á su autor, si la profunda mala fe que contiene el pensamiento cardinal que lo inspira, no lo revelara completamente. He aquí el pensamiento del articulista en toda su desnudez y en toda su fealdad. “Conviene, dice para sus adentros, que el General Obando sea Presidente, para que las exageraciones de él y de su círculo los pierdan, aunque el país se pierda con ellos. Conviene que los conservadores escarnecidos y ultrajados por esa administración se conserven unidos é implacables á mis órdenes, pues yo sé muy bien que en los hombres, el odio es una cadena de unión más fuerte que el amor.” No se le oculta que, aceptando los conservadores honrados é influyentes al General Herrera, sería un hecho consumado su nulidad política: y se quedaría sin más partido que los retrógrados y los camanduleros. Quiere, pues, á despecho del orden y de la prosperidad del país, tener en alguna ocasión soldados á quienes regimentar á la voz del odio y bajo el pendón de la venganza.

Esta política en lo insensata se parece á la conducta de aquel que, para hacerse célebre, prendió fuego al templo de Diana.

Y al comenzar, con aquel aire de pedagogo que regaña á sus discípulos, diciendo á sus amigos políticos, que tiene más que nadie el derecho de inspirarlos en la grave cuestión eleccionaria, quisiéramos preguntarle: si el hombre que ha perdido á su partido cuando estaba en el poder, y después lo ha aniquilado, políticamente hablando, precipitándolo en insensatas y ridículas conspiraciones cuando estaba en la oposición; ¿no debía tener un poco más de humildad y un poco menos de arrogancia? Pero al fin, vamos á lo que nos atañe, pues éstas son cuestiones entre los conservadores y su jefe. Tanto peor para ellos si continúan escuchando con fe las palabras de este oráculo engañoso, y siguen humildes aceptando esa ominosa tutoría.

Dos cargos principales hallamos entre infinidad de denuestos é invectivas con que nos regala el articulista. El uno: que obramos de mala fe, y queremos engañar á los conservadores; y el otro: que siendo hombres ambiguos y sin carácter decidido, no teniendo valor para ser nada, nos contentamos con tener hambre, especulando en la cuestión eleccionaria.

Celebramos que se hayan formulado estos cargos, aunque sea por un conservador, para tener ocasión de manifestar con franqueza y lealtad todo nuestro pensamiento.

Respecto á obrar de mala fe con los conservadores, protestamos contra semejante inculpación. Nosotros hemos creído que los miembros honrados del partido conservador, que en las pasadas revueltas apoyaron con lealtad al Gobierno, y que no armonizan con el fanatismo, ni con los añejos y retrógrados principios de los camanduleros, tienen pleno derecho á mezclarse en las cuestiones públicas, y son un elemento político que debe tenerse en cuenta en la gran cuestión eleccionaria. Rechazar á estos ciudadanos, muchos de ellos bastante liberales en el fondo y todos interesados en el sosiego y el bienestar del país, sólo por echarlas de hombres exagerados de partido, nos ha parecido una mezquina intolerancia, indigna de un republicano y de un político. Nosotros hemos exhibido un candidato y hemos publicado un programa, tan liberales el uno como el otro: hemos creído que los conserva-

dóres moderados, que, con razón ó sin ella, tienen graves temores del General Obando y de su círculo, podrían prestar su cooperación en las elecciones, sin mengua para ellos como conservadores, ni desdoro para el General Herrera como candidato liberal. No les hemos dicho, ni hemos abrigado el pensamiento de que tomarían parte en el Gobierno con sus prohombres y sus principios; pero sí hemos juzgado que estaba en su interés bien entendido, promover y apoyar una candidatura tolerante y conciliadora, que les inspirase confianza y les diese garantías. Siendo el General Herrera uno de los más cumplidos representantes de los principios liberales, los conservadores que votasen por él y sostuviesen su administración, aceptaban tácitamente las reformas sociales hechas en el país: el partido conservador retrógrado perdía sostenedores, pero la gran causa del orden, de la República y de la libertad ganaba partidarios. ¿En dónde está el engaño y la mala fe? Obrando así, no hemos querido engañar á los conservadores, ni traicionar la causa de los buenos principios que siempre hemos sostenido.

Por lo que toca al otro cargo de que no tenemos independencia, ni valor, ni carácter sostenido y que especulamos con candidaturas, no es al articulista en cuestión á quien vamos á responder, pues nada nos importa el concepto que forme de nosotros, sino á algunos periodistas del país que nos increpan lo mismo, y á muchos de nuestros amigos políticos de ayer, que andan voceando en los corrillos contra nosotros inculpaciones semejantes.

Con mucha repugnancia nos vemos precisados á hablar de nosotros mismos, recordando nuestra conducta como periodistas en los años anteriores; pero á esta enfadosa tarea nos obligan inculpaciones inmerecidas, y apreciaciones de nuestro carácter de todo punto indignas.

Cuando apenas teníamos veinte años, hallándonos en la provincia de Antioquia, en la época en que la opinión pública era allí unísona por los jesuitas, cuando rayaba en frenesí la idolatría de los pueblos por esos sacerdotes, nosotros, solos, aislados, sin apoyo, en medio de las amenazas y rugidos del fanatismo, fuimos los primeros que en Nueva Granada levantamos nuestra voz, en publicaciones escritas y pagadas por nosotros, en defensa de la República que ellos minaban, y esclareciendo la conciencia pública que ellos corrompían. Des-

pués aquí en Bogotá, en “El Aviso” y en “El Día,” teniendo que pagar muchas veces nuestros artículos, defendimos los principios liberales, y contribuimos con menos talento que otros, pero con tanta resolución como el que más, á la transformación política verificada el siete de Marzo. Posteriormente, cuando la prensa conservadora tenía más pujanza y osadía, y que todos esos periodistas que las echan hoy de guapetones, porque no hay lucha ni partido conservador, no se atrevían á escribir una línea en defensa del Gobierno, nosotros, sin haber saludado al General López, ni tener relaciones con el doctor Murillo, escribimos en favor de la Administración y de los principios liberales, con toda la energía y resolución que nos caracteriza. Y ahí están los gobernantes, del Presidente para abajo, que digan si nosotros hemos tenido alguna exigencia, si hemos siquiera hecho la más ligera insinuación para que se nos dé un destino. Permítasenos la manifestación de un legítimo orgullo: si en los miserables tiempos que alcanzamos hay todavía en nuestro país caracteres independientes, que no llevan á las discusiones públicas sino patriotismo, desprendimiento y buena voluntad, en esa honrosa categoría y en primera fila estamos nosotros.

Sólo faltaba que hasta “El Paparote,” mezquina producción de un empleado de menor cuantía, que para que no le quite su sueldo el candidato popular escribe en su obsequio una prosa menguada y unas coplas más menguadas todavía, viniese también á enseñarnos la lección en materia de independencia y dignidad.

Dicen generalmente que nuestros escritos y opiniones son inspiraciones del doctor Murillo. Cuando combatimos á los jesuitas en Antioquia, cuando contribuimos con todas nuestras fuerzas al triunfo del siete de Marzo, cuando comenzamos á defender la Administración en “El Neo-Granadino,” no conocíamos al doctor Murillo y ya éramos un poco republicanos, y los principios que defendíamos entonces son los mismos que sostenemos hoy. Siempre hemos creído que la cabeza no sirve sino para pensar con ella; y si algunos la sienten tan débil y vacía que abdican su pensamiento en las ajenas, nosotros no tenemos la humildad y modestia bastantes para pertenecer á este número. Respetamos, eso sí, los talentos del doctor Murillo como hombre público, hacemos plena justicia á su abnegación y patriotismo y nos honramos con su amistad

personal. Hoy, que ha caído del poder, se aumentan, si es posible, nuestras consideraciones por él, al paso que otros muchos que se lo deben todo, sueldo, posición y porvenir, no evitan ocasión de calumniarlo y ofenderlo, para presentarse con estos nobles títulos á reclamar su parte en la Administración entrante.

Y contrayéndonos á la cuestión eleccionaria, decirnos que, adoptando y sosteniendo la candidatura del General Herrera, somos especuladores políticos ; no es el colmo de la ridiculez y de la mala fe ? Jamás de la política hemos hecho profesión, ni creído que semejante oficio proporcione bienestar en este país, ni sea carrera para nadie. Y siendo un hecho que ahora tres meses el General Obando era el único que sonaba en el país en la polémica eleccionaria, estando apoyada su candidatura por el Gobierno, por las Democráticas, por el Ejército, y siendo su elección entonces un hecho casi cumplido ; no hubiera sido más cómodo para nosotros, si es que especulamos con empleos, escribir un poco de prosa en su favor, pues escritores no han sobrado que lo defiendan, y luego que estuviese tendida la mesa presentarnos á tomar asiento ? Precisamente si hay alguna lucha que manifieste valor y desprendimiento es la que ha emprendido "El Liberal." Si hemos defendido al General López y elogiado al doctor Murillo, es por la firme resolución que hemos tenido de no aceptar ni exigir de ellos cosa alguna : si hacemos justicia al mérito del General Herrera, y lo adoptamos por candidato, es porque nada esperamos ni aceptaríamos de él. Y no servimos para hacer carrera política, precisamente porque tenemos independencia : para medrar en este oficio en nuestro país, no hay nada más conveniente que no tener carácter.

Si entre nosotros hubiese alguna sobriedad en materia de aspiraciones personales, y no hiciese casi todo el mundo de la política un campo de especulación y de intrigas, se vería un poco de más dignidad en la polémica periodística, se tratarían con más elevación las cuestiones públicas.

No acabaremos este artículo, el último en que trataremos la cuestión eleccionaria, sin manifestar todo nuestro pensamiento en la materia. Bien sabemos que nuestro nombre no tiene ninguna significación política, para que pretendamos arrojarlo como de algún peso en la balanza eleccionaria ; pero puesto que se habla contra los caracteres ambiguos, y que los defensores de la causa que se dice triunfante se apresuran á

dar á luz su nombre, nosotros, sostenedores del partido que denominan vencido, y amigos como el que más de tener una posición clara y definida, en nuestra calidad de periodistas, nos creemos en el derecho de publicar el nuestro.

Á decidirnos por la candidatura Herrera no nos estimula ninguna antipatía personal contra el General Obando. Creemos que el país fuertemente sacudido por innovaciones necesarias, que han herido muchos intereses, y exacerbado hasta lo sumo los partidos, necesita una Administración imparcial, tolerante y justiciera, que no tenga cuentas de odio que saldar, ni pretensiones exageradas que satisfacer. Creemos de alta conveniencia nacional una Administración que, no siendo fuertemente combatida por los partidos, pueda dedicarse á calmar los ánimos, restaurar el Tesoro público agotado, y promover con sosiego y cordura el adelanto de los intereses materiales: para lo cual no se necesita sino inspirar confianza, respetar la propiedad y dejar que, á la sombra de las garantías y la paz, se desarrollen la industria y la vitalidad del país. Hasta ahora la posición violenta en que se han encontrado todas las Administraciones que han gobernado la República, ha sido causa de que no dediquen sus atenciones y energía sino al cuidado de su propia conservación: cuidándose poco de los intereses del país ante la suprema necesidad de la lucha y del triunfo: intrigando y corrompiendo en las elecciones, para no sucumbir en las contiendas parlamentarias, y apoyándose en elementos hostiles á la República, unas en los jesuitas, otras en las bayonetas. El General Herrera, no teniendo ardientes y numerosos adversarios, no necesita para gobernar apoyos de tan mala ley. Sedúcenos sobre todo en él, que es más bien hombre civil que militar, y que ha vestido más tiempo la casaca negra que las vueltas coloradas. Pues jamás nos cansaremos de repetirlo: el poder militar es el mayor enemigo que tiene la libertad, no solamente en las Repúblicas de Sur-América sino también en el viejo continente. La República, tan difícilmente elaborada en Francia por los periodistas y los filósofos, ha sucumbido á sablazos el día que á un déspota se le antojó arrojar contra ella á sus genizaros. La tendencia lamentable á desarrollar el poder militar que ha manifestado esta Administración al fin de su período, y que naturalmente tomaría más vuelo en la del General Obando, asustan nuestra susceptibilidad republicana. Quiera Dios que no llegue el

día, en que esos señores militares entreguen la República al que les ofrezca más sueldos y bordados, así como las guardias pretorianas el imperio romano al que les ofreció más dinero.

Nosotros no abrigamos odio contra los hombres ni contra los partidos, y rechazamos por consiguiente el pensamiento tan en boga entre los obandistas “de que el que no está conmigo, está contra mí.” Este principio, como dogma político, tiende á la intolerancia y conduce al despotismo. En él se apoyaban en Roma las proscripciones de Mario y Sila; con él Richelieu despotizó la Francia; y tomándolo por norma de conducta don Manuel Rosas, ese Maquiavelo de la barbarie, asoló las hermosas comarcas del Río de la Plata.

Por lo demás, llamarnos á los que estamos por Herrera retrógrados y tráfugas del partido liberal, nos parece una ocurrencia tan peregrina, un descaro tan singular, que no podemos contestar sino con risa. No hay inconsecuencia en nuestra conducta, porque ningunos comprometimientos nos ligan con el General Obando y su candidatura: y no creemos tampoco acción tachable rechazar á un hombre para un puesto público, aunque en otra ocasión se le hubiese aceptado, si así lo demandan los intereses nacionales. Nosotros creemos que sólo debe guardarse siempre lealtad á los principios, idolatría constante á la libertad y amor eterno á la justicia.

(De EL LIBERAL, número 12, de 7 de Julio de 1852.)

POBRE Y RICO

Estas dos palabras despiertan más ideas que un libro de filosofía: ellas son el tema obligado de las meditaciones del hombre pensador, llenan las páginas de la historia desde la primera hasta la última, y simbolizan todas las agitaciones de la humanidad. Pronunciad la una, y al momento los ilotas

cazados como fieras en Esparta, los parias de la India, los siervos de la edad media y los proletarios, siervos también en nuestro siglo XIX; todas esas generaciones oprimidas, humilladas, andrajosas, hambrientas, desfilarán ante vuestros ojos, como los espectros que se ven en una pesadilla. Pronunciad la otra, y entonces, como apariciones evocadas por la vara de un mago, veréis altivos y ufanos á los señores de la tierra, bajo los nombres de Reyes, Príncipes, Papas, Sacerdotes, y Banqueros, sobre tronos de oro y de diamantes, en medio de banquetes suntuosos, habitando palacios encantados, acariciando mujeres maravillosas; veréis el festín completo de la vida.

Pobre y rico: he aquí los únicos calificativos sociales que tienen significación en nuestros tiempos; el oro, como una esponja monstruo, ha borrado los blasones. Los que antes se denominaban nobles y plebeyos, siervos y señores, se llaman hoy simplemente *pobres y ricos*. La actividad absorbente de los mercaderes ha despojado á las viejas razas conquistadoras y holgazanas de sus castillos y de sus tierras, y por consiguiente de su poder é influencia, no dejándoles otro patrimonio que estériles pergaminos y orgullosos recuerdos. ¿Qué le vale á un príncipe alemán sin rentas, el tener en sus venas algunas gotas de sangre de Carlomagno, ó á un noble italiano mendigo el contar entre sus abuelos á los Morosini ó á los Doria? Las leyes y las constituciones no fijan la condición social del hombre; ésta la determinan las costumbres y las pasiones reinantes. Tengamos pues la franqueza de confesar que en los pueblos modernos, bien se llamen monarquías ó repúblicas, la riqueza es patricia; al paso que á la pobreza no la han podido ensalzar, ni el Evangelio que le extendió cartas de nobleza, ni Jesucristo que murió por redimirla.

Á la pasión del oro, como único móvil de las acciones, como principio y fin de la actividad humana en nuestro tiempo, se deben indudablemente los descubrimientos científicos, la rapidez de las comunicaciones y todo ese cúmulo de maravillas artísticas, de comodidades y de placeres, que forman la ufanía y el orgullo del siglo XIX; pero también ese amor desenfrenado, universal, ha bastardéado las pasiones nobles, debilitado los sentimientos enérgicos, disminuído los grandes caracteres, y hecho groseras y materiales las aspiraciones del hombre.

El sentimiento religioso exaltado que ha producido tantos

héroes y mártires, que ha inspirado al arquitecto, al poeta y al pintor tantas obras inmortales, y mantenido en agitación á los pueblos en los siglos precedentes, se ha debilitado también, casi extinguido al contacto frío de los intereses materiales representados por el oro. Para comprender la energía de las pasiones religiosas de otros tiempos, recuérdense las cruzadas. En las cruzadas, tan ridiculizadas por la filosofía moderna, vemos nosotros, al través de los siglos, una locura magnánima. ¿Cómo no admirar el sentimiento enérgico, la fe poderosa y profunda que hizo á la *Europa precipitarse sobre el Asia*, á los Reyes dejar sus tronos, á los señores sus castillos, al pueblo su hogar, para ir á hacer triunfar una idea desinteresada, imaterial en comarcas desconocidas y lejanas?

Nótese que el oro que da poder y grandeza á las naciones modernas, debilitaba y destruía las naciones antiguas. Los pueblos conquistadores fueron pobres: Esparta, cuando sólo tenía la moneda de hierro de Licurgo, dominó á la Confederación Griega; Macedonia sin plata conquistó el Oriente; Roma, cuando era una nación de proletarios, se apoderó del mundo. Hoy día no se puede conquistar una sola provincia sin el *visto bueno* de los banqueros. Al primer guerrero de nuestros tiempos lo tumbaron los ingleses con sus libras esterlinas. Y no es menos extraño ver que esas lejanas y misteriosas comarcas de la India, á donde no pudieron penetrar las armas invasoras de los romanos, y de cuyos límites retrocedieron desalentadas las falanges de Alejandro, pertenezcan hoy á una compañía de negociantes y figuren como cualquiera otra mercancía en el *haber* de un libro de partida doble.

Casi todos los grandes pensadores de la edad media, después que agotaban la teología, las matemáticas, la física, la historia, todos los conocimientos humanos se refugiaban en la alquimia: desdeñaban las ciencias especulativas y se ponían tranquilamente á hacer oro. ¿Cómo explicar esa extraña manía? Sería que esos espíritus fuertes encontraban el saber inútil, la ciencia impotente, y presentían que el oro sería en lo porvenir la ciencia de las ciencias, la luz, el poder, la grandeza? ¿Sería que esos audaces buscadores de lo imposible creían ver en sus sueños ardientes que hacer oro equivalía á apoderarse del cetro de la creación, á poseer una palanca más fuerte que la de Arquímedes para remover el mundo, una escala más grande que la de Jacob para subir al cielo?

II

Sobre el tema que nos ocupa podría escribirse un libro, pero teniendo que sujetarnos á las estrechas proporciones de un artículo de periódico, nos contentaremos con insertar la siguiente carta de un antiguo condiscípulo, cuyas apreciaciones sociales, aunque algún tanto picantes y exageradas, no dejan de derramar luz sobre el asunto que tratamos.

“ Mi querido Emiro : exiges en tu última carta que te imponga de los acontecimientos que me han elevado de pobre estudiante que era, á hombre *comme il faut*, es decir á hombre de escudos, que goza del derecho incuestionable de temer el comunismo y de hablar contra los gólgotas. Voy á satisfacerte más allá de lo que esperas. Como sé que te gusta estudiar á los hombres, voy á hacerte una narración rápida y concienzuda de mi vida, en la cual encontrarás, como en la de todo el mundo, más pecados que virtudes y más tristeza que alegrías.

Soy hijo, como tú sabes, de un español que tuvo el buen sentido de hacerse patriota cuando la causa del rey empezó á ponerse de mala data en esta América libre. Mi madre, americana de nacimiento y de corazón, quedó viuda algunos años después de la independencia, y doblemente viuda sin marido y sin dinero. Á mi buena y querida madre no le quedó sobre la tierra más esperanza que Dios, ni más afecto que yo. Por medio de un trabajo personal asiduo, pasando las noches entre la costura y el bordado, así como las personas felices las pasan entre el sueño y el amor, haciendo milagros que no comprendo todavía, pudo atender á los gastos de mis primeros años de colegio. Entonces fué que en San Bartolomé nos conocimos. Recordarás que yo era un estudiante aplicado y concienzudo, cogitabundo y melancólico, con la cabeza llena de legislación y economía política, de leyes de partida y de derecho romano. Á pesar de las inquietudes que me causaba la pobreza, hay placeres tan vivos en la vida de colegio, y es tan rico de ilusión y de esperanza el corazón en la primera juventud, que yo recuerdo aquella época dichosa con el melancólico placer con que los abencerrajes desterrados recordaban á Granada. Yo me sentía con talento, y creía con la cándida fe de la juventud,

que sólo necesitaba voluntad y obstinación para conquistar la riqueza y la gloria. Acabado que hube los estudios, me puse á buscar trabajo con ardor, porque á mi madre la mataban los malos alimentos, el desabrigo y las veladas. Primer desencanto. Bien sea que en nuestras ciudades haya más profesores que litigantes, ó que me faltasen recursos para relacionarme con los abogados de moda, no encontraba trabajo, y con toda mi ciencia no podía llevarle un óbolo á mi madre. Además, mi cabeza alimentada con la lectura de la antigüedad, de los ardientes litigios en las ciudades griegas, y de las grandes luchas del foro romano, donde se pleiteaba á la vista del pueblo, á la luz del sol, sin embrollos, sin papel sellado; mi cabeza, digo, sentía repugnancia invencible á rebajarse á nuestras maniobras subterráneas de escribanía, en que las sorpresas, la intriga, el soborno y la chicana componen la ciencia del legista, y valen mil veces más que la rectitud, la elocuencia y el talento. Me propusieron algunas malas causas que rechacé con indignación. Es muy raro que la juventud transija con el crimen: los años son los que hacen flexible la conciencia. El diablo no creo que sea tan malo por ser diablo cuanto por ser tan viejo. Teniendo parientes acomodados y entre ellos un rico comerciante, le supliqué me empleara en su escritorio y pusiera cualquier precio á mi trabajo: respondiéndome que yo era demasiado literato para llevar cuentas, ó lo que es lo mismo, que el talento es un diploma de incapacidad. Los hombres entienden la fraternidad un poco á la manera de Caín.

Mi buena madre expiró en aquellos días. La miseria no mata en América tan rápidamente como en Europa: mata en uno, dos ó tres años: el efecto es el mismo, la cuestión es de tiempo. El verme sin carrera, sin amigos, sin placeres, sin porvenir, contribuyó á su fin. Yo mismo tuve que acompañar su féretro al cementerio para que no fuese solo. Los parientes y conocidos de mi madre, que la abandonaron durante su vida, tampoco se acordaron de ella después de muerta: si no tenían corazón, al menos tenían lógica. Esta pérdida fué un golpe terrible para mí: yo no había tenido otra amiga sobre la tierra, y si mi corazón no se había helado se lo debía al contacto vivificante de aquel amor infinito. Me hubiera aislado de la sociedad con mi pesar y mis recuerdos; pero las exigencias inexorables de la vida material quitan á los dolores del pobre hasta el poético recurso de la soledad y del silencio. No

había remedio: era preciso vivir, y para ello enjugar á toda prisa mis lágrimas, y salir á la calle á buscar recursos. ¡Qué suplicio!

Como yo había estudiado política y literatura, y poseía una imaginación viva y fecunda, pretendí sacar de esto algún partido. Trabajé algunos artículos, folletines y versos que llevé á las imprentas, exigiendo por ellos un precio módico. Á esto me respondieron que, gracias á que esas producciones estaban bien escritas, me las publicarían en los periódicos sin llevarme nada. Medrados estamos, dije para mí, prorrumpiendo en una risa interminable, homérica: el talento y las ciencias son cosa admirable para morir de hambre en esta república modelo.

Para mayor tormento, yo tenía superabundancia de vida, necesidad de expansión y de placeres, y mi fantasía lozana y vagamunda soñaba bellos y nobles amores. Cualquiera zote bien vestido me causaba envidia, pues me parecía el colmo de la dicha (miserias humanas) poseer reloj, levita á la moda y botas charoladas; pasaporte obligado para penetrar en los salones alfombrados, donde habitaban vestidas de seda, reclinadas sobre muebles de rosa, las aristocráticas bellezas de mis sueños. Fuera de algunas comidas sustanciales que me daba á crédito François, que es la providencia de los cachacos sibaritas y pobres, mis alimentos eran de un ascetismo irreprochable, al paso que yo sentía á veces los apetitos desordenados de Lúculo. Esta lucha incesante, fatigosa, devoradora entre los deseos del hombre y su impotencia, debe ser para Satanás un regocijo eterno. Mi capote roto y mis botas descosidas pregonaban mi pobreza por todas partes. Mis parientes me desdeñaban, las mujeres no se daban por notificadas de que yo existiera, los hombres se apartaban de mí como si llevara lepra contagiosa, las cocineras me echaban basura á la cara, los perros me ladraban con preferencia.

Careciendo de los consuelos de la familia, del cariño de un amigo ó del amor de una mujer para sostenerme en esa lucha oscura y triste con la miseria, medité mucho en el suicidio como en un remedio soberano. Detúvome, no la falta de valor, sino la consideración de que el suicidio motivado por la pobreza es cosa, además de absurda, excesivamente vulgar. Los antiguos, cuyas costumbres no carecían por cierto de nobleza y desinterés, se mataban por no sobrevivir á una

persona querida, por la pérdida de una batalla de que dependiera la suerte de un pueblo ó por escapar á las cadenas de un tirano; siempre por motivos dignos ó graves, jamás por ser pobres. El suicidio, por falta de dinero y de goces, es una vulgaridad de nuestros tiempos, invención del materialismo moderno. Verdad es que la pobreza no aparejaba entonces la impopularidad de que disfruta en nuestro siglo: ya no tiene admiradores ni fanáticos: si Diógenes viviera hoy no se le llamaría como en la antigüedad, filósofo, sino insensato.

Yo envidiaba la vida vegetativa de las plantas, que no tienen que humillarse á mendigar sustento, pues la munificencia de Dios les envía todos los días los calores del sol, la savia de la tierra, el rocío de la noche, las brisas de la aurora. Y, no queriendo fatigarte más con esta dolorosa elegía, te haré gracia de muchas amarguras, tristezas y humillaciones que cayeron sobre los mejores años de mi juventud; años fríos y nublados, en que viví como esos habitantes de las zonas polares, para los cuales no florecen las plantas, ni calientan los rayos del sol.

Un día, á uno de mis parientes ricos que estaba enamorado, se le antojó regalar á su querida con una carta en verso: como él no era muy fuerte en achaque de consonantes, ocurrió donde mí para que lo sacara del apuro. Yo le zureí una epístola tan llena de exclamaciones, puntos suspensivos, piropos y sandeces que el buen hombre quedó encantado. En su alborozo me regaló una onza de oro. No recuerdo por qué circunstancia entré esa noche en una casa de juego, donde se tallaba monte en grande. Á la vista de aquellos cerros de plata, un vértigo se apoderó de mí: el juego es el último recurso de la suprema desesperación ó del supremo fastidio. Habiendo implorado á los hombres y á la Providencia en vano, quise interrogar resueltamente el destino: toda mi onza la apunté á un rey. Don Juan de Marana jugando su querida á los dados, apenas tendría los nervios tan agitados como yo. Mi carta salió: los reyes suelen servir para algo. Continué jugando atrevidamente y con éxito feliz, y al cabo de algunos días dejé definitivamente el juego con un mediano capital. Compré caballo, reloj y donde Rodríguez me vestí á la moda. Apenas mis finanzas tomaron buen aspecto, la fraternidad humana comenzó para mí. Me convidaron á paseos, á tertu-

lias y á las pocas semanas tuve amigos á pedir de boca. Se me creyó un hombre nuevo; algunos me preguntaron si era inglés. Cumplía entonces treinta años, y á esta edad todo hombre, á menos de ser idiota, debe comprender y juzgar definitivamente la vida, la sociedad, los hombres. Mi alma se replegó sobre sí misma, y las tristes claridades de la experiencia desvanecieron el velo que me ocultaba el mundo social. Comprendí que las consideraciones no se conquistan sino que se compran, y que la cuestión de pobre ó rico es precisamente la sombría cuestión de Shakespeare, *de ser ó de no ser*. Me persuadí, perdóname la herejía, de que entre nosotros el dinero reina solo, pues al menos en Europa tiene por rivales el talento y la gloria, que dan honra y posición; al paso que en nuestro país el talento tiene por recompensa la miseria, y la gloria el olvido. Comprendiendo que las letras, excepto las de cambio, conducen en derechura al hospital, reuní mis artículos, mis versos, todos los trabajos de mi juventud solitaria y estudiosa, é hice con ellos lo que la juiciosa sobrina de Don Quijote con los libros de caballería. Queriendo adoptar una profesión lucrativa observé que, en nuestras ciudades llamadas mercantiles, las industrias que crían valores, los negocios de mutuas conveniencias en que todos ganan, no existen; ellas son un palenque, en que los diestros se ocupan en la evangélica tarea de despojar á los necios, donde los pocos que tienen dinero explotan las dificultades, las angustias de los que no lo tienen; donde la usura egoísta, exagerada, implacable, la usura que no corre contingencias, no piensa, no trabaja, pero gana siempre, es la única industria popular, la sola especulación fructuosa. Antes de dar el primer paso en esas operaciones innobles, me detuve como César antes de pasar el Rubicón; pero al fin mis buenos instintos sucumbieron, y sin compasión ni escrúpulos de ninguna clase, abrí una de esas pequeñas oficinas de agio á las cuales no ha habido todavía quien tenga la franqueza de poner por rótulo en la puerta: *Aquí se explotan las miserias del prójimo*. Compré sueldos civiles y militares por la mitad de su valor, pensiones por la tercera parte, atrapé alhajas y prendas de oro y plata casi sin costarme nada, y me entregué á esa multitud de piraterías legales, con las cuales se consigue rápidamente un capital. Acumulado que hube algunos fondos, hice pingües negocios con el Go-

bierno; pues, por esa falta de lógica que hay en nuestras cosas, el Gobierno que debía representar los recursos nacionales, así como representa la fuerza, ha sido siempre el acuitado más explotable del país. Desde entonces he andado con paso firme en el camino de la fortuna, y cuando algunos acuitados llorosos se me han acercado implorando mi generosidad y mi bolsa, les he dicho como Breno: ¡ay de los vencidos!

Aunque los medios por los cuales me he hecho rico no son muy edificantes, la sociedad me aprieta las manos con efusión y todas las puertas del mundo se me abren de par en par. De la opinión pública yo me río, pues en estos países, cuyas costumbres no tienen dignidad, la opinión es como las leyes, fuerte sólo para el débil. La riqueza de cualquier modo que se adquiera, es la absolución de todos los pecados.

En mi agitada vida de cazador de escudos, el egoísmo se me ha entrado por todos los poros: la lógica disolvente del interés ha matado una por una todas las creencias generosas de mi juventud; mi corazón, como Mario en otro tiempo, descansa sobre ruinas. Pero hoy puedo tornar pálido á un hombre sanguíneo con una simple boleta de cobranza, y me veo en la calle detenido y festejado por los mismos que pasan de largo sin saludar á la virtud ó al genio. Como muchos de mis cofrades en finanzas, he llegado á no tener convicciones políticas de ninguna clase, y me es indiferente el gobierno de Nicolás ó el del pueblo, con tal que haya sosiego y no corran percances los negocios. He acumulado elementos de goce, pero no tengo lugar para gozar: los negocios no me dan punto de reposo, y la riqueza me posee en lugar de poseerla yo. Duermo poco pensando en lo que los demás tienen, que siempre me parece demasiado, y en lo que yo poseo, que jamás me parece bastante. Tengo admiradores de cuerpo presente, que se reservan el derecho de contarle á todo el mundo en secreto que soy un tal por cual, y cuento con amigos fieles mientras no haga bancarrota. He querido refugiarme en el sosiego de la vida de familia, y buscar el poético encanto de un amor sincero; pero, á fuerza de rozarme con los hombres, y de encontrar el interés en el fondo de todos los sentimientos, he venido á parar en un escepticismo feroz, y figuro que las mujeres no se prendan de mi persona sino de mi plata.

Ya ves que, si en mi vida de pobre encontré espinas, no es todo flores en mi vida de rico. Impaciente por hacer capital, figuraba que la riqueza era la dicha completa. Error; en este mundo, no hay sinó una cosa completa, la desgracia.

Siempre tu amigo, HORACIO."

Este artículo no se ha escrito por tener el estéril placer de lanzar invectivas contra los ricos. No: la riqueza es una fuerza legítima, una superioridad incuestionable cuando es el resultado de esfuerzos honrosos, del trabajo, de la inteligencia, del valor; pero esos hombres que, al abrigo de lo relajado de la opinión, se ostentan todos los días insolentes en nuestras ciudades, con grandes capitales adquiridos por medios cínicos, por manejos reprobados, no merecen enteramente las consideraciones del escritor público.

Medellín, 2 de Marzo de 1855.

(De EL TIEMPO, número 15, de 10 de Abril de 1855.)



COSTUMBRES PARROQUIALES EN ANTIOQUIA

MI COMPADRE FACUNDO

Según pública voz y fama, mi compadre tiene cincuenta mil pesos mal contados, y por consiguiente es lo que se llama un *gamonal*, la figura conspicua de la parroquia. Es un tanto cuanto miserable, tiene sus puntas y collar de intrigante, y es un si es no es usurero; por lo demás, no tiene defecto notable.

Su padre, un chapetón de los de ciento en carga, fanático é ignorante que era un contento, no le enseñó otra cosa que á temer al Rey, á Dios y al Diablo; á leer, aunque no de corrido,

y regularmente las cuatro reglas de aritmética. Gastó su escaso patrimonio en educar á su hijo mayor, que cursaba en Popayán ciencias eclesiásticas, llamado á ser la esperanza y lumbrera de la familia. Nuestro bravo chapetón murió casi en la miseria, y mi compadre no heredó, según me ha dicho, sino un machete momposino y un macho-corsario. Pero Facundo tenía entonces veinte años, buenos puños, excelente salud y confianza en su estrella, ó como decimos hoy, fe en el porvenir. Con algunos ahorrillos que tenía, pues el niño era de suyo guardoso, cargó su macho con una pequeña ancheta de víveres, terció á la cintura su buen machete, y tomó alegre y ufano la derrota de los pueblos de abajo, del país del oro y de la fortuna. Comprando aquí, vendiendo allá, reduciendo á oro sus pequeños beneficios, que vendía con provecho á los comerciantes de Medellín, economizando á más no poder, pudo comprar una recua de mulas, darle más extensión á sus rescates, y allegar algún capital después de seis años cumplidos de trabajo. De sus correrías en aquellas comarcas mineras, donde las costumbres son más sueltas, la gente más alegre y desenfadada que en lo interior de nuestras montañas, datan los únicos recuerdos picarescos y las aventuras *non sanctas*, que de su juventud refiere mi compadre. Casi todas consisten en guapezas, pues él tiene grandes pretensiones á jayán. Algunas veces, cuando me encuentro en su casa á la oración, después que toma lo que él llama su *jíquera de cacao*, y prende un cigarro, recostado en el corredor sobre una silla; si los tiempos son buenos para él, y le han pagado sus premios con puntualidad, y sus cosechas han sido abundantes, y sus marranos se han vendido con reputación en la feria semanal de Medellín, suele ponerse decididor y contarme sus hazañas en la tierra de abajo, siempre las mismas, de cuya veracidad absolutamente no respondo.

Una vez, en un baile en Zaragoza, le embistieron en gavilla siete negros, grandes como una iglesia, y con el momposino de marras mató á tres y puso en fuga á los restantes maltrechos y mohinos. En otra ocasión, un Alcalde le tomó tema porque ambos cortejaban una mulata muy jaque: motivo por el cual lo atacó una noche con doce alguaciles; él se atrincheró en un zarzo, vibró un garrote, y tanto al Alcalde como á los alguaciles “se los mamó en cánones.” Con tigres que, á fuer de comunistas, le asaltaban sus mulas, tuvo sin número de escara-

muzas, de las que salió siempre vencedor. Pero al fin le sucedió real y verdaderamente una aventura, de aquellas que hacían á Sancho renegar de la caballería andante. Unos malhechores lo molieron á palos, y le robaron el fruto de muchos años de trabajo, con el cual, en libras de oro, volvía para su tierra : nada le dejaron : quedó limpio como bolsillo de poeta español ó de literato granadino. Pero á nuestro buscador de plata, que era duro de mollera, no hubo de acobardarlo aquel percance. Poseía esa voluntad obstinada, con la cual el hombre casi siempre llega á donde va. Careciendo de capital para seguir su antiguo oficio de rescatante, á pesar de sus pretensiones nobiliarias, pues según dice es más blanco que el diablo, se alquiló en una mina como jornalero, y por meses y años estuvo con la barra trabajando de sol á sol. Es muy común entre los nobles de la antigua Antioquia echar á un lado la negra honrilla cuando se ven apurados por la suerte, y entregarse á labores materiales ; pareciéndoles más digno y honroso trabajar, aun en los oficios más vulgares, que imitar á los blancos de otras partes que, cuando no pueden ser negociantes ó empresarios de industria, se agrupan en las poblaciones á vivir de petardos ó de empleos.

Y ya que estoy discurriendo sobre el carácter de los antioqueños observaré, que éstos no tienen pasiones á medias : por lo regular sus aficiones son impetuosas, sus sentimientos enérgicos. De aquí resulta que los que toman buen camino, los que se proponen un objeto laudable, como mi compadre, á despecho de todos los obstáculos van muy lejos. Pero también, cuando alguno se echa á rodar por la mala pendiente de los vicios, no se detiene hasta llegar al abismo. Si alguien coge los dados en la mano, no se anda por las ramas : en una noche juega todo su capital, agota su crédito, el de sus amigos, y vendería hasta su alma para seguir jugando si hubiera quien la comprase. Al que le da por el culto de Baco abandona á sus hijos, descuida sus negocios, echa á un lado respetos sociales, y se mete en una taberna hasta que su familia lo recoge tembloroso, demente, moribundo. Entre los que se dedican á la *plutocracia*, á la avaricia (culto muy popular) hay algunos que perfeccionan la ciencia hasta el punto de convertir al Harpagón de Molière, al israelita de Balzac en tipos pálidos, derrochadores y pródigos.

Esta energía y entereza de carácter para marchar en la

senda del bien ó del mal, peculiar á la raza antioqueña, no la apunto aquí como un defecto; paréceme, al contrario, una gran cualidad. Los pueblos de sentimientos flojos y enervados tienen siempre en perspectiva la esclavitud ó la miseria. Dése al pueblo antioqueño buena educación, trabájese por reformar sus costumbres, en el sentido de darles más suavidad y cultura; procúrese para la industria un desarrollo más fraternal, menos egoísta, que ofrezca á todos colocación y porvenir, y entonces la energía de carácter, en vez de producir esos tipos corrompidos y monstruosos, servirá como una máquina de alta presión para empujar estos pueblos hacia grandes y poderosos destinos.

Y volviendo á mi compadre, que dejé con la barra en la mano ganando su jornal, añadiré que, después de dos años de privaciones y de trabajar como negro, dejó aquel oficio y se metió á sepulturero, es decir, á buscar oro en sepulcros de indios. Como no le ligase en aquello, como se dice por acá, compró un terreno selvoso en un valle caliente, asió de una hacha y se puso á derribar monte con el valor de un titán. Cosechando maíz, plátano y engordando marranos que vendía en los minerales vecinos, reunió algunos miles de pesos al cabo de mucho tiempo. Como se viese ya con un mediano capital, retiróse á la parroquia que hoy habita, donde abrió tienda de comercio. El sentido práctico de los negocios, y el espíritu de movilidad son también en los antioqueños rasgos distintivos. Ninguno se adhiere al lugar en que nace si allí no prospera, ni á la profesión en que se crió si ésta no le ofrece rápidas ventajas. Un individuo es alternativamente agricultor, comerciante, minero: poblaciones enteras andan vagando de Norte á Sur y de Sur á Norte, en busca de tierras más fértiles y de minas más ricas. Y esta inquietud y movilidad no hay que atribuir las á novelería ó inconstancia, sino al deseo febril de mejorar de condición, de adquirir independencia y capital: con tal de llegar á estos resultados, son indiferentes al antioqueño toda especie de climas, lugares y profesiones; habiendo, como dice Tocqueville de los americanos del Norte, una especie de heroísmo en su ansia de ganar.

En el comercio le sopló bien á mi compadre: negociante de la escuela positiva de nuestros mayores, que sólo compraban al contado ó á crédito pequeñas cantidades, jamás se vió de-

vorado por la usura, como nuestros negociantes modernos, que usan y abusan del crédito de una manera insensata. Empleó sus beneficios, lentos pero seguros, en tierras al rededor del lugar, las cuales no le costaron casi nada, pues comenzó adquiriendo una pequeña propiedad, y después desalojó á los vecinos enredándolos en tratos, y arruinándolos con dineros á subido interés. El *gamonal* de pueblo cuando cae en un punto se extiende como una verdolaga. Como propietario territorial y banquero de los vecinos necesitados, sus influencias y connotaciones en el lugar se han extendido de una manera prodigiosa. Ligado íntimamente con el cura de la parroquia, ha formado con él esa temible liga del poder espiritual y del poder temporal, del Papa con el Emperador, á la cual no hay quien resista. El más fuerte tinterillo del lugar, queriendo casarse con la hija mayor de mi compadre, está enteramente á sus órdenes. César, Pompeyo y Craso no tenían más influencia en Roma, que este rústico triunvirato en su parroquia. El tinterillo dirige al Alcalde, la gruesa voz de mi compadre domina en el Cabildo, y el cura gobierna las conciencias. Toda elección se hace á su sabor: nada se lleva al cabo sin el *fiat* de estos caballeros. Contra esta trinca, organizada poco más ó menos en los demás pueblos de la República, se estrellan las predicaciones de la prensa, y los esfuerzos generosos que hacen algunos jóvenes ilustrados, por hacer calar la idea democrática hasta las últimas capas sociales. Uno que otro periódico, que suele llegar á la parroquia, cae en manos del gamonal ó del cura, y cuando se dignan comunicar á los vecinos, que regularmente no saben leer, lo que contiene, es teñido con falsos y apasionados colores. Si trae algún proyecto de libertad que no le gusta al cura, lo que no es raro, pues los curas jamás le han tenido á estas cosas muchísima afición, al momento grita nuestro presbítero: ¡herejía! Si el cuitado periódico habla en favor de algún impuesto que consulte la igualdad, la contribución directa, por ejemplo, entonces el gamonal vocea: ¡comunismo! Con la primera de estas palabras intimidan la conciencia del ignorante vecindario; con la segunda asustan los bolsillos. Y por ende resulta que la República, que no se la encuentra sino en la Constitución, en algunas leyes y en algunas cabezas; la República, que no puede penetrar en el distrito, ni calar en las masas, ni adherirse á la tierra, es un árbol hermoso sin raíces, un diamante montado al aire.

II

Por el rápido bosquejo que antecede, conocerá el benévolo lector cómo se hacen la mayor parte de esas riquezas parroquiales que abundan en Antioquia; las cuales no se adquieren pisando alfombras, ni viviendo entre algodones, sino con la barra en las minas, con el hacha en los montes, lentamente, amontonando cuartillo sobre cuartillo, evitando todo gasto, suprimiendo todo goce. De aquí viene que esos hombres, admirables de pobres por la entereza y el valor con que buscan la riqueza, una vez conseguida ésta no saben qué hacer con su plata, desconocen toda usanza de buen gusto, y siguen con la sórdida economía que en tiempos de pobreza y angustia acostumbraran.

Una vez conocida la posición política y financiera de mi compadre, el lector me acompañará á su casa para estudiarlo en la vida doméstica; si no es que ya está aburrido con el presente estudio, el cual no se presta, si ha de respetarse la verdad, á cuadros dramáticos, ni á pinturas brillantes, siendo las costumbres parroquiales de suyo dormilonas y prosaicas.

Por supuesto que mi compadre es casado. ¿Quién no se casa en Antioquia? Si el matrimonio, como dicen algunos, es acto de moralidad, aquí estamos todos en camino de salvación, y si es tontería, como dicen otros, ¿quién no es tonto por acá? En esta provincia todo el mundo se casa: unos por amor, otros por cálculo y la mayor parte por aburrimiento, pues no encontrando el hombre placeres ni vida social de ninguna clase, de grado ó por fuerza tiene que refugiarse en la vida de familia. Y como todos los hombres se casan, resulta que todas las mujeres se casan también: por manera que á las feas no se les espera aquí, como en otras partes, la ortodoxa pero fastidiosa tarea de vestir santos, sino otra más mundana pero más divertida, la de vestir muchachos.

Según pública voz y fama, mi comadre Fulgencia no tuvo quince. Sus pies son grandes y desparramados, debido esto, por una parte, á la vulgarísima costumbre que predomina en las parroquias, aun en las familias ricas, de andar las mujeres

descalzas, y por otra, á que los españoles no pudieron naturalizar en esta provincia el breve y pulido pie andaluz. Las pecas y después las viruelas formaron en su cara un mosaico que rechaza toda tentación. Pero mi compadre no la tomó por bonita sino por hacendosa, y considerada bajo este aspecto, ella vale un Perú. Él dice que su mujer hace una arepa como la más pintada, lava y aplancha á las mil maravillas; no deja perder un huevo, ni un grano de maíz; sabe la cantidad exacta de frisoles que come un peón, y precisamente las *tablas* de chocolate que produce un millar de cacao.

La casa de mi compadre, situada en el extremo del lugar, es al mismo tiempo casa de campo. Da por el frente á una de las calles y por el interior se entra á la hacienda. Esta casa es grande, sólida, pero á su construcción no ha presidido ninguna idea de comodidad ni de elegancia. Compónese de tres ó cuatro grandes piezas, sin independencia unas de otras, por manera que el día que viene un huésped hay que ponerle cama en la sala. No hay que buscar en ella ni papel en las paredes, ni espejos en la sala, ni un canapé blando, ni un mueble cómodo, ni adorno gracioso de ninguna clase. En la sala se encuentra por todo asiento algunas tarimas, en las cuales se han sentado tres generaciones. En la alcoba se ven camas ordinarias sin colgaduras, las susodichas tarimas por asiento, un enorme escaparate y en las paredes algunos santos grotescos desteñidos por el polvo ó mordidos por las cucarachas. Aquellas casas tan dismanteladas inspiran tristeza, pero armonizan perfectamente con las costumbres puritanas, frías, silenciosas y monótonas de la familia parroquial antioqueña. Aquella desnudez en las paredes, aquella uniformidad en las costumbres, aquella ausencia de toda variedad y de todo placer, da á la vida que allí se lleva una vaga semejanza con la de los claustros. Al entrar en una de esas casas piensa uno involuntariamente en la otra vida.

Trabajar mucho de día y rezar mucho de noche es la vida de la familia. El destino de las mujeres en esas casas no tiene nada de poético. Ellas desgranar el maíz, cuidan los marraños, aplanchan la ropa, cosen los vestidos, preparan la comida y ordeñan las vacas. Como ya no hay esclavas, y es preciso ahorrar el pago de sirvientes, porque la economía de la parroquia no da cuartel, causa grima ver á las hijas de mi compadre, guapas muchachas, con sus manos blancas y sus bellas caras

ovaladas, confeccionando en la cocina arepas, las cuales, por la costumbre de hacerlas siempre en la casa y cuatro veces al día, son el tormento de la cocina antioqueña. Como en la familia oriental del patriarca ó del beduino, se vive allí en cierta fraternidad con los animales. Con frecuencia se ve á los terneros correteando en las alcobas, al burro paseándose majestuosamente por la sala y á las gallinas cacareando sobre el lecho conyugal. Todos especulan en la casa y cada uno pesca para su canasto. El patrón especula en todo; la señora engorda marranos con los desperdicios, y tiene en la calle compañías á cuenta y mitad con pulperas y revendedoras; las niñas, en sus ratos perdidos, hacen cigarros para vender, ó cosen camisas á los *agregados* ó arrendatarios: los beneficios de estos pequeños negocios van á parar en una alcancía.

La gastronomía en casa de mi compadre, como en toda la provincia, es ciencia poco cultivada: por lo general en Antioquia no se come como en otras partes para gozar, sino pura y simplemente para vivir. Los vegetales en la comida son la base fundamental; la carne ocupa un lugar secundario, y volatería se ve en la mesa por muerte de un obispo. El matar una gallina es acontecimiento que se discute con cuatro días de anticipación, y cuando á este grave despilfarro se resuelven, escogen para víctima, no la más joven y robusta, sino la que ya está jubilada por su edad provecta. El azúcar se guarda en el escaparate como cosa de lujo, que no se usa sino para las bebidas de los enfermos, y el pan, llamado por acá *pan de trigo*, gástase sólo cuando hay huéspedes, ó para que el cura ú otro vecino de campanillas tome su chocolate, cuando á la oración se encuentra de visita.

Pero esta rígida economía se abandona cuando se aparece algún huésped en la casa. Por lo general los antioqueños en su tierra á nadie convidan á comer. Domina el principio egoísta, poco culto y menos social de "cada uno en su casa y Dios en la de todos." Fuera de Antioquia, en Bogotá, en Jamaica ó en Europa tórnanse obsequiosos y convidadores, porque tienen gran facilidad para adaptarse á los usos, y asimilarse las costumbres de los pueblos en que viven. Pero si en Antioquia no convidan, cuando les llega un huésped, trátanlo con afecto y cordialidad, obséquianlo á más no poder. Cuando á mi compadre se le aparece alguno de sus grandes amigos de Medellín, echa la casa por la ventana. Entonces reclútanse

para festejarlo los mejores comestibles que hay en el lugar: no queda pollo, ni gallina gorda que no perezca, y el gallo, á pesar de sus fueros de sultán, tiene que poner los pies en polvorosa para escapar de aquella atroz carnicería. En esas bodas de Camacho se presenta en columna cerrada contra la digestión del viajero un escuadrón de fritos: huevos fritos, carne frita, pollos fritos, gallinas fritas, todo frito, siguiendo las malas tradiciones de la grasosa cocina española. Figura entre los obsequios hacerle comer á uno, quiera que no, todo lo que se pone en la mesa, y por vía de cariño, lo matan de una indigestión. Aquel día campea en la comida una botella de vino de consagrar, pedida por vía de préstamo al mayordomo de fábrica, y el café molido el año anterior, entrando en servicio activo, va á dar á manos de una moza iliterata que, no alcanzándosele nada en la materia, echa á cocer el polvo, á guisa de pastilla de chocolate, y sirve después al pobre viajero sobre la comida el fermentido brevaje, en tazas de tomar mazamorra.

Para las muchachas de la familia no hay más desahogo que el domingo, y eso porque de sus ahorros pagan á una vecina, para que en su lugar desempeñe los quehaceres domésticos. Desde temprano se echan encima lo mejor que tienen en la percha, y el indómito y robusto pie es aprisionado en zapatos de cordobán, con gran trabajo eso sí, pues los zapatos por falta de uso suelen encogerse en la semana, al paso que los pies de su dueño adquieren mayores proporciones. Después van á misa y al mercado, en el cual, en *parranda* con sus amigas, compran frutas y comen hojaldres. El baile les está vedado como diversión pecaminosa, pero suele permitírseles asistir á alguna nocturna lotería. Para esas pobres criaturas, que llevan una vida tan trabajada y monótona, una lotería es casi una felicidad. Allí se encuentran los amartelados de ambos sexos: los galanes del pueblo las echan de rumbosos, librando cuando hacen *alto* á sus respectivas partes contrarias, y, entre ambo y terno, se murmuran promesas de amor, y se obtiene el anhelado *sí*. Á las diez, mal de su grado, dejan la placentera diversión y vuelven á la casa con su madre, á veces acompañadas de sus respectivos galanes, que marchan á una distancia razonable, pues eso de dar el brazo á las mujeres sería considerado en la parroquia como liviandad imperdonable.

Mi compadre algunas noches, después de rezar el inter.

minable rosario, se pone la ruana pastusa y el sombrero de alas luengas; trébase sobre unos enormes zuecos, empuña el garrote, y, mientras dan las ocho, hora obligada de acostarse, se va á *tertuliar* con los vecinos, que están en corro en alguna esquina de la plaza, sentados en el suelo fumando y platicando. Oigamos un momento á los vecinos.

—Caramba! dice uno: mi compadre mató su vaca negra, y le dió tres arrobas de sebo.

—Es que le está ligando, añade otro con cara de envidia; su *arao* parece un monte: cada mata tiene tres mazorcas.

—¡Qué mula tan *macana* le *truieron* del valle á *mano* Blas!

—Pero con mi macho rucio para una cuesta es darla dada.

—Y ¿qué habrá de nuevo afuera? pregunta el sacristán.

—Las cosas están malas, responde la cabeza más fuerte en política de la parroquia; me escriben de la Villa que los rojos están otra vez en Santafé atacando la religión, y reclutando tropas para destronar al Papa.

—¿Es cierto, pregunta otro, que le ganaron cien pesos á ño Chepe?

—Así dicen, responde un amigo suyo, y lo *pior* es que está jugando lo ajeno: á mi compadre Facundo no le ha podido pagar lo que le debe.

—Pues cómo no se ha de *fregar*, añade un rígido moralista, si la Maruca le come medio *lao*.

—Ño Chepe es todo un gallo, replica el gracioso del corro, pero ahora sí zafó el *joto* (se quebró).

—Pobrecito! exclaman todos, con hipócrita conmiseración.

Por doquiera el hombre es el mismo: en todos los países, en todas las zonas sociales, la murmuración es su ocupación favorita, y las desgracias ajenas lo ponen de humor excelente.

Á pesar de que la educación y el saber no valen dos higas para mi compadre, hubo de mandar su hijo mayor á estudiar á Bogotá, estimulado por el deseo de tener un leguleyo en la familia, pues en Antioquia predomina la maldita afición á pleitos y camorras de escribanía. Sucedió que nuestro joven llegó á Bogotá cuando los estudios estaban en anarquía, y de

moda la política. En lugar de habérselas con las leyes de partida, Gregorio López, don Juan Sala y demás poetas, se dió á frecuentar los clubs, la fonda de François, á coquetear en la calle de San Juan de Dios, y á hacer al Salto excursiones estudiantiles. Al cabo de cuatro años sabía bailar perfectamente, puntear la vihuela con primor, hacer cuartetos y cortejar muchachas. Provisto de estos graves conocimientos resolvió coronar su carrera presentándose al grado, y quedó como el te, hecho doctor por infusión. Á los pocos días de regresar á la casa paterna tuvo una conferencia con su padre, y le anunció de llano en plano que no tenía vocación para hacer escritos, ni enredar en las escribanías. Luégo se ha declarado en completa insurrección contra la sórdida economía y las costumbres tradicionales de la familia. Quiere que empapelen la casa, la adornen con algunos muebles y sobre todo que cambien las duras tarimas, inventadas para hacer penitencia, por sofás ó canapés. Pretende que se mejore la comida, se tome vino al menos los domingos, y café todos los días, que llama él la bebida del siglo. De por allá vino gólgota, y á fuer de tal quiere reformarlo todo. Exige que sus hermanas anden calzadas, constantemente vestidas de limpio, y que se paguen cocineras. Dice en alta voz que puede uno ser muy buen cristiano, trabajador y honrado y vivir con decencia; que si la plata no se gasta en proporcionarse algunos goces, y llevar vida de caballeros, maldita la cosa para que sirva. Estas verdades de á puño son para mi compadre enormes herejías. Para un acumulador antioqueño de raza pura, la palabra *goce* es hasta inmoral. Enseñado á ser en su familia tan absoluto como Nicolás, y tan infalible como el Papa, estas contradicciones lo tienen aturdido, desesperado. Mi comadre permanece neutral entre los dos partidos beligerantes, pero las muchachas se han ladeado al del hermano innovador, pues las mujeres jamás oponen obstáculo á ninguna idea de progreso, y siempre están dispuestas á aceptar todo lo que significa placer, refinamiento ó elegancia.

—Ese mozo se ha perdido en Santafé, me decía mi compadre, días pasados. Lo mandé á que aprendiera á hacer escritos, y no sabe poner “ante usted parezco y digo.” Pero ha venido con la cabeza llena de cucarachas y de grandezas. Dice que la casa está fea, como si yo no hubiera vivido

en ella treinta años sin darme un dolor de cabeza : la comida siempre le parece mala, y la sala oscura cuando de noche se enciende una sola vela. ¡Obispo tenemos! Bonito estoy yo para hacer una boda todos los días, y un velorio todas las noches! Y esas mocozueltas de sus hermanas, á su ejemplo, andan ya todas *ideáticas* pidiendo galanuras, maestros de francés y otras cabronadas. Ya no quieren hacer nada, sino amansar tarima y chirriar zapatos. Dale con la *tuntunita* de aprender. ¡Dios me guarde de mujeres sabidas! ¡Quién las mete á saber más que Fulgencia, que jamás aprendió sino los oficios de la casa, y á criar sus hijos en el santo temor de Dios?

Medellín, Julio 1.º de 1855.

(De EL TIEMPO, número 29, de 17 de Julio de 1855.)

EL CIGARRO

Uno de los enemigos gratuitos del cigarro, pues hasta el inocente cigarro tiene enemigos, se encontró conmigo en días pasados, y entre él y yo tuvo lugar el diálogo siguiente:

—Siempre usted, me dijo, con el cigarro en la boca.

—Y usted siempre con las narices en la cara, le respondí.

—Es que las narices son indispensables.

—Cáspita! y ¡quién le ha dicho que el cigarro no es también indispensable para mí?

—Fumar tabaco es un vicio.

—Alto ahí, señor don Zoilo: dígame ¡qué entiende vuesa merced por vicio?

—Un vicio es una cosa mala usada á todas horas.

¡Brava definición! Supongamos que usted es un tonto, y esto pase por una mera suposición; como la tontería no es cosa buena, y se usa á todas horas, y se lleva siempre consigo

como el sombrero, resulta que es un vicio, y los tontos unos viciosos: bienaventurados sabía yo que eran, pero no otra cosa.

—Según usted, el cigarro es un gran descubrimiento.

—Soberbio, le respondí, inmenso, trascendental. Para nosotros, superior al descubrimiento de la brújula, pues sólo navegamos en el lodo de nuestros caminos, que jamás se componen; superior al de la pólvora, que nos sirve apenas para matarnos fraternalmente; superior, en fin, al de los globos aerostáticos, pues en Nueva Granada no tenemos afición á hacer ascensión, sino más bien á descender siempre. Dios, en sus días de munificencia, envió á los franceses el espíritu y los placeres, á los ingleses el positivismo y las libras, á los italianos la poesía y la música, y á nosotros pobres diablos de granadinos, perdidos en las selvas de América como las zorras en los rastrojos, nos envió el cigarro para matar nuestros largos días sin ocupación, para distraer esta vida tan falta de emociones y placeres. ¿Cómo podríamos vivir sin el cigarro en esta libre y fastidiosa América?

—Vamos á ver, me replicó, ¿cuáles son las virtudes del cigarro?

—Escuche usted, le respondí. El uso del cigarro no es un *vicio*, como usted lo ha dicho en mala hora y peor sazón, sino una *necesidad* indispensable para nosotros los americanos, que no tenemos mejores placeres con que reemplazarlo. El cigarro es el compañero del viandante en las montañas, del sabio en su gabinete, del pobre labrador en sus tareas, del desgraciado en todas partes. El cigarro es el único sibaritismo de los pobres: como está á la altura de todos los bolsillos, es un placer democrático: tiene también su faz poética y filosófica, pues convirtiéndose en humo simboliza el fin que tienen la mayor parte de las cosas que agitan al hombre en este pequeño planeta, como lo llama el doctor Parra.

—Pero el cigarro tiene un pequeño narcótico que adormece el cerebro, y apaga la imaginación.

—Otra ventaja, le respondí. ¿Para qué diablos sirven la imaginación y el cerebro en estas tierras? Ojalá estuvieran siempre durmiendo como una marmota. Para el hombre de por acá mientras menos talento más dicha, mientras menos ideas más plata. En lugar de ser aquí como en otras partes los hombres quienes gobiernan y dominan á los animales, los animales son

los que dominan y explotan á los hombres. Los fumadores tenemos la ventaja de ver el mundo al través de una atmósfera de humo, y por consiguiente de vislumbrar las cosas y los hombres un poco como no son. Por en medio del humo de mi cigarro suele parecerme sincero el cariño de los amigos, verdadero el amor de las mujeres; creo ver patriotas donde no hay sino especuladores egoístas, los necios se me figuran hombres de talento y los pillos caballeros. Y ¿acaso no es gran ventaja ver las cosas un poco menos feas, los hombres un poco menos malos y las mujeres más amantes, menos coquetas de lo que son en realidad?

—Admirome, replicó mi interlocutor, de que al inventor del cigarro no lo hayan canonizado.

—Si yo fuera inglés, extravagante y millonario, le haría construir una estatua colosal; pero voy á presentar el proyecto en nuestro próximo Congreso, pues aunque los Congresos en Nueva Granada no tienen nada de ingleses y mucho menos de millonarios, extravagancia no les falta. Le presentaré un informe que tenga siquiera cien páginas, en el cual hablaré de Júpiter y de Saturno, de Aristóteles y de Platón, de la guerra de Troya y de la cuadratura del círculo, de la brújula y del movimiento perpetuo, de Lutero y de los santos padres: probaré que, aunque Nueva Granada no tenga un óbolo ni cristiano que se lo preste, debe echar de su lomo escama construyendo la susodicha estatua.

—De Cristóbal Colón no hablaría usted con más entusiasmo.

—Y ¿qué tenemos nosotros que ver con Cristóbal Colón? Si los ingleses que explotan nuestros mercados, y los españoles que se llevaron nuestro oro le hicieran una estatua, pase; pero á nosotros ¿qué nos importa? Admitiendo el principio de la unidad de la especie humana, de la fraternidad universal, del derecho á existencia de todas las razas, de todos los pueblos, de todas las nacionalidades; admitiendo, digo, este principio, la llegada de Colón á América no fué sino una gran calamidad, el punto de partida de crímenes sin nombre, de asesinatos sin número, de inmensas rapiñas. De esa gran carnicería salieron, como gusanos de una osamenta, estas raquílicas poblaciones sur-americanas, mezcolanza incalificable de las peores razas, de las peores costumbres y de las peores pasiones que existen en el mundo. Los españoles nos dejaron como heredamiento las tres virtudes teologales de su raza: la pereza, el fanatismo y la

anarquía. Y ¿ qué gratitud debemos á Colón porque, á consecuencia de su descubrimiento, somos lo que somos y vivimos como vivimos? ¿ Gratitud porque somos hoy en la familia de las naciones, lo que los parias en la familia de los hombres!

—Hoy sí que está de chirinola usted.

—Nada de eso; lo que tengo es humor para decir verdades. Y pienso pedir al Congreso que erija una estatua al inventor del cigarro, y además para sus descendientes pensiones sobre el Tesoro y honores.

—Pero la nación no tiene plata para esas gracias.

—Acabáramos! le respondí; y que poco se le alcanza de achaque de pensiones, de Congreso y de cosas de este país. ¿ Acaso no es lo mismo para decretar pensiones que haya sobrantes, ó un pequeño déficit de tres millones y medio? Qué importa para ciertos hombres que la nación esté en bancarrota, con tal que ellos á costa ajena las echen de rumbosos? La Nueva Granada, por medio de sus Representantes, entiende el buen tono á la manera de César, que no se creyó grande hombre hasta que no se vió debiendo cuarenta millones. Y si absolutamente falta plata giraremos contra nuestros nietos, que son una especie de casa de Rothschild para algunos de nuestros financistas modernos.

(De EL TIEMPO, número 32, de 7 de Agosto de 1855.)

LA SITUACIÓN

Todo pueblo merece su suerte. Esta tesis encierra en sí tanta verdad, tanta evidencia como una ley de física, como un problema de matemáticas. Cuando en un país cualquiera el pueblo consiente en ser esclavizado por un tirano, explotado por alguna aristocracia absorbente ó degradado por un clero ambicioso y corrompido; ese pueblo sin inteligencia, sin orgullo,

sin dignidad merece que se le esclavice, se le explote y se le degrade.

Y cuando por medio de odiosos monopolios, de contribuciones desiguales sacadas del bolsillo de los pobres, dejando casi intactas las rentas del poderoso ; cuando por medio de impuestos absurdos, anti-económicos, que embarazan la industria y paralizan la producción, se condena la multitud á la degradación y la ignorancia, consecuencias lógicas de la miseria prolongada hasta el infinito ; esa multitud que tolera esos monopolios, que paga esas contribuciones, que desconoce enteramente sus intereses ¿ acaso no merece también su suerte ?

El pueblo, es decir la mayoría de los ciudadanos, no deja subsistir dominaciones dañinas, monopolios absorbentes, contribuciones desiguales y opresivas sino por ignorancia ó cobardía. Con inteligencia y valor, no puede tolerarse ningún absurdo, prolongarse ninguna injusticia. Uníendose los muchos, jamás pueden ser dominados por los pocos.

Para que esa gran palabra República, resumen de libertad, igualdad, fraternidad y tolerancia no sea una mentira detestable, es preciso que ella consagre dos verdades fundamentales : el gobierno real y efectivo de las mayorías conseguido por medio del sufragio universal, y la igualdad del impuesto obtenido por medio de la contribución directa proporcional.

Cuando veáis un país en que el pueblo, no conociendo sus derechos, ni sus verdaderas necesidades, y careciendo de independencia y dignidad, en lugar de llevar á las urnas electorales su propia voluntad, sirve de ciego instrumento, de agente estúpido para que clérigos ambiciosos y gamonales egoístas hagan triunfar sus intereses ó sus pasiones ; en ese país, donde los ciudadanos son hombres de reata, una especie de animales que los naturalistas no han clasificado todavía, en ese país, decimos, no puede existir nada que se parezca á República.

Cuando veáis un pueblo, en que no se saca de cada ciudadano para sostener el Gobierno un contingente proporcional á sus recursos ; cuando á formar el tesoro público no contribuye casi nada la renta de los banqueros, sino el óbolo del pobre, ese pueblo se llama republicano con el mismo derecho que los reyes de Francia se apellidaban reyes de Jerusalén ; ese pueblo, en una palabra, vive bajo la obsesión de un sueño engañador, de una alucinación insensata.

Y ¿qué es lo que ha sucedido en la antigua Antioquia? Qué es lo que sucede en lo presente?

El pueblo que no lee los periódicos, ni se cura de la política, ni medita en sus verdaderos intereses se ha entregado cuerpo y alma á los gamonales de la capital y las parroquias que, interesados en no pagar contribuciones, lo han esquilnado á todo su sabor; y á clérigos de misa y olla que, desconociendo la caridad cristiana, la fraternidad evangélica, la abnegación y la tolerancia predicadas por Jesucristo, no han hecho otra cosa que fanatizarle, inspirarle pasiones rencorosas y servirse de él para fines mundanales.

Somos admiradores del dogma evangélico, sinceros amigos del verdadero ministro de Jesucristo, y por consiguiente nuestra crítica es general, pero no absoluta. Á los pocos sacerdotes que hay entre nosotros, que sólo se ocupan en consolar dolores humanos, en cumplir su elevado ministerio ejerciendo la beneficencia y predicando la virtud, la tolerancia y la fraternidad, á esos sacerdotes les profesamos el mayor respeto; pero á aquellos otros cínicos é intrigantes, que no trabajan sino en la sacrílega labor de sembrar errores en el alma de sus feligreses, de fermentar odios corrosivos en su corazón; que se meten en cuestiones políticas, haciendo del púlpito una tribuna, de la religión una palanca y del infierno un espantajo para asustar á los que no piensan como ellos, á esos fariseos los miraremos siempre con el mayor desprecio.

Tenemos, pues, que el principio electivo, fuente de los poderes públicos y de la vida política en los pueblos democráticos, ha sido viciado, desnaturalizado y corrompido por los gamonales y el clero. Estos dos poderes han ejercido siempre una presión funesta sobre las manifestaciones de la opinión pública.

Vamos ahora á echar una rápida mirada sobre nuestro sistema tributario.

En las provincias reunidas hoy bajo el antiguo nombre de Antioquia, no existen otras contribuciones que fuertes impuestos sobre la introducción de mercancías nacionales y extranjeras, un excesivo derecho sobre el tabaco y el monopolio de aguardientes. Respecto al monopolio, nada diremos, pues ya está juzgado y sentenciado por la opinión pública. De los otros impuestos no hablaremos separadamente, sino

que los analizaremos con el nombre general de contribuciones indirectas.

Al tratar rápidamente estas cuestiones renunciaremos al vocabulario económico y, olvidando lo que hemos leído sobre la materia, examinaremos lo que pasa realmente en nuestra sociedad, procurando que todo el mundo nos comprenda.

Se dice que las contribuciones indirectas son más justas, porque el hombre no paga sino en tanto que consume ó cuando quiere introducir como negociante artículos sujetos á impuesto. Si no quiere pagar como consumidor, no consuma, si no quiere pagar como negociante, no introduzca. Este raciocinio es el caballo de batalla de los partidarios de las contribuciones indirectas. Agregan también que son más fáciles para recaudar, se prestan menos á cometer injusticias y otras cosillas por ese tenor.

El principio cardinal que debe tenerse en cuenta al establecer impuestos es, que cada individuo contribuya para los gastos públicos con una cuota proporcional al capital que posee ó á la renta de que disfruta, cuyo goce le garantiza la sociedad; ó en otros términos, el Gobierno es una especie de casa de seguros, al cual los capitales y las rentas pagan un derecho que llamaremos de protección, más ó menos grande, según sea la importancia de las rentas ó la magnitud de los capitales asegurados.

De aquí resulta que al individuo á quien, establecida una base cualquiera de contribución, se le exige una cuota superior á la que le corresponde, tiene derecho á quejarse del Gobierno como expoliador é injusto, porque le cobra por valores que ni le asegura ni protege: y al contrario, el individuo que no paga á la sociedad el derecho de seguro ó de protección que recibe, proporcionalmente al capital que posee ó á la renta de que disfruta, es una especie de planta parásita que vive del jugo de las demás, un zángano que se aprovecha de la protección y las garantías que pagan otros, una especie de gorrilla social.

Nosotros no pretendemos particularizar nuestra crítica, ni hacer alusiones personales: nos repugnan semejantes miserias. Queremos sí que el pueblo vea claro en estas cuestiones y comprenda el misterio de iniquidad y de injusticia que encierra eso que se llama contribuciones indirectas.

En esta clase de impuestos, el individuo no contribuye para los gastos públicos en virtud de la extensión del capital ó de la

renta que la sociedad le garantiza, sino únicamente según la cantidad de artículos gravados que consume.

¿Y el consumo de los individuos estará en proporción con su capital ó con su renta? Podrá tomarse el consumo como base justa y equitativa de contribución?—No, mil veces no.

Un jornalero fuma tanto tabaco como un rico, un empleado con cincuenta pesos de sueldo gasta tanto como un capitalista avaro, un padre de familia pobre consume más mercaderías que un solterón millonario.

Hoy día, en la antigua Antioquia, el rico propietario de haciendas y el dueño de ricas minas, no pagan sino ese miserable derecho de consumo, y eso si les place consumir. Más de tres millones de pesos dedicados á la usura, la industria más segura y fructuosa del país, no contribuyen con un centavo para los gastos públicos. Sin embargo, para proteger en sus operaciones á los dueños de esas inmensas sumas existen cárceles, alguaciles, leyes de procedimiento, jueces de comercio; todo eso pagado, creado y sostenido por la sociedad.

¿Y qué dirá el pueblo, para el cual escribimos estas líneas, si le decimos que un hombre puede tener hoy en Antioquia trescientos mil pesos, y si se le antoja por miseria, sobriedad ó filosofía no cambiar sus vestidos, ni fumar tabaco, ni consumir licores; ese hombre puede ganar treinta mil pesos al año, y sin embargo no contribuye con un óbolo para los gastos de la administración pública?

Hay principios económicos que se dejan sentir más en ciertos y determinados lugares. En Europa los ricos pagan por las ventanas que abren en su casa, por los perros con que forman sus jaurías, por los caballos que tienen en sus pesebres, por los coches que hacen rodar en las calles; pagan por cada una de las propiedades que tienen, y, como llevan vida fastuosa, en cada uno de sus goces se encuentran con las contribuciones indirectas. Pero entre nosotros los que tienen mucho gastan como los que tienen algo, y los que tienen algo casi como los que no tienen nada. Tomar pues por acá el consumo como base de contribución es una cosa desigual, injusta, absurda y monstruosa.

Se dice que son preferibles las contribuciones indirectas por más fáciles para establecer. ¡Peregrino argumento! Como si la desigualdad y el error debieran mantenerse cuando no

hay dificultad para ello ! Como si el pueblo pagara legisladores y mandatarios para que plantearan lo más fácil, en lugar de lo más equitativo y lo más justo !

En materia de contribuciones no hay pues aceptable sino la directa proporcional, repartida, mientras se forma un catastro, por comisionados nombrados *ad hoc* directamente por el pueblo. De esta contribución debe eximirse á los pobres, á las pequeñas ganancias, á los pequeños capitales ; porque arrebatar algo de el rigurosamente necesario físico, no sería establecer contribución de rentas, sino contribución de hambre.

Resumiendo nuestras ideas. La contribución directa se debe plantear á despecho de todos los obstáculos, sean cuales fueren las dificultades con que al principio se tropiece. La contribución directa puede dar lugar á errores pasajeros, á injusticias transitorias ; las contribuciones indirectas son un error constante, una injusticia permanente.

Sin contribuciones equitativas el pueblo siempre será proletario, el pauperismo permanente. La pobreza priva al hombre de dignidad, de independencia, lo embrutece y lo degrada. Con hombres ignorantes y degradados no puede haber República. Los pueblos miserables se convierten en máquinas sin voluntad y sin acción, ó el malestar produce en ellos reacciones febriles, que los vuelven revolucionarios y facciosos. En el orden político como en el orden físico todos los principios están relacionados, y las cosas no son hermosas, verdaderas y justas sino en tanto que aparecen consecuentes y armónicas. Así, pues, la acción fructuosa del principio electivo, base de la República, está fundada sobre la independencia é inteligencia de los ciudadanos que votan, y estas cualidades no pueden existir si la mala distribución de los impuestos, y las trabas puestas á la industria mantienen al pueblo siempre en la miseria, y por consiguiente en la dependencia y la ignorancia.

Y vosotros, ricos capitalistas de la antigua Antioquia, no rechazéis la contribución directa. No echéis el peso de los gastos públicos sobre el miserable peculio del pobre. La pobreza es una debilidad, y la debilidad merece de parte de vosotros respeto, protección y alivio. Una vez que la sociedad os garantiza vuestras rentas, vuestros placeres, vuestra influencia en grande escala, recompensad con munificencia ese

servicio. Pagad la contribución directa, porque si no el pueblo comprenderá tarde ó temprano el error en que ha vivido, la explotación que ha tolerado y entonces sus represalias serán terribles. Quitad á los pobres la carga de las contribuciones, si no por caridad evangélica y por fraternidad humana, al menos por justicia, por conveniencia y por cálculo.

Nosotros rechazamos las contribuciones progresivas y protestamos contra toda exacción que tienda á ahuyentar los capitales, á embarazar las acumulaciones, á paralizar las grandes industrias; pero queremos que los capitales no se escapen de las contribuciones como sucede hoy, y que en este negociado reinen la equidad y la justicia.

El pueblo antioqueño debe ser pues inflexible, en no delegar sus poderes sino á hombres cuya divisa económica sea: ¡Abajo los monopolios! ¡Abajo las contribuciones indirectas! Este debe ser el *delenda est Carthago* de los futuros legisladores. Como á nuestros ojos nada valen los hombres sino los principios, debe nombrarse á los que representen los buenos, sea cualquiera la divisa de partido que hayan tenido hasta hoy.

Por lo que hace á nosotros, nuestro amor ardiente por el pueblo, y no aspiraciones personales de ninguna clase, nos ha estimulado á escribir este artículo. Jamás hemos tenido pretensiones ni afición á los puestos públicos: la política no es nuestra tarea. Pero no concluiremos hoy sin recomendar á los partidos que se disputan el campo eleccionario en Antioquia, la moderación, la buena fe, la tolerancia. Esas antiguas recriminaciones de los partidos deben proscribirse. El llamar los liberales á los conservadores godos, absolutistas, camanduleros; y en represalia los conservadores á sus contrarios rojos, estupradores, zurriagueros, comunistas y herejes, es echar mano de cargos que han perdido lo picante de la novedad para convertirse en vulgaridades insufribles. Lo cortés no quita lo valiente. Los hombres y los partidos deben tratarse con miramientos y cultura aunque se odien cordialmente.

ALGO SOBRE LAS MUJERES

Por casualidad cayó hoy en nuestras manos la Constitución municipal de la provincia de Vélez, que entre sus disposiciones contiene, la de que las mujeres pueden elegir y ser elegidas para todas las funciones públicas. Dicha Constitución resuelve afirmativamente una grave cuestión, que agita de muy atrás á los hombres pensadores, á saber; si redundaría ó no en conveniencia social y en ventaja para las mujeres introducirlas en la vida pública y darlas participación en el gobierno de los pueblos.

Un hombre de mucho talento nos decía en días pasados, que el sistema federal ofrecía la ventaja de que se pudieran reducir á práctica todas las teorías, sin que la nación en general sufriera las malas consecuencias que á un pequeño estado le acarrearía cualquier ensayo atrevido ó pernicioso. Y esto es cierto: todos los principios, todos los sistemas deben ensayarse, para que la práctica condene de una vez para siempre los falsos y acepte los verdaderos; para que se dé carta de naturalización á los que realmente significan progreso, y pasaporte para las nebulosas á las ideas utópicas, impracticables, paradoxales. Los médicos, para ensayar sistemas curativos, venenos y nuevas sustancias, suelen tener gatos y perros en que hacer experimentos. Sería conveniente que todos los que tratan de verificar innovaciones en el mundo, en economía, en política, en religión, en costumbres &c, hicieran un fondo común, y le compraran al Zar de Rusia ó al Sultán de Turquía una pequeña nación en que realizaran alternativamente todo linaje de experiencias. Allí podrían ensayar la distribución equitativa del maestro Proudhon y la República sin Presidente de Girardin; el Gobierno de uno solo y el Gobierno de todos: podrían suprimir por algún tiempo las leyes, el código penal, las contribuciones, el matrimonio, la familia: mandar á las mujeres que vistieran calzones y levita y á los hombres camisón y manteleta: á los militares que dijeran misa y á los clérigos que dieran batallas: establecer la confiscación de bienes para los avaros y la guillotina para los necios: allí podrían, en una palabra, ensayarlo y revolverlo todo, no dejar cosa con cosa; y pronto, con este

juicioso sistema, habrían de llegar á la República verdadera ó al caos, lo cual sería muy de nuestro gusto, pues ¡vive Dios! que ya nos aburre ver al hombre agitarse tanto sin llegar á parte ninguna.

Estas observaciones, ó sea chanzas que nos permitimos con los innovadores en general, no son dirigidas en manera alguna contra los autores de la Constitución de Vélez. Esta Constitución merece todo nuestro respeto, ya por las buenas ideas que predominan en ella, y ya también por haber contribuído á redactarla ciudadanos estimables, entre otros nuestro amigo R. V. joven notabilísimo por su carácter distinguido y su talento despejado. Creemos que la disposición que hace á las mujeres electores y elegibles, emanó más bien de un sentimiento de galantería que de un pensamiento político. La mujer llevaría á la urna electoral la opinión de su marido, de su padre, de su hermano ó de su amante, con lo cual se conseguirían más boletas pero no más votos. Estamos seguros de que ellas no harán uso de semejante derecho, y si lo hicieran, nada ganaría la política, aunque sí perderían mucho las costumbres.

Si nuestras bellas lectoras no lo han por enojo, diremos cuatro palabras sobre su carácter; señalaremos de donde viene su desgracia en la sociedad y el destino que en nuestro humilde concepto están llamadas á cumplir en este valle de lágrimas.

Al juntarse dos hombres comúnmente tratan de negocios ó de política; dos mujeres reunidas por lo regular hablan de pesares, si son viejas, si jóvenes, de amor. En el hombre predominan los intereses, en la mujer los sentimientos. El amor es para ellas la vida, el sol, el universo. Bien sea bajo la forma de realidad, de recuerdo ó de esperanza, este sentimiento llena toda su vida. La mujer, en quien esta pasión no se haya desenvuelto, debe ser una criatura incompleta ó monstruosa.

Y es tan natural el amor en la mujer, tan indispensable para ella la vida de los afectos, que su ausencia á unas las torna desgraciadas, á otras feas ó malas. Siempre que veáis alguna convertida en un marimacho intrigante ó en una beata insufrible, podéis decir sin vacilación: esta mujer no ama.

La mujer es menos fanática que el hombre en el culto del *yo*. Las buenas acciones proceden en ella de arranques espontáneos, y en el hombre de vanidad ó de cálculo. Cuando se llama á un hombre á socorrer una desgracia re-

gularmente dice *veremos*, y la mujer dice resueltamente *vamos*. Las pocas almas generosas que hemos encontrado en el mundo, han sido casi todas almas de mujeres.

El cristianismo las encontró esclavas ó degradadas en la tierra y extendió sobre ellas su manto de libertad y de pureza: vió que sus destinos eran estrechos, su existencia trabajosa y puso delante de sus ojos, para darles aliento y resignación, la esperanza de una vida inmortal. El cristianismo les dió derechos, dignidad, virtud, esperanza; pero ellas siempre quedaron débiles en presencia de la fuerza del hombre. Debilidad significa desgracia. Dirigid la vista á las paredes de vuestro cuarto y veréis la araña matando á la mosca: eso mismo pasa en el océano, en los bosques, en la sociedad; en toda la cadena de los seres, desde el insecto hasta el hombre, el fuerte oprime, humilla, absorbe y devora al débil. La mujer sufre más ó menos en todos los países las consecuencias de esta ley inexorable, fatal. Hemos visto que el salvaje en los bosques deja á la mujer los trabajos más duros, no solamente el cuidado de la familia y la preparación de la comida, sino también el cultivo de la tierra y el transporte de cargas pesadas. El salvaje se toma la parte del león de una manera grosera pero franca, y la mujer sufre resignada y silenciosa, porque sabe que aquél es su destino. En medio de nuestras ciudades llamadas civilizadas, á falta de otro calificativo, la fuerza se muestra más disimulada, más galante, pero no menos odiosa. De las costumbres que establecen los hombres toca á las mujeres lo peor: desde niñas, es verdad, las dicen que son soberanas; no hay infeliz coplero que no las llame diosas; pero estas apoteosis mentirosas no impiden que se engañe su inocencia, se abuse de su debilidad, y que en lo interior de la casa su aparente soberanía se convierta á veces en insufrible esclavitud. La ley sólo puede protegerlas hasta la puerta de la casa: de allí para dentro es impotente. Su debilidad entonces no tiene otro amparo que las costumbres y la opinión pública, que debe marcar con el sello de la reprobación y de la infamia á todo hombre que irrespete ó ultraje á la mujer al abrigo de la soledad doméstica.

Tratar bien á las mujeres, no hacerlas sentir jamás el peso de la fuerza debe ser el rasgo distintivo del hombre civilizado. Ellas merecen lealtad, consideraciones y respetos; garantías civiles, protección social. Pero, si se quiere obsequiarlas con

derechos políticos, y facultades para mezclarse en la vida pública, con riesgo de pasar por retrógrados, nuestro voto es negativo. Ellas tendrán siempre el buen sentido de no cambiar las dulces y tímidas virtudes que forman su encanto, por nuestras pasiones políticas tan intolerantes y odiosas. Las mujeres deben ser mujeres: si se dan á la política, y visten chaleco y calzan botas y pronuncian discursos, se suicidan. Nos repugnaría ver á una mujer en un Congreso, aunque fuera defendiendo la verdadera República.

Entre una beata y una mujer *politicastra* venga el diablo y escoja. Á una muchacha de algún mérito, que nos gustaba un tanto cuanto, le oímos decir un día que ella era *radical*: confesamos al lector que radicalmente quedamos curados de toda ilusión.

La vida pública no es su elemento. Quédense, pues, en la casa, calmando con sus dulces sonrisas y sus cuidados afectuosos los desengaños y sinsabores que llevamos de la calle: quédense, como las sacerdotisas en el santuario, manteniendo encendido el fuego celeste de los afectos y formando en medio de los ardores de la vida un oasis fresco y risueño donde repose tranquilo el corazón. Quédense allí; y déjenos á nosotros el placer de hacer presidentes ó dictadores, de intrigar en las elecciones, de insultarnos en los Congresos, de mentir en los periódicos y de matarnos fraternalmente en nuestra contiendas civiles.

El socialismo, casi siempre generoso en sus aspiraciones, pero impotente ó absurdo en sus medios, ha querido dar á las mujeres otros destinos que los que la naturaleza les señala. Por todas partes encontramos, ya en las doctrinas de los discípulos de San Simón, ya en las novelas de Eugenio Sue, alegatos elocuentes en favor de lo que ellos llaman *la independencia, la emancipación* de la mujer. Confesamos humildemente que no entendemos lo que estas frases significan. Lo que sí comprendemos es, que hay en el mundo miserias sin remedio, desigualdades forzosas, males inevitables. La mujer estará siempre bajo el imperio del hombre, porque dígase lo que se quiera, el débil jamás podrá emanciparse del dominio del fuerte. La naturaleza, que no incurre en contradicciones como el hombre, jamás da pésima en cuestiones de lógica: ella no pone la fuerza en unas manos y el poder en otras. Pero la educación corrige los instintos bozales de la fuerza é inspira al hombre sumi-

sión voluntaria á la debilidad, respeto caballeroso por la mujer. Dése á nuestros jóvenes buena educación, enséñeseles modales y cortesanía, impídaseles adquirir vicios groseros y entonces la suerte de nuestras mujeres mejorará notablemente.

En la casa de un beocio sin delicadeza y sin modales la mujer siempre será esclava ; en la de un hombre culto, soberana.

Pero la mujer no necesita, para cumplir un bello y heroico destino, de derechos políticos, ni de esa *emancipación é independencia* quiméricas é imposibles, que en su favor reclaman los novadores modernos. Adherirse á los seres que sufren, sacrificarse por las personas que ama, llevar consuelos al lecho de los enfermos, inspiraciones de piedad y de virtud al corazón de sus hijos ; aceptar de lleno sus graves y austeros deberes de esposa y de madre ; ejercer la caridad y la beneficencia en medio de una sociedad metalizada y egoísta ; dar suavidad á las costumbres y poesía al hogar doméstico con el vago encanto que se desprende de la belleza, de la gracia y de la ternura, he aquí su misión humanitaria y civilizadora, su verdadero destino.

(De EL TIEMPO, número 33, de 14 de Agosto de 1855.)



IMPRESIONES ELECCIONARIAS

Ignoramos todavía si el partido conservador nos regalará con algún *Te Deum* triunfal, ó si las elecciones generales le habrán sido adversas. Lo que sí podemos anunciar á nuestros lectores es que, en la tribuna y en la prensa, se ha exhibido un tanto cuanto bozal y un si es no es flojillo. Pero, en materia de intrigas y de servirse de malignas artes, no hay *tu tía* con el susodicho partido.

Ved aquel monigote que en el confesonario niega á un pe-

nitente la absolución cristiana si no vota en favor de los hombres de monopolios. Ese intrigante, ese fariseo disfrazado de sacerdote, es conservador.

Ved en Amagá dos gañanes matasietes que, dirigiendo como miembros á un jurado eleccionario, después de que con mil dificultades consienten en inscribir á ocho liberales de la gran mayoría que hay allí, niegan las reclamaciones de los otros, diciendo que ya se han inscrito ocho vagamundos, y que si no vienen otros tantos conservadores para empatar, levantan la sesión. Esos beduínos que tal hacen, son conservadores.

Ved á los enfermos del hospital, sacados del lecho del dolor y llevados en vilo por un beato á la urna eleccionaria; por un beato, que debe tener el alma del color de su capuz, pues así irrespeta el derecho de sufragio y el dolor de esos infelices. Uno de ellos rindió anoche el último suspiro. Está por demás decir que ese beato es conservador, pues el partido liberal no tiene en sus filas semejantes alimañas.

Ved á los empleados de la gobernación corriendo desalados á llevar votos, á conquistar sufragios. Ellos no merecen censura, pero sí muy grave el alto empleado á quien están subordinados y que debía ordenarles entera prescindencia; pues nada vale que el Gobernador permanezca aparentemente neutral, si sus agentes de libre remoción intrigan, agitan y echan en la balanza eleccionaria el peso, todavía muy fuerte en nuestros pueblos, de la autoridad ejecutiva. No lo ordena la letra, pero sí el espíritu de nuestras instituciones, que el Gobernador no permita á sus empleados mezclarse en cuestiones eleccionarias.

Ved á los conservadores reunidos en junta popular: ¡aquí fué Troya! Unas veces ocupan la tribuna muchachos que jamás han tenido blanca, y que la levita que llevan la deben á la benevolencia arriesgadora de Sanín, y esos tales gritan á los liberales con voz estentórea: descamisados! descamisados! Después arrebatan la palabra mozalbetes que no fueron á la escuela por descuido paternal; y, al leer sus discursos, resulta que no saben hacerlo de corrido. ¡Qué de elocuencia macarrónica y soporífica luce en esas peroratas!

Vosotros nacidos y por nacer, grandes y pequeños, tirios y troyanos, á cuyos oídos no haya llegado la prosa obligada de una perorata conservadora, escuchad.

“Señores: media docena de rojos sin camisa ni calzonarias se atreven á luchar con el noble, esbelto y voluptuoso partido conservador. Qué demencia! Ellos morderán el polvo ó tendrán que huir despavoridos á expiar en algún antro tenebroso sus crímenes y maldades. La República se hallaba en un estado seductor cuando ese antropófago de López empuñó el mando. Entonces se cerraron los colegios, se destruyeron los establecimientos de beneficencia; la zurriaga cayó sobre nuestras espaldas inocentes; las tímidas vírgenes y los purísimos frailes fueron estuprados y el que habla se escapó por patas. ¡Qué horror!! (sensación profunda en el auditorio. Viva el orador! exclaman). Esos gólgotas son cuatro muchachos á quienes yo tengo lástima, que no saben de la misa la media; pero la generalidad del partido se compone de ladrones, vapuladores, monederos falsos, estupradores y asesinos. Nosotros representamos los principios tutelares de la religión, de la propiedad y la familia. Somos el gran partido del orden (salvo cuando se meten á facciosos), respetamos á las vírgenes (cuando hay pared de por medio) y jamás nos apoderamos de la propiedad ajena (cuando el dueño la guarda bajo buena cerradura). ¡Viva la religión de nuestros padres!”

Al oír este último pensamiento elocuente, profundo, ciceroniano, el auditorio ve rojo de entusiasmo, los bravos forman una tempestad y el modesto orador huye presuroso á su casa, para escapar á los abrazos y á las felicitaciones de sus amigos.

El domingo, después de varias peroratas, algunos de los agitadores más caracterizados del partido conservador, salieron por las calles con sus amigos gritando *mueras* á los rojos y al señor Camilo A. Echeverri. Esto de gritar *mueras* en medio de una lucha eleccionaria, en completa paz, en pleno siglo XIX, siglo de modales y de buena educación, es cosa que no se les puede ocurrir sino á hombres que ignoran lo que es sociedad y respetos sociales; á hombres que dejan de ser beduínos para convertirse en trogloditas.

(De EL PUEBLO, número 11, de 18 de Agosto de 1855.)

ESTUDIOS INDUSTRIALES

LA MINERÍA EN ANTIOQUIA

La política y la literatura absorben hoy en Nueva Granada la atención del público y las columnas de los periódicos. Á la verdad, discutir los actos de los gobernantes, combatir en favor de las garantías de los ciudadanos, de la libertad y del progreso social; señalar los abusos de que adolece la Administración pública y las mejoras que deben introducirse en ella, son cosas de suyo muy importantes y que en manera alguna pueden desatenderse. Por otra parte, los problemas morales, la poesía, las costumbres, las bellas artes en general, todo lo que tiende á despertar la imaginación, á embellecer la vida, á ensanchar el horizonte moral del hombre, merece también la solicitud del periodismo. Pero al lado de la política y la literatura se presenta reclamando nuestra atención, por su grandor é importancia, la cuestión industrial. Es ya tiempo de que nos dediquemos á examinar las riquezas de nuestro suelo, el modo de dar salida á nuestros artículos exportables, los negocios que merecen un desarrollo preferente y especial; en una palabra, á estudiar las fuentes y el giro que tiene la riqueza en nuestro país, riqueza mezquina en la actualidad, si atendemos á los valores que circulan en nuestros mercados, pero de una importancia indefinible en lo porvenir si el orden, la paz y la libertad industrial consolidándose en la República, le dan seguridad y garantías para tomar su legítimo y natural desarrollo.

Desde que la guerra anatematizada por el cristianismo y condenada por la filosofía, se ha vuelto cosa transitoria y anormal en los pueblos civilizados; desde que otras costumbres y otras ideas negaron á la espada el derecho de allegar riquezas y conquistar poderío, la industria es el único camino abierto, tanto á los pueblos como á los individuos, para hacerse ricos y fuertes. La nación que descuida las cuestiones industriales y no procura enriquecerse, se queda rezagada. Y si no, comparad la España de Fernando el católico y de

Carlos V, con la España de Carlos IV y de Isabel II. Aquella fué grande, rica y poderosa porque en esos tiempos dominaba el espíritu de conquista, y eran aceptados y corrientes el latrocinio y la rapiña, como resultados del combate y del triunfo. Los grandes empresarios de la España de entonces, en sus especulaciones de pillaje, eran Gonzalo de Córdoba, Paredes, Leiva, Pescara, Hernán Cortés, Pizarro y otros, que tenían como obreros á sus órdenes los soldados más valerosos de Europa. Entonces España dominó, porque el manejo de las armas era la ciencia de la época, y en todo lo que sea matar, arruinar y destruir, los españoles han sido siempre aventajados doctores. Pero después que la industria, el comercio, la navegación y las ciencias se pusieron al orden del día, llamando la atención de los pueblos, como únicos medios de llegar al bienestar y la grandeza; España, rehusando entrar en la nueva vía abierta á la actividad humana, cruzó los brazos, se acostó á dormir siesta á la sombra del despotismo y la teocracia, y consumió su energía en plazas de toros, en cuestiones teológicas, en perseguir herejes, en revoluciones fratricidas; España, en una palabra, por perezosa, fanática, descuidada é ignorante, logró bajar del alto rango que antes ocupara al secundario que tiene en la actualidad.

La industria, pues, como medio de llegar á la riqueza, es la gran cuestión de la época. No pudiendo variar las pasiones del siglo es preciso marchar con ellas. Ya lo hemos dicho en otra parte: hoy el poder, la independencia, las relaciones sociales, el bienestar, todo es cuestión de libras esterlinas.

En Nueva Granada, los hombres de pensamiento han dado poca importancia á la industria propiamente dicha y á los estudios científicos relacionados con ella. La política y la literatura han absorbido toda su atención. Han empezado por donde debiera acabarse, olvidando el desenvolvimiento lógico y natural que tiene la civilización en las naciones. Estas comienzan siempre haciéndose ricas antes de hacerse sabias: y á la verdad debe tenerse primero negociantes, empresarios de industria y banqueros, que literatos, publicistas y poetas.

Así que la industria se desarrolla en un país, el bienestar se hace general y aparecen grandes capitales, los hombres de

talento (que no tienen colocación ni porvenir en los países atrasados y pobres) recobran el puesto que de derecho les corresponde, los teatros tienen concurrencia, los sabios quiénes realicen sus descubrimientos, los poetas quiénes compren sus versos, los grandes músicos y pintores público y mercado para sus obras. ¿Qué diablos harían entre nosotros poetas como Víctor Hugo y Lamartine, publicistas como Guizot y Cormenin, músicos como Rossini y Meyerbeer, pintores como Vernet y Eugenio Delacroix? Esas inteligencias que necesitan para brillar y vivir la atmósfera animada de los pueblos civilizados y ricos, en nuestra incipiente y pobre sociedad se marchitarían como las plantas tropicales trasladadas á los hielos del Norte.

La riqueza tiene pues, entre otras prerrogativas, la de que sólo á su sombra da frutos la ciencia y flores el genio.

Los norte-americanos, con el buen sentido peculiar á la raza anglo-sajona, dedicaron desde el principio su poderosa energía á los caminos, la agricultura, el comercio y la industria en todas sus ramificaciones. Comenzaron por donde se debe comenzar, haciéndose ricos. En ese país casi no se encuentran hombres especulativos, todos son hombres de acción. De los libros, que les llegan de Europa, toman las ideas que necesitan para el desarrollo de sus variadas industrias, les dan aplicación práctica y desdeñan el resto. Sus necesidades de imaginación las satisfacen también con autores extranjeros: allá no existen sabios, ni literatura nacional: no tienen tal vez media docena de escritores cuya reputación haya atravesado el océano. Hasta la animación que en ese pueblo tiene el periodismo, no es sino animación industrial. Si se quiere hacer triunfar á determinados candidatos, es porque ellos representan privilegios de bancos ó de ferrocarriles, alza ó baja de aranceles y anexación de territorios: siempre cuestiones positivas. Allá la política no significa, como entre nosotros, pasiones sino intereses. Á esos hombres no les gusta vivir en las *nebulosas*, y, por vida nuestra, que tienen razón.

Nos atrevemos á excitar á los escritores del país á que den á veces de mano á la política y la literatura, para ocuparse de cuestiones industriales. Los bancos, la navegación de nuestros ríos, el comercio, la agricultura, los variados vegetales en

que abunda nuestro territorio y las riquezas metálicas de nuestro suelo, son asuntos importantes que reclaman ya la investigación de la ciencia y las discusiones del periodismo. Comencémos alguna vez á ser hombres positivos, ocupándonos de nuestros verdaderos intereses.

Nosotros, aunque no tenemos ni tiempo ni sosiego de espíritu bastantes, ni conocimientos especiales en la mineralogía, vamos á dar el ejemplo, escribiendo algo sobre la industria minera en Antioquia, simplemente en calidad de aficionados y para estimular á otros menos legos á que se ocupen de ésta ú otra materia de idéntico interés.

Advertimos, como descargo de nuestra conciencia, que para escribir la parte científica hemos sido auxiliados por las observaciones y los conocimientos especiales de nuestro docto amigo el señor Manuel Uribe Ángel.

II

No tratamos de hacer una memoria científica sobre la provincia de Antioquia y sus minas, porque siendo tarea de difícil ejecución, y encontrándonos sin las fuerzas necesarias para ello, nuestro trabajo sería enteramente inexacto. Pretendemos más bien bosquejar algunas apreciaciones respecto á los puntos más fácilmente perceptibles de nuestra riqueza mineral, para iniciar una cuestión de vital importancia, que consiste en activar con energía el desarrollo formal y decidido de las grandes explotaciones mineras como el recurso más importante de nuestra prosperidad futura, y como el único que sea capaz de completar el fin deseado de nuestro engrandecimiento material.

Un gran pedazo de territorio de Nueva Granada, comprendido entre los 5° á 8°, 50' de latitud Norte, y entre los 74°, 0' á 76°, 40' de longitud occidental del meridiano de Greenwich; limitado al Norte por la ciénaga de San Lorenzo, al Sur por la cúspide nevada del Ruiz; hacia su parte más oriental por la boca del río Opón en el Magdalena, y á su extremo más occidental por la quebrada de Sabaleta, uno de los puntos limítrofes con el Chocó, forma la provincia de Antioquia.

La cordillera de los Andes, después de seguir uniforme de Sur á Norte dividida en tres grandes ramales, entre las provincias de Popayán y Pasto, hace penetrar su ramificación central en

la comarca antioqueña, formando un laberinto de ramificaciones subalternas, capaz de hacer perder la exactitud corográfica á los mejores geógrafos. La confusión que reina en este sistema de montañas es tal, que nosotros no vacilamos en afirmar, que nunca hemos visto una carta del país que satisfaga nuestros deseos ni nos ilustre suficientemente con sus descripciones. Tales montañas, sin llegar por lo general al límite donde comienzan las nieves perpetuas (excepto la mesa de Herveo y el nevado de Ruiz) presentan sin embargo mesetas elevadas y picos de una altura bastante considerable, para que el frío se haga sentir de una manera intensa. Las hondonadas ó valles que separan las cordilleras, se aproximan más ó menos al nivel del mar, ofreciendo á los habitantes las temperaturas más variadas.

Marchando desde las ardorosas vegas del Magdalena, de Oriente á Occidente, se llega, después de atravesar algunos brazos secundarios nacidos en la cordillera central, al pequeño valle de Rionegro; de este punto, avanzando siempre en la misma dirección, se descende al de Medellín y luego al de Ebéjico, donde se encuentra la ciudad de Antioquia. Estos valles, colocados como en escala, ofrecen temperaturas de acuerdo con su elevación sobre el mar: el primero casi frío, templado el segundo y ardiente el tercero. Al Sur y Norte de estos puntos se extienden diferentes cordilleras en variadas direcciones, formando la confusión ó laberinto que mencionamos antes, y dando al país un aspecto notablemente quebrado y fragoso que dificulta las comunicaciones y caracteriza la arrugada fisonomía de Antioquia. Efectivamente, nada hay más natural que pensar, por poco estudio que se haga de nuestra topografía, que es difícil, si no imposible, encontrar sobre el globo un pedazo de territorio que haya sido más atormentado por los cataclismos y convulsiones de la naturaleza.

El río Nare, que atraviesa en sus nacimientos el valle de Rionegro, y toma luego una dirección noroeste, derrama sus aguas en el Magdalena.

El Porce corre por el valle de Medellín, sigue una dirección casi invariable al nordeste, y con el nombre de Nechí derrama sus aguas en el Cauca.

Este río penetra encajonado y tortuoso en la provincia de Antioquia, baña el valle de Ebéjico, y, después de atravesarlo mezcla sus aguas con el Magdalena en Tacaloa.

Hacia la parte occidental los ríos San Jorge, Sucio, Arquía, Penderisco y otros llevan sus aguas á la provincia del Chocó, y mezcladas con el caudaloso Atrato van á dar al golfo del Darién.

Todos esos ríos en su tránsito reciben torrentes de más ó menos consideración, y tanto los ríos como los torrentes arrastran en sus arenas una prodigiosa cantidad de oro.

Nuestras cordilleras levantadas en desorden por el influjo del calor central, presentan variedad infinita en las producciones del reino mineral. Las enormes masas de nuestras montañas, teniendo por base en su formación geológica el granito y la serpentina, el pórfido y el cuarzo, el gres compacto y la cienita, algunos fragmentos de basalto, rocas traquíticas y aluviones de más ó menos extensión, dan como consecuencia natural un punto de partida para encontrar en ellas la mayor parte de los elementos geológicos, y por consiguiente los agentes de una mineralización completa.

Y en efecto, lo que sucede en la práctica, se encuentra de acuerdo con la teoría; porque si nos preguntamos, cuáles son los productos que este suelo brinda á la explotación de minas, y á la metalurgia en general, no será difícil responder:

Que en el distrito minero de Titiribí, además de las piritas eminentemente auríferas, que se sacan de sus ricos veneros, la naturaleza ha dispuesto profusamente enormes capas de carbón de piedra para reemplazar el ya casi agotado combustible de madera;

Que el óxido, cromato, titanato y carbonato de fierro, ricos para su elaboración, se presentan en la mayor parte de nuestro territorio con una prodigalidad infinita;

Que el sulfuro de mercurio se derrama de los depósitos del Retiro, y el cobre se encuentra en abundancia, aun en su estado metálico, en los cantones de Rionegro y Nordeste.

El cobalto, el plomo, el arsénico, el bismuto, el antimonio, el azufre y otros metales de importancia secundaria, ya combinados, ya libres, esperan sólo, para rendir servicios útiles á la industria, la investigación laboriosa é interesada de la ciencia.

En las diversas y ricas fuentes de agua salada, además del cloruro de sodio, el magnesio, el calcio, el potasio, el yodo y el cromo se presentan, no tan sólo como objetos de curiosidad

química, sino también como elementos de fortaleza y de salud para los habitantes.

En las márgenes del río Nare, y en las ondulaciones montañosas del cantón Nordeste, se encuentran depósitos enormes de mármol, superiores al de Luca y de Carrara por la variedad de sus colores y lo perfecto de su formación.

En el territorio antioqueño que se aproxima al Chocó, corren ríos y torrentes que llevan cantidades considerables de platina. Y en las faldas de la montaña del Ruiz hay un manantial, cuyo principio predominante es el ácido sulfúrico, formando diversas sales con bases diferentes. El ácido sulfúrico se encuentra en esa fuente con tal abundancia que, según cálculos competentes, corre por ella cada mes todo el que las fábricas de Europa podrían preparar en un año. El ácido hidroclórico se encuentra en la misma fuente con igual abundancia; y por el mayor ó menor consumo de estos dos ácidos se puede medir el grado de prosperidad industrial de un pueblo cualquiera.

Rocorriendo la vasta extensión de Antioquia, á cada paso se tropieza con un elemento mineral bajo forma diversa: el molibdeno y el manganeso, el cromo y el titano y quién sabe cuántos más que, por falta de investigación y de trabajo se ocultan á la generación actual, serán revelados más tarde al espíritu industrial que reemplace al que hoy domina. En fin, señales evidentes, aunque no plenamente justificadas, dan á entender que en este gran gabinete mineralógico el rubí y el topacio, el granate y la esmeralda ofrecerán, andando los tiempos y progresado los trabajos, un nuevo tributo de riqueza á este país apenas tocado por la mano del hombre.

En el próximo número continuaremos el presente estudio, contrayéndonos exclusivamente á las minas de oro: señalaremos rápidamente las riquezas auríferas que abundan en nuestro suelo, los motivos que han retardado el desarrollo de las grandes explotaciones mineras y los medios más adecuados en nuestro concepto, para que esta industria tome la importancia y el desarrollo á que indudablemente está llamada en lo porvenir.

(De EL PUEBLO, número 13, de 30 de Agosto de 1855.)

LA MINERÍA EN ANTIOQUIA

ARTÍCULO SEGUNDO

En las dos fajas en que puede considerarse dividida la provincia por las aguas del río Cauca, hay un fenómeno mineralógico bastante singular. Las vetas de la parte occidental tienen por ganga, generalmente hablando, diversos sulfuros, entre los cuales predominan los de fierro, cobre y antimonio. Las gangas de cuarzo son en esa parte bastante raras, y lo contrario acontece en la parte oriental, en donde estas últimas son muy comunes.

Al sentar el principio anterior no decimos, sin embargo, una cosa absoluta, pues en Titiribí, Anorí y algunos puntos de la parte nordeste de la provincia, se hallan filones de piritas de formación constante. Acontece en ocasiones que en un hilo la formación es en extremo compleja: un pedazo de cuarzo viene unido á los sulfuros que hacen la parte esencial del mineral, y viceversa, un sulfuro se incorpora al cuarzo en las venas de esta última clase. Lo que sucede entre el cuarzo y las piritas puede tener lugar con respecto á otra roca cualquiera, y de esto viene sin duda la enorme variedad que se presenta en el aspecto de las diversas muestras auríferas que se extraen de nuestros minerales. Este hecho llamará sin duda alguna con el tiempo la atención de los hombres científicos, pues á cada paso los principios generalmente admitidos por los mineralogistas, parecen contradichos por la experiencia. No tememos el cargo de ser exagerados al decir, que casi no hay piedra en esta parte de la Nueva Granada que, en circunstancias dadas, no sea susceptible de poder servir de ganga al oro nativo.

Los filones auríferos, ya sean de cuarzo, ya sean de piritas, cortan en su curso estratificaciones de gneis ó de otras rocas de la formación metamórfica. Estas rocas, como lo hemos dicho antes, hacen la base casi constante de la formación de nuestras ricas montañas: la cienita porfidítica y el granito son las más comunes.

Los filones constituídos por los sulfuros son más regulares en su formación, más anchos, y, aunque no tan generalmente auríferos, más prometientes; por consiguiente se prestan más á las empresas de asociación.

No pasan de cuatro los filones de formación mineralógica completa que se conozcan en el país: estos minerales son anchos, bien formados y uniformes. Otros filones mayores en número, pero sin todas las condiciones que recomiendan á los primeros, se explotan con algún provecho, y los filones delgados llamados *agujas* entre los mineros, se cuentan por centenares.

Todo lo que anunciamos nos hace creer que un poco más tarde el ingeniero de minas seguirá por las entrañas de la tierra el sistema de las vetas antioqueñas, con la misma propiedad con que el geógrafo siga los sistemas de nuestras cordilleras.

Las minas de oro en que el cuarzo predomina, con pocas excepciones, son por lo general más angostas, más inconstantes y por consecuencia más peligrosas para su elaboración, aunque en ocasiones tan ricas, que la referencia de sus productos parecería caer en el dominio de la fábula.

Cuando los hilos de veta que contienen materias descomponibles por los diferentes agentes naturales, como la humedad del aire, el agua filtrada al través de las grietas ú otros, avicinan á la superficie de la tierra, forman muchas variedades en el aspecto que presentan. Entonces se encuentran el óxido, el carbonato y el sulfato de fierro, producto de la descomposición de las piritas ferruginosas, ó el óxido, carbonato y sulfato de cobre, formaciones por lo general bien durables.

En los minerales de cualquiera de las clases mencionadas el oro se encuentra, ó bien en su estado metálico, ó bien combinado con la plata y el cobre. No entramos en la explicación correspondiente al modo como este último fenómeno tenga lugar, porque lo creemos superior á nuestros conocimientos y extraño á la simple noticia que nos hemos propuesto dar en este artículo.

El mineral molido según la práctica del país, deja separar por el lavaje una cantidad de oro proporcional á su riqueza primitiva, y el resto, reducido á un polvo casi impalpable con el nombre de *jagua*, y que retiene aún gran cantidad de oro, ha sido hasta ahora desechado como inútil. Hoy, gracias á la

infatigable laboriosidad de un sabio inglés, el señor T. Moore, esas jaguas producen abundante cantidad del precioso metal, y sus trabajos metalúrgicos coronados por el más brillante éxito, han enriquecido el país presentando una faz nueva á la industria minera que quintuplicará por lo menos los rendimientos de las minas de Antioquia. Por informes muy ciertos que nos han sido dados, pensamos que de hoy en adelante la provincia sacará mayores ventajas de la metalurgia, tal como la practica el señor Moore, que de la rutina generalmente admitida para el laboreo y explotación de minas.

El oro no se encuentra solamente en los hilos de veta de donde se extrae como hemos indicado de paso; existe también en las arcillas arenosas y en el lecho de los ríos en mucha abundancia, y entonces toma el nombre de mineral de oro corrido.

Se cree generalmente que el oro corrido tiene su origen en la descomposición de los filones, y que desprendido de la roca que lo contiene, rueda arrastrado por las aguas, bien para formar capas en los terrenos areniscos y arcillosos, ó bien mezclado con las arenas de los ríos. Esta teoría universalmente admitida tiene objeciones demasiado poderosas, y observadores sagaces y científicos la niegan en parte, adoptando sin embargo como verdad, el hecho de que algunas minas de oro corrido deben su origen á la descomposición de hilos que aíslan el metal y lo deponen en aluviones esparcidos.

Nosotros, apoyados por tales opiniones, pensamos que los depósitos de oro corrido deben su origen á diversas causas. Los pormenores de esta teoría corresponden á otro estudio y piden nuevas observaciones; pero sea de todo esto lo que fuere, el hecho es que, la producción del oro en la provincia debe mucho al trabajo de estas dos últimas especies de minerales, el lecho de los ríos y las cintas de los terrenos arcillosos.

En los ríos se extrae gran cantidad de oro por los trabajadores del país llamados *mazamorreros*. El proceder de éstos consiste simplemente en lavar las arenas tomadas directamente del río, ó bien en hacer en las playas hoyos bastante profundos, sacando el agua que los llena hasta encontrar la capa arcillosa en donde se deposita todo el metal. Esta operación sujeta á varias contingencias, como la pobreza de

los lugares ó las crecientes de los ríos, es en ocasiones muy productiva.

Cuando el agua de los ríos es muy abundante ó las crecientes muy frecuentes, las incomodidades y obstáculos de esta clase de industria son casi insuperables. Para obviar estos inconvenientes se emprenden actualmente obras de mucha consideración para cambiar el curso de los ríos, poner en seco sus cauces y trabajarlos entonces como las minas de aluvi6n. Se espera que con tales procedimientos se encontrarán riquezas auríferas de mucha consideraci6n.

Las minas de oro corrido, en que el oro se encuentra mezclado con una capa de arena á más ó menos profundidad de la superficie de la tierra, se trabajan despojando el metal de todas las materias extrañas que lo acompañan, por medio de una corriente de agua, que disgrega las diferentes sustancias con el auxilio de obreros inteligentes, y que deja el oro sobre la capa de arcilla en virtud de su mayor pesantez. Esta clase de empresas ha sido durante mucho tiempo la parte fuerte de las especulaciones mineras, y aunque no estén todavía agotadas, se concede hoy la preferencia á los trabajos de vetas.

Al hablar del fierro, haciendo simplemente la enumeraci6n de nuestros elementos de riqueza mineral, no hemos hecho más que mencionar su existencia. Agreguemos, como complemento, que las combinaciones diferentes de este metal, explotables con provecho, son de singular riqueza. Si la industria minera es coadyuvada por la elaboraci6n del fierro en todas su formas, abrigamos la esperanza de que nuestro suelo será dentro de algunos años el más próspero y floreciente de la América española. El fierro, prestando mano fuerte á la industria minera, obraría el prodigio de cambiar como por encanto nuestra situaci6n. El oro con su utilidad y su belleza llenaría los cofres de los antioqueños; pero al fierro deberíamos eso y algo más positivo aún, á él deberíamos nuestra regeneraci6n.

Hoy se habla en Medellín sobre el proyecto de establecer una ferrería por cuenta de una compaía anónima, y en tal caso nada más natural que desear la cooperaci6n activa de los buenos y ricos ciudadanos para la realizaci6n de tan útil y grandioso proyecto. Si tal cosa sucede, tendremos al principio fierro fundido, y más tarde fierro maleable. Con estos dos

elementos baratos, la minería y la agricultura recibirán un aliento poderoso y fecundo. Los utensilios precisos, que hoy, por las dificultades que presentan las vías de comunicación, recibimos á precios exorbitantes, reducirían sus valores á la tercera parte: los objetos de ornato para las poblaciones y de comodidad para los caminos, serían de fácil consecución; el hogar doméstico se encontraría abastecido, y en una palabra, el cuadro que presenta un pueblo culto comenzaría á desarrollarse y se completaría.

Con la producción de 1,200 libras de fierro por día los pedidos de la industria quedarían satisfechos por el momento: más tarde, y en proporción directa con el aumento progresivo de las necesidades, esta cantidad tendría que subir. Un pisón para las minas que hoy cuesta cuando menos \$25 se obtendría por \$10, y lo mismo tendría lugar para los demás útiles. La fabricación del fierro será pues el principio de la independencia industrial entre nosotros. Varias causas han impedido que la industria minera tome en Antioquia un vuelo considerable. Vamos á enunciarlas rápidamente.

1.^a *El subido interés del dinero.* El alto alquiler de los capitales pesa sobre todas las industrias “como un apagador sobre una vela.” Pero sobre la minería ha ejercido una influencia más funesta: como las empresas mineras, por la ignorancia é imprevisión con que han sido dirigidas hasta hoy, se las ha considerado como contingentes y aleatorias, los capitales se hacen pagar esos riesgos cobrando siempre al menos dos por ciento mensual por las cantidades avanzadas. Por lo regular, tomando adelantado el valor de su oro, les sale á los mineros el dinero al tres ó cuatro por ciento mensual. De aquí el que muchas empresas se hayan arruinado, al paso que el balance de sus libros arroja una ganancia considerable, pero que no ha alcanzado á pagar las exigencias de la usura.

2.^a *Falta de espíritu de asociación.* Antioquia es el país del *individualismo*: á todo el mundo le gusta trabajar solo, gozar solo y vivir aislado. No hay cordialidad en las relaciones sociales, ni fraternidad en las familias, ni espíritu de unión para acometer empresas industriales. En las cosas reina siempre el mayor abandono, porque á nadie le gusta afanarse por llevar á cabo mejoras cuyo provecho no sea todo para sí. En Antioquia se ve por todas partes muy enérgica la acción individual y muy débil la colectiva. Y conocemos

caracteres tan heteróclitos, que renunciarían á ganar ciento, por tal de que el prójimo no ganara cincuenta. Cualquiera empresa que requiera veinte socios es imposible. Esta dificultad para entenderse los hombres, priva á las industrias del país del inmenso desarrollo que el espíritu de asociación da á las especulaciones en Inglaterra y los Estados Unidos. Los pequeños capitales aislados son impotentes, al paso que la asociación les da fuerza é importancia. Respecto á las minas es casi seguro que sociedades compuestas de muchos miembros, en que cada uno de los socios adoptara la usanza europea de tomar pequeñas acciones en muchas empresas, aunque una que otra fracasara, las buenas pagarían con usura lo perdido en las malas y el resultado general sería ventajoso.

3.^a *El espíritu de chicana.* En ningún pueblo se ha pronunciado como en la antigua Antioquia. En otras partes no se entabla un pleito sino después de agotar todos los recursos amigables y como una necesidad fatal: en Antioquia, para la generalidad de los individuos, un litigio es una diversión exquisita. Á un *gamonal* de pueblo le oímos decir, que cuando tenía menos de siete pleitos estaba aburrido. Apenas se descubre alguna mina de importancia, empiezan á tirotearse los guerrilleros de papel sellado. Por cualquier confusión en los linderos ó en la dirección de los filones, por denuncias hechos anteriormente y mil otras causas, que jamás dejan de ocurrirse á la imaginación fecunda del abogado, se entablan pleitos que embarazan y paralizan las especulaciones.

4.^a *Falta de conocimientos especiales.* Para trabajar minas de oro corrido, que era lo que al principio se explotaba, pocos ó ningunos conocimientos eran necesarios; pero después que la actividad minera se dirige con preferencia á los filones auríferos, cuya dirección y formación es tan variada y caprichosa, donde el oro suele encontrarse mezclado con diversas sustancias y combinado con otros metales, ya son indispensables estudios y conocimientos especiales. Sería de notable importancia que los padres de familia acomodados, en lugar de enviar sus hijos á Bogotá ó á París á que adquirieran una educación brillante si se quiere, pero nada sólida y de ninguna aplicación práctica, los enviaran á los colegios de Sajonia ó de Hungría á estudiar concienzudamente la metalurgia. Gastando cuatrocientos pesos anuales en un joven podrá éste, al cabo de cuatro ó cinco años, regresar con una profesión independiente y un

porvenir seguro ; pues, sea como empresario ó como empleado, siempre obtendrá mejor colocación el hombre científico que el rutinero y el empírico.

Para manifestar lo urgente que es la aplicación de la ciencia á la industria minera, detengámonos un momento para observar lo que ha sucedido en el Zancudo. Por muchos años en esta mina, después que en los molinos de arrastre sacaban una pequeña cantidad de oro á las jaguas, las botaban como inútiles. El señor T. Moore ha montado un sistema de hornos para fundir esas jaguas que antes producían poco, y, dentro de algún tiempo, este nuevo establecimiento le producirá de seis á ocho mil pesos libres por mes. En esas jaguas antes desdeñadas, la ciencia ha encontrado bastante oro y una inmensa cantidad de plata, de la cual los dueños de la mina, legos en la materia, no tenían ni sospecha.

Y no pasaremos adelante sin recomendar el señor Moore á la consideración pública, como el hombre á cuyos esfuerzos y conocimientos debe más la industria minera en Antioquia. Para montar su establecimiento ha tenido que luchar con las dificultades del país, con la crítica del empirismo y de la ignorancia, con la desconfianza de los capitales, con obstáculos, en una palabra, que hubieran arredrado á más de cuatro ; pero al fin triunfó su tenacidad británica. Nosotros, amigos de dar publicidad á todo esfuerzo valeroso, de poner en relieve todo mérito distinguido, aprovechamos esta ocasión para dar nuestra completa enhorabuena al señor Moore, por el doble triunfo que ha obtenido como empresario y como hombre de ciencia.

Hasta ahora la actividad de los capitales no se ha dirigido por lo general en esta provincia sino al comercio de importación y á la usura. En el primero ha habido concurrencia tal, que introduciendo tres ó cuatros veces más de lo que resiste el consumo, la baja ha sido consiguiente, y las operaciones y ventas forzadas han traído por consecuencia pérdidas considerables y quiebras numerosas. La usura en estos países donde todo está por crear hasta los negocios, amén de la impopularidad que trae aparejada, es profesión poco patriótica, pues priva á las industrias nuevas de la iniciativa y de los conocimientos de esos hombres, que holgazanean en nuestras ciudades esperando que pasen días y se acumulen premios.

En Europa se tiene una idea muy exagerada de nuestras revoluciones y de los peligros que en ellas corren las personas y los capitales extranjeros. Estos temores no tienen fundamento, y apelamos al testimonio de los extranjeros que han vivido largo tiempo en nuestro país. En Antioquia hay un respeto constante, profundo, casi religioso por los extranjeros y sus propiedades. En ningún país del mundo se ve, como aquí, atravesar inmensas soledades á un correo llevando centenares de miles de pesos en oro, sin acompañamiento ni escolta de ninguna clase. Ojalá que, persuadiéndose de estas verdades, los capitalistas ingleses se resolvieran á venir á explotar el comercio en nuestros mercados y las minas en nuestra cordilleras. Dos ó tres casas de Inglaterra nos podrían surtir de mercancías con provecho para ellas y para nosotros, y á la vez echar por tierra nuestras usuras fabulosas, imponiendo dos ó tres millones de pesos al ocho por ciento, con garantías y seguridad completas. De este modo, desalojando á los capitalistas del país de la usura y el *trapeo*, tendrían que dedicarse por fuerza á buscar empresas nuevas y á desarrollar las riquezas de nuestro suelo.

La industria minera, con todas las dificultades de una infancia lánguida y enfermiza, como la que ha tenido hasta lo presente; entregada al empirismo y á la ignorancia; hostilizada por la chicana, la falta de espíritu de asociación, las usuras fabulosas que han pesado sobre ella; la industria minera, decimos, luchando con semejantes dificultades ha podido siempre saldar las cuentas del comercio y la agricultura y aumentar la prosperidad pública: esta industria, tomada en conjunto, ha dejado grandes beneficios, pues es la única que hay entre nosotros en que se críen valores de alguna consideración; y hoy la provincia es inmensamente más rica que lo era hace cincuenta años.

La minería, como especulación, gana terreno día por día: hoy se quiebran más comerciantes que mineros. Con el sistema previsivo adoptado últimamente, de no poner molino en las vetas nuevas hasta no haber sacado el mineral suficiente para pagar los gastos, los empresarios fracasan con dificultad, y el público se adhiere ya á estas especulaciones con energía y confianza. El señor Moore opina que, si el espíritu de asociación se aplica á las empresas mineras, y si los padres ricos mandan sus hijos á Alemania á adquirir conocimientos especiales,

la provincia de Antioquia, dentro de veinte años, exportará en oro treinta millones de pesos.

La industria minera en Antioquia está, pues, en la infancia, ó por mejor decir, no ha nacido todavía. Bajo el punto de vista de la riqueza hay dos mundos en Antioquia : uno exterior, donde existen una mediana agricultura, un comercio sin importancia, industrias sin porvenir ; y otro subterráneo, misterioso, casi desconocido, donde duermen esperando el trabajo y la ciencia ricos y variados metales, mundo que tiene un porvenir incalculable y maravilloso.

(De EL PUEBLO, número 14, de 6 de Septiembre de 1855.)

TEATRO

La crónica de la semana registra una función dramática que, proporcionando al público verdadero placer, ha venido á turbar la eterna monotonía en que vivimos. Hablar en Medellín de una diversión es tan escandaloso como conversar en una mezquita del Papa, ó en Rusia de la República verdadera.

Lucrecia Borgia, drama de Víctor Hugo, ha sido representado con la mayor pompa y habilidad á que podemos llegar en el país : los actores han arrancado justos y merecidos aplausos y satisfecho completamente al público. El señor Jaramillo, en su papel de Lucrecia, ha estado magnífico : jamás hemos visto en Bogotá á ninguna mujer, fuera de algunas actrices españolas, representar con tanta verdad y maestría. Este joven se ha aprendido perfectamente las mujeres ; al paso que la generalidad siempre seremos legos en el asunto, y jamás sabremos de la misa la media.

Lucrecia Borgia es un drama que mantiene siempre tirantes las fibras del espectador : desde la exposición de los

personajes hecha en un carnaval de Venecia, hasta la muerte de la protagonista, el genio del poeta subyuga al público, le conmueve y le aterra. Allí se encuentra la Italia con sus locas fiestas, sus amores incendiarios, su clero corrompido, sus puñales y sus venenos. El Papa Alejandro VI y toda esa familia de Borgias, que han dejado en Italia una huella de crímenes y sangre, presentados en la escena con toda su horrible fealdad, al espectador que no esté familiarizado con la historia habrán de parecerle creaciones de una imaginación acalorada y fantástica. El público puede aceptar sin escrúpulo esos personajes como históricos: las crónicas refieren que el Papa Alejandro VI y sus deudos, fueron famosos pecadores y malísimos cristianos.

La decoración hecha para figurar el palacio del duque de Ferrara, trabajada por el señor Ricardo Lleras, ha gustado generalmente. Todos los jóvenes, que aparezcan entre nosotros con las dotes recomendables del señor Lleras, bien venidos sean.

Si la escena atraía á los amigos del arte, los palcos no carecían de cristianas dignas de llamar la atención de los aficionados al género. En la segunda galería vería el curioso espectador dos jóvenes que, aunque afiliadas ya á la prosaica bandera conyugal, son capaces de quitar el sueño á un usurero empedernido. ¡Qué voluptuosidad de formas! qué frescura de fisonomía! qué belleza! La una de ellas sobre todo, por su blancura y por la redondez de sus contornos, parece un trozo de mármol de Carrara convertido en mujer por el cincel inteligente y la poética imaginación de un escultor antiguo. Felicitamos á los dueños de esas dos perlas orientales.

Al lado de esa hermosa, y en el vecino palco, mostrábase una joven que aun no ha bajado su altiva frente ante el despotismo conyugal. Esta dominaba en la galería como Lucrecia Borgia en el escenario. Encontraréis en ella fisonomía distinguida, flexibilidad de movimientos, regio continente. Dicen que en un salón la elegancia de sus maneras es irresistible y su amabilidad peligrosa. Una mujer sin amabilidad ni gracia es una flor sin perfume. Sin embargo Larra ha dicho: guárdeme Dios, ó aunque sea el diablo, de una mujer amable, pues jamás sabe uno si lo ama ó lo estima.

En frente de esta belleza fulgurante veríais otra de una blancura marmórea, triste, melancólica, vaporosa, pero llena de delicadeza y distinción que interesa y atrae.

Sin tener la faz pálida y elegíaca de la una, ni la fisonomía apasionada de la otra, ostentábase en la misma galería una belleza enteramente juvenil, llena de colores y de frescura. Parece una cándida y purísima flor, cerca de la cual no ha pasado para marchitarla el vendaval de las pasiones. ¡Quiera el cielo que no empañe nunca la frescura de su fisonomía y la limpieza de su frente, el soplo abrasador de los engaños del mundo y que su porvenir sea tan dichoso como su alma es pura é inocente!

Por falta de tiempo y espacio en las columnas de "El Pueblo," no extendemos nuestra revista á otras jóvenes bellezas, que adornaban aquella noche la aristocrática y lucida concurrencia. Puede ser que en otra ocasión les arrojemos algunas flores; aunque enviandóselas nosotros, ya pasablemente viejos y gastados, habrán de parecerles marchitas é inodoras.

No concluiremos sin decir cuatro palabras sobre el cargo de inmoralidad que hacen algunos á los dramas de Víctor Hugo. Aunque el lenguaje sea á veces muy apasionado y las escenas demasiado fuertes, en estos dramas domina siempre una idea altamente moral; como el criminal queda debidamente castigado, el drama deja en el ánimo del espectador una impresión saludable.

Nótese que algunos escrupulosos de ambos sexos, cuando juzgan inmorales las palabras se tapan los ojos y dejan funcionar el oído, y cuando las posturas y los movimientos de los actores les parecen muy libres, se cubren los oídos y abren más los ojos. Recomendamos estas maniobras.

(De EL PUEBLO, número 15, de 15 de Septiembre de 1855.)

JULIA

En el año 1848, á pesar del aislamiento claustral que reina en Medellín, yo tenía franca entrada en la casa de un amigo y relaciones casi fraternales con su hermana Julia. Esta joven reunía al cuerpo elegante y las facciones caucáseas, distintivos de mis paisanas, el desparpajo y donaire de las mujeres de otros países. Por un capricho debido á la confusión de nuestras razas, tenía negros los cabellos y azules los ojos, en cuya dulce serenidad se reflejaba la pureza de su alma, como en las aguas de un lago inmóvil los rayos de la luna. Poseía lo que es preferible á la belleza : gracia y modales de una distinción natural. En su casa recibía sin encogimiento ; no clavaba los ojos como muchacha regañada cuando le decían alguna galantería sus amigos : sabía que la amabilidad es la más bella dote de la mujer y jamás se le ocurrió, como á otras, que fuera pecado corresponder en la calle con atención á un hombre que la saludara cortésmente.

Yo me complacía viéndola feliz con un traje nuevo, con la esperanza de un paseo, con la expectativa de un baile. Como apenas tenía diez y seis años, ninguna preocupación turbaba su bulliciosa alegría. No me inspiraba amor, pero sí la amistad más sincera, y hacía votos al cielo porque la desgracia no viniese á entristecer á esa criatura tan alegre, á marchitar esa flor tan bella. Á veces me daban temores de que esa niña dulce y delicada cayese en poder de algún beocio sin educación, que no la comprendiese ni estimase. Precisamente el escollo de las mujeres en esa edad en que, sin conocer la vida ni los hombres, las fatiga ya un deseo vago de amar, es entregar su corazón y su mano al primer zote bien vestido que les habla de amor. Sucedió que en esos días se presentó como pretendiente de Julia un joven que acababa de hacer un viaje á Europa. De su viaje no había traído observaciones ni ideas, pero sí guantes lustrados y levitas arrugadas. Con semejantes dotes y, perteneciendo á una familia rica, vino á ser para Julia un candidato irresistible. Los parientes, por unanimidad declararon que era excelente partido y que Julia sería muy feliz con él.

Me ausenté en aquellos días y supe después que se habían casado.

Al cabo de cuatro años regresé á esta ciudad, con el placer que se experimenta siempre después de una larga ausencia. Nada encontré de nuevo : las mujeres como siempre encerradas en sus casas, vegetando sin sociedad y sin placeres : los hombres reuniéndose en las mismas partes, conversando de las mismas cosas, aburriéndose de la misma manera : los ricos despreciando á los pobres y los pobres hablando mal de los ricos : los jóvenes buscando en los vicios las emociones que les niega la monotonía social ; y los viejos corriendo desalados tras las pesetas y economizando como si la vida durara mil años. Por de contado que encontré algunos ricos que hacen buen uso de su plata, algunos jóvenes que emplean bien su tiempo ; pero éstas son excepciones que no alteran la regla. En general, la sociedad se me presentó con esa fisonomía desapacible, con esas costumbres informes, heteróclitas de los pueblos en transición, que tienen ya todos los vicios de las sociedades civilizadas, menos sus refinamientos y placeres.

Pero nuestro valle siempre será la perla de los valles, el encanto del viajero : de lo alto de Santa Elena se ven nuestras campiñas tan hermosas, como de la cima nevada de los Alpes las poéticas llanuras de Italia. En todas las épocas del año las praderas verdes, los naranjos y los jazmines cubiertos de flores, el aire tibio y embalsamado, la naturaleza toda vestida de gala convidan al hombre á gozar ; pero á gozar aprisa eso sí, porque en estos países cálidos de lujosa vegetación, la juventud es fugitiva, la vida se va con rapidez.

Algún tiempo después de mi llegada fuí á visitar á Julia. Á fuer de amigo antiguo ella me recibió por la tarde en una alcoba que le servía de costurero, pieza desmantelada, sin un mueble blando, sin un adorno elegante de ninguna clase, pues nuestro lujo de pura vanidad se queda regularmente en la sala, y en lo interior, que es donde se pasa la vida, por lo común no hay otra cosa que asientos ordinarios y duras tarimas. El *confortable* es casi desconocido entre nosotros. Viendo á Julia ajada y marchita, parecióme que algún pesar oculto auxiliaba contra ella la acción devoradora del tiempo. Imposible reconocer en aquella mujer pálida de ojos apagados la brillante joven que había dejado cuatro años antes arreglando sus galas de novia. Estaba reclinada en una butaca cerca de

su cama, sufriendo una de esas enfermedades de las mujeres que ni aun la medicina entiende ; tan difícil es saber si están en el alma ó en el cuerpo ; enfermedades vagas, misteriosas, apocalípticas, debidas tal vez á los nervios, á pesares ocultos ó á tedios mortales.

—¡ Cuánto me alegro de volver á verlo ! me dijo Julia : U. es más que mi amigo, casi mi hermano. Su presencia me trae á la memoria días felices : como lo presente es tan tedioso, no vivo sino de recuerdos.

—Y yo daría la mitad de mi vida futura por borrar los recuerdos de mi vida pasada. Toda reminiscencia es penosa. Mirando para atrás, ya encontramos los días de la juventud perdidos inútilmente, ya desengaños en amistad, ya sueños de gloria convertidos en realidades miserables, ó ilusiones de amor sobre las cuales ha extendido su manto frío la muerte ó el olvido. El recuerdo de cosas felices, como ya pasaron, causa pena, y el de acontecimientos desgraciados jamás proporciona placer. Nuestro mayor enemigo es la memoria. Las aguas del Leteo son la más sabia invención de los paganos.

—¡ Qué ha visto de particular en sus largas correrías ? Cuénteme.

—Todo el mundo es Popayán : por todas partes están en mayoría los desgraciados, abundan los necios y predominan los malos.

—¡ Ha encontrado en alguna parte hombres que sean constantes en amor ? Eso sería un descubrimiento importante.

—¡ Y por qué no me pregunta si he conocido mujeres que no sean volubles, olvidadizas, &c.? Semejante hallazgo también honraría á un buscador de imposibles.

—Siempre prevenido contra nosotras !

—Nada de eso : lo que acabo de decirlo fué en calidad de represalia. Las quejas que se dirigen mutuamente los hombres y las mujeres forman un abultado proceso que nadie puede sentenciar, porque todo el mundo es á la vez juez y parte. Si yo fuera el árbitro de esa eterna querella sentenciaría en favor de las mujeres : la observación y el uso del mundo han rectificado mis ideas. He visto que las mujeres redimen algunas faltas con grandes sufrimientos y virtudes sublimes : que sus acciones, inspiradas por el sentimiento, son más desinteresadas

y generosas que las de los hombres emanadas de la razón y del cálculo. Por todas partes donde hay una miseria que socorrer, un dolor que consolar, allí se las encuentra: ellas se adhieren á la desgracia, así como los hombres á la fortuna y á la dicha. Además son débiles, y, para todo corazón bien puesto, la causa del débil es la buena causa.

Pero contrayendo á U. la conversación, añadí, espero que será feliz en su matrimonio.

La llegada de Alfredo, así se llamaba el marido de Julia, interrumpió nuestra plática. Alfredo no era ya el joven elegante de otros tiempos. Vestía sin aseo ni cuidado; y el color demasiado rojo de su cara y sus ojos inquietos revelaban las pasiones de mala ley de un hombre vulgar. Estos hombres, cuando ya pierden el brillo efímero que dan la primera juventud y los vestidos elegantes, quedan como los libros sin ideas cuando pierden la pasta: reducidos á nada. Habló conmigo sobre cosas insignificantes, pidió su chocolate porque era llegada la oración y se despidió sin dirigir la palabra á Julia.

Confieso que la vista de aquella mujer pálida y ajada aunque tan joven, habitando aquel cuarto sin ningún adorno agradable que manifestase la solicitud cariñosa del amor, y de aquel hombre que llegaba á su casa como á una posada y se volvía á la calle sin dirigir á su mujer enferma una sola palabra de ternura, me revelaron que el destino de mi pobre amiga no tenía nada de envidiable y que el matrimonio, á ella como á otras muchas, no le había hecho sino promesas engañosas.

—Lo que veo, la repetí, me causa la mayor extrañeza. Averiguando por su suerte todo el mundo me ha dicho que es feliz.

—Á la dicha, me respondió, como al cielo, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Con tal que una no se queje, viva en casa propia y tenga con qué hacer mercado todas las semanas, el público de por acá no necesita más para llamarla dichosa. Nadie se toma el trabajo de averiguar si el amor, la cordialidad y las consideraciones mutuas entre los esposos habitan en el hogar doméstico.

—Pero si el matrimonio es por lo regular una cruz pesada; por qué tanta impaciencia en echársela á cuestras?

—Ninguna escarmienta en cabeza ajena. En nuestros

sueños de niñas figuramos el matrimonio como un Edén, en que no hay sino flores, sonrisas y amor: así es que apenas salimos de la infancia nos apresuramos á dejar la vida libre de solteras, las santas y puras alegrías de que gozamos en nuestra casa, por buscar ese porvenir tan lleno de vicisitudes y de tinieblas. Aquí no tenemos ningún trato con los hombres: los conocemos en la iglesia ó en la calle; luego nos hacen tres ó cuatro visitas ceremoniosas, en las cuales es imposible para una niña cándida, ignorante y descuidada, sin hábito de observación ni uso del mundo, distinguir si se la busca por interés ó por amor, si su pretendiente es hombre de educación ó algún patán disfrazado de caballero. Luego á los hombres, hasta á los más palurdos, les gusta aparecer como no son: todos ellos nacen diplomáticos, es decir, pérfidos.

—Gracias.

—Mejorando lo presente. Nuestros padres, que debían tener el juicio que á nosotras nos falta, regularmente no se fijan sino en la fortuna de la parte contraria: allí donde ven la riqueza determinan que para nosotras está la dicha.

—Convengo con U. en que esos matrimonios prematuros, tan acostumbrados entre nosotros sin que las mujeres estén moralmente formadas, son sumamente peligrosos. Además, si las relaciones entre los dos sexos fueran más frecuentes, si las mujeres y los hombres no formaran hasta en los bailes dos campamentos separados, después de estudiarse y conocerse recíprocamente, los matrimonios tendrían más condiciones de dicha: este trato apartaría á los jóvenes de otras distracciones peligrosas, les daría modales y cortesanía; por consecuencia, las costumbres vendrían á ser más dulces, la sociedad más animada.

—El matrimonio, repitió Julia, es nuestro solo porvenir: convenido; pero esta institución, que es para nosotras una cosa tan seria, suele no ser para los hombres sino un capricho pasajero ó una cuestión de economía doméstica. Ahí está el mal. Para la mujer es juego muy recio: en una sola jugada compromete todo lo porvenir. Á ustedes, si el amor los engaña, les quedan mil senderos abiertos en el mundo: pueden aturdirse con la política, distraerse con los negocios, buscar los encantos de la ciencia, pasear su tedio

por todo el universo, vivir con agitación ó morir con gloria. Pero á nosotras, si el matrimonio como tiene de costumbre nos engaña, no nos queda más esperanza que el cielo, ni más refugio que la resignación, triste virtud inventada por el cristianismo para el uso especial de las mujeres. U. que me dejó tan frívola extrañará hoy encontrarme tan grave: la meditación es el recurso de los desgraciados: la dicha no reflexiona.

—Yo no extraño, la respondí, que U. se haya refugiado en la filosofía: lo que sí admiro es que en esta ciudad todas las mujeres con la vida aislada, vegetativa, sin placeres que llevan, no se hayan muerto de espín. Ya es tiempo que los ricos, á quienes toca tomar la iniciativa, se resuelvan á abrir sus salones á la buena sociedad. La riqueza obliga: justo sería que de vez en cuando dieran tertulias, bailes, algo que animara la triste y monótona vida de las mujeres.

—Si ya que no placeres, añadió Julia, se nos diera educación, habría alguna recompensa. La educación proporciona á las mujeres recursos contra el tedio, consuelos en la desgracia, gusto por la lectura, amor á las artes y desarrolla en ellas la gracia que, como dice un poeta, es el perfume de la belleza. Había un colegio de niñas bien montado y lo suprimieron: la plata que costaba no les producía interés. Ya se ve: nuestro destino de amas de llaves no requiere mayores estudios: no se necesita mucha gramática para llevar el apunte de la ropa, ni mucha geografía para saber dónde queda la despensa.

Me despedí de Julia y tomé el camino de mi casa. Como habrá visto el lector, á pesar de la confianza que ella tenía conmigo no quiso levantar completamente el velo que cubría su vida doméstica, y envolvió sus desgracias propias en consideraciones generales. Pero yo comprendí después que ella no había encontrado en su matrimonio ni los placeres que da la riqueza, por la sórdida economía de su esposo, ni la dicha que viene de los afectos, porque él no tenía sentimientos, delicadeza ni corazón. El desencanto y la aridez de su vida habían arrebatado de su alma la esperanza y de su cuerpo la juventud y la belleza. Un hombre brusco, sin educación y sin maneras, si tiene plata, puede ser considerado en la sociedad como excelente ciudadano; pero la vida que lleve su mujer

siempre será un martirio completo. Los necios no se contentan con ser simplemente necios; casi siempre aspiran á ser malos. Alfredo, á los dos meses de casado, olvidó las cortesías que había aprendido en París, se envolvió en un saco de paño burdo, descuidó relación con el jabón y las navajas de afeitar, se entregó al agio con furor y, por vía de distracción, á echarse sendos tragos de aguardiente. La avaricia, que suprime todos los goces, por sí sola es bastante contra la dicha de una esposa; pero la avaricia y el aguardiente juntos son ya demasiado. El que no se detiene en la superficie de las cosas, vislumbra en Medellín muchas esposas desgraciadas. Por lo regular el hombre aquí se entrega en cuerpo y alma á alguna pasión enemiga de la dicha doméstica: la avaricia, el aguardiente y el juego encuentran por todas partes adoradores fanáticos.

Julia, que había soñado una vida de poesía, de ternura y de amor: que es, como todas las organizaciones selectas, aficionada á los placeres, á todo lo bello y armonioso; qué podrá esperar la infeliz de un hombre que, á los pocos meses de casado, vendió el piano y las joyas de su mujer para dar el dinero á interés? ¿Qué podrá esperar de un hombre que se cree dispensado de toda galantería con dar seis pesos el viernes para mercado, cuya imaginación no resuelve sino cálculos de avaricia y cuya fisonomía sólo refleja vicios innobles?

En cualquiera otra sociedad una mujer como Julia, amiga de placeres, sensible, apasionada, mano á mano con un marido zafio y grosero, sujeta á desgracias sin horizonte y á eterno desamor; esa mujer aburrida y desesperada buscaría distracciones criminales. Estoy seguro que Julia seguirá valerosa la senda del deber y se recostará, joven aún, en las losas del sepulcro, envuelta como Cristo en el sudario inmaculado de la virtud. Esas santas mártires merecen la admiración de los hombres y las caricias de los ángeles.

Medellín, Agosto 1.º de 1855.

(De EL TIEMPO, número 44, de 30 de Octubre de 1855.)

UN BAILE EN MEDELLÍN

¿Conque en la tristísima, en la ascética, en la ortodoxa ciudad de Medellín se baila también? preguntará con asombro cualquier extranjero que haya visitado esta capital en sus malos días de fastidio y de monotonía.

¡Sí señor: sus habitantes han tenido por una noche el buen sentido de comprender que los fardos y la usura, la murmuración y las antipatías no deben llenar toda la vida: algunos ascéticos de ambos sexos, entusiasmados y gozosos en esa fiesta deliciosa, por fin sospecharon que el hombre no ha sido creado enteramente para hacer penitencia, y que si algunas horas de placer no formaran contraste luminoso con las fatigas continuas y las tinieblas de la vida, habría que proclamar la dominación exclusiva del mal en los destinos humanos y maldecir la injusticia del Creador.

El martes en la noche, en la espléndida casa del señor Juan Pablo Sañudo, tuvo lugar, dado por su familia, uno de los más hermosos bailes á que hayamos asistido jamás. Á las lluvias continuas y á los malos días sucedió, para favorecer la diversión, una de esas noches verdaderas de Diciembre, en que nuestro cielo se cubre, como una hermosa en sus días de coquetería, con su más bello vestido azul, con sus más fulgentes y esplendorosas estrellas. Era una de esas noches serenas y tranquilas que se ven en nuestro valle, en que la luz cariñosa de las estrellas y la brisa cargada de perfumes y voluptuosidad, convidan al placer; una de esas noches en que la vida se siente ligera é imaginamos que la desgracia es mentira; una noche de esas en que hasta los desgraciados tienen esperanza y hasta los ateos creen en Dios.

Agregad al natural encanto de una noche semejante bellos salones alfombrados, perfectamente iluminados y con ricos muebles; una música armoniosa; la cordialidad en todo el mundo, el buen humor más exquisito y, sobre todo, las corrientes magnéticas que circulaban por todas partes, desprendidas de lo más escogido de nuestras bellas, que competían esa noche en gracia y gentileza.

Allí se encontraban y resplandecían todos los tipos de belleza,

desde el judío sostenido por las blancas de rostro ovalado, cabellos dorados y ojos melancólicos, hasta el árabe representado por las picantes é incendiarias morenas, de ojos negros y mirada revolucionaria.

Éstas dominaban en el baile, tiranizaban los corazones, caldeaban la atmósfera.

En medio de esa constelación de bellezas notábase una estrella desprendida de otro cielo. Si ésta nos permite darle formas humanas diremos, que sus cabellos color de ébano, peinados con suprema elegancia, sombreaban un rostro juvenil lleno de animación, de frescura y de gracia; su cuerpo, en medio de las ondulaciones de un vals, parecía flexible, indeciso y vaporoso como el de una fada, y sus ojos, verdaderos diamantes de Golconda, eran capaces de iluminar con sus rayos la conciencia de un réprobo.

Y vosotros, solterones entre los treinta y los cuarenta, descreídos y recalcitrantes, si habéis sufrido impunemente el fuego cruzado de tantas bellezas; si vuestro corazón frío como la cima del Chimborazo no ha sentido algún benéfico incendio, declaraos de una vez incombustibles y despedíos para siempre de la vida conyugal.

La fría etiqueta y la tirantez en las relaciones, que forman el fondo de nuestras costumbres, desaparecieron por toda una noche para dar lugar al buen humor, á la alegría más comunicativa, á la cordialidad más afectuosa.

Al lucimiento de la fiesta contribuyó más que todo el carácter complaciente, amable, simpático y agasajador de todos los miembros de la familia Sañudo, cuya franqueza y exquisitas atenciones los que asistimos al baile recordaremos siempre con placer.

(De EL PUEBLO, número 20, de 28 de Diciembre de 1855.)

EL AÑO 1855

Vamos á dirigir una mirada retrospectiva sobre este año, que acaba de hundirse en las nieblas de lo pasado.

El año 1855 no ha presentado en el mundo antiguo sino un grande acontecimiento : la toma de Sebastopol.

La vieja Europa dormía tranquilamente á la sombra de la paz, reglamentada y sostenida por las bayonetas y el despotismo. El interés general de mantener el equilibrio europeo establecido por la Santa Alianza, mantenía á raya las tendencias revolucionarias de las naciones oprimidas y la inquieta ambición de las naciones conquistadoras. La República francesa apareció á las miradas de los pueblos como una estrella de luz y de esperanza, que pronto se apagó en el horizonte. Los republicanos, asesinados en Italia y en Hungría, maniatados y proscritos en Francia, vencidos por todas partes, se habían resignado á esperar mejores tiempos. Polonia no palpitaba ya é Irlanda, andrajosa y hambrienta, después de la muerte de su gran tribuno había quedado muda, inanimada, sin jefe, sin cabeza y sin voz : la tribuna y el periodismo francés estaban reducidos al silencio por la mordaza y la censura. París, sin libertad, se entregaba á locas fiestas, como una cortesana que procura ahogar la vergüenza de su caída aturdiéndose en orgías. Europa, paralizada por el despotismo, gangrenada por la miseria ; dominada en el orden político por los tiranos, en el orden social por los banqueros, entregada al culto de los placeres materiales, á la pasión desenfrenada del oro ; sin fe, sin creencias, sin otra religión que el egoísmo ; Europa, decimos, ostentaba la misma estabilidad y grandeza aparentes y engañosas, que el imperio romano poco antes que las hordas del Norte llegaran á sus fronteras.

El sentimiento democrático había vuelto á refugiarse en las universidades de Alemania, en las sociedades secretas y en el oculto santuario de los corazones independientes.

Casamientos reales, intrigas de cortesanos, operaciones de bolsa, aventuras de salón, placeres y crónica llenaban la vida de Europa.

Los periódicos anunciaban de vez en cuando, como

únicos rumores de guerra, que los ingleses habían conquistado alguna provincia en la India, ó los franceses quemado algunos árabes en Algeria. El templo de Jano parecía cerrado para siempre: el Congreso de la paz estaba en alborozo.

De repente el silencio y la paz en que yacía la Europa occidental fueron turbados por el ruido de los cosacos, que marchaban en tropel hacia la antigua Bizancio, hacia la poética Stambul. Aburridos en sus heladas llanuras iban á buscar sol, odaliscas y placeres en la ciudad de Constantino. La Europa occidental, que mira también con ojos codiciosos la perla del Bósforo, gritó á los cosacos: alto ahí! El Atila civilizado del Norte sacó la espada, Inglaterra y Francia hicieron otro tanto, y en las playas de Crimea se empeñó una guerra de titanes, digna de tener un Homero por cantor.

El sitio de Troya por los griegos, el de Tiro por Alejandro y el de Babilonia por Ciro, fueron juegos de niños comparados con la toma de Sebastopol.

Todos los agentes destructores y mortíferos que ha inventado la civilización moderna, los batallones franceses de bravura tradicional y los inmensos recursos de Inglaterra, se han estrellado por mucho tiempo contra esa indómita ciudad, que parecía defendida por demonios. Pudiera decirse que nubes de metralla y avalanchas de fuego eclipsaron allí por mucho tiempo la luz del sol, como en las Termópilas los dardos de los persas. La sangre humana ha corrido á torrentes, y los aliados vencedores no han logrado apoderarse de una ciudad viva, sino de un montón de ruinas y osamentas, de un gran cementerio, de una silenciosa necrópolis.

Nosotros hemos seguido con perezosa indiferencia las faces y los incidentes de esa guerra famosa. Parecíanos lo mismo que los mercados del Oriente fueran explotados por unos hombres que se llaman ingleses ó por otros que se apellidan rusos. Cuando los fuertes se rompen la cabeza dejan en sosiego á los débiles. Como los aliados, mendigando los socorros de Austria y de Prusia, garantizaban á éstas su odiosa tiranía en Italia, Polonia y Hungría, no veíamos que la causa de la libertad, única que en las contiendas europeas pudiera llamar la atención de un americano, ganase cosa

alguna ni con la humillación de Rusia, ni con la derrota de los aliados. Inglaterra defendiendo sus posesiones de la India y su influencia en el Levante, y Luis Napoleón queriendo conquistar amigos y sostenedores entre los ingleses y cubrir su diadema usurpada con el prestigio de la gloria, no nos parecían, como tanto decantan sus periódicos, los atletas de la libertad contra el despotismo, ni de la civilización contra la barbarie. La guerra de Oriente, en nuestro humilde concepto, no ha sido otra cosa que una gran lucha de mercaderes ambiciosos.

Pero si hoy, como se dice, Inglaterra y Francia dirigen miradas simpáticas á Italia y Polonia; si por último se resuelven á sacar la espada en favor de las nacionalidades oprimidas y á dar á esa gran contienda un objeto más fraternal y generoso, todos los amigos de la libertad debemos dirigir al cielo plegarias fervientes por el triunfo de tan nobles lidiadores.

Queriendo escribir un artículo ligero, sin pensarlo nos hemos metido de redondo en la política europea, materia en la cual disfrutamos de una ignorancia deliciosa; pero, en esto de escribir sobre lo que no se entiende no seremos ni los primeros ni los últimos.

Y dejando la Europa y sus grandes cosas, pasemos revista, para concluir, á los acontecimientos notables que han tenido lugar en Nueva Granada durante el año de 1855.

Pero hay un pequeño inconveniente para hablar de los acontecimientos notables de Nueva Granada en 1855, y es que en 1855 en Nueva Granada no ha habido acontecimientos. No hemos hecho durante este tiempo ni revoluciones, ni constituciones, ni cosa que lo valga: toda nuestra vida pública ha sido indecisa, descolorida, con medias tintas y colores vagos.

Apoderándonos de una palabra, que sirvió de tema para un famoso artículo á un célebre escritor, de la palabra *cuasi*, diremos que en 1855 encontramos el *cuasi* por todas partes.

De la restauración del poder legal el cuatro de Diciembre *cuasi* se han aprovechado únicamente los conservadores; y *cuasi*, á despecho de éstos, hemos tenido una administración *cuasi* liberal.

En las elecciones, *cuasi* no ha habido libertad y el poder teocrático *cuasi* ha dominado en ellas.

El antiguo partido liberal, durante este año, *cuasi* se ha organizado, y los conservadores están *cuasi* asustados.

La industria *cuasi* ha empezado á desarrollarse, pero las Legislaturas provinciales *cuasi* la han ahogado con pechos y contribuciones *cuasi* insufribles.

El Tesoro ha estado *cuasi* exhausto, los empleados *cuasi* no han comido y los agiotistas *cuasi* se han puesto las botas.

El Gobierno ha vendido *cuasi* la Nueva Granada, á negociantes *cuasi* desconocidos, con plazo *cuasi* indefinido, á precio *cuasi* insignificante. *Cuasi* todos los periodistas creen esta operación ilegal: y *cuasi* es opinión general, que este contrato *cuasi* inexplicable pondrá la reputación financiera del señor Plata *cuasi* en naufragio.

(De EL PUEBLO, número 30, de 5 de Enero de 1856.)

TEATRO

El domingo veinte del corriente tuvo lugar en el teatro de esta ciudad la representación de la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, drama de don José Zorrilla. Sentimos que la nueva compañía de aficionados haya hecho su estreno con semejante drama, que nos parece detestable, como todas las producciones dramáticas que conocemos de este autor. No nos tomamos el trabajo de leer esta composición para autorizar nuestro aserto con una crítica seria, pues nuestra conciencia no está por ahora tan recargada de pecados, que merezca penitencia semejante. Encontramos en esta pieza desnaturalizada la historia, haciendo á todo un don Pedro el Cruel desafiar al labriego Pascual á batirse en reto singular. En esos tiempos de jerarquías perfectamente definidas y fanáticamente respetadas, los nobles, y espe-

cialmente los reyes, retaban á hombres de posición idéntica, se batían con sus pares, pero con villanos nunca.

No hay que buscar en esta malhadada composición ni pasiones verdaderas y sentidas, ni pintura profunda de costumbres, ni intrigas que aterren y dominen la atención, ni fin social, ni cosa ninguna. Sólo se encuentran en ella versos armoniosos á veces é insustanciales siempre, adulaciones al pueblo español, cuchilladas y peloterías de taberna y fanfarronadas de mal gusto.

Pero si en la pieza todo nos pareció falso, insustancial y desatinado, la representación no fué menos lamentable. Quisiéramos que en esta materia sólo elogios salieran de nuestra pluma, pues plácenos alentar á los jóvenes que tienen el valor y energía bastantes para luchar con las dificultades que entre nosotros presenta la carrera dramática; pero en esta ocasión no podemos autorizar con nuestra aprobación, por débil que sea, semejantes pecados contra la verosimilitud y el buen gusto.

Exceptuamos de nuestra crítica al señor Lucio Villa, que representó algunos retazos con habilidad, y que tiene aptitudes para ser con el tiempo un distinguido actor dramático.

Los señores don Pedro el Cruel y don Enrique el Bastardo no han aparecido en el teatro como la historia los pinta, llenos de orgullo y de altivez, devorados por ambición profunda y pasiones ardientes: hanlos rebajado entre el poeta y los actores al nivel de guapetones de taberna, jactanciosos y desalmados, con sombrero ladeado, escupiendo por el colmillo, echando ternos y bravatas. Palabras y movimientos todo nos pareció inverosímil, exagerado, sin dignidad y sin medida. Esa caminadera en sentido inverso de los interlocutores, formando líneas paralelas, y mirando unos para un lado y otros para el contrario, no nos parece natural: en el mundo reyes y súbditos, nobles y villanos tratan sus asuntos y arreglan sus cuestiones sentados ó en pie unos frente á otros, ó paseándose sin darse la espalda.

Nuestros jóvenes actores han adquirido la costumbre, cuando están solos en la escena, de encararse con el público para dirigirle sus monólogos desde el borde del escenario, á guisa de diputado provincial que se dirige al presidente, ó de tribuno político que arenga al pueblo soberano. Esto no es así: todo individuo que, en el arrebató de una pasión ó de un sentimiento cualquiera habla consigo mismo es porque está solo, y dirige

sus palabras en desorden á cualquiera parte sin pretender arengar á nadie.

Á nuestro público le caen muy en gracia y aplaude que es un gusto las fanfarronadas y las bravatas dichas con exageración y arrogancia. Los actores deben desdeñar estas ovaciones de mala ley y buscar los aplausos y las simpatías de la gente sensata, que no admira sino lo que es natural, sencillo y verdadero.

La antigua compañía de aficionados se ha dividido en dos, que trabajan cada una por su cuenta: ignoramos los motivos de semejante cisma. Lo que sí sabemos es que, fraccionándose, ambas compañías se han debilitado, quedando escasas de buenos papeles con grave perjuicio del público, á nombre del cual protestamos contra la división, aconsejando á los poderes beligerantes echen pelillos á la mar en obsequio de la unión y la fraternidad.

Es de notarse la predilección que nuestro público tiene por los dramas: la comedia, aun la de Bretón, del saleroso y picaresco Bretón, le da sueño. Es que al público de por acá no le gusta reírse: á los antioqueños, siempre exagerados, sólo los sacuden escenas violentas y pasiones homicidas. Amigos de sensaciones fuertes, tal vez para buscar contraste con la prosa eterna y la monotonía cotidiana de nuestra vida, tienen marcada predilección por el drama pavoroso y romántico de Dumas y Víctor Hugo.

La concurrencia á la última representación fué numerosa; no habría menos de ochocientas ó mil personas: decididamente en esta ciudad hay afición por el teatro. Con gusto vimos allí algunas familias ricas, que hasta ahora desdeñosas y recalitrantes habían brillado por su ausencia. Nótase aquí, como en Bogotá, que los pobres son los que sostienen el teatro. La economía es una virtud en los pobres y un vicio asaz de mal gusto en los ricos. Los hombres opulentos, por el solo hecho de serlo, despiertan la animadversión y las antipatías del proletariado desamparado. Los ricos ilustrados de otras partes, comprendiendo bien esta verdad, procuran hacer aceptar su bienestar y absolver su opulencia, dando con su lujo trabajo á los pobres, fomentando diversiones cultas, promoviendo todo linaje de consumos y gastando el dinero con mano inteligente y liberal.

Con el estímulo que una concurrencia casi siempre nume-

rosa presenta á los actores, y pudiendo ser el teatro entre nosotros objeto de especulación seria, creemos á nuestros jóvenes aficionados en el deber de entregarse á estudios concienzudos y de procurarse mujeres verdaderas, si las hay. La gazmoñería y el afectado puritanismo de nuestras costumbres oponen á esto gravísimos obstáculos, lo sabemos; pero con tenacidad y constancia todo se consigue. En los países cultos el teatro es para las mujeres de talento una carrera lucrativa, deslumbradora, espléndida: llueven sobre ellas aplausos y flores, y lo que es más sustancial, diamantes y libras esterlinas: son verdaderas soberanas, llevan una existencia real. ¡Cómo no se han de encontrar entre nosotros dos ó tres mujeres con un poco de talento y de belleza que, aburridas con la prosaica aguja, quieran distraer sus pesares ó buscar objeto á su ambición, refugiándose en el torbellino de la escena y en las elevadas regiones del arte! En el momento que una mujer cautiva los aplausos y las simpatías del público, se acaban los escrúpulos y la carrera adquiere prestigio y popularidad.

(De EL PUEBLO, número 33, de 24 de Enero de 1856.)

TEATRO

El sábado, día de la patrona de esta villa, representó la compañía dramática dirigida por el señor Froilán Gómez á *Maria Tódor* drama de Víctor Hugo. El nombre solo del autor basta para indicar que hubo en la pieza admirables golpes de teatro, lenguaje pomposo y magnífico, caracteres excéntricos perfectamente sostenidos, situaciones conmovedoras, puñales y sangre. Pretender nosotros juzgar á Víctor Hugo, el príncipe de los poetas modernos, sería una cosa por demás insensata y pedantesca. Éste no es uno de esos poetastros á lo Zorrilla, de cuyas piezas sale uno como de una sesión de

cabildo, con los nervios tranquilos y el ánimo sosegado. Víctor Hugo es capaz de enternecer á una beata, de conmover á un usurero. Estos dramas producen en el espectador un deslumbramiento vertiginoso y, después que se duerme, vienen sueños fantásticos en que ve por todas partes puñales, ríos de sangre y batallones de espectros. Si nosotros nos atreviéramos á señalar algún lunar en las obras de ese gran poeta, diríamos que es maltratar con exceso el corazón de los espectadores, prolongando demasiado las situaciones violentas, las escenas dolorosas.

No pensábamos escribir para este número revista de teatro, pero ya que ninguno de los otros redactores y colaboradores de "El Pueblo" ha querido hacerlo, seguramente por no meterse en dimes y diretes con los cómicos, nosotros, que nos sentimos con la independencia bastante para dar lo que es suyo á todo el mundo, á los vivos y á los muertos, no sacaremos el cuerpo á la cuestión.

El desempeño de los actores fué de lo más cumplido y atinado que de aficionados pudiera esperarse. El señor Froilán Gómez desempeñó su papel de Gilberto generalmente bien: sobre todo en la primera escena manifestóse sumamente tierno, sentimental, apasionado y verdadero. En esta clase de papeles es fuerte el señor Gómez. Notamos, eso sí, que comienza demasiado lacrimoso, y en las escenas de ternura debe haber progresión. La pasión y el entusiasmo deben aumentarse gradualmente, porque no pueden sostenerse si desde el principio se exageran demasiado. Cuando los actores comienzan una escena llorando, debían acabarla muriéndose; y no sería por cierto muy divertida una función en que todos los actores se muriesen. El señor Jaramillo, por el cual hemos tenido siempre marcada predilección, trabajó, como acostumbra, perfectamente bien. Cuando se presentó por primera vez en la escena, escuchando la canción de Fabiani, traía la mano en la cintura formando una posición inaceptable y de mal gusto. Pero comprende tan bien sus papeles y se ha asimilado tan completamente las maneras y las estrategias femeninas, que no podemos menos de admirarlo.

Pronto se le enronquecerá demasiado la voz y, dejando la adolescencia, adquirirá formas angulosas y varoniles, que lo imposibilitarán para desempeñar papeles femeninos. Una vez que suceda esto, si no se consiguen actrices, la compañía muere.

Y confesamos que nuestro orgullo medellinense se resiente, viéndonos obligados á dar cuenta en los periódicos de funciones dramáticas en que representan hombres vestidos de mujer. Esto es muy de pueblo y no puede aceptarse sino como cosa transitoria.

El señor Ricardo Lleras desempeñó á contentamiento público su papel de Fabiani. Como es un joven de educación esmerada, de buen lenguaje y de modales cultos, y como comprende bien los papeles que representa por los estudios históricos que ha hecho, podría ser un actor muy distinguido si reformara un poco su pronunciación, pues á veces no se le entiende.

Los demás papeles subalternos fueron también regularmente desempeñados.

El teatro estaba muy mal iluminado, con grave perjuicio de las hermosas, que no podían ser vistas, y de las feas, que en medio de las tinieblas parecían más feas aún. Notamos que el gremio de los solteros dirigía miradas codiciosas á una señorita vestida de negro. Y á la verdad esta popularidad no es usurpada: no puede haber cuerpo más elegante, ojos más habladores ni fisonomía más risueña, más graciosa, más primaveral. Lamentaban sus admiradores que estuviera ya comprometida. Las mujeres hermosas no deberían casarse, por lo menos hasta que no tuviesen veinticinco ó treinta años. Una hermosa que se casa es para el público una flor que se marchita, una estrella que se apaga, una ilusión que se va.

Nuestra crítica del último domingo ha dado lugar á una publicación de los interesados, en que nos dicen criticastros, apasionados, plagiarios y otras cosillas igualmente amistosas. Esto no prueba que ellos lo hayan hecho bien; y mucho menos lo prueba el que hubiera habido notable concurrencia, pues el público asistió contando con que se le iba á divertir. Nosotros no tenemos ningún linaje de antipatía, sino más bien aprecio por los actores que criticamos: somos por carácter imparciales y justicieros, y plácenos decir la verdad tanto á los poderosos como á los humildes; por consiguiente, ninguna predilección de bandería, ningún mezquino interés nos impulsó á escribir. Cuando vuelvan á representar, si lo hacen bien, tendremos el mayor gusto en elogiarlos.

ARTURO Y SUS HABLADURÍAS

Érase un domingo en Medellín á las cinco y media de la tarde: ni una ligera nubecilla empañaba el brillo metálico del cielo: el sol se escondía tras las montañas dejando en el horizonte una huella de oro y púrpura, en nuestras verdes colinas esa luz amarillenta del crepúsculo, que da á toda la naturaleza un tinte á la vez bello y melancólico. Las aves entonaban sobre los naranjos himnos melodiosos de despedida al rey de los astros. Entonces bien sea que dirigierais la vista á las montañas, á las colinas, á los prados, á la ciudad, á la tierra ó al cielo, encontraríais por todas partes belleza y suavidad, encanto y poesía.

Parece que en medio de esta naturaleza risueña, arrullada por un idilio perdurable la vida debía ser dulce, fácil y dichosa: no estando el hombre sujeto, por la suavidad del clima y la fertilidad de la tierra, á ser apremiado por el hambre ó atormentado por el frío, esas miserias horripilantes cuyo espectáculo en las ciudades populosas turba los placeres de los ricos, entre nosotros son desconocidas. Días espléndidos, noches estrelladas, campos pintorescos, baños deliciosos, un clima suave, perezoso y adormecedor, todo convida al hombre á gozar presuroso de la vida y á dejar correr sus días sin fatigas, cuidados ni ambición.

Pero en medio de este rico verjel donde brotan á porfía las más bellas plantas, en medio de esta naturaleza acariciadora y simpática, el hombre, por un contraste inexplicable, no cultiva sino pasiones antisociales, rivalidades caprichosas, antipatías y odios insensatos. El entusiasmo, la fraternidad, el desprendimiento, las amistades verdaderas, el amor desinteresado y caballeroso, los afectos dulces y sinceros, todas esas flores que encantan y perfuman la existencia, no pueden encontrar vida ni alimento en corazones que el egoísmo, la codicia y la fría especulación esterilizan y secan.

Así pues, si por sociedad se entiende un grupo de individuos con intereses idénticos, ligados por algunos vínculos de afecto y simpatía, aquí no existe cosa semejante: el individualismo exclusivista y absorbente reina por todas partes: pocos

sacrificarían algo porque la sociedad ganara mucho y ; cosa extraña ! hay muchos que se dejarían sacar un ojo porque al vecino le sacaran los dos.

Revolviendo en la cabeza estos malos pensamientos y otros muchísimo peores iba yo el domingo de que hablo, á la hora susodicha, por el paseo de la Quebrada-arriba en busca de aire puro y distracción. Comprometido con mi amigo Echeverri á darle un artículo para "El Pueblo," ligero y de poca sustancia, en vano registraba todos los pliegues de mi memoria á ver si recordaba alguna aventura picante, algún acontecimiento singular que sirviera de argumento. Ya perdía la esperanza de salir del paso, cuando de repente el azar, que es á veces no sólo la providencia de los enamorados y los ambiciosos, sino también de los humildes periodistas, vino en mi auxilio. Tropecé con mi amigo Arturo, joven de imaginación traviesa y picaresca, instruido en los misterios de la vida medellinense. Muy desmañado he de ser, dije para mi capote, si no saco de mis pláticas con Arturo un artículo de periodico.

He aquí pues, amable ó ríspido lector, con todas sus futezas, paradojas y extravagancias la conversación que tuvo lugar entre nosotros.

—Qué pensativo te encuentro, le dije: no iría más grave un diputado meditando una ordenanza soporífera.

—Es que hoy, me respondió, el tedio se ha apoderado de mí como Satanás del alma de un réprobo. Ya tú sabes que estoy enamorado, pues sin amores no puedo vivir: es mi estado fisiológico; necesito tener alguna ciudadana en quien pensar para poder dormir y hacer bien la digestión. Jacinta me gustaba un poco más de lo preciso: no me agrada tampoco en esta materia recargar mi corazón con demasiado lastre. Me encantaban sus ojuelos picarescos, su talle de ninfa y sobre todo el rosicler de sus mejillas: si ella hubiera preferido á otro, á éste lo habría atravesado con mi estoque sin misericordia, pues tenía celos hasta del aire que respiraba. Esta mañana fuí á la iglesia á que ella tiene la costumbre de asistir, pues yo siempre me elevo á Dios contemplando las bellas criaturas que ha formado: por poco no la conozco; parecía un espectro; tenía color de natilla trasnochada. ¿Por qué está Jacinta tan descolorida? le pregunté á un hermanito suyo: se ha enfermado? No, me respondió el inocente: fué que estaba acostada cuando

tocaron á misa, y mamá no le dió tiempo para ponerse el papelillo.

Héteme aquí un hombre sin ilusiones, maldiciendo esas bellezas artificiales y embadurnadas: el día que me vuelva á enamorar pido permiso á la familia para pasar bonitamente una esponja húmeda sobre la cara de mi dulce tormento.

Me fuí á casa á afeitarse y me corté: almorcé mondongo y se me indigestó. Resolví después hacer visitas para conjurar el malestar y el fastidio que me abrumaban.

Di con mi aburrida humanidad en casa de doña Ciriaca, aristocrática y encopetada señora, que me refirió, entre otras cosas, que hacía mucho calor á consecuencia de que no llovía: en seguida me preguntó que misa oí, cuándo me confieso y cuántos pecados tengo. Me recomendó con afincamiento que llevara mis pecados escritos en lugar de confiarlos á la memoria. No encontrándome hoy con disposiciones místicas cogí mi sombrero y me fuí.

En seguida me presenté en casa de una señora viuda, todavía joven apetitosa. Incontinenti mandó llamar á sus niños para que yo disfrutara de su infantil conversación. Me refirió las gracias de Mariquita, los pares de zapatos que tenía, las muñecas y las novillas que le había regalado su padrino, las fábulas que sabía y el modo como se acostaba. Después continuó su maternal elocuencia apologética con las gracias de Periquito. Éste tiene mucho talento, me dijo: anda siempre con su navajita y cuando alguno le parece feo le tira con ella. Qué te parece este caballero? le preguntó. Feo! respondió el muchacho, y sobre la marcha la antropófaga criatura sacó su navaja para hacerme un cariño. No hay duda, mi señora, la dije despidiéndome, Periquito es un genio.

Me quedaba todavía una esperanza para indemnizarme, y era la visita obligada á Jacinta. La encontré ya recobrada de su matutina palidez, fresca como una rosa de Bengala. Mi corazón volvió á latir con su ternura habitual; pero la mamá no me dejó cambiar una sola palabra con ella. Me habló también del verano y que después venía el invierno, de las misas largas y de las misas cortas, de sermones, de criados, de la carestía de los víveres, qué sé yo de cuántas cosas más. Por último se lanzó en una disertación sobre médicos y enferme-

dades. Díjome que estaba tomando píldoras de Brandreth porque se sentía muy reseca.

Al oír este exabrupto no pude resistir: de dos brincos me puse en la calle maldiciendo las visitas en que lo interpelean á uno sobre el estado sanitario de su conciencia, la visitas en que no le hablan sino de los hijos y de las gracias de los hijos, y de las comidas que les gustan á los hijos. Pero maldición una y mil veces, exclamé, sobre las mujeres que le cuentan á uno sus enfermedades de mal gusto, y especialmente que están resecas!

—Supongo que seguirás obsequiando á Jacinta, le repliqué: esa joven me parece un excelente partido.

—Imposible! me respondió. Yo que les tengo miedo á las suegras corrientes y molientes, cómo podría sufrir una suegra reseca? Más bien me expatriaría á Australia ó á Patagonia.

Además, el matrimonio no entra en mi programa: dedicar uno todos sus afectos á una mujer es injuriar á las otras, es proclamar el egoísmo y el individualismo más odiosos. En materia de amor estoy por el sistema alternativo é irresponsable: el ciudadano más filántropo y humanitario es el que quiere á mayor número de mujeres.

—Á propósito de matrimonio, le pregunté, cuántos nuevos anuncia la crónica?

—Ahora está el artículo escaso: ya en Medellín va pasando la moda. Hay apenas dos arreglados, dos más en ciernes y un matrimonio civil en estado de crisálida.

—¿Quién es ese caballero que nos saluda con aire tan benévolo?

—Conque no conoces á don Benvenuto? me respondió: con esas mejillas frondosas y su semblante primaveral tiene íntimas relaciones con el abuelo Lucifer. Ha cometido más expoliaciones que las que en otros países se necesitan para danzar colgado de una cuerda en una plaza pública: arruina familias, despoja parientes y comete todo linaje de pecados mortales de una manera tan suave y silenciosa, que la sociedad, no oyendo quejas ni maldiciones contra él, continúa teniéndole por un excelente ciudadano, por un hombre irreprochable. Es un famoso bandido que va á morir en olor de santidad.

—Y este otro que huele á obligaciones, á fardos, á facturas y á pagarés, cómo se llama?

—Don Teófilo, de descendencia israelita y cuya profesión es amontonar escudos. Á sus ojos la virtud más resplandeciente es la economía. Se levanta á las seis, toma chocolate y se pone á hacer números y cálculos hasta las nueve: á esa hora almuerza arroz, huevos, carne frita y chocolate: vuelve á sus tareas mercantiles hasta las tres, hora en que come el sempiterno puchero, frisoles y mazamorra; vino no toma porque dizque es irritante. Torna otra vez á los cálculos hasta las siete, en que por cuarta vez toma chocolate. De esa hora hasta las nueve conversa con algunos de sus conmlitones de lo que fulano tiene, de lo que zutano ha perdido, de la llegada de mercancías, del precio del oro y de las probabilidades de que suba el interés del dinero. Hace cuarenta años que vive de la misma manera. No ha dado jamás un convite, no se ha tomado una botella de buen vino, no ha hecho una acción generosa, no ha querido á nadie; de qué ha vivido ese hombre? Este semi-millonario, como hay muchos en Medellín, no es en realidad sino un mendigo que pasa por la vida sin conocerla. ¡Pobre diablo!

Mira, continuó Arturo aquel cincuentón acicalado, perfilado y lustroso como dandi parisiense: ése anda á caza de novia. Las hermosuras pobres son el objeto de sus satánicas asechanzas. Nada conozco más estúpido que un enamorado con cabellos grises, frente arrugada, narices gruesas color de remolacha y "abdomen hiperbólico." El amor huye despavorido delante de semejante espantajo. El corazón de una mujer acepta con entusiasmo á un hombre de veinticinco años; si tiene treinta lo acepta también, pero no siempre con entusiasmo; si llega á los treinta y cinco lo discute muchísimo, y si alcanza á los cuarenta lo acepta únicamente cuando carece de fe en el porvenir y de confianza en su estrella. Pero á los cincuenta deja de ser moneda circulante en los reinos de Cupido: muy desamparada de Dios y olvidada de los hombres ha de estar la mujer joven que se case con él. Dejad, pues, cincuentones y sexagenarios la descabellada pretensión de agradar á las muchachas. Contentaos con tener plata, con ser miembros de la Cámara de provincia, con ir al Senado, con intrigar y remover valores, con llevar vuestra vida estéril de egoísmo y ambición, contentaos con todo eso; pero el amor, que vale más que todas esas miserias, es un tesoro que no pertenece sino á

la juventud, á quien no podéis arrebatárselo para guardarlo en vuestras cajas de fierro. ¡Conque teniendo los negocios, la plata, la experiencia y el poder querriais también poseer el amor de las hermosas! ¡Vive Dios! caballeros, que esto es pretender demasiado.

Mira aquella joven, continuó Arturo. Su talle de sílfide, sus ojos agarenos, su frente despejada y pensativa, la distinción de sus modales y la amabilidad de su trato hacen de ella una criatura sobremanera interesante. Pero no es popular entre las mujeres: como no hace cara de oso á los hombres y no les tiene miedo, porque éstos no se comen á nadie, y se sonríe con ellos, y los trata con cortesanía, dicen que es coqueta y otras cosas peores. Sus amigas les dicen á los hombres, en secreto, que ella es una criatura muy estimable, pero que no sirve para esposa. Yo creo que su verdadero crimen es ser hermosa, vestirse con elegancia y tener talento: si fuera tuerta, flaca, calva, jorobada y tonta dirían que era una muchacha adorable. Para las medianías de uno y otro sexo toda superioridad es un crimen.

Siendo ya entrada la noche Arturo se separó de mí, después de haber hecho otras disertaciones biográficas, que dejaré por ahora en el tintero para no cansar á mis benévolos lectores.

(De EL PUEBLO, número 35, de 8 de Febrero de 1856.)

RECUERDOS DE MI JUVENTUD

EL PRIMER AMOR

Era allá por los años de 1843 á 1844. La República estaba fatigada con esa larga lucha en que el partido liberal

había derramado su sangre más generosa en los combates y en los patíbulos. Aquéllos eran malos días para la democracia: el partido vencedor proclamaba en voz alta que el país se perdía por falta de creencias y de fuerza en el poder público: la reacción contra la libertad se mostraba triunfante, en el orden político con la Constitución de 1843, y en el orden religioso con los jesuitas, que entonces se importaron de Europa.

La prensa liberal había enmudecido: los ciudadanos temblaban ante la *Ley de medidas de seguridad*, que los amenazaba como un espectro. Si mis recuerdos no me engañan, las ideas estaban en Bogotá de tal manera trastornadas, que hablar con entusiasmo de democracia, de soberanía, de las masas, de ensanche del poder municipal, de libertades públicas, equivalía á sentar plaza de espíritu débil, soñador y utópico. El movimiento reaccionario había penetrado en las costumbres: la república era como una cosa de mal gusto. En las creencias reinaba la más completa intolerancia, y la gazmoñería y el ultramontanismo estaban al orden del día.

El cetro de la oratoria pertenecía al señor Clímaco Ordóñez, que templaba en los Congresos, con su palabra elocuente y conciliadora, la impresión acre é irritante de los discursos de don Mariano Ospina, en los cuales este derramaba sin rebozo su desprecio ingénito por todas esas zarandajas que se llamaban garantías de los ciudadanos, derechos populares, soberanía de las masas, democracia y república.

Don Juan de Dios Aranzazu, que después de una juventud borrascosa pronunciaba un *pecavi* tardío, era uno de los oráculos de entonces. En calidad de paisano y de joven, pues este señor miraba con predilección á la juventud, yo tenía franca entrada en su salón, donde se reunían los hombres más conspicuos de aquel tiempo. Es imposible olvidar la conversación del señor Aranzazu: no podía haber nada más animado, más brillante, más armonioso, más lírico. El timbre metálico de su voz, y su fisonomía, aunque moribunda, llena de nobleza y distinción, daban á sus palabras un encanto irresistible. Las inmensas lecturas á que se entregó en sus últimos años habían enrobustecido su natural talento, y su conversación, además de rimada y cadenciosa, era instructiva y sustancial.

El talento de la conversación, genial en los franceses, es

raro entre nosotros. Hay en nuestro país profundos estadistas, escritores brillantes, hombres de un mérito incontestable; y sin embargo, su conversación lo adormece á uno, como las pláticas doctrinales de un cura de aldea. Es mucho más común tener talento que espíritu, y la buena conversación es hija del espíritu. Muerto el Sr. Aranzazu, he oído con mucho gusto conversar al doctor Cuervo, y con muchísimo más al doctor Vicente Lombana. Al doctor Lombana se le podrá tener antipatía, se le podrá tener odio, se le podrá tener miedo; pero cuando se está bajo la influencia de su burlesca y espiritual conversación, es indispensable reirse, es preciso admirarlo.

En la casa del señor Aranzazu conocí todas las notabilidades del país: allí concurrían hombres serios é históricos, como el doctor Márquez, don Lino de Pombo, el doctor José Manuel Restrepo; poetas excéntricos y soñadores, como Caro y Ricardo de la Parra; banqueros, hombres de sociedad, beatas, militares, &c. Conocí también allí á don Luis Baralt, el hombre del sombrero antediluviano, caricatura viviente, bajo cuya gravedad cómica se ocultaba, dicen, una alma justa y un espíritu recto. La fisonomía ascética y firmemente modelada del arzobispo Mosquera también se me presentó allí por la primera vez. Yo escuchaba á esos hombres con respeto casi religioso, y á veces tenía la pedantería de tomar parte en sus conversaciones.

Con ese poder de asimilación que tiene la juventud, yo ingertaba entre mis ideas frases y conceptos tomados á aquellos señores, con las cuales me pavoneaba entre mis condiscípulos, que á veces se preguntaban admirados:

—Este diablo de Emiro; ¿de dónde saca tantas ideas?

Yo me guardaba bien de decirles que era del salón de don Juan de Dios Aranzazu.

Después leí la fábula del grajo adornado con las plumas del pavo real, y esta alegoría me causó una viva impresión. Desde entonces me ha gustado más vestir mis pobres escritos con harapos propios que con púrpura ajena. Si alguna vez me he apoderado de pensamientos ajenos, ha sido inocentemente, creyéndolos capital propio. Una piratería literaria me parece un pecado mortal: un pillaje en la bolsa de un individuo sólo le arrebatara algunos escudos; un pillaje en sus ideas le roba una parte de su alma, una porción de sí mismo.

¡Viva la originalidad! Todo hombre debe ser algo, edición distinta del gran libro: tener su lenguaje, sus ideas, sus costumbres, sus pasiones, sus debilidades y sus virtudes especiales.

En el colegio se respiraba esa atmósfera de despotismo, que don Mariano soplaba sobre todo el país. El plan de estudios pesaba sobre nosotros como un fardo de hierro; pero no hay maestros bastante detestables, ni prisiones bastante lóbregas, ni planes de estudio suficientemente represivos para ahogar el buen humor y apagar la esperanza y la alegría en el corazón de un estudiante.

Querido lector: no tengáis envidia á un Ministro de la Corte Suprema, ni á un Senador del Congreso, ni á un agiotista afortunado, ni á un candidato para la presidencia de la República; pero tened envidia, eso sí, con todas las fuerzas de vuestra alma, al primer estudiante de diez y ocho años que pase por la calle.

¡Qué bella edad es esa de diez y ocho años! Entonces todavía no lo han engañado á uno las mujeres, ni lo han explotado los usureros, ni lo ha *mistificado* el destino! Á esa edad se tiene siempre una fada al dormirse que nos cierra los ojos con sus dedos de rosa, y otra igualmente bella que nos mira sonriendo al despertar. Decidle á esa alma sincera, afortunada y creyente que su querida es una coqueta, y os gritará: *mentira!*

Decid que sus amigos, sus compañeros de placeres, sus comensales de fonda, le voltearán la espalda el día que le ayuden á comer su último escudo, y os responderá: *mentira!*

Decidle que dentro de seis ú ocho años se volverá el pérfido, hipócrita, egoísta, frío especulador como todos; que tendrá que resolverse á ser explotado ó explotador, víctima ó verdugo, y os replicará indignado: *mentira!*

Ese joven, con el corazón repleto de creencias, de ilusiones, de generosidad y de ternura; con la frente tersa como un trozo de mármol bruñido por un estatuario; con la mirada húmeda, brillante, entusiasmada; rico en tesoros físicos y morales, ese joven es la verdadera criatura hecha á imagen de Dios: de los treinta para arriba el hombre deja de asemejarse á Dios para parecerse un poco al diablo,

Un estudiante no se contenta, como Rioja, con un libro y un amigo para ser dichoso : además del libro y del amigo necesita una querida, y bellos y resplandecientes castillos en España. ¿Qué estudiante, por poca imaginación que tenga, se ha contentado nunca con un destino vulgar ? Cada uno se cree llamado á ser un gran poeta, un gran capitán, un orador de la fuerza de Mirabeau, ó un financiero removiendo millones. Nadie cuenta con que su lote en la vida será administrar una botillería, vender lienzos al menudeo en una tienda, confeccionar píldoras en una botica, ser secretario de una alcaldía ó maestro de escuela con veinticinco pesos mensuales.

Él no vive casi en lo presente : se ríe de las miserias actuales con esa confianza suprema que tiene en el porvenir.

Si en sus paseos al Salto ó á Fusagasugá se le cansa algún endeble rocinante ; qué importa, dice, algún día tendré caballos árabes !

Si su levita tiene rotos los codos, ó sus botas están torcidas, ó su camisa tiene un color indefinible, se consuela diciendo que esos son percauces pasajeros, pues pronto se vestirá como un dandi parisiense.

Si alguna muchacha, al ver su embrollada vestimenta, lo mira con desdén, no se le da un bledo. Yo tendré un millón de pesos, exclama, y entonces todas se arrodillarán á mis pies.

Dos eran mis amigos más íntimos. El uno, á quien llamaré Emilio, tenía, como yo, de diez y ocho á diez y nueve años. Sus cabellos ensortijados, de un dorado pálido, rodeaban, como una aureola, su frente pensativa, de una blancura de jazmín : tenía ojos azules y formas de redondez casi femenina. Al verlo se conocía que era una naturaleza noble y delicada, pero que carecía de fuerza y de energía para luchar con la vida.

El otro, que me permitiré llamar Pepe, era un mozo tremendo. Ojos negros, nariz de ave de rapiña, pelo y bigotes lisos y tiesos como las espinas de un cerdo salvaje, mirada atrevida, músculos de hierro : todo revelaba en él al hombre de acción, de combate y de fuerza.

Pepe había nacido rico ; pero parientes de la escuela de Caín, teniendo por colaborador á su tutor, lo habían empobre-

cido hasta el punto de obligarlo la necesidad á buscar, en la edad en que todo hombre debe tener su situación formada, el estéril y efímero recurso de un grado académico. En la época en que lo doy á conocer á mis lectores tenía ya veintisiete años. Las desgracias de su juventud y las estafas de que había sido víctima le habían inspirado un desprecio profundo por los hombres; y respecto á las mujeres profesaba las opiniones de un Bajá. Epicuro era á sus ojos el primero de los filósofos, Lúculo un hombre *comme il faut*, y don Juan Tenorio un personaje á quien se debía canonizar. Era, además, volteriano, y siempre tenía pronto un sarcasmo para turbar nuestra confianza y empañar nuestras más límpidas ilusiones.

Pepe era completamente positivo y un si es no es materialista. Prefería siempre una botella de vino y un buen *roast-beef* á una melodía de Lamartine y á un canto de Byron. Aborrecía, pues, la literatura como Napoleón á los ideólogos.

Cuando veía á Emilio arrullado con sus ensueños de poeta se amansaba los mostachos y exclamaba:

—Sigue en esa lucrativa ocupación de alinear frases. Esto da compasión: el hombre ha nacido para la acción y no para pasar su vida haciendo renglones largos y renglones cortos. El día que menos pienses llegará un grasiento usurero á tu boardilla, te hará reconocer ante un escribano, feo como un ogro, una prosaica obligación que le has firmado, y te llevará, no al cielo sobre las alas de un serafín, sino á una cárcel inmundada.

Cuando yo le hablaba de cierta sílfide de la calle de la Carrera, que tenía el mal gusto de mirarme con desdén, y de su madre que me hacía cara de oso, me daba éste ú otro consejo semejante.

—Vestido de capote y con los codos rotos, no hay que pensar en las lindas mujeres. Ponte botas charoladas, levita á la moda, un reloj de cuarenta libras, díles que acabas de heredar veinticinco mil pesos y que ha hecho testamento en tu favor una vieja tía que está ética, y entonces verás á la mamá blanda como un cordero, y á la ninfa dirigirte miradas de una ternura inefable.

Otras veces, hablándole Emilio y yo de los amigos que teníamos, de los convites que nos daban y de lo dulce y fácil

que era la sociedad, Pepe nos decía, siempre amansando sus cerdosos mostachos :

—Yo me he rozado con los hombres y he quedado todo arañado, he metido las manos en el corazón de la sociedad y he corrido á lavármelas en un arroyo, porque las saqué llenas de lodo.

Este hombre nos hacía un daño horrible : su filosofía triste, desconsoladora, á veces cínica, quebrantaba nuestras más bellas creencias. Sinembargo, no podíamos separarnos de él : sus paradojas nos asustaban á veces, pero nos fascinaban siempre.

Emilio era más poeta, más soñador, más optimista que yo. Por desgracia, desde mi primera juventud he visto en la sociedad más espinas que rosas y más sombras que luz. Emilio no soñaba un porvenir grande ni ruidoso, pero sí una existencia tranquila, calmada, llena de poesía y de amor.

Casarse con una linda muchacha en Bogotá, después de acabar su carrera : retirarse con ella á su casa de campo en el Valle del Cauca : pasar allí sus días cuidando sus vacas, entregado á ocupaciones campestres y paseándose con su amada bajo las ceibas, los naranjos, los madroños y las palmeras de su bello país : acostarse por la noche en una hamaca á aspirar las brisas perfumadas de los bosques, fumando cigarros mientras ella preludiaría al son de la guitarra canciones de amor : hacer versos en sus horas perdidas, cuidar sus caballos y sus perros, entregarse á todas las voluptuosidades de la pereza, que tiene tanto atractivo en los climas calientes : educar sus hijos, idolatrar á su mujer, vivir dichoso y morir en paz, he aquí el sueño dorado de Emilio.

—Voy á casarme, nos dijo un día á Pepe y á mí.

—¡Imposible ! respondió Pepe. Eso en todo tiempo es una calaverada, y á los diez y ocho años es una tontería. Y ¿ en qué verjel encantado has encontrado esa flor maravillosa, que se alimenta con la brisa de los prados y el rocío del cielo ? Pues supongo que un hombre tan ideal como tú no ha de buscar una mujer que coma y viva como todas, que haya tenido diez amantes ó siquiera pensamientos mundanales.

—Calla demonio, respondió Emilio ; cuando conozcas á Angélica te postrarás de hinojos ante ella. Si la inocencia se pierde en el mundo, que la vayan á buscar en su corazón. Las

aguas de un arroyo, al salir de las grietas de una peña, no son tan puras y límpidas como su alma. Yo soy su primer amor, me ha dicho anoche llorando de ternura.

—Eso es bueno! replicó Pepe. Lo mismo me dijo ayer una *mercachifla* de cuarenta años á quien estoy galanteando en la tercera calle real. Para las mujeres todo amor pasado es como si no hubiera existido; y por medio de una atrevida metáfora sostienen que el presente es el primero y el único. Después que una mujer pasa de los quince, hay dos cosas que no confiesa jamás: los años que cuenta y los amores que ha tenido.

—Si yo creyera verdaderas tus absurdas teorías, me daría un tiro, respondió Emilio. Yo creo en la inocencia de Angélica como creo en la luz, como creo en el cielo, como creo en Dios.

—Dentro de seis años te reirás de toda esa jerigonza sentimental. Y ¿puede saberse la edad que tiene tu bella?

—Quince años.

—Otra tontería, añadió Pepe. Tesis general: no se casen ustedes jamás con mujer de quince años. Á esta edad las mujeres no son mujeres: imposible adivinar si serán unas Lucrecias ó unas Mesalinas. Busquen mujeres que tengan sus pasiones, sus gustos, sus vicios y sus caprichos ya formados. Á los quince años no hay clave ninguna para leer en su corazón y descifrar el enigma de su carácter. Y en cuanto al placer que haya en tener relaciones con ellas, yo lo niego: las mujeres de quince años me causan un fastidio soberano.

—Será todo lo que tú quieras; pero yo me caso con una muchacha de quince años. Buscaba el primer amor de una mujer, y ya puedo decir *eureka*, como Arquímedes.

—No te casarás, replicó Pepe con su dogmatismo habitual.

—Eso es ya demasiado: soy solo en el mundo, y no tengo que dar cuenta de mis acciones sino á Dios.

—Una apuesta, le dijo Pepe. No te comprometas con esa muchacha hasta de aquí á un mes. Para la noche antes, manda preparar donde François una cena magnífica: procura que no falte nada: un estudiante económico sería una cosa monstruosa. Si después de la última copa de champaña insistes en casarte, yo pago la cena: si, al contrario, renuncias á este proyecto, la pagas tú.

—Convenido! respondió Emilio.

En la noche fijada, á las diez en punto, subimos al salón de la fonda de François, donde debíamos cenar á puerta cerrada. Viandas succulentas y vinos calorosos de España, que los ingleses, terciándoles con brandi antes de exportarlos, vuelven más ardientes todavía, ocupaban la mesa. El champaña estaba allí también esperando la hora de las paradojas y de la ruidosa conversación. Cuando uno después lleva en una aldea de provincia esa vida de templanza, que haría honor á un cenobita; cuando tiene que contemporizar con los honrados vecinos de su pueblo, bebiendo como ellos siempre agua pura de las fuentes para no pasar por crapuloso ó disipado, y acostarse á las nueve para no sentar plaza de licenciado, entonces suele recordar algunas veces con un placer indefinible esas cenas borrascosas en Bogotá. Tengo graves sospechas de que San Agustín, aburrido de mantenerse con pan y agua en el desierto, recordaba con delicia pecaminosa sus orgías de Roma.

Nosotros devorábamos con el apetito que tiene un usurero el día que come en casa de un amigo. Después de satisfacer la primer hambre empezó á animarse la conversación, y Pepe preguntó á Emilio si insistía en su casamiento.

—Siempre! respondió.

Pepe tomó entonces un vaso, lo llenó de champaña hasta el borde, y brindó por los quintos amores de Angélica.

Emilio saltó en su asiento como si lo hubiera picado un escorpión—; Calumniador! exclamó pálido de cólera, y le arrojó á la cara una botella que se rompió contra la pared.

Pepe, como Temístocles, le respondió con una sangre fría desesperante:

—Pega, pero escucha.

Entonces se subió sobre un taburete, como quien va á arengar; metió su ancha y musculosa mano en el bolsillo de su paletó, sacó unos papeles que puso sobre la mesa, y exclamó:

—Hasta ahora todos los que han publicado la verdad han sido crucificados; pero ninguno ha quedado contuso por lisonjear las preocupaciones de un pueblo ó los caprichos de un hombre. Yo he querido salvarte, y para esto me he tomado la pena de galantear durante un mes á Laura, la hermana mayor de tu querida. Ella, por complacerme,

me ha entregado, para devolvérselas mañana, estas prendas que pertenecen á Angélica, tu virgen de los primeros amores. Para un futuro son documentos históricos de un valor inestimable.

Mira: ésta es una carta ternísima que le dirigió un orejón, dándole gracias por una trenza de pelo que ella le había mandado.

Este otro papel contiene unos versos macarrónicos que le dirigió un teólogo, en que habla con la unción de un futuro predicador, de un beso enteramente ortodoxo que obtuvo en cierta cita.

Este anillo tiene la cifra de un capitán; y si es de lanceros, como sospecho, las cosas se ponen de malísima data.

Este otro es un billete exótico que hace tres años le mandó un cachifo.

—Oh! qué horror! exclamó Emilio casi desmayado, pero enteramente convencido.

—Valor! mi querido, le dijo Pepe. Llena tu copa de vino, consuelo supremo de los hombres gastados y de las almas desengañadas. El champaña vale más que un amigo, vale más que una querida: no engaña nunca y alegra siempre. El champaña es mejor remedio para los dolores morales que los consuelos de un religioso y que las monótonas máximas de un filósofo estoico.

La fisonomía naturalmente pálida de Pepe se puso lívida. Parecía que todas las tristezas, las amarguras, los desengaños de su vida pasada se le habían venido, como un tropel de fantasmas, á la memoria, pronunciando esas horribles palabras.

La cena, que duró mucho, le costó un caudal á Emilio; al otro día amaneció doblemente pobre, sin ilusiones y sin plata.

Hace cuatro años me escribió de su hacienda del Cauca, entre otras cosas, lo siguiente:

“Al fin, querido Emiro, voy á casarme. Después de aquella terrible cena que tuvimos con Pepe he profesado enemistad á las mujeres, pero á estas amables y peligrosas criaturas no se les puede jurar, como Aníbal á los romanos, odio eterno. En estos pueblos de provincia es preciso casarse para introducir alguna novedad en la vida, para aburrirse en compañía de alguien. Pero he abandonado esa tontería de buscar

el primer amor de una mujer. La mujer es una criatura esencialmente afectuosa, y la que ha tenido más amores no prueba sino que es más tierna que las otras. Encontrar una mujer que no haya amado á nadie es tan difícil como descubrir la cuadratura del círculo, ó el movimiento perpetuo. Me caso con una muchacha clásica, positiva, nada vaporosa y que ignora absolutamente dónde tiene los nervios. Preguntándole cuántos amores había tenido, incurrió en la estupenda franqueza de decirme que dos ó tres pequeñas pasiones, pero que la que sentía por mí era la más fuerte, y que sobre todo sería la última. ¡ Dios la sostenga en esta heroica resolución ! Dentro de quince días estaré casado."

Hasta más ver, querido lector.

(De EL TIEMPO, número 66, de 1.º de Abril de 1856.)



CARTAS AL SEÑOR DOCTOR CAMILO A. ECHEVERRI

CARTA PRIMERA

Señor Doctor CAMILO A. ECHEVERRI.

San Juan, Mayo 8 de 1856.

Mi querido amigo : yo comencé mi carrera periodística por cartas, y quiero hoy darle otra vez esta forma á mi pensamiento. Este género deja libertad para variar de tono y de lenguaje constantemente, y se pueden revolver en el papel los asuntos más variados, como en una olla podrida las legumbres más exóticas. Púedese hablar en una carta de cosas serias é incontinenti de cosas ridículas, de la cuestión de Oriente de por allá y del tercer partido de por acá ; proceder á semejanza de

las mujeres en sus visitas de pésame, que comienzan lloriqueando con los dolientes, y después se refugian en un corredor á reirse del tocado de las unas ó de los amores de las otras.

Pero yo no quiero seguir ahora precisamente ese sistema de comenzar llorando y acabar riéndome: para llorar, para hacer penitencia, para casarse, para arrepentirse uno de sus culpas y para otras cosas igualmente escabrosas siempre sobra tiempo, y lo más atinado es dejarlas para mañana.

¿Conque ha resuelto U. resucitar á "El Pueblo," ó por mejor decir, hacerlo despertar de su sueño de tres meses? ¿No sabe U. que crear y sostener un periódico en Antioquia es un trabajo de Hércules, una tarea de titanes, una empresa casi fabulosa?

Vamos á discurrir un poco sobre lo que es un periodista en Nueva Granada, y después entraremos á averiguar lo que es un periodista en Antioquia, pues tengo mis sospechas de que Antioquia y la Nueva Granada son dos cosas distintas.

Supongamos que á un europeo, que tuviera un adarme de sentido común, se le dijera que por acá en estos países bárbaros de América, en una República mentada Nueva Granada, hay hombres que gastan su plata, su tiempo y su paciencia embadurnando papel; que pasan las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio enderezando tuertos, desfaciendo agravios, defendiendo á los débiles, atacando preocupaciones, rompiendo lanzas con los poderosos, conquistando antipatías, buscando palizas; y que en recompensa en vez de ganar plata en el oficio la pierden, y en lugar de obtener siquiera de sus conciudadanos gratitud, consideraciones y respetos sólo recogen antipatías, odios y ultrajes; no es cierto, mi amigo, que á ese europeo habrían de parecerle semejantes hombres animales rarísimos, dignos de figurar en las galerías paleontológicas de Cuvier, ó por lo menos mentecatos que debían estar encerrados en una casa de locos?

En Europa el periodismo es una carrera, una especulación, un poder: todo el mundo paga porque se le divierta ó se le instruya. Nadie hace nada por nada, y el pensamiento es un valor que se estima á la par de cualquier otro. El mismo Proudhón, al escribir que la propiedad es un robo,

vendía muchísimos ejemplares del libro en que estampaba esa blasfemia.

Y no yéndonos tan lejos, en varios puntos de América, en el Perú, por ejemplo, cuya civilización miramos nosotros con desdén, hay diarios que tienen miles de suscriptores y que dejan inmenso beneficio. Entre nosotros un diario no duraría una semana; no habría ni redactores, ni suscriptores, ni lectores que lo pudieran sostener. Parece que nuestra civilización sólo está en la superficie: tenemos es verdad una juventud muy adelantada, algunos hombres notabilísimos por su doctrina y por su ciencia, pero, fuera de estas individualidades brillantes, el pueblo lleva una vida vegetal, carece de todo gusto por la lectura y mira con el más solemne desdén las producciones de la inteligencia.

En Nueva Granada el zapatero, el albañil, el confitero, el saltimbanco, el covachuelista, todo el que trabaja, enreda ó embrolla recibe alguna remuneración; pero el poeta, el publicista, el hombre científico, todos los que gastan su paciencia, su tiempo, su juventud, su alma, su corazón y su vida trabajando por la prensa en obsequio de la riqueza pública, de la felicidad de sus conciudadanos, por el planteamiento de instituciones libres, por el desarrollo de principios generosos, por los intereses más elevados del país, éstos no tienen derecho de ganar un óbolo.

¿No es ésta una desigualdad chocante, incomprensible, monstruosa?

Los periodistas en Nueva Granada son una especie de parias que viven porque Dios es omnipotente, pues logran mantenerse con una cosa tan poco nutritiva como es la gloria.

El periodismo es, pues, entre nosotros un verdadero martirologio: honor á los mártires!

Espíritu fatalista y sombrío! dirán de mí los jefes de cierta escuela optimista que hay en Bogotá. Para estos caballeros, Nueva Granada está llegando á la edad de oro. Ven algún movimiento en la calle real, encuentran elegancia y modales corteses en una *soirée*, escuchan los discursos y leen los escritos de algunos jóvenes talentosos; van de vez en cuando á Mariquita y ven bajar por el Magdalena algunos zurroneos de quina y de tabaco, y, resolviendo que el país marcha hacia adelante al paso que caminaban los dioses de Homero, entonan

un himno al progreso. Viven en una atmósfera encantada; no ven por todas partes sino cielos azules y horizontes color de rosa.

Yo quisiera que esos señores, dejando por algunos días la vida confortable y los saraos elegantes de la capital, montaran en una mula de alquiler é hicieran una peregrinación por las provincias. En la primer jornada, lo yermo de la generalidad de nuestros campos, lo malo é insoportable de los caminos les marchitarían algunas ilusiones. Las pocas que les quedaran morirían en el primer distrito á que llegaran, encontrando la escuela solitaria, un desgüeño lamentable en las cosas públicas, y en los vecinos la indiferencia completa con que miran las instituciones, el desconocimiento absoluto de sus deberes de ciudadanos. Y luego si los vuelcos y tumbos, y las caídas y los percances de la jornada les quitan el sueño y quieren pensar un poco en la corrupción incurable que hay en nuestros partidos políticos, en el pillaje organizado de la renta de aduanas, en los contratos de tierras baldías, en nuestro crédito público, que tiene más de público que de crédito, en el servilismo y proletariado de las multitudes que hacen nugatoria la soberanía popular, y en su crasa ignorancia que les impide amar y comprender la República; si piensan un poco en estas cosas, y en otras que no les alumbro ahora por no alargarme demasiado, de seguro que estos discípulos del doctor Panglós tomarán otra vez la derrota de Bogotá, un tanto cuanto mohinos y desencantados.

No desconozco que algo adelantamos; pero, teniendo en cuenta la ventajosa situación geográfica del país y las copiosas riquezas de su territorio, estos adelantos son casi insignificantes y no debemos en manera alguna ponernos orgullosos por ellos. Por mi parte creo muy perjudicial adular á los pueblos: á la sociedad, como al individuo, lo que le conviene es hacerse cargo de su situación, conocer sus dolencias y sus llagas para aplicarles remedios. Mostrando dónde está el mal se trabaja por el bien.

Y volviendo al periodismo, si en Nueva Granada la tarea de escribir es ingrata y mal remunerada, en Antioquia es una cosa incalificable. U. me permitirá continuar hablando de Antioquia como de una país distinto y separado de Nueva Granada. Ésta es una República tal cual, y aquélla un pequeño Paraguay, con su pequeño doctor Francia

vitalicio, que cuando está ausente lo gobierna por medio de sus pequeños próconsules.

El escritor en Bogotá puede al menos dar algún interés y novedad á sus escritos, porque allí es el centro de la vida política del país; y una sociedad más animada, más culta, suministra al periodista más cuestiones que discutir, más acontecimientos que narrar. Pero aquí no hay absolutamente vida pública ni pasiones políticas: las costumbres, los intereses, los negocios, todo marcha tan acompasado, tan igual, tan silencioso, tan rutinero, que el cronista, el político y el poeta no encuentran nada con qué impresionar su imaginación ni en qué ejercitar la pluma. Las noticias extranjeras, cuya sección llena en otras partes la mitad de los periódicos, es imposible publicarlas aquí, pues llegan tan tarde, que á veces hasta las de Bogotá no se saben sino por la vía de la Habana ó por el Correo de Ultramar.

Una población de 300,000 habitantes, la más rica de Nueva Granada, donde un periódico, sea del partido que fuere, jamás cuenta arriba de 290 suscritores, ya está juzgada. Semejante hecho prueba indiferencia por los intereses generales ó un idiotismo lamentables. Es que aquí los intereses comunes, la suerte de las masas, las cuestiones de sociedad y de patria no tienen sacerdotes: nadie gasta un real de lo que posee, ni la más ínfima porción de su tiempo, ni se molesta ni se afana sino en beneficio propio. Sobre todas las pasiones descuella el egoísmo, y el verdadero Dios para los antioqueños es el *yo*.

Escribir en semejante sociedad es convertirse en Robinson Crusoe gritando en el desierto, sin nadie que escuche sus palabras, sin un eco que responda á su voz, sin un amigo que le apriete la mano y le diga *¡valor!*

Y, al verse solo, aislado, sin nadie que lo sostenga y lo aliente, no hay patriotismo que no se apague. El escritor bota su pluma, el hombre estudioso quema sus libros y el poeta cuelga su lira ó la rompe.

Además, como la sociedad, los objetos y los acontecimientos en medio de los cuales vive el escritor influyen poderosamente sobre su genio, al cabo de algún tiempo de vivir aquí rozándose con mezquinos intereses y con vulgares pasiones, la inteligencia más luminosa se oscurece y el ánimo más levantado se amilana y se apoca. En Antioquia es muy difícil

conservar imaginación y entusiasmo, casi imposible tener talento.

Y no escribo esta disertación para desalentarlo á U. ni á otros jóvenes bastante abnegados y valerosos, que levantan su voz en favor de los intereses generales sobre el destemplado clamoreo de las pasiones egoístas, y que se ocupan en cuestiones de pensamiento en un país en que sólo se rinde culto á la materia. Escribo porque hay ciertas verdades que deben decirse, por amargas que sean, y también para que en Bogotá y en otras partes, conociendo las circunstancias y las influencias adversas que pesan en esta provincia sobre el periodismo, no exijan que las publicaciones de por acá tengan el interés, la novedad y la duración de los periódicos de la capital.

Por lo que á mí hace, en estos últimos tiempos he recibido de mis amigos de Bogotá y de otras partes de la República manifestaciones las más lisonjeras de aprecio y simpatía, por la pequeña cooperación que he prestado á U. en la redacción de "El Pueblo." Yo bien sé que mis fuerzas no están á la altura de tan inmerecidas manifestaciones, más sinembargo las aprecio como es debido y quisiera corresponder dedicándome de una manera asidua y constante al servicio de la prensa. Pero esto me es imposible. U. sabe que yo pertenezco cuerpo y alma á negocios de agricultura y de minas, que tengo graves compromisos á que atender, y que sólo haciendo un grande esfuerzo de abstracción puedo separar mi ánimo de preocupaciones personales para tratar de intereses públicos.

Además, hace cuatro años que no estudio nada, ni leo un libro serio, sino una que otra cosa frívola por divertirme: en estos desiertos no suceden acontecimientos de ninguna clase; sólo de tarde en tarde llegan algunos rumores del mundo en periódicos con un mes de atraso: así pues, la tarea de escribir, estando tan desorientado de las cosas del país y con la vida tan iliterata que llevo, es recia por demás. Por manera que, á pesar de la buena voluntad que me anima, los materiales con que habré de contribuir para "El Pueblo," en su nueva aparición, serán raros y de poca importancia.

Si U. quiere dar á esta carta los honores de la publicación procure que los cajistas jueguen limpio, no me suceda como con un malhadado folletín que mandé á Bogotá

en el cual me pusieron *Endecha* por *Euréka*, *horma* por *formas*, *exótico* por *erótico* y otras pequeñas herejías.

En el primer vagar que tenga mandaré á su periódico alguna cosa sobre los emigrados norte-americanos establecidos por aquí.

(De EL PUEBLO, número 41, de 29 de Mayo de 1856.)

CARTA SEGUNDA

UN PASEO POR LAS MONTAÑAS

Señor Doctor CAMILO A. ECHEVERRI.

San Juan, Mayo 14 de 1856.

Mi querido amigo: seguiré con el sistema de cartas, en las cuales cuadran mejor que en artículos impresiones personales y futilidades de poca sustancia.

En mi última ofrecí á U. decirle algo sobre los emigrados norte-americanos establecidos en este río. Á estos señores los conocí de vista en Medellín, me inspiraron la mayor simpatía y recomendé á mi familia con afincamiento les proporcionara aquí toda clase de servicios y los auxiliara con los informes y conocimientos prácticos indispensables para establecerse con ventajas. El doctor José Vicente Uribe y mi hermano los llevaron á unas playas del San Juan, donde los mazamorreros del país con trabajos débiles é informes estaban sacando bastante oro: hicieron cateos que los halagaron muchísimo y establecieron allí sus reales. Llámase aquel punto Rioclaro, y es el mismo San Juan en la parte alta, donde las turbias aguas de la quebrada Santa Rita no empañan su cristalina corriente.

Hacía días que me instaban porque fuera á hacerles una visita; pero mis ocupaciones por una parte, y el apurado

invierno por otra, me lo habían impedido. Mas el lunes doce del corriente, día de Santa Domitila virgen y del patrón Santo Domingo de la Calzada, bajo cuyos auspicios puse mi humanidad doliente, llené mi *carriel* de cigarros, calcé fuertes alpargatas, empuñé mi bastón de peregrino, y, en compañía de un amigo y de mis perros, amigos también y de los más leales, tomé el camino de la montaña.

La noche antes había llovido á cántaros y el camino estaba resbaladizo y escabroso, como dicen que es el camino de la virtud, tan poco frecuentado seguramente por la mala reputación que tiene. Por un capricho peculiar á nuestros climas, después de una noche de borrasca la mañana se mostraba espléndida. Los campos que atravesábamos, llenos de arroyos, de quebradas, de laderas y de colinas, forman lo que los franceses llaman un país muy *accidentado*. Hacia el Occidente se divisaban los picachos de los Farallones, inmóviles, majestuosos y solemnes como gigantes de piedra; y á lo lejos aparecían, turbando el verde uniforme de las montañas, blancas cascadas y precipitados arroyos, que á los rayos del sol matutinal brillaban como franjas de plata. Estando uno habituado á caminar y no sintiendo fatiga, la hora de la mañana tiene en medio de los bosques muchísimo atractivo: para todos los seres que habitan las selvas es una hora de regocijo y de fiesta: las aves entonan sus más alegres y armoniosas canciones, y hasta la tórtola, cuyo arrullo melancólico parece ser la eterna lamentación de un amor perdido, se calla por la mañana, para no turbar con sus ayes la alegría universal. Por todas partes se oyen ruidos, cantos y murmullos: los micos y los monos, hartándose de frutas sobre las ramas de los árboles, divierten con sus visajes y posturas cómicas, así como los monos de las ciudades fastidian á toda hora con su petulancia y sus sandeces. El ejercicio vivificante y el aire cargado de aromas y de oxígeno, le hacen á uno sentir la vida y le causan un bienestar inexplicable.

Además de los monos, que son tal vez indios degenerados, encontré una partida de indios verdaderos en el corredor de un tambo, bailando danzas grotescas. Estas habitaciones se componen de un gran salón cuyo piso, elevado tres ó cuatro varas sobre la tierra, es de macanas alisadas ó de *guahua* rajada, descansando sobre postes de madera incorruptible. El interior del tambo presentaba el espectáculo más variado y caprichoso. Los hijos de las selvas se habían

entregado la noche antes á una *bebezón* de chicha, y tenían todavía los cascós alegres. En uno de los rincones estaba un grupo saltando como diablos, al són de una vihuela rasgada por un indio machucho. En la mitad cuatro indios estaban descuartizando un mono cogido aquella mañana, y en un gran fogón, una partida de indiecitos asaban las manos y las patas de la escuálida bestia, y se iban comiendo con soberbio apetito las partes que doraba el fuego: en otro ángulo dos indias viejas (*chiontras* en su dialecto) molían maíz hincadas sobre las tablas, y atizaban de vez en cuando grandes ollas donde hervían mezclados con plátano los miembros exigüos y todavía palpitantes de un mico infeliz. Por el suelo se veían revueltas y desparramadas mantas, vasijas, provisiones, bodoqueras, pieles de animales montaraces; y no pocos indios borrachos estaban tendidos como masas inertes, sobre los cuales saltaban sin ceremonia una multitud de gatitos juguetones y de perros inciviles. Los indios son naturalmente graves y taciturnos; pero estimulados por la chicha y algunas botellas de aguardiente por añadidura, tanto los que pelaban la bestia como el grupo de bailadores, los chicos que estaban en el fogón y las *chiontras* que molían maíz, todos hablaban, cantaban y gritaban formando una algazara infernal.

Yo me acerqué á un indio muy gordo con la cabeza adornada con plumas de tulcán, con *chaguala* en las narices, figurillas de plata ensartadas como gargantilla en el pescuezo, abundantes cordones de chaquiras en la cintura y todo él pintarrajado de rayas rojas y azules, grotesco como ídolo de pagoda; y, haciéndole una cruz con el dedo sobre la enorme panza, le dije: ^a

—Compadre; qué barrigón!

—Ése es mal hablar, compadre! me respondió indignado, y por poco tengo que entrar con él en desigual batalla, á pesar de que ellos me consideran y respetan algún tanto por el gran cariño que le tienen á mi hermano, que siempre ha sido su amigo y protector.

Á los indios decirles *gordos* equivale á llamarlos *perezosos*, adjetivo que les disgusta sobremanera. En esto difieren esencialmente de los chinos, para los cuales la obesidad es una perfección suprema. Y como en el Celeste imperio no se puede ser elegante sin pesar siquiera dos quintales, de seguro que su humilde servidor, con sus for-

mas esdrújulas, haría un tristísimo papel entre las damas de Pekín.

La situación á que actualmente están reducidos los antiguos dueños de la América da compasión: el contacto con la civilización europea y con los vicios africanos los ha embrutecido y degradado completamente. La altivez, el carácter guerrero y hasta su antiguo lenguaje lleno de pompa y de imágenes, han desaparecido. Entre los indios que yo conozco y las tribus pintadas por Chateaubriand y Coóper hay un abismo. Estos pobres diablos no tienen ya ninguna idea de patria, ni orgullo de raza, ni religión propia, ni siquiera recuerdos de su pasada grandeza. El hacha de nuestros ávidos propietarios los desaloja constantemente de sus hogares y los va arrinconando como bestias salvajes al interior de las montañas, á donde no llevan siquiera, como los indios pintados por los poetas, los huesos de sus padres.

El aguardiente es la maldición de los indígenas: el oro que sacan en los ríos y el producto de su escasa agricultura lo consumen todo comprando ese brebaje homicida. Con sólo probar aguardiente pierden la cabeza: cuando se apodera de ellos el demonio de la embriaguez, por continuar bebiendo vendería un esposo á su mujer y una madre á su hijo. Beben hasta que se les acaba todo lo que tienen, ó que el aguardiente los postra como masas inertes: es imposible, sino viéndolas, comprender esas espantosas orgías.

En los tambos de Caramanta mantiene el padre Joaquín Naranjo á su costa un individuo para que enseñe á los indios un poco de moral y algunas nociones del cristianismo. Aprovecho esta ocasión para hacer á U. una mención honrosa de este digno sacerdote. La sed de riquezas, el espíritu de intriga, la intolerancia y el orgullo no encuentran cabida en su manso, limpio y puro corazón. Vive reducido á un escaso alimento por repartir lo poco que adquiere entre los pobres. Imposible fuera encontrar un hombre más desinteresado, más caritativo, de carácter más humilde ni de vida más pura.

Dejando á los indios seguimos la huella por una ladera inclinada hasta un picacho elevado de tierra fría, no lo bastante para producir el frailejón como en las cúspides andinas, pero sí ya con una vegetación endeble y cuajado el suelo de *capote*. El aire puro y estimulante de las montañas, un ejercicio de

dos leguas por serranías y la hora un poco avanzada, pues ya eran las once del día, despertaron en mi compañero y en mí un famoso apetito ; uno de esos apetitos que los habitantes de las ciudades, consolidados en una oficina ó almacén, no conocen jamás. Nosotros nos entregamos como los convalecientes á fantasías y á recuerdos gastronómicos. Ya se nos venían á la memoria un pedazo de jamón con una mediana tortilla, y de adehala una botella de vino de Burdeos, ya un almuerzo más humilde compuesto de huevos, carne fría y chocolate, y ya hasta á los *envueltos* y al ajiaco los recordábamos con ternura.

—Vamos á ver dije á mi compañero ¿qué preferiría U., que se le presentara ahora risueña, cariñosa y humanitaria cierta ciudadana ó un buen almuerzo ?

—El almuerzo ! respondió sin vacilar.

Esta respuesta, aunque poco galante, está muy de acuerdo con las prosaicas exigencias de nuestra miserable naturaleza. No sé yo qué hubiera respondido á tan embrollada cuestión, pero estimulado por una hambre devoradora todas mis ideas eran antipáticas, revolucionarias y asesinas. Con perdón de los poetas etéreos y de los enamorados platónicos y ojerosos, me atrevo á confesar que con hambre no se puede pensar sino en comida. Cuando el cuerpo habla, el alma se abate y se anonada como una esclava delante de su señor. El que dijo que hasta para quererse bien se necesitaba haber comido algo habló como un libro.

Unas veces caminando y otras rodando, pues así es de despeñada la falda, llegamos por último á Rioclaro, donde tienen su mansión los ciudadanos de la gran República. Apenas llegué les pedí un poco de licor cualquiera : á falta de otro mejor me tomé con muchísimo gusto una copa de anís y, mientras llegaba el deseado almuerzo, me acosté á fumar. Entre el tabaco, el cansancio, el hambre y el licor me puse medio achispado y empecé á ver pasar cerca de mí objetos fantásticos. Cerníanse en el aire bandejas con empanadas grandes como calderos, pollos asados del tamaño de avestruces, huevos como globos aerostáticos y jamones del grandor de pequeñas colinas. Por fin se presentó ese almuerzo tan furiosamente deseado. Eran ya las doce: jamás patricio romano en cuya mesa se servían frutas de todas las zonas, peces de todos los mares y vinos de todas las comarcas, se sentó á su opíparo banquete con más placer que nosotros á nuestro almuerzo republicano. Huevos

y carne frita, arroz y chocolate, almuerzo obligado en todos los ángulos del territorio antioqueño, fué el que nos sirvieron. Reinaba eso sí la abundancia: el chocolate en lugar de servirlo en los posillos menguados, microscópicos y homeopáticos que se estila generalmente, nos lo presentaron en grandes jarros. Por poco le salto al pescuezo y le doy un abrazo á un yankee viejo, que me pareció ser el sabio que había hecho esa brava innovación. Recomendando á U. este guapo descubrimiento.

Los hombres enervados, perezosos y que llevan vida sedentaria, no pueden ni siquiera sospechar el placer de comer, descansar y dormir después de un trabajo prolongado ó de un ejercicio fuerte. Los pobres sienten estas fruiciones en toda su plenitud, negadas á los privilegiados de la tierra. Razón tenía aquel cocinero lacedemonio, que respondía á los sátrapas persas que se burlaban de la salsa negra de su país, que para encontrarla buena se necesitaba antes haber caminado dos leguas y bañándose en el Eurotas.

Un pobre diablo de lord inglés millonario, picado de esplín, aburrido y desganado, daría con muchísimo gusto mil libras por semejante almuerzo con semejante apetito.

La playa en que trabajan los americanos está dividida en dos partes por el río: en el un lado tienen los trabajos y en el otro las habitaciones. Explotan una mina *de saca* sirviéndome del tecnicismo de los mineros del país. U. sabe que se llaman así las minas de labor en que la *cinta* queda abajo del nivel de las aguas; en las cuales, para mantenerlas secas se necesitan bombas, bien sean grandes movidas por agua, ó pequeñas, llamadas de mano. La mina de los americanos, resguardada de las avenidas del río por un fuerte trincho, con una ó dos pequeñas bombas puede mantenerse seca. Tiene poca piedra grande, es de una explotación muy fácil. Una vez que barran por peña la parte que tienen encerrada con el trincho, pueden echar por allí el río con la mayor facilidad y les queda seco el lecho primitivo y la playa donde tienen los ranchos, formando una gran mina, más importante que la que trabajan actualmente.

En esta mina, como dije á U. al principio, trabajaban algunos mazamorreros del país, que en el verano pasado, en pequeños hoyos, sacaron mucho oro; lo que fué presenciado por los mismos americanos. Sinembargo, aunque yo soy muy aficionado á minas, confieso que en estas empresas, de suyo

aleatorias y caprichosas, dos y dos no son cuatro y no se pueden establecer premisas ni reglas proporcionales.

Si en esta mina sacan beneficio como se cree generalmente, harán venir, según me han dicho, mucha gente de los Estados Unidos para establecerla en otras playas que hay río arriba, también muy hermosas y fáciles para trabajar.

Conviene mucho á los intereses mineros de Antioquia que nos venga una fuerte inmigración de hombres como éstos, que no llegan al país en calidad de emigrados proletarios, sino como especuladores que traen un capital y una industria.

Además, interesa mucho al país en general mezclar nuestra población nerviosa, prieta, descolorida y linfática con esa otra fuerte, rubia, blanca, colorada y sanguínea.

Los emigrados establecidos en Rioclaro, con excepción de uno, son jóvenes, casi todos buenos mozos, y se conoce por sus modales y su trato que pertenecen en los Estados Unidos á lo que en Francia se llama *bourgeoisie*. Mucho se diferencian de esas bandadas de yankees que vi en Panamá, que me parecieron estupendos patanes con facha y pergenio de bandidos. El jefe y director Mr. Túrner es uno de los hombres más vivos y despabilados que conozco. Su cuerpo es tódo músculos y nervios, su corazón energía y su cabeza ambición. Su ancha frente y sus cavilaciones constantes revelan un hombre inteligente: su organización física es de acero. Ha trabajado mucho tiempo en California, y creo que su vida ha sido una lucha perpetua. Muchos han de ser los obstáculos que encuentre por delante para que no vaya muy lejos en el camino de la fortuna.

Por la noche leen á Shakespeare. Se embelesan con la bella poesía del inmortal autor de Julieta y Romeo, de Hámlet y de Oteló. Después de los rudos trabajos del día, parece que refrescan el corazón lastimado con la ausencia de la familia, de los afectos, del hogar y de la patria, evocando, como amigas que son de toda imaginación inglesa, las dulces y poéticas figuras de Ofelia, Desdémona y Julieta.

La noche que yo pasé allí fué luminosa y brillante como la mañana. La playa en que ellos trabajan es un cuadrilátero irregular: la cordillera por todos lados se levanta perpendicular y, como está completamente arbolada, forma paredones de verdura. El río pasa apretado entre las rocas, escondido por la arboleda; así es que el horizonte más lejano no

pasa de dos cuadras. Por la noche, á la luz de la luna no se veía, mirando rectamente para arriba, sino un pedazo de cielo estrellado descansando sobre los árboles de las cordilleras. La playa, las faldas perpendiculares, el río abrillantado por la luna y el cielo formaban una especie de habitación fantástica; uno de esos palacios que se encuentran en los cuentos árabes con un raudal de plata por pavimento, paredones de esmeralda, y una techumbre azul esmaltada de diamantes.

Me tiene fatigado esta larga carta. Hasta más ver, mi querido amigo.

(De EL PUEBLO, número 42, de 5 de Junio de 1856.)



CARTA TERCERA

Señor Doctor CAMILO A. ECHEVERRI.

San Juan, Junio 26 de 1856.

Mi querido amigo : me tiene U. con la pluma en la mano, papel y tintero por delante y en ademán meditabundo, registrando todos los pliegues de mi cerebro en busca de ideas y argumentos que sirvan para tejerle una carta que llene dos columnas de "El Pueblo." Pero hoy tengo la imaginación seca como alma de financista, y me siento más prosaico que un maestro de escuela. Siempre había pensado que para escribir y para valer algo en el mundo se necesitaban ideas ; pero ya voy conociendo que este es un error, pues todos los días registro en los periódicos enormes artículos, editoriales tremebundos, en los cuales maldito el diablo las ideas que se encuentran. Y no sólo conozco periodistas sino congresales, y notabilidades, y candidatos para la presidencia de la República, que andan por esos mundos acatados, admirados, reverenciados y proclamados, sin que jamás hayan

tenido un pensamiento propio ni una idea que les pertenezca.

Hay sociedades de tal manera organizadas, que la importancia de un hombre y su posición están en razón inversa de las ideas que posee. Si el espíritu sólo dominara, como dicen algunos con sobrada ligereza, no veríamos dividados de señores á tantos que han nacido para llevar librea de lacayos. Por lo general en este país un hombre con media docena de ideas, claras, positivas, metálicas, un poco de egoísmo en el corazón, voluntad enérgica y constancia para seguir sin desviarse el camino trillado de la rutina, va más lejos que un hombre de genio que tiene las ideas por miriadas. Esos cuya vida está toda en el cerebro, que ricos de pensamiento y de fantasía, á fuerza de elevarse al cielo olvidan que caminan por la tierra, los verá siempre U. tropezándose con los obstáculos del mundo, arañándose en las malezas sociales y corriendo en distintas direcciones sin llegar jamás á la meta. Á fuerza de desear mucho, jamás consiguen nada: sus aspiraciones inmensas se estrellan contra la miserable realidad de las cosas: buscando en el mundo dichas y magnificencias que no existen, caen en ese desaliento precoz á que conducen los engaños y la impotencia para obtener cosas imposibles. Se envejecen antes de tiempo, los persiguen los acreedores, los engañan las mujeres; y la sociedad que no admira sino el buen éxito, viéndolos pobres y haraposos, les silva como á cómicos menguados.

Los hombres de cerebro vacío casi siempre son dichosos. Para ser buen padre de familia, ciudadano irrepreensible y esposo excelente, bastan poquísimas ideas.

El hijo de un ricacho, aunque tenga, como suele suceder, más levitas que ideas, puede marchar sin tropiezos en el mundo; al paso que el hijo de un empleado cesante, de un tendero con déficit, de un abogado sin pleitos ó de un médico sin enfermos, necesita muy buen lastre en el cerebro para no estrellarse contra los arrecifes sociales.

La mayor parte de las gentes no compran una lámina por el mérito de la pintura, sino por lo relumbroso del marco. Meta U. en un marco de oro un mamarracho, y el mamarracho será admirado. La plata es el marco de ciertas gentes: póngale uno de oro á un necio; el cuadro será muy apetecido y el público gritará: magnífico!

Una mujer rica y hermosa no necesita ideas de ninguna clase para conquistar amantes, marido y posición : una fea y sin dote (¡ cuerpo de Cristo ! más le valiera no haber nacido) necesita una imaginación muy traviesa y revolucionaria para dominar la situación.

Sería curiosísimo, además de la estadística de los valores, hacer también la estadística del pensamiento y de las ideas que tienen para su gasto los ciudadanos de Nueva Granada. Siguiendo el sistema del juramento para saber las que posee cada uno, conozco hombres de cierta importancia que, si juran que tienen dos, habrá que seguirles causa por perjurios.

-Pero al fin y al fallo ¿sobre qué asunto hago rodar esta carta ? Le escribiré contra alguien ? Pero la maledicencia es un pecado mortal, y yo le tengo al infierno todo el miedo que me da la gana.

¿ Le diré algo sobre *costumbres* ? Pero este oficio, en una sociedad pequeña, cavilosa y atrabiliaria como la nuestra, no ofrece ningunas conveniencias. Por más que uno procure generalizar sus cuadros, no hacer retratos, ni alusiones personales, ni ofender á nadie, no faltan almas de cántaro que toman para sí lo que se dice para todos y que incurren en la tontería de volverse partes en el proceso que le sigue uno á la sociedad en general. Pínte U. á un usurero empedernido, de esos que no le sirven ni á su mujer, ni á sus hijos, ni á su patria, ni á Dios, ni al diablo, y no dejará de salir un don Frutos á la parada diciendo, que él es muy generoso y muy buen cristiano, pero que sinembargo como lo han pintado con sus pelos y señales necesita vindicarse ; y el día que U. tenga una cuestión judicial echa en la balanza de Astrea su influencia monetaria, como Breno su espada ; si tiene negocios lo hostiliza con su competencia, y si hay obligaciones suyas en el mercado las compra para ver si el día que se cumple el plazo puede llevarlo á la cárcel. Escribe uno alguna cosilla sobre las mujeres : les dice que la amabilidad y las sonrisas les dan más atractivo que las perlas y los diamantes : les anuncia que el no responder á una salutación hecha por los hombres y el clavar la cara contra las paredes cuando se encuentran con ellos, como hacen muchas, en vez de significar recogimiento y pudor lo que manifiesta es falta absoluta de educación y de usos sociales : les manifiesta á las que usan blanquete y papelillo que esto no es aceptable

porque “sólo es bello lo que es verdadero,” y por setenta mil razones más; y tiene U. que todos esos grupos de pecadores á quienes uno aconseja como amigo forman camarilla, se conjuran contra el malhadado escritor, aconsejan á los demás que le tengan miedo por hablador, y le sacan el cuerpo, y lo desairan, y le hacen *torcidos*, y le echan nones.

Más de cuatro gamonales me han dicho en las parroquias: “Sí, bien te conozco: tu compadre Facundo soy yo: ya me la pagarás.” Mejor será que cada uno haga lo que quiera y viva como Dios le ayude. Todo redentor muere crucificado. No le diré nada sobre costumbres, y no volveré á escribir sobre este asunto . . . hasta que no me aguije alguna tentación, pues yo creo que si las tentaciones son malas, peor es resistir á ellas.

¿Le escribiré sobre *amores*? Para esto hay la pequeña dificultad de que yo no puedo enamorarme ni aun de mí mismo, que es lo único que aman la mayor parte de las gentes que conozco. Tentaciones me dan de hacerlo para atormentar á los lectores de “El Pueblo” con flores marchitas, paseos sentimentales á los rayos de la luna, sonetos soporíferos y demás poesías amatorias. Un periodista enamorado, amigo de llenar columnas con sus amores, y mal poeta, como son casi todos los enamorados y casi todos los periodistas, es como un contrato de tierras baldías: una especie de calamidad pública.

Y á propósito de *amores*, como yo ahora estoy desocupado, y supongo que U. y los demás benévolos lectores no carecerán de paciencia, voy á referirle una pequeña aventura, que hace algunos años sucedió á un amigo mío en Bogotá. Éste, habiéndolo Dios dejado de su mano, dió en la flor de enamorarse, y un domingo después de almorzar se apareció en mi cuarto y me dijo:

—Voy á comunicarte una cosa muy original.

—Vamos á ver.

—Estoy furiosamente enamorado.

—Esa cosa tiene más de tonta que de original, le respondí.

—Nada de chanzas: el asunto es serio. La señora de mis pensamientos es una mujer calmosa, apagada, calculadora; su corazón es una Siberia, en cuyas nieblas quiero introducir algunos rayos de sol tropical. Como no puedo hablar con ella sino en visitas ceremoniosas los domingos, quiero escribirla una

carta ardorosa, calenturienta, volcánica, y descomponer su corazón y fundirlo en las llamas del verdadero amor.

—Eso ya pertenece á la química, le dije, interrumpiéndole.

—Quiero hablar del amor, continuó, de una manera original y desconocida, como no hablaron Abelardo, Macías ni Antony; pero desgraciadamente lo más trabajoso en todas las cosas es el principio y, como no encuentro un arranque digno de semejante carta, vengo á que me lo dictes.

Yo, que tenía aquel día mi pensamiento mil leguas distante de los amores volcánicos, me quedé tan confundido como se pondría el Zar de Rusia si le pidieran su opinión sobre el *self government*.

—No escribas cartas, le contesté: díle todas las necedades que te se ocurran, porque las palabras se van y las cartas quedan. Si no te acepta, tu epístola andará en todos los costureros de Bogotá, pues las mujeres se perecen por halagar su vanidad mostrando á todo el mundo semejantes documentos. Los hombres avisados y de mundo no dejan nunca datos por los cuales pueda seguirse en el porvenir las huellas de su vida pasada.

—Es una cosa resuelta, me contestó: dicta.

—Escribe pues, le dije, por no mostrarme enteramente lego en el asunto: *ángel mío*.

—Imposible que yo pusiera eso, exclamó: tanto se les ha dicho ángeles á las mujeres, que ya esto es una vulgaridad. Te creía más original. Así escriben los cachifos sentimentales.

—*Mi adorado tormento*.

—Tampoco: eso indica una familiaridad irrespetuosa.

—*Mi señora y mi dueña*.

—¡Qué horror! exclamó el amartelado mozalbete. Un comerciante con cincuenta años y cincuenta mil pesos, retirado de los negocios, apenas escribiría de esa manera tan prosaica.

—Si así no te gusta lánzate en el romanticismo, y ponle, *estrella de mis sueños*.

—¡Detestable! exclamó. Te digo que no quiero escribir como todo el mundo, y me sales con frases que todo el mundo escribe.

—Anda al diablo, le respondí, con tus cartas, y tus amores, y tus pretensiones á originalidad! Díle en prosa llana que la quieres, que hará contigo una vida de perlas, y si te rechaza,

lleva á otra parte el expediente: solamente los necios se echan á morir porque á una mujer se le antoje no quererlos. Si una te dice que *no*, ciento te dirán que *sí*.

Pero desgraciadamente mi amigo no tenía la flexibilidad y cachaza suficientes para poder vivir en este pícaro mundo. Por falta de una frase original para comenzar su carta no la escribió: la muchacha continuó en la zona fría: presentóse como rival un orejón regordote y audaz, que se había enriquecido sembrando papas; y mi amigo, que era pobre y tímido, pecados capitales en la materia, no pudo sostener la concurrencia: el orejón le sopló la dama. De despechado se metió al seminario, se hartó de cánones, decretales y concilios; se hizo clérigo, y hoy anda por esos mundos de Dios predicando contra los rojos, contra lo relajado de las costumbres y la incredulidad del siglo.

Tampoco le escribiré sobre *religión*, porque no quiero que "El Pueblo" imite á fray Gerundio. Esos periódicos metidos á predicadores da grima leerlos. Á la prensa periódica le tocan las cuestiones de la tierra, y á la Iglesia los intereses del cielo. Respecto á la religión y á la otra vida, profeso de la manera más terminante y absoluta el principio de los economistas, *dejar hacer*; y el de los generales en derrota, *sálvese el que pueda*. Mientras no seamos rigurosamente tolerantes y no dejemos que cada uno busque el cielo por el camino que le plazca, jamás podremos ser nación civilizada, ni conseguir industria, ni inmigración, ni grandeza.

Esos que blasonan mucho de religiosos y creyentes, se me parecen á las mujeres que por todas partes se hacen lenguas de sus maridos: no creo ni en la religión de los unos, ni en el amor de las otras. ¡Dios nos libre de esa turba de fanáticos que cometen perjurios, engañan á los pobres, arruinan familias, que después se desayunan con agua bendita, y por la noche se dan una panzada de rosarios, para saldar cuentas! El pueblo ha de conocer por último á esos fariseos, que especulan con su fea hipocresía y su mentida piedad.

U. y yo estamos de fecha muy atrás recomendados como candidatos para el primer auto de fe que tenga lugar por acá; lo que no dejará de verificarse si esto se convierte en Estado federal. Sospecho que ya hay algunos con esperanzas de que los empleen en la oficina de la inquisición. Si los religionarios

resuelven quemarme, le aseguro á U. con franqueza que la cosa no me gustará mucho.

Escribame si ya los liberales amigos nuestros, que se habían pasado al campo de los ferrocarriles, van abandonando esa manía de hacerse cola de algunos agiotistas de Bogotá para formar eso que se llama tercer partido, con su candidato montado al aire, que no representa ni principios ni pasiones; candidatura débil por consiguiente, que no podrá tener ninguna significación en el país, ni calar profundamente en el pueblo.

¿No ha reparado U. á los conservadores individualmente qué liberales y qué despreocupados, y qué tolerantes, y qué independientes, y qué famosos que son? Pero reúnalos de cualquier modo, en Cabildo, Cámara ó Congreso: entonces se vuelven hombres de reata, y ¡adiós independencia, adiós tolerancia, adiós liberalismo, adiós justicia, adiós todo! Proceden al contrario de los toros, que en manada son mansos y embisten separados: los conservadores en junta, la cornada que dan es de muerte. Como muchos de ellos, al hablarles de la abolición de la pena capital, de las ventajas de la absoluta libertad de la prensa, de las contribuciones directas y de otras dogmas de la escuela radical, responden que esas cosas son muy justas y excelentes, pero que es muy peligroso ponerlas en práctica, no puedo menos de acordarme de lo que le sucedió á una vieja con cierto presbítero.

La supradicha vieja les tenía á las brujas más miedo del necesario, y al mismo tiempo la atormentaban escrúpulos de que ese miedo era pecaminoso. Para saber á qué atenerse ocurrió donde el Cura de su lugar y le dijo:

—Compadre, yo les tengo miedo á las brujas, y tal vez incurro: dígame, ¿hay brujas ó no?

—Comadre, respondió el párroco, de que hay brujas las hay, pero es pecado mortal creer en ellas.

Y por último ¿sobre qué le escribiré? Pero si no me equivoco, aunque no he encontrado asunto, esta carta tiene dimensiones amenazantes, y no imitaré á ciertos oradores que, después de hablar dos horas mortales, cuando uno espera ya de ellos amnistía, le salen con la flor de que después de ese pequeño exordio van á entrar en materia.

(De EL PUEBLO, número 46, de 3 de Julio de 1856.)

CARTA CUARTA

Señor Doctor CAMILO A. ECHEVERRI.

San Juan, Agosto 1.º de 1856.

Mi querido amigo: aunque los hombres y las cosas ridículas no se hayan acabado todavía, ni falten usureros, fanáticos, coquetas ó magistrados sin pizca de pudor ni de vergüenza contra quienes ejercitar la péñola satírica, hoy no tengo humor para reirme; porque yo al escribir obedezco casi siempre á las impresiones del momento, y en la actualidad mi pensamiento se encuentra en siglos apartados y en lejanas comarcas.

Anoche, habiéndome acostado casi á la oración como se estila en las montañas, el sueño, que es para mí un amigo, pero como todos los amigos á veces veleidoso é inconstante, no quiso venir hasta muy tarde, y en un prolongado desvelo se apoderó de mi cabeza la fiebre del pensamiento. Cansado de cavilar sobre empresas y negocios personales, púseme á meditar sobre federaciones, y crédito público, y bancos, y ferrocarriles, y otras fantasmagorías semejantes: por último mi fantasía se separó del estrecho recinto donde se agitan, se arrastran, se empujan y se chocan nuestros hombres y nuestras cosas, y se trasladó en las alas invisibles de la memoria á los pueblos antiguos.

No teniendo aquí libros para rectificar hechos ó refrescar recuerdos, servirá apenas esta carta para llamar la atención de nuestra juventud sobre los estudios históricos, de suyo tan importantes para ensanchar el horizonte intelectual del hombre; y si este objeto no cumpliese, le evitaré buscar materiales para dos ó tres columnas de su periódico, llenándoselas con una producción rápidamente elaborada, como deben serlo todas las que desde su nacimiento están condenadas á la efímera existencia de las publicaciones periodísticas.

Decía á U. que anoche mi fantasía se trasladó á otros países y se puso á remontar siglos. La grandeza del pueblo romano, y el aparecimiento y triunfo del cristianismo fueron el objeto de mis meditaciones. Algunos dicen que los roma-

nos y sus cosas son ya vejeces: por mi parte creo que esa historia será siempre la primera de las historias, como ese pueblo fué el primero de los pueblos. El tiempo, que anonada todo lo que es pequeño, estéril, mezquino ó vulgar, nada puede con los pueblos heroicos y los grandes hombres, que encuentran en la historia una segunda patria gloriosa ó inmortal. Homero, Sófocles, Píndaro, Platón, Demóstenes, aunque los años por miriadas hayan caído sobre su tumba, se presentan hoy día á nuestros ojos, evocados por la historia, con esa aureola luminosa del genio que jamás podrá ser apagada por los siglos. Lo mismo las costumbres, las victorias, las revoluciones y la grandeza de los romanos, serán siempre la admiración de los hombres y el estudio predilecto de todas las generaciones.

Pero, no pudiendo sino decir poca cosa sobre un asunto tan vasto, me encuentro en la misma perplejidad que un convidado con apetito en medio de un banquete espléndido: no sé de qué asunto apoderarme con preferencia ni por dónde empezar.

Sin duda que las causas predominantes de la grandeza de ese pueblo fueron el patriotismo y sabiduría de sus hijos.

En los pueblos heroicos de la antigüedad, es decir en Grecia y Roma, el amor de la patria no era como entre los modernos un sentimiento pasivo y frío, debilitado por el egoísmo que apaga toda noble exaltación, y por la afición al bienestar y sosiego personales, tan dominante en nuestro tiempo: el patriotismo era entre los antiguos una pasión activa, una idolatría ardiente. Hoy día hay muchos hombres que en la guerra combaten con valor, como una carrera que es de recompensas y de lauros; pero los Curcios, los Horacio Cocles, los Régulos, los Brutos y los Catones de Roma, y los trescientos espartanos que se inmolaron colectivamente en las Termópilas, no son hombres que han tenido muchos imitadores en los tiempos modernos. Se encuentran en la actualidad ciudadanos que trabajan con ardor por la patria, mas siempre queda la duda de que sea buscando satisfacciones de orgullo y de poder; pero delante de esos hombres de la antigüedad que marchaban sin vacilación á la muerte, estimulados por la idea sublime del deber, preciso es que se incline con respeto nuestro vecinero patriotismo. La pasión y el cariño entre los antiguos

tenían un foco más ardiente, é irradiaban en una atmósfera más vasta: los modernos limitan por lo regular sus afectos al estrecho recinto de la familia, ó á la estéril idolatría del *yo*: aquéllos amaban á su patria, éstos se aman soberanamente á sí mismos.

De ese amor sublime por la patria, que despreciaba toda consideración personal en pro de la gloria y el engrandecimiento de su país, nació ese valor indomable con el cual un puñado de héroes, reducido al estrecho recinto de una ciudad, conquistó á todos los pueblos latinos y llevó después sus águilas triunfantes por todos los ángulos del mundo.

En los tiempos heroicos de la República todos amaban la patria: el pueblo formaba legiones invencibles, los patricios componían ese Senado llamado por Cíneas asamblea de reyes, y las mujeres despreciaban los placeres y las joyas y preferían la patria á sus esposos y sus hijos.

Si los romanos no hubieran tenido sino arrojo, desprecio por la vida y valor personal, podrían haber hecho conquistas como las de Alejandro, Atila, Gengis-Khan ó Tamerlán, pero habrían sido, como las de éstos, invasiones pasajeras y triunfos estériles: con solo valor pueden hacerse conquistas, pero para organizar, refundir y conservar los pueblos conquistados es menester sabiduría. Los patricios romanos, además de grandes capitanes, eran casi todos consumados políticos. ; Cosa rara ! esos hombres eran á la vez aventajados guerreros, sabios legisladores, oradores elocuentes y diplomáticos de una habilidad prodigiosa. Léase un discurso cualquiera, no digamos de Cicerón ni de César, sino de Coriolano, de Catón el censor, de los Gracos, del tribuno Mario, de cualquiera de los cónsules romanos y en él se encontrará la enérgica concisión y vigorosa sencillez, que constituían la inimitable elocuencia de los antiguos.

La política de los romanos era muchísimo más hábil que la de sus maestros los griegos: aquéllos tenían más pronunciado el instinto de lo grande, y poseían un carácter más generalizador y asimilativo. Todo lo que encontraban en los pueblos conquistados en trajes, armas, religiones, costumbres &c. que les parecía útil y provechoso lo tomaban para sí: tolerantes con los pueblos conquistados les dejaban sus costumbres y sus preocupaciones; su genio absorbente los hacía admitir en la comunión romana, no sólo á las naciones latinas, sino á todos

los pueblos que querían refundirse con ellos: fácilmente adquirirían en Roma derecho de ciudadanía los hombres distinguidos de todos los países.

Los griegos, al contrario, miraban de reojo con antipatía á los demás pueblos: su carácter no tenía nada de tolerante, de asimilador, ni de comunicativo: era esencialmente rechazante. Por lo regular legislaban para una familia ó una casta: nótese en sus más grandes legisladores, en Licurgo por ejemplo, tendencia decidida á formar una sociedad especial y á aislar á sus conciudadanos de todo contacto, comunicación y alianza con los pueblos extranjeros. Casi nunca concedían derecho de ciudadanía, y sabido es que apellidaban *bárbaros* á todos los que no eran griegos. Sus legisladores tenían principios propios para formar tribus más ó menos varoniles, pero carecían de moldes para vaciar naciones.

Así fué que los griegos jamás pudieron, cómo los romanos, absorber á los demás pueblos, ni formar ninguna nacionalidad grande y poderosa. Alejandro, que no sólo era un conquistador magnánimo, sino también hombre de ideas elevadas y de genio vasto y fecundo, quiso sacar á los griegos de su mezquino individualismo, mezclarlos con los demás pueblos, quitarles sus arraigadas preocupaciones lugareñas y fundar con ellos en el Asia, por medio de una política ilustrada y tolerante, un vasto y poderoso imperio. Pero Alejandro pasó como un meteoro, y sus grandes proyectos de unidad y nacionalización murieron con él. Sus tenientes no comprendieron sus ideas, ni pudieron mantener sobre sus hombros la inmensa pesadumbre de su imperio.

U. habrá notado la importancia tan grande que daban á las costumbres los legisladores antiguos. El Areópago en Atenas, los Éforos en Esparta y los Censores en Roma, magistrados de la más alta categoría, tenían por principal atribución vigilar y reglamentar las costumbres. Comprendían muy bien, que nada pueden las leyes sino hay dignidad y moralidad en las costumbres. El lujo y las riquezas eran para ellos una abominación. La historia confirma la sabiduría de sus predicciones: mientras Esparta no tuvo sino esa pesada moneda de hierro, que se necesitaba un carro para cargar el valor de doscientos escudos, y se conservaron en Roma las antiguas leyes que limitaban la propiedad territorial á unas pocas fanegadas de tierra, esos pueblos dieron el ejemplo de las virtudes más altas, y fue-

ron invencibles. Es indudable que las riquezas y el lujo mataban á los pueblos antiguos, al paso que en las naciones modernas sucede lo contrario. En nuestros tiempos la riqueza, que no emana como en la antigüedad de conquistas ni de rapiñas sino de la industria y el trabajo, en lugar de corromper moraliza, y da á los pueblos estabilidad y grandeza.

No es el talento, la ciencia ni la fortuna lo que constituye grande á un individuo ó á un pueblo: para mí la verdadera grandeza consiste en el carácter. El de los romanos en los primeros siglos de la República era severo, grave, perseverante, lleno de dignidad y de orgullo, fundados en la conciencia de su patriotismo, y de su heroica nacionalidad. Los griegos, más literatos y más artistas, jamás pudieron llegar á idéntica altura de grandeza, porque inconstantes, ligeros, vanidosos, ingratos, ya combatían como héroes contra los persas, ya adulaban bajamente á sus tiranos: unas veces se entregaban en brazos de adocenados demagogos, y casi siempre recompensaban con la cicuta los servicios de sus más distinguidos ciudadanos. Al ver condenados á muerte al divino Sócrates, al irreprochable Foción, al bravo Temístocles, apisionado á Milcíades y desterrado al virtuoso Arístides con ese famoso ostracismo, que no era sino la envidia y la ingratitud reducidas á ley; al ver la inconstancia, la volubilidad y los caprichos que formaban el fondo del carácter voltario de los atenienses, puede uno admirar esa República como la más brillante é ilustrada de la antigüedad, pero jamás tener estimación por ella.

No recuerdo que el pueblo romano en sus buenos tiempos haya condenado á muerte á ninguno de sus grandes ciudadanos. La muerte de los Gracos no fué resultado de un juicio público, sino de motines promovidos contra ellos por los patricios, cuyos privilegios atacaban esos altivos oradores. El asesinato de Scipión, el vencedor en la tercera guerra púnica, fué un crimen privado: Coriolano provocó su destierro, y no hubo injusticia nacional sino en el de Camilo y de Scipión el africano. Mas, por lo regular, el pueblo romano recompensaba con profusión á todos su buenos servidores. Los ciudadanos que trabajaban con lealtad y combatían con valor por la República encontraban, volviendo á Roma, no la cicuta, como en Atenas, sino la corona cívica, el triunfo ó el apoteosis.

En las repúblicas es preciso que el pueblo, si quiere tener buenos servidores, recompense á los ciudadanos distinguidos, no con plata pero sí con aprecio y distinciones, que es lo único que debe apetecer el verdadero patriotismo: en las monarquías, como los servicios son personales, basta que sean agradecidos los reyes.

Cuando los pueblos extranjeros, por la guerra ó las negociaciones, se ponían en contacto con los romanos de los primeros tiempos, se quedaban pasmados, y se sentían débiles y pequeños delante del patriotismo y de la altiva majestad de ese pueblo. Porsena vencedor les concede una paz honrosa, al ver á Mucio Scévola, prisionero, poner su mano sobre brasas, y asegurarle que en Roma había millares de ciudadanos tan valientes como él. Pirro, después de vencerlos en un combate, al ver su valor indomable y el estrago que habían hecho en sus tropas, pronunció aquellas célebres palabras: "Con otra victoria más somos perdidos." Aníbal, después de haber herido mortalmente la República con las sangrientas batallas de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, se acercó á poca distancia de Roma, y el campo que ocupaba su caballería núpida fué el mismo día vendido en la ciudad en pública subasta, por el precio que tenía en tiempos de paz. Sabiendo esto hubo de retirarse pasmado al ver la confianza que tenía aquel pueblo en su destino.

El amor de la patria en esos hombres era como la fe de que habla la Escritura; capaz de levantar montañas. Durante la primera guerra púnica no tenían un solo buque que oponer á la marina formidable del enemigo: en sesenta días construyeron ciento veinte galeras.

Es en la adversidad que se conocen los grandes caracteres: después de una derrota los romanos eran más temibles, y la enemiga fortuna jamás pudo abatir el temple heroico de su alma. Nunca admitieron proposiciones de un enemigo vencedor, mientras no se retirara del territorio de la República.

Sus guerras con Cartago forman la brillante epopeya de su historia. Jamás los romanos tuvieron un competidor tan peligroso. Roma y Cartago en duelo á muerte lucharon por el imperio del mundo. Si Cartago hubiera triunfado, la Europa, en vez de impregnarse de las costumbres latinas, habría venido á ser africana. Ese pueblo de mercaderes

venales habría derramado en el mundo sus crueles instituciones, sus idolatrías insensatas y sus costumbres feroces: la civilización se habría retardado muchos siglos.

U. sabe, mejor que yo, que toda la jurisprudencia de la Europa moderna, está calcada sobre la antigua legislación romana. La justicia era innata en ese pueblo como el valor. Aunque no fuera más que para conocer las fuentes del derecho civil moderno, deberían nuestros jóvenes legistas estudiar concienzudamente la historia de ese pueblo.

Respecto á sus instituciones políticas no tengo espacio para ocuparme en ellas. Le diré de paso, que su constitución, en que se quiso hermanar el poder popular y el poder aristocrático, formando ese balancín que se llama gobierno mixto, duró mientras las virtudes públicas y el patriotismo de los ciudadanos mantuvieron á raya las pretensiones ambiciosas ó anárquicas. Todo ese complicado edificio vino al suelo en el momento que se corrompieron las costumbres y se levantaron individualidades poderosas. No hay más gobiernos posibles, como ha dicho el Zar Nicolás, que el de uno solo ó el del pueblo: en materia de gobierno todo sistema de complicación y equilibrio es un sofisma.

El Senado romano, compuesto de sola una Cámara es, como lo ha hecho notar uno de nuestros más distinguidos publicistas, un argumento poderoso contra esa manía que hay entre nosotros de dividir el poder legislativo. Jamás faltó á aquella asamblea memorable madurez en los juicios, grandeza en las concepciones ni perseverancia en la acción por no estar sujeta á las trabas, las dilaciones y las chicanas que apareja la división legislativa.

Los Gracos comenzaron de palabra esa guerra sin tregua contra los patricios y el Senado, que Mario y Sila continuaron á hachazos, concluída definitivamente por César y Augusto. Mario y Sila fueron los feroces vengadores del pueblo. Mario, con su valor indomable, su elocuencia salvaje y sus furores implacables, fué la personificación terrible del pueblo, cuando provocado y humillado por siglos se levanta vencedor é inextinguible. Los patricios, como han hecho todas las aristocracias, invadieron poco á poco los derechos populares, y, apoderándose no sólo del territorio latino, sino de las provincias conquistadas y de los despojos del mundo, llevaban una vida holgazana y sibarita en sus palacios suntuosos, mientras la hambrienta

multitud pedía un pedazo de tierra desde el monte Aventino. Las injusticias acumuladas aparejan siempre una explosión sangrienta. Al pueblo jamás le falta en el curso de los siglos para abatir á su señores un Mario, un Sila, un Crómwell, un Robespierre ó un Marat. Sila era patricio como Mirabeau: ambos contribuyeron poderosamente á la caída de sus pares: las aristocracias aniquiladas por uno de sus miembros, son un fenómeno muy común en la historia.

El carácter de Sila ofrece una mezcla caprichosa de crueldad, de inmoralidad y de grandeza. Después de haber vencido al famoso Yugurta y al gran Mitrídates, dirigió su ejército victorioso contra sus enemigos de Roma; pidió antorchas para quemar la ciudad, mutiló el Senado, degolló á los ciudadanos más ilustres, se hizo nombrar dictador y apellidar *el feliz*. Un día, cansado de honores, de grandeza y de mando, sin curarse de los odios ni de las venganzas que habían provocado sus crueldades, arrojó á los romanos su bastón dictatorial y se retiró á la vida privada á concluir su historia y á entregarse á los placeres, manifestando con altivo desdén á sus conciudadanos, que ni los apreciaba ni les temía.

Si esta clase de estudios inspira al público algún interés, cuando tenga tiempo y me sienta con buen humor le hablaré en otras cartas del papel que hacía la religión entre los romanos, y de la influencia que tuvieron sus conquistas sobre la suerte del mundo: arriesgaré unas cuantas pinceladas bosquejando algunas figuras conspicuas del imperio desde César hasta Constantino, y después examinaré la Iglesia cristiana en sus primeros siglos.

(De EL PUEBLO, número 53, de 21 de Agosto de 1856.)

UN PASEO Á RIONEGRO

La benevolencia con que siempre ha recibido el público mis débiles escritos es causa de que lo considere ya como un viejo amigo, á quien puedo hacer todo linaje de confianzas. Voy pues á contar á mis lectores un sueño loco de mi primera juventud. Mi gran pasión ha sido viajar, pero no por Inglaterra y Francia, naciones que se las sabe uno de memoria, sino por comarcas más lejanas y países más ignotos. En mi cabeza, entonces calenturienta y soñadora, tenía yo arregladas estas pequeñas correrías.

Dirigirme por la vía más recta á Egipto para visitar á Alejandría, la ciudad en que pretendió Alejandro resumir el comercio del mundo, y las Pirámides, monumentos titánicos de la vanidad antigua. Remontar el Nilo hasta Abisinia para ver divisados de príncipes y reyes á los ilotas de nuestro país. Visitar la Tebaida, cuna del ascetismo primitivo, y después sumergirme plenamente en los desiertos arábigos. Agotar las emociones de esa existencia nómade y errante, soñada por todas las imaginaciones poéticas. Juntarme con una caravana de creyentes y hacer la peregrinación á la Meca : recorrer la Arabia feliz y tomar café de Moca acostado en los jardines del Yemen, y leche de camella en el aduar de los beduínos. Luégo penetrar en las comarcas misteriosas de la India, hacerme cargar en palanquín como un nabab millonario : conocer las inmensas pagodas y los ídolos monstruosos, y cazar tigres y panteras en esos bosques cuyos perfumes embriagan los sentidos. Hacer después largas correrías en el golfo de Bengala y en las islas del mar de la China : penetrar, si me era posible, en este imperio de civilización estacionaria, condenado á muerte por la inmovilidad y el aislamiento. Luégo pensaba dirigirme á Europa por el istmo de Suez, y detenerme un año en Stambul, llevando una vida enteramente turca en medio de ese pueblo fatalista y sensual. Recorrer después la Italia comenzando por Venecia, la ciudad del eterno carnaval y de las locas fiestas, en cuyos canales se aduerme uno de noche en las góndolas, arrullado por las dulces brisas de la Italia y por las poéticas canciones del Tasso.

Visitar á Nápoles para contemplar su golfo azul y sus volcanes inflamados ; á Florencia la patria de los Médicis, la altiva República de la edad media, y después pensaba ir á evocar recuerdos históricos en la ciudad de las siete colinas y á derramar una lágrima de indignación al ver la orgullosa ciudad de los Césares, que tuvo más de un millón de habitantes, despoblada hoy, empobrecida y degradada por el estúpido gobierno temporal de los Pontífices.

Era mi plan pasar de Italia á las naciones del Norte, visitar la patria de Gustavo Adolfo, internarme en Rusia para conocer ese pueblo en que el despotismo es una religión ; avanzar á los mares polares para viajar en trineo en medio de esa naturaleza muerta, donde los árboles son menores que nuestras plantas, y las noches prolongadas por meses forman completo contraste con nuestro país, en que el sol y las estrellas, con su brillo perdurable, constituyen la espléndida monotonía de la zona tórrida.

Después de haber conocido el mundo antiguo, sus religiones, sus gobiernos, sus preocupaciones y sus miserias ; después de haber estudiado al hombre en todos los países y la creación bajo todas las zonas ; después de haber agotado todo el amor, el entusiasmo y la curiosidad inquieta que devoraban mi ser ; después de haber vivido en seis ú ocho años toda una existencia, pensaba volver como el hijo pródigo al hogar paterno, á pasar el estéril residuo de vida que me quedara cerca de los objetos de mi cariño, y á morir respirando el aire de la patria.

Y en vez de cumplir este programa flotante y vagaroso, me encuentro aquí consolidado como deuda pública, estacionario como gallo en estaca.

Pocos son los mortales afortunados que ven realizadas las ilusiones de su primera juventud. Vos, amado lector, que soñasteis una vida de fausto y de holganza, de seguro que os encontráis trabajando de sol á sol para obtener vuestra carne frita y vuestro indigesto puchero. Y vos, amabilísima lectora, que imaginasteis como todas, que os tocaría en lote un joven espiritual, gentil, esbelto y generoso, lo más probable es que os haya enviado la suerte un marido que calza zapatos amarillos y viste chaqueta blanca ; gordo, usurero, miserable y soberanamente prosaico.

Llevemos, pues, la cruz de nuestros desengaños hasta el fin, como Jesucristo llevó la suya hasta el Calvario, y, como dice

un proverbio francés, aceptemos la sopa como está y la vida como viene.

También es cierto que, aunque hoy me viera millonario, ya no me siento con humor para dar una vuelta al mundo. Pero cuando me fastidia en Medellín la vista cuotidiana de ciertas caras; cuando los gendarmes conservadores asustan mis nervios, y esta atmósfera de represión en que vivimos me sofoca, y siento zumbiar en derredor de mí la ley de vagancia, me voy á ver rostros amigos y á llenar en Rionegro de aire libre mis pulmones.

El domingo siete de los corrientes á las cinco de la mañana, en compañía de varios amigos tomé la derrota de Rionegro, caballero en una mula juiciosa y acompasada. La mula es la providencia de nuestras montañas, como el camello lo es de los desiertos. Á paso lento lo lleva á uno á todas partes: tiene de común con los conservadores que no es liberal ni aun en las bajadas. La vereda que sigue para Rionegro, pues el nombre de camino no merece, aunque es la más transitada é importante de la provincia, se encuentra siempre en un desgredo lamentable: en un rodadero que llaman el buzón, uno de mis compañeros tuvo que echar pie á tierra. Bien pudieran las autoridades, además de hacer tanto reglamento y de comprimir y sofocar á los ciudadanos, dedicar siquiera el sábado por la tarde para ocuparse un poco en los caminos públicos.

Lo más importante que se encuentra hasta la cordillera es un establecimiento para extraer sal, en el que se ha gastado mucha plata, y que hoy no tiene más inconvenientes que carecer de combustible y de agua salada. Un poco más arriba, á la derecha del camino, la quebrada de Medellín rodando sobre rocas de pórfido forma blanca y pintoresca cascada, en cuya parte baja hay un bellissimo charco cubierto por un bosquecillo, hacia el cual tuve ganas de dirigirme, á ver si sorprendía alguna ninfa de las montañas tomando su baño matutino.

Como era día de fiesta en Rionegro el camino estaba muy animado. Por todas partes encontrábamos figuras raras en calalgaduras exóticas. Dimos con un *míster* cabalgando una mula, sobre galápago sin grupera, con botas charoladas, calzones blancos, sin zamarros, y con sombrero negro: rubio, colorado, con los ojos azules tirando á verde como las aguas de un lago podrido; grave, tieso, sin coyunturas como si fuera de una sola pieza, y dominado por una manía como buen inglés. La

suya es coleccionar insectos. De repente se arroja de la mula y se lanza por una ladera atacando á sombrerazos un objeto invisible. Á poco volvió gozoso y triunfante trayendo prisionero un cucarrón.

— ¡ Oh ! el bonito bestia, exclamó entusiasmado.

De lo alto de Santa Elena dirigí una mirada á Medellín, pero la ciudad estaba cubierta con fajas de niebla, como una hermosa con su velo blanco, y solamente retazos pudimos contemplar del pintoresco valle. Á la venta que se halla en este punto llegaban cachacos imberbes, pedían un traje doble, encendían cigarros del tamaño de alfardas y picaban á galope para Rionegro más felices que un rey. El camino que sigue para esta ciudad desde la cordillera es un jardín, prolongado por leguas. Osténtanse en él la flor del caunce, color de oro pálido, azucenas, magnolias silvestres, amarrabollos encendidos, la perfumada flor del chagualo y el espléndido siete-cueros que, por variado y risueño podría haber sido en la antigüedad mitológica símbolo de la primavera.

Los campos de Rionegro carecen de la pompa lujosa de nuestro valle ; pero los límpidos arroyos que se arrastran entre flores silvestres, el río que corre sin ruido y sin murmullo, los verdes prados salpicados de bosquecillos de siete-cueros, los lejanos horizontes cubiertos de niebla, y cierto silencio solemne que se nota en la naturaleza, dan á esos campos un tinte melancólico, pero bello y poético á la vez.

La ciudad de Rionegro ocupa la peor situación de la planicie, y en materia de irregularidad nada tiene que desear. Al fin de una calle hermosa se encuentra por lo regular un zanjón ó un barranco. Generalmente las casas son muy alegres, por las vistosas flores que cubren sus patios, y el aseo y compostura que en ellas reinan. Sus jardines y sus huertas contienen hortalizas y flores de una variedad prodigiosa. El clima tan dulce, que se goza con sólo respirar, y el carácter hospitalario, franco, hidalgo y cumplido de sus habitantes, hacen de Rionegro una morada muy agradable para el viajero.

En las casas de buena sociedad se encuentra tanta elegancia y cortesanía como en los mejores salones de Bogotá ; y al viajero, hospedado en la habitación de un caballero de Rionegro, le hacen olvidar patria y familia á fuerza de cordialidad, delicadeza y atenciones.

Hubo en las fiestas funciones dramáticas. Representóse el *Pelo de la dehesa*, que es capaz de hacer reír á un conde.

nado á muerte, y en ella el señor Froilán Gómez y compañeros arrancaron innumerables aplausos. También representaron á *Lucrecia Borgia*, espléndido drama de Víctor Hugo, al cual nos llevó el doble interés del mérito de la pieza y de estar prohibida por el Gobernador de Antioquia. Parece que en cuestiones de moral y de teatro no se le alcanza mucho al susodicho magistrado. Además de que *Lucrecia* encuentra un castigo atroz al fin de su vida criminal, dejando el drama en su conjunto horror al vicio é impresiones saludables en el ánimo del espectador, esta pieza ha sido representada en todos los teatros de la católica España, de la cristianísima Francia y varias veces en el nuestro, sin que nadie se escandalizara; y en materia de moralidad de teatro el público es el único juez competente.

La concurrencia femenina al teatro fué sumamente lucida. En medio de muchas jóvenes risueñas y frescas como las flores de sus jardines, descollaban algunas bellezas anglogranadinas. Entre éstas notábase una joven en cuyo rostro se ostentaban los colores de perfección ideal que distinguen á las hijas de Albión, iluminados por los ojos brillantes, fosforescentes, incendiarios, de una española. Hasta yo, que ya casi no admiro á las mujeres sino como objetos artísticos, no pude menos de contemplar á ésta largo rato, como un aficionado á pinturas se detiene delante de una virgen de Murillo ó de Rafael.

En las fiestas noté en el pueblo orden, moralidad, compostura y poquísima embriaguez. Y los ultrajes que ha querido hacerle el Gobernador de Antioquia, después de la conducta noble y caballerosa que tuvieron con él en Rionegro, cuando cayó prisionero en 1851, revelan que este magistrado se olvida con frecuencia de la gratitud y de la justicia.

Rionegro es una ciudad altiva y guerrera á la que nada puede abatir. Medellín la ha despojado de su antiguo comercio; los fuertes capitalistas la han abandonado; los conservadores no le han dejado ni el circuito de hacienda, y de capital de provincia la han reducido casi á aldea; han repartido sus vestiduras y echado suertes sobre su túnica, pero sus habitantes siempre están prontos á morir gritando: ¡viva la libertad! y á decir como Francisco I: todo lo hemos perdido menos el honor.

(De EL PUEBLO, número 57, de 21 de Septiembre de 1856.)

LA MUJER FUERA DEL MATRIMONIO

Los poetas de todos los tiempos han comparado á las mujeres con las flores: esta comparación ha venido á ser vulgar, pero ha quedado siempre verdadera. Las flores, hijas de la Aurora, sólo viven mientras las acarician el rocío de la noche y los besos amorosos del aura matutina: un rayo de sol ardiente, un soplo de cierzo frío marchitan para siempre su belleza. Después que pasan para las mujeres, flores con alma, como las llama un poeta, las horas fugitivas de la juventud, perfumadas por el amor, iluminadas por el entusiasmo; después que los pesares, los desengaños ó el matrimonio, que es tal vez un desengaño más, les han arrebatado la juventud, la inocencia y la alegría; qué queda de estas bellas y frágiles criaturas?

La mujer desde sus primeros años busca el matrimonio con esa ansiedad instintiva con que la debilidad busca el apoyo de la fuerza, y el corazón el amor y la dicha. No discutimos las ventajas sociales de esta institución tan encomiada por todos los moralistas; mas, como está organizada hoy, parécenos producir un orden social extraño, que consiste en que la dicha pública pueda ser el resultado de una inmensa acumulación de desgracias particulares.

—Niña (le dice una que pertenece al gremio á otra que suspira por entrar en él) no hay quien soporte estos muchachos; no me dejan dormir, ni lugar para peinarme. Y Carlos que de soltero parecía tan galante, tan tierno, ahora tiene un humor . . . ; Qué dichosa era yo de soltera!

Todas las tardes hacen esta advertencia las casadas á las solteras. Tiempo perdido! El matrimonio es un misterio: Eva por satisfacer su curiosidad renunció el paraíso: esta tradición nunca ha sido olvidada por el bello sexo.

No encontrar en el marido la ternura y las cualidades del amante, es la eterna desesperación de las mujeres casadas.

Pero la sociedad ha hecho del matrimonio para ellas una necesidad fatal: por no tomarse el trabajo de prepararlas para llevar una existencia independiente y bastarse á sí mismas, cuando por desgracia ó por carácter no puedan refugiarse en el

matrimonio, ha inventado una conminación muy galante, diciéndoles: "el matrimonio ó la ridiculez: casaos á todo trance, y si no, digo que sólo servís para vestir santos y os llamo solteronas."

Por no oír zumbiar en derredor de sí esa odiosa palabra de *solterona*, muchas mujeres de mérito se han arrojado en los brazos de un necio, de un viejo, de un miserable ó de un idiota.

Sea pues por temor de la ridiculez, por exigencias de la organización ó por sondear lo desconocido, el matrimonio es para las mujeres, en todos los tiempos y en todas las zonas sociales, una cuestión de gabinete, una preocupación incesante, dominadora, tiránica.

Á los quince años la mujer es muy desdeñosa por la confianza que le inspira la mucha vida que tiene por delante: le parece tan risueño, tan grande, tan bello lo porvenir, que de la comparación siempre resulta feo y mezquino lo presente. Amantes ricos, heroicos, leales y novelescos se cruzan como mariposas de oro en su loca imaginación, y, delante de estos galantes de la fantasía, parécenle vulgares y prosaicos los amantes verdaderos. Afánase poco en agradar, desdeña la amabilidad y la seductora coquetería; no mira á los hombres como iguales sino como esclavos y, en su loca confianza, considera el matrimonio como un imperio cuyo cetro tomará cuando le plazca, y el celibato no la asusta, á fuerza de ser un espantajo que vislumbra tan lejos. Así pues, las mujeres de quince años serán tan bellas como se quiera, pero su trato carece de atractivos.

Á los diez y ocho ó veinte la mujer se concentra en sí misma, dirige una mirada profunda á la sociedad y se estremece. No es ya la niña desprevenida de quince años, que mira al hombre como un esclavo ó un juguete, sino la mujer armada que lo contempla como á un enemigo. La observación y la experiencia le revelan misterios desconocidos, y comprende que la vida también para la mujer es una lucha en que necesita apartar malezas y vencer obstáculos para llegar á la meta. Entonces examina los recursos exteriores con que cuenta: sus relaciones, la fortuna de su familia, su posición social. Pero es ante el espejo que ella va á pasar revista con más cuidado á sus armas para entrar en esa lid suprema cuyo triunfo es el matrimonio.

El espejo es su consejero privado, su amigo y á veces su tormento. Las mujeres campesinas y parroquiales, con tal de estar bien enfardeladas en telas de colores fuertes y chillones, llenas de cintas, de alhajas de oro, de arabescos relumbrosos ; con tal de verse con vistosos *cachumbos* y carrillos rojos y redondos, no piden más al espejo y se declaran por sí y ante sí conquistadoras. La *toilette* de una mujer elegante es tarea más laboriosa que la de un Ministro de Hacienda de una nación en bancarrota. Si el espejo de una de éstas tuviera el don de la palabra ; qué de cosas no refiriera ! En esa edad de diez y ocho á veinte años, de que hablamos, es que la mujer interroga el espejo con inteligencia y ansiedad para saber qué puesto le toca en la aristocracia de la belleza. Estudia cuidadosamente su talle, sus cabellos, sus dientes, su andar, su sonrisa y su mirada. Busca el peinado que más armoniza con su cara, las posiciones que más cuadran á su cuerpo, los colores y vestidos que mejor ponen en relieve su belleza. Á los ojos, que son el alma de la fisonomía y el arma más poderosa de la mujer, los sujeta á evoluciones sin fin, hasta encontrar el género de mirada que más les conviene. Ya los ensaya dirigiéndolos perdidos hacia arriba, con lo que se da cierto aire de ángel caído del cielo buscando su patria, ya los dirige tristemente hacia la tierra, como criatura desesperada que sólo espera reposo de la tumba : ora ensaya el aire altanero de Juno, ora las dulces y tímidas miradas de las pastoras de la Arcadia. Una mujer del gran mundo, que quiere hacer resaltar todas sus ventajas, es y debe ser un verdadero artista. Á fuer de avisada pasa con frecuencia revista concienzuda á su cuerpo, como un guerrero requiere sus armas, para ocultar los defectos y poner en evidencia las bellezas.

Este cuidado constante de su figura, esas inocentes coque-terías de tocador no son para nosotros objeto de crítica : la mujer que no dé á estas cosas la importancia que se merecen debe ser un marimacho ó una tonta.

Una vez que se ha hecho cargo de la situación y que ha tomado nota de los recursos exteriores y personales con que cuenta, renuncia á los amantes ideales de novela, se humaniza por ríspida que sea, dulcifica sus ademanes, afila sus armas y entra en batalla.

Entonces las mujeres de talento, ya saciadas de bailes, de

tertulias, de quimeras y frivolidades, piensan seriamente en lo porvenir, y examinan si la sociedad les ha dejado fuera del matrimonio alguna carrera en que refugiarse, alguna ocupación activa. Pero encuentran que para ellas no hay lugar: los hombres ocupan la política, los negocios, la literatura, las artes y las ciencias: para ellos los viajes, la actividad, el movimiento, el ruido. Viendo obstruidos todos los caminos, cerradas para ellas todas las carreras, se dirigen indefectiblemente al matrimonio, único puerto de refugio que se presenta ante sus ojos. Y entonces persiguen este objeto con la energía con que un náufrago busca una tabla de salvación en medio de las soledades del océano.

De los veinte á los veinticinco es la edad de oro de la mujer: de quince años serán más bonitas, pero de veinte para arriba son más hermosas. En sus vestidos, en sus movimientos, en su peinado, en sus modales hay más gracia, más seducción, más armonía, más sintaxis. Á proporción que avanzan en años, tórnanse más amables: como ya para ellas no hay en la vida misterios y lo saben todo, su conversación es abundante y variada: no hay reticencia que no entiendan ni media palabra que no completen. Sus pulmones enteramente desarrollados dan á su voz todas las modulaciones de la pasión: sus palabras adquieren una dulzura seráfica, sus formas una amplitud y redondez tentadoras. La niña no tiene más atractivo que su figura; las mujeres de que hablamos agregan á ésta la elegancia de los movimientos, la gracia de la conversación, las evoluciones de la mirada, y esas mil adorables y fascinadoras coqueterías, de las cuales no se escapan sino los santos por estar en el cielo, y los muertos por dormir en la tumba.

En nuestros climas, veinticinco años equivalen á treinta en la zona templada. Á los veinte años la mujer piensa en el matrimonio con inquietud, á los veinticinco con impaciencia, á los treinta con desesperación. Hasta los veinte la mujer confiesa los años sin mucha dificultad: de aquí para arriba empieza á hacer sustracciones; pero en sus confesiones, si las hace, se para definitivamente en los veintinueve: de aquí no pasa: se convierte en una especie de Dios-Término! De veinticinco para arriba, en materia de pretendientes, ya no escoge, acepta: salvo algunas mujeres muy distinguidas, que tienen la conciencia de su mérito, contra las cuales son impotentes los

años, de las demás se apodera un terror pánico y gritan “sálvese quien pueda!” Entonces, por escapar á la ironía social que las persigue, al celibato eterno que las amenaza, dan oídos á militares calaveras, á viudos de cincuenta años, á comerciantes obesos y á necios de todas dimensiones.

Por muy graciosa, elegante, hermosa y espiritual que sea una mujer, siempre, estando soltera, ve pasar los años con espanto: la única que marcha á los treinta con imperturbable serenidad es la mujer rica. Si á la gracia y la belleza suelen faltarle amantes, ella sabe muy bien que al oro no le faltarán admiradores.

Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños. . . .

Decía un poeta. Á esta edad la mujer soltera duda de sí misma y tiene vértigo. Los años, con su séquito de pesares y decepciones, de arrugas y de canas, la asustan entonando elegías melancólicas. Las alegres serenatas ya no suenan en sus ventanas, las miradas no la perciben, las sonrisas no la acarician y los amantes se le escapan, como las mariposas de una luz que se apaga. El porvenir no se dibuja á sus ojos sino como desierto seco, ardoroso, sin árboles ni flores, ó como un mar inmenso, salobre, sin playas ni horizonte.

Perdón, amadas lectoras, por habernos atrevido á estampar estas verdades dolorosas: consolaos sabiendo que el destino de los hombres, pasada cierta edad, tampoco es muy dichoso que se diga. Después de la juventud, el hombre no se alegra, sino que se aturde, la vida no es para él un beneficio sino una expiación.

Según su educación y su carácter, las mujeres, llegando á cierta edad, se dividen en dos clases, que denominaremos:

Solteronas rencorosas, y

Solteronas resignadas.

La *solterona rencorosa* odia toda persona que es joven, bella, alegre ó dichosa. Cuando ve una pareja de enamorados, quisiera tener la cabeza de Medusa para petrificarla: en su conversación asoma por lo regular el sarcasmo, su lengua es un áspid. Castiga á los niños, regaña á los criados, critica á todo el mundo. Si alguna joven vive bajo su dependencia, cada momento la regala con sermones morales; registra su costura á ver si sorprende billetes amorosos; la regaña porque

no oyó la misa con devoción, porque las flores se marchitaron por falta de riego, porque las gallinas se comieron los sembrados, porque la sorprende en el espejo, por todo cuanto hay. Si es bonita, más le valiera no haber nacido. El mal humor de estas solteronas no da cuartel: atormentar á alguno es para ellas una diversión; como esas patricias romanas que en sus ratos de fastidio se distraían punzando á sus esclavas con alfileres de oro.

Durante algún tiempo todavía frecuenta el tocador, cuida de su peinado y de su ropa, va á los bailes y tertulias en busca de un azar conyugal, alimentada por ese filosófico *quién sabe!* de que habla Dumas. Pasados algunos años, ya completamente desencantada, renuncia á ser mujer y se convierte en beata. No es la piedad la que la lleva á la Iglesia, sino el deseo de dar alguna ocupación á su vagabunda, estéril y solitaria existencia. No hay que esperar que el misticismo dulcifique su carácter: si antes tenía mal humor, después de beata se convierte en hiena. Se viste de negro, descuida el vestido y el peinado, cuelga del cuello camándulas, escapularios, efigies de santos, toda clase de amuletos piadosos; se afilia en cofradías y hermandades, trabaja porque vengan padres jesuitas, asuela los jardines para mandar flores á la Iglesia; viste santos, adorna los altares, encomia la elocuencia de su predicador favorito y se sumerge plenamente en las intrigas de sacristía. Lo monstruoso del matrimonio civil, lo relajado de los hombres y la liviandad de las mozas de ahora, son temas en que se ejercita con predilección su lengua de harpía. La frialdad de la Iglesia se pega á su fisonomía, que adquiere á veces la tez amarillenta de un cirio pascual. No quiere á nadie de su especie, y si llega á enamorarse es de un loro chillón, de un gato monstruoso ó de un dogo infame.

Pero hay otras mujeres á quienes una educación cuidadosa, una vida pura, una piedad verdadera y virtudes sólidas, les dan fuerzas bastantes para aceptar el celibato, si no con placer, al menos con resignación. Si se ven privadas de las emociones del amor y de la maternidad, no encuentran en aquello injusticia sino desgracia. Por lo regular estas nobles organizaciones, viendo sus aspiraciones frustradas, sus ilusionos perdidas, el amor y la juventud despedirse de ellas para siempre, caen también por algún tiempo en una especie de desaliento, del cual

se levantan resignadas y fuertes. Un poco de tristeza queda siempre velando su rostro, pero la tristeza como sentimiento habitual imprime á la fisonomía un aire dulce, casi poético. Siempre cuidan de su vestido y su peinado, desdeñan los colores oscuros que son por lo regular librea de la hipocresía, asisten á bailes y tertulias y continúan mezcladas en el mundo, del cual son á veces el mejor ornamento. Para la mujer siempre hay objeto en la vida, una vez que comprenda su misión de ángel de paz y de consuelo. Algunas de estas mujeres cuidan del menaje doméstico, educan á los niños, aconsejan y dirigen á sus hermanos jóvenes, vigilan por los intereses de la casa, sostienen con mil cuidados afectuosos la vejez dolorosa de sus padres, tienen voto consultivo en los negocios domésticos, gozan con la dicha de las personas que les son queridas, animan á unos, aconsejan á otros, consuelan á todos: son una especie de ninfa Egeria, la dulce y pacífica divinidad de la familia.

Generalmente las mujeres que han sido laboriosas, castas y puras en la juventud son las que llevan el celibato con entereza, resignación y dignidad. Virtud significa fuerza. Las que han sido frívolas y coquetas en su mocedad no saben qué hacer con la edad madura, se exasperan contra el mundo y se entregan á la estéril profesión de beatas.

La ley del progreso y de la justicia impone á la sociedad graves deberes que cumplir respecto de las mujeres. El hombre no necesita que se le sostenga; la fuerza se ampara á sí misma: la debilidad es la que requiere una gran protección. Si no ha de ser para proteger al débil, no sabemos que la sociedad sirva para maldita la cosa. Cumple, pues, á ésta dar á las mujeres una educación seria, variada y substancial, para que sus cualidades activas encuentren ejercicio y puedan llevar fuera del matrimonio una vida laboriosa, independiente y digna. Por diez establecimientos de enseñanza para hombres, se encuentra en el país uno de mujeres. ¿No es esto el egoísmo brutal de la fuerza, que sólo tiene previsiones y cuidados para sí misma? Y esas preocupaciones estrechas y mezquinas, que arrojan una especie de disfavor sobre la mujer que quiere vivir y elevarse por medio de su talento y energía, deben ser incesantemente combatidas por todo hombre de inteligencia y de corazón.

En las poblaciones numerosas, por mil causas que no es del caso manifestar aquí, el matrimonio no es la regla sino

la excepción: en estos grandes focos de población las dos terceras partes de las mujeres se quedan solteras. De éstas la mayor parte gastan su vida en la indolencia, en devociones estériles ó frívolos galanteos. La descuidada ó ninguna educación que se les da generalmente, y las ataduras y preocupaciones sociales que les impiden avanzar en ninguna carrera brillante, son la causa de la triste condición que ocupan entre nosotros fuera del matrimonio. El teatro, la pluma, el pincel, la música, las artes, las ciencias, el trabajo que ennoblece y purifica, el trabajo en todas sus ramificaciones podría calmar las decepciones de su alma, darles independencia y posición y abrir á su inteligencia y energía vastos horizontes.

En nuestro humilde concepto las mujeres también cometen un grave error en contar demasiado para lo porvenir con la protección de un esposo. De aquí viene el no prepararse por medio de la meditación, el estudio y el trabajo al azar tan común del celibato. Contando con el matrimonio sólo se afanan por aprender un poco de música, artes de tocador, frivolidades de toda clase, con las cuales mientras están jóvenes y bonitas pueden ser muñecas adorables, pero después de cierto tiempo se convierten en seres completamente inútiles. La edad madura las sorprende desprevénidas é impotentes: lo que no sucedería si se hubieran procurado de antemano, para llenar el vacío de su corazón y la soledad de su existencia, alguna ocupación lucrativa, amor á las artes, gusto por el trabajo ó pasión por la gloria, que son las únicas cosas que sostienen, alientan y consuelan en todas las edades de la vida.

(De EL PUEBLO, número 71, de 1.º de Enero de 1857.)

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA M. J. A.

Hay una edad en que el alma tiene fe, el corazón entusiasmo y la frente serenidad y limpieza: esta bella y santa edad de alegrías y de sueños es la juventud.

Hay una flor desprendida del cielo, cuyo aroma es más suave que todos los perfumes del oriente: esta divina flor es la inocencia.

Hay un poder ante el cual tiemblan los reyes y doblan la rodilla los fuertes: este poder es la belleza.

Juventud, inocencia y belleza, he aquí el complemento de la mujer verdaderamente soberana en el mundo de los afectos, de la mujer que embriaga los corazones y que imaginan los poetas.

Por estas tres flores, juventud, inocencia y belleza, daría una cortesana opulenta sus tesoros, y una reina gastada su diadema y su trono.

Siendo vos joven, inocente y hermosa ; habrá otra cosa que pueda desear yo para vos ?

Sí : un porvenir de dicha tranquila, fundada en el amor correspondido y sincero, en las alegrías de la vida de familia, y en el ejercicio constante del deber y de la virtud. Este porvenir tranquilo, pacífico, sereno, sin nubes ni pesares, es el que para vos desea con ardor vuestro sincero amigo.

(De EL PUEBLO, número 77, de 2 de Marzo de 1858.)

CARTAS AL DOCTOR CAMILO A. ECHEVERRI

CARTA QUINTA

Señor Doctor CAMILO A. ECHEVERRI.

Bogotá, Marzo 20 de 1858.

Mi querido amigo : comprometido á escribirle alguna cosa sobre mi viaje á ésta, no sé cómo salga del apuro. En nuestros caminos, como en nuestras ciudades, todo es uniforme, silencioso, acompasado. Anécdotas, leyendas ó aventuras, ni por pienso. En un viaje rápido, al llegar á un pueblo ó á una posada sólo piensa uno en comer y en descansar ; así es que tampoco tiene humor para estudiar las producciones del país ni tomar datos estadísticos. Estas cartas no contendrán, pues, sino observaciones superficiales é incidentes personales de poquísima importancia : pueden tener algún interés para mis amigos ; para el público ninguno.

“ La vida de Medellín no merece la pena de ser vivida.” Ésta es una cosa que nos repetimos diariamente en conversaciones íntimas. Las gentes no se encuentran ligadas por ningún lazo de afecto y simpatía ; todo lo enfría el egoísmo, y una codicia desenfrenada hace que la sociedad sea allí un estado de guerra permanente. Los mercaderes de pueblo, generalmente israelitas sin conciencia ni corazón, contribuyen á barbarizar las costumbres con su carácter mezquino y sus maneras parroquiales. Y en medio de un país tan bello, acariciados por un clima tan dulce, con tanta riqueza y condiciones incalculables de dicha, no puede concebirse que haya tantos hombres juntos llevando una vida tan estúpida.

Sinembargo, el hombre se adhiere fuertemente á cualquier lugar en que ha vivido largo tiempo. Bien sea que habite en un valle solitario, en la cresta de una montaña ó en el rincón de una ciudad, el día que dice adiós á las aves que lo despertaban por la mañana, á las fuentes cuyo murmullo acariciaba su sueño, á los horizontes á que estaban acostumbradas sus miradas, á las personas amigas ó conocidas con quienes trataba

diariamente, no puede menos de sentir embargado su corazón por una tristeza inexplicable.

Hasta los judíos y los bohemios, condenados por la fatalidad ó la Providencia á no tener patria, dejan con tristeza los lugares en que han habitado mucho tiempo: solamente las poblaciones nómades del Oriente pueden emprender largas peregrinaciones y apagar sus hogares con placer, porque, llevando consigo sus tiendas, sus ganados, su familia y sus afectos, no dejan atrás sino la estéril inmensidad del desierto.

Y aunque en Medellín los afectos sean una planta rara, siempre deja uno corazones calorosos que han simpatizado con el suyo, alguna familia amable y hospitalaria en cuyo seno descansaba como en un oasis, ó alguna mujer encantadora cuya imagen lleva sobre el corazón como una flor perfumada. Caigan sobre esas personas las bendiciones del cielo! Salud y felicidad para mis buenos amigos de Medellín!

Nada es más fatigoso que los preliminares de un viaje largo al través de nuestras montañas. Hay que comenzar por los avíos de montar, á los cuales es preciso pasar revista hebilla por hebilla y correa por correa, so pena de derrumbarse por las orejas de la mula en cada precipicio; despedirse de una multitud y responder á largas interpelaciones sobre: cuándo vuelve? á qué se va? qué piensa hacer? y luego á los postres encontrarle cabida en los baúles á una granizada de encomiendas, que uno lleva con muchísimo gusto, pero que ponen en graves apuros su talento de enfardelador.

Por conocer el cantón de Salamina, cuya rápida prosperidad mete tanta bulla en el Estado, por darme un baño de frío, de nieve y de escarchas en el páramo de Ruiz, y sobre todo por venir en compañía de excelentes amigos, resolví tomar esta ruta á pesar del horror que le tenía á tan prolongado camino de tierra.

Eran mis compañeros de viaje:

Nazario Lalinde, (suprimiré el *señor*) simpático y cumplido caballero, que puso generosamente á mi disposición una recua completa de mulas y caballos excelentes;

Estanislao Sañudo, cuyo apellido es una recomendación, pues la cortesanía y la dulzura son patrimonio de toda esa estimabilísima familia;

Y Elías Uribe, uno de los jóvenes más distinguidos que hay

en Antioquia; el cual, de su larga permanencia en Europa ha traído algo más que guantes lustrosos y levitas arrugadas, pues ha venido lleno de patriotismo y de amor al país; tan antioqueño, tan granadino y tan americano como siempre. Ojalá que tantos jóvenes que de Europa sólo importan á Medellín fatuidad y sandeces, trajeran tantas ideas y observaciones como Elías, con su sencillez y su modestia! La revista industrial del primer número de la tercera serie de "El Pueblo" escrita por él, llena de datos exactos y de sabias y juiciosas apreciaciones, revela indudablemente una cabeza llena y un espíritu cultivado.

El camino de Medellín para Rionegro, tan peligroso y desgreado siempre, y por cuyo motivo en mi artículo denominado *Un paseo á Rionegro* hice un cargo fuerte al abandono de las autoridades, lo encontramos en esta ocasión magnífico. Me apresuro pues á hacer plena justicia al Gobernador Giraldo y á las otras personas que han contribuído á esa mejora: á todo señor todo honor.

Ningún viaje emprendido bajo mejores auspicios. Todos amigos íntimos, montados en bestias excelentes, en medio de un día espléndido y dirigiéndonos á una ciudad como Bogotá, querida para nosotros, todo nos convidaba al buen humor y la alegría. Sin embargo, ninguno iba comunicativo y alegre. Dejábamos atrás muchos afectos, y sobre todo la familia, nido de afecciones y de ternura, refugio supremo para el hombre el día de la desgracia cuando el mundo y la sociedad lo arrojan de sí. Estos recuerdos iban en nuestra memoria vivos y palpitantes. Ojalá hubiéramos podido decir como Childe Hárold al abandonar su tierra natal: "que no dejábamos atrás nada que mereciera una lágrima."

En el alto de Santa Elena nos detuvimos para contemplar ese paisaje encantador, teñido de oro por los rayos del sol naciente. Allí tuve una inspiración feliz.

—Melchor, dije á nuestro criado de confianza, destapa una botella de brandi y, con perdón de los hijos de la templanza, sírvenos copas abundantes. Mis amigos, vamos á ahogar en brandi la tristeza: al fin somos antioqueños, y es preciso aceptar las ventajas y los inconvenientes de nuestra raza. El antioqueño no se alegra sino con estimulantes: nada importa que la alegría brote espontáneamente del corazón como una flor inocente, ó que salga humeante y temblorosa como una bacante

del fondo de una botella; siempre es la alegría. Bebamos por los amigos que se quedan atrás.

Almorzamos en el corredor de la casa de Baena, dejando caer involuntariamente nuestras miradas sobre ese mosaico de ciudades, de aldeas, de huertas, de prados, de arboledas y de jardines que se llama el valle de Medellín. Del ejercicio y el aire frío y vigoroso de las montañas surge siempre un apetito majestuoso: allí comenzamos una serie de comidas vandálicas, que continuaron hasta Ambalema, en que ostentó cada uno de nosotros el apetito de un estudiante de quince años y el poder digestivo de un patán.

Antes de llegar á Chachafruto se nos apareció á todo el galope de una mula, haciendo molinete con un palo, nuestro amigo Ambrosio Mejía: desde allí hizo (como tiene de costumbre) de su silla de montar una tribuna permanente; pero introdujo en nuestra pequeña caravana un poco de animación con su carácter bullicioso y sus brindis heteróclitos.

Un hombre como Ambrosio, que nace en el seno de una familia pobre, que no recibe ninguna educación, que comienza, como él mismo dice, sembrando papas y cebollas, y logra, empezando por tan bajo, elevarse á altas regiones mercantiles, conseguir grandes relaciones y remover valores inmensos, no puede menos de tener algún talento y muchísima energía. La fortuna le ha sonreído como á nadie, pero también él ha tomado la iniciativa y ha provocado á la fortuna. Jamás creeré que sin estar dotado de chispa y de cualidades activas pueda hacerse todo lo que ha hecho Ambrosio. Su desprendimiento y generosidad no tienen límites, y por todas partes ha derramado el oro con tanto desdén como pudiera hacerlo un lord en Inglaterra. Teniendo un corazón excelente y siendo por carácter bondadoso y confiado hasta lo sumo su bolsa ha sido destrozada por un enjambre de parásitos, y, en sus días de apuros, agiotistas sin misericordia han completado el pillaje. Todavía le quedan fincas valiosas y anchas bases para restablecer una fortuna: ojalá se persuada que el papel de Conde de Monte Cristo no ofrece ninguna conveniencia en estas tierras, y que esa turba de parásitos y de falsos amigos que lo han explotado, el día que le coman su último escudo serán los primeros en reirse de él.

Las flores que engalanan comúnmente ese camino habían desaparecido. Ya no se veían por allá las azucenas de cán-

dida blancura, ni los amarrabollos de cáliz encendido, ni la aromosa flor del chagualo, ni las bellísimas magnolias: apenas uno que otro siete-cueros ostentaba sus últimas flores todavía galanas y vistosas. Los soles habían desteñido el verde follaje de los árboles, y los arroyos empobrecidos por el verano se arrastraban entre la yerba lánguidos y moribundos.

Uno de los tormentos de viajar en Antioquia es la lentitud. Nuestras despeñadas cordilleras y el carácter lento, perezoso, conservador de las mulas, oponen á la rapidez invencibles obstáculos. Cuando uno anda en esos caminos tostado por el sol ó azotado por la lluvia, mirando por delante faldas interminables, en una mula que agacha las orejas, ramonea pasto á la vera de los caminos y entabla relaciones fraternales con las espuelas declarando, como los estoicos, que el dolor no es dolor, se le junta á uno el cielo con la tierra y el fastidio se le mete por todos los poros. ¿Cuándo el ruido de un coche, ó el estruendo de un ferrocarril, turbarán el silencio sepulcral de nuestras montañas?

¿No le ha sucedido á U., al pasar por el cementerio de Rionegro, recordar nuestras contiendas civiles con su natural séquito de lágrimas, de sangre y de ignominia? Algunas veces paréceme ver sobre la verde grama huellas de la sangre derramada allí en fratricida contienda; y mucha parte de esa sangre era joven, pura, generosa y prometedora. Maldición sobre los que lanzan esas poblaciones, laboriosas y pacíficas, en tales zambras injustificables y sangrientas!

Y nada es más triste que derramar sangre por seguir la bandera y apoyar las pretensiones de un soldado inepto y fanfarrón. Borrero no era belicoso sino en sus proclamas calenturientas; pero en campaña carecía de malicia, de táctica, de arrojo y de numen. Y el día de una batalla ese personaje, con su obesidad frailesca, sus zapatos amarillos, su espada siempre metida entre la vaina, esperando el resultado lejos del peligro y comiendo huevos, ese caudillo dejaba de ser inepto para venir á ser grotesco. La tierra le sea ligera, ya que la historia ha de serle tan pesada.

Al lado de esta grotesca figura evoca uno con placer y con orgullo la grande y bella del General Herrera, y cree verlo á caballo sobre esas colinas con su aire noble, tranquilo y esforzado. Herrera, vaciado en el molde de los caballeros antiguos, no era un personaje de estos tiempos.

El mercantilismo, la pasión por el bienestar y el sosiego personales y la indiferencia por todo lo que no esté relacionado con el *yo*, sentimientos dominantes en nuestros tiempos, no son muy al propósito para formar caracteres elevados. Para mí, como creo haberlo dicho en otra ocasión, no es el talento, la ciencia ni la fortuna lo que constituye un hombre distinguido: la verdadera grandeza consiste en el carácter, y el de Herrera descollaba cien codos sobre los raquíuticos de hoy. Nuestro pueblo carece de memoria y olvida pronto á sus buenos servidores: en cuanto á mí, conservo siempre en la mía, vivo y ardiente, el recuerdo del amigo, del ilustre ciudadano.

Ya que hablamos de guerras civiles, viene á cuento indicarle á U. que sería altamente ventajoso, que los hombres que dirigen y encabezan la opinión en Antioquia popularizaran el siguiente principio: *No intervenir ni tomar cartas en los negocios, ni en las disensiones de los otros Estados federales.* Que hay revoluciones en Bogotá, en Pasto, en el Cauca, en el Magdalena ó en cualquiera otra parte? pues que se arreglen como puedan. Antioquia debe no gastar un escudo ni derramar una gota de sangre sino por los intereses de Antioquia, y guardar neutralidad absoluta mientras no ataquen sus fronteras. En gran manera le conviene á ese Estado el aislamiento para no ligarse con el porvenir de discordia, anarquía y disolución que se espera á Nueva Granada. Su situación excepcional y su territorio montañoso é inexpugnable lo autorizan para vivir tranquilo y sereno, aunque el país esté entregado á las mayores agitaciones.

No adoptando esta política, se quedaría con todos los inconvenientes de la federación sin ninguna de sus ventajas. Sus recursos, su energía, su oro y su sangre los debe prodigar, eso sí, cuando estén comprometidos el honor ó la independencia nacional.

(De EL PUEBLO, número 83, de 16 de Abril de 1858.)

BOGOTÁ

DESPUÉS DE ALGUNOS AÑOS DE AUSENCIA

Entre los enemigos invisibles que tiene el hombre, ninguno es tan encarnizado y poderoso como el tiempo. Un día pueblos jóvenes y vigorosos reunieron pórfidos, jaspes, mármoles, argamasas que parecían indestructibles, y construyeron monumentos que se llamaron el Partenón, el Coloso de Rodas, el templo de Diana; ciudades denominadas Menfis, Tebas, Palmira, Babilonia. Orgullosos con sus creaciones declararon que eso duraría siempre, y desafiaron á los siglos. El tiempo, al escuchar el orgulloso reto, recogió el guante y esperó. Llegada la época de las represalias, el tiempo que tiene á su disposición todos los elementos destructores de la naturaleza, arrojó el fuego y el hierro de los bárbaros, el estremecimiento de los temblores, la lava (de los volcanes sobre esas ciudades, sobre esos monumentos, y hoy día el curioso viajero encuentra confundido el polvo de aquellas creaciones titánicas con la arena primitiva del desierto.

En otra ocasión unos cuantos hombres audaces construyeron una ciudad sobre siete colinas. Ofreciendo una amplia y tolerante hospitalidad, reunieron en su recinto todas las religiones, las civilizaciones, las costumbres y las razas que estaban diseminadas en el globo. No contentos con eso, agitados por el vértigo de la expansión, conquistaron ciudades, provincias, imperios; les dieron sus leyes, les imprimieron sus costumbres, los ligaron con intereses comunes; los unieron con puentes, con carreteras; establecieron sobre ellos fortificaciones poderosas y derramaron por todas partes para guardarlos legiones invencibles. Amasaron, fundieron y vaciaron en un inmenso molde esas grandes partes divergentes, y se llenaron de orgullo satánico al ver el gran todo, el mundo, el imperio romano, único, indivisible, poderoso, eterno. Pero el tiempo, que considera las pretensiones de los hombres á la eternidad como pretensiones pedantescas, reclutó por allí en no sé qué climas helados esas

miriadas de osos polares que la historia llama bárbaros, y les ofreció el mundo romano como un espléndido festín. Estos hambrientos comensales cayeron con estrepitosa algazara sobre el viejo coloso, se comieron ciudad por ciudad, provincia por provincia, y redujeron el inmortal imperio á una sacristía.

Siempre que el hombre en sus días de insensatez y de orgullo escribe sobre un monumento, sobre una ciudad, sobre un imperio: *esto es eterno*; el tiempo, que lo ve todo desde la eternidad, prorrumpe en una carcajada homérica.

Y si las costumbres, las civilizaciones y las teogonías más arraigadas en los pueblos han desaparecido; si el mármol, el pórfido, el granito y la argamasa antigua no han podido resistir la acción corrosiva de los tiempos; con qué derecho nosotros, miserables reptiles, con nuestra deleznable armazón de músculos y nervios, con qué derecho extrañamos que cada año se lleve un girón de nuestra vida, empañe nuestras miradas, arrugue nuestra frente y nos arrebate un amigo, una amante, una ilusión ó una esperanza?

Nótese que el tiempo, siempre en guerra con el hombre y sus creaciones, trata á las obras de la naturaleza con respeto, con galantería y con amor.

Pasáis en la primavera de la vida por uno de esos valles agrestes y solitarios, llenos de frescura y de belleza, que la mitología antigua hubiera poblado de faunos y de náyades; admiráis el verde follaje de los árboles, el perfume de las flores y la transparencia de un límpido arroyo que murmura juguetón entre musgos y enredaderas. Al cabo de veinte años os detenéis en el mismo arroyo á dar de beber á vuestro caballo fatigado: el musgo, las aguas, todo lo encontraréis como antes, imagen de una eterna juventud; pero si se os antoja, como á Narciso, miraros en las aguas del arroyo, retrocederéis espantado al veros con la frente rugosa y los cabellos blancos.

¿Quién, al ver las huellas que los años dejan sobre su vida, no se ha indignado alguna vez contra el brillo constante de las estrellas, contra la pureza permanente del cielo, contra lo inalterable del sol?

No siempre el tiempo destruye y envejece á las ciudades; pero constantemente produce en ellas modificaciones y metamorfosis. Tomemos del tiempo una partícula homeopática, cuatro años y siete meses: esto hace que nos ausentamos la

última vez de Bogotá, y hoy la encontramos grandemente modificada, tanto en las formas materiales, como en las condiciones de la vida y en el personal de la sociedad. Bogotá, como ciudad de descanso y de placer, ha sido la aspiración constante, el sueño dorado de los granadinos. En efecto, para los provincianos es una moderna Capúa. Aquí encuentran un clima dulcísimo, Circes de todas condiciones que los adormecen y magnetizan, relaciones fáciles, sociedad culta, elegante y franca, confortables materiales, y sobre todo, costumbres tolerantes y vida independiente; no teniendo por delante el espionaje incessante y la fiscalización eterna de los pueblos de provincia. Bien sea debido á la atmósfera, al clima ó á estar situada tan cerca del cielo y tan lejos de los intereses de la tierra, en ninguna ciudad se mata el tiempo con tanta impavidez ni es la ociosidad una profesión tan honorable y popular. El trabajo de los hombres ocupados de aquí, comparado con el trabajo de los hombres ocupados de otras partes, es un verdadero *far niente*. En los almacenes se fuma y se conversa, en las tiendas de menudeos se fuma y se conversa, en los conventos sucede igual cosa: unos ejercen la ociosidad con diploma oficial como los empleados, otros hacen de ella profesión *ad libitum* en calles y portales, campeando por su respeto. Á fuerza de vivir tan separados del movimiento y la actividad humana, aquí se reblandecen todos los órganos, se apaga toda actividad, se enerva toda energía. Como casi todo el mundo tiene organizada su manera de perder el tiempo, vense pasar los días y los años con una tranquilidad estoica. Y ¿para qué querríamos más actividad y agitación? De la carrera no queda sino el cansancio. Nunca nos ha de faltar de qué charlar. Una revolución en ciernes, una casa que se rifa, unos duelos inofensivos, una Exposición escrita en lenguaje que nadie habla; el tigre, el perro, el caballo de zutano, los coqueteos de perencejo; cualquiera de estos graves acontecimientos llena nuestra vida. Los ruidos del mundo no turban á Bogotá en su somnolencia perezosa, ni el humo de las máquinas de vapor empaña su límpida atmósfera, ni arroja nubes negras sobre su cielo azul.

Pero es innegable que Bogotá, la ciudad andina, conservadora y estacionaria por excelencia, ha tenido también sus veleidades de progreso, sus arranques de reforma. La antigua costumbre santaferña, un tanto cuanto hipécrita, de dar

una fachada humilde y mezquina á casas llenas en el interior de lujo y de confortables, va desapareciendo: hoy día el lujo no se oculta, se refleja también en lo exterior: á las buenas casas les ponen frontispicios elegantes. En todo nos gusta la franqueza.

Todos los días se edifican, se compran y se venden casas que valen veinte, veinticinco y treinta mil pesos; se ha prolongado la calle real, y en las que avecinan con ésta se han establecido también almacenes, talleres, confiterías y perfumerías: madamas y monsieurs venden por todas partes golosinas, perfumes y cosméticos, ó con la tijera en la mano, en calidad de peluqueros y de modistas, atacan los bolsillos. Los talleres de muebles finos abundan más que nunca; jóvenes con magníficos relojes montando soberbios caballos, y mujeres cubiertas de seda y de diamantes, llenan calles y paseos: el oropel y el lujo se encuentran por doquiera.

El trigo, la carne, el azúcar, todos los objetos alimenticios de primera necesidad han doblado y cuatriplicado de precio: el arrendamiento de las casas es carísimo. Por los buenos caballos piden quinientos, ochocientos ó mil pesos, y no los mantienen á menos de doce ó diez y seis mensuales. En Bogotá, la antigua ciudad de abundancia y baratura, la vida es más cara que en Londres.

Al ver este fenómeno extraño hemos preguntado ¿acaso en Monserrate ó Guadulpe se han descubierto veneros de oro y plata? ó han desenterrado y puesto en circulación los fabulosos tesoros de los Zipas? algunos ricos humanitarios habrán establecido fábricas y naturalizado nuevas industrias? por ventura habrán canalizado y hecho navegable el Funza, ó algún alquimista afortunado habrá descubierto la piedra filosofal?

Para explicarnos este lujo, estos refinamientos, esta alza general en todos los objetos, en una ciudad andina que no tiene fábricas ni industria, que no exporta ni produce nada, hemos observado, meditado é interrogado á los financistas y á los sabios, y los sabios, y los financistas han tenido la rara franqueza de decirnos que no entienden jota del asunto. El enigma continúa, pues, impenetrable como un geroglífico egipcio.

El ascetismo no entra en nuestro programa de existencia, ni hemos pertenecido ni pensamos pertenecer á ninguna

sociedad de templanza; y por ende somos partidarios del lujo y de los refinamientos, cuando éstos son el resultado del trabajo y de la riqueza. Sin el lujo, las artes y la industria no se habrían desarrollado, y las ciudades estarían tristes, feas y dismanteladas como una Cartuja. Para los ricos el lujo es casi un deber; pero cuando de una sociedad se apodera el vértigo de las imitaciones ruinosas y de los plagios insensatos, cuando los pobres quieren al par de los ricos mantener sus hijas vestidas de seda, tener muebles de rosa, dar convites y beber champaña, esa sociedad marcha por una pendiente peligrosa y está á cuatro pasos de la corrupción y del abismo.

Un poco de esto sucede en Bogotá. Al través de la seda, del lujo y del oropel, el ojo observador percibe en todas las clases sociales llagas asquerosas de pobreza y de mendicidad. Los mendigos vestidos de harapos son los menos; los más numerosos y más temibles son los cachacos vestidos de levita y las damas cubiertas de seda. Si los comerciantes reunieran todos los billetes que reciben en un año proponiéndoles empréstitos y pidiéndoles limosnas, levantarían un archivo más grande que el de Simancas.

En la pasada Semana Santa notábase en Bogotá un lujo insensato y una prodigiosa cantidad de bellezas. ¡Qué de pléyades, de constelaciones y de architipos! como diría el hermano Parra. Se ha generalizado y vulgarizado tanto la hermosura que, dentro de poco, el buen tono consistirá en ser fea.

Da grima el considerar que la mayor parte de esa juventud femenina, tan llena de gracia y gentileza, habrá de consumirse en las tristezas del celibato. Amén de otras muchas causas que dificultan los matrimonios, y que sería largo enumerar aquí, no vacilaremos en señalar como principal ese lujo insensato que se ha introducido en las costumbres. El matrimonio es un estado grave y laborioso, en desacuerdo absoluto con el carácter ligero y los instintos de libertad, pereza é independendencia que predominan en la juventud bogotana; y además de los percances naturales que apareja de suyo, hasta los pretendientes más osados tiemblan ante esa costosa perspectiva de alfombras, de muebles extranjeros, de convites, de tees, de gasas, de diamantes, de sedas y de crinolinas. Parece que las gentes no pueden ya quererse

bien sino pisando alfombras y descansando sobre muebles suntuosos.

Después de una ausencia de cuatro años y siete meses hemos encontrado en Bogotá una generación nueva. Los grupos que conocíamos han desaparecido. Los amigos que dejamos jóvenes y alegres, casi todos están graves y un tanto cuanto viejos: unos yacen escondidos en el polvo de las oficinas, otros enterrados en el polvo de los escritorios, dedicados á las dulzuras del agio y á las combinaciones de la finanza; y algunos se han ido á buscar fortuna á las provincias ó á sembrar tabaco y tiritar de fiebre en las playas del Magdalena. De nuestras antiguas amigas, estrellas luminosas de otros tiempos, unas pocas se han eclipsado en la vida conyugal, y las más, víctimas de un celibato innmerecido, contemplan con ojos marchitos detrás de bastidores los últimos crepúsculos de su juventud apagarse, y apoderarse de la escena y cosechar aplausos y sonrisas nuevas y triunfantes bellezas.

En resumen: después de cuatro años y siete meses de ausencia, encontramos á Bogotá notablemente mejorada en la parte material; el lujo invadiendo todas las clases de la sociedad; la pereza y la ociosidad siempre al orden del día; abundancia más que nunca de mujeres hermosas; la enfática crinolina obstruyendo calles y paseos, y los *pepitos* por todas partes invadiendo tertulias y salones.

(De EL TIEMPO, número 177, de 18 de Mayo de 1858.)



LOS PEPITOS

El cachaco ha sido siempre el representante más caracterizado del buen humor y del espíritu bogotanos. Entre los veintidós y los treinta y cinco años comienza y acaba su carrera. Chistes escogidos, ocurrencias afortunadas, elegancia

en el vestir, modales finos, aventuras galantes, calaveradas de buen tono; todas ó algunas de estas circunstancias forman la esencia y son las credenciales de este tipo original. El matrimonio y los puestos oficiales dan al traste con su carrera. Una esposa es lastre demasiado pesado para su vida desordenada y ligera de bohemio, y los destinos públicos, embarazando su lengua y su pluma, apagan dos de sus cualidades características, que son la crítica constante y la oposición. Sin chispa y travesura no hay cachaco posible. Á todo hombre joven y soltero no se puede dar este título: es necesario merecerlo, y en vano han pretendido tan honroso dictado muchos ricos palurdos y provincianos imbéciles. Pero ¡oh fragilidad de las cosas humanas! este tipo original, grandioso, elegante, oposicionista, este cuarto poder constitucional, como lo ha llamado alguien, este dictador de los salones, príncipe de la moda, rey de la crítica, el cachaco, en fin, ha sido absorbido, derrocado, eclipsado y amilanado por el *pepito*: el pepito es dueño de la situación.

Aunque hacía algunos días que estaba en Bogotá, no me habían dejado salir á la calle la lluvia y el frío. Ya empezaba á sentir nostalgia por los bosques perfumados del San Juan, por los naranjos y los jazmines, por las brisas tibias y el sol esplendoroso del valle de Medellín. La primera noche que sentí el aire seco y vi el cielo estrellado, me abrigué con un grueso gabán y salí á la calle á tomar lenguas. Me dirigí á la Casa consistorial á ver el tigre, que disfrutaba entonces de más concurrencia que el teatro y de más popularidad que la administración Ospina. Encontré al tirano de los bosques, que había buscado inútilmente en las selvas de Antioquia y del Chocó, voluptuosamente dormido en su jaula, como pudiera hacerlo un empleado en su silla poltrona. El tigre se ha hecho á las costumbres perezosas del país con admirable flexibilidad de carácter. Después de contemplar largo rato este bellissimo y simpático animal, sintiéndome asaltado por el frío y su hermana mayor el hambre, yo, que no “vivo enteramente de la publicidad y de la discusión,” me dirigí á una fonda en busca de alimento más sustancial. Para comenzar á darme humos de hombre civilizado pedí una taza de te, bebida que como alimento es un sofisma, pero que á falta de estufas acepto como sudorífico. Encontré allí un corro de muchachos imberbes lujosamente vestidos, entregados á una conversación muy

animada. Y como ellos no se diesen por notificados de que los oyesen, ni me encargasen el secreto, voy á trasladar literalmente su conversación.

—Y tú, Ernesto, preguntaron á uno de ellos, ¿en qué has pasado hoy el día?

—Me levanté á las diez, como acostumbro, pues en casa nadie me despierta, sabiendo que jamás me acuesto antes de la una ó las dos de la mañana. Púseme pantuflos, bata, gorro griego, y me ocupé hasta las once en leer una novela de Dumas. Vestíme á esa hora y me fuí á almorzar con algunos amigos, que habían mandado preparar un almuerzo enteramente á la francesa, compuesto de salmón, langostas, asados, frutas, vino blanco y café puro. Después nos estuvimos largo rato charlando y fumando habanos. Volví á mi cuarto á escribir versos y contestar cartas amorosas. Esta noche á las once voy á pagar á mis amigos el almuerzo con una cena estrepitosa, á la cual quedan UU. convidados. La vida es necesario forzarla un poco, á ver si al fin da algo de suyo.

—Yo, repuso otro, delgadito como una flauta, no sé qué hacer para matar el tiempo: la existencia me pesa como un fardo de hierro: estoy completamente gastado. (El infeliz tendría diez y ocho años.) He usado y abusado de todo. Lord Byron, mi poeta favorito, ha dicho que la vida no es sino un poco de amor, un poco de fastidio y un poco de vino, y de estas tres cosas sólo me ha quedado el fastidio. ¡Ah! puede ser que algún día tenga medios para procurarme nuevas emociones! Cuando papá muera y coja mi herencia me voy á la India, á la isla de Java á cazar panteras, y á Ceilán á comer pimienta á pie de fábrica. Y tú ¿qué has hecho, Arturo, que no se te ha visto esta semana?

—Ya sabes que yo no tengo afición sino á los caballos: he estado en la sabana montando algunos potros que me han ofrecido, y ninguno me ha gustado: no he podido encontrar el tipo árabe. Papá me regaló el overo que tú conoces, que le costó trescientos pesos, pero en caballos de ese precio equivale á andar á pie. Si Jacinto quisiera mil pesos por su caballo negro!

—Por mi parte, exclamó otro mozalbete, pálido como un cirio pascual, á mí no me gusta sino el juego y la literatura. Anoche en una rifa eché mal, infamemente; después que me ganaron el oro que tenía en los bolsillos, por el resto

tuve que firmar un pagaré. Mi firma inspira confianza porque papá es rico. Estoy escribiendo una comedia sobre los amores de Luis XV; la escena pasa en el bosque de los ciervos. Ya ven UU. Y tú, Manuel, ¿por qué no viniste á mi cuarto esta mañana como quedaste?

—Imposible, respondió éste: hoy he estado recibiendo algunas cosas que pedí á París. Me llegaron tres levitas, dos gabanes, una docena de botas y veinticuatro camisas de á treinta francos principal: todo selecto. Voy á completar mi equipaje, pues pienso casarme. Estoy comprometido con Amalia: esta joven ha leído la Enciclopedia y no cree en nada: es sombría como un personaje de Byron y sarcástica como un demonio. ¡Deliciosa muchacha!

No olviden mis lectores que el mayor de estos caballeros tendría diez y nueve años.

¡Cáspita! dije para mí, regresando á casa, estos muchachos tan lujosos, jugadores y gastados; serán marquesitos del tiempo de la Regencia, ó pequeños nababs recién llegados de Calcuta ó de Coromandel?

Yo que venía de una provincia montañosa y atrasada donde los muchachos se acuestan á las ocho y se levantan á las seis, y, en vez de ropa de París, visten *cuácaras* y chaquetas clásicas; donde no almuerzan á la francesa ni fuman cigarros habanos, ni están gastados, ni firman pagarés, ni ajustan casamiento con mujeres sarcásticas, ni manejan oro, sino algunos realejos para comprar frutas y confites, me quedé abismado al ver á estos pepitos, preludios de hombres, tan avanzados, tan gastados, tan licenciosos y tan espléndidos.

Algunas noches después fuí á visitar á una familia estimabilísima, en cuya casa pasaba en otros tiempos ratos deliciosos. Allí encontré una bandada de pepitos coqueteando con las niñas, hablando al oído á las señoras, refiriendo sus paseos, sus aventuras, sus amores, con un desparpajo sin igual. Quise terciar en la conversación, pero no encontré oyentes continuando ellos sus pláticas estrepitosamente. Intenté llevar una señora al piano, y con agilidad diabólica saltó un pepito y me la arrebató. Viéndome aislado, postergado, sin oyentes, no pudiendo entender las reticencias y las conversaciones masónicas que pepitos y señoritas estilaban entre sí, cogí mi sombrero y . . . buenas noches.

Fuí á otra casa: repetición de la misma escena. Allí no

estaban los pepitos enteramente dedicados á la galantería, sino que formaban liceo. Uno de ellos escribía sobre la mesa redonda versos en un álbum, compuestos en toda la semana, pero diciendo á las damas que eran improvisación del momento; otro recitaba á una muchacha una composición apologética, disparándole á quema-ropa las galanterías más audaces. Los demás hacían en corro apreciaciones literarias: citaban trozos de Lamartine, de Víctor Hugo, de Mery; ensalzaban la poesía romántica porque es libre como el huracán de las montañas, como el condor de los Andes; lanzaban improperios contra el género clásico, y declaraban que Boileau era un pobre diablo y Aristóteles un gánapiro. Quise rectificar algunas apreciaciones exageradas, pero aquellas notabilidades imberbes me atajaron el paso diciéndome, con exquisita galantería, que yo era demasiado viejo, incapaz de comprender la osadía romántica y las ideas de la época. Las señoras y las niñas, que estaban en pleno éxtasis escuchando á los pepitos, hubieron de encontrarme flojillo, clásico, matusalénico. No teniendo auditorio, ni mereciendo mayores atenciones tuve que despedirme.

En días pasados asistí á una tertulia. La música deliciosa, el salón perfectamente iluminado y adornado con muebles espléndidos, la mujeres radiantes de belleza, de juventud y de alegría, todo anunciaba que la fiesta sería cumplida y la noche de divertimento y de solaz. Yo, que nunca he sido fuerte en galopas ni varsovianas, y que por mi edad avanzada sólo puedo pertenecer en los bailes á la barra inofensiva y sedentaria, esperaba sí gozar un poco conversando con las mujeres y aspirando esa atmósfera perfumada, voluptuosa y embriagadora que estaciona en derredor de las hermosas. Pero no había contado con la huésped: allí estaban los pepitos en espantosa mayoría. Imposible conversar con una mujer, y sobre todo con una mujer hermosa: los pepitos se habían apoderado de ellas, como Satanás de una alma en pena. Con sus formas exiguas de muchachos creciendo encontraban cabida en los campos más estrechos, y se metían como cuñas en medio de los anchurosos trajes y de las hiperbólicas crinolinas. Por todas partes estaban citando á las mujeres, haciéndoles señas, hablándoles al oído, revoloteando como mariposas. Por fortuna estos dorados querubines no se incendian sino en las llamas azules del amor platónico: entre ellos son raros

los Lovelace y los don Juan: el platonismo, primero que por el filósofo griego, fué inventado por algún pepito antediluviano.

—¿Por qué no bailas? le pregunté á un amigo que vi por ahí jubilado en un rincón:

—Pues cómo voy á bailar, me respondió, si Adela, de quien tú sabes estoy enamorado con pretensiones las más serias, me ha dicho que no puede concederme un vals, pues está desde su casa citada para no sé cuántas piezas por los señores pepitos, y ni siquiera he podido conversar con ella, pues esos cupidillos la tienen rodeada á todas horas, y la deslumbran, la fascinan y la embriagan con su galantería bombástica y sus jeremiadas amorosas! Voy á romper con ella y á no visitar casa ninguna infestada por los pepitos. Raras son las mujeres bastante juiciosas para preferir los hombres á esos niños: tanto peor para ellas. ¿Por qué será que los padres de esos muchachos no los hacen acostar temprano para que madruguen á la escuela?

Venciendo mil dificultades pude colocarme en un círculo de bonitas muchachas. Pero llega la hora del ambigú, y cuando yo pensaba conducir triunfalmente una hermosura al comedor, los pepitos se ciernen sobre nosotros como una bandada de aves de rapiña, se apoderan de todas las muchachas socorridas que había por allí y me dejan con un palmo de narices en el duro trance y penitencia de dar el brazo á una cuarentona larga, flaca, amarillenta, y descreída. En el comedor se apoderan de los jamones, de los pavos; se comen las mejores frutas, se beben los mejores vinos; charlan, discuten, brindan, sientan profesiones de fe, y sobre los escombros de sólidos y líquidos declaran ufanos y contentos, que éste es el mejor de los mundos posibles.

Antójaseme dar de comer á varios amigos en una fonda: me presento á las cuatro de la tarde y pido un cuarto privado. El fondista me sale con la flor de que unos cuantos caballeros ocupan todas las piezas. Me entro de rondón en una de ellas, y allí encuentro, como en todas partes, á los pepitos, comiendo, charlando, discutiendo, bebiendo champaña y formando una batahola infernal. Estos interesantes caballeros me dirigieron miradas indignadas y petrificantes: al ver mis barbas me creyeron tan viejo como Cagliostro ó Matusalén.

Otro día propuse á los redactores de un periódico que me insertaran un artículo. No podemos complacerlo á U., me respondieron, porque unos señoritos (mis pepitos de siempre) han pagado toda la sección de remitidos para insertar unos artículos enormes, cuyos títulos son: *Astucias de las mujeres desde Adán hasta hoy.*—*La diplomacia europea en el siglo XVIII.*—*El porvenir de la raza latina.*

¡Esto es ya demasiado! dije para mí. ¡Manes de Atila, de Tamerlán, de Felipe II, de Robespierre, de todos los grandes segadores de cabezas humanas antiguos y modernos, yo os invoco! Y vos, Herodes, de humanitario y filantrópico recuerdo, salid de la tumba, y prestadme vuestra cuchilla vengadora!

Chanzas á un lado: los pepitos representan ese desbordamiento de la adolescencia sobre los salones, las tertulias, los garitos y las tabernas. Los padres, en lugar de tener como antes á sus hijos recogidos en sus casas ó en los colegios estudiando, trabajando y preparándolos con ejemplos y enseñanzas para ser algún día hombres serios, ciudadanos honrados, laboriosos, distinguidos, les dan hoy libertad absoluta para cursar la galantería, correr aventuras y frecuentar fondas y garitos. El estudiante con el capote roto, las botas torcidas, el libro bajo el brazo y los bolsillos limpios; pero contento, de buen humor, desdeñando las miserias del presente con su tesoro de ilusiones candorosas, de santas alegrías y de confianza en el porvenir, ese tipo bello y poético del adolescente, ha desaparecido. Ya no se ven sino señoritos llenos de colgandijos, perfumados, rizados, adamados, descontando el porvenir, usando precozmente su organización, y perdiendo los mejores años de su vida en los vicios y el galanteo. Los pepitos forman pues un tipo bastardo, una adolescencia apócrifa.

Bogotá, Mayo 20 de 1858.

(De EL TIEMPO, número 178, de 25 de Mayo de 1858.)

VANIDAD Y DESENGAÑO

CARTA Á LUISA

Nos ha sido comunicada esta carta con permiso para publicarla : esperamos que será leída con gusto.

“ Va para tres años, mi querida Luisa, que no te veo ni te escribo : ese aturdimiento casi vertiginoso que produce en nosotras un acontecimiento tan grave como el matrimonio, arreglos de casa, visitas qué recibir y pagar, fiestas, bailes, tertulias ; todo ese acompañamiento obligado y laborioso de la alta posición que yo deseaba y que al fin obtuve, al menos por algunos días, han sido causa de que descuidase tu amistad, aunque en el fondo mi corazón te idolatra como á la amiga sincera de mi primera juventud.

En estos últimos tiempos sobre todo, mi querida Luisa, se ha despertado en mi alma por ti más que nunca el afecto, la ternura y la amistad. Á proporción que una sondea más la sociedad y lee más páginas del libro de la vida, no encontrando por doquiera sino aridez y desencantamiento, vuelve sus miradas hacia atrás y se refugia con la imaginación, como en un oasis verde y encantado, en los juegos, en las puerilidades, en los sueños y en las amigas de los primeros años de su vida.

No hay un guerrero triunfador, ni un ambicioso afortunado que no cambiara su oro y sus preesas por la vida alegre, bulliciosa, descuidada que en el hogar paterno llevaba cuando niño. ¿ Qué mujer del gran mundo, esposa de banquero ó maravillosa de salón, al regresar á su casa después de una noche de baile ó de sarao, recordando las lisonjas, las genuflexiones, las galanterías prodigadas á su belleza, no habrá dicho, apoyando tristemente la cabeza sobre su blanca mano ¡ qué cansancio, qué falsías, qué vanidad, qué fastidio ! ¡ Quién fuera colegiala, quién fuera inocente, quién fuera niña ?

Recuerdo aún cuando en casa, paseándonos en el jardín,

nos prometimos realizar nosotras mujeres una de esas amistades clásicas de hombres, que no se encuentran en la historia, pero que refiere la fábula; nos juramos ser Cástor y Pólux, Teseo y Piritoo, dos cuerpos y una alma; casarnos con dos hermanos, vivir en una misma casa, criar nuestros hijos en común, tener penas y goces idénticos, envejecer reunidas, morir juntas. Todo este programa era un delirio, pero ¡qué delirio tan hermoso! Pronto conocimos que en nuestro carácter se desarrollaban gérmenes diversos, y que las necesidades de nuestra organización nos lanzarían por senderos lejanos y contradictorios.

Leíamos novelas con avidez. Nada puede haber, para la inteligencia cándida é impresionable de una niña, tan peligroso como esta clase de lecturas. Amén de que las novelas hacen perder el gusto por los estudios positivos y las ocupaciones serias, enferman la imaginación, falsean el carácter y lanzan el alma en aspiraciones fantásticas, en plena contradicción con las estrechas proporciones en que ha de girar nuestra existencia verdadera. La novela francesa, sobre todo, que arroja impúdica al lector desnudos sus personajes y sus pasiones, es tósigo mortal para una adolescente. Las inclinaciones de tu alma recta, sencilla y honrada te llevaban siempre á preferir á Ríchardson y á Walter Scott, únicos novelistas que yo permitiré leer á mis hijas. Esas pinturas de la naturaleza tan frescas y verdaderas; esos héroes tan caballerosos y tan leales; esas bellezas castas, puras, tímidas y honradas; esa apología constante de la virtud, de la caballeridad, del matrimonio, de la familia, de las santas y pacíficas alegrías del hogar doméstico, que reflejan por todas partes las obras del bardo escocés, el más puro, moral y verdadero de todos los novelistas, eran el encanto de tu alma, amante también de lo sencillo y verdadero. Y en Ríchardson, ese otro gran pintor de la familia y del hogar, te encantaba la bella y discreta Carolina, y te inclinabas, como debe hacerlo todo corazón bien puesto, delante de Clara Harlowe, esa mártir sublime del deber, ese tipo divino de la castidad femenina. Mientras que tú, que eras todo modestia y sentimiento, simpatizabas con las mujeres de la historia y de la novela que preferían el amor, la familia, la oscuridad, el silencio y la naturaleza al ruido de las ciudades y á la existencia brillante de las cortes; mientras que tú, llena de buen sentido hasta en tus ensueños juveniles, envidiabas el destino de

esas mujeres que pasaban su vida con el amante de su corazón en una cabaña á la orilla de un lago suizo, ó en un valle solitario, ó como Virginia á la sombra de las palmeras de una isla desierta ; mientras que tú, adivinando el verdadero destino de la mujer, que es la abnegación y la oscuridad, querías dedicar tu vida á sostener y alentar algún pobre artista, ó encantar la triste existencia de un hombre de genio abandonado del mundo, herido por el infortunio ; yo, loca mariposa, no buscaba sino la luz : Luzbel femenino tocada por la mano del orgullo, no soñaba sino con brillar al sol de las ciudades, con ser mujer á la moda, habitar un palacio, vestir trajes magníficos y cubrirme con perlas y diamantes. Y puesto que esta carta es una especie de confesión, me atrevo á decirte que el orgullo y la vanidad de tal manera habían falseado mi carácter que, más bien que ser la humilde esposa de un empleado, de un campesino ó de un pobre artista, hubiera preferido entonces ser la espléndida favorita de un monarca.

¿ De dónde había yo sacado esas dañosas extravagancias ? Dios, que ha hecho á la mujer débil, indudablemente la ha formado buena, pues lo demás sería una injusticia indigna de su poder. Pero los primeros ejemplos y enseñanzas que se reciben en la niñez deciden de la suerte de su vida. Como tú sabes, yo me crié con mi tía, una de esas elegantes del tiempo de Colombia, un tanto cuanto impregnada de las costumbres frívolas y ligeras de aquella época licenciosa. Ella hacía alarde de la intimidad que había tenido con Bolívar y Santander, de los mil corazones arrebatados por ella en las grandes revistas militares y en los suntuosos bailes de aquella época gloriosa, y daba á entender que, entre otros, Córdoba, el héroe de Ayacucho, se había humillado ante su belleza, como Hércules á los pies de Onfala. Pero á fuerza de coquetear tanto con los libertadores y de cautivar tantos héroes, los héroes y los libertadores la dejaron en perdurable soltería. Sin embargo, los militares, las revistas y las charreteras han sido siempre su locura, y la caída del ejército permanente acabó de blanquear sus cabellos. Mi madre había muerto estando yo en la cuna, y mi padre hacía algunos años que no existía. Mi tía recibía en su casa á todo el mundo : era una de esas organizaciones ignorantes, frívolas, estériles y vanas que no pueden vivir sino en el bullicio. Tertulias, paseos, cenatas con militares de bigotes torcidos, conversaciones picarescas y murmuraciones malignas

llenaban su vida. Ninguna idea seria albergaba en su cabeza hueca aquella prócer colombiana.

Mi educación fué, poco más ó menos, la de la mayor parte de las jóvenes bogotanas: me enseñaron un poco de geografía, de gramática española, de lengua francesa y de música, educación superficial que concluyó para mí á los catorce años. Á esta edad, generalmente las madres dedican sus hijas á las graves ocupaciones de la *toilette*, y las presentan en los salones, las tertulias y los bailes, como si el mundo estuviera impaciente por disfrutar de la sociedad de esas pepitas dengosas. Precisamente de los catorce ó quince años hasta los veinte es que podríamos adquirir una educación variada y sólida, y fortificar el alma y el corazón contra los engaños del mundo para ser buenas esposas y mujeres verdaderas, en lugar de muñecas melindrosas. De los catorce ó quince años para adelante, ya no tenemos otras enseñanzas que las que nos dan las novelas, los cachacos y los pepitos. Cándidas, ignorantes y desprevenidas nos arrojan en la sociedad de los hombres que, cuando no se toman mayores libertades, lo que sucede con frecuencia, halagan nuestra vanidad y nos inspiran ideas falsas, atacan toda virtud, marchitan toda creencia. De esa vida agitada de bailes y tertulias, de ese comercio íntimo con los hombres que las madres toleran á sus hijas en edad temprana, resulta infaliblemente que el pudor, la timidez y la modestia desaparecen, quedando en su lugar la vanidad y la coquetería. ¡Exquisitos maestros de moral son los cachacos!

Estos rígidos moralistas quemaban todas las noches incienso ante mi hermosura, me adulaban en prosa y en verso, y me hacían creer que yo tenía talante de reina y ademanes aristocráticos que me llamaban á una alta posición, y no á consumirme en los detalles prosaicos y vulgares de un humilde matrimonio. El demonio de la vanidad se apoderó de mí. Antojóseme ser una gran dama, mujer á la moda, tener una casa magnífica, dar fiestas, cosechar aplausos. Como la poca fortuna que había dejado mi padre la disipábamos mi tía y yo á toda prisa, era necesario un casamiento ventajoso para realizar ese fastuoso programa. Un joven pariente mío, pobre, pero dotado de un talento prominente y de cualidades las más nobles, me ofreció su mano: cualquiera otra hubiera correspondido á esa pasión sincera, comunicativa y ardiente, pero una mujer vana y coqueta es un

monstruo sin nombre que no ama á nadie. Lo despedí sin misericordia.

Un joven rico, pero débil de carácter, sin instrucción ni malicia se apasionó locamente de mí : era preciso que alguien realizara mis fastuosos planes, y á éste le tocó ser la víctima. En nuestras conversaciones de novios le insinué que el amor no era hermoso sino en una casa magnífica, entre grandes espejos y papel dorado, coronado de flores, impregnado de perfumes y vistiendo sedas y diamantes. Todo lo aceptó con entusiasmo : una mujer hábil y hermosa lanzará siempre en la vía que se le antoje á un hombre enamorado.

Me casé. Voy á precipitar la narración, porque esta carta va siendo demasiado larga. En galas y diamantes Enrique me dió por valor de cinco mil pesos, y obra de diez mil más consumió en muebles, vajilla y el arreglo completo de una magnífica casa que le costaba cien pesos mensuales. Puso cuatro soberbios caballos en pesebre, y proveyó ampliamente la bodega de vinos puros. Mi destino se había cumplido : yo tenía una satisfacción parecida á la de Catalina Hóward, cuando penetró como reina en el palacio de Whitehall : no sentía como ella rondar en derredor mío el verdugo, pero sí el engaño, que no se hizo esperar largo tiempo. Durante un año no supe de mí : llevaba una vida de vértigo y deslumbramiento : el arreglo de galas y las ocupaciones del tocador absorbían gran parte de mi tiempo, y las tertulias, los convites, los paseos con que obsequiábamos á nuestros amigos, todo en grande escala con lujo y refinamiento, no me daban punto de reposo. En casa había por la noche vino, te, música, placeres para todo el mundo : mi salón era muy concurrido y yo tenía una popularidad inmensa. Allí concurrían, salvo algunas personas distinguidas, ese enjambre de valsadores de profesión, y de necios con diploma de elegantes que pueblan todos los salones de Bogotá. Pero pronto comenzó á fatigarme esa vida : no tenía ni una noche á mi disposición para recogerme, leer ó descansar : el público estaba siempre allí exigiendo placeres, sonrisas y atenciones. La tarea de sostener la popularidad y de ser mujer á la moda no es una canonjía ; requiere abnegación cristiana, buen humor constante, rentas inagotables y una organización de hierro. Aquella existencia forzada y artificial empezó á dañar mi salud, y los negocios y

el crédito de Enrique sufrieron horriblemente con la vida loca que llevábamos. Las fortunas de este país, salvo las de algunos viejos agiotistas y avaros, no pueden resistir los gastos de una casa popular y de una mujer á la moda. Enrique vendió sus caballos, mis diamantes, la mayor parte de los muebles, y dimos corte y punto á los convites y las fiestas. El rumor de nuestra pobreza, nuestro salón desmantelado y nuestra bodega vacía ahuyentaron de mi casa al público, y todo ese tropel de admiradores y de amigos desaparecieron como por encanto.

La vanidad de las mujeres y el lujo insensato con que se establecen los recién casados en Bogotá, motivan con frecuencia estos dramas conyugales.

Por fortuna Enrique pudo salvar del naufragio este pequeño campo en que vivimos. La desgracia y los desengaños han traído á mi alma la luz y la verdad; y el campo con su dulce y pacífica serenidad, sus bosques solitarios, sus arroyos murmurantes y sus risueños idilios es muy á propósito para refrescar una pobre alma como la mía, enferma y extraviada. Me he entregado á lecturas serias, he meditado mucho sobre las faltas de mi vida y he arrancado con mano firme de mi corazón la vanidad y la coquetería, esas dos lepras del carácter femenino. Me casé con Enrique sin amor, pero ha sido bueno y generoso conmigo y le debo una consagración absoluta y sin límites. Mis hijas, dos pequeños querubines con ojos azules y cabellos de oro, divierten con sus gracias infantiles mis largas horas de soledad y me reconcilian con la vida. Ellas aprovecharán mi experiencia y mis desengaños: no leerán novelas, sino escogidas por mí, no tendrán roce con los hombres, ni asistirán á bailes y tertulias hasta que no cumplan diez y ocho años, y hasta donde me sea posible ahuyentaré de ellas la vanidad, la coquetería y el deseo insensato de ser mujeres á la moda.

Tú, que preferiste, más bien que aceptar sin amor eso que llaman buenos partidos, venalidad tan común en las mujeres, casarte con un joven pobre, pero talentoso y honrado, y que te has encerrado con placer en una humilde casa, amueblada con modestia, á cumplir valerosamente los deberes de esposa y de madre, bendita seas! Comprendiste perfectamente que el silencio, el recogimiento, la abnegación, el amor, la maternidad y la familia son el único y verdadero destino de la mujer.

Como andabas por la ruta verdadera, no has podido encontrarte con la amiga extraviada. La desgracia y la naturaleza me han curado. Ven á hacerme una visita: ya podemos otra vez comprendernos, ser amigas y hermanas.

Tuya de corazón,

AMALIA."

(De EL TIEMPO, número 181, de 15 de Junio de 1858.)

MOSAICO

Hace veinte años que figura Adela como una de las elegantes más caracterizadas de la capital. Ha presenciado varias transformaciones políticas, conocido tres Arzobispos y bailado con dos generaciones. Posee esa riqueza plástica de formas y de contornos, que es la segunda juventud de la mujer. Siempre viste trajes alegres, frescos, rozagantes; se peina á la última moda, y maneja con el mayor desparpajo una anchurosa crinolina. Se la encuentra en todos los bailes, en todas las tertulias, en todas las iglesias, en todos los paseos. Conoce, para no envejecer, los secretos de Diana de Poitiers: come poco, duerme sobre un colchón duro de cerda, y se sumerge todas las mañanas en una tina de agua fría. Tiene más dengues que una colegiala y más escrúpulos que una monja. Aunque dicen que ha sido burlada por tres ó cuatro novios y que todos los años renueva sus cortejos, hace alarde de absoluta ignorancia en cuestiones de amor y, á cualquier equívoco inocente dicho en su presencia enrojece como una vestal. Abraza á sus amigas en la calle, las besa, les dice *mis chinas*, y barajándose con ellas suele exclamar: "nosotras las muchachas!" Con todas sus pretensiones de inocencia y de virginidad de corazón, esta liebre corrida tiene más recámaras que un laberinto. Solamente el diablo puede igualar en malicia á una solterona de treinta y ocho años! La enternecen en el teatro los amores desgraciados, y lloriquea en la ópera de Julieta y Romeo.

Dice que su sensibilidad es exquisita y su corazón un volcán en receso : tiene álbum y sufre de los nervios. Á sus órdenes tienen nuestros lectores la *pepita jamona*.

—¡No os ha llamado la atención don Fortunato, guapo doncel que frisa en los cuarenta y cinco? Tiene entradas en la frente y pata de gallo, pero no le hallaréis una arruga en la levita, ni un pliegue desairado en el pantalón, ni en las botas una sinuosidad de mal gusto. Aplica todas las mañanas un anteojito de aumento á la barba y los cabellos, y arranca con pinzas toda cana importuna. Posee elixires y cosméticos desconocidos. En compañía de jóvenes *fashionables* se le ve siempre en los paseos con varita en mano, perfumado, rizado, satisfecho, conquistador. En bailes y tertulias está siempre al lado de las hermosas, llevándolas al piano, hablándolas al oído, comprometiéndolas ligeramente. Es fuerte en crónica galante, paga religiosamente aguinaldos, fomenta paseos y recoge escotes para bailes. Si nuestros lectores lo permiten, llamaremos á este *el pepito emancipado*.

Estos pepitos pertenecen á esa larga familia de solterones, en la cual se encuentran caracteres tan variados y tipos tan excéntricos. En el género animal los solterones equivalen un poco á los sauces del reino vegetal, que no solamente son incapaces de producir frutos y flores, sino que esterilizan y secan la tierra en que están sembrados.

Muchos á los veinticinco sonríen á todas las muchachas y no se fijan en ninguna; á los treinta la echan de espíritus fuertes ó se declaran gastados, desengañados, incombustibles; frisando en los cuarenta, ya forman escuela anticonyugal, y predicán á los jóvenes que el matrimonio es una institución caduca, una comedia clásica, un idilio de mal gusto. Pero son raros los apóstoles del celibato que hasta el fin tienen fe en sus principios. Por lo regular llega cierto día en que, sintiendo su vida estéril, su aislamiento doloroso, apetecen la familia y buscan el matrimonio con esa tenacidad que caracteriza las últimas pasiones del hombre. El pepito emancipado suele ser uno de estos solterones arrepentidos á última hora. Al principio, todos estos pretéritos que apetecen entrar en la vida conyugal sin tener en cuenta que los años han arado su rostro y empañado sus miradas y creyéndose todavía moneda apetecida y circulante, buscan partidos ventajosos y niñas hermosas, que se apresuran á rechazarlos; luego bajan á las

mujeres de veinticinco ó treinta, á las de reputación hipotética, á las jóvenes á media pasta; por último, *in extremis*, atrapan por ahí cualquiera Maritornes espantable, ó echan anclas en una viuda descreída, ó se estrellan contra los ángulos salientes de alguna cuarentona *fossilizada*.

—¿Quieren nuestros lectores un boceto del *joven juicioso*? Con todo el respeto que se merece este tipo tan envidiado, diremos: que el joven juicioso se acuesta, se levanta y asiste á la tienda, oficina ó escritorio á las mismas horas, con una puntualidad rigurosa. Da un paseo por la alameda á las cinco y media de la tarde, en compañía de hombres de posición, que pertenezcan al clero ó la finanza. Oye con mucha devoción la misa más concurrida y hace tres ó cuatro visitas los domingos, en las que diserta sobre el verano, el invierno y la carestía de los víveres. No da escote para ninguna diversión, ni gasta un real en *extras*, pero en las tertulias baila hasta los registros, y en casa ajena bebe y come como un sabañón. Delante de ciertas personas vocea contra el socialismo, que no entiende, y contra Voltaire, que jamás ha leído. Es admirador del que triunfa y de los gobiernos fuertes, y da siempre la razón á los ricos en toda cuestión que tienen con los pobres. Su corazón, que palpita acompasado y cadencioso como el péndulo de un reloj, es incapaz de ningún vuelo generoso, de ningún arranque apasionado. Careciendo de talento, de originalidad y de travesura, huele de lejos á fastidio y es la encarnación de la monotonía.

Sinembargo, estos hombres, que son juiciosos porque no sirven para otra cosa, que aceptan todas las convenciones sociales, que no protestan contra nada y gritan siempre como Sancho Panza; viva quien vence! no encuentran en su camino abrojos ni amargas, ni están sujetos á las decepciones, luchas, desbordamientos y tempestades que sacuden y gastan al hombre de corazón, talentoso y apasionado. No apartarse de las sanas doctrinas del egoísmo, y caminar siempre por el sendero trillado de la rutina, es toda su ciencia de la vida. Los juiciosos de que hablamos son recomendados por los padres á sus hijas como buenos partidos; van á los Cabildos, á las Legislaturas de los Estados, á los Congresos; son síndicos de monjas, hacen casamientos ventajosos, viven considerados y mueren ricos.

—Y ¿qué diremos del *hombre grave*? En otros tiempos

la gravedad era una profesión, una especulación, una canonjía. El hombre vestido de negro, con el cuello parado, silencioso y rígido como una cariatíde, imponía á la multitud y pasaba por un portento. No poniéndose jamás en evidencia, salvando su voto en las cuestiones arduas, soltando una que otra sentencia rebuscada y campanuda, y haciendo circular el rumor de que estaba escribiendo una obra recóndita, que no parecía jamás, podía cualquiera meter en baraja á la multitud y crearse una posición sólida. Pero el escepticismo moderno, que no admite oráculos sino revelaciones, ha matado al hombre grave; y últimamente, para darle el golpe de gracia, se ha descubierto que nada hay en la creación tan circunspecto, tan silencioso, tan solemne y tan grave como un jumento.

—Hay en la sociedad una multitud de individuos incapaces de atención, de malicia y habilidad para cosa ninguna; otros que jamás llegan á tiempo, ni dan en el clavo, ni ven más allá de sus narices, ni comulgan sino con ruedas de molino; otros, en fin, que viven entre dormidos y despiertos, entre gallos y media noche. Todos estos distraídos, desmañados, crédulos, incapaces ó necios, componen la gran familia de los *sonámbulos*.

Don Canuto goza de un sueldo mediano, que vende con anticipación á los agiotistas, con la sisa correspondiente. Sin embargo su mujer da tertulias cada vez que se le antoja y manda con frecuencia hacer vestidos de seda á modistas francesas. Un financiero es amigo íntimo de la casa. Don Canuto cree que todos esos gastos representan las economías de su dulce mitad: Don Canuto es un *sonámbulo*.

Las madres que llevan sus hijas á los bailes y, para tener libertad de merodear en el comedor y comadrear con las amigas, las dejan entregadas á la fe púnica de los primos, ó al brazo secular de los cachacos, esas madres son *sonámbulas*.

El joven pobre, que se deja atrapar por una mujer criada en la ociosidad y el lujo, confiado en que ella le ha dicho: contigo pan y cebollas, y que vivirá bajo una piedra, y hará milagros de economía, y demás zarandajas del caso, ese joven es un *sonámbulo*.

El que toma una mujer frívola y coqueta por esposa, confiado en que no volverá á las andadas y que será mujer recatada y buena madre de familia, ese Amadís candoroso es un *sonámbulo*.

El que, habiendo perdido su fortuna, no comprende por qué sus antiguos amigos, cuando dan comidas y tertulias, olvidan convidarlo, y extraña que las mujeres no le sonrían y la sociedad le huya como á un leproso, ése también es sonámbulo.

Don Teófilo por entrar á su casa penetra frecuentemente en la del vecino, y creyendo que pisa en tierra firme se sumerge en el caño. En los bailes, cuando tocan un vals, pregunta si aquello es una contradanza, y en el comedor, confundiendo las botellas, por servir á las damas burdeos las quema con brandi. Cuando juega tresillo falla con la malilla, pensando que es el tres. Saluda con frecuencia á las señoras diciéndoles: caballeros, buenas tardes. Cree en el amor platónico y en las enfermedades nerviosas de las mujeres: se admira de todo y no discute nada. Si le cuentan que un hombre atravesó volando el canal de la Mancha, que los yankees tomaron á Panamá ó que Luis Napoleón se apoderó de Londres por un golpe de mano, se traga todas estas paparruchas como artículos de fe, y va al Altozano ó á los Portales á contarlas á sus amigos.

Este es un sonámbulo architipo.

El optimista, que cierra los ojos para no ver la desgracia y el dolor como condiciones de la vida, el engaño y la mentira por todas partes, y que cree en la regeneración de las masas y en el progreso indefinido del hombre, ése es otro sonámbulo.

Los que imaginan que á Nueva Granada se le espera un gran porvenir, porque tiene puertos en ambos mares, es dueña del Istmo de Panamá y posee metales, maderas de construcción, zarzaparrilla y tintes de toda clase, éstos sí que son verdaderos sonámbulos.

Y los que creen en el sincero y desinteresado afecto que profesa Mr. Cass á su grande y buen amigo el general Herrán, éstos son papamoscas y sonámbulos al mismo tiempo.

Y nosotros que sin remuneración, sin objeto, sin pretensiones, sin ambición de ninguna clase, nos encargamos de fiscalizar la sociedad, arriesgándonos á que nos estropeen el bulto y nos midan las costillas; qué otra cosa somos sino sonámbulos rematados?

(De EL TIEMPO, número 184, de 6 de Julio de 1858.)

ANTIOQUIA Y SUS COSTUMBRES

La población antioqueña es incuestionablemente la más vigorosa, emprendedora y enérgica de la Confederación Granadina. El viajero que recorre aquellas montañas áridas, aquella naturaleza desgarrada y abrupta que opone á las comunicaciones, á la agricultura, al comercio, á todas las industrias dificultades casi insuperables, no puede menos de admirarse al encontrar en las faldas, en las hondonadas, en los riscos, por todas partes prados artificiales llenos de ganados, habitaciones cómodas y limpias, aldeas alegres y ciudades populosas. Exceptuando el valle de Medellín, que no solamente es risueño y gracioso sino de una fertilidad inagotable, las playas ardientes y enfermizas de los grandes ríos y algunas montañas de los pueblos del Sur, el país generalmente es estéril y la agricultura muy difícil. Los transportes son sumamente penosos, las praderas de grama requieren para formarse muchísimo trabajo, y extraer el oro del fondo de esos ríos precipitados y tumultuosos, ó rompiendo rocas de pórfido y granito, es labor de titanes. Una población débil y raquítica habría sucumbido delante de esa naturaleza recalcitrante. Pero al antioqueño no lo han arredrado las dificultades de la comarca arrugada que le tocó en lote. Ha construído habitaciones sobre picachos tan elevados, que allí les daría vértigo á las águilas; al través de faldas casi perpendiculares ha hecho caminos, ha cultivado valles insalubres y mortíferos, y, en busca del oro, ha horadado las cordilleras y bajado con los ojos abiertos al fondo de los ríos.

En cualquiera parte que aparece una mina, doquiera se descubre un poco de tierra vegetal acuden el minero y el agricultor á realizar prodigios. El hacha y la barra son los instrumentos favoritos de aquellos brazos vigorosos. Una de las escenas más pintorescas que pueden encontrarse en esas montañas caprichosas y románticas es presenciar, al golpe del hacha, la caída estruendosa de los bosques seculares. Carecemos de datos estadísticos, pero aseguramos, sin temor de equivocarnos, que en el Estado de Antioquia se derriban al año

cuatro veces más fanegadas de bosques que en el resto de la República.

El hombre de las montañas tiene vicios y cualidades que le son peculiares. Nótese por una parte que generalmente es supersticioso y fanático, obstinado en sus hábitos y rehacio para entrar en cualquiera vía de reforma y de progreso social; pero en compensación es sobrio, trabajador, económico y amante del orden, de la familia y del hogar. Raros son los pueblos que han nacido en climas muy benignos y en comarcas muy privilegiadas, que hayan conservado por largo tiempo independencia y dignidad. En la cuna primitiva del linaje humano, á las márgenes del Ganges, del Eufrates, del Indo, en las llanuras de Babilonia, en el valle encantado de Cachemira, en todas esas comarcas perfumadas por los rosales, sombreadas por las palmeras, donde el hombre al nacer se encuentra acariciado por una naturaleza amante, ninguna virtud enérgica se desarrolla en él, y enervado dobla el cuello ante cualquier conquistador atrevido. Pero los drusos, los albaneses, los corsos y los suizos, pueblos montañoses, aunque enclavados entre naciones poderosas, se han mantenido siempre independientes y altivos. Saludamos, pues, las montañas como hogares sagrados de independencia y libertad.

El habitante de las orillas del Magdalena, acostado en su hamaca, pasa largas horas del día perczoso y soñoliento. Al sentirse aguijoneado por el hambre arroja al río el chinchorro y se procura un rico alimento: en el patio crecen espontáneamente el pimiento y el ají. Con el guarapo, néctar para el calentano, y el plátano, ambrosía para todo el mundo, completa un festín que ni siquiera han soñado los proletarios de Europa. Pero esa vida fácil, abundante, perezosa, enerva sus facultades, lo embrutece y lo degrada. Nace, vegeta, muere y pasa por la vida sin dejar huella ninguna, como los cuadrúpedos en sus bosques. De las dificultades y de la lucha es que han surgido los pueblos emprendedores y los hombres distinguidos. Nótese que los ricos herederos, que al nacer han encontrado allanados todos los caminos de la vida, rara vez sirven para algo y generalmente son ineptos y poltrones; y al contrario todos los caracteres elevados, que han tomado una fuerte iniciativa en la industria, la política y las letras se han formado en la ruda escuela de las dificultades y de la desgracia.

Débase, pues, en gran parte la energía y entereza del ca-

rácter antioqueño á esa lucha ruda que ha tenido que sostener con la naturaleza.

Pero la prosperidad y fuerza de aquel pueblo, no vacilamos en atribuir las al puritanismo de las costumbres y á lo sana y vigorosa que es allá la institución de la familia. Como en los pueblos primitivos, allí no se conoce otra manera de vivir. Aun en las ciudades populosas, no encontrando el hombre placeres, sociedad, teatro, vida exterior de ninguna clase, forzosamente tiene que refugiarse en la casa; y el que no vive en familia no vive de ninguna manera.

De esa falta de placeres y de vida exterior resulta que el matrimonio es una necesidad general, y las mujeres rehuyen toda galantería pecaminosa, con la segura perspectiva de ser esposas. Sólo una miseria muy exagerada ó una organización muy tórrida pueden lanzar á una mujer de cierta clase social en el oficio de cortesana, dando á esta palabra su antigua y clásica significación. Las cortesanas en otras partes se ostentan llenas de arreos y de lujo, con la frente altiva y la mirada desdenosa. En Antioquia las Frines y las Aspasias, perseguidas por la opinión, sólo se muestran á hurtadillas, temblorosas y vergonzantes.

Siempre que en Antioquia encontréis un solterón, no paséis de largo, estudiadlo: de seguro que hallaréis en él un pasado borrascoso, un carácter excéntrico, una vida excepcional. El solterón en Antioquia es una curiosidad, un fenómeno, una especie de aerólita: las madres lo señalan á sus hijas como un monstruo raro.

Las costumbres, el carácter, las necesidades, el aislamiento, y tal vez hasta la naturaleza, conspiran allí en favor del matrimonio. Todas las tentativas que se han hecho para popularizar el galanteo de mala ley y volatilizar las relaciones entre los dos sexos, han encallado. Algunos Lovelaces innovadores se han aparecido allí con pretensiones á naturalizar las citas, las seducciones, los raptos, las escalas de seda; pero estos apóstoles de la nueva ley, salvo algunos sucesos de pacotilla, han sufrido plenos descalabros en las clases altas y en las familias *bourgeoises*, y se han estrellado en vano contra el antiguo puritanismo y la vieja escuela conyugal.

Y como el matrimonio es allí una necesidad social y la única manera posible de existencia, todas las mujeres se

educan para esposas. Llevan al matrimonio el pudor y la castidad, flores que no marchitan allá precozmente las malos ejemplos ni el roce del mundo; hábitos de orden y de economía, bases primordiales del bienestar, de la independencia y de la dignidad en la familia, y resignación cristiana para aceptar sonriendo todas las amarguras de la vida. Generalmente saben coser, aplanchar, preparar la comida; y hasta las más ricas, en los días tremendos en que los criados toman el portante, desempeñan sin embarazo todas las evoluciones de la cocina.

Exceptuando algunas familias ricas y pretensiosas de Medellín, los matrimonios se instalan en Antioquia con una sencillez patriarcal. Espejos medianos, mesas y asientos de nogal ó comino en la sala, camas con colgaduras de zaraza y tarimas en las alcobas completan el mueblaje. Los alimentos son igualmente frugales y uniformes. Al lujo y la vanidad, que tanto embarazan y fatigan la vida, no se les da entrada en esos menajes austeros y sencillos. Sólo conocemos dos clases de matrimonios: unos en que los esposos se quieren bien, y otros en que se desprecian ó se odian cordialmente. Los primeros no necesitan de relumbrones para ser dichosos, y los segundos serán desgraciados aunque vivan en medio del lujo más espléndido.

En las parroquias y los campos, á los diez y ocho ó veinte años todos los hombres se casan. Los gastos de la familia, la pobreza, las vicisitudes del destino, no intimidan á nadie. El antioqueño joven y pobre toma una mujer sin miedo ni vacilación, y se lanza en la vida contando con sus brazos, su valor, su energía y la Providencia, protectora de los hombres de buena voluntad. Estos matrimonios, comenzados bajo los auspicios lóbregos de la pobreza, á fuerza de trabajo y de economía llegan á la comodidad: muchos conquistan la riqueza y casi todos son dichosos. La mujer comparte valerosamente las fatigas conyugales, y es el más poderoso elemento que hay en Antioquia de moralidad y de progreso.

En nuestro artículo denominado *Mi compadre Facundo* bosquejamos con toda la verdad que nos fué posible una de esas epopeyas domésticas tan comunes en Antioquia, en que el hombre solo, pobre, sin protectores ni recursos se lanza intrépidamente en pos de la fortuna, y á fuerza de tenacidad y de valor adquiere riqueza y conquista posición.

Separándose de la pereza é inmovilidad geniales en la raza española, el antioqueño es amigo de los viajes y posee una actividad devoradora. Cuando las minas se agotan y las tierras se esterilizan en alguna parte, toda una población recoge sus utensilios de trabajo, sus lares domésticos y emigra en busca de comarcas más afortunadas. El malestar y la miseria no tienen aceptación allá tranquilamente ni por el individuo ni por los pueblos: todos se conforman con este aforismo: "vivir es luchar." Hoy día una gran parte de la población ha abandonado sus viejos hogares y se ha precipitado á las montañas del Sur, donde se ven surgir como por encantamiento, del seno de los bosques, aldeas y ciudades. En todos los rincones de la República hay antioqueños; ejercen todas las industrias, se les encuentra en todos los caminos, son los cosmopolitas de América.

En Antioquia se ejerce la hospitalidad tan ampliamente como en los pueblos primitivos. Como en la tienda del beduino árabe, ó en la casa del mufti turco el huésped, en la habitación del antioqueño, es inviolable y sagrado. Aunque sea criminal se le defiende y respeta. El viajero siente un placer indefinible al llegar á una de esas habitaciones de las montañas, donde las gallinas picando la yerba, las vacas bramando en el corral, la huerta perfectamente cultivada, el patio sembrado de flores, el aseo y la compostura por todas partes le revelan que allí reinan el trabajo y la abundancia, la familia y la mujer. Luégo el placer sube de punto al ver la acogida franca y hospitalaria que recibe. Para obsequiarle se mata la gallina más gorda, se arrancan las mejores legumbres, se le prepara el más cómodo lecho. Como en las tiendas de Isaac y de Jacob, las Rebecas de la familia le presentan el aguamanil y la toalla, y le sirven la comida con toda cordialidad y gentileza.

Algunos creen á los antioqueños beocios, y les inculpan á media voz que son rudos é incapaces. Estos cargos nos parecen faltos de verdad y protestamos contra ellos. El sentido práctico de los negocios y la aptitud para todas las industrias, son cualidades características del pueblo antioqueño. En maquinaria son muy hábiles, y los artesanos de Medellín son los más inteligentes que hay en la República. En la ciudad de Antioquia crecen espontáneamente músicos y trovadores. El sentimiento de lo bello, la literatura y las ciencias elevadas no han

podido generalizarse mucho en una provincia aislada, con escasas enseñanzas y donde todo el tiempo lo absorben las exigencias materiales y la lucha con una naturaleza ingrata. Pero atreviéndonos á citar nombres propios diremos, que Antioquia ha suministrado, como cualquiera otra sección de la República, su contingente de hombres notables. Al frente de estas ilustraciones figuran Zea, Aranzazu, Alejandro Vélez y los doctores Félix y José Manuel Restrepo.

Y hoy, bajo el punto de vista de la inteligencia, tampoco está Antioquia mal representada. Dejaremos de citar muchos hombres importantes por no alargarnos demasiado. En la industria, como especulador inteligente y audaz á la par que hombre de corazón humanitario y generoso, el señor Francisco Montoya se encuentra en primera línea. Á su carácter perseverante y á los esfuerzos heroicos de su casa débese la mayor parte de la industria y el movimiento mercantil que hay en la República. Los señores Arrubla, arquitectos infatigables, han construído casi todos los edificios modernos que embellecen á Bogotá. El doctor Jorge Gutiérrez de Lara es hombre distinguido á todas luces. Manuel Uribe Ángel, además de poseer altas cualidades de corazón, es médico eminente, geólogo aprovechado, anticuario é investigador infatigable. Los doctores Pedro A. Restrepo, Nicolás Villa y Pascual González son abogados muy notables. El doctor Román María Hoyos reúne á una modestia excesiva mucha instrucción, y la gracia y el talento más originales. Los jóvenes Benigno y Emiliano Restrepo están llamados á figurar en el foro y la prensa. Camilo A. Echeverri es uno de los escritores más profundos que hay en el país. Con un patriotismo sin ejemplo, el doctor José María Martínez Pardo ha consagrado gratuitamente todo su tiempo y su instrucción enciclopédica á la enseñanza de la juventud y á curar á los pobres. Y para que no falte ninguna figura en esta galería de hombres notables, el más dulce, delicado y armonioso de los poetas granadinos es Gregorio Gutiérrez González.

Como hemos hecho muchísimas veces á los caprichos, vicios y preocupaciones de los antioqueños críticas amargas, nos creemos con derecho para ser alguna vez benévolos con ellos, sin salirnos de la imparcialidad y de la justicia.

RECUERDO NECROLÓGICO

EL TIGRE

Por allá en el año de 1852 nació bajo una ceiba gigantesca, á orillas del Magdalena, un tigrecillo de medianas apariencias. La tigre lamió con ternura la menguadilla fiera, sin sospechar que estaba llamada á meter bulla en las ciudades y á tener una reputación histórica.

Por algunos rumores que han llegado hasta nosotros, sabemos que la primera juventud de nuestro héroe fué sobremanera borrascosa, y que por allá en sus bosques sentó reputación de gran cazador y gentil enamorado.

En el año pasado, á consecuencia de algunas desgracias domésticas, de las persecuciones de sus émulos y del escándalo que habían causado sus aventuras en las selvas del Carare, emigró de su patria con ánimo de regresar algunos años después, con los merecimientos de la proscripción y la aureola de víctima inocente.

No pretendemos ser más ni menos verídicos que todos los biógrafos del mundo.

En los alrededores de Bucaramanga se entregó á un comunismo desenfrenado: comióse unos cuantos muleros, algunas mulas y un burro. De una choza arrebató un muchacho, é hirió mortalmente á un hombre. He aquí su hoja de servicios.

Para poner coto á sus depredaciones, un señor Estévez le hizo una trampa de hoyo, en la cual cayó. Habiéndolo dejado doce días sin comer, débil, casi moribundo, lo encerró en una jaula y lo redujo á la vida civil. Exhibiólo en algunos pueblos del Norte y en las fiestas de Tunja, donde lo compraron por mil pesos unos especuladores bogotanos.

En esta capital ha sido exhibido al público en la casa consistorial, en el salón del Congreso, y todo el mundo ha visitado la temible fiera, que simboliza la astucia, la fuerza, la crueldad y la belleza.

El señor Arrubla, para animar las fiestas con que quería inaugurar su plaza de las monjas, compró la hermosa bestia,

cara, como cuestan siempre las hermosas. Siendo base fundamental de las fiestas, y conociéndose su agilidad proverbial y la *tremenda animalis velocitas* de que habla Plinio, hubo que construirle un circo cerrado con verja de fierro, que parecía á prueba de saltos y de acechanzas.

El día diez del corriente habría en la plaza de las fiestas como cuatro mil espectadores. Á esta hora introdujeron en el circo gatos, palomas, conejos, un cabro y un perro de la familia de los dogos, para que el tigre se entregara á algunas travesuras inocentes, mientras llegaba el día en que debiera habérselas con un toro feroz. El tigre salió, como siempre, de la jaula lentamente y con repugnancia: como todos los animales de la raza ferina aborrece la luz, y sus grandes caminatas y depredaciones las hace de noche, escogiendo con predilección las muy negras y borrascosas. Apenas salió el tigre de la jaula el perro se le acercó, dando pruebas de ser un sonámbulo rematado, pues se dejó atrapar fácilmente por el tigre, que lo mató con admirable desparpajo. Sin detenerse sobre el cadáver se puso á vagar por el circo, formando curvas y ángulos caprichosos pues casi no se le ha visto caminar en línea recta. El cabro, con el abundante pelo cubierto de lentejuelas, los cuernos dorados, ufano y gentil como la cabra de Esmeralda, fuéese derecho hacia el tigre, que desdeñó ofenderlo, y obtuvo del público por su valor estrepitosos aplausos.

Después de dar algunas vueltas, el tigre volvía siempre á buscar la jaula, de donde lo ahuyentaban con agua, á la que parecía tener mucha antipatía: seguramente profesaba el principio raizal de que la cáscara guarda el palo. Algunas veces atacaba con furor á las gentes que estaban detrás de las verjas; á los animales los miraba con desdén: sus marcadas antipatías eran contra el hombre. Se paseaba delante de la puerta de la jaula, contemplaba detenidamente su altura y, si se nos permite la frase, diremos que parecía madurando un gran pensamiento. Cuando menos se esperaba paróse en las patas, se prendió con las garras del cabezal de la puerta, y saltó encima de las verjas. El joven que lo cuidaba, animado por el señor Arrubla, que estaba allí cerca, trató de contenerlo: le arrojó agua y le dió en la cabeza con la totuma, pero todo en vano: el tigre saltó á la plaza.

Cuando el tigre intentó su empresa se oían mil gritos: ¡se sale, se sale! ¡que lo maten! Cuando lo vieron arriba, á este

crescendo tumultuoso sucedióse un silencio pavoroso y solemne. ¡Aquello era de verse! Las mujeres, pálidas como cirios, gritaban unas, y otras, incapaces de gritar, hacían señas. Cachacos vimos con la cara afilada y las narices de un palmo. Algunos se arrojaban al suelo y otros se subían al empajado. Las madres que tenían por allí sus hijos, temblaban como las hojas sacudidas por el viento: lamentaciones y murmullos los más extraños se oían por todas partes.

Desde el tablado de arriba un inglés en plena chispa gritaba: nadie se mueve, yo responder de todo!

Pero en los hombres hubo una reacción súbita, y pasado el primer espanto casi todos se aprestaron con valor á luchar con el tigre. Este, así que se vió en la plaza, dió una vuelta en derredor de la jaula como queriendo entrarse. Un hombre le tiró un lazo, y el tigre persiguiéndolo casi lo coge del zamarro; otro, á caballo, trató de enlazarlo también, y la fiera corrió sobre él apoyando las garras contra el hijar del caballo. Asustado el tigre en medio de aquel bullicio y de aquella vocinglería, corrió hacia los tablados del Sur y se metió entre una cantina. De aquí para adelante hay mil narraciones. Dicen que antes de llegar á la cantina el señor Mariano Pinillos le hizo un tiro de pistola: un torero lo hirió con una bayoneta: el señor Zenón Padilla, á fuer de gran cazador, personaje obligado en aquella zambra, lo persiguió con un magnífico *revólver* de cinco tiros y le clavó dos balas: el tigre tornó á huir, aunque ya moribundo, y bajo otro tablado acabaron con él á golpes.

Tuvo un fin solemne: murió entre los gritos y la vocinglería de cuatro mil espectadores. Hemos tenido en miniatura escenas del anfiteatro romano.

La muerte del tigre ha causado una sensación profunda en Bogotá. Como todas las criaturas fuertes, había excitado odios profundos y grandes simpatías. Pero el tigre no era el único representante de la raza ferina en la capital. Quedan usureros sin conciencia, coquetas sin corazón, vampiros sociales de toda clase, que pudieran exhibirse en el anfiteatro; y, dado que saltaran la barrera, podría el pueblo cazarlos á todo su sabor.

UN RECUERDO

Apenas va para seis meses que, en una espléndida mañana de Febrero, nuestro amigo ELÍAS URIBE, desde el alto de Santa Elena, decía adiós con ternura y entusiasmo al valle de Medellín, á la casa de sus padres, á sus amigos de infancia, á todas las personas queridas de su tierra natal. Preocupábalo un vago presentimiento de que no volvería á ver á su anciana y amorosa madre. Los espectáculos variados, caprichosos y románticos que ofrecen las montañas disiparon después su melancolía, y tornó á su calma y serenidad habituales. Nosotros veníamos con él para Bogotá. Como hombre de buena sociedad, tolerante, observador, espiritual, era excelente y entretenido compañero de viaje, y su conversación abundante, llena de recuerdos y de apreciaciones verdaderas y originales sobre los hombres y las cosas, hizo para nosotros muy divertido ese largo viaje al través de las montañas.

Observamos juntos con el mayor placer la prosperidad naciente de los pueblos antioqueños del Sur, su población sana y vigorosa y el porvenir lisonjero que tienen por delante. Contemplamos con admiración á Manizales, ciudad que sale de los bosques llena de vida y lozanía, y saludamos con entusiasmo la aldea de María refrescada por brisas dulcísimas, coronada de selvas seculares, graciosa, bella y poética como su nombre. Á las márgenes del Chinchiná, cerca de la cordillera, encontramos valles tan frescos y risueños, que hicieron á nuestra imaginación vagamunda de viajeros lanzarse plenamente en el idilio. ¿No valdría más, decíamos, clavar uno aquí su tienda, cerca de un arroyo murmurante, de una verde colina, hacerse á unas vacas, unos libros, un perro fiel, una mujer querida, y pasar sus días tranquilos y serenos en el silencio, la meditación, el amor y la naturaleza, que ir á buscar las vicisitudes de los viajes, las decepciones del mundo, la vida falsa y mentirosa de las ciudades?

Trepamos la nevada cordillera del Ruiz: dormimos sobre un mismo lecho en medio de la paja y del frailejón, contemplando desde nuestra tienda, azotada por el huracán, la argentada luna brillando en el azul del cielo. Admiramos ese in-

menso océano de agua petrificada, sobre cuya nítida blancura no ha arrojado una sola mancha el soplo de los siglos. Y, en medio de ese silencio majestuoso y solemne, de esa naturaleza osiánica, olvidando las miserias y las pequeñeces de la vida, nos elevamos á altas consideraciones sobre el infinito, sobre la inmortalidad, sobre Dios. ¡Es tan delicioso viajar en compañía de un hombre de inteligencia y de corazón!

Pocos días después nos apretaba la mano ELÍAS despidiéndose para Europa. Pensaba completar allá su educación, visitar la Italia, la Rusia, tal vez el Oriente y después, ya bien nutrido de observaciones, de estudios, de impresiones y de recuerdos, volver á fijarse definitivamente en su país.

Joven, rico, talentoso, considerado, el porvenir se abría ante sus ojos ancho y purpúreo. Sinembargo, por el último paquete se anuncia que, de aquel noble y generoso joven, tan lleno de ilusiones y de esperanzas, no queda sino un cadáver en un cementerio de París!

Naturalmente estudioso y observador, ELÍAS no había necesitado de colegios ni de pedagogos para instruirse. Casi niño publicó en los periódicos de Antioquia una composición poética que revelaba la imaginación más tierna y delicada. Pero los multiplicados negocios de su casa lo llamaron al comercio, profesión en la cual se ejercitó con buen suceso y habilidad. Sinembargo, los negocios, durante su larga permanencia en Europa, no absorbieron todo su tiempo. Hizo estudios serios, leyó y observó mucho, y adquirió esa tolerancia, esa suavidad de modales y esa ciencia del vivir que los hombres inteligentes aprenden en los viajes. Su fe en la República y en la libertad no la quebrantó el esplendor ficticio de las cortes europeas. Volvió del viejo continente sencillo, modesto, patriota, adherido más que nunca á su país, formando contraste con la generalidad, que sólo traen de Europa levitas, colgandijos, ridiculeces, hastío por nuestros hábitos, desdén por la libertad y admiración por el despotismo.

Era buen ciudadano, inmejorable amigo, completo caballero: una de las más selectas y distinguidas organizaciones que en estos últimos años ha segado la muerte entre nosotros.

¡Quién podría pensar ahora cuatro meses, viéndolo partir

lleno de juventud y de vida, que tal día como hoy habría dejado de latir su corazón y estaría apagada esa noble existencia? ¡Cuánto no recordaría en los ardores de la fiebre la fresca sombra de los naranjos bajo los cuales había pasado su infancia, el cariño de sus hermanos, los cuidados incesantes de su madre, el sol esplendoroso de la patria!

(De EL TIEMPO, número 192, de 31 de Agosto de 1858.)

CARTAS AL SEÑOR DOCTOR MANUEL POMBO

CARTA PRIMERA

LA TIERRA CALIENTE

Señor Doctor MANUEL POMBO.

Flandes, Septiembre 15 de 1858.

Mi querido amigo: conquie U. que debería esperarme en el Magdalena, cuando yo vengo regresa para Bogotá; U. á quien creía un esparciata sufrido y resignado al encontrarse en frente de los zancudos y del tasajo calentano se ha fugado precipitadamente á buscar la ópera, el fresco y la jugosa carne sabanera! No le encuentro vocación para descubrir continentes, ni para llevar vida de hermitaño viejo. ¡Si será U. de esos filósofos estoicos, cuya abnegación se parece á la del ratón de la fábula, que dejó el mundo y sus engaños para meterse entre un queso? Yo no hago caso del calor, he descubierto que el sol es un sofisma, me río de los mosquitos, de las garrapatas, de los zancudos y demás bestias (estilo francés) que pueblan estas bellas comarcas; y, como un verdadero

gentleman, voy á enriquecer las ciencias naturales recogiendo escamas de culebras y coleccionando zancudos. Estoy siguiéndole la pista á un lagarto rojo, y casi lo he descubierto. U. con un poco más de resignación habría participado de estas glorias, pero por amigo de las comodidades y de la tierra fría lo declaro indigno de la inmortalidad. Su ausencia me ha privado de un insigne colaborador en mis tareas de naturalista, defraudándome al mismo tiempo de la grata compañía y de la conversación llena de travesura y de aticismo de uno de los más altos representantes del espíritu bogotano.

Comenzaré á castigarlo escribiéndole esta carta, en la cual derramaré en el papel, sin orden ni concierto, todo lo que se me ocurra; y por desgracia suya probablemente se me ocurrirán muchas cosas.

Salí de Bogotá, en compañía de varios amigos el día . . . no me acuerdo: con el almanaque no cultivo relaciones de ninguna clase. ¿Qué importan las fechas á los bohemios como yo, que vivimos de hoy para mañana como los pájaros errantes atentos á la munificencia de Dios, y que no tenemos arrendamientos de casas qué percibir al fin del mes, ni cupones que cortar! El calendario no sirve sino para saber uno el día en que nació, cosa por cierto muy poco importante, cuándo tuvo sarampión, ó lo pusieron en la cárcel, ó perdió su fortuna, ó lo engañó un amigo ó fué burlado por una mujer! ¿Qué objeto nos traía de Bogotá á las tierras calientes? Sospecho que ninguno, sino el de variar de clima, de relaciones, de alimentos y de horizonte. El primero á quien se le ocurrió decir que en la variedad y los contrastes está el placer, por cierto que no era un majadero. Fatiga y descanso, movimiento y pereza, calor y frescura, pobreza y abundancia, tempestades y calma son los ingredientes con que debe condimentarse, para que tenga algún sabor, este manjar agri dulce que se llama vida. Gastamos de Bogotá á Tocaima siete días: no quisimos marchar más ni menos aprisa que todas las cosas del país. Trajimos un almofrej con hamacas y ropa, y por toda provisión, siguiendo las provechosas tradiciones del General Maza, una carga con líquidos. Los buenos bebedores de Antioquia profesan el principio de que viajando debe beberse al día en setenta y nueve partes, salvo las repeticiones en los casos for-

tuitos que puedan ocurrir. Nosotros nos acercamos un poco, aunque nunca llegamos á practicar rigurosamente esta sana doctrina. En todas las ventas surtidas que encontrábamos hacíamos alto hasta concluir con las provisiones de la despensa y las aves del corral. Mientras estaba la comida ó el almuerzo, como nos encontró U. en Apulo, colgábamos las hamacas, poníamos cerca de ellas al alcance de la mano vino, brandi, cigarros; fumábamos, conversábamos, bebíamos y, á falta de otra cosa mejor, nos resignábamos con nuestra suerte. Le recomiendo esta manera de viajar.

Á propósito del Apulo, creo que á U. le habrá causado como á mí indignación el ver el hermoso puente construído hace pocos años, en vísperas de caerse por no gastar unos pocos reales que costaría componerle algunas averías. Y causa muchísima extrañeza que ricos é inteligentes propietarios, que tanto necesitan ese puente para el tráfico de sus haciendas, esperen que las autoridades, de suyo indiferentes y dormilonas, pongan remedio pudiendo ellos cotizarse y á costa de un pequeño sacrificio componer rápidamente los daños, so pena de que antes de poco tiempo esté el puente destruído.

El Bogotá, como esos hombres cuya juventud es serena y la virilidad y la vejez tormentosas, se arrastra por las sabanas en la primera parte de su curso fangoso y enervado, sin murmullo y sin espuma; pero al llegar á la cordillera, como avergonzado de aquella inacción, de aquel silencio, tórñase espumoso y rugiente, y en alas del vértigo salta á los abismos formando esa catarata de Tequendama de pavorosa y eterna belleza, y hasta morir en el Magdalena sigue agitado y turbulento. Este río no arrastra arenas de oro como el Tajo y el Pactolo, no es clásico como el Escamandro y el Eurotas, ni como el Nilo arroja periódicamente limo fecundante sobre arenales abrasados; pero para tener una página brillante en la geografía y en las descripciones bástale su espléndida catarata.

Además recorre en todo su curso los terrenos más fértiles y productivos que hay tal vez en la República. Las sabanas no necesitan apología: con dificultad se encontrará en América otro globo de tierra de tan gruesa capa vegetal y de una fertilidad tan fecunda é inagotable. Y para producciones de otro género las comarcas calientes que atraviesa también son magníficas. En el distrito de la Mesa, cerca de sus orillas,

existen plantíos de caña que tienen cerca de un siglo, y todavía no está agotada su primera fecundidad. Más abajo sus terrenos ribereños contienen inmensos cebaderos, y tienen para estas especulaciones un mérito incuestionable. En todas las márgenes del Bogotá, hasta su confluencia con el Magdalena, existen establecimientos de caña y potreros de ceba que valen millones. De pocos años para acá se ha creado esta gran riqueza.

Tocaima, situada en una meseta ardiente, pero seca y salútfera, con excelentes baños, medicinal el de Catarnica, fresco y delicioso el del Bogotá; cruzada por caminos por donde transitan grandes intereses y rodeada de productivos y valiosos establecimientos, parece que debería ser indudablemente un pueblo de alguna importancia. Sin embargo vegeta pobre y despoblado, y el viajero experimenta un sentimiento repulsivo al atravesar sus calles solitarias. No pude encontrar quien me explicara las causas de su prosperidad durante el virreinato. La riqueza y el comercio afluirían seguramente allí por alguno de esos medios artificiales que estilaba el despotismo español. Hoy tiene reputación de ser el pueblo menos hospitalario de la República; y á los pobres leprosos, que van á buscar alivio en su buen clima y benéficos baños, parece que los tratan con una hostilidad tan injustificable como inhumana, pues la experiencia ha probado hasta la saciedad que esa enfermedad no es contagiosa.

Desde Moisés hasta nuestros días la elefancia ha atravesado todas las generaciones como una maldición implacable. En la edad media la caballería, que peleaba por los débiles y por el honor y la belleza de las damas, dirigió también una mirada simpática sobre los pobres leprosos. Con el objeto de protegerlos se fundó la orden de San Lázaro, en la cual debía ser lazareto el gran maestro para acordarles una protección más decidida y filantrópica. En la Iglesia encontraron también auxilios y consuelos, la cual, para librarlos del odio de pueblos egoístas, los puso bajo su poderosa salvaguardia. Andando los tiempos parece que la sensibilidad de la Iglesia se ha ido embotando, y no sé que en Nueva Granada intente algo en favor de esos infelices. Y si escasea la voluntad no faltan los medios, pues el clero granadino, especialmente el alto clero, disfruta hoy de rentas enteramente confortables.

Por cualquiera parte que uno ande en estas tierras ardientes encontrará á los señores Latorre moviendo grandes masas de ganado, haciendo derribar montes, construyendo puentes, fundando haciendas. Ellos han formado casi todos los establecimientos importantes que hay en estos distritos: es una familia de titanes. Como hombres de industria y trabajo merecen una mención honrosa. Pocos individuos en la República han llevado al cabo tantas cosas como el señor Evaristo Latorre. Ha manejado casi todas las haciendas de la sabana, construyó el importantísimo camino de Occidente, en el cual si ganó plata era muy justo, pues nadie trabaja para el Obispo; ha establecido la vasta introducción de ganado llanero que existe hoy, ha construído un puente utilísimo sobre el río Bogotá y ha formado no sé cuántas haciendas, dando pan y salarios á muchísima gente y aumentando considerablemente la riqueza pública. Ojalá hubiera muchos hombres en el país como él, de tanta iniciativa y energía.

En Tocaina disolvimos el capítulo, y frailes y monaguillos tomamos rutas diferentes. Separéme con pesar de mis buenos amigos y compañeros de viaje, y al trote largo de una mula me dirigí á la hacienda de su compadre y mi amigo Salvador Camacho Roldán, conocida con el nombre clásico de Útica.

Es de un agrado imponderable viajar por la mañana en tierra caliente al través de los bosques. Habrá U. reparado que en las selvas de tierra fría reina por lo regular lóbrego silencio, y si algún pájaro se atreve á interrumpirlo es exhalando notas melancólicas, las cuales más bien que canto parecen un lamento. En los valles ardientes el canto de las aves, sonoro y armonioso, saluda la aurora con alegros prolongados que expresan la felicidad y la vida. Loros innumerables se entregan á la más ruidosa vocinglería; y las ardillas, los micos y los monos saltan alegres por las ramas de los árboles. Recréase la vista contemplando el plumaje vistoso de los loros y guacamayas y los variados matices de la gran familia de los toches, de los cardenales encendidos y de los azulejos color de cielo. Por todas partes se oyen ruidos extraños, se aspiran perfumes desconocidos. La salida del sol se solemniza en los valles calientes con la música más variada, con la fiesta más espléndida.

El terreno en todo este camino de la Mesa para acá, sólido y compacto, compuesto en gran parte de cascajo y arena, se

presta admirablemente para un camino carretero. Del Magdalena hasta Tocaima han pasado ya carros pesadamente cargados. Este camino cambiaría como por ensalmo la faz del Alto Magdalena, daría salida en grande escala á los frutos de la sabana, ocupación ventajosa en esta tierra á los capitalistas de Bogotá, que hoy no saben qué hacer con su dinero, atrayéndolos la facilidad de las comunicaciones y lo cómodo del viaje, fomentaría tráfico, fraternidad y relaciones provechosas entre los pueblos de las cordilleras y de los valles, y daría rápido vuelo á la industria, la civilización y el bienestar de estas bellas comarcas. El sol, que es un espantajo para los delicados sibaritas de Bogotá, no los molestaría pudiendo venir en coche soplándose con abanicos. En estas planicies el aire no está impregnado de esas emanaciones pútridas con que la exuberante naturaleza vegetal, en eterna fermentación, mata al hombre en el Bajo Magdalena. Como el terreno generalmente es seco y el aire puro, los ricos podrían sin peligro inspeccionar sus empresas y traer sus familias por temporadas construyendo casas cómodas y cármenes arbolados y risueños. Tengo profunda fe en el porvenir de estas comarcas. Sobre las ventajas económicas del camino como especulación, considerándolo por todas sus faces, pensaba escribir un artículo serio, pero siendo cuestión de números y de cálculos, dejo esta tarea á la pluma más competente de nuestro amigo Camacho Roldán.

Su compadre me recibió con la cordialidad más afectuosa. Al hombre serio de los cuadros y del boletín, al rey de los números, lo encontré con un buen humor inagotable. Inteligencia elevada, carácter lleno de entereza, corazón apasionado y entusiasta, en el cual el uso del mundo no ha marchitado las creencias generosas de la juventud, trato sencillo, pero lleno de distinción, todas estas cualidades y otras muchas hacen de Salvador Camacho Roldán uno de los hombres más notables, queridos y respetados del país. Es tal la confianza que inspira la franqueza y lealtad de su carácter, que hasta sus adversarios políticos lo han tratado siempre con respeto y consideraciones. Él ha probado que el entusiasmo y la imaginación no excluyen las cualidades prácticas del hombre de negocios ni las dotes del financista. Un día de éstos hemos de escribir en colaboración un retrato concienzudo de este bello carácter.

Pasamos algunos días juntos bañándonos en el Bogotá, que

conserva la frescura de sus aguas hasta perderse en el Magdalena, leyendo á Balzac y á Teófilo Gautier, comiendo como unos ogros y cultivando en hamacas la pereza como verdaderos calentanos. El que inventó la hamaca sabía dónde le apretaba el zapato. Apelo á su erudición para que me diga cuándo, cómo y por quién fué hecho este importante descubrimiento. Sospecho sea originario de América, pues en el Oriente, donde se ha descubierto ó inventado el café, la nuez moscada, las pipas, los perfumes, los harem y muchas cosas buenas, no dicen nada de la hamaca. La idea de esta blanda cama sin duda se le ocurrió á algún aborigen americano, rollizo y perezoso. Debe erigírsele una estatua en las tierras calientes con esta inscripción: "Al egregio Creador de la Hamaca, los Calentanos refrescados y agradecidos."

Aceptando el amistoso convite que me había hecho el señor Fernando Nieto, de Útica me dirigí á Peñalisa. En el tránsito se encuentran magníficos terrenos casi incultos, esperando capitales y brazos para producir ricos y abundantes frutos. Las pocas habitaciones que se hallan en el camino da grima verlas. Si U. al medio día se acerca á una de ellas á encender un cigarro, encontrará poco más ó menos el espectáculo siguiente. El dueño con camisa de listado sin abotonar, calzoncillos de lienzo y pañuelo de algodón amarrado en la cabeza, arroja, medio dormido, bocanadas de humo meciéndose en una hamaca de cabuya. Su mujer, ó sea lo que fuere, con saya de fula y camisa de lienzo ó de zaraza, dejando al aire los exiguos pechos, pela plátanos ó desgrana maíz cerca del fogón. No muy lejos está rascándose con entusiasmo un perro sarnoso. Los chicos desgredados y sucios duermen bañados por el sol bajo el alar de la choza. En el patio descansan voluptuosamente en un pantano algunos cerdos canonicales. Cerca de unas matas de penca ó á la sombra de un naranjillo ó caracolí sestean unas cuantas cabras, en medio de las cuales descuella con el pelo erizado, las barbas prolongadas, luengos los cuernos y la mirada licenciosa el cabro sultán. Allí no hay árboles frutales, ni enredaderas, ni huerta, ni flores: aseo y comodidades ni por pienso: nada se encuentra que revele la fuerza y el trabajo del hombre ni la gracia de la mujer. Presenciando el embrutecimiento de esas gentes siente uno apesadado el corazón. ¿Cómo levantarlas de postración semejante? Llevando á esas comarcas industria y movimiento que hagan brotar la riqueza y con

ella el bienestar, que tanto mejora al hombre física y moralmente; fundando escuelas que lleven á esas almas lóbregas algunos rayos de luz, y sobre todo, encomendando á sacerdotes de vida pura y de corazón cristiano, que inspiren á esos insignes quietistas hábitos de moralidad y diligencia.

Hace seis años que estuve en Peñalisa y entonces no había allí sino unas casas pajizas y potreros principiaados. De entonces para acá el señor Fernando Nieto, que es otro de los titanes de la industria, ha metamorfoseado aquello, creando pastales enormes, construyendo la mejor factoría que hay en el Magdalena y una casa magnífica. Allí se encuentran buenos sofás, espejos, libros, camas de bronce, bodega bien provista, buena mesa, confortables de toda clase. El señor Nieto y sus hijos me recibieron con las más exquisitas atenciones. Y la sorpresa es tanto más agradable, cuanto que en las haciendas del Alto Magdalena, incluso las de Neiva, con rarísimas excepciones las gentes viven como perros. Capitalistas fuertes conocemos que sólo tienen en su casa una hamaca y algunas sillas desvencijadas; jamás salen del aguardiente de anís como bebida y del sancocho como alimento. ¿Para qué querrán la plata esos pobres diablos?

Esta hacienda, situada entre el Bogotá, el Fusagasugá y el Magdalena, tiene algunas leguas de extensión, grandes lomas con pastos naturales, valles húmedos muy fértiles y terrenos secos donde pueden producirse en grande escala todos los frutos de la zona tórrida. Está cruzada por caminos para Neiva, Bogotá y el Bajo Magdalena; tiene varios pueblos circunvecinos y brazos abundantes. Creo que en los años buenos produce diez mil arrobas de tabaco por término medio, pues en éste, que ha sido la cosecha tan mala en todo el Magdalena, se han cogido cerca de ocho mil, según las cuentas que he visto yo. Con el tiempo puede doblarse y cuadruplicarse la producción, pues sólo una pequeña parte de las tierras está cultivada. Sobre todo, el callejón, extenso valle escondido entre cerros, es de una fertilidad imponderable. Existe allí un lucrativo establecimiento de caña, potreros de guinea y pará, que se conservan siempre verdes, sombreados por bellísimas palmeras, donde crece el ganado más grande que conozco en el país. Brotan en aquellos terrenos fuentes sulfurosas, cuyas aguas pienso hacer analizar, bañándose en las cuales la herpes, la sarna y

demás enfermedades cutáneas se curan rápidamente. En una palabra, la hacienda de Peñalisa, con su establecimiento de caña, sus grandes potreros de ceba, su producción de tabaco y el desarrollo á que se presta para el porvenir, puede decirse que es la más bella propiedad que hay en el Alto Magdalena.

Estoy fatigado y determino dejar en el tintero otras muchas cosas con que deseaba atormentarlo, pues siento correr sangre corsa por mis venas y le he jurado lisa y llanamente la *vendetta*. Por ahora, en castigo de su desaguizado, espero que todas las pulgas de Bogotá se conspiren contra su sueño; que al salir de la casa, como á los griegos en sus días nefastos, le estornude siempre una vieja al lado izquierdo, que las muchachas lindas no tengan para U. una sola sonrisa, que los pepitos lo persigan por todas partes, que cuando vaya á la ópera encuentre á Rosina acatarrada, y que siempre le sirvan el café frío y el chocolate sin espuma.

Adiós: volveré á Bogotá cuando concluya mi colección de insectos y me ponga en el lagarto rojo.

(De EL TIEMPO, número 196, de 28 de Septiembre de 1858.)



CARTA DEL DOCTOR MANUEL POMBO

Al Señor JUAN DE DIOS RESTREPO.

Bogotá, Octubre 4 de 1858.

Mi querido amigo. Sobre el tema de la presente me dirigí usted una carta con que "El Tiempo" último obsequió á sus abonados. Escrita en el estilo de que Dios hizo á usted gracia, tan galano y tan fluído, y conteniendo en el fondo gran caudal de las finas y oportunas observaciones que singularizan su talento, nada tendría que replicarle si usted, de suyo

bellaco, no la hubiese principiado formulándome cargos graves que debo rebatir, y si al concluir la se hubiese abstenido de ciertos anatemas que espeluznan al común de las gentes. Afortunadamente no hirió usted á Aquiles en el talón, y si algo dificulta mi defensa es lo anchuroso del campo en que tengo que verificarla. Voy, pues, sobre usted, y embrace la adarga y afírmese en los estribos para aguantar la arremetida.

Empieza usted por extrañar que no le hubiese esperado en el Magdalena, cuando usted, recluta en achaques de tierra caliente, escabulló el bulto lindamente el día en que se trató de que marchase á ella á la par y en competencia conmigo, veterano en el oficio. Hubo entonces todo aquello de los negocios críticos, la importuna jaqueca, los vuelcos y compromisos del corazón; y el resultado fué que usted se quedó plantado en Bogotá, esperando la *Lucía* del domingo siguiente, haciendo la penitencia en más de una mesa comfortable, y repartiendo sus ratos perdidos entre las damas de los dulces ojos y los cachacos de la buena charla. No se puede negar que tiene usted irresistible embocadura para cenobita y que es un compañero de encargo! Si usted se portase siempre como en esa ocasión, y si la sangre antioqueña, activa y emprendedora, no circulase por sus venas, tal camino lleva que no sería difícil llegase á revivir el tipo, casi perdido en la moderna Bogotá, de lo que antes se llamaba el *santafereño raizal*. Por lo que pueda convenirle, y en atención á que esa figura histórica pudiera haber escapado á sus miradas, distraídas de su propio individuo y fijas en otras de más inmediata fecha, voy á diseñársela rápidamente.

Era aquél un hombre en cuya fisonomía halagadora y mansa, las agitaciones de la juventud no habían trazado un solo pliegue: esencialmente rutinario y metódico, ni había perdido la siesta de una sola tarde, ni omitido afeitarse un solo sábado, ni dejádose de mudar de limpio un solo domingo con la ropa puesta bajo la almohada desde la víspera. Quizá podría usted aislar su cabeza del sombrero, pero la capa de sus hombros nunca, ni el paraguas de sus manos, ni la cigarrera de piel y el pañuelo de algodón de los bolsillos de su chaqueta holgada. Era por lo regular ó síndico de manos muertas, ó empleado en diezmos ó en alcabalas, y sus aspiraciones se limitaban al bienestar del día presente y á la acumu-

lación lenta y sigilosa de un capital más ó menos modesto con que fundaba una capellanía, cuando bajo su pabellón de macana, entre el físico y el confesor, exhalaba su postrer aliento. Pero el rasgo prominente del santaferense era la inmovilidad, y enraizamiento en la tierra donde había nacido: un par de paseos á Yomasa ó Chapinero cuando muchacho, un viaje á las fiestas de Funza cuando joven, y la romería á Chiquinquirá, si el fervor religioso le inspiraba más tarde tamaños bríos, formaban sus épocas heroicas y le suministraban materia para la conversación de su vida entera.

Si por ventura intervenía caballo en alguna de estas excursiones, la cuestión se complicaba gravísimamente y la familia entera tomaba cartas en ella. El animal se colocaba en pleno patio, en donde hacía de las suyas con las retamas de las esquinas y las flores de las tazas; el peón que lo había conducido y que estaba iniciado en los misterios del ensillar, era el único que lo manejaba, entre el corro de los chicos de la casa, que se perdían en comentarios pavorosos sobre los movimientos de los ojos y las orejas del bruto, síntomas inequívocos de que era pajarero y corcoveador. Las mujeres, entre tanto, habían buscado garantías en los corredores altos, y apostrofaban sin cesar á la gente menuda para que huyese de las patas y se pusiese fuera del alcance de los dientes de la fiera. El futuro centauro, objeto de las amonestaciones generales, asistía con mal fingida tranquilidad á tan varias escenas, y llegado el momento supremo, trepaba sobre la silla, repetía sus últimos encargos y al expresivo trote de su cabalgadura se echaba á la calle perseguido hasta doblar la esquina por las miradas de todos los suyos, apiñados los rapazuelos en la puerta y en los balcones las damas.

Volvamos á las inculpaciones. Ni la paciencia de Job, ni la edad de Matusalén serían suficientes para esperar á usted aunque fuese en el más delicioso punto de la tierra. Soberbia ancheta llevaría el buen prójimo que tal intentase con un sujeto de las rarísimas prendas de usted, que carga almofrej y petacas, que sesteá en todas las ventas desolando los gallineros y dejando limpias las despensas, que preconiza las setenta y nueve libaciones diarias exigidas por los profesores, deplorando no poder llevarlas á puro y debido efecto, y que, resumiendo su sistema de viajes, gasta siete días mortales en las diez y ocho leguas de excelente camino que separan á Bogotá de

Tocaima. Cómo se conoce que ni fué usted el que inventó el telégrafo, ni será el que resuelva el problema de la navegación aérea! Me admiro ahora de que usted nos hubiese acompañado en aquella memorable ascensión al Monserrate en que, asociados al insigne naturalista Luis Bernal, descubrimos la lagarta (*lagarthus uxor* de Cuvier) que tenía cuatro cavidades en el corazón y que mantuvo en sesión permanente por veintiocho días á una de las más condecoradas sociedades de sabios británicos. Y más me admiro de la asidua é inteligente colaboración que le debimos en el "Essai sur les lézards (du grec *Sauros*) par une Societé de Savants," que casi nos hace ir á Prusia á presentar nuestro respetos al panegirista de nuestra obra, el célebre cuanto antiquísimo Barón de Humboldt . . . Si fuera usted siempre como en sus buenos ratos!

Me califica usted de prófugo de la tierra caliente, y esto merece un retazo sentimental. . . . No sabe usted que en esos climas de cielo diáfano y luz reverberante corrieron los mejores años de mi juventud; pero corrieron como los arroyos limpios y murmuradores que el invierno cría y los rigores del verano secan y absorben luégo. Cuando mi corazón ardía como el sol de esas tierras, cuando mi alma necesitaba horizonte más amplio que el que en ellas limitan las azules cumbres de las montañas remotas, busqué esos climas y les hice la ofrenda de cuanto tenía y esperaba. Allí donde todo vive y todo tiene movimiento y voz, la palma sacudida por las livianas brisas, las flores agitadas por los errantes céfiros, el agua con sus corrientes, las aves con sus trinos; allí donde la naturaleza une sus innumerables conciertos y los eleva sin cesar al Dios Omnipotente y eterno que tan magnífica la crió, y pregona al hombre amor y libertad, allí apuré á gruesos tragos cuanto había para mí de celestial deleite y de amargura suprema en la revuelta copa de la vida. Si el pasado pudiera dividirse, si fuera dado á la memoria recordar sólo lo que la estimula y halaga, el paraíso de mis recuerdos habría quedado en la tierra caliente. ¿Puedo yo desertar de ella en busca del frío, que llevo á todas partes en el corazón?

Basta y quizá sobra de romanticismo: volvamos al paso llano. Hace usted alarde de no dar importancia al calor, y agrega que ha descubierto que el sol es un sofisma. Distingamos, amigo mío. Cuando los sibaritas como usted se tienden al amor de la hamaca y leen entre sueños y sueños las novelas

del gran Balzac ó los folletines delicados de Gautier, bien puede arderse Troya sin que les llegue el humazo; pero cuando los esparciatas como yo, bajo el palio del cielo donde el sol meridiano derrama á torrentes su luz abrasadora, tomamos voluntaria parte en las quemazones de rozas grandes como ciudades, entonces la carne débil se rebela y el espíritu necesita toda su energía para no darse por vencido. Ya quisiera ver á usted cruzando los interminables llanos de Neiva al trotecillo de una mula de alquiler, que parece no moverse de un solo punto, apagando el sol en las espaldas, respirando fuego, devorado por la sed y sin esperanza de sombra ni refrigerio. Ó, volviendo al antiguo régimen, quisiera verlo subiendo el Magdalena durante más de cuarenta días, consignado á los bogas, y llevando vida común con los caimanes del río, los culebrones de la tierra y las nubes de mosquitos del aire; ó remontando las corrientes marinas en una goleta paiteña, cargada de azúcar ó de cueros, atravesar la línea equinoccial, y extenuado por el sudor, la abstinencia y el marco, llegar á Guayaquil, olvidada la fecha en que había salido de Buenaventura. En estos trances desearía oír filosofar á usted y verle complementando su galería de insectos, y no á las goteras de Bogotá, mimado por los amigos y alojado y servido como el Papa en Roma.

Menciona usted como acción distinguida de valor el no hacer caso de los mosquitos, de las garrapatas y de los zancudos. Hace usted mucho honor á esos pobres bichos, la grajea de los climas cálidos, en cuyo número es necesario que usted incluya el cafifí, el jején, las chinches, chiribicos, pitos, cucarachas, y las belicosas avispas que poco ha han obtenido en la India una victoria completa contra el General inglés Sir Colin Cárnpbell. Si usted dijese lo mismo de las culebras, las iguanas, las salamanquesas, los alacranes, los ciento-pies, las coyas, las rayas, los murciélagos, los sapos enormes, las arañas de largos colmillos & &., podríamos entrar en materia; y sería yo capaz de escribir un folleto sobre cada uno de esos animales que, á lo sumo, le habrán sido presentados á usted por pura etiqueta en sus exploraciones científicas, pero que conmigo tienen las relaciones de viejos camaradas. Está visto que usted no conoce á fondo sino los prolegómenos de la tierra caliente, pero que tiene disposiciones para engolfarse en los estudios trascendentales á que ella se presta, y en que tanto

han avanzado los sabios desde Aristóteles y Plinio hasta los de nuestros días. Lea usted las obras de todos ellos, íntegras y muchas veces, y cuide de hacerlo en los idiomas originales para no perder ni una coma.

Viniendo á la erudición que yo tenga para decirle quien fué el inventor perínclito de la nunca bien ponderada hamaca, por no negar á usted la jurisdicción que lo faculte para ponerme en tal aprieto, le confesaré que sobre este punto no nos podemos cobrar hechuras. La hamaca es esencialmente americana y de ello debemos enorgullecernos todos los días. Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo, en que á usted y á mí nos ha tocado pasar nuestras aventuras, la hamaca era de uso general entre los aborígenes de las islas y los de las costas de tierra firme; derivada de éstos todavía la conservan las tribus independientes del Darién. Debíó de hallarla deliciosa el ilustre genovés; y aun se puede presumir que encontrándola á propósito, por lo cómoda y sencilla, para la gente de mar, hizo que la adoptase la que le acompañaba, remontándose hasta allá el uso que de ella hoy se hace universalmente por los marineros. Apoya esta hipótesis la circunstancia de ser el *coy* como ellos la llaman, la imitación del *chinchorro*, que es la genuina aunque imperfecta hamaca americana. Le añadiré que las mejores hamacas que he visto son las tejidas en Corozal y Jipijapa; que la tierra en donde por excelencia imperan es en Guayaquil, y que no he podido explicarme por qué son completamente desusadas en Cartagena. Para cerrar este asunto dignamente, recordaré á usted que el señor José Fernández Madrid pulsó su lira de oro en honor de la hamaca y le dedicó una de sus más dulces y más sabidas canciones.

Acepto gustoso la colaboración que usted me propone para que tracemos el retrato concienzudo de nuestro amigo y compañero Salvador Camacho Roldán. Con él marché de Bogotá, y en Útica, esa hacienda que puede citarse como la prueba y el estímulo de lo que se alcanza con sólo el trabajo perseverante, la dirección inteligente y el crédito que da la probidad, me obsequió durante varios días con la misma fineza que empleó para con usted. Cuando íbamos para el Magdalena con Camacho Roldán, nos detuvo en Tena y nos colmó de agasajos y favores nuestro antiguo catedrático el doctor Francisco Javier Zaldúa: séame permitido citar su nombre y tributar este pequeño homenaje de respeto al eminente jurista, al político de convic-

ciones firmes, al ciudadano laborioso y útil, y al hombre que no prodiga el título de amigo, pero que cuando lo concede es con toda la firmeza de su alma y para todas las vicisitudes de la suerte.

Aniquilados los cargos que usted me formuló y atendidas las excitaciones que me hizo, réstame, para quedar dueño del campo, manifestar la eficacia que tienen sobre mi persona los anatemas fulminados por usted en cumplimiento de la *vendetta* que me ha jurado. Soy, para honra mía, popayanejo legítimo, y no es dado por consiguiente á las friolentas pulgas bogotanas arrebatar-me el sueño, sueño de la inocencia, profundo y acompasado como el del marido de más quilates. Tente pluma! Las viejas todas reunidas en Congreso, las pasadas y las presentes, pueden estornudar, toser y bostezar al lado mío que elijan, sin que por esto haya novedad: otro gallo les cantara si se propasasen hasta el uso de los suspiros ó la apelación á la retórica; pero hasta allá no se extiende el anatema de usted. Aquello de que las muchachas lindas no tengan para mí ni una sola sonrisa, ojalá usted lo cambiara por otra cosa; pero . . . aunque no lo cambie, he reflexionado ya que esto implica una prohibición para ellas, y que Eva fué la que dió origen al aforismo "la privación es causa del apetito." En cuanto á la persecución de los *pepitos*, la cosa es más grave; pero eso seguramente lo hace usted para que partamos utilidades, pues usted no debe estar en paz octaviana con ellos mediante cierto articulejo en que no les dejó ni cara en que persignarse. Es usted tan malévolo que, por tal de que yo sufra en la Ópera, consiente en que Rosina se acatarre y en privar al público entero del encanto con que esa artista inspirada lo sustrae del mundo de los sentidos, y como la maga de la fábula, lo trasporta á las regiones olímpicas del idealismo y del genio; pero no: á tanto no alcanzará el enojo de usted. En lo relativo al café frío y al chocolate sin espuma, me daré mis trazas para evitarlo, lo que no es difícil mientras haya fuego en la hornilla y Chiquinquirá no cierre sus fábricas de molinillos.

En reciprocidad de sus gratuitos anatemas, yo me doy por satisfecho con poca cosa: que no tenga usted blanca, que todos los cigarros le salgan *jarros*, todas las botas le resulten de mampara y se le destaconen para honra y provecho de los callos, que le deseo donde más le duelan.

Adiós Emiro : aunque usted anda por los bancos de Flandes dando rienda suelta á su imaginación, y yo me hallo apegado al positivismo y á la vida práctica de Bogotá, volverá usted algún día y entonces arreglaremos cuentas.

MANUEL POMBO.



CARTAS AL SEÑOR DOCTOR MANUEL POMBO

CARTA SEGUNDA

Señor Doctor MANUEL POMBO.

Bogotá, Octubre 10 de 1858.

Mi querido amigo: me tiene U. aquí sano y salvo, de vuelta del Alto Magdalena, sin fiebre, ronchas, llagas, picaduras ni carate. Esas pobres tierras calientes son por los raizales atrozmente calumniadas. Imaginan que allá, á los rayos del sol puede bonitamente encenderse un cigarro, que los moscos y los zancudos no le dejan á uno cara en que persignarse, que las rayas clavan su arpón en todas las corrientes, que los tigres aguzan los colmillos contra las piedras para esperar á los viajeros, y que las serpientes silban, colgadas de las ramas, formando una melodía infernal. Ya U. ha visto que la fiebre no habita en el Alto Magdalena, y que los insectos son casi inofensivos; hallar un tigre en los bosques es un acontecimiento, y se tropieza con una culebra por muerte de un Obispo.

Después de largas excursiones en las selvas tuve la gloria de encadenar el famoso lagarto, que he traído vivo á Bogotá; pero como en el camino se le descompuso una mano, y por el tamaño es una verdadera bestia, voy á confiarlo á los cuidados inteligentes del distinguido veterinario señor Juan Malo.

Su epístola de cuatro de los corrientes es, como el vino de Siracusa que preparaban los Borgias, sabrosa y homicida á la vez: bajo la gracia y donosura de las formas se ocultan cargos malignos, que cumple á mi reputación desvanecer completamente.

U. que, como buen abogado, ha comenzado el litis conmigo echándose la conciencia á las espaldas, me enrostra con admirable aplomo que no quise acompañarlo disculpándome con la jaqueca, los vuelcos y compromisos del corazón &c. ¿Quién le ha dicho á U. que yo sufro jaqueca? Ésta es una de las pocas enfermedades que han desdeñado á mi pobre humanidad. Padeciérala yo, que otro gallo me cantara. Amén de que la jaqueca, á semejanza de la gota, es enfermedad de gente sibarita y arrentada, y por lo tanto imprime carácter, sirve, como á las mujeres las enfermedades nerviosas, de pretexto para no recibir una visita importuna, para no salir á la calle cuando se tiene pereza, para no asistir á una mala comida, para sacar el cuerpo á mil percances de la vida social. Declárese U. en plena jaqueca y ¿quién le prueba lo contrario? Por consiguiente esta enfermedad es una cucaña, casi una canonjía, y á fuer de cosa buena no me ha tocado en lote.

Vuelcos y compromisos del corazón. Ya en uno de mis escritos había manifestado que en esta materia pertenezco á la barra inofensiva y sedentaria, y en otro he declarado solemnemente que no considero á las mujeres sino como objetos artísticos. Hay corazones de tal manera calcinados, que no podría cultivarse en ellos esa bella planta que se llama amor, ni aun abonándolos con huano. Además, enamórase uno en Bogotá sería dar un escándalo, convertirse en fenómeno. En salones y ventanas, en fiestas y tertulias, en prosa y en verso, en buen lenguaje y en necia jerigonza, todos y todas mienten el amor, pero una pasión profunda, generosa y ardiente no la encuentro en parte ninguna. En Bogotá el amor es una gran comedia representada por casi todos; y algunos debemos quedar en el patio para arrojar ramilletes á los buenos actores y silvar á los malos.

Indica U. maliciosamente que tengo mis puntas y collar de santaferense *raizal*. Si Alejandro derramó lágrimas porque las victorias de Filipo no le dejaban reinos que conquistar, yo me aflijo también profundamente de que no haya por ahí

rezagado un pequeño continente que descubrir. No pierdo la esperanza de darle una vuelta al mundo como Vasco de Gama ó el capitán Cook, y por falta de una fragata no he navegado en busca de Franklin á los mares del Norte. Sin embargo, la inmovilidad santafereña debe tener sus encantos cuando cuenta entre sus sacerdotes y admiradores á hombres de genio artístico, sabrosa conversación y distinguido talento como nuestro amigo Santander. Espero que el *raizalismo* encuentre en él un denonado defensor.

Que me atribuya la jaqueca, aficiones á la vida *raizal*, vuelcos y compromisos del corazón, pase; pero que se atreva á llamarme *sibarita*, eso sí no lo soporto; vive Dios! También sería capaz de llamar al Papa hereje y gólgota á Luis Napoleón. Por cierto que no he pasado mi vida comiendo trufas y faisanes, ni durmiendo sobre colchones de pluma. Por un día de placeres en Lidia he pasado largos años comiendo salsa negra en Lacedemonia. Permítame una pequeña digresión para que este cargo atroz quede confundido, y tenga U. de grado ó por fuerza que exclamar *pecavi* con sincero arrepentimiento.

Cuando vine casi niño la primera vez á Bogotá por la fragosa montaña de Sonsón, en vez de viajar como todo el mundo, caballero en un cristiano, siguiendo mis naturales ímpetus y respetando la dignidad humana, me vine á pie hasta Honda caminando ocho días mortales. Á mis cualidades de chasqui peruano hubo de hacer U. plena justicia en la memorable ascensión al Monserrate, de tan fecundos resultados para la ciencia. El naturalista Bernal, que estaba aquel día dise-cando un escarabajo, tuvo la fineza de aplazar sus graves ocupaciones por acompañarnos, al paso que Antíoco, el pérfido Antíoco, que también debía ser de la *parranda*, nos abandonó por aceptar otro convite más confortable de un capitalista, vendiéndose sin rubor al oro ruso.

También por no cabalgar en criaturas humanas, de Antioquia fuí á pie hasta el Chocó, trepando serranías abominables, atravesando ríos á nado y durmiendo muchas noches en pleno bosque. Sobre mis correrías en aquellas selvas inmensas, en que descubrí muchas plantas fuera de las sesenta mil familias conocidas hasta hoy, mis estudios sobre los zoófitos y los moluscos, pienso escribir, cuando me den algún vagar mis ocupaciones, cuatro volúmenes en folio

dedicados al sabio Bernal. Por ahora evocaré algunos recuerdos de los días que pasé en aquellas comarcas anchurosas y salvajes.

En la parte alta del Andágueda, en un país de clima dulce y sano situado cerca de Antioquia y de la antigua provincia del Cauca, mi hermano descubrió y registró un grupo de minas vírgenes, el más extenso y rico que hay en la República y tal vez en América. Con esclavos, ó población laboriosa establecida allí, aquello sería un emporio. Nosotros, que no calculamos lo difícil y costoso que es colonizar con antioqueños aquel país, ni la imposibilidad de llevar á cabo cualquier empresa con peones del Chocó, contemplando aquellas minas inagotables, donde podrían emplearse cien mil trabajadores, hacíamos castillos en España y formulábamos para el porvenir un programa casi real. La esperanza dió á nuestra voluntad una tensión poderosa y con esta frágil organización que U. me conoce, soporté, explorando aquel abismo de ríos, quebradas y montañas, hambres, caminatas y fatigas incalculables. Haciendo caminos, casas, acequias, queriendo regularizar la introducción de víveres desde muy lejos, creando la agricultura y trayendo familias antioqueñas que nos abandonaban á los pocos días enfermas de nostalgia, sostuvimos una lucha, cuyos angustiosos pormenores son un secreto entre Dios, mi hermano y yo.

Subimos por el caudaloso Andágueda hasta los Farallones, y lo vimos pequeño raudal saliendo de una roca como un niño de las entrañas de su madre. Costeamos el río Colorado hasta su nacimiento, donde nunca han subido ni aun los indios, por miedo á los truenos. Mi hermano, delante de cuyo valor y abnegación me inclino, con la pesada barra en una mano y la batea en la otra recorría las playas, las mesetas y los cerros, cateando en todas partes buena pinta de oro. Apoyado en su brazo vigoroso atravesaba yo los ríos correntosos y trepaba peñascos escarpados. Pero aquella vida excéntrica y salvaje tenía para mí un encanto poderoso.

Mientras construíamos una casa muy buena, la mejor tal vez que hay en el Chocó, habitábamos un pequeño tambo, cuya parte baja estaba dividida en dos piezas; en la una nos hacían de comer y en la otra se guardaban las provisiones. Un día, por allá á las once, no parecía el almuerzo, y con una hambre

de caníbales, pues la humedad de aquellas selvas estimula mucho el apetito, nos fuimos de la casa en que trabajábamos al tambo para averiguar si había ocurrido alguna novedad.

—¡ Por qué no ha parecido el almuerzo, dije á la criada ; no ves que estamos muertos de hambre ?

—No encontré en la despensa qué hacer de almorzar, respondió.

—Por ventura se fugaron las provisiones ? Había para dos días.

—Se las comieron los ratones anoche.

—Sírvenos aunque sea un pedazo de carne asada.

—Qué carne voy á preparar si no han dejado una hilacha !

—¡ Diantre ! aunque sea unas arepas y un poco de chocolate.

—Pero si el maíz, el chocolate, la carne y todo se lo comieron !

—Según eso atacarían la despensa todos los ratones del Chocó.

—No señor, los que hicieron el daño están allí todavía : fueron cuatro no más.

—¡ Cuatro ! Vamos á ver la cara á esos insignes gastrónomos. Ciertamente, allí estaban durmiendo con el sosiego del justo, pues de puro llenos habían quedado impotentes para refugiarse en sus guaridas. Eran unos ratones monstruosos, grandes como cerdos : la barriga hiperbólica y los enormes colmillos de aquellos vándalos los habilitaban, no solamente para devorar en una noche nuestras exiguas provisiones, sino también para arrasar la nutrida despensa de un convento de frailes. Pertenecían á alguna familia perdida que no conoció Plinio, ni Buffón, ni el malogrado Cuvier. Los hice amarrar con lazos, y de las pieles de dos de ellos, que fueron desollados como San Bartolomé, hice un par de zamarros ; los otros los conservo empajados en el Chocó en un gabinete de curiosidades. Pienso pedirlos para que adornen el cuarto en que trabaja en ciencias ocultas nuestro célebre alquimista Januario Salgar.

—¡ Qué hacer ? le dije á mi hermano : tenemos plata y oro, pero estos metales sirven para muchas cosas, menos para almorzar.

—No hay cuidado : nos iremos á donde el indio Damiasa ; algo ha de haber allí, aunque sea un mico matado con veneno de rana.

Este indio vive dos leguas abajo. Para ahorrar fatigas y tiempo construimos con cuatro balsos una frágil embarcación; pero contando con la protección de mi hermano, que nada como un buzo, me embarqué tranquilamente en la balsa, que rodó por la tempestuosa corriente como alma que lleva el diablo.

—Compadre, le dije á Damiasa, denos pronto algo que almorzar.

—Bueno: compadre convidar en su casa, y yo convidar en la mía. (Los indios no conjugan los verbos: hablan siempre en infinitivo.)

El pobre salvaje, á quien nosotros habíamos obsequiado otras veces, nos sirvió con la mejor voluntad lo que tenía. Almorzamos un caldo de yerbas, dos perniles de marimonda y una totuma de leche del *árbol de vaca*. (*Galactodrendrum utile*, de las *urtíceas* de Linneo; aunque el ilustre horticultor Teodoro Valenzuela se inclina á clasificar esta planta cerifera entre las *ceroxylonandícolas* del Quindío, en donde ha fundado su célebre Jardín botánico-indígena, tan recomendado por el señor José Caicedo Rojas en su obra póstuma “*Geographia Plantarum*.”) Lúculo, en las espléndidas cenas que daba á Craso y á Cicerón, no comió con tanto placer como nosotros.

Otro día, después de almorzar, provocado por un sol brillante, raro en esos países nebulosos, cogí la escopeta y me fuí á vagar por las selvas. No encontrando caza mayor me divertía cogiendo esas pequeñas y lindas ranas color de oro, de cuya piel se extrae un veneno mortal, matando hormigas negras llamadas congas, cuya picadura da vértigo, y contemplando los colores variados y caprichosos de infinidad de insectos alados, que U. no conoce ni conocerá jamás. El país es ligeramente accidentado, y, atravesando colinas, laderas y pequeños valles, me perdí completamente en la espesura. No me curaba de las culebras ni de los tigres, pues si el peligro cara á cara puede aterrarme, nunca el peligro contingente. Encontré un arroyo con aguas tan límpidas, que me propuse seguirlo hasta su nacimiento: poco á poco se iba apretando su cauce en rocas de pórvido, hasta que al fin sólo caminando por entre el agua pude seguir su curso. De repente se abrió la estrecha ruta que seguía, presentándose á mi vista un salón con paredes perpendiculares, tan lleno de sombra y de frescura que parecía un retrete construído por las hadas. Arriba los árboles del bosque,

entrelazados por tupidas lianas, formaban un verde pabellón: flores de rara belleza y perfume delicioso colgaban en festones sobre las rocas. Un torrente salía de entre las enredaderas formando una cascada vaporosa, cuyas aguas descompuestas en espuma caían como lluvia de perlas. Miríadas de mariposas azules volaban por todas partes. Abajo, en derredor del semicírculo formado por la roca, había una ancha faja de césped cubierta de flores rosadas; y en medio, el agua de la cascada formaba un pozo cuyas ondas transparentes eran dignas de refrescar las formas pudorosas y olímpicas de la Diana cazadora. Las flores, las enredaderas, el lago, la cascada, las mariposas y el pabellón tupido de los árboles formaban un conjunto de belleza indescriptible. No pudiendo resistir el deseo de bañarme me sumergí en el agua. Parecíame que á cada momento veía entrar una ondina de verde cabellera, ó una sílfide de mirada voluptuosa. Pero de repente penetró por donde yo había entrado una culebra cascabel, y en pos otras corales, equis, mapanás, verrugas &c.: toda la gran familia venenosa estaba allí representada. Juguetearon un momento sobre el césped y se arrojaron al agua. Me quedé inmóvil, sumergido hasta el pescuezo, pues sabía que al hombre quieto no lo muerden las serpientes. Juguetaban en el agua formando figuras caprichosas: algunas veces se rozaban contra mí, el frío de sus anillos me penetraba hasta el corazón. Conocí pronto que no tenían ninguna mira ofensiva, sino bañarse únicamente. Á poco rato se salieron por donde habían entrado, y no volvieron más. Yo debía haber quedado loco, ó por lo menos con el pelo blanco, y sin embargo conservo algunos átomos de juicio y no tengo una sola cana en los cabellos. Supe después por los indios que aquel baño se llama *el lago de las serpientes*, muy frecuentado por ellas en los días calurosos.

Ahora bien, esta vida agitada, estropeada, asoleada y fatigosa que he llevado durante largos años en las montañas de Antioquia y del Chocó; le parece propia para formar un sibarita, como me llama de llano en plano, ó un sacerdote de la pereza, como lo deja entrever el espíritu de su epístola? Vamos á ver su hoja de servicios. Ha cultivado relaciones con el cafí, los chiribicos, el jején, las avispas? En todos los ríos de la República le han favorecido estos cándidos animalitos con sus picaduras, que no pasan de la piel? Todos ellos jun-

tos no valen la hormiga conga del Chocó. Ha atrevasado los llanos de Neiva al trotecillo de una mula de alquiler, bañado por el sol? ¿Cómo se atreve U. á mentarme el sol, cuando yo he descubierto que es un endriago quimérico, un sofisma? El trote lo estoy manejando hace tantos años, que ya me parece delicioso. Ha subido el Magdalena en champán? pues yo lo he navegado sin toldillo. Ha ido de la Buenaventura á Guayaquil. ¿Conque U. ha ido á Guayaquil? Qué horror! Habla U. de esas fatigas microscópicas, de esos viajecillos salpicados de molestias vulgares, como hablaría Orellana de su excursión por el Amazonas. Cualquier mediano caballero andante ha sufrido más que U.: si no son otros sus trabajos insisto en negarle cualidades de esparciata y en declararlo indigno de la inmortalidad.

¿Qué son esas relaciones pasajeras con insectos inofensivos, esas correrías por los llanos de Neiva al trote acompasado de una mula de alquiler, esa subida del Magdalena en champán y esa navegación á Guayaquil sobre las ondas azules y dormidas del Océano Pacífico, en comparación de haber yo atravesado la montaña de Sonsón á pie y los empinados Farallones, explorado el nacimiento de ríos caudalosos, comido perniles de marimonda, yerbas silvestres y otras zarandajas, descubierto el lagarto rojo y ratones monstruosos, intentando civilizar el Chocó y bañádome en compañía de una legión de serpientes?

¿Cómo intenta U. denostarme con el apodo de *raizal*, á mí, juguete de la fortuna cual la hoja-lo es del huracán, que vivo siempre errante, lejos de los afectos y del hogar y que no sé todavía en qué rincón de la patria, ó en cuál playa extranjera, clavaré definitivamente mi tienda de peregrino para dormir mi último sueño?

En esta parte del Magdalena que nosotros hemos recorrido, las mujeres, poco voluptuosas de suyo, están ahora casi todas pintarrajeadas por la viruela, y por consiguiente no ofrecen ningunas conveniencias. Meditando profundamente sobre su injustificable fuga del Magdalena, no vacilo en atribuirla, entre otros motivos, á que la diosa de Pafos está por allá muy mal representada. Si hubiera en esta banda de esas calentanas que suelen encontrarse en el Guamo y el Espinal, de talle ondeante, ojazos negros, pelo de azabache, con sombrerito de paja y camisa bordada, de esas que tienen lo que los franceses

llaman belleza del diablo, de seguro que U. estaría todavía de eremita en la tierra caliente. Si acaso para escapar de algún chubasco hizo el voto indiscreto de Idomeneo, no le arriendo las ganancias. Aficioncillas le encuentro muy parecidas á las del sabio autor del Cantar de los Cantares. Si Satanás tuviera la feliz ocurrencia de llevarlo á la montaña, como á Jesús, y ofrecerle todos los reinos de la tierra, seguramente U. tomaría para su gasto la Circasia y la Georgia por tener en materia de bellezas el pasto á la rodilla.

U. con su pluma de oro, trazó contra mí cargos malignos, que he desvanecido á brochazos. El público imparcial decidirá cuál de los dos posee mejor embocadura para mártir, pergenio y disposición para cenobita.

(De EL TIEMPO, número 198, de 12 de Octubre de 1858.)



EL MATRIMONIO EN BOGOTÁ

Bogotá es indudablemente la ciudad de las hermosas. En las sociedades llamadas de buen tono, en los tes aristocráticos, en la ópera, en las tertulias de guitarra, por todas partes la belleza célibe se ostenta en abundancia prodigiosa. En las calles más solitarias, en los barrios más retirados, en las ventanas más humildes asoman rubias de ojos azules y cuello de cisne, ó morenas de color encendido, ojos abrasadores y mirada revolucionaria. En los templos el órgano, el incienso y la pompa católica no son bastantes para sosteneros en las regiones del misticismo, pues de seguro habrá por ahí algunos querubines terrestres que comprometan gravemente vuestra salvación. En las quintas de los alrededores, en las casas de la Sabana hallaréis la misma tentación. En Guaduas y Villeta el provinciano encuentra siempre alguna avanzada de bellezas

bogotanas, cuyas miradas lo hacen temblar sobre su mula trotona, preparándolo para más graves combustiones. En Fusagasugá no falta alguna guerrilla flotante de esbeltos talles y de lindos palmitos; en Ubaque, cerrad los ojos si no queréis que os captive, como á Reinaldo, una Armida prestidigitadora, ó encerrad vuestro corazón, como Amadís de Gaula, en una redoma de cristal, si deseáis escapar á la seducción irresistible de otras dulces y graciosas bellezas.

En una palabra, en Bogotá, en los campos, en los pueblos limítrofes, por todas partes tales hermosuras deslumbrarán vuestras miradas, que si sois soltero tendréis apetitos conyugales, si casado, conatos de infidelidad.

Y así como en Antioquia el matrimonio es la única manera de ser social, ó en otros términos, la sociedad se refunde en el matrimonio, en Bogotá el estéril celibato es la regla, el matrimonio la excepción.

Y no deja de ser un espectáculo melancólico para nosotros, que galanteamos poco á las mujeres en los salones, pero que á solas meditamos mucho sobre su suerte y tenemos por ellas una simpatía verdadera, el contemplar á esas criaturas, llenas de afectos y ternura, consumirse en el celibato; á esas bellas y perfumadas flores marchitarse en la soledad y el aislamiento.

La escasez de matrimonios en Bogotá es, pues, un extraño fenómeno que merece estudios detenidos y remedios eficaces, pues toda sociedad en que predomina el celibato es una sociedad carcomida, trastornada, enferma.

Que no hay matrimonios en Bogotá porque las mujeres son coquetas, dicen algunos Aristarcos de poco criterio y de menos cortesanía. Esto es tomar el efecto por la causa, pues más razonable sería decir que las mujeres coquetean porque no se casan. Una mujer inexperta le cree al primero que le habla de amor: viendo burladas sus primeras esperanzas, conociendo por experiencia propia que en materia de afectos no es oro todo lo que reluce, se acostumbra como los hombres á tomar en chanza las pasiones, á prodigar palabras dulces, afectos y sonrisas mientras toca á su puerta un amor verdadero. Y el que se presenta de redentor en estas circunstancias encuentra que la mujer, en esa carrera escabrosa de la coquetería, ha dejado gran parte de su pureza y modestia primitivas, y que tiene el corazón medianamente gastado,

aunque sólo haya dado en sus amores flotantes partículas homeopáticas.

Y lo más raro en el asunto es que esos mismos que prodigan palabras azucaradas y vanas promesas, los que hacen profesión de tomar en chanza los afectos y de burlarse del amor desean sinceramente casarse. El matrimonio es una necesidad universal.

Para los ricos, que además de satisfacer una necesidad del corazón, necesitan una mujer que organice el menaje, reciba á sus amigos y dé brillo y poesía á sus fiestas:

Para los pobres, que después de una jornada de trabajo y de fatigas, necesitan apretar una mano amiga y refrescar su corazón cerca de una criatura dulce y afectuosa:

Para los corazones nuevos, que buscan el amor como la mariposa la luz, y que desean entregar á una mujer ese tesoro de sueños, ilusiones y ternura que los agobia:

Para los corazones enfermos, que fastidiados del amor venal de las cortesanas y cansados del fango, quieren al fin llevar á sus labios agua cristalina y aspirar en el cáliz de una flor perfumada.

Es una necesidad para los hombres de estudio y de pensamiento, que encuentran descanso y distracción para su espíritu fatigado en la conversación ligera y fosforescente y en esas cosas encantadoras, si se nos permite la frase, que constituyen la mujer.

Y es una necesidad para los necios, pues aunque después de casados continúan tan necios como antes, al menos se les respeta un poco más.

¿Y en qué podrían fundarse los cachacos de Bogotá para desdeñar el matrimonio? Pues aunque fuera una debilidad y un absurdo, se encuentra autorizado por el ejemplo de tanta gente de campanillas que se ha casado. El más sabio de los reyes de la antigüedad, Salomón, se dió una panzada de matrimonio estupenda; el divino Sócrates tuvo una esposa, aunque por cierto muy impertinente: Alejandro y César rindieron culto al himeneo; Atila murió en una noche de bodas; Lutero, que negó al Papa, no negó á la mujer; Proudhón, que ha declarado robo la propiedad, ha dicho que su mujer es de él solo y que nadie se la toque; los reyes de la poesía en este siglo, Byron, Lamartine, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, han sido casados; Balzac, el autor de la Fisiología

del matrimonio, el adversario más poderoso y agresivo que han tenido las mujeres, cantó al fin la palinodia: el gran Balzac se casó.

El ridículo, el sarcasmo y la paradoja han sido impotentes atacando esta vieja institución, porque es un mandato de la naturaleza y una ley social inexorable. ¡Ay de los caracteres excéntricos y de los espíritus rebeldes que buscan la felicidad por desechos escabrosos, lejos de los caminos reales de la vida! Al fin de la jornada sólo recogerán fastidio, tristeza, desencantos é infortunio. Fuera de la familia y de los afectos puros, á la larga no hay dicha posible. Y repitiendo lo que dijimos hablando de los *pepitos emancipados*, “ninguno de los adversarios del matrimonio tiene fe en sus principios hasta el fin: llega cierto día en que, sintiendo su vida estéril y su aislamiento doloroso, apetece la familia y busca el matrimonio con esa tenacidad que caracteriza las últimas pasiones del hombre.” Un solterón arrepentido á última hora, debe recordar los amores de su juventud, que no volverán nunca, con la misma tristeza que Adán el paraíso terrenal. Y buscando novia *in extremis* sin encontrarla, es un personaje de alta comedia que da risa, al mismo tiempo que entenece como la víctima de la fatalidad en una tragedia clásica.

Y aunque el matrimonio no fuera una cosa enteramente buena ¿con qué otra podría reemplazarse? ¿Le será dado al hombre renunciar fácilmente al amor, proclamar el egoísmo, separarse de los afectos y declararse feliz en su orgulloso aislamiento? Mentira! Algunas veces podrá burlarse de la sociedad impunemente, de la naturaleza jamás. Los sacerdotes católicos intentan todas los días resolver este problema insensato, y el corazón ó sus deberes sucumben en la lucha. El ascetismo ardiente de los primeros siglos, que nunca volverá, era el único sentimiento bastante fuerte para sostenerlos en esa vida solitaria y dolorosa. La abstracción no reemplaza los afectos: Orígenes sería hoy un anacronismo.

Y puesto que el hombre tiene necesidad de afectos y de ternura ¿encontrará esta satisfacción en las relaciones ilícitas? Lo dudamos mucho. Una mujer humillada, vergonzante, cuyas caricias se reciben á hurtadillas y á la cual no puede darse el brazo á la faz del público; hijos que la sociedad llama bastar-

dos y que, rechazados probablemente sin razón, pero rechazados siempre, necesitan esfuerzos inauditos de trabajo y de genio para levantarse ¿podrán constituir la dicha? Una querida aparea todos los inconvenientes del matrimonio y ninguna de sus ventajas.

Fuera de esto no queda sino la poligamia, y todo el mundo sabe que la poligamia ha embrutecido y degradado al Oriente.

Los jóvenes de Bogotá son demasiado inteligentes para no conocer estas verdades. Piensan más en el matrimonio de lo que se figuran las mujeres, y casi todos los que conocemos desean anclar en la vida conyugal. No creemos que las mujeres opongan mayores inconvenientes, y sin embargo, no hay matrimonios; porque en una ciudad de sesenta mil almas, doce ó diez y seis casamientos al año entre personas notables, significa casi ausencia del artículo. La razón exclusiva y única de este fenómeno social, es la falta de recursos en el mayor número y el lujo insensato que se ha introducido en las costumbres. El lujo en Bogotá es, como la hidra de la fábula, una especie de monstruo renaciente, que resiste á todos los desengaños de la experiencia y á todas las cargas de la crítica.

Bogotá carece de industria y de movimiento: sus condiciones económicas son enteramente desfavorables: los objetos extranjeros cuestan aquí enormemente y la vida es carísima. Agregando á estas causas naturales las necesidades facticias que ha introducido la vanidad, el necio orgullo y el espíritu de extranjerismo, resulta que la vida en menaje es muy difícil y el matrimonio un lujo que sólo está al alcance de los ricos. Seda para todos los días, gorras costosas, cachemiras magníficas, terciopelo, diamantes; buenos vinos, caballos de á quinientos pesos, muebles de caoba y de rosa, modas francesas y tes ingleses, son refinamientos muy superiores á los recursos de Bogotá y que sólo los capitalistas pueden y suelen proporcionarse. Y el mal no está en que estos gasten lujo, lo cual es para ellos casi un deber, sino en que los pobres los imitan eclipsándolos muchas veces. La hija de un empleado ostenta joyas y arrastra seda como la de un capitalista, y la vanidad enloquece á las mujeres de familias pobres hasta el punto de no temer que el público burlón busque fuentes deshonorosas á ese lujo incomprensible.

El matrimonio con sus exigencias de lujo y de vanidad es hoy superior á los recursos de las nueve décimas partes de los

jóvenes de Bogotá, y aunque hay muchos que llevan una vida cómoda de solteros y tienen posición independiente, no pueden hacer frente al obligado mobiliario y á los mil caprichos ordenados por la moda. Las pobres, que desdeñan la muselina y la zaraza, y que por única dote llevan al matrimonio necesidades exageradas y hábitos costosos, asustan al pretendiente más resuelto. Las que se llaman ricas en Bogotá, salvo ocho ó diez herederas, son, económicamente hablando, una ruina también cuando no tienen hábitos modestos; pues enseñadas á vivir con fausto y á satisfacer costosos caprichos en casa de sus padres, los diez, doce ó veinte mil pesos que habrán de tocarles algun día, no compensan las angustias y dificultades que el pobre marido sufrirá con los gastos de representación de una mujer elegante y ostentosa.

El lujo, pues, perjudica también á las ricas, ó irremisiblemente condena al celibato á las pobres.

—¿Por qué no te casas? decíamos á un amigo en días pasados.

—Mucho lo deseo, nos respondió, pero es imposible. Amalia me encanta, pero lleva un tren de princesa: no sabe apuntar unas medias; todo se lo cosen donde la madama, y tiene además un corresponsal en París para que le mande hasta las bagatelas más insignificantes. Su padre tiene cien mil pesos y ocho hijos, que son un divisor monstruoso. Esa pequeña dote en lontananza no impediría que antes de dos años me arruinara casándome con ella.

Idénticas excusas nos dan todos los que interrogamos sobre el capítulo conyugal. ¡Bienaventuradas las mujeres modestas y sencillas, porque ésas no asustan á nadie!

Nuestras bellas elegantes, tal vez amostazadas leyendo este artículo, dirán con cierta sonrisa desdeñosa: si no se casan con nosotras, qué importa! tanto peor para ellos. No es por placer que nos ocupamos algunas veces en decir verdades amargas, y sólo la conciencia de hacer el bien nos sostiene en esta ingrata y escabrosa tarea. Diremos sí á las que prefieren el lujo, la ostentación y la coquetería al matrimonio, que celibato en los días de la juventud, de la belleza y de los placeres, pase; pero cuando los años con sus anexos de frío, de soledad y de abandono se vayan amontonando sobre ellas, cuando no tengan padres que las contemplen ni admiradores que las acaricien, el celibato, de ligero y divertido que era antes, tornaráse sombrío y fatigoso. Toda posición para la mujer fuera

del matrimonio es falsa y precaria. Las más se refugiarán en las iglesias convirtiéndose en beatas insufribles; y las que á favor de un carácter más elevado aceptan el celibato con resignación, tampoco saldrán muy bien libradas, pues la resignación es la desgracia llevada con entereza, pero siempre es la desgracia.

Ojalá que algunos jóvenes de regular posición se resolvieran á establecerse en menaje con muebles del país y ajuar sencillísimo, rompiendo de lleno con las modas francesas y los estilos ostentosos de la época. Ignoramos en qué pueda contribuir para la dicha de los que realmente se aman, que los espejos sean más ó menos grandes y los muebles de palisandro ó de nogal.

Suprimid la vanidad y queda simplificada la vida. Renunciando á pretensiones de vana ostentación y á relumbrones inútiles, podrá obtenerse lo que reclama con más urgencia la sociedad bogotana: el matrimonio barato.

Y las mujeres, si piensan que con el lujo deslumbran á los hombres y se embellecen á sus ojos, están altamente equivocadas. La que es joven y bonita, con un sencillo traje de vaporosa muselina y una flor de buen gusto en los cabellos, queda encantadora. Los adornos en vez de poner en relieve la belleza la oscurecen y la ahogan. El verdadero lujo de las mujeres será siempre la sencillez, el recato, la modestia, un corazón inocente y una vida pura.

(De EL TIEMPO, número 213, de 25 de Enero de 1859.)

UN POCO DE CHARLA

Dícese generalmente que el hombre por su esencia es animal sociable, y de que la sociedad es natural, deducen que debe ser cosa buena. Los rayos caen naturalmente, y las pestes se propagan sin artificio de ninguna clase: naturalmente se

juntan las langostas para asolar los campos, y los lobos en bandadas para devorar las ovejas: con toda naturalidad se come al hombre el tigre hambriento, y la serpiente lo envenena con una sencillez encantadora. Si hay alguna cosa natural es el mal, con perdón sea dicho de los optimistas y de los teólogos. Unas veces se le encuentra descarado y sin embozo, y en estado latente por toda la creación.

Levantad en los bosques una hoja podrida y hallaréis miríadas de insectos realizando la sociedad humana en miniatura: los fuertes destrozando á los débiles. Pasad de allí á un salón aristocrático, observad con la mirada penetrante de Lavater las fisonomías aparentemente risueñas y gozosas, y sorprenderéis Harpagones enguantados de veinticinco años acechando herederas, mujeres feas odiando á sus hermanas porque son gentiles y admiradas: entre sonrisas y chistes oiréis palabras calumniosas, conversaciones adúlteras; bajo formas redondas, nacaradas, espléndidas adivinaréis corazones de pantera: el odio, la envidia, la disimulación, la hipocresía por un lado, la fraternidad de Caín por todas partes.

La sociedad es una invención exquisita, en la cual predominan dos cosas excelentes: como ley, la fuerza, como sentimiento, el odio.

Los hombres tienen tendencia natural á juntarse en sociedad, esto es cierto; pero no es la simpatía, ni la fraternidad lo que á esto los impele: júntanse porque solos no podrían hacerse la guerra, ni causarse daño; necesitan una arena, un palenque, un anfiteatro, es decir, la sociedad. Los fuertes acuden á ella en busca de criaturas débiles á quienes explotar y oprimir, y los débiles esperando encontrar otros más débiles con quienes tomar el desquite. En nuestro lenguaje llamamos débiles á los que no tienen talento, riqueza, relaciones, ni influencia; á los cándidos, á los crédulos, á los mentecatos y á los sonámbulos.

En tiempo de bárbaras naciones al que no tenía puños recios se le llamaba débil; hoy, socialmente hablando, puede uno ser débil como una caña y fuerte como una encina.

¿Qué harían ciertas criaturas que conocemos, si no se hubiera inventado la sociedad, para expandir la malevolencia corrosiva que las devora? Obligadas á vivir en el aislamiento, no encontrando prójimos á quienes dañar, como el escorpión atormentado por el fuego se morderían á sí mismas.

Hay una multitud de industrias que sin la sociedad no po-

drían ejercerse. La mentira y la calumnia quedarían perdidas en el aislamiento como rosas en la maleza. Los católicos de profesión, que besan ladrillos de mañana á tarde, almuerzan hostias y se desayunan con agua bendita, sin perjuicio de seducir á la mujer de su prójimo, tragarse á los necesitados con usuras escandalosas y engullirse de un bocado el Tesoro nacional ; qué harían sin cómplices, sin público que los admire, estos devotos prestidigitadores ?

La hermosa coqueta, sin corazón y sin conciencia, que en cada tertulia ensaya sonrisas y provocaciones nuevas ; que vive locamente de admiraciones y devaneos, sacadla, de esa comparsa de necios que la endiosean en vez de entregarla á los capuces y la veréis desconcertada y perdida.

Declaraos patriota, y á fuer de tal haced una pequeña revolución, aunque cueste sofocarla sangre y dinero en abundancia. Esperad que se cambie el pastel y que estén los vuestros en el candelero : entonces si sufristeis algunos perjuicios inherentes á la profesión de héroe y de revolucionario, si os quemaron una choza, os mataron un burro ú os cortaron algunas ramas en vuestros bosques, intimidad á los unos, corromped á los otros y os meterán en el bolsillo centenares de miles. Ésta es otra industria que no podría ejercerse si no existiera la sociedad, y sobre todo ciertas sociedades.

Ay ! del que lleva á esa feria que se llama vida social únicamente cualidades nobles, talento, carazón, benevolencia, lealtad ! Sin un barniz de hipocresía, sin algunos adarnes de egoísmo, sin bastante habilidad, se naufraga infaliblemente. La habilidad, que es el genio de los hombres medianos, vale más que todo. Sin habilidad para las evoluciones sociales podréis escribir folletos muy interesantes, versos magníficos, descubrir el movimiento perpetuo y la cuadratura del círculo, asombrar á la posteridad y dormir como una marmota en el panteón de la historia ; pero de seguro que viviréis como un filósofo, es decir, comiendo y vistiendo detestablemente : os tocará en lote una mujer pobre ó coqueta, ó con ambas cualidades juntamente, que por cierto no se excluyen : no tendréis destinos diplomáticos, ni renta sobre el Tesoro, ni os pagarán reclamación ninguna en el Congreso : alzaprimado por los acreedores, peloteado por las contrariedades, para colmo de felicidad os haréis gólgota á la postre para morir con reputación de nivelador y comunista, y en olor de herejía.

Don Crepúsculo es una medianía en abstracto, pero socialmente hablando, tiene la fuerza de cincuenta caballos. De limitada inteligencia, no entendería nada sobre la etiología del coto, ni sobre la raza latina, ni sería capaz de redactar siquiera "El Porvenir." Pero su carácter es flexible como una caña de la India, untuoso como el aceite de Macasar. Es salamero y cariñoso con todos, táctica vulgarísima, pero que obtiene siempre buen suceso porque el público no ha meditado que en materia de afectos lo que se gana en extensión se pierde en profundidad, y que indudablemente no ama á nadie el que hace profesión de querer á todos. Mucho sospechamos que los más insignes egoístas son los que las echan de filántropos. El corazón no le sirve como á otros muchos, sino para cumplir el fenómeno de la circulación de la sangre. Se sabe de coro algunas frases sentimentales, que le sirven para alucinar á las mujeres, y hace versitos sin ideas con los cuales paga su contribución en los álbums, y en los solemnes días epitalámicos y natalicios pasa por literato de salón. Pero sabe cuándo se van los magnates para acompañarlos en la Sabana, cuándo cumple años la hija de un rico para llevarle versos y flores, cuándo escribe un Secretario de Estado un mal artículo para complimentarlo, cuándo predica el padre pico de oro para avisarlo á una beata opulenta. En materia de religión es un mozo cumplido: asiste con puntualidad á los sermones de San Carlos, y ha estado en ejercicios una vez: esto imprime carácter. Acaricia á los gólgotas, porque sabe que tienen la pluma recia y la lengua larga, pero escribe contra ellos parrafillos en "El Catolicismo," en que los llama disociadores y herejes. De finanzas sabe lo suficiente para hacer contratos, meter la mano en cofradías y renta de diezmos, y para hacer reclamaciones por robos que pudieron hacerle los rojos en 1851. Como á nadie ofende sino en secreto, ni calumnia en los periódicos sino bajo el velo del anónimo, carece de enemigos: como no escribe poemas ni constituciones, no compromete su reputación misteriosa de hombre de talento: como simpatiza aparentemente con las debilidades de las mujeres, con las miserias de los grandes, con las dolencias de los pobres, con el amor propio de todos, tiene una popularidad estruendosa. Es un hombre vacío y miserable con exterioridades relumbrantes, una especie de condor falso. Sin embargo tiene plata, es miembro nato de convites y tertulias, candidato para el Congreso; está en vía de casarse con

una rica heredera, y llegará á ser hasta Secretario de Relaciones Exteriores.

¿Qué hacen en la sociedad una multitud de gentes sin dinero, sin posición, sin talento, sin influencia, sin goces ni porvenir de ninguna clase? Por qué no se mueren? por qué no se suicidan?

Esta manía de vivir, aunque no tengamos objeto ni programa, es uno de los resabios más estúpidos que aquejan á nuestra pobre humanidad.

¿Conocéis á don Cómodo? Don Cómodo vive de la pequeña vanidad, así como otros muchos viven de la vanidad de talla mayor. Se alimenta con lo que él llama sus altas relaciones. Como los hombres que valen algo son pocos y no se prodigan, en las casas que reciben tienen que buscar número y reclutar comparsas. Á favor de esta necesidad se ha deslizado don Cómodo en los salones aristocráticos. Vedlo qué ufano entra, saluda, se acerca á la mesa del te y devora intrépidamente bizcochos y tostadas. Luégo se sienta al lado de la señorita que toca piano, como para manifestar privanza. Acabada esta evolución hace corro con las damas, echa su cuarto á espadas en la conversación, prorrumpe en sandeces y bostezan las muchachas. Éstas, que no habilitan de gente á don Cómodo, serían capaces de vestirse en su presencia, por la misma razón que las patricias romanas se desnudaban delante de sus esclavos. Don Cómodo, para hacerse sentir despabila las velas, y acercándose á la mamá le cuenta *sotto voce* que al otro día es miércoles y que en la calle hace mucho frío. Suenan las diez, vase; y el infeliz cree que ha hecho una visita de amigo, cuando sólo se le ha recibido como comparsa. ¡Cuántos como éste infestan los salones!

Donde la inteligencia, el corazón y el carácter son nada delante de la habilidad es en el reino del amor. Con las mujeres hasta los tontos son más dichosos que los hombres superiores. Nadie se escapa de la acción de las mujeres: ellas deciden de nuestra vida en última instancia. El poeta laureado, el banquero opulento, el artista que lucha ó sucumbe, el joven que arroja despechado su vida y su fortuna en el placer, el general que gana batallas, el fraile que se da disciplina entre su celda, todos deben á una mujer la posición que ocupan, su fortuna ó su ruina, sus dolores ó sus alegrías. La influencia de la mujer, como la del aire, aunque no se vea, está en todas

partes. Á veces se las cree un rodaje secundario, una cosa indiferente en la vida; pero esto es cuando el hombre ya no tiene corazón sino lógica, es decir, cuando el hombre ya no es hombre. Desdén a las mujeres cuando ya les ha dado sus mejores días, la echa de indiferente porque les ha entregado todo lo que tenía, y de frío porque al fuego del amor se ha convertido en cenizas. Sea como recuerdo, como realidad, como esperanza, la mujer está dictatorialmente dominando la vida del hombre. Así, nada hay tan serio ni tan frívolo como la mujer. Por manera que ellas deben elevarse á la altura de esta influencia ó no tener ninguna, ser compañeras dignas del hombre ó no ser nada como sucede en el Oriente. Los orientales, sintiéndose impotentes ó perezosos para formar mujeres verdaderas, compañeras útiles, las han encerrado en el harem. La acción será discutible, pero la lógica es buena.

Pero lo que el muelle y voluptuoso oriental no ha podido hacer, sí han debido llevarlo á cabo el cristianismo y la civilización moderna. ¿Y qué es lo que han hecho? En nada se ha manifestado tan estéril esta falsa y decantada civilización como en el carácter, las costumbres y la educación que ha dado á las mujeres. Las enseñan á bailar, á tocar, á hacer cortesías, á vestirse con refinamiento, á ponerse crinolinas, á ser elementos de placer, á trastornar el corazón y á incendiar los sentidos; pero á su alma ¿qué pasto sustancial se le procura, qué enseñanza elevada y digna se le da? "Reíd, cantad, bebed; corta es la vida" es el programa de este siglo materialista por excelencia. ¿Qué le importa el alma? Gocemos, dice francamente el hombre de mundo bebiendo vino de Champaña; gocemos, murmura el católico rancio persignándose devotamente. Lo cierto es que á fuerza de decir el hombre moderno que las mujeres no sirven para nada serio, ellas le han cogido la palabra y se han impregnado de frivolidad hasta los huesos. Salvo honrosas excepciones, las más en vez de dedicarse á ser verdaderamente esposas y madres; en lugar de ejercer de una manera saludable el apostolado de la belleza, de la gracia y de la ternura, gastan su vida en pequeñeces, en murmuraciones, en devaneos; no comprendiendo sino el placer, lo persiguen con ardor: incapaces de nada serio, sólo buscan emociones en los caprichos ruinosos de la moda, en rivalidades de vanidad ó en devociones pueriles.

Dijimos que el hombre verdadero, de corazón y de talento, en su comercio con las mujeres está perdido. Desde Sócrates hasta Juan Jacobo Rousseau, casi no ha habido un filósofo ni un hombre notable que no haya sido mirando con desdén ó *minotaurizado* por su mujer. Es que en amor las mujeres tienen un egoísmo implacable. No admiten que el hombre dedique parte de su vida y de su alma al trabajo, al estudio, á las artes, á la filosofía ó á la gloria. Delante de rivales de cualquier clase se insurreccionan ó se vengán. Y colocando nuestras apreciaciones en un teatro conocido y entre personajes reales, examinemos lo que sucede en un salón de Bogotá. Los que fingen el amor sin sentirlo, los que tienen la memoria repleta de chismes y de cuentos, los que no olvidan los cumpleaños para llevar regalos ó sonetos soporíferos, los que no salen nunca del formulario de los pequeños cumplimientos, de las menudas galanterías, es decir, las medianías y los necios, son los bienaventurados entre las mujeres, los reyes de los salones.

Las mujeres entre otras cualidades tienen la de ser incorregibles. Por fortuna no escribimos para convertir á nadie, sino para darnos algún solaz, cuando el tedio nos muerde con más rabia que de costumbre. Á fuer de buenos amigos les dijimos que ese lujo insensato que gastan es inaceptable hasta en las ricas, y criminal en las pobres; que en Bogotá no hay industrias, que las cosas extranjeras cuestan enormemente y las rentas y los capitales son exiguos: que la vida ordinaria, carísima de suyo, asusta á los pretendientes, y que, ante los gastos de representación y de vanidad, huyen des-pavoridos. Pero en la Semana Santa echaron el resto en sayas y mantillas, y la seda y demás trapos costosos crugían por las calles que era un gusto. ¡Qué refuerzo de beatas solteronas se le espera á San Carlos! La vanidad es una enfermedad más incurable que el coto y que la elefancia. Parece que en estos rincones de América debíamos independizarnos de esos refinamientos costosos y de esas modas tiránicas, que hacen tan complicada la vida de las cortes. Hábitos sencillos y costumbres modestas es lo que cuadra á hombres y mujeres en pueblos nuevos y en sociedades democráticas.

(De EL TIEMPO, número 231, de 31 de Mayo de 1859.)

OTRO POCO DE CHARLA

AMIGOS Y AMIGAS

I

Quién no tiene amigos? quién no usa y abusa de la palabra *amistad*? Amigos se llaman los hombres para saludarse y despedirse, amigos para principiar y concluir sus cartas; respetados amigos se dicen los que no se respetan, queridos amigos los que no se quieren, y grandes y buenos amigos los que no son ni grandes ni buenos, como los gobiernos sur-americanos en sus relaciones diplomáticas. Esta palabra amistad es la mentira más manoseada, y la eterna muletilla de las relaciones sociales.

Como en los tiempos que corren, corre también la manía de generalizar y clasificar, dividiré los amigos en *rústicos* y *urbanos*.

Forman los primeros la gente de broza, humilde, sencilla, campesina. Estos amigos se adquieren fácilmente: haciéndolos compadres, enviando regalillos á su mujer ó á sus hijos, llegando de posada á su casa ó exigiéndoles servicios. Cuando los pobres sirven á los ricos, no son éstos los que quedan agradecidos sino aquéllos. Gánaseles también pidiéndoles un voto, apretándoles la mano, dándoles palmaditas en los hombros, sobre todo con palabras dulces. Con ellos es que tiene más realidad el dicho de Lisandro: que la palabra se ha inventado para engañar á los hombres.

Ellos generalmente son amigos leales y memoriosos: no olvidan ni desdeñan tan fácilmente al que abandona la fortuna, como el hombre culto de las ciudades. Cuando uno toca asendereado, aterido ó hambriento á la puerta de sus chozas le dan hospedaje, cama, lumbre y alimentos con buena voluntad. Me he rozado bastante con el pueblo, especialmente con el de los campos, y he hallado bajo las ruanas muchos corazones de caballeros. Verdad es también que en las ciudades he encontrado muchos corazones de lacayos bajo la levita y el gabán.

Los amigos *urbanos* se encuentran en las primeras capas sociales. Pondré á su frente, por respeto á la antigüedad clásica, á Cástor y Pólux, Teseo y Piritoo; pero éstos no dan que hacer: son amigos heroicos, y por consiguiente fabulosos.

Hay amigos excelentes para comer, beber champaña y viajar en compañía; para averiguar lo que pasa y lo que no pasa; para murmurar, hablar de política y para partidas de juego, de placer y de amor. Éstos los llamaré amigos de pacotilla.

Hay hombres que gustan de presentarse en público con personas inferiores, á quienes llaman amigos, para resaltar por el contraste: ellos son ricos y los otros pobres; buenos mozos y grandes, y los otros feos y pequeños, ó tienen talento y gracia y los otros son zurdos y mentecatos. Los unos son la luz y los otros la sombra. Éstas no son relaciones sino miserias humanas.

Hay hombres que lo convidan á uno á su casa para atolondrarlo con la riqueza de sus muebles, con el mérito de sus caballos y con la excelencia de su vinos. Éstos no son amigos sino anfitriones perpetuos, pero inofensivos. Aunque en realidad tengan pocos afectos, el hombre de mundo debe admirar los muebles y los caballos, respetar la vanidad del anfitrión y beberle el vino. Al fin son raros los hombres que tienen al mismo tiempo buen vino y buen corazón:

Algunos tienen amigos á quienes entregan sus secretos, su tiempo, su corazón ó su dinero, á pura pérdida, sin recibir de ellos nada. Á éstos se les da el título de amigos por una atrevida inversión del lenguaje; son amigos viceversa.

También hay hombres que acarician á otros para introducirse en su intimidad, espiarles el lado vulnerable, aguardar el momento oportuno y hacerles después la guerra con provecho. Éstos son amigos por el estilo que Francia lo es de Inglaterra; para invadirla y mamársela en cánones el día que pueda.

La generalidad de los amigos, sobre todo los íntimos, sirve para cuando les comunica uno que va á realizar un buen negocio, arrebátarselo con anticipación; para contarle al público en secreto que uno tiene verrugas, dares y tomares con las hijas de Eva, ó que va á quebrar; para seducirle la hija, la mujer, soplarle la dama, y para otras cosas igualmente ventajosas.

Sinembargo, la sociedad es un bazar tan provisto y abundante

dante, que en ella se encuentran; cosa rara! hasta caracteres buenos. Si no fuera por esto, sólo le quedaba á uno el recurso de empuñar su bastón y tomar el camino de las selvas.

¡ Dulce, bella y santa cosa es la amistad! Dichosos los que pueden ponerse en un amigo verdadero! Cuando el hombre ya no vive sino de recuerdos, cuando las ilusiones se escapan de su corazón usado, como las aves de un nido viejo; cuando las mujeres no lo aman sino que lo discuten, como partido ó cortejo más ó menos bueno, por la posición ó el dinero que puede dar; cuando tiene que refugiarse en la filosofía ó en la devoción, en la gastronomía, en el juego ó en el brandi para aturdirse; en esos días largos, pesados, descoloridos y melancólicos de la edad madura, no es todavía enteramente náufrago, completamente desgraciado, si cuenta con un amigo verdadero, con uno de esos hombres que aprietan siempre la mano con calor, cuya bolsa no se cierra y cuyo corazón no se agota jamás.

Á propósito de bolsa, si deseáis conservar ilusiones en amistad no pongáis vuestros amigos á prueba por este lado: es el más sensible. Sobre todo, si queréis tener amigos, procurad no enfermaros, no quebrar, no caer en ridículo, no ser desgraciado.

No ha faltado algún filósofo que escriba largos párrafos discutiendo sobre qué es mejor, si un amigo ó una amante. Vaya un problema para los niños! pues ambas cosas son muy buenas; á su tiempo, se entiende.

Nótese que en amistad es necesario dar para recibir; á los que no aman á nadie, nadie los ama. En amor sucede lo contrario: los corazones secos, los egoístas elegantes hacen muchas conquistas y son idolatrados por las mujeres. Esto prueba que los hombres se dejan comulgar menos con ruedas de molino.

II

La amistad es una pasión varonil. Se le encuentra rara vez generosa y verdadera en los hombres, pero al fin se le encuentra: las mujeres entre sí no entienden jota en la materia. ¡ Vaya un Emiro Kastos extravagante y paradójico!

dirán indignadas todas mis lectoras. ¡Paciencia! Tengo la manía de no creer en muchas cosas, y una de ellas es la amistad que se profesan unas á otras las mujeres. Con los hombres suelen ser muy buenas y leales amigas, pero este sentimiento nace muchas veces de alguna fuente lejana y olvidada que se llama amor. Ó bien profesan amistad á los hombres porque éstos han amado las personas que ellas han querido, y entonces esa amistad es una luz prestada, reflejo más ó menos vivo de otro amor. La amistad entre jóvenes de distinto sexo es, como el platonismo del filósofo griego, una linda y poética mentira. En las jóvenes hay tanto magnetismo y pasión, que difícilmente escapan los hombres que las tratan á la influencia comunicativa de ese magnetismo y de esa pasión. Analizad el corazón de una mujer, trituradlo, aplicadle todos los reactivos conocidos y siempre sacaréis una sola sustancia: amor. Y hacen muy bien en no comprender ni sentir otra cosa. ¿Acaso hay nada más bello sobre la tierra? El amor es su dicha y su tormento, su razón de ser, su poesía y su gloria.

Las jóvenes en sus relaciones usan el vocabulario más tierno, frases de azúcar rosado; se abrazan cariñosamente y aun se besan, con preferencia delante de los hombres; pero todo esto es convencional: es la comedia de la amistad. Cuando una joven del gran mundo se encuentra con una amiga, después de abrazarla la examina rápidamente de pies á cabeza: si vislumbra que tiene la tez marchita por el insomnio, ó algún pliegue desairado en el vestido, ó en el tocado alguna cosa de mal gusto, vuelve á abrazarla con doble efusión.

No es raro que una mujer haga callar á un murmurador desapiadado diciéndole: no hable de ese hombre en mi presencia, es mi amigo. Pero, descuerad á su amiga más íntima, y jamás os impondrá silencio.

Adela está melancólica, taciturna, sombría: le habláis de bailes, de tertulias, de paseos, nada la distrae: le recordáis su belleza, sus admiradores, su popularidad, sus triunfos, y sin embargo no conseguís que en sus labios asome una sonrisa: por fin apurando los recursos, contadle que una amiga suya sufrió un desaire, comió pavo, se presentó en la pasada reunión con los ojos llorosos, el vestido desairado, el talante ridículo, y la pondréis de un humor exquisito.

—Qué trato tan dulce, tan fácil, tan afectuoso el de Amalia! decís en una conversación.

—Sí, pero todo eso es apariencia, exclama una amiga suya: en la casa es un infierno.

—Me encanta el candor y la inocencia de Matilde.

—¡Vaya una hipócrita! replica una compañera de infancia, á media voz: ha tenido citas con un teólogo: de hombre, no me casaría con ella.

—Qué color tan lindo, qué tez tan espléndida la de Brígida!

Y una prima suya, y amiga por supuesto, os dice al oído:

—Gracias á una fuente que le puso el doctor Vargas.

Conocí recién salidas del colegio dos jóvenes en flor, amigas inseparables: parecían hermanas. Alegrías, ilusiones, esperanzas, todo lo habían sentido en común: habían despertado á la vida asidas de las manos, gozosas y risueñas, como se abren en un tallo dos botones de rosa refrescados por la misma brisa, calentados por el mismo sol. Su amistad era proverbial.

Un día dijo un amigo mío, que las formas de una de ellas eran admirables. Y la otra, que estaba presente, replicó: pero no tiene gordo sino lo que se ve: yo me he bañado con ella.

Quedamos impuestos de que era completamente de viernes lo que no se veía. Este rasgo de perfidia precoz, apenas podría perdonarse á una coqueta de treinta años, tratándose de una rival odiada.

En esa guerra sorda, implacable que se hacen las mujeres en el campo de las pretensiones, de la vanidad y del amor, encubierta siempre con atenciones delicadas y bajo fórmulas corteses, podría aprender estrategia más de un diplomático zurdo.

Cuando ya pasan para ellas los bellos días de la juventud y renuncian al amor y la coquetería, si es que á esto renuncian alguna vez, la actividad de su alma toma distintas direcciones. Océpanse de intrigas, de religión y de política, de economía doméstica, de los negocios del marido, del porvenir de los hijos. Se juntan con las que titulan sus amigas para quejarse del tiempo, de las enfermedades, de los criados, de la carestía del mercado; para hablar de matrimonios, de escándalos, del infierno y, sobre todo, del prójimo. La murmuración es su platillo favorito. En un liceo de viejas aprendería el diablo muchas cosas que ignora. Apagados ya esos odios profundos engendrados por las pretensiones de vani-

dad y las rivalidades en amor, podrán no aborrecerse, pero continúan pura y simplemente sin amarse.

Va para algunos años, no recuerdo qué excentricidad me hacía concurrir á una pequeña tertulia, compuesta de tres ancianos: dos mujeres y un fraile. Ellas eran poco más ó menos de la edad de Monserrate, y se conocían hacia la miseria de cien años. Padecía la una asma y la otra reumatismo, capítulo de eternas lamentaciones. Pero sabían más historias que un Carnero, habían conocido, no sé cuántos Arzobispos y tenido dares y tomares con el Virrey Góngora. Sámano, Tolrá, Bolívar eran para ellas mozos de ayer, que se sabían de memoria. Charlábamos sabrosamente sobre cosas viejas, atacábamos con furor las costumbres modernas, tomábamos un chocolate que era pura ambrosia, y algunas noches jugábamos ropilla, en la cual regularmente yo perdía, porque el fraile y las abuelas eran de primera fuerza. Estas se conocían desde la infancia: juntas habían corrido aventuras con virreyes y oidores, carecían de secretos la una para la otra, tenían marrullerías y caracteres parecidos y la conciencia gravemente recargada con pecados idénticos. Necesitaban juntarse todos los días para tomar chocolate, glosar los sucesos cuotidianos, quejarse de sus dolencias y recordar sus buenos tiempos. Aquellos dos fósiles inseparables, aquellas dos viejas yedras tan adheridas y entrelazadas, parecían un símbolo viviente de la amistad femenina.

Una noche, que daba yo la mano á una de ellas para bajar las escaleras, me dijo hablando de su amiga:

—Esa vieja Chepa es una cotorra insufrible.

Y al entrar á la sala exclamó la otra.

—Gracias á Dios que se fué Prudencia. ¡Qué lengua de vívora! qué vieja tan abominable!

Así es la amistad de las mujeres.

No se argumente en contra de mis apreciaciones, diciendo que la historia, el drama y la novela refieren hechos sublimes, sacrificios heroicos verificados por mujeres en obsequio de sus amigas. En primer lugar, la novela y el drama mienten profesionalmente, y la historia no les va en zaga en eso de mentir; y en segundo, una de las más bellas facies del carácter femenino es la espontaneidad con que la mujer, en un raptó de entusiasmo, se sacrifica por cualquier persona, aun sin amarla. Además, algunas nobles amistades

femeninas cuando mucho serían excepciones, que no alteran la regla.

Y no podría ser de otro modo: una pasión dominante excluye la presencia de otras. Las mujeres, que son sublimes, casi santas con sus hijos, nobles y generosas por lo regular con sus amantes, buenas algunas veces con sus esposos, no pueden tener afecto para las otras mujeres: en el corazón humano no caben tantos sentimientos.

III

Ama á tu prójimo como á ti mismo. Este bello precepto vale más que todas las enseñanzas de los papas y de los concilios, de los teólogos y de los filósofos. Tiene el inconveniente de ser superior á la humanidad. El hombre puede admirarlo, pero no cumplirlo: siempre continuará enamorado de sí mismo, en éxtasis delante del *yo*. Sin embargo, hay algunas almas para quienes no son importunas las exigencias del pobre, ni insultantes las quejas del desgraciado; y que llenas de simpatía, de caridad y de amor, encuentran placer en el sacrificio, fruiciones en la abnegación. Á estas almas, que se levantan un poco sobre el fango en que se arrastra el egoísmo vulgar, yo las saludo doquiera que se encuentren: benditas sean!

(De EL TIEMPO, número 234, de 21 de Junio de 1859.)

UNA BOTELLA DE BRANDI Y OTRA DE GINEBRA

Eran las seis de la mañana en un día frío y lluvioso del mes pasado. Encontrábame en la cama por supuesto: para estar en la calle á esa hora era preciso ser por lo menos arriero, chicharronero, burro ó devoto. Varias causas con-

tribuían á que yo no despertase completamente feliz. Por el vidrio roto de una ventana, que se había quedado abierta por descuido, penetraba un airecillo tan frío y tan sutil, que parecía soplado desde la cima del Monserrate por algún Eolo montañés, expreso para atormentarme. Por la noche había meditado más de lo conveniente en el sufragio universal, la soberanía del pueblo, el progreso indefinido del hombre, la libertad, la República y otras paparruchas de la laya. Además, soñé que un diablillo Asmodeo, ó de cualquier otro nombre, pues diablos abundan en todas partes como llovidos, cogiéndome del brazo me dijo:

—Quiero divertírte.

—Que me place, le respondí, pues si no lo divierten á uno los diablos, los hombres maldita la gracia que tienen.

—Voy á mostrarte un trasunto ridículo, una fotografía grotesca de la sociedad.

—Adelante !

Entonces el diablillo, que por cierto no olía á azufre, ni tenía las manos callosas ni renegridas, sino flexibles y enguantadas como hombre de mundo que es, me hizo montar sobre su brazo derecho, y me condujo blandamente á un inmenso corral de gallinas. Era de ver la agitación y el movimiento que entre las aves reinaban. Los gallos grandes perseguían á los pequeños, y éstos así que estaban lejos volteaban el ala á las gallinas, echaban plantas y perseguían también á los pollos de menor cuantía. Cada uno en su círculo hacía ostentación de guapeza y dignidad. Los capones, con su plumaje talar, luegas piernas y continente pacato andaban corridos y embromados. Los pájaros más fuertes se comían todo el maíz y la cebada que echaban al corral para la muchedumbre. Al ave desvalida, contusa ó enferma, todas las demás, desde el pollo pelón hasta la clueca miserable, la acosaban, la perseguían, la picaban y la mataban. Conociáseles á estas pobres aves maltratadas y perseguidas el deseo de gritar: ¡ ay de los débiles ! ¡ ay de los vencidos !

Eran, pues, las susodichas seis de la mañana, y como no almuerzo hasta las diez, me quedaban {de sobra cuatro horas mortales. Mal informados están los que creen que en este país el tiempo vale dinero. Con mucho gusto le habría mandado á regalar mis cuatro horas sobrantes á un inglés atareado ó á un yankee afañoso, á Mr. Bright ó al conde de Cavour.

De repente tocan á la puerta de la calle. Quién es? pregunta al criado.—Don Telésforo Cascajón, me respondió, después de informarse.—Díle que entre.

Telésforo es un antiguo condiscípulo, á quien llamábamos en el colegio el patán, á pesar de que tenía inteligencia despejada, y lo que es preferible, carácter franco y buen corazón. Pero habiendo venido de una hacienda á educarse ya entrado en años, ni el roce con estudiantes despabilados, ni los libros, ni todos los desengrases sociales habían podido pulir su áspera corteza rural. Tenía un espíritu incompleto, capaz de comprender todo, menos la vida: podía asimilarse toda clase de ideas, elevarse sin trepidar á las más altas regiones del pensamiento; pero era desmañado por demás en las cosas prácticas del mundo, é incapaz de entender los más triviales rodajes de la mecánica social. Además, poseía uno de esos caracteres sin elasticidad, que se rompen en su primer choque con el destino, y un corazón noble pero candoroso, pronto á entregarse sin desconfianza; motivos por los cuales estaba fatalmente predeterminado á ser víctima de alguien: de una mujer pérfida ó de un amigo infiel. En estos últimos tiempos lo había visto metido á hombre de mundo, casado con una mujer elegante, dando fiestas y haciendo viso; pero ya me figuraba que Telésforo, marinero de agua dulce, pronto había de zozobrar en esos mares á que se había arriesgado incauto, llenos de arrecifes y de escollos.

No me visitaba hacía mucho tiempo; pero los amigos de colegio tienen el mismo privilegio que el hijo pródigo: toda veleidad se les perdona, y el día que vuelven está uno pronto á matar el becerro más gordo para obsequiarlos. Además, el nombre de Telésforo me hizo pasar rápidamente por los ojos, como en un panorama encantado, los años juveniles y la vida de colegio, con sus travesuras inocentes, sus francas alegrías y sus esperanzas color de oro. Al entrar Telésforo á mi cuarto, me pareció que penetraba con él una ráfaga de juventud.

Era el mismo Telésforo de siempre, con los ojos negros, los labios gruesos, la fisonomía franca, el vestido descuidado, el cabello en revolución permanente y la barba en completa independencia de navajas y rapistas.

—Dormilón! me dijo sentándose al borde de la cama, ¿á qué horas te levantas?

—No acostumbro hacerlo antes de las ocho.

—Se conoce que vivés de tus rentas.

—Te equivocas : si tuviera rentas me las deberían los particulares ó el gobierno : si los primeros, madrugaría á preguntar por su salud, y si el segundo, también me levantaría temprano á averiguar si la noche antes había hecho revolución, pues en este país el gobierno es el único que conspira.

El relincho de un caballo llegó á mi oído.

—; Qué ! le dije, has venido á caballo ?

—Sí, en Tamerlán, un alazán magnífico, dócil, sumiso, que me obedece ciegamente.

—Recomiéndaselo á don Mariano para que lo mande al Congreso. ¿ Y qué vientos te han traído por aquí ?

—Sabrás que me he separado de mi mujer, y que he perdido mi fortuna.

—; Cáspita !! con razón traes ese aire de paria en ayunas que da miedo. Vienes á buscar los amigos viejos porque los nuevos te han abandonado. Lo que sí no puedo explicarme es por qué te has separado de Sofía, tan bella, tan elegante y de quien parecías tan enamorado. Cuéntame esa aventura.

—Ésa no es aventura sino percance. Dame primero un trago : si no te hubiera encontrado lo habría tomado hoy en cualquier taberna. Ya sabes que soy el hombre de la naturaleza : cuando tengo hambre cómo, cuando tengo sed bebo. No me gustan los que se esconden para hacer sus libaciones como si pertenecieran á sociedades de templanza, ni los que encargan el secreto cuando juegan, como si fueran hijos de familia. Todo el mundo debe tener franqueza en sus ideas, en sus pasiones y hasta en sus vicios.

—En aquella frasería encontrarás una botella de brandi y otra de ginebra superiores : elige.

—Bonito estoy para escoger entre un brandi excelente y una ginebra exquisita ! Tomo de ambos.

En frente de mi cama había una poltrona entre dos taburetes : Telésforo puso una botella sobre cada taburete, arrimó un manojo de cigarros que había sobre una mesa, se sentó en la poltrona y después de echarse un trago muy respetable de ambas botellas, preludió esta sabida redondilla :

Mi mujer y mi caballo

Se me perdieron á un tiempo. . . .

—Tenía el gazañate seco como pólvora, exclamó después, y con el *aspergis* me he puesto en voz. ¿ Quieres que te cante alguna cosa ?

—Me harías un flaco servicio, pues tienes una voz de monaguillo acatarrado, insufrible. Quiero sí que me cuentes tus aventuras conyugales, pero en prosa llana y en puro recitado.

—Sabes de fecha muy atrás que nunca he tenido ni vanidad ni pretensiones. Hubiera podido ser como cualquier otro, periodista, poeta, reformador, héroe ó mártir; pero á todo esto he preferido la oscuridad y el silencio, ser un buen muchacho, un pobre diablo. Mis relaciones siempre han sido con gente de poco tono, humilde y sencilla: por la alta sociedad no he tenido ni afición ni desdén: he guardado con ella neutralidad armada. Aborrezco la etiqueta, los guantes, las botas ajustadas y los cuellos que cortan las orejas: mis gustos han consistido en vivir lo más que fuere posible en el campo, al aire y al sol, tener buenos perros, montar á caballo y cazar en los páramos. Pasaba por rico, pues mi padre había tenido grandes negocios, pero en realidad sólo había heredado un medianó caudal. Con excepción de mi madre, á quien amo y respeto con toda el alma, me contaba solo en el mundo.

Ésta me dijo un día, hará como tres años:

—“Hijo mío, ya tienes treinta cumplidos: quiero que te cases: no hay ningún pariente de tu padre en el país y temo que se pierda tu apellido.”

—“Sería una lástima, le respondí: es tan lindo! ¿Qué importa, madre, que haya más Cascajones en el mundo? ¿Cómo es eso? Habla U. como si yo fuera el último descendiente de un Osuna ó de un Medinasidonia, cuando tal vez entre mis abuelos se encuentra un cabrero de Aragón ó un arriero de Andalucía: alcurnias de este jaez tienen casi todas las noblezas de por acá.”

—“Déjate de bromas, me replicó, los Cascajones son una familia muy antigua: datan desde Ordoño II: quiero, además, que tomes estado.”

—“Pero ¿qué más estado que el de soltero, soberano, libre, independiente? Sin embargo, U. lo manda, yo obedezco; pero tenemos que entrar en campaña, es preciso visitar alguna familia, pues yo no trato á nadie, y juzgo que en las sabanas ó en los páramos no encontraré novia.”

Pero supongo que me permitirás echar un trago para continuar: el brandi me limpia el pecho, y la ginebra me inspira: con este procedimiento seré elocuente.

—Dicho y hecho. Aviso á mis lectores que Telésforo tiene una aritmética original: él llama tomar un trago beberse dos; al tomar brandi jamás desaira la ginebra.

—Soy de la escuela de Epicuro, exclamó saboreando su doble trago: me gusta la moderación en el placer. Sabrás que tengo talento, aunque en vida no me lo han querido reconocer: ya escribirán ustedes en "El Tiempo," después que yo muera, que se ha apagado una de las lumbreras del país. ¿Para qué crees que me ha servido el talento?

—Pues, para no hacer majaderías.

—Te equivocas. Conocí un cachifo que recordaba la lección precisamente después que había recibido ferulazos en el aula por no haberla sabido. El talento me llega á mí también una hora después que lo necesito, y me sirve para comprender y explicarme con la mayor lucidez las majaderías que he hecho, cuando ya son irremediables. Sandez cometida, sandez explicada.

Mi madre me anunció que el domingo siguiente me presentaría á una muchacha, que por su nacimiento y educación era digna de mi alta alcurnia y de mi lindo apellido. Como jamás había sabido que la ropa sirviera para otra cosa que para no andar desnudo, estaba completamente desaviado y tuve que retocarme. Rodríguez me vistió de pies á cabeza, y un peluquero francés asoló mis cabellos y mi barba. Tuve que aprisionar en unos guantes infames mis manos, enseñadas á campar por su respeto, y coloqué sobre mi cabeza por primera vez uno de esos tubos pesados, desairados, abominables que llaman sombreros de pelo.

—Quedarías lindo.

—Así aderezado me llevó mi madre á casa de la presunta novia. Mi madre tiene pocos alcances: gusta mucho de la gente que brilla, y ¡Dios la perdone! queriendo llevarme á un redil de ovejas, me precipitó en una madriguera de lobos. El padre de mi futura había atrapado unos cien mil pesos, comenzando su honrosa carrera por apropiarse un depósito considerable que le había confiado un español, amigo suyo, al tiempo de emigrar. Andando los tiempos, ha metido la mano hasta el codo en esos pasteles succulentos que hacen nuestros Congresos, llamados conversiones, consolidaciones, y flotantizaciones. Después ha hecho negocios con el gobierno ganándole dos ó tres por ciento mensual; y en días de revolución, impul-

sado por el patriotismo, le ha vendido vestuarios como si fueran de seda, llevando su desprendimiento hasta suministrar vacas y caballos á la tropa, que se ha hecho pagar por su triple valor. Sin embargo, este honrado ciudadano disfruta de popularidad y consideraciones, y la Providencia ha recompensado sus virtudes dándole doce hijos y excelente salud. No le falta para coronar su carrera sino una *indemnización* del Congreso!

Sofía, la mayor de sus hijas, tenía ya veintitrés años: poseía hermosa figura y todas esas elegantes exterioridades que son bases de la educación moderna. En artes de agradar estaba armada de punta en blanco. Pero, sea porque tenía ciertos humos de princesa, ó porque había coqueteado más de lo regular, ó por el divisor enorme que amenazaba la herencia del papí, aunque tenía muchos admiradores ninguno le ofrecía su mano. Yo llegué á hora de redención. Todas estas cosas las supe después. Pero no anticipemos: antes de pasar adelante necesito humedecer el gaznate: se me está convirtiendo en un tubo de corcho.

Incontinenti se echó un trago, es decir, dos.

—Entré, continuó él, á un salón alfombrado, lleno de ricos muebles. Sofía estaba revistiéndose: luégo se presentó y, á una cortesía muy zurda que le hice, me respondió balanceándose sobre su talle como una palmera, inclinándose con la gracia de una hada. Sus ojos rutilantes me bañaron de luz; y á las pocas palabras que me dijo quedé enamorado como un trueno. Enseñado á tratar mujeres comunes y, á lo sumo, Maritornes á media pasta, todos mis sentidos despertaron tumultuosamente á la vista de aquella mujer perfectamente encuadrada, llena de relieves, de voluptuosidad, de seducciones y de encantos. Esas mujeres de mundo sí que tienen letra menuda: para mí no salían de sus labios sino perlas. Algunas noches después le hablé de mis esperanzas, que aceptó ruborizada. ¡Con qué flexibilidad se prestaba á mis proyectos! Si le hablaba de que me gustaban los caballos, me decía que eran su encanto; si le refería mi pasión por el campo, ella idolatraba la soledad; si le indicaba mi afición á los perros, se parecía por ellos. Cuando le revelé que mi carácter carecía de ambición, que me aturdí el ruido y me deslumbraba la luz; y que, amigo del silencio y de la oscuridad, apetecía la vida campestre, tranquila é ignorada, ella también se lanzó conmigo en el

idilio, diciéndome con una sonrisa encantadora que le bastaba mi amor y una choza. Arrullaba todos mis gustos, simpatizaba con todos mis caprichos: me parecía un sueño que esa mujer tan bella y elegante se casara conmigo. Quién soy yo, me decía, para obtener semejante amor, para que ese trozo de felicidad se arroje en mis brazos? Jamás llegué á sospechar que pudiera haber hipocresía bajo esas formas angélicas. Imaginé que la Providencia tenía por mí una estimación particular, y que se ocupaba de mañana á tarde en bendecirme. Y yo era un mentecato, mil veces mentecato, pues no meditaba que la felicidad es un accidente raro, y que todas las dichas fáciles no son sino alucinación y mentira!

¡ Oh! estos recuerdos me queman, necesito refrescarme. ¿ Dónde se hallan las botellas? Me olvidaba: aquí está mi buen brandi, mi exquisita ginebra. ¡ Pobres botellas! inocentes como unos corderos, se dejan beber toda su sangre sin exhalar un lamento!

Telésforo entraba ya en regiones tropicales: comprendí que en todo eso había una desgracia real, y no quise chancearme más, pues siempre he tenido un respeto profundo por los dolores verdaderos.

—Me casé, continuó él, y si Satanás me hubiera ofrecido en cambio de Sofía todos los reinos de la tierra, como á Jesús en la montaña, le habría dicho que era un mentecato ofreciendo miserias por tesoro de tan invaluable precio. Si de alguno de esos sueños encantadores no se despertara, si esos relámpagos de felicidad que brillan para toda criatura humana alguna vez en la vida pudieran prolongarse, el hombre habría sondeado los arcanos del cielo, descubierto la esencia de los místicos y el secreto de los bienaventurados.

—Ola, poeta! le grité, vuelve al mundo: al paso que vas almorzarás en las nebulosas y comerás en el empíreo. Precipita la narración, pues llevas hilos de nunca acabar.

—Puesto que quieres baje á la tierra, beberé brandi y ginebra: al fin éstas son de las mejores cosas que hay en ella. Escucha, pues, me dijo, acabando de saludar las botellas: lo mismo que Sixto V así que fué elegido Papa botó las muletas, se enderezó cuan largo era y se cuadró sobre su base; así Sofía, apenas se vió enteramente casada, olvidó sus dulces promesas de soltera, sacudió su blando ropaje de armiño y quedó en toda la desnudez de una coqueta punzante, exigente, llena de vani-

dad y de caprichos. Como me había manifestado inclinaciones sencillas, le preparé una casita amueblada con decencia, pero sin ostentación. Apenas la vió, hizo un gesto diciéndome: no me he casado para vivir en una pocilga. La paloma se convertía en milano. Me desarrolló un plan de vida que hubo de espantarme; pero si sus caprichos eran exagerados, mi amor no se quedaba atrás. Parece que los hombres buenos, es decir, los majaderos como yo, tenemos algún signo característico, algún olorcillo penetrante por el cual se nos conoce desde lejos: Sofía adivinó su hombre. Hice alfombrar una casa magnífica, amontoné en ella todos los muebles raros que encontré en una ebanistería francesa, y le adorné un retrete con todas esas lindas zarandajas que son la vida de ciertas mujeres. Díjome que los vestidos que tenía ya se los conocían sus amigos, y que se respetaba demasiado para recibirlos con ellos. Entonces corrí tiendas y almacenes buscando telas raras para empavesarla y ponerla en pie de guerra. Pronto conocí que no me amaba y que sólo había buscado en mí lo que se llama un partido ventajoso, creyéndome rico, aunque en realidad sólo tenía un caudal mediano. Empezó á contrariar mis gustos y á encontrar vulgares todas mis aficiones. Decía que el campo no era hecho sino para las vacas y los gañanes; no podía sufrir los caballos, porque sus relinchos le dañaban los nervios, y me hizo regalar todos mis perros, diciendo que eran animales inmundos. Todavía recuerdo á mi galgo Polión, que cuando no encontraba venados los hacía. Para fumar tabaco tenía que salir á la calle, pues el olor y el humo la apestaban. Como decía que el te es la bebida de las gentes de tono, mandó que no se sirviera chocolate á la mesa, sobre todo cuando había gente. El chocolate es una bebida de tomo y lomo que me encanta. ¡Qué extravagancia posponerlo á este sudorífico endeble y desabrido que llaman te! El chocolate alimenta y abriga lo íntimo, como ha dicho en un raptó de elocuencia raizal el amigo Santander. Colón era demasiado grande hombre para afanarse por descubrir una cosa tan insignificante como la América: por una intuición gastronómica había adivinado el chocolate, y navegó á ponerse en él.

Á las gentes humildes, con quienes yo tenía antes relaciones y amistad, las ahuyentó de casa haciéndoles mala cara y dándoles con la puerta en los hocicos.

Como algunas amigas suyas daban tertulias y recibían

en días determinados, ella quiso también tener salón popular y recibir todas las noches. Para el efecto, vestido de negro y enguantado, me puse en campaña á reclutarle cachacos á la moda, poetas, financistas y diplomáticos. Pronto esos caballeros se apoderaron de mi casa, y si alguno mandaba en ella, por cierto no era yo, Telésforo Cascajón. Sofía se dedicó á aprender lenguas para conversar con los ministros extranjeros. En estos estudios y el de música italiana, en recibir amigos y visitar tiendas y almacenes se le iba todo el tiempo. En el interior de la casa no había cosa con cosa; reinaba un completo desorden y los criados nos robaban que era un contento. Todo el mundo debe vivir en su casa, y yo vivía en la de todo el mundo. A cualquier hora que llegase de la calle encontraba dilettantis ensayando cavatinas con Sofía, ó poetas escribiéndole versos en el álbum, ó diplomáticos galanteándola en todos los idiomas.

Mi digna esposa me había lanzado plenamente en el ridículo: desde el principio de nuestro casamiento me indujo á firmar Telésforo *del* Cascajón, haciéndome creer que así tomaba yo cierto color aristocrático.

Sofía tuvo un niño, y entonces fué nuestro primer disgusto serio. Era tan lindo, tan rosado, tan gracioso mi Carlitos, que yo imaginaba sería una felicidad para su madre mantenerlo en sus brazos y criarlo con la leche de sus pechos. Pero, aunque ella era muy robusta y tenía plena salud, se lo entregó á una astrosa y grosera paisana para que le diera de mamar, diciendo que no cumplían á una mujer de tono esas vulgares ocupaciones. Creía, le dije indignado, que en una madre el verdadero buen tono consiste en criar ella misma sus hijos. Habiéndose enfermado nuestro lindo niño, murió de repente en una alcoba retirada, mientras Sofía bailaba en la sala con ingleses y monsieures.

Entre los amigos de Sofía, muchos eran de esos caballeros de industria que pululan en Bogotá vestidos elegantemente, con reloj de á sesenta libras, los cuales le toman prestada á uno su plata que le devuelven girando contra el Papa, y son capaces de beberse el Funza convertido en Champaña. Estos honrados caballeros hicieron á mi bolsa una brecha tremenda. Me arruinaba por sostener las fantasías y los gastos de Sofía, y ella, tan amable con todos, no tenía para mí ni una palabra dulce, ni una sonrisa. Es de esas mujeres endiosadas que, cuando el hombre consume para agradarlas su corazón, su dinero, su

tiempo, su dignidad y hasta su honra, creen que no ha hecho sino cumplir con una adoración vulgar y obligatoria. Yo no era en su vida sino una máquina para conducirla á fiestas y paseos, para convidar á sus amigos, para comprarle trajes en tiendas y almacenes, para satisfacer sus caprichos innumerables. Comprendí por último mi posición humillante, mi vergonzosa abdicación. Así como el cachifo no recordaba la lección sino cuando ya le habían zurrado, yo no comprendí mi situación sino cuando llegó á ser irreparable. Para resistir á los gastos de una casa á la moda y de una coqueta popular se necesita, por lo menos, ser un californio. Viéndome casi arruinado, le supliqué con lágrimas en los ojos que renunciara á esa vida falsa y estruendosa para retirarnos á una quinta en tierra caliente, que había heredado de mi padre. Respondiéndome que el calor y los zancudos no la convenían, que no renunciaría á sus amigos y á su vida, y que me fuera yo solo si quería. Esto no me causó extrañeza: San Gregorio magno ha dicho que la mujer no tiene conciencia del bien.

A pesar de mi bondad genial y de mi amor inextinguible, la cogí una mañana del brazo y la llevé á casa de su padre, á quien dije resueltamente: “En Sofía he encontrado una mujer que habla lenguas, recibe perfectamente, hace cortesías admirables, canta como una mirla y baila con una superioridad incontestable; pero no sirve para esposa. Sus admiradores la encuentran encantadora: bajo el punto de vista social es completa; sin embargo, su hija de U. no me conviene. Hízome creer con la más exquisita perfidia que aceptaba mis gustos, mis caprichos, mi vulgaridad si se quiere, y desde el alto pedestal de su orgullo proclama de mañana á tarde que es una criatura superior: me ofreció que se contentaría con una vida modesta, y en dos años sus caprichos y vanidades casi me han puesto en bancarrota. Yo no soy esposo ni compañero para ella, sino un mayordomo ó un lacayo. Recibí en malos valores seis mil pesos de dote, tómelos U. en excelentes obligaciones: en cambio del recibo le dejo mi mujer. Adiós.”

Concluída esta comedia conyugal, he sido silbado, por supuesto. Los comensales y amigos de la casa, los admiradores de Sofía, el público en general, han dicho que mi mujer y yo realizábamos el odioso enlace del gusano y la flor; que yo me separaba de ella porque soy un avaro, un patán, un miserable, un troglodita. Me tienes, pues, sin fortuna, sin

mujer, sin hijo, sin amigos, sin nada; Telésforo Cascajón mondo y lirondo *sicut erat in principio*.

—Estás como Jesucristo quería á sus Apóstoles: si estos percances te hubieran sucedido mil ochocientos y tantos años atrás, podría haberte dicho el Salvador: coge tu báculo y sígueme.

—Beberé un trago: siento el gaznate seco como polvo de ladrillo.

Y continuó practicando el ventajoso sistema de la partida doble: hizo los honores á ambas botellas: en lugar de un trago se bebió dos. Conoció que el infeliz quería aturdirse.

—Viva Júpiter! exclamó con exaltación: al fin, de estar mal casado me resulta siquiera la ventaja de que no puedo volver á casarme. Soy libre para beber, andar á mis anchas y coger venados en los páramos. Oyes como relincha mi buen Tamerlán? Es mi único amigo: voy á correr en él hasta el fin del mundo, á buscar la naturaleza, los bosques, mis buenos amigos de los campos. Yo soy pueblo, aunque diga mi madre que los Cascajones eran señores feudales en tiempo de ese majadero de Ordoño II. Soy pueblo por el corazón y los sentimientos. El pueblo toma resignado para sí todas las fatigosas labores de la vida humana: no vive del sudor ni de la sangre de los demás, trabaja en los talleres y hace brotar las espigas en los campos. El día de los sacrificios da lo que tiene, y cuando suena el clarín de las batallas prodiga su sangre generosa, sin reclamar después recompensas indebidas como los conspiradores patricios. ¡Pobre pueblo! siempre explotado por mandarines ineptos, por sacerdotes avaros, por gamonales estúpidos. Yo pertenezco de corazón al pueblo. ¡Viva el pueblo!

—Bravo! le dije, da acá esa mano: la causa de los oprimidos, de los desheredados en el mundo también es mi causa. Bebamos juntos por la redención del pueblo.

—Noto que ese brandi y esa ginebra son excelentes, y que descuido mucho su trato.

Después de rectificar la bondad de ambos licores, continuó con una agitación creciente.

—Tengo graves sospechas de que soy un necio. No te rías: bástame la rechifla con que saluda la sociedad á los cándidos, á los desplumados como yo. ¿Qué es la vida? Una inmensa lotería, una gran cachimona en que no ganan sino

los que juegan con trampa. Me creía tan feliz con mi casamiento! Había tantas promesas de dicha en su dulce mirada, en su bella sonrisa! La primera vez que me dijo "yo te amo," parecióme que el cielo abría para mí de par en par sus puertas!

Pero la pérfida no me amaba. Para qué dirán mentiras las mujeres! Ellas son, según San Juan Crisólogo, la fatalidad de nuestras miserias. Y sin embargo, debe haber muchas buenas y leales, de modesto y sencillo corazón, que hubieran sido felices con la cuarta parte del amor que yo he prodigado á Sofía. Imposible que un Cascajón tuviera sentido común. Hay un ídolo en la India, que exige por homenaje á sus adoradores acostarse bajo su carro para estrellarlos con las ruedas: esas coquetas como Sofía son divinidades indias, que aceptan el corazón de los infelices como yo para divertirse volviéndolo pedazos. Mira, sufro mucho! Dónde están el brandi y la ginebra?

—Pues ahí, á tu lado, le respondí.

Ya veía turbio; y luego, con esa insistencia de la embriaguez en perseguir la misma idea, continuó:

—Soy feo, desmañado, no sé ponerme los guantes, ni hacer cortesías: esto no lo perdonan las mujeres. Más bien me aceptarían pérfido y egoísta, con tal que tuviera exterioridades brillantes. Con razón las llama Proudhón la desolación del justo. Poseer buen corazón, franqueza, lealtad, oh! todo esto es muy ridículo. El mundo es un libro escrito en griego; yo no lo entiendo, soy un zopenco.

Luégo bebió de seguido no se cuántas veces, sin olvidar en medio de la agitación y del trastorno su favorito sistema de la partida doble. Abrió una ventana, y el aire acabó de realizardo. Lo acosté en una cama, y el desdichado se quedó inmóvil, borracho como una cuba. Examiné las botellas, y de cada una se había bebido exactamente el setenta y cinco por ciento.

Pero no crean mis lectores que Telésforo hace profesión de la embriaguez: buscaba en ella para sus recuerdos dolorosos un olvido pasajero, así como otros en la muerte un olvido absoluto. Á muchos, que se lanzan en el juego ó la embriaguez para aturdirse, la multitud poco reflexiva los llama con desprecio *corrompidos*, cuando para el filósofo observador son únicamente *desgraciados*.

(De EL TIEMPO, número 243, de 23 de Agosto de 1859.)

ENFERMEDADES SOCIALES

I

Cuando se le toma el pulso á nuestra sociedad jamás se la encuentra en estado fisiológico : ó sus pulsaciones abundantes y desordenadas revelan fiebre, ó la escasez de éstas anuncia debilidad y atonía. Pasamos rápidamente del entusiasmo al desaliento y de las revoluciones á la indiferencia. Algunas veces parece que ya entramos con paso firme en el camino de la libertad, de la industria y del progreso social, y cuando el ánimo comienza á lisonjearse con perspectivas de mejora, nuestro carácter débil y poco pertinaz nos lanza en trepidaciones, tumbos y vacilaciones lamentables, y la sociedad torna á esa somnolencia y apatía en que la dejaron los virreyes. La enfermedad que se encuentra hoy más pronunciada en nuestro diagnóstico social, es la atonía y el desaliento.

Preguntad al primer liberal que encontréis en la calle ¿qué hay de política?

—Nada, os responderá, indiferencia y cansancio. El pueblo va perdiendo toda pasión por la libertad: el gobierno general se ha ido engullendo una por una todas las regalías de los Estados, sin que ellos digan esta boca es mía. Ni á los acreedores del país ni á los extranjeros se les paga un real, y nadie chista. El gobierno continúa armándose hasta los dientes para defenderse de enemigos fantásticos, vuelve á poner á la moda sables y charreteras, consume estérilmente los recursos nacionales, y sin embargo, todo el mundo tolera y calla, y los más atrevidos dicen como Sancho: ni quito, ni pongo rey.

Interrogad á un hombre de negocios sobre la industria, y oiréis jeremiadas de lo bueno.

—Aquí no puede hacerse nada, os responderá: si le compran á uno no le pagan, y si le pagan es porque no le han dejado un real de ganancia. No hay industria clara ni especulación estable: si se trata de un negocio nuevo los capitalis-

tas esconden su dinero, y si lo dan es á un interés ruinoso. No hay caminos; la llegada del correo es un acontecimiento, y pronto tendremos noticias de Europa por la vía de Quito. Lo mejor es ponerse uno á la capa, conservar lo poco que tiene, y Cristo con todos.

Preguntad á un cachaco por la crónica.

—Nada de particular, os dirá también. En Bogotá ya no suceden cosas: ni siquiera se puede murmurar porque no hay de qué. Los cinco ó seis casamientos usuales todos los años, ya se verificaron. Nadie se divierte, ni se entusiasma, ni se enamora, ni hace un escándalo. Qué fastidio! qué marasmo! Á falta de fiestas, tertulias y de ópera no nos queda más recurso que ir á misa ó al mercado y quejarnos del invierno. Los aguaceros son dueños de la situación. Las lagunas se han convertido en mares y los arroyos en Orinocos. Los patos están de fiesta y las ranas triunfantes. Quién fuera animal acuático!

Los negociantes no tienen fe en los negocios ni en la industria: los patriotas no creen en la libertad ni en el progreso; y hasta las mujeres, crédulas de suyo, ya empiezan á dudar de todo.

Que un hombre, después de haber recorrido muchos senderos y agitándose en distintas direcciones, se muestre fatigado; que, después de haber sondeado los arcanos de la vida, dejado girones de su corazón en todas las encrucijadas del mundo y buscado inútilmente la dicha persiguiendo el amor, la ambición, la gloria, se persuada al fin de que todo es vanidad de vanidades y renuncie á la iniciativa y se declare egoísta espectador en el drama social, lo comprendemos perfectamente; pero que un joven en la primavera de la vida, sin haber apurado la copa del dolor ni la del placer, se muestre satisfecho; que sin haber sufrido desengaños se refugie en el escepticismo, y sin haber recorrido ningún sendero, jadeante y fatigado clave su tienda, amarre su hamaca y se acueste á descansar; este joven que renuncia al movimiento y la expansión, que ha perdido la fe antes de haber tenido desengaños, y sin combatir se declara vencido, debe poseer un carácter débil y una organización enfermiza.

Este último puede simbolizar la sociedad granadina. Después de la independencia, nuestras dificultades y des-

gracias apenas serán iguales á las que han rodeado la cuna de casi todos los pueblos. Para detener nuestro desenvolvimiento no se han presentado ni enemigos exteriores, ni invasiones de bárbaros, ni pestes asoladoras, ni cataclismos naturales de ninguna clase. Sinembargo, nuestra sociedad, que nació ayer, en vez de mostrar confianza, vigor y lozanía, osténtase ya con facciones seniles y camina trémula y vacilante como si fuera caduca. En el terreno de la industria y del progreso no tiene actividad ni valentía para nada: en la vía de la libertad, da hoy un paso hacia adelante y mañana otro vergonzoso hacia atrás. Rodeada de una naturaleza exhuberante, se deja ahogar por sus miasmas en vez de luchar con ella, como el yankee, á brazo partido; en lugar de desprenderse de preocupaciones que la degradan y de esa vestimenta colonial que la ahoga, como á Hércules la túnica de Deyanira, se aferra todos los días más á sus hábitos absurdos, y con intolerancia brutal amenaza y escarnece á todo patriota inteligente que quiere lanzarla en otra vía, y tiene el valor de mostrarle sus llagas.

II

Los españoles, después que acabaron su labor de asolar pueblos y saquear continentes, se entregaron á una pereza insólita. Cruzaron los brazos, y se pusieron á dormir siesta mientras los pueblos industriales, enviándoles artefactos que ellos no querían producir, les arrebatában el oro que habían pillado en América. Las naciones vecinas adelantaron en el arte de la guerra, y quitaron á los tercios españoles su fama de invencibles. La liga de los pueblos protestantes los arrojó de Alemania, y el espectáculo del espíritu humano emancipado hizo rugir de cólera impotente al fanático Felipe II. En vez de seguir á la Europa en sus evoluciones de progreso, por el camino de las ciencias y de la industria, el pueblo español levantó monasterios y se refugió en las iglesias. Los judíos y los moros eran los únicos que trabajaban en España, y los hidalgos, no pudiendo sufrir esa piedra de escándalo, los arrojaron lejos de sus playas. Su ociosidad no era absoluta: asistían á comedias de capa y

espada y á plazas de toros, leían libros de caballería y quemaban herejes.

Estos guapos chapetones y sus interesantes costumbres fueron el origen impuro de nuestra enfermiza sociedad. Soldados ignorantes y feroces, golillas ávidos y embrollones, clérigos fanáticos, después de allegar oro en nuestras comarcas con impaciencia febril, se pusieron á formar remedos de naciones. Cada una de estas clases inculcó una epidemia en nuestras costumbres: los soldados, el gusto por los gobiernos fuertes y el desprecio por las garantías civiles: los golillas, la chicana, los enredos y la pasión por pleitos interminables; y los clérigos, la intolerancia y el fanatismo, que habían bebido en la inquisición y en los monasterios españoles.

Pereza, fanatismo, intolerancia, hipocresía: he aquí el cuadrilátero de vicios que, para oponerse al progreso y á la civilización, dejaron en nuestro país los españoles.

Nosotros no hemos dado nunca importancia cardinal á la cuestión política. Bajo todos los gobiernos, con tal que haya seguridad para la industria y alguna libertad civil, la sociedad puede marchar sin dificultades ni embarazos. Si las garantías y la libertad son completas, tanto mejor; pero tenemos el ejemplo de muchísimos pueblos con instituciones menos avanzadas que las nuestras, donde hay riqueza, bienestar y dignidad; al paso que entre nosotros la sociedad se muere de concunción y de atonía.

El mal está en nuestras costumbres. Éstas en política, en religión, en industria son mezquinas y absurdas.

¿Qué se adelanta con hacer buenas leyes si no se ejecutan; con formular constituciones liberales, si no hay patriotismo ni honradez en los encargados del poder público? ¿De qué sirve la libertad de la prensa si las masas no quieren leer, y si carecemos de opinión pública y de un pueblo digno que reclame y sostenga sus derechos? El sufragio universal la más alta conquista que haya podido hacer la democracia, no es sino una farsa que hacen representar á la multitud degradada por la ignorancia y la miseria. La federación, llamada á simplificar y resolver todas nuestras dificultades políticas y económicas, ha venido á ser una burla por falta de honradez en el Gobierno y de valor en los Estados. El espíritu de partido y de bandería ha falseado tanto la moral pública, que se ha

perdido toda idea de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, con tal que se trate de hacer daño á nuestros adversarios ó favor á nuestros amigos. Se ha puesto de moda en política una moral insensata, que consiste en estar con los nuestros con razón y sin ella; y los gobernantes violan con igual cinismo tanto su palabra de 'caballeros, como su juramento de cristianos.

¿Cómo fundar la República y consolidar la libertad con semejantes pueblos y semejantes costumbres?

Nuestra pereza importada de Iberia continúa al orden del día. Da grima ver los adelantos hechos durante la República. Se ha sembrado pastales y hay un poco más de agricultura; pero éste es resultado forzoso del aumento de población y de consumo. La única industria de alguna importancia que se ha creado en el país es la del tabaco, debida al carácter tenaz y emprendedor del señor Francisco Montoya; pero este ciudadano, tan distinguido por su genio industrial como por su carácter elevado y filantrópico, después de esfuerzos heroicos tuvo que sucumbir, arruinado en gran parte por los usureros y por la guerra mezquina y desleal que le hicieron muchos capitalistas del país.

Muéstrenos un camino de alguna importancia, un puente, un banco, una penitenciaría, algo que manifieste actividad, energía y progreso después de la independencia. Hay poblaciones, y territorios inmensos, donde en veinte años no se ha construído una habitación ni derribado un árbol. Algunos Estados, al paso que van, dentro de pocos años sólo contendrán parcialidades errantes, fuera de la vida civil. Y de esta pereza transfundida en nuestra sangre brotan como de una fuente impura infinidad de vicios perniciosos. La afición á la usura, en último análisis, no es sino la pereza española aplicada á los negocios. Todos los que por cualquier medio consiguen algún capital se refugian en las ciudades y se entregan á las delicias del agio. La usura suprime los viajes, las fatigas, el sol, el trabajo, el pensamiento: sin riesgo y sin esfuerzo gana de día y de noche, gana siempre. Como el interés es tan alto y la especulación tan fructuosa, ningún usurero la abandona para lanzar su capital en especulaciones nuevas, que pudieran abrir al país fuentes de riquezas. Pagando interés tan subido, apenas el esfuerzo de casi todos los ciudadanos que trabajan con dinero á rédito alcanza para cubrir sus créditos, después de henchir

las cajas de los Harpagones perezosos. Estos caballeros absorben todos los esfuerzos de la industria, y van formando calladito un feudalismo poderoso.

De esa repugnancia á la fatiga y al movimiento nace también la abundancia de tenderos y menudeadores, ocupados en oficios de mujeres, y la falange de rúbulas y abogados, que viven de embrollos y de enredos; también el juego, el petardo y la corrupción de nuestras ciudades. De esta pereza por una parte, y de la avidez de goces por otra, surgen naturalmente en las grandes poblaciones la prostitución y el crimen.

La intolerancia y el fanatismo religioso son todos los días más exagerados y agresivos. Nosotros, como nuestro ilustre amigo el señor Murillo, no discutimos el catolicismo. Con tener por fundador á Jesucristo y por base el Evangelio basta para que nos inclinemos delante de él. Pero lo decimos en alta voz: el clero granadino, en su generalidad, no ha imitado á Jesucristo ni ha comprendido el Evangelio. En un país nuevo y en pueblos candorosos y sencillos, la Iglesia, que oye todas las palpitaciones de la sociedad y sigue paso á paso la vida del hombre, hubiera podido ejercer la más santa y benéfica influencia. Ella, ligada con la libertad, podría haber redimido al pueblo de su crasa ignorancia, difundido ideas generosas, sentimientos elevados, purificado las costumbres, fundado la moral pública. Pero en lugar de ponerse á la cabeza del pueblo para levantarlo y protegerlo, siguiendo la rutina española y las tradiciones romanas, una gran parte del clero se ha entregado á la vida estéril y ociosa de los conventos, y la otra á explotar preocupaciones y á buscar dinero, embruteciendo al pueblo en vez de enaltecerlo. Algunos pastores conocemos llenos de amor por sus semejantes, pobres, de vida humilde y corazón puro, cuyas virtudes nos inspiran el mayor respeto; pero éstos son por desgracia honrosas excepciones.

Y como si el catolicismo no fuese una institución muy poderosa, base de nuestras costumbres y consustancial con nuestra vida, todavía el clero tiembla delante de la débil competencia de un pobre ministro protestante, y azuza las iras populares contra las manifestaciones públicas de cualquiera otra religión. ¡Cuándo tendremos inmigración, industria y capitales extranjeros con esa intolerancia salvaje! Que el clero beba á grandes tragos en la purísima fuente del Evangelio, y lleve á todas las clases las elevadas enseñanzas de este

libro divino : que renuncie á la codicia, á la concupiscencia, á las vanidades y ambiciones humanas : que sea el maestro de los ignorantes, el amigo de los pobres, el consolador de todos los dolores, y, conquistando con sus virtudes la veneración pública, deje que levanten templos protestantes, mezquitas y sinagogas.

Nuestras costumbres hipócritas y gazmoñas oponen también dificultades al progreso de las artes y la literatura, y á las discusiones científicas y sociales. Un periódico de medicina que analizara ciertas enfermedades de que al pueblo conviene precaverse, estudios de costumbres que expusieran con franqueza las llagas sociales, serían imposibles entre nosotros, merced á esa pudicia mentirosa del público. Y si esta susceptibilidad respecto á la palabra escrita emanara de inocencia de corazón y de verdadero pudor, sería una delicadeza que nosotros respetaríamos ; pero todo es falsedad y apariencias : los mismos y las mismas que estilan conversaciones las más libres, y cometen acciones de una moralidad hipotética, y devoran con deleite pecaminoso novelas francesas obscenas y calenturientas, al ver una pintura que no esté vestida hasta los ojos, ó un artículo de costumbres que revele con sinceridad los vicios groseros de la sociedad y el desarreglo de las pasiones humanas, se ruborizan como jóvenes vestales, y se apandillan para gritar ¡escándalo! Se nos parecen á esas *lady's* inglesas que, después de pasar la noche en brazos de un amante, se tapan los oídos al oír la palabra *calzones*.

Si alguien trata una cuestión religiosa, ó discurre sobre las costumbres del clero, aunque no toque al dogma ni á Dios, al momento los fanáticos y la turba-multa de fariseos gritan ¡escándalo! ¡sacrilegio!

Si un economista ó un filósofo, por amor á la humanidad y animado de las más rectas intenciones, anuncia alguna teoría que se separe de las rutinas tradicionales, en vez de probarle que está equivocado y entablar con él una polémica decente, escudriñan su vida privada, y le prodigan insultos, y arman escándalo, y le gritan que es corrompido, ladrón ó comunista.

Escribid que los conservadores representan los principios tutelares de la religión y de la familia, que el clero granadino es inmaculado, que los filósofos del siglo XVIII fueron bandi-

dos, que los gobiernos fundados sobre la fuerza son excelentes, las vírgenes del Funza una maravilla y nuestra sociedad una Arcadia, y os dirán que sois una lumbrera. Escribid pamplinas y todo el mundo estará contento.

Nosotros creemos que ni á los hombres, ni á las mujeres, ni á los pueblos, ni á los gobiernos les conviene la adulación. Somos mejores amigos de las mujeres diciéndoles verdades austeras, que pulsando la lira para incensarlas con endechas y madrigales. Nuestra sociedad no es enteramente compuesta de corderos para arrullarla con los sonidos del caramillo y la poesía bucólica. Delante de un público tan asustadizo y de tan exagerada gazmoñería, en nuestra calidad de humildes escritores de costumbres hemos pasado fatigas infinitas con la pluma en la mano, no por falta de cosas qué decir, sino meditando lo que debíamos callar. Tenemos pues que la libertad de imprenta está escrita en las leyes, pero no existe en las costumbres.

(De EL TIEMPO, número 257, de 29 de Noviembre de 1859.)



UNA AVENTURA EN EL MAGDALENA

Una de las cosas más difíciles que hay, con voluntarios entusiastas é impacientes, es hacer campañas á lo Fabio, lentas y estratégicas. Así, á nuestro ejército en el Magdalena, lo que más lo atormentaba era el tedio: los unos recordaban las verdes praderas del Cauca, y los otros las risueñas comarcas del Funza. Todos querían abandonar esas playas ardientes, habitadas por los insectos y la fiebre. El primer toque de marcha hacía temblar de placer á jefes, oficiales y soldados, y la perspectiva de una batalla era una verdadera felicidad.

Sólo la voluntad de hierro del General Mosquera podía

dominar esa impaciencia belicosa y ese aburrimiento mortal. La mayor parte creía en el ejército, que era juego de niños tomar á Bogotá, defendida por las empinadas cordilleras de los Andes y seis mil soldados. El General Mosquera, sin curarse de habladurías ni de murmuraciones, plantaba la tropa largas temporadas, ora en Piedras, ora en Méndez, ora en el Raizal, y con esa poderosa actividad que nadie posee en el país sino él, formaba de elementos heterogéneos un ejército compacto, disciplinado y formidable.

Y ¿qué tanto me aburriría yo, que mi eterna é incurable enfermedad ha sido el tedio? Entonces no tenía posición oficial en el ejército; apenas era un beligerante aficionado, un faccioso *in partibus*. Mientras llegaba el suspirado día de una batalla ó de marchar sobre Bogotá, solía hacer mis escapadas á los campos ó poblaciones limítrofes, en busca de distracciones, á merodear aventuras.

En un poblachón de éstos, cuyo nombre interesa poco al lector, tuve algunos días de residencia, sin más diversión, al principio, que dormir de noche en cama, y de día en la hamaca, bañarme, comer sancocho y responder á las interpe-laciones de los calentanos, que á todas horas me atosigaban pidiéndome noticias. Á los tres días pensaba regresar al ejército, pues aquella monotonía era peor que el tedio de los campamentos, cuando di con un cachaco de Bogotá, que habitaba un campo vecino, y que esperaba como yo los acontecimientos para incorporarse al ejército.

Pertenecía á la raza genuina de cachacos, bohemios por excelencia, que viven en Bogotá, como las aves, por la voluntad de Dios. De éstos que, como Alcibíades, se entregan á los placeres en Lidia y comen salsa negra en Lacedemonia: sibaritas en Bogotá, sufridos como un negro en la campaña, visten bayetón en Ambalena y ropa de lino en Santa Bárbara.

—Y bien, Leopoldo, ¿qué vientos te traen por aquí?

—Estaba insufrible la vida en Bogotá, y me he venido á buscar emociones por estos mundos. En la Rosa-blanca jugaba mis partidas de dominó, callado como un discípulo de Pitágoras, y no podía hacer oposición, que es mi elemento. Propalar chispas, inventar noticias, caricaturar á los Generales, reirme en los corrillos de esa ilustre nulidad que llaman don Mariano Ospina, ésta es mi vida. Qué diablos podría yo hacer en Bogotá, metido á súbdito sumiso, á pacífico ciudadano?

—Y sin convicciones ni comprometimientos anteriores, vienes á buscar un balazo, nada más que por divertirme?

—Cabal: cuando tenía diez y seis años acompañé al General Franco al Sur, y después de furibundos combates regresé ileso de las breñas de Pasto. Soy enemigo neto de los gobiernos y de las opiniones dominantes. En los Estados Unidos sería mormón, en Turquía me afiliaría á la secta de Alí, en la India sería budista, y aquí soy simplemente faccioso. Maldito el entusiasmo que yo tenía en las contendas actuales, pero de tanto oír al clero echar anatemas y rogarle á los santos contra los impíos, y á hombres y mujeres gritar; mueran los ladrones! resolví echar mi espada en la balanza á favor de los ladrones y de los impíos. Has de saber que á mí me desagradan todos los gobiernos, especialmente los gobiernos legítimos.

—¿Y no te hacen mucha falta las tertulias y las hermosas de Bogotá?

—Las mujeres en Bogotá han dejado de ser mujeres para convertirse en beligerantes. Han renunciado á los placeres y hasta al amor, para dedicarse á la política. La mayor parte de mis paisanas, antes benévolas, cultas, amables y compasivas, hoy tienen pasiones de infierno. Muchas de esas bellezas risueñas, que parecían inofensivas, tienen odios implacables, y no respiran sino sangre y exterminio, como si en las filas contrarias no contaran muchos amigos y no fueran todos prójimos y hermanos. Y lo gracioso es que las mujeres, criaturas esencialmente aristocráticas, hayan desarrollado un entusiasmo digno de mejor causa por sostener un gobierno de indígenas y mulatos, siendo así que el General Mosquera es patricio por sangre, *gentleman* por carácter.

—Y tú que tienes una imaginación tan fecunda, descúbreme por Dios un pasatiempo, adivíname una distracción.

—Juega tute con el cura.

—Ya lo he intentado y me duermo á la segunda partida.

—Te gustan las mujeres?

—Así, así, como á todo hijo de vecino. Pero entre estas calentanas color de totuma, cotudas unas y casposas otras, no veo mujer posible que pueda tentar á un hombre honrado.

—Á media legua de aquí vive una muchacha que es una maravilla, pero tiene algunos inconvenientes.

—Cuáles?

—Es orgullosa y soberbia.

—No me disgusta que una bonita muchacha tenga para su gasto algunos pecados capitales.

—Y en política anda muy mal

—Es goda?

—Godísima.

—Esto complica la situación; pero al fin ¿qué antecedentes sabes de su vida?

—Tuvo amores con un oficial pastuso, que murió á consecuencia de haber sido herido en Segovia, y está muy melancólica.

—¡Magnífico! Una mujer que ha perdido un amante y está triste, es como las tierras baldías, pertenece al primer ocupante. Y ¿cómo se llama ese tesoro?

—Felina, y la madre Casilda.

Ese mismo día, como á la una de la tarde, emprendimos viaje á visitar á esas damas.

La casita que habitaban estaba escondida entre palmeras, naranjos y un inmenso tamarindo. ¡Bendito sea Dios! dije para mí, que ya encontré en este Alto Magdalena alguna persona de sentido común, que comprendiera que los árboles suavizan y refrescan la atmósfera, y son la poesía y la providencia de las tierras calientes. Los calentanos se pieren por vivir á la pampa; no quieren que los árboles les defrauden ni un solo rayo de sol.

La señora Casilda, que ya conocía á Leopoldo, nos recibió muy atentamente. Ésta es una calentana larga como un palo de escoba, inclinada hacia adelante bajo la pesantez de un coto bastante respetable. Mostrónos la casita sumamente limpia, con el correspondiente retrato de don Mariano en la sala. Al frente de la entrada había un pequeño corredor, defendido del sol por una masa flotante de verdura, compuesta de *bellisimas*, la reina de las enredaderas, y de jazmines blancos, la más aromática de las flores. Allí era el costurero de Felina, por la cuál preguntamos y nos dijeron que estaba en el baño.

De repente se presentó en el corredor envuelta hasta más abajo de la cintura en una cabellera negra y naturalmente rizada. Sus ojos, verdaderos ojos de calentana, deslumbraban, como en una noche oscura una linterna de reverbero. El color de su cara es entre perla y cobre, terso, brillante, de esos colores que la sabia naturaleza da á las bellas mujeres de esos climas, adorno y defensa á la vez, pues sobre ellos resbala,

como sobre una lámina de metal, la picadura de los insectos y los rayos del sol. Dad á una de estas mujeres el cutis delicado y el color de leche y de carmín de nuestras bellezas del Funza, y á los seis meses estaría hecha un espantajo. Ese color amortiguado de Felina, parecía causado por la acción constante de una llama interior. Tenía boca grande y labios gruesos, indicio de arrogancia y sensualidad, y para colmo de diablura, en esa boca fresca y colorada como la fruta del granado, asomaban unos dientes, que parecían gotas de rocío cristalizadas. Su ancho pecho descansaba sobre una cintura indecisa, y la riqueza plástica de su formas, que se adivinaban al través de un ligero traje de muselina, completaban esta armónica y distinguida figura. Sea por sencillez, ó talvez por refinada coquetería, no usaba crinolína, que ahoga completamente la belleza de las formas, y que en una mujer gorda es una redundancia ridícula, un pleonasmo insufrible.

Esa belleza apasionada y arrogante perdida entre esos andurriales, me causó, como es natural, la mayor sorpresa. Pidiéndonos que le dispensáramos lo descuidado del vestido, y nos ofreció para refrescar el calor, agua de coco y leche de cabra, con la sencillez pastoril de las Rebecas bíblicas. Hicimos tertulia en el corredorcito de las bellísimas y de los jazmines: me sentí alegre é inspirado en medio de esas flores perfumadas, y teniendo al lado á una hermosa mujer. Lancé mi fantasía en todas direcciones y convertí la conversación en fuegos artificiales, procurando indagar á qué corriente se inclinaba esa hija de Eva. Le hablé del amor bajo las ceibas, en el desierto, á los rayos de ese sol, en medio de esa naturaleza ardiente, y este idilio salvaje no encontró en ella ninguna simpatía.

—No me hable usted de países como éste, tan llenos de luz y de calor; yo detesto al sol.

—Y usted que ha nacido como los diamantes para deslumbrar las miradas, para brillar al sol de nuestras ciudades, ¿no desea la vida de Bogotá?

—Esas bogotanas tienen mucha letra menuda, y yo soy una campesina inculta; se reirían de mí. Estoy condenada á vivir y morir bajo estos árboles, en este clima abominable. Y tenía esperanzas de irme á otra parte.

—Si quiere irse para Pasto conmigo, estoy á sus órdenes.

—¿Cómo es eso?

—Sí, señora, yo soy pastuso.

—¡Pastuso!

—Hermano de Francisco Zarama. Del ejército de Jacinto Córdoba vine en comisión donde el General París, me cogieron en Segovia y estoy libre bajo palabra de honor que di al General Mosquera.

Comprendí en el acto que había herido en lo vivo y me había colocado en un terreno sólido. Decididamente la niña se inclinaba por la vía de Pasto.

—Me hace reír usted con sus propuestas. Y ¿es cierto que Pasto es tan bonito y tan frío? ¿a mí sí que me gusta el frío.

—¡Ah! es una tierra encantadora, fresca, abundante, donde la vida es fácil y tranquila.

Me apretó la mano con efusión al despedirme, y me dirigió una mirada luminosa como la esperanza.

—¡Bravo! ¡bravísimo! me dijo Leopoldo; has tenido una inspiración feliz. Le deseo una semejanza al General Mosquera cuando se encuentre delante del enemigo. Su primer Amadís debe haberle dicho muchas tonterías sobre la vida de Pasto, que han hecho una viva impresión en esa naturaleza primitiva: Felina no cree que haya felicidad sino en la tierra clásica de Noguera y del padre Villota.

—Me da pena pasar por lo que no soy, y engañar á esa pobre muchacha.

—Acuérdate que su confesor le dijo á Felipe II una vez que éste sintió escrúpulos de conciencia: "Si V. M. tiene conciencia, déjese de conquistas y quédese tranquilo en su palacio." Esos escrúpulos le harían honor á una monja de Santa Clara. Qué es el amor? Qué es la política? Qué son los negocios? Qué es la vida sino un cambio mutuo de mentiras recíprocas? Sobre el engaño y la ficción descansan todas las evoluciones sociales. Y con esa candidez de colegiala te metes á beligerante y á faccioso. Por ventura un financiero, un hombre de Estado, un conquistador podrían hacer algo de provecho, si no engañaran á los tontos, es decir, á las multitudes, suministrándoles apenas la verdad en cantidades homeopáticas?

Estas razones me parecieron tan sólidas, que resolví seguir adelante la comedia.

Leopoldo me suministró toda su geografía pastusa y datos sobre las localidades, las costumbres y las personas de esas comarcas montañosas.

Seguí visitando á Felina á todas horas, y con mi triple carácter de pastuso, de proscrito, y de godo encontré un acogimiento admirable. La abuela Casilda aborrecía á los rojos y formábamos exquisitos planes de guerra y destrucción contra esa raza impía. No hay como las mujeres para aborrecer con gana cuando aborrecen. Cuando las tienta el demonio de la política, se convierten en hienas. En vez de presentarse como ángeles de paz y de misericordia para mediar en estas luchas entre hermanos, renuncian al verdadero carácter de la mujer, que es la simpatía y la benevolencia, entregándose á furores insensatos por cuestiones políticas que generalmente no entienden.

Felina se encantaba oyéndome contar mis aventuras de guerrillero, cuando en compañía de Patiño y de Julio Arboleda hacíamos cruda guerra al gobierno tiránico del General López. Su cabeza no comprendía felicidad ni poesía, sino en los países montañosos y helados. Por una extravagancia de esa imaginación enferma, la vegetación, los horizontes, la luz, el sol y hasta el cielo esplendoroso del Magdalena le parecían enfadosos y feos. Yo exploté aquella manía con el entusiasmo con que un minero persigue una veta de oro puro. Resolví que en Pasto jamás se veía la cara al sol, y que el árbol más atrevido que se encontraba era el frailejón: que allá vivía uno envuelto en nieblas, como los héroes de Osián, oyendo rodar las avalanchas, paseándose al borde de los ventisqueros. Felina, sudando de calor, no soñaba el amor sino entre el hielo y yo le hacía de Pasto y sus montañas unas descripciones capaces de hacer tiritar de frío á un calenturiento.

Aquella mujer cuyo corazón estaba entero, é ignoraba la estrategia parlamentaria de las mujeres de la sociedad, amaba como las naturalezas primitivas, sin regatear su amor ni imponer condiciones. Llevarla á Pasto era la única *sine qua non*. Yo no tenía más que estirar la mano para coger esa flor maravillosa; pero como probablemente no he nacido para diplomático, conquistador ni hombre de Estado, volví á mis escrúpulos de marra, á la manía de la lealtad.

Cómo voy á engañar á esta pobre muchacha, decía para mí: voy á decirle la verdad; si antes tenía su amor, ahora conquistaré su estimación.

Cuando á uno se le ocurre una idea feliz la discute y vacila; si es una tontería, la cumple en el acto. En la misma

noche en el corredor de los jazmines, después de haberla dicho mil necedades galantes, fui muy orondo á dar el golpe de gracia á su corazón revelándole el gran secreto.

—Quiero ser franco con usted, la dije, no soy pastuso sino antioqueño.

—¡ Antioqueño !

—Sí, señorita, y no creo que pierda nada en el cambio : tan adorador suyo es el uno como el otro. En Antioquia también hay montañas donde necesita uno diez cobijas para arroparse.

La niña se levantó como un resorte, y corrió para donde la mamá que estaba en la sala, diciéndole con el aire más despa- vorido :

—¡ Mamá, es antioqueño !

Y aquel grito tenía tal acento de admiración y de despecho que equivalía á decir : es un rinoceronte, un troglodita.

Tuve vértigo, y me vi perdido. Mentecato ! ; mil veces mentecato ! dije para mí, por creer que la verdad sirve para algo en este mundo.

Quise *esponsionar* con la niña y no me dió audiencia. Al otro día me mandó á decir con la mamá que no quería verme y estaba todo concluído entre nosotros.

De esta aventura, ó sea percance, saqué en limpio dos cosas. La una, de que ya tenía sospechas, es que si hay riesgo en decir la verdad á los hombres, es peligrosísimo decirla á las mujeres ; y la otra, que no sospechaba absolutamente, que un pastuso vale más que un antioqueño.

(De EL TIEMPO, número 306, de 29 de Octubre de 1861.)

IMPRESIONES DE UN VIAJE AL CAUCA

I

Salimos de Ibagué el día no recordamos: las fechas no son nuestro fuerte, ni sabemos para qué sirvan. Si se perdieran todos los calendarios, y se confundieran las fechas y el curso del tiempo, habría dos gremios felices: los que debemos plata á los ingleses y á los bancos, y las mujeres: todas se declararían nuevecitas, ninguna pasaría de veinticinco años.

Ibagué es un rincón del mundo, de donde se sale con pena y al cual se vuelve siempre con placer. Está situada sobre un plano inclinado, continuación suave del Tolima, con vistas pintorescas, verdes, accidentadas, llenas de calma, refrescantes para la mirada y el espíritu. Tiene el complemento obligado de toda naturaleza simpática, que es aguas cristalinas y ríos que murmuran. Su clima es dulcísimo, siempre refrescado de noche por brisas que bajan de los nevados del Tolima y pasan sobre la ciudad como una caricia de la naturaleza. Agréguese á esto que está situada á una jornada del Magdalena, á donde se baja por una planicie amena que convida á los carros y coches á rodar solos. Con sociedad talvez la mejor del Tolima, donde las pasiones son calmadas, no hay cóleras políticas ni religiosas y se vive despacio, es un refugio como mandado hacer para los que estamos fatigados con las luchas de la vida.

Ibagué es un distrito inmenso: tiene á retaguardia el infinito del Quindío, que se está llenando de población antioqueña; ésta pone dehesas y cría cerdos en grande escala, inunda con ellos los mercados del Magdalena y los lleva hasta La Mesa y Bogotá. Su producción de panela y azúcar es importante. Sus campos nunca carecen de humedad y lozanía, jamás se pierden las cosechas, y es la despensa de los pueblos del Magdalena en los veranos prolongados. Á esto se agrega sus abundantes y vigorosos filones de minas de oro, de que están cruzados los cerros adyacentes. Está llamada á ser una

ciudad importante, aunque no fuera más que como retiro fresco, donde pueden encontrar agrado y sociedad civilizada las familias ricas que se queman en los llanos del Magdalena. Y diciendo todo nuestro pensamiento : en Cundinamarca, Boyacá y Tolima, después de Bogotá, lo único que hay habitable es Ibagué.

Olvidábamos el viaje. El lector no busque en esta relación fechas, itinerarios, puntos cardinales, descripciones minuciosas, estadística, unidad, ni estudios científicos, pues no tenemos la desgracia de ser sabios. Abundarán las digresiones, y sólo nos atendremos á consideraciones generales y á las impresiones que nos causen de paso los hombres y las cosas.

La salida de Ibagué para el Quindío es de lo más pintoresco. Se baja de la planicie en que está la ciudad al Combeima, que arrastra ruidoso y murmurante sus aguas frías y puras en un vallecito por demás risueño entre verdes colinas. Ese río es tan reparador que entra cualquiera en él por la mañana con fatiga y malestar, y sale con el cuerpo alegre, ligero, con ganas de almorzar. El doctor Vargas Reyes dijo que no comprendía cómo podían morirse los que se bañaban en el Combeima.

Se pasa el río por un elegante puente de hierro como hay muchos en el Estado, obras por cierto de alto honor para los gobiernos del Tolima, que han podido construirlas con rentas muy moderadas, mientras otros Estados, teniéndolas abundantes, no han podido hacer uno solo. El Tolima es el Estado en que se ven gobiernos honrados, patriotas y decentes. El actual del señor González es una especie de oasis, en que la mirada del patriota descansa del espectáculo triste de tantos gobiernos entregados á la ambición, la violencia, la intriga y el escándalo.

El Quindío como vía, como camino nacional es una cosa sin nombre. Dicen que Bolívar nombró una vez al General Murgueitio gobernador del Chocó, encargándole le hiciera una pintura del país. Este General, hombre de poca prosa y de laconismo espartano, envió á Bolívar la siguiente descripción :

—¡ Chocó ! el país del horror.

Eso pudiéramos decir de esa huella de dantas, de esa continuación de saltos, hoyos, rodaderos, fangales y diabluras que llaman camino del Quindío. Es una vergüenza, para el país

y para todos los gobiernos que hemos tenido de treinta años para acá, el abandono de esa vía, habiendo allende el Quindío 500,000 habitantes y la mitad en territorio de la República. No sabemos que en este siglo se le haya compuesto sino una vez, con seriedad, por un gobierno conservador: los gobiernos liberales han visto esa importante vía con indiferencia criminal; y siendo un camino muy bien trazado, la mayor parte por terreno firme, con siquiera rozarlo y ponerlo al sol, con poco gasto y pequeño esfuerzo, la muy corta distancia entre Ibagué y Cartago se reduciría á tres pequeñas jornadas cómodas y agradables.

Alguien nos ha referido que el doctor Rafael Núñez contaba la siguiente aventura, que le aconteció en Antioquia viniendo de la Convención de Rionegro.

Hacía mucho invierno y el camino estaba horrible; sobre un fangal vió un sombrero; mandó al paje que lo recogiera; verificado lo cual asomó la cabeza de un hombre debajo del sombrero.

—Saque á ese pobre diablo, dijo al paje el doctor Núñez.

Apenas fué sacado el malhadado caminante, se dirige al doctor Núñez y le dice:

—Señor, sáqueme mi mula que está debajo.

Muchas aventuras encontraría hoy el señor Núñez parecidas á ésta si viajara por el Quindío.

Pasando el Combeima encontramos un cargamento de útiles telegráficos que el gobierno enviaba de Bogotá para el Cauca. Como nuestra misión es decir verdades, no podemos menos de manifestar que en la administración de este negociado es donde nuestros gobiernos se ostentan peores administradores y que carecen en absoluto del sentido práctico de los negocios. Todos los días vemos pasar por Ibagué cargamentos de aisladores y de ácidos en vía para el Cauca, que de Barranquilla han ido á Bogotá, y de ésta al Cauca, hasta Cali y Buenaventura, atravesando á lomo de mula media República y cuadruplicando los gastos. El solo sentido común indica que los útiles telegráficos para el Cauca deben introducirse por Buenaventura; que debe mantenerse un depósito en Cali, y que los que demanden los telégrafos del Tolima y líneas que siguen para Antioquia y Cundinamarca, exigen un depósito en Honda.

Al gobierno le cuesta un disparate el telégrafo por el sistema de empleados y de administración. Por medio de con-

tratos con particulares, no para hacerse cargo de las oficinas sino del sostenimiento de las líneas, de seguro le costaría la mitad y estaría mejor servido.

El Quindío, á pesar de ser un camino horrible, ofrece compensaciones para nosotros que somos hijos de las montañas, y para quienes la vida de los bosques tiene mucho atractivo. Somos un poco iroqueses y por cierto pudor no cargamos flechas. Pero la vida de las grandes ciudades y de los países muy reglamentados, después de cierto tiempo nos es insufrible. No podemos vivir donde el campo no esté cerca de nuestra casa. Necesitamos un río inmediato, árboles, praderas donde acostarnos á fumar por las tardes. En Nueva York intentamos satisfacer este antojo en el Parque Central, pero siempre encontramos vigilantes que impedían traspasar los senderos obligatorios. Navegando para Inglaterra en el Canal de la Mancha, por excepción no íbamos mareados, y no habiendo nadie sobre cubierta encendimos inocentemente el cigarro, cuyo humo se llevaba sin demora la brisa del mar. De repente salió de una escotilla un diablo de inglesa y nos echó una peluca de lo bueno. Las inglesas no tienen sino dos pasiones: beber te y aborrecer el tabaco.

La tentación de fumar bajo los árboles sentados sobre la yerba nos perseguía en Londres. Hacía un tiempo excepcional, caliente y lindísimo, y se apoderó de nosotros la nostalgia de los árboles y de la naturaleza. Convidamos un domingo á nuestros amigos Antonio María Pradilla y Eusebio Otálora á pasar el día en el campo, y después de andar en coche, en ferrocarriles abiertos, y en ferrocarriles subterráneos, logramos verle el fin á esa ciudad infinita, y nos refugiamos en una pradera deliciosa, que parecía destinada para el público, donde había árboles frondosos y jardines con flores. Encendimos un puro de Cuba y nos sentamos felices á fumar bajo un árbol. Pero cuando menos lo pensábamos se nos pone por delante un inglés con la cara inflada de sangre color de remolacha, con un cuello de camisa de media vara de alto, y nos dice indignado:

—¡Aquí no se fuma!

—Y ¿á quién molesta el humo? le respondimos en mal inglés.

—Á las flores, nos replicó el hotentote.

—¡Oh! gran bestia del apocalipsis, le dijimos furiosos, pero

en castellano para que no entendiera. Maldita sea esta isla con vuestra civilización tan salvaje y vuestra vida tan reglamentada é insufrible. Ojalá que los fenianos, los socialistas, los comunistas, los dinamitistas, los proletarios coléricos y hambrientos, todos los monstruos que fermentan bajo vuestra decantada civilización, os devoren. ¡ Viva nuestra América libre, por pobre y salvaje que sea !

El Quindío no puede atravesarse sino con peones ibagueños, que conocen la montaña á palmos, formales, buenos arrieros y caminadores insignes. Nos tocó uno famoso, provisto de todas estas cualidades, y por añadidura decidor y divertido. Contaba cuentos de cacerías de dantas, aventuras con tigres, y aun nos dijo que una noche se había sentado sobre un espanto.

Cada rato encontrábamos rodaderos de animales, y en un punto donde había dos juntos nos dijo :

—Por aquí se rodaron dos bueyes con la carga.

—Pero, hombre, si hemos oído decir que los bueyes no se ruedan !

—Los médicos también se mueren, señor, pero el buey rueda con más talento, no se desnuca fácil como la mula.

En un contador—puntos claros y llanos donde se componen las cargas—nos dijo, después de quedar satisfecho del arreglo de las petacas :

—El hombre necesita trajinarse : hay algunos que llegan á viejos y no saben echar una encomienda. Hasta el ladrón necesita trajín, y si no que no se meta en el oficio. Para robar se necesita ser muy malicioso.

—Atrasado en cánones está usted ; en Bogotá hay gentes que roban sin malicia.

—Yo soy muy pobre, señor, en casa hay doce bocas, soy correísta desde muchacho, y tengo ya los huesos molidos, pero mi mujer es un fósforo, con cuatro reales hace un peso : tenemos yucas, arracachas, plátanos y cuarenta gallinas de vientre.

El verdadero Quindío, solemne y majestuoso, comienza en la segunda jornada, en Toche. De allí para adelante es donde se encuentran esas aguas de frescura y sabor inolvidables, esa atmósfera oxigenada que se aspira con delicia, y esa flora maravillosa de donde se han sacado para exportar millares de parásitas, que adornan los jardines de Europa.

El vallecito de Toche se atraviesa entre una alameda de árboles de flor de mayo, que no dejan ver hojas sino un mosaico de vivos y delicados colores. El paso del río Toche, donde con cuatro reales puede hacerse un puente, es hoy un torrente rápido y pedregoso, tanto que arrebató el macho de nuestro equipaje, y fué milagro que se salvara.

De este valle se emprende la subida al páramo del Quindío por faldas y contrafuertes, y por camino muy bien trazado; pero como hace muchos años no se da allí un barretonazo, ni se abre un desagüe, ni se corta una rama, la combinación de hoyos, saltos, fangales y malezas que se enredan con el viajero hacen penosísimo el tránsito. Á veces en invierno en medio de esos lodazales se apodera del viajero una especie de vértigo, y lo mejor es acudir al *recatón* antioqueño, echarse dos tragos seguidos de cualquier licor, y entonces como por encanto se anima la mula, desaparecen los peligros, y el viajero pasa fácil y ligero sobre esos barrizales, como Moisés sobre el mar Rojo. Quién sabe si este denodado patriarca antes de echarse sobre las aguas, no apelaría también al recatón antioqueño.

Por en medio de inmensas y majestuosas palmeras llegamos á la posada de las Cruces, ya sobre la cordillera. Después de completada la jornada tuvimos que residenciar nuestra humanidad, á ver si teníamos los ojos, las orejas y los huesos completos y en su lugar. Siéntese un gran bienestar como el del que sale sano y vencedor de una batalla; se toma el trago constitucional de brandi reparador, se enciende el cigarro, y viendo tendida una cama blanda y abrigada y una cena medianamente confortable, humedecida con media botella de bordeaux, vengan trabajos.

Molidos y asendereados se nos espantó el sueño: nos sentamos avanzada la noche en el corredor de la casa. Teníamos por delante altísimas palmeras inmóviles y un enorme árbol de flor de mayo. El cielo estaba tachonado de esas pálidas estrellas que se ven en las grandes alturas; nubes blancas revoloteaban en el espacio formando grupos caprichosos y círculos concéntricos. La luna al través de las palmeras derramaba sobre el suelo claridades y figuras fantásticas. Nada más solemne: á lo lejos se oía el rumor de los torrentes y esos mil ruidos vagos que son de noche como la respiración misteriosa de la naturaleza. De repente sentimos cierta somnolencia, y nuestra fantasía se entregó á las cavilaciones más extrañas: pareciónos que no

teníamos familia ni patria, que no pertenecíamos á ninguna civilización, á ningún agrupamiento humano; que no formábamos parte de esos seres orgullosos, impotentes y miserables que se llaman hombres, que carecíamos de personalidad, y que sólo éramos un fragmento, un átomo de la naturaleza universal, que, como una madre á su hijo, nos llamaba á su seno con poderosas fascinaciones. Y sentimos un inmenso deseo de acabar, de sumergirnos, de perdernos en el gran todo, como el animal, el árbol, la planta y la flor.

El ruido de un árbol caído nos despertó; hacía un frío glacial; antes de acostarnos nos calentamos con una copa de brandi, que ligada con el bordeaux ayuda á hacer un poco aceptable la vida en este pequeño planeta, como llamaba á la tierra el doctor Ricardo de la Parra.

II

En las soledades del Quindío no se encuentran otros pobladores que antioqueños: el antioqueño y las montañas son consustanciales, se buscan y se completan. En las faldas, en las hondonadas, en riscos que sólo parecen transitables por osos y dantas, veréis á lo lejos casitas con la obligada roza de maíz, enredaderas de frísoles, y esas enormes calabazas que llaman vitorias, que mezcladas con panela y leche son alimento agradable y forraje abundante y baratísimo para criar vacas y cerdos. El antioqueño adora las montañas nuevas, es decir, que tengan bosque primitivo: en busca de éstas emigran por millares á los desiertos del Cauca y del Tolima. La llanura les es antipática: acuden sin miedo á los valles del Cauca y del Magdalena, donde hay negocios y trato, como ellos dicen; pero la casita de la familia, el hogar, lo forman siempre en las montañas. Es increíble la inquietud, la agitación, el poder expansivo de esa raza. En todas partes donde saben que hay minas, tierras fértiles, algo nuevo que explotar, allá corren por bandadas. Con frecuencia encontrábamos esos grupos de emigrantes, los hombres á pie, las mujeres en mulas, los niños llevados en canastos, y en bueyes el humilde menaje y las hachas y calabozos, que son sus dioses penates.

—¿Para dónde van, paisanos?

—Á Filandia, señor.

—Y por qué dejan su tierra ?

—Las tierras están cansadas en Antioquia, no cabemos. En Filandia dicen que hay mucho monte y da mucha comida.

Ya no sabemos cuántos pueblos antioqueños hay en las montañas del Cauca y del Tolima. Raza emigrante y cosmopolita, el consejo místico y enervante de la resignación no entra con ella : huir de la pobreza, mejorar de condición es su carácter distintivo. Aunque profundamente católicos, tienen el amor al trabajo y las pasiones enérgicas de los pueblos protestantes. Pero si hay algo superior á los antioqueños son las antioqueñas de las montañas. ¡Qué laboriosidad ! qué trabajo ! qué consagración ! ¡qué desvelos y fatigas para criar esas numerosas familias ! Desde horas antes de amanecer están en pie moliendo inmensidad de arepas, poniendo á cocer la mazamorra y los frisoles, haciendo el desayuno. El antioqueño, como el inglés y todas las razas trabajadoras, come mucho. Por la tarde oiréis en esos hogares el ruido monótono de la pilada de maíz : al acercaros veréis entregadas á esa prosaica tarea muchachas rubias, blancas, altas, lindas, de espalda ancha y partida como las doncellas romanas. Allí no hay vagar para la coquetería y los malos pensamientos.

¿ De dónde sale tanto antioqueño ? El último censo dió en Antioquia un increíble aumento de población : parece que hay cerca de medio millón de habitantes, y sin embargo ha dado emigrantes para formar muchos y grandes pueblos en las montañas de Antioquia y el Tolima y derramar población flotante en toda la República. Esas montañas de Antioquia son un criadero de gente sin igual, un gran laboratorio de vida humana.

Lo cierto es que esa raza fecunda, enérgica, cosmopolita, es una de las esperanzas del país y el factor más poderoso del progreso y la vida nacional.

En el Quindío que pertenece al Tolima, fuera de caseríos regados, hay como 3,000 antioqueños en las faldas y márgenes del Coello y el Amaime, y al otro lado de la cordillera, territorio del Cauca, habrá otros 3,000 en el pueblo de Salento. Estos tuvieron la mala idea de construirlo en unas colinas sin agua, estando á poca distancia el encantador valle de Boquía, lleno de corrientes cristalinas, con prados verdes lindísimos. Es tal la tranquilidad, la belleza, la frescura de ese vallecito,

que siempre que pasamos por allí nos provoca para clavar en el nuestra tienda de peregrinos y acabar en ese retiro nuestra vida errante.

Dos leguas más adelante están los antioqueños fundando el pueblo de Filandia, á la vapor como acostumbran hacerlo todo. Como cuarenta casas estaban construyendo á un tiempo : hoy está de moda emigrar á Filandia. Las casas las construyen con teja de madera, tablitas rajadas de cedro negro y de nogal, clavadas con puntillas de hierro ; techo ligero, más decente que la paja y menos sujeto á incendios. Nos refirieron que después de cortados los trozos, un hombre hábil rajaba hasta 3,000 tejas por día.

De allí para adelante se acaban los riscos, la faldas despeñadas, las tierras sin vegetación, y empiezan las montañas relativamente llanas, los guaduales pintorescos y la poderosa vegetación del maravilloso Cauca.

En el río de la Vieja, poco antes de llegar á Cartago, comienza la voracidad fiscal de que habla el señor Miguel Samper. El paso de ese pequeño río se hace en canoa, pero en los veranos casi todo el mundo lo pasa á vado. Sea de un modo ó de otro, el fisco cobra 20 centavos por carga, lo mismo que por el viajero á caballo. En ningún río del país, ni en el costoso puente de hierro que hay sobre el Magdalena, se cobra por este servicio más de 10 centavos : para un viajero es insignificante, pero para los pobres labriegos que llevan víveres á Cartago es una socaliña insufrible. Parece que en el puente de la Vieja, vía de Manizales, cobran 30 centavos.

La carga de zarazas de 160 kilogramos, por la que en Cundinamarca se le vuelve tan duro al comercio pagar \$7, en el Cauca paga \$16.

Y hasta el ganado, los caballos y las mulas, que es la verdadera, casi la única producción del Estado, y cuya exportación debía favorecerse, esos curiosos economistas gravan cada cabeza á la salida con \$3.50, y una vaca parida paga \$7, el 40 por 100 de su valor.

El Cauca es una especie de Paraguay económico, en que nadie entra ni sale sin dejar el pellejo.

Uno de los grandes beneficios de la revolución francesa fué suprimir las aduanas interiores de provincia á provincia. El Cauca y Antioquia, que tanto se necesitan mutuamente, se hacen implacable guerra de aduanas. Nuestra industria tan

abatida y nuestro miserable comercio reclaman ya una revolución contra esas aduanas.

Al transmontar una falda después de pasar el río de la Vieja, en las colinas que avecinan con Cartago, se encuentra el célebre campo de batalla de Santa Bárbara. El General Santos Gutiérrez con su clarísima visión militar, escogió admirablemente esa posición para una resistencia desesperada. ¡Hombre raro! nació guerrero. Es una de las figuras más puras, más honradas, más heroicas del liberalismo: su temprana muerte fué una calamidad. En los tiempos que alcanzamos de confusión de ideas, de casuitismo político y de relajamiento de caracteres la entereza de Gutiérrez, su liberalismo neto, puro, honrado, incontrastable, hubiera ejercido influencia tal vez decisiva en la política del país.

Las colinas que rodean á Cartago son bellísimas: el río de la Vieja que pasa cerca de la ciudad tiene paisajes encantadores. Cartago es ciudad antigua, estacionaria, aunque centro de un movimiento de cacao importante y con terrenos muy fértiles á su derredor. Es capital del municipio del Quindíc, que tiene grandes elementos de riqueza, muchos pueblos é inmensa población antioqueña en sus montañas.

La primera vez que estuvimos en Cartago, por allá en 1860, nuestro amigo Guillermo Pereira nos llevó á casa de su tío el señor Jerónimo del Castillo.

Pocos tipos de caballeros tan simpáticos como él hemos conocido: después su casa ha sido la nuestra. Nos mostró su caballo pintado llamado "el tigre," y nos dijo que ése era su caballo de batalla y en el cual arengaba al pueblo soberano. En épocas en que estaban en efervescencia esas terribles pasiones del Cauca, parece que don Jerónimo rompió una vez un discurso, convidando al pueblo á levantar una columna con muelas de conservadores.

Estas enormidades é intemperancias de lenguaje, dejan suponer que don Jerónimo tendría pasiones feroces. Al contrario, era excelente y tenía corazón de oro: en su casa encontraban refugio, cariño y protección todos los vencidos en las luchas políticas.

Tenía chispa y admirables ocurrencias. Una tarde estaban de visita en su casa unas señoras, ya entre dos edades pero todavía con pretensiones: al salir las acompaña don Jerónimo y les dice:

—Mis señoras, ¡qué bellos éramos nosotros hace cuarenta años!

Vivía siempre en repiqueteos con los antioqueños, aun teniéndoles muchas simpatías. Entonces no había en Manizales y esos pueblos sino una sociedad muy cruda. Un día nos dijo:

—Amigo, he hecho un descubrimiento.

—Cuál, don Jerónimo.

—Que el animal que más se parece al hombre es el antioqueño: esos desdichados bailan valse con bayetón y cigarro encendido.

Después de muerto don Jerónimo su casa ha continuado siendo la nuestra. Cuando vamos nos preparan un departamento como para un Obispo, y su excelente hijo José Jerónimo y su amable y simpática esposa nos colman de atenciones. Reciban estos amigos, nuestros más afectuosos recuerdos.

De la salida de Cartago hasta la hacienda de las Piedras del señor Bonifacio Zorrilla asombran la belleza y fertilidad de esas tierras; después el país sigue triste, despoblado, sin aguas. Al llegar al Naranjo se encuentran otra vez lindas praderas, cacaotales y plantaciones de caña de azúcar de una corpulencia asombrosa. Sorprende que con tantos elementos de riqueza ese pueblo sea tan desordenado y miserable, al menos de aspecto: sólo se ven casuchas desparramadas sin calles ordenadas, abandono y lobreguez. En esos caminos el viajero que no quería hacer penitencia tenía forzosamente, como sucede viajando en el Tolima, que cargar municiones de boca: hoy ha mejorado eso algo: ya se encuentran algunos recursos. Recomendamos la posada de la señora Elena Maquiavelo: no sabemos si es fuerte en política, pero su trato es amable y sus fritos muy socorridos.

Más adelante, en la Honda, encontramos otro campo de batalla, donde el General Henao, con fuerzas relativamente pequeñas pero disciplinadas, derrotó una enorme caballería caucana.

Ya escondiéndose el sol pasamos por allí, y más adelante, al traspasar una colina, los campos del Zarzal se presentaron á nuestros ojos como un deslumbramiento. Praderas verdes, salpicadas de grupos de arboledas de písamos, caracolíes y ceibas gigantescas; por todas partes triscando cabras y corderos; inmensidad de yeguas y ganado bajando por las colinas y sa-

liendo del bosque. Á lo lejos el sol se hundía tras las montañas del Chocó, en medio de celajes rosados : y toda esa naturaleza con sus brisas perfumadas, sus grupos de árboles umbrosos, sus praderas verdes cuajadas de animales, á la trémula luz del sol poniente, formaba un idilio encantador.

No muy lejos está la famosa hacienda de la Paila, que mide muchas leguas, hoy casi abandonada, propiedad de los señores Caicedos. En ella cabe una provincia. Los antiguos propietarios, señores feudales, tenían millares de animales é iglesia en la hacienda, y es de fama tradicional su carácter hospitalario : cuentan que en su casa había siempre camas tendidas para los viajeros que llegaban y, en caso de ir mal montados, caballos á su orden para continuar el viaje.

En seguida se pasa el célebre monte de Morillo, muy temido de los viajeros como refugio de bandidos : temores infundados. Nosotros lo hemos pasado infinidad de veces solos, y hacemos esta justicia al Cauca, aun después de las grandes revoluciones, como la de 1860, en medio de una descomposición social absoluta, en los caminos hay la mayor seguridad ; sólo tenemos noticia de un correísta asesinado y robado en estos últimos años cerca de Cartago, crimen cometido por bandidos antioqueños.

Pasado este bosque, un poco más adelante se encuentran los pueblos de Bugalagrande y San Vicente, poblachones como casi todos los del Cauca, de aspecto desgreado y miserable, sin calles arregladas, ni regularidad de ninguna clase. Los caucanos no tienen genio ni gusto para arreglar y construir pueblos, ni ciudades ; policía urbana no se conoce ; nadie toma interés por los asuntos colectivos.

En el río de la Paila nos dimos un baño delicioso. De aquí hasta Cali encontraréis esa multitud de ríos lindísimos, de aguas frescas, transparentes y puras, bajando de la cordillera ruidosas y murmurantes, con declive suficiente para regadíos y adaptables como fuerza para toda clase de maquinarias, formando un admirable sistema hidrográfico.

Tulúa, situada en medio de campos fertilísimos, capital de un municipio importante, es una población que parece abandonada, sin aseo, sin regularidad, sin policía y ninguna de las condiciones de la vida civil.

Más adelante encontramos la planicie con bellísimas colinas donde fué la batalla de "Los Chancos." Pocas batallas se

habrán dado en medio de una naturaleza más risueña y campos más apacibles y serenos. Las consideraciones estratégicas que determinaron el éxito de esa batalla, no son de nuestra competencia; pero sí vimos en conjunto que las huestes antioqueñas organizadas en una semana, crudas, sin disciplina, las trajeron á marchas forzadas al combate. La llanura marea á los antioqueños: hacía un verano y un sol horribles, y ese ejército de reclutas se fatigó ante la incontrastable resistencia de los batallones de Cali. La resolución de plantar en "Los Chancos" sin un palo de trinchera, en terreno abierto y despejado, sabiendo los atacaba un ejército más de dos veces superior, fué heroísmo del General Trujillo y de sus valerosos tenientes.

Depués hemos visto con tristeza el regateo de una pequeña pensión á la familia de ese General, gran ciudadano, que salvó varias veces la causa del liberalismo, que dejó su familia casi en la miseria, habiendo tenido mil ocasiones de enriquecerse, y á quien todo se lo deben los políticos que dominan hoy.

III

Cercade "Los Chancos" está el pueblo ó aldea de San Pedro, á un lado la hacienda del General Payán y en el camino una venta cómoda. Antes existían en ese punto tres ceibas frondosas, que desde lejos miraba el viajero con placer, esperando encontrar allí sombra y frescura. Tuvieron la infeliz idea de cortarlas. En el pueblo de "El Cerrito" había en la mitad de la plaza otra ceiba gigantesca, que también cortaron. En el Cauca hay pasión por destruir los árboles, que en esas llanuras incendiadas son una belleza y una bendición. Nada nos indigna tanto como esos iconoclastas de las maravillas de la creación.

Á Sonso llegamos por la tarde. Este es uno de los puntos más bellos del Cauca: allí también se dió una batalla, con que comenzó el drama prolongado y sangriento de 1860.

Teníamos impaciencia por llegar á Cali. En el paso de Latorre, que se hace en barca, nos detuvimos unas horas de jando pasar el excesivo calor y esperando, para seguir, la fres.

cura de la tarde. Por este camino y esta barca transita la principal exportación del Cauca. El barquero nos dijo que ya nada pasaba. Realmente da grima ver los caminos solos, sin tránsito de cargas, sin movimiento. Nada se exporta fuera de unos malos cueros, que no pagan la octava parte de las mercancías que se consumen.

Caído el sol y entrada la tarde seguimos para Cali, y en Yumbo llegaron á encontrarnos los señores José Antonio Ramírez, joven inteligente y honrado, nuestro agente comercial, y el señor Ricardo Gaviria nuestro muy distinguido amigo, gerente en el Cauca de la respetable casa Gaviria é hijos. Este amigo, á sus cualidades morales de inteligente y caballero, añade el ser una potencia para la industria y el trabajo. Pocos hombres conocemos de más aptitudes y de más audacia para los negocios: hoy está montando una gran mina de plata, sin que las dificultades del país lo arredren para nada. Él solo hace mover más cúmulo de negocios que todo el comercio de Cali junto. Hombres de esta clase es lo que necesita el Cauca.

Cali es ciudad muy simpática para nosotros. La entrada es imponente por en medio de gandes ceibas, y un hermoso puente sobre el río, divisándose más adelante las torres altas de sus templos, los mejores, después de la catedral de Bogotá, que hay en la República. Sus calles son anchas, bastante rectas y tiene famosas casas como en pocas ciudades de Colombia. Vista desde San Antonio con sus árboles y sus palmeras, su cielo de azul metálico y rodeada de atmósfera tan luminosa como no se ve en ninguna parte, parece una ciudad oriental. Los campos del rededor son sobremana risueños. Tiene muy buena sociedad y sus mujeres son por demás modestas, amables y elegantes.

Situada cerca del Cauca, dominando los mercados del Norte, á dos jornadas del Pacífico, como plaza comercial tiene posición sin rival en el valle. Aunque participa hoy de la postración general del país, tarde ó temprano será una gran ciudad.

La impresión general de un viaje por el Cauca es hoy triste: no se ve casi gente en los caminos, no hay ningún movimiento, y sus vías abandonadas y sin puentes, están llenas de espinos y malezas que azotan la cara del viajero. La crisis económica que atraviesa es gravísima, no hay numerario. Exporta unas 4,000 cargas de cacao á Antioquia por año, que aproximadamente valen \$240,000, pero de esto apenas le en-

trarán \$100,000 en dinero, pues los antioqueños saldan el resto con mercancías y sombreros. Agréguese unos malos cueros que exporta y todo esto no paga sino una pequeña parte de las mercancías que consume. La competencia asiática ha anulado, como en todo el país, la quina, el tabaco y el café: éste ya no se exporta del Cauca y las sementeras las están rozando. Tiene la esperanza de sus minas, única que vemos hoy para la República en general, pues pueblos sin ferrocarriles no pueden exportar sino metales preciosos.

A pesar de su inmensa fertilidad nótase en el Cauca que los víveres son carísimos: esto no sería hoy extraño por la langosta, pero en tiempos normales sucede lo mismo. Los plátanos, alimento universal, casi siempre tienen alto precio: el arroz, en tierras en donde una sementera da hasta siete cosechas sin renovarla, vale regularmente 10 y 15 centavos libra, contra 5 centavos, precio en Nueva-York, en depósito, traído de la India. Las papas y el pan de trigo son renglones de lujo. Preciso es decirlo, se trabaja muy poco y el *far niente* es pasión popular. Es pueblo muy sobrio: una especie de árabes que pueden vivir perfectamente con un vaso de agua y un puñado de dátiles. Bajo el punto de vista del progreso son preferibles razas que comen bastante y trabajan mucho.

Se ve con satisfacción, eso sí, la holgura é independencia con que viven las clases llamadas pueblo. Al rededor de las ciudades hay grandes ejidos, ó tierras comunes, donde todo el mundo hace su habitación, tiene sus animales y cultiva su huerto. El derecho de propiedad es un poco confuso, como en todos los pueblos pastores; pero se ve en el Cauca un verdadero pueblo propietario, independiente y altivo, como sucede en el Tolima.

Nada es más triste que viajar en la sabana de Bogotá, viendo la soledad de esas grandes haciendas, donde el feudalismo ha absorbido la pequeña propiedad, no dejando á los antiguos dueños del país ni un rinconcito donde enterrar los huesos de sus padres. Esta pobre raza se aturde con la enervante y venenosa chicha, y va en bandadas á refugiarse en Bogotá y á morir en tiendas y casuchas infectas.

La cuestión agraria se impondría ya en Cundinamarca de una manera terrible, si esa raza degenerada pudiera producir un Graco.

Hay en todos los hombres de negocios, que se ocupan seriamente de la situación del Cauca, un gran desaliento. Las industrias tradicionales, criar vacas y cultivar caña, están fuertemente limitadas por el consumo; y si todos siguen dedicados á eso, al fin habrá plétora de ganado y azúcar. Pero ¿qué exportamos? se preguntan. Este es el problema pavoroso que se impone hoy á la vida económica del país. Sin un ferrocarril que venga hasta el valle, que dé fácil salida á sus ricos frutos, que sacuda y despierte esa raza un tanto adormecida, ese pueblo vegetará en la somnolencia y petrificación de las sociedades asiáticas, ó volverá á sus tradicionales revoluciones.

Conocemos las angustias del Tesoro y la impotencia de nuestro crédito, pero ojalá se encontrara alguna combinación y se hiciera un esfuerzo supremo cualquiera para precipitar el ferrocarril del Cauca. Es necesario darle vida á este inmenso y espléndido país, que es la portada que presentamos ante el Pacífico, en donde se agitan hoy tan grandes intereses, donde está San Francisco, la moderna Tiro, como emporio comercial, el canal de Panamá, vía del género humano, y Chile, que ha estallado en el Pacífico como pueblo invasor y no muy recargado de escrúpulos.

Aquí nos detendremos un momento. Chile ha roto el equilibrio político de las Repúblicas del Pacífico, arrojando sobre él el peso de su flota como Breno el de su espada. Sin compasión, como inspirada por Bismarck, convirtió al pobre Perú en una "expresión geográfica." El apetito entra comiendo, y le salió tan bien esa aventura que no es difícil siga saciando sus apetitos cartaginenses en otras Repúblicas. La guerra para los pueblos bien preparados es hoy industria lucrativa. Colombia, que es de las Repúblicas más fuertes y que en el interior nada tiene que temer de Chile, ni de ninguna potencia sur-americana, en el mar y en las costas está á discreción de la escuadra chilena. ¿Qué remedio tiene esto, y cómo poner á raya á los argonautas de Chile?

Nosotros no hemos tenido nunca política exterior: nuestra cancillería ha sido de lo más tímido, impotente y nulo: á esto debemos nuestro aislamiento en América. Hoy todas las naciones buscan simpatías internacionales, amigos y alianzas. Nuestro aliado natural son los Estados Unidos, de cuyo patronato forzoso, fatal si se quiere, sería una puerilidad querer

librarnos. Los americanos no nos comerían, como se teme vulgarmente. En su política no entran adquisiciones lejanas, sino una inmensa expansión en territorio continuo. Méjico es nuestro pararrayo : cuando no quepan en su inmenso territorio, permitiéndonos frases de realismo crudo, se comerán á Méjico y en digerirlo gastarán cien años. Peligros de absorción para nosotros son muy lejanos. Mientras tanto debemos ligarnos íntimamente con esa gran República, política que se impone á todas las naciones del Pacífico, dándole cierta presidencia anfictiónica para mantener entre ellas la paz, el equilibrio y el respeto mutuo y poner á raya las pretensiones de algún poder marítimo invasor. Nuestra posición es especial : queriendo los americanos, y con razón, ejercer influencia dominante en el canal de Panamá, ¿ por qué no les damos unas pequeñas ventajas, no en el canal sino en alguna de nuestras islas adyacentes, en cambio de otras que ellos puedan darnos políticas y económicas ?

Á entrar en una política americana creemos se inclina el señor Núñez, y por este camino sí lo seguiremos decididamente.

Al atraso industrial y económico, penoso es decirlo, se agrega en el Cauca el enervamiento de los caracteres y la falta de altas individualidades.

¿ Dónde están esos hombres del Sur, que como políticos, oradores ó guerreros conmovieron y dominaron la República durante medio siglo ?

Hombres como el General Obando que provocaba cóleras y cariños inmensos y que poseía como nadie el genio de las multitudes : como el Arzobispo Mosquera, excelso sacerdote y aventajado político ; como don Rafael Mosquera, de cuyo cerebro feudal salió, dicen, la famosa constitución de 1843 ; como el General Mosquera, conjunto caprichoso de debilidades y de grandezas, de inmensa tenacidad, que poseía el sentimiento profundo del crédito y de la dignidad del país y espíritu abierto á toda idea de progreso : estos hombres de alta talla ¿ qué se hicieron ?

¿ Dónde están esos sabios honra y lumbrera del país como Caldas, Torres y Lino de Pombo ?

Ya no se ven esos tipos raros, brillantes y terribles como Julio Arboleda, que hablaba el latín como Cicerón y el castellano como Cervantes : político, poeta, orador y guerrero al

mismo tiempo ; pero cuyo carácter dominador y arrogancia aristocrática no lo llamaban á ser el modesto servidor de la República sino á destruirla ó dominarla. En todo caso es tal vez la figura más brillante y original que ha habido en la nueva Colombia.

Ya no se ven tampoco en nuestros congresos oradores como Mallarino y Manuel de Jesús Quijano. Los últimos representantes de la oratoria caucana son César Conto y Carlos Holguín, y los últimos tipos de caracteres acentuados de Cali fueron David Peña, místico sombrío, y el valiente y caballeroso Tomás Rengifo. La generación caucana actual no fatigará la historia.

Flandes, Septiembre 10 de 1884.

(De LA REFORMA, números 463, 464 y 466 de 21 y 27 de Septiembre y 5 de Octubre de 1884.)

MANUEL ANCÍZAR

Estudiando con atención nuestro país, no se encuentra estabilidad y consecuencia ni en la naturaleza ni en la sociedad. Tanto las estaciones como la opinión son variables y caprichosas: á una mañana brillante se sigue una tarde tempestuosa, y al mismo hombre que hoy el público ensalza y admira, lo olvida y vilipendia mañana. Rara vez el mérito se encuentra entre nosotros en el puesto que de derecho le corresponde: el fanatismo, la hipocresía, las pasiones ciegas de partido surgen ó levantan á los hombres, tarea que sólo debía pertenecer á la justicia. Por todas partes se ven medianías audaces y vocingleras ocupando puestos públicos; caracteres falsos, especuladores consuetudinarios divisados de patriotas y aceptados por tales; hipócritas sin conciencia, traficantes religiosos proclamándose doctores en moral, y supeditando á las cándidas multitudes que los admiran y reverencian. Al ver por doquiera al mérito pobre ó desconocido, la charlatanería ufana y escuchada, la hipocresía haciendo carrera, la virtud arrinconada y la maldad triunfante; al ver casi siempre extraviada la sociedad, ciegos los partidos, oscurecida la opinión, no sabe uno si detenerse en la piedad ó el desdén: fluctúa entre despreciar ó compadecer á los hombres.

Existe uno en nuestra sociedad, que ha sabido captarse, ignoro por qué arte mágica, los más exquisitos odios de conservadores y camanduleros. Por lo bajo, pues no se atreven á decirlo en alta voz ni en sus periódicos, lo llaman apóstata, renegado, disociador, inmoral y hereje. De noche escriben en las paredes pasquines contra él: muchos lo señalan á sus mujeres y á sus hijos como una curiosidad satánica: para suprimirlo exhumarían de buen grado la hoguera ó el ostracismo y, no siéndoles posible cumplir este piadoso deseo, quisieran entregar su nombre al menosprecio de la opinión y á las gemas de la historia.

No necesito nombrarlo: mis lectores ya habrán adivinado que este hombre es el señor MANUEL ANCÍZAR.

Y comenzaré diciendo, que no pienso hacer á este distinguido ciudadano el ultraje de tenerle compasión: las medianías son las únicas que se arrastran tranquilas y serenas, sin que jamás el odio y la calumnia les hagan el honor de cebarse en ellas. La importancia del hombre se mide tanto por las simpatías que inspira, como por las tempestades que provoca. Y luégo, sintiendo puros su corazón y su conciencia, y teniendo á retaguardia un pasado honorable, hay una especie de placer viril en despreciar odios inmerecidos y alaridos insensatos.

Por allá en el año de 1852 publicaba “El Neo-Granadino” las *Peregrinaciones de Alpha*. Yo leía con avidez estos artículos, como modelos que son de estilo descriptivo y de buena y sabrosa literatura. Viendo la indiferencia del público y el silencio de la prensa respecto á estas bellas producciones, con la espontaneidad que me caracteriza para proclamar el mérito y el talento doquiera que lo encuentro, escribí un artículo que está al principio de esta obra, manifestando á Alpha la admiración que me inspiraba su talento y diciéndole: adelante, valor!

Hasta entonces no conocía á Alpha, ó sea al señor Ancízar: á consecuencia de este artículo él quiso tener relaciones conmigo: fuí á su casa, y lo encontré entregado á un trabajo asiduo, rodeado de instrumentos, mapas y libros. Me apretó cordialmente la mano dándome gracias por el pobre artículo que había escrito en su favor. Encontré que el hombre estaba á la altura del escritor: fisonomía simpática y porte distinguido, conversación variada y amena, ciencia de gentes, modales sueltos y flexibles de caballero, todo predisponía en su favor. Con esa confianza que se adquiere en diez minutos entre hombres llamados á comprenderse y á estimarse, hablamos de cosas íntimas como si fuéramos amigos viejos. Mostróme el mayor desdén por la política y los destinos públicos; y como yo le manifestase extrañeza al ver que siendo todavía joven renunciase á los placeres de sociedad, al matrimonio y la vida de familia, por continuar esas correrías que al fin debían proporcionarle enfermedades y conducirlo á la muerte me dijo:

—No soy de los dichosos que pueden tener familia y hogar: he pasado los mejores años lejos de mi país, y ya

que volví á él no quiero ser miembro inútil : necesito ocho ó diez años para concluir la obra corográfica comenzada : al cabo de este tiempo quedaré sin dinero, pues lo que me pagan apenas alcanza escasamente para mis gastos, con la salud perdida y los cabellos blancos ; pero habré hecho un servicio á mi país y adquirido alguna honra. Mi destino es andar errante : estoy resignado.

Nada pude replicarle, antes admiré y aplaudí su resolución, pues si hay algo que me inspire respeto son esos hombres que dedican sus años y su vida á llevar á cabo cualquier idea desinteresada y generosa.

Acontecimientos que manifestaré después lo lanzaron en la diplomacia y la política : él partió para el Ecuador á ocuparse en intereses graves y ruidosos, y yo, siguiendo la humilde corriente de mi destino, tomé el camino de las montañas. Aunque ausente, seguí siempre con atención los altibajos de su carrera diplomática. Al cabo de los años volví á encontrarlo en Bogotá, desengañado de los hombres y la política, viviendo modestamente como obrero del pensamiento, haciendo aulas en los colegios y escribiendo en los periódicos. Hallándolo, como siempre, justo, caballeroso, honrado y leal, volví á apretarle la mano con efusión y con respeto. Pareciéndome su carácter é inteligencia muy superiores á la línea común, me he propuesto estudiarlos en la presente biografía. Para escribirla he recogido cuantos datos me ha sido posible, y registrado con mucho detenimiento el voluminoso archivo que el señor Ancizar ha tenido la bondad de confiarme ; de modo que no refiero un solo hecho que no esté fundado en documentos fehacientes. Me atrevo á esperar que el público leerá con algún interés estos apuntes, ya que no por el talento con que estén escritos, al menos por rozarse con hombres y acontecimientos importantes, y por la estricta verdad que reina en la narración.

II.

En el año de 1803 arribó á esta ciudad don José Francisco de Ancizar y Zabaleta, natural de Vizcaya. En 1805, habiendo allegado un modesto caudal, abrió tienda de ropa y se estableció en familia casándose con doña Bernarda Basterra, oriunda

de Navarra, siendo ambos de limpio y claro linaje, "sin mezcla alguna con sangre de moros ni judíos." En Diciembre de 1812 bautizaron á su hijo Manuel en la iglesia de Fontibón, sirviéndole de padrino don José Antonio Sánchez, quien festejó rumbosamente el bautismo en su hacienda el Tintal.

La época no era á propósito para que esta familia de *chapetones* medrase en el país. Los buenos y sosegados tiempos de mansedumbre de los criollos y de respeto religioso por la monarquía habían pasado para siempre. El Visitador Piñérez y sus nuevos impuestos fiscales ominosos y opresivos enconaron fuertemente los ánimos. Los comuneros del Socorro y San Gil, levantados en masas respetables, é imponiendo capitulaciones al Gobierno de Santafé, manifestaron que la resistencia era posible, y preludiaron la heroica revolución de 1810. La pérdida violación por las autoridades españolas del tratado hecho con los comuneros, y el descuartizamiento del patriota Galán, dejaron cólera latente en los corazones. Á pesar de los esfuerzos que por la conciliación y la paz hizo el Arzobispo Góngora, sin duda el más conciliador de los virreyes, la inquietud y el descontento quedaron fermentando en las poblaciones. La hora solemne se acercaba: el espectáculo magnífico que ofrecía la democracia norte-americana, desarrollándose con proporciones gigantescas, y los dogmas atrevidos sobre independencia y libertad, que leían en libros franceses los patriotas más adelantados, estimulaban tentativas de independencia y precipitaban la revolución.

Nació pues Ancízar en tiempos trabajosos y alborotados. Apenas lo bautizaron fué llamado su padre por don Antonio Nariño, Presidente de Cundinamarca, para que en calidad de alférez de artillería ocupase puesto en defensa de Santafé contra Baraya y las tropas de la Unión. En aquella guerra grotesca portóse el vizcaíno como bueno, y adquirió fama de valiente. No le duraron mucho verdes los laureles, pues en Diciembre de 1814 acudió Bolívar con nuevo ejército de la Unión, los puso en derrota, y tratando malamente á los españoles curó á don José Francisco de sus humos patrióticos. Tuvo que huir de Cundinamarca, y sufrió rudas prisiones y continuos sobresaltos.

Ocupada que fué Bogotá el seis de Mayo de 1816 por don Pablo Morillo y sus pacificadores, don José Francisco

de Ancízar volvió al abandonado hogar, pesaroso pero no enconado, pues dicen no sabía aborrecer ni vengarse. Nombrado por Morillo Corregidor de Zipaquirá, hízose notar en esos tiempos de enconos y venganzas intercediendo por los patriotas perseguidos, y aconsejando lenidad y perdón. Un contemporáneo suyo á quien pedí informes sobre él me dice lo siguiente. “En los tres años que permaneció aquí el gobierno español, Ancízar no acusó ni persiguió á americano alguno y, cuando fué llamado al consejo de guerra establecido por Morillo para juzgar á los patriotas, no dió declaraciones desfavorables, antes procuró amparar eficazmente á los acusados. Nadie fué fusilado por su orden, ni perdió bienes, ni sufrió daño alguno : siempre hizo favores, y se portó en toda ocasión como hidalgo.”

Disgustado de la política y doliéndole las atrocidades que don Pascual Enrile y el imbécil Sámano cometían en el ensangrentado virreinato, renunció el corregimiento y se retiró á vivir cuidando de su familia y entregado al trabajo [hasta la batalla de Boyacá. Esta noticia cayó sobre las familias y autoridades españolas como la trompeta del juicio final. Después de las sangrientas represalias llevadas á cabo por el gobierno español, y que la inmolación de tantas víctimas ilustres y la guerra á muerte habían tornado irreconciliables las pasiones y los odios, Bolívar debió aparecer á los atemorizados chapetones como ministro de venganzas, como una especie de ángel exterminador. Para colmo de desgracia, la precipitada huída de Sámano dejó á las familias españolas sin el amparo de una capitulación, y á merced de la cólera de Bolívar.

En la noche del nueve de Agosto de 1819 dos señoras y una niña á pie, dos niños montados en un caballejo escuálido y un hombre de cuarenta y seis años, alto y de rostro grave, llevando sobre el arzón de la silla otro niño (Manuel) que aun no había cumplido siete años, dejaban tristemente sus haberes y hogar para tomar el camino del destierro. “Mi pobre madre, me ha referido Ancízar, en la tribulación de aquella noche, por tomar el dinero que había en casa echó mano de un atado de cubiertos, y no cayó en cuenta del error sino cuando quiso comprar algo en el camino para aplacar el hambre de sus hijos.”

Después de mil angustias y penalidades, apiñada en un estrecho bongo, llegó la familia de Ancízar á Cartagena notablemente disminuída, pues habían muerto en el tránsito tres

de sus miembros. Los tres individuos á que quedó reducida, después de rendirse Cartagena en Octubre de 1821, se embarcaron para la Habana.

Casi todos los españoles vencidos en América por la revolución se refugiaron en Cuba con sus familias y capitales. La extraordinaria prosperidad de esta isla data de esa época. Don José Francisco se acomodó de dependiente ganando \$40 mensuales. Viviendo en un barrio de la ciudad pobrísimamente, su esposa, no acostumbrada á semejantes privaciones, á los dos años sucumbió y poco después uno de los dos hijos que la quedaban.

Manuel se iba encontrando en situación desesperada: la proscripción lo había arrojado de su patria, y la muerte, privándolo de hermanos y de madre, lo dejaba entregado á la soledad y el desamparo. Nada podía esperar sino de sus propios esfuerzos, y por fortuna comprendió desde niño que la honradez, el trabajo y la buena voluntad es el único capital y la mejor esperanza de los pobres. Propúsose conseguir el grado de abogado, profesión lucrativa en la Habana, pero que el gobierno colonial había llenado de dificultades, pues se requerían siete años de asistencia diaria á las clases universitarias, y una complicada serie de aprendizajes para recibir el grado de bachiller en derecho civil, después del cual seguían cuatro años de práctica forense y severos exámenes al través de las Reales Audiencias. Su padre le ofreció que, si le prometía estudiar con ardor y tenacidad, como deben estudiar los pobres, él se iría á descuajar bosques para sostenerlo en los colegios. Cumpliósse el pacto: don José Francisco se hizo agricultor, y su hijo se apechó el latín con tan buena gana, que al año entró en las aulas de filosofía, dos años después á las de derecho, y apenas cumplió veinte recibió á claustro pleno y en latín, el grado de bachiller en derecho civil. Dos años después obtuvo igual grado en derecho canónico, pero sin el placer de que su padre saborease sus triunfos literarios, pues las privaciones y recias labores bajo el ardiente sol de las Antillas lo condujeron á la tumba. Con el pensamiento fijo en Santafé al tiempo de morir le dijo á Manuel. "Nada tienes en tu patria, ni parientes ni amigos; pero así que concluyas los estudios vete á ella: si de algo sirvieres, sívela." Dejóle por herencia este precepto, un apellido inmaculado y una pobreza honrada.

¡ Dichosos los que pueden refugiarse todas las noches en el hogar afectuoso de la familia: los que caminan en la vida apoyados en la experiencia y el brazo de un padre, y que, en los días de pruebas dolorosas, cuentan con la mano cariñosa de una madre para enjugar sus lágrimas, y con su corazón inagotable en ternura y en amor! El escepticismo se ha reído de todo: de la ciencia, de las instituciones, del amor, de la amistad, de Dios; pero jamás se ha burlado de los recuerdos de la infancia ni del santo cariño de las madres, único afecto puro, verdadero, infinito que existe sobre la tierra.

Manuel quedó solo en el mundo y único representante del apellido Ancizar. Aunque muy joven, sin consejeros y rodeado de las seducciones de una ciudad opulenta y corrompida, manifiesta sus aptitudes y consagración al haber sido nombrado á los veintidós años catedrático de Instituta concordada (derecho romano-hispano) en la Real Universidad; honor muy señalado si se atiende á la pompa que rodea á esas corporaciones en España, á los fueros de que gozan sus empleados, y á que se le daba asiento en medio de un claustro compuesto de graves y entonados doctores.

Los emolumentos de esta cátedra y lo que eventualmente ganaba en el bufete de un abogado como practicante, no le alcanzaban para sostener debidamente su nuevo rango de doctor y catedrático. Para obtener más recursos se puso al servicio de un rico hacendado encargándose de su escritorio, con lo cual pudo hacer algunos ahorros para costear la tremenda recepción de abogado, que se acercaba.

Ancizar pertenecía á una familia proscrita por las autoridades republicanas de Colombia, y el respeto y la adoración por la monarquía figuraban en las primeras enseñanzas que había recibido. Á pesar de esto, y de que siendo fiel al régimen colonial y halagando preocupaciones aristocráticas se le abría un ancho porvenir, su espíritu justo y reflexivo, y el espectáculo de los absurdos y enormidades coloniales con que tropezaba en su profesión lo condujeron á incorporarse en las filas republicanas. Á poco fué tildado en la Habana por sus ideas subversivas, es decir, democráticas; y á fe que no carecían de razón, pues de republicano teórico pasó á conspirador efectivo. Enrolóse en una vasta conspiración que para independizar la isla se tramaba desde 1830, cuyo centro era una

sociedad en que estaban afiliadas muchas personas notables por su riqueza ó por su saber, secretamente mantenida en la Habana con el nombre de *Cubanacán*, que era el que los indígenas daban á su isla.

La traición ha hecho fracasar siempre en la Habana las conspiraciones republicanas. El bajalato de Cuba lo ejercía entonces don Miguel Tacón, hombre enérgico y de feroces instintos, y á él fué denunciada la *Cubanacán*. El catorce de Agosto de aquel año conocieron que estaban vendidos por el allanamiento que á media noche ejecutaron los esbirros de la policía en las casas de tres de los conjurados. Una de éstas fué la que habitaba Ancízar, y por casualidad dejaron de registrar un mueble donde se hallaban los papeles buscados. Ancízar indujo á su patrón don Juan de Dios Larrinaga, hombre influyente por su riqueza, pero de grueso entendimiento, á que pidiera inmediatamente por un memorial dirigido al Capitán general explicaciones sobre el allanamiento de su casa. Tacón y su Asesor de Gobierno cayeron en el lazo, y el "Diario de la Marina," papel oficial, publicó un largo dictamen del Asesor en que satisfacía á Larrinaga, pero hablaba de la conspiración descubierta calificando á Ancízar de "hombre sospechoso." Los conspiradores de toda la isla, notificados así de que iban á correr peligro si las visitas domiciliarias continuaban, quemaron los papeles que pudieran comprometerlos y frustraron el éxito de las pesquisas.

Sin embargo la situación de Ancízar vino á ser embarazosa, pues quedó bajo la vigilancia de la policía. Temiendo que lo desterraran de repente quedando trunca su carrera, se trasladó á la ciudad de Puerto Príncipe, residencia de la Audiencia y Cancillería, y, como hubiese cumplido la edad requerida para poder ser abogado, solicitó y obtuvo este título que después revalidó en la Audiencia pretorial de la Habana.

Pero no queriendo vivir bajo el régimen colonial ni servir á la causa del despotismo, abandonó la isla embarcándose para los Estados Unidos. Tenemos pues que, ni las influencias tan poderosas de la educación y el ejemplo, ni el recuerdo de los agravios inferidos á su familia por los patriotas colombianos, ni las brillantes perspectivas que en la opulenta Habana se ofrecían á su carrera de abogado, pudieron reducir su inflexible carácter á plegarse al despotismo. El ejemplo, las institucio-

nes, los periódicos, hasta el aire que respiramos, todo ha contribuido en Nueva Granada á hacernos amar la libertad: Ancízar, como esas organizaciones vigorosas que se mantienen sanas en medio de una atmósfera infestada, se elevó, por los solos esfuerzos de su clara inteligencia y carácter independiente, á la alta noción de la República.

Cosa de un año gastó Ancízar recorriendo los Estados Unidos. Ninguna escuela mejor para un espíritu observador, en quien espontáneamente había brotado ya la semilla de la libertad. Si el régimen inquisitorial y represivo dominante en Cuba formaba para su espíritu una atmósfera sofocante, huelgo y solaz hubo de encontrar en esa vasta y libre comarca de la Unión, donde la actividad humana gira en todas direcciones sin trabas ni embarazos, y la riqueza y el bienestar, desarrollados en grandes proporciones, manifiestan prácticamente la excelencia de las instituciones democráticas.

Resuelto á cumplir el precepto paterno de volver á su patria, quiso primero conocer la hermana República de Venezuela y recorrerla desde la Guaira hasta la frontera septentrional granadina. Pero al llegar á Caracas, corriendo el año de 1840, el señor Feliciano Montenegro, director del brillante colegio de la Independencia, se empeñó en que dictase allí un curso de filosofía según los últimos progresos de la ciencia, que todavía no se habían introducido en Venezuela. Accedió á ello, y para mejor aprovechar el tiempo se incorporó en el colegio de abogados de aquella República, y ejerció la profesión en los tribunales superiores.

Distraído por sus ocupaciones de catedrático y abogado, y habiendo hallado una acogida benévola y cordial de parte de los cultos caraqueños, prolongó su residencia algunos años en aquel país hospitalario.

Al comenzar el año de 1842 se comprometió á fundar un colegio en Valencia bajo el patrocinio del Gobierno. Desempeñado este objeto, con la formalidad é inteligencia que distinguen á Ancízar, el colegio adquirió prosperidad y crédito. Como esta empresa le produjese anualmente un crecido beneficio, propúsose hacer algunos ahorros de consideración que le permitiesen regresar á Nueva Granada trayendo una vasta imprenta para fundar un periódico importante, tarea en la cual se había ejercitado siendo lucido colabo-

rador de "El Liberal" y de "El Repertorio," y redactor de "El Correo" y "El Siglo," periódicos pertenecientes á lo que allí se llamaba "la oposición liberal," y consagrados á sostener las doctrinas democráticas civiles y los principios de la libertad económica.

Ocupado estaba en sus pacíficas tareas de enseñanza, cuando llegó á Venezuela el señor Lino de Pombo encargado de una misión diplomática. Este sabio granadino trabó relaciones con Ancizar, estimó debidamente su carácter y suficiencia y, cuando hubo regresado á Nueva Granada, no obstante que habían diferido en ideas políticas, no vaciló en solicitar *motu proprio* de su gobierno que le confiara cerca del de Venezuela la delicada misión diplomática que él había llevado.

Nombrado en 1846, sin haberlo solicitado, Ministro Plenipotenciario con encargo de adelantar la interrumpida negociación de límites entre Nueva Granada y Venezuela, renunció con pesar el Rectorado del colegio de Valencia, por mantenerse en el cual no había aceptado en aquel año el empleo de Ministro relator de la Corte Superior de Maracaibo á que lo llamó la Legislatura de esta provincia, recibiendo de los ciudadanos más notables de la de Carabobo vivas manifestaciones de gratitud por los comprobados adelantos que bajo su dirección había hecho la juventud.

Venezuela negaba los justos títulos de Nueva Granada al distrito de San Faustino, y pretendía, además, alejarla de la margen izquierda del alto Orinoco. Ancizar demostró lo injusto é imaginario de la línea fronteriza trazada en el "Mapa físico y político de Venezuela" publicado oficialmente en 1842. El gobierno venezolano eludió la equitativa transacción que le proponía tomando por base el *uti possidetis* de 1810, y por consecuencia cesó de negociar pidiendo sus letras de retiro.

Despidióse de Venezuela, donde gozaba de justo y universal aprecio, dejando una posición honorable y amigos y valiosos sostenedores, que le habrían abierto la carrera de los empleos. Entre las muchas pruebas de estimación que le dieron entonces, encuentro en sus papeles una carta del primer soldado de Colombia, que inserto á continuación:

“Maracay, Julio 24 de 1846.

“Señor MANUEL ANCÍZAR, Ministro granadino cerca del
Gobierno de Venezuela.

“Mi muy estimado señor y amigo.—Á mi llegada á esta ciudad he recibido la muy apreciable carta que U. tuvo la bondad de fechar aquí el quince, renovando en ella los benévolos sentimientos con que siempre me ha favorecido y despidiéndose para su país.

“Si satisfactorio me ha sido encontrar en su estimable carta rasgos de muy delicada amistad por mi persona, me ha sido también sensible hallar una despedida, y despedida por un motivo no agradable. Sin conocer todavía este motivo, yo deploro que el representante más adecuado que ha podido enviarnos nuestra hermana la Nueva Granada, se separe de entre nosotros sin haber afirmado por un nuevo acto los vínculos que nos unen y que deben ligarnos para siempre. Sin conocer, como he dicho, el motivo de la inesperada salida de U. de Venezuela, yo confío en que él no será bastante á indisponernos, y que tanto la Nueva Granada como Venezuela se apresurarán á deslindar cuestiones que para mí sólo tienen el título de tales. Confío, señor Ancízar, fundadamente en esto, y me es grato asegurarle que para conseguirlo yo emplearé mi pequeño valimiento siempre que me sea permitido.—

“Muchas simpatías deja U. en Venezuela; y cualquiera que sea la posición que U. ocupe en su país, yo espero que U. no se olvidará de éste. En mí tendrá siempre un amigo reconocido, y un amigo que hará constantemente justicia á las notables cualidades que distinguen á U. y por las cuales ha merecido bien el aprecio de los ciudadanos que en esta República han tenido la fortuna de tratarle.

“Esta carta no alcanzará á U. en Valencia, porque un nuevo ataque en mi salud me ha hecho diferirla hasta hoy. Cuando U. la reciba debo esperar que ratifique el concepto que tiene del verdadero aprecio y consideración con que me suscribo de U. muy afecto amigo y deseoso servidor.

“JOSÉ A. PÁEZ.”

IV

Cuando finalizaba el año de 1846 entró Ancízar en Bogotá, casi en calidad de extranjero, sin conocer á nadie, ni más lazos con el país que los recuerdos de la infancia y el cariño por la patria, que su larga permanencia en el extranjero no había debilitado. Traía, además de buenos conocimientos teóricos, vasto acopio de experiencia sobre los hombres y las cosas. No vino como aventurero, pues trajo algunos haberes, y abandonó, sólo por consideraciones de amor patrio, relaciones queridas y una posición sólida y honrosa en el extranjero.

Estaba entonces á la cabeza del Gobierno el General Mosquera. Este ciudadano, dotado de iniciativa, inteligencia y poderosa actividad, no encontrando entre los conservadores netos sino espíritus usados, perezosos y rutineros, incapaces de acompañarlo con firmeza en sus proyectos de reforma, comenzó á ladearse hacia el partido liberal, buscando auxiliadores en sus filas. En consecuencia, este impetuoso reformador, siguiendo sus arranques de hidalguía, que los llevó hasta llamar á la Secretaría de Hacienda al talentoso doctor Florentino González, creyó que Ancízar, aunque recién venido, podría servir útilmente al país, colocándolo al efecto en la Subsecretaría de Relaciones Exteriores. Inmediatamente después lo nombró catedrático de Derecho Internacional en la Universidad central, con grande escándalo del Rector y demás personajes de cuño antiguo, que no le juzgaban apto para tanto, pero con regocijo de los estudiantes, á quienes sorprendió agradablemente encontrar un catedrático que, no sólo permitía, sino promovía la libre discusión.

No siendo Ancízar aficionado á empleos, y gustando por carácter de la vida independiente, después de servir año y medio la Subsecretaría é interinamente la Secretaría de Relaciones Exteriores, renunció estos destinos para consagrarse á las tareas de impresor y periodista, profesiones más en armonía con su genio. Al efecto introdujo la litografía y fundó la primera imprenta pulcra que ha habido en el país, y también un periódico, "El Neo-granadino," que prontamente se puso en

guerra contra los conservadores coloniales. Por comenzar aquí y seguir después sin trepidación sirviendo al partido liberal granadino, denostan los consevadores á Ancízar con el calificativo de apóstata. Lo habría sido, en efecto, si su conducta política en Nueva Granada no hubiese formado la continuación de su conducta anterior. Conspirador desde muy joven contra el despotismo, admirador entusiasta de las instituciones norteamericanas, miembro del partido liberal en Venezuela, adorador por estudios y carácter del derecho y de la justicia, teniendo recursos propios y superabundantes dotes intelectuales para procurarse una posición independiente, ¿qué motivo podría inclinarlo á abandonar la idolatría de su juventud, la gloriosa causa democrática, para ponerse al servicio de mezquinos intereses conservadores? De no haber sido así, en vez de militar á órdenes de los conservadores en Bogotá, con mayor provecho habría entonado himnos á la reina Cristina y servido á la causa colonial en la opulenta Habana.

En los últimos tiempos de la Administración Mosquera propúsosele y rehusó aceptar el destino de Secretario de Hacienda vacante por haberse retirado el doctor Florentino González.

Además de "El Neo-Granadino" publicó en su imprenta las *Lecciones de Psicología* redactadas por él en Venezuela para el uso de la juventud. Aunque sin pretensiones á originalidad en cuanto al fondo de las ideas y doctrinas, como lo manifiesta en el prólogo, estas lecciones, escritas en muy buen lenguaje, con método, sistema y claridad, prueban muchos estudios y aprovechamiento en ciencias intelectuales. Como obra sería pocos lectores ha tenido en Nueva Granada, pero ha sido muy estimada en Venezuela y otras partes, y sé, por una carta que tengo á la vista, que el eminente literato don Adrés Bello la consideró "como suficiente para fundar una reputación." Habiendo tenido que vencer muchas dificultades para establecer su imprenta y aclimatar un periódico, el exceso de trabajo quebrantó su salud, motivo por el cual se vió en la precisión de deshacerse del establecimiento, con pérdida no pequeña, cuando comenzaba á coger frutos de la empresa y contaba con el apoyo decidido de la nueva Administración liberal.

Las grandes reformas económicas y fiscales con que inició su marcha la Administración López, exigían la ejecución de

ciertos trabajos complicados en la sección de la Secretaría de Hacienda llamada "Dirección de Ventas." Creyéndosele apto para liquidar lo pasado de esta oficina y limpiar el terreno en varios ramos importantes, en Septiembre de 1849 fué llamado, sin solicitarlo, al empleo de Director General, teniendo por compañero en clase de Subdirector al honrado y entendido joven Salvador Camacho Roldán. Trabajaban allí desde las siete de la mañana hasta el anochecer con tal ahinco, que al llegar el mes de Diciembre la oficina estaba reorganizada, y el terreno limpio de los escombros del viejo sistema fiscal. Aunque de allí para adelante ese destino, ya de fácil desempeño y buena renta, era una verdadera conveniencia, Ancízar, que jamás se ha perecido por sinecuras burocráticas, renunció tan cómodo vivir para dedicarse con pasión y notorio desinterés á una grande obra nacional. Enrolóse en la Comisión Corográfica, que tenía por jefe al ingeniero geógrafo Agustín Codazzi.

Partió para esta expedición en Enero de 1850, llevando el encargo de ayudar á Codazzi en todas sus tareas, poner en limpio los cálculos, itinerarios y observaciones, y escribir, según las reglas del arte, las cartas parciales y la general cuando se formara: también iba comprometido á ordenar y escribir un Diccionario geográfico, y estadístico de Nueva Granada, y además una obra científica y pintoresca acompañada de diseños describiendo las costumbres, razas, monumentos y antigüedades dignas de conocerse.

"Para remunerar á Ancízar, dice un artículo del contrato, su trabajo en las cartas, itinerarios, cálculos y demás tareas que ejecute en la expedición Corográfica á órdenes del señor Codazzi, así como en la ordenación, redacción y arreglo del Diccionario geográfico estadístico y de la obra descriptiva de que tratan los artículos anteriores, el Gobierno le abonará y le pagará anticipadamente en cada año catorce mil cuatrocientos reales, de los cuales saldrán los gastos de escritorio y transporte y cualesquiera otros que puedan ocurrirle."

Este contrato, y la contemporánea donación que hizo Ancízar de su copiosa y selecta librería á la Biblioteca nacional, bastan para pintar al hombre. Los que sepan lo caro que es viajar en nuestro país, sobre todo teniendo que sostener cierta posición y llevando por añadidura instrumentos y libros: los

que hayan experimentado lo malo y fatigoso de nuestros caminos, lo escueto y desmantelado de nuestras ventas y posadas, y los insectos, fiebres, y percances de toda clase con que tropieza el viajero, podrán juzgar si no fué una verdadera inmolación abandonar las comodidades de la capital, destinos bien dotados, placeres y relaciones agradables para entregarse por muchos años á esa vida asendereada y errante. ¡Cuántos patriotas tendremos que, desdeñando altos empleos públicos, se resolvieran á escoger un sacrificio semejante, sin la más leve esperanza de lucro, sólo por llevar á cabo trabajos de provecho nacional! Desde que hizo ese contrato tengo alta idea del carácter de Ancízar.

Entregóse en cuerpo y alma á los trabajos corográficos, que desempeñó con la mayor habilidad y lucimiento. Los apuntes y observaciones para el Diccionario geográfico y estadístico no salieron á luz por la interrupción de los trabajos en 1852; pero el público conoce la parte de la obra descriptiva y pintoresca publicada por Echeverría Hermanos bajo el título de *Peregrinación de Alpha*. Á Ancízar se le conocía únicamente como filósofo y publicista, como escritor didáctico y serio: en la *Peregrinación* aparece crítico, paisajista, pintor de costumbres, hombre de arte y de imaginación; geólogo, anticuario y escritor donoso y entretenido por demás. Sus cuadros de costumbres populares revelan un espíritu fino y observador, y sobrepujan á todo lo que hemos borrajado los que en este género tenemos algunas pretensiones. Nuestros pueblos de provincia, mezclanza informe de razas y de costumbres, llenos de preocupaciones y telarañas, pero buenos y sencillos en el fondo, son retratados con toda verdad y animación. Ninguno ha pintado mejor nuestra arrugada y salvaje naturaleza, tan llena de luz, de poesía y de contrastes. Su espíritu humanitario busca con afán los dolores y miserias del pueblo para señalarles remedio: ninguna tiranía lugareña, ningún monopolio feudal escapan á su ojo observador. Bosques sombríos y risueñas colinas; lagos dormidos y arroyos murmurantes; montañas, valles, paisajes, monumentos, animales, plantas, flores y cielo; todas las curiosidades y magnificencias de nuestro país se encuentran pintadas en la *Peregrinación* con pluma maestra. Describiendo escenas graciosas de la naturaleza, ó la vida tranquila del hogar en algunas de nuestras comarcas, los cuadros, por la delicadeza de sentimientos y la

suavidad del colorido, son verdaderos idilios. Me atrevo á decir que la *Peregrinación*, aunque trunca, es el más bello libro que se ha escrito entre nosotros. Si hubiera podido concluirlo tendríamos una grande y verdadera fotografía de nuestro país.

Ancízar aceptó de buena voluntad esa vida errante. Entregóse con ardor á investigaciones históricas y á estudios geográficos y estadísticos. Como todos los hombres que se elevan por encima de pasiones é intereses vulgares y se refugian en las esferas de la ciencia y del arte, primero se resignó con sus tareas y después las llevó adelante con pasión. La Comisión Corográfica vino á ser su familia, nuestros desiertos su patria. Aunque muy ducho en artes de sociedad y habituado á comodidades y refinamientos, se consagró á sus estudios y correrías con la obstinación de un benedictino errante; y á pesar de haber alcanzado la edad en que el hombre se apega más á los goces y bienestar, no le arredró la segura perspectiva de encontrar tarde ó temprano la muerte en las playas del Magdalena ó en las llanuras de Casanare. En seis ú ocho años de correrías lo mejor que podía sucerderle era consumir sus últimos días de juventud, quedando sin un real de beneficio, inútil, encanecido y achacoso. Aceptó este sombrío porvenir con valor y desinterés, pór legar á su país una grande obra de gloria nacional.

V

Cuando en Enero de 1852 preparaba sus corotos para dirigirse á Antioquia, fué llamado por el Secretario de Hacienda, Manuel Murillo. Éste le manifestó el estado quebradizo de nuestras relaciones con el Ecuador, cuyo Gobierno había inferido agravios de marca mayor á nuestro país, de los cuales si no se obtenía satisfacción por medios pacíficos resultaría una guerra funesta para ambas naciones, y concluyó exigiéndole que, para evitar semejante escándalo entre colombianos y hacer un verdadero servicio á la República, abandonase por seis meses ó un año sus tareas corográficas para dirigirse á Quito, en calidad de Encargado de Negocios de Nueva Granada. Ancízar, que tenía ya adelantados el Diccionario geográfico y la obra descriptiva y había cobrado pasión á estos trabajos,

rehusó, indicando á Murillo que nombrara á otro en su lugar. Por fin hubo de aceptar tan honroso encargo, vencido por las instancias del Presidente López y de los Secretarios del Despacho.

El partido conservador granadino, ahuyentado de los puestos públicos por la reacción liberal de 1849, en vez de resignarse con el fallo de la opinión dióse precipitadamente á conspirar. Cogió su muletilla acostumbrada, la religión y la familia, parapetóse tras la cuestión moral y se declaró, como siempre, el caballero andante del catolicismo. Ligado en el interior con el clero y en el exterior con todos los sostenedores del despotismo, publicó en Bogotá, en las provincias, en las Repúblicas vecinas y hasta en Europa las más exquisitas calumnias contra el partido liberal, para concitar contra los *rojos impíos* la enemiga del vulgo fanático y hacer creer en el extranjero que el Gobierno granadino era una parodia del más desenfadado comunismo, y que amenazaba á las naciones vecinas con la brutal propaganda de sus doctrinas disolventes.

Al fin se declararon los prohombres conservadores abiertamente revolucionarios en 1851. Grande fué el desengaño! Por doquiera que se alzaron en armas fueron vencidos, quedando en pie únicamente en Pasto, donde Julio Arboleda difundía á lanzazos la religión del Crucificado.

En el territorio pastuso, donde las distancias por línea recta son cortas, pero muy largas al través de los caminos por lo sinuoso y arrugado del suelo, sus robustos y belicosos habitantes ejercen ventajosamente dos industrias: la agricultura y la guerra. Es fama que allá todo labriego lleva al campo que cultiva su fusil y canana bien provista, que esconde en un soto vecino para transformarse, llegado el caso, súbitamente de gañán pacífico en temible guerrillero. Si derrotan la guerrilla, desaparece perdiéndose entre espesos matorrales para presentarse poco después á sus perseguidores cultivando su campo, como si jamás hubiese sido otra cosa que pacífico labriego; y allí donde trabajan como inocentes labradores están realmente acuartelados, con el oído atento al toque marcial de la corneta.

“Cuando logramos que nos envíen dos ó tres mil hombres de guarnición, decía un viejo guerrillero, estamos en grande: nuestras venteras tienen parroquianos: el dinero de Bogotá circula con abundancia, y las municiones de los soldados del

Gobierno pasan á nuestras cartucheras en cambio de chicha." Las guarniciones y la guerra son, pues, para ellos una bendición.

He aquí por qué Arboleda y sus compañeros *católicos* encontraron guerrilleros que gritaran "Mueran los rojos!" como ahora marras gritaron "Viva Fernando VII!" y gritarían hoy "Muera Mahoma!" si algún tonto musulmán mandara allá ejércitos y dinero para hacerlos callar.

Las guerrillas pastusas por todas partes eran acosadas y vencidas por las tropas del Gobierno al mando de los Generales Obando y Franco: notábase sí con extrañeza que prontamente los derrotados se rehacían allende el Carchi, reapareciendo armados y bien municionados. Y era que los gobernantes conservadores del Ecuador apoyaban á sus cofrades granadinos, sirviéndoles de activos agentes los jesuítas expulsados de Popayán y anidados en Ibarra y en Quito. Á las reclamaciones del Gobierno granadino respondía el ecuatoriano jurando inocencia, pero continuaba favoreciendo á los rebeldes. El escándalo llegó á tal punto, que con armas y municiones de los parques del Ecuador pudo Arboleda organizar más de 1,000 hombres, con los cuales se atrevió á ofrecer batalla á Franco en Buesaco. La perdió, por supuesto, y en su fuga no paró hasta llegar á Lima.

En vista de semejantes agravios, y considerando comprometida la tranquilidad del Sur de la República, el Congreso granadino no vaciló en dar al Poder Ejecutivo amplias autorizaciones para declarar y hacer la guerra al Ecuador. Pero sucedió entonces que los liberales ecuatorianos echaron abajo el Gobierno estúpido que presidía Novoa, quedando de Dictador el General José María Urbina. Con la caída del Gobierno agresor, de hecho desaparecieron las contingencias de guerra internacional, pero quedaron pendientes las satisfacciones de honor que debían darse al Gobierno granadino. Urbina las eludía so pretexto de que el Gobierno de Novoa, que había irrogado los agravios, ya no existía; pero hubo motivo para sospechar que continuarían las agresiones, pues los males del Sur no se remediaban. Á finalizar esta situación tirante y á ver claro en la política ecuatoriana fué enviado Ancízar como Encargado de Negocios.

Habiendo hecho estudios especiales de Derecho internacional, tratados y protocolos; siendo muy conocedor de la política, la geografía, los hombres y las cosas de Sur-América,

versado en idiomas, y dotado de ciencia de gentes, porte apuesto y decoroso y maneras exquisitas de caballero, puede decirse que Ancízar en la diplomacia estaba en su verdadero terreno.

Deshizo pues la maleta de corógrafo para henchir los baúles de diplomático, y tomó la derrota de Quito el veintuno de Enero de 1852. Para apoyar sus gestiones contaba con un ejército en la línea ecuatoriana, ocupado entonces en correr á Arboleda y demás chusma de guerrilleros *católicos* que infestaban aquellas comarcas. Obando debía mandarlo; pero Franco, amostazado por esta distinción, fomentaba con sus amigos discordias en la tropa. Conociendo Ancízar que dejando á retaguardia un ejército anarquizado poco fruto podía sacar de su misión, detúvose algunos días suavizando el impetuoso carácter de Franco. Logrólo al fin, gracias, me ha dicho Ancízar, al desprendimiento de toda vanidad y á la abnegación sin límites del General Obando, que determinó retirarse de la escena dejando á Franco camppear á sus anchas. Siguió después á Quito, donde con la dignidad y franqueza republicana de su carácter se ganó á pocas vueltas la confianza de Urbina y la amistad de los patriotas más distinguidos de aquella República, como son los Moncayo, Rivadeneira, Bustamante, Latorre y demás prohombres del partido liberal ecuatoriano: obtuvo las satisfacciones pedidas, organizó sociedades y levantó la opinión para arrostrar la tempestad que el apóstata Flores preparaba en el Pacífico.

¡ Cosa singular ! El Ecuador se encontraba entonces, con respecto al Perú, en las mismas circunstancias que se había hallado Nueva Granada respecto al Ecuador. El Perú protegía abiertamente á los refugiados ecuatorianos, y permitía que Flores, aprovechando la coyuntura de estar conmovido el Ecuador, armase en el Callao un vapor y tres buques de vela y organizase 800 aventureros; y esto recibiendo públicamente dinero, armas y amparo del Gobierno de Echenique, que reinaba en el Perú con el título de Presidente. A este caudillo, lleno de humillos, y aficiones monárquicas, le hicieron creer que el *equilibrio americano* exigía llevar al Ecuador la reconquista conservadora para sacarlo de la situación de satélite de Nueva Granada, y atajar la propaganda *roja* de ésta sobre el Perú. Los refugiados granadinos aparecían como mártires á

los ojos de Echenique y le merecían vivas simpatías : por afinidad de causa y de propósitos uno y otros se unieron íntimamente á Flores.

Contaba éste para el buen éxito de su empresa con los movimientos contrarrevolucionarios que los conservadores del Ecuador prometieron hacer en Quito, ayudados por los conservadores granadinos desde Pasto y apoyados por los jesuítas, que como un cordón de agentes se extendían desde el Carchi hasta Guayaquil. Tengo á la vista varias cartas de patriotas notables del Ecuador, que manifiestan el apoyo decidido que estos sacerdotes dieron á la traición de Flores. Por consiguiente, una de las pocas cosas buenas que hizo Urbina durante su Gobierno dictatorial fué arrojar del Ecuador á esos intrigantes.

Ancízar comprendió el papel digno que Nueva Granada debía representar en aquellos conflictos. Era preciso hacer entender á los conspiradores floreanos que al menor movimiento serían aplastados por nuestro valiente ejército acantonado en Túquerres, y, manteniendo á raya á los conspiradores del interior y á los otros, dejar á Urbina desembarazado para concentrar todas las tropas del interior en Guayaquil contra la expedición filibustera. Convenía también no internar nuestro ejército sino en el último caso, para ahorrar al Ecuador los gastos y desórdenes que siempre causan tropas auxiliares, y evitarle la humillación de necesitar sócorros extranjeros para defenderse de piratas.

Esta buena y sana política la llevó á cabo Ancízar con habilidad y energía. Además, estableciendo activa correspondencia con todos los patriotas, dando oportunos y vigorosos consejos al Gobierno dictatorial y alentando por cuantos medios estaban á su alcance la opinión pública, prestó á la causa americana importantes servicios y dejó bien puesto el honor de su nación.

Cuando Ancízar llegó á Guayaquil, en Marzo de 1852, la ciudad estaba sin tropas y sin baterías, desguarnecida, casi indefensa. Si Flores, como cumplía á su papel de aventurero, la hubiese atacado precipitadamente y con arrojo, habríala tomado de seguro ; pero se entretuvo en saquear las haciendas de cacao ribereñas para complacer á sus filibusteros, y cuando quiso conquistar, ya fué tarde. La división granadina estacionada en Túquerres, y pronta á ocupar á Ibarra

y á Quito cuando Ancízar lo ordenara, bastó para intimidar á los cómplices de Flores, y para que Urbina pudiera sin zozobra desguarnecer el interior, acumulando sus batallones en Guayaquil.

Flores, marchitando sus lauros colombianos y su vieja fama de valiente, mostró entonces una pusilaninidad inexplicable: en vez de jugar el todo por el todo aterrando á sus contrarios á fuerza de audacia y de valor, mantúvose obra de diez meses, inactivo y vacilante. El único ataque que dieron debióse á unos yankees que, después de celebrar una fiesta con abundantes libaciones, al entrar la noche, ebrios, casi delirantes, movieron los buques, y á tiro de pistola de la ciudad rompieron fuego de rifles, y metrallla, sin más resultado que perforar las casas de madera y dar muerte á mujeres y á vecinos desarmados. En aquella noche y con horas de anticipación el Ministro peruano se asiló en la Legación francesa, y los demás diplomáticos cubrieron sus casas con guardias sacadas de los buques de guerra de sus naciones respectivas. Ancízar, más que todos comprometido en la contienda, iluminó su casa, declaró que su guardia era el pueblo, abrió de par en par las puertas, y se fué tranquilamente al malecón á presenciar el combate.

Sabido es que esa ridícula expedición que, con otro jefe más arrojado, habría causado graves daños y complicaciones políticas, fué derrotada por el paisanaje de las haciendas que saqueaba. El vapor de guerra se entregó con más de cien chilenos de tripulación, trayendo el equipaje y archivo de Flores. En el camarote que éste ocupaba se encontró colgado en parte conspicua, á guisa de imagen, el retrato de doña María Cristina Muñoz, un regular surtido de cosméticos, tinta para aderezarse y teñirse el pelo el afeminado General, y muchas cartas y papeles.

Entre las cartas las había de Julio Arboleda y otros granadinos conservadores refugiados en Lima, hablando de la expedición como de asunto propio en que estaban interesados monetaria y políticamente. Ellos daban por seguro el triunfo de Flores, y se proponían empujarlo sobre Nueva Granada á exterminar rojos, ofreciendo rico botín á los piratas auxiliares. Halláronse también cartas de los Ministros y principales funcionarios del Perú, alentando á Flores y anunciándole remesas

de dinero y vituallas, y confirmando plenamente las sospechas vehementes que se tenían de que Echenique se había metido en un plan combinado de reconquista conservadora sobre el Ecuador y Nueva Granada.

De estas cartas mandó Ancízar copias auténticas al Gobierno granadino: ignoro si habrán sido extraídas de los archivos públicos por algún interesado.

A estos fundados motivos de queja que se tenían contra el Gobierno peruano, juntábanse sus embrollos y dilaciones para no liquidar la deuda contraída por el Perú á favor de la República de Colombia. Llevó ese Gobierno la insensatez hasta presentar una contracuenta en que se hacía aparecer como acreedor, olvidando en mala hora que no tenía precio la sangre colombiana derramada en Junín y Ayacucho.

El Gobierno granadino creyó llegado el caso de hacer entender á Echenique, que no impunemente se podía expedicionar contra las Repúblicas vecinas, y que era menester concluir definitivamente los embrollos sobre deuda colombiana. Y al efecto comenzaron á hacerse preparativos para, en caso de rehusarse satisfacciones y arreglos, hacer la guerra al Gobierno peruano, teniendo por auxiliar el ejército del Ecuador. Urbina por su propia conservación adhería calorosamente al proyecto, y trataba de captarse la completa benevolencia del Gobierno granadino, ora expulsando á los jesuitas, ora aboliendo la esclavitud y hasta consintiendo en que la Constituyente ecuatoriana diera al país una constitución liberal. Pero á pesar de estas manifestaciones de simpatía, Ancízar sospechaba de la lealtad de Urbina, y esta sospecha tomó cuerpo cuando al proponerle la celebración de tratados de alianza, comercio y límites territoriales, que él mismo aparentaba desear, entretuvo el tiempo con pretextos y dilaciones, postergando de día en día los finales arreglos.

Posteriormente se confirmaron las sospechas que Ancízar abrigaba sobre el carácter de Urbina, pues este ingrato General, sin contar con su aliado granadino, entró en tratos de paz con el ya asustado Echenique. Olvidando Urbina, discípulo é imitador de Flores, lo que debía á Nueva Granada, abandonó á ésta en momentos críticos celebrando un tratado de paz y amistad con el Perú, en el cual, entre otras cosas, prometió "no permitir el tránsito de tropas extranjeras por el territorio ecuatoriano, siempre que se dirigieran contra el Perú." Esta

clara y cobarde deserción mostró al Gobierno granadino que tendría él solo que habérselas con el peruano en las eventualidades de una guerra, ó buscar una salida honrosa hacia la paz.

VI

En medio de estas complicaciones y esforzándose por reducir á Urbina á una política más leal se encontraba Ancízar, cuando recibió órdenes del Gobierno granadino para dirigirse á Chile como Encargado de Negocios. Los refugiados granadinos en Lima habían voceado tanto contra el partido liberal de Nueva Granada, que al fin lograron alarmar al Gobierno conservador de Chile. Pintaban á los liberales como mara-tistas desenfrenados, sin Dios ni ley, y sus principios como destructores de la moral, la religión y la familia. Gritaban, haciendo eco á la prensa conservadora de Bogotá, que los patriotas de Nueva Granada reducían á leyes sueños insensatos tomados de Proudhón y de Cabet, que destruían la base y el organismo de toda sociedad. Á esta vocinglería calumniosa y ridícula comenzaban á dar crédito los pelucones de Chile; y asegurábase que Montt había prometido auxilios á Echenique si los rojos del Norte lo atacaban. Ancízar fué enviado á combatir las eventualidades de esta alianza, á manifestar lo que era en realidad el partido liberal granadino, y á tranquilizar al Gobierno chileno respecto de nuestras instituciones y tendencias.

Siendo simple Encargado de Negocios y estando pobremente dotada la Legación, Ancízar no podía comprar los servicios de un diarista ni, dando convites y desplegando pompa, adquirir extensas relaciones, que tanto sirven en las maniobras diplomáticas. Cuando llegó á Santiago, Montt y el Secretario de Relaciones Exteriores, Varas, estaban ausentes. Con este pretexto dilató la presentación de sus credenciales para obrar entre tanto sobre la opinión por medio de la prensa, sin comprometer más que á Manuel Ancízar y no al representante de Nueva Granada. Teniendo que habérselas con un Gobierno suspicaz, que desde la revolución liberal vencida en Longomilla tenía amordazada la prensa, y con una sociedad feudal y

monástica, que habría de alarmarse al oír á un granadino hablando de democracia, y libertad, resolvió servirse, para los fines que se proponía, de escritores chilenos.

En efecto, logró captarse la amistad del que era entonces redactor en jefe de "El Progreso," joven entusiasta y adversario de la política conservadora. Trabajó estrechas relaciones con él: le habló de nuestro país, de nuestras instituciones y gobierno, y del glorioso combate que contra el sistema colonial sostenían los patriotas granadinos. Dióle nuestras leyes más importantes y los discursos y folletos más calorosos y atrevidos. Rompió aquel diario con ardientes editoriales encomiando nuestra marcha política y desmintiendo las calumnias de los refugiados en Lima. Dió publicidad á leyes, artículos y discursos tomados de periódicos granadinos, y por último insertó el famoso folleto denominado *El Arzobispo de Bogotá ante la Nación*. Allí fué Troya! Alarmóse el Gobierno y alborotáronse clérigos y pelucones con aquel *crescendo* democrático. Motivo por el cual la imprenta de "El Progreso" fué cerrada por la policía, "de orden de la autoridad."

La publicidad de nuestras leyes fundamentales, marcha política, doctrinas y tendencias era, por el contraste que hacía resaltar, una fuerte censura contra los mandatarios é instituciones de Chile. La gloriosa revolución política encabezada por la Administración López, la audacia de sus reformas y sus tendencias generosas y humanitarias, eran en Santiago objeto de todas las conversaciones: Nueva Granada se puso de moda. Viendo ya la opinión suficientemente preparada, y haciendo como que contestaba al diario pelucón "El Mercurio," lanzó Ancízar al público bajo su firma el famoso folleto *Anarquía y rojismo en Nueva Granada*. Este brillante y victorioso opúsculo, lleno de entusiasmo y de calorosas convicciones, tuvo un resonamiento estruendoso. Rápidamente desaparecieron 2,000 ejemplares. Aquello parecía conmoción popular: los liberales acudieron en masa á felicitar á Ancízar en su casa: grupos recorrieron las calles enrostrando á los pelucones el antítesis de la marcha política de Nueva Granada con el régimen colonial y represivo de Chile: los frailes hicieron juntas: produjo esa publicación un efecto fulminante.

Y no es porque el folleto tenga nada agresivo contra Chile

y su Gobierno. Probando á los redactores de “ El Mercurio ” que estaban en pleno pecado de ignorancia y calumnia, Ancízar historia rápidamente, pero con brío y elocuencia, nuestras principales reformas, y vindica de una manera triunfante la política del Gobierno granadino, sus aspiraciones y tendencias.

Se arriesgó, es verdad, á que lo expulsaran del país, pero la mengua hubiera sido para las autoridades chilenas, pues él estaba en pleno derecho no teniendo todavía carácter público, y aunque lo tuviera, para defender con fuerza y altivez al Gobierno y las instituciones de su patria desconocidas y calumniadas en el extranjero. El folleto concluye así :

En el breve cuadro que acabo de trazar se hallan bosquejadas *todas* las reformas sustanciales que los demócratas granadinos han realizado, indicadas sus causas y manifiesta su índole.

Levántese ahora un acusador, pero traiga pruebas en la mano, y atrévase á decir con la sinceridad del hombre justo : “ que en Nueva Granada “ el Gobierno, el país, las instituciones y las costumbres, el presente “ y el pasado, todo se halla en completa anarquía ! ” Atrévase á decir, sin que el rubor tiña su frente, “ que la Nueva Granada es “ una madriguera de exaltados demagogos, miserables plagiarios de “ Proudhón y Cabet ! ”

El clamor unísono de los conservadores derrotados, de los malos sacerdotes refrenados en sus simonías y escándalos, de los monopolistas á quienes se imposibilitó para esquilmar el pueblo, y de los comerciantes en carne humana privados ya del placer de azotar, prostituir, comprar y vender seres racionales y cristianos, formó un gran ruido de voces contra los demócratas granadinos. Estos no hicieron caso y continuaron la noble tarea de regenerar el país, confiando en que los hechos serían más elocuentes que la mentira vil y apasionada. Error ! no imaginaron que habría periodistas, y periodistas sur-americanos, que infieles al ministerio de la prensa no sólo no examinaran los hechos para juzgar, sino que los rechazaran para concurrir con su contingente de gritos y calumnias en apoyo de lo más inmoral é inicuo : de los propietarios de hombres, los expoliadores del pueblo, los clérigos mundanos, los denostadores de su propia patria !

Ahora dos palabras acerca de mí mismo :

Esto es LO PRIMERO que doy á la prensa en Chile. Jamás escribiré sin firmarme, porque detesto los caminos cubiertos tanto en los negocios públicos como en los privados. Tampoco escribiré nunca sino en defensa de mi patria calumniada, porque sé respetar el puesto que hoy ocupo y las instituciones del país en que resido, por contrarias que fueren á mis principios religiosos y políticos.

La reputación de Nueva Granada es la de cada uno de sus hijos ; es la mía : tengo el indisputable derecho de defenderla ; y lo haré tantas veces cuantas sea preciso, con la perseverancia del que vindica el mayor y más sagrado de los bienes.

En aquellos días llegaron á Santiago el Presidente y el Secretario de Relaciones Exteriores, y efectivamente parece

que pensaban no recibir á Ancízar, y tal vez hacerlo salir del país. El clero exigió de Varas que no lo recibiese ; pero este Ministro talentoso y de altivo carácter creyó, con semejante exigencia, ofendida la dignidad de su Gobierno, é inmediatamente le dió audiencia y aceptó sus credenciales. Á poco obtuvo la amistad y el aprecio de Varas, celebró una convención consular muy liberal, y consiguió que se promulgase una ley aboliendo los derechos diferenciales en el comercio con Nueva Granada, igualando, en todo, nuestro pabellón al chileno. Hizo regalos á la Biblioteca nacional, colaboró con lucimiento en la redacción de "El Museo," periódico literario, y cuando se retiró de Chile, en Septiembre de 1853, después de una residencia de nueve meses, había conseguido los principales objetos de su misión : vindicar el honor y las instituciones de su patria, y obtener del Gobierno chileno que hiciera entender al peruano su voluntad de no mezclarse en las contiendas que éste se procuraba con las Repúblicas colombianas.

Con el objeto de refrescar en Chile los gloriosos recuerdos de Colombia, Ancízar escribió para "El Museo" la biografía de Sucre, uno de sus más ínclitos varones. Esta biografía, escrita con gala y donosura, animación y entusiasmo, es un precioso documento histórico. Ojalá pudiéramos insertarla toda : copiaremos únicamente como muestra el final, en que refiere el trágico fin del héroe colombiano.

Á mediados de este año nefasto (1830) salió Sucre de Bogotá para Quito, pensando acaso en el caído Libertador y en la suspirada familia, cuyo cariño buscaba para distraer las amarguras que afligían su grande alma. Llevaba el firme propósito de no mezclarse por entonces en los negocios públicos ni habitar jamás en Nueva Granada, eligiendo el Ecuador por patria y lugar de retiro hasta la conclusión de sus días.

El tres de Junio hizo noche en La-Venta, lugarejo solitario y rodeado de montañas, en la provincia de Pasto, donde despachó sus peones y equipaje por delante, quedándose en conversación con ciertos militares sospechosos que se le hicieron enconradizos.

Al amanecer el cuatro se dispuso á continuar su viaje, y cerca de las ocho emprendió la jornada en compañía, del señor García Trelles y de los asistentes Colmenares y Caicedo. Á corta distancia de La-Venta el camino queda encajonado en unas cortaduras estrechas, que llaman callejones, sin dar espacio sino para marchar en fila entre paredes coronadas por tupidas breñas, y al través de profundos barrizales. Tomó la delantera Colmenares siguiéndole Trelles á corta distancia: poco después venía Sucre y á su espalda Caicedo, embozados y cubiertos con los amplios sombreros que usan para viajar en el país. Caminaban silenciosos atendiendo á los malos pasos y envueltos en la sombra y neblina de la hondonada, más allá de la cual se continúa la ruta por ale-

gres y despejadas lomas hasta llegar, en tres jornadas, á la frontera ecuatoriana.

En esta disposición pasaron una ermita ó capilla que por allí queda, y de pronto interrumpió el silencio una voz llamando de la espesura ¡Caicedo! ¡Caicedo! El confiado asistente levantó la cara y contestó, marcando, sin imaginarlo, la persona de su señor que le precedía. Partieron al punto de entre las breñas laterales cuatro tiros de fusil ó carabina, é hiriendo al Mariscal en el pecho, la espalda y la cabeza, le derribaron instantáneamente muerto.

Retrocedieron despavoridos los criados en busca de salvamento y auxilio; y al regresar horas después, hallaron el cadáver del ínclito capitán caído al través del camino, la noble faz metida en el lodo.

Nada faltaba de sus joyas y dineros. ¡No fueron ladrones los asesinos!

* * * * *

Nació en Cumaná, Venezuela, el año de 1793: fué de pequeña estatura, y aunque no hermoso de rostro, vivo y animado: hidalgo en su porte, en sus costumbres intachable, muy popular y dadivoso. Nunca miró por sí con perjuicio de los demás: enemigo de la ostentación, era sencillo en su vestir: el mando no tuvo aliciente para él sino cuando se trataba de ejecutar algo en bien de la libertad ó en servicio de la patria. Nadie le igualó en prendas morales: ninguno de los hombres públicos de Colombia atravesó como él, inmaculado, el turbulento y glorioso período de los veinte años que transcurrieron desde la proclamación de la Independencia hasta que dejó de existir la mayor y más batelladora de las Repúblicas Sur-Americanas.

VI

El Gobierno encabezado por Echenique había tenido la rara habilidad de malquistarse con las Repúblicas vecinas y enagenarse la opinión nacional con su tortuosa y embrollada política. Ya hemos visto en las dificultades que se metió con el Ecuador y Nueva Granada; y además, su presuntuosa manía de arreglar los negocios ajenos lo impelió á fomentar revoluciones contra el Presidente de Bolivia, General Belzú, por motivos que pueden resumirse en dos frases: celos del poder militar de Bolivia y miedo á este poder. Hallábase rotas las relaciones entre ambas Repúblicas á principios de 1853, y anunciábase una guerra próxima. Púsose Belzú más brioso al saber por Ancízar que Nueva Granada y el Ecuador entrarían también en la contienda contra el Gobierno de Echenique, y que éste no debía contar con auxilios chilenos, resuelto como estaba Montt á conservar estricta neutralidad.

Á la vez que el ánimo de Belzú se levantaba con la espe-

ranza de tener coadyuvantes poderosos y concentraba su ejército en la frontera peruana, sobresaltábase Echenique al ver que simultáneamente iba á ser atacado por el Norte y por el Sur, y que no podía contar con recursos de parte de Chile. Apresuróse á hacer la paz con el Ecuador, obteniendo de nuestro desleal amigo Urbina la cláusula de que ya he hablado, por la cual se comprometió á no dar paso al ejército granadino por territorio ecuatoriano. Pero sabiendo que el Gobierno de Nueva Granada tomaba medidas (más aparentes que reales) para formar una escuadrilla en Panamá, hubo de hacer también avances de paz á esta República, ofreciendo en prueba de buena voluntad, que reconocería y pagaría la deuda peruano-colombiana.

Nada hubiera sido más doloroso para los patriotas de Nueva Granada y del Perú que esa guerra entre Repúblicas hermanas, que habían derramado juntas su sangre en los mismos gloriosos campos de batalla. Afortunadamente amistáronse los dos Gobiernos y celebraron el Convenio de 25 de Junio de 1853, sobre reconocimiento y pago de la deuda peruano-colombiano, en la parte que correspondía á Nueva Granada y al Ecuador. En reciprocidad el Gobierno granadino accedió á retirar al Ministro que tenía en Lima, señor Mariano Arosemena, á quien profesaba mala voluntad Echenique, reemplazándolo con otro que, sin antipatías oficiales ni enojosos precedentes para el Gobierno peruano, negociara los arreglos complementarios del citado Convenio. Ancízar fué nombrado para esta delicada misión, siempre con el modesto carácter de Encargado de Negocios, con \$5,000 de renta, los cuales, teniendo que hacer los gastos de Secretario, escritorio y portes de correo, quedaban reducidos á \$4,000: emolumento bien pequeño para vivir con decoro en medio del boato de sus colegas y del rumbo ostentoso de la asiática Lima.

El señor Lorenzo María Lleras, Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno de Nueva Granada, y el señor Paz Soldán, negociador peruano, después de multiplicadas conferencias firmaron el Convenio de 25 de Junio sobre reconocimiento y pago de la deuda peruano-colombiana. Atendiendo á los temores que entonces tenía Echenique de guerra con Bolivia y á la actitud fuerte y belicosa del Gobierno granadino, las circunstancias de éste eran ventajosas para negociar, y

obró con habilidad precipitando un arreglo que posteriormente no habrían podido obtener otros Gobiernos impopulares y por consiguiente débiles.

He aquí el Convenio en sustancia :

1.º Reconocimiento categórico de \$3.500,000 por deuda total del Perú á Colombia, y promesa *hipotética* hecha en el protocolo de las conferencias por el negociador peruano, de que consentiría su Gobierno en elevar á \$4.000,000 aquella base, de los cuales \$2.000,000 tocarían á Nueva Granada (50 unidades) y \$860,000 (21½ unidades) al Ecuador.

2.º Á Nueva Granada se le darían en dinero \$200,000 de los cuales \$100,000 pagaderos “ en el modo y en los plazos en que conviniera ” se entregarían á Ancízar para rescatar los negros que Julio Arboleda y otros negociantes en carne humana habían vendido en el Perú, antes de abolirse la esclavitud doméstica en Nueva Granada.

3.º Por el resto emitiría el Perú vales “ de deuda pública ” ganando 4½ por 100 de interés. Parece que no pudo recabarse del negociador peruano garantía para estos vales ni para su renta: como tampoco dónde se radicarían, lo que dejaba á voluntad del Gobierno peruano el radicarlos en Lima.

Propúsose, pues, Ancízar obtener lo siguiente :

1.º Conseguir del Gobierno peruano que los \$500,000, ofrecidos hipotéticamente en el Convenio, fuesen reconocidos como deuda efectiva.

2.º Cobrar prontamente los \$100,000 destinados á rescatar esclavos granadinos, cuyo pago podía demorar cuanto quisiera el Gobierno peruano.

3.º Procurar que los vales emitidos se afianzasen sobre alguna sólida hipoteca para que fuese efectivo el pago del interés estipulado; pues de no, poco valor tendrían en los mercados extranjeros. Á que se agrega que, si quedaban radicados en Lima, se asemejarían á la “ deuda interior ” peruana, cuyos vales (los llamados de consolidación) con igual ó mayor interés se vendían del 40 al 50 por 100; de modo que en este caso Nueva Granada no tomaría en *valores efectivos* ni aun la mitad de lo que debía embolsar en vales.

Si no conseguía que el Gobierno peruano reconociese en la ratificación del Convenio \$4,000,000; y que los vales se radicasen en un mercado extranjero como “ deuda exterior

peruana" (que valía en Londres al 83 por ciento) corría gran riesgo Nueva Granada de perder más de \$700,000.

Para llevar á cabo con éxito feliz esta negociación, Ancizar hubo de tropezar con graves dificultades. En el Gobierno peruano encontró, como era natural, no sólo voluntad de explotar la letra del Convenio, sino también de darle una interpretación tirante y rigurosa. Sometido á la aprobación del Congreso peruano, reunido á la sazón, corrían semanas sin resolver cosa alguna, ya porque los congresistas le fuesen adversos, ya porque el Gobierno no lo recomendaba.

En aquellos días hubo quien pusiera á la más fuerte de las pruebas el carácter íntegro de Ancizar, proponiéndole, con el apoyo de intensas seducciones, una *transacción* en que el disputado medio millón de pesos desaparecería, en parte, del Convenio para ser trasladado á los bolsillos de varios particulares, mediante lo cual se le aseguró que el Convenio sería ratificado sin la menor demora. He tenido á la vista los pormenores de esta *intriga íntima*, en la que Ancizar demostró que bien se puede dar una severa lección de altivez sin faltar á la exquisita cortesanía para con el bello sexo. La, al parecer, irresistible transacción fracasó, quedando confirmado el apodo de "bárbaros del Norte" que dicen suelen dar á los granadinos las odaliscas limeñas; apodo que si en esta ocasión dieron á Ancizar, se transformó para él en un título de honor y quizás de profunda estimación de parte de aquellos mismos cuyas esperanzas quedaron entonces burladas.

Todos los pasos y activas diligencias de Ancizar encallaban ante la inercia de congresistas y gobernantes. Pero sus reclamaciones fueron escuchadas al llegar á Lima la noticia de que Belzú con 3,000 hombres había pasado la línea del Desaguadero, y cortado dos divisones de observación que por allí tenía el Perú. Sobresaltóse Echenique, é inmediatamente pidió al Congreso la aprobación de todo lo pendiente, autorizaciones para defender el país y la clausura de las sesiones.

El Congreso en ocho días, concedió todo y á fines de Noviembre de 1853 se canjearon las ratificaciones del Convenio, aprobado en su totalidad.

Incontinenti se firmó un protocolo en que Ancizar recabó del Gobierno peruano que los vales y el pago de intereses por semestres se radicasen en Nueva York, con hipoteca especial del producto de la venta de huano en los Estados Unidos, super-

abundante para cubrir los intereses y amortizar cada año parte del capital. Los vales podrían pues venderse, por lo menos, al 83 por ciento.

Sacó así en pro de Nueva Granada las mayores ventajas, convirtiendo en realidad las promesas y parte hipotética del Convenio.

¿Y qué hizo entre tanto el amigo Belzú?

Belzú entró sin oposición en territorio peruano, y dirigiéndose al Santuario milagroso de Copacabana hizo decir una misa solemne, la oyó devotamente con su ejército y después regresó á su cacicazgo. ¡Cosas de aquellas tierras!

Á más no poder sufrió Echenique aquella burla afrentosa. La desmoralización que sembró á manos llenas en la sociedad peruana repartiendo, al amparo de la célebre ley *sobre consolidación*, muchos millones entre conmitones y favoritos, y el desenlace humillante que tuvieron sus intrigas contra las Repúblicas vecinas, indignaron á todos los patriotas peruanos. La desmoralización en el interior y el abatimiento nacional en el exterior hacían hervir la sangre del Gran Mariscal don Ramón Castilla, caudillo muy popular en el pueblo y el ejército por su valentía y honradez. Para ganárselo trataron de *consolidarlo*, pero él rechazó la partija y se puso á conspirar contra el Presidente Echenique. Quisieron prenderlo y fugó hacia Arequipa. En Abril de 1854 se hallaba el Perú en plena revolución, encabezando Castilla un ejército de voluntarios numeroso y entusiasta.

Á consecuencia de esta revolución la Legación granadina tuvo que amparar á muchos perseguidos por castillistas, que se asilaron en ella, y al finalizar la zambra, hubo de proteger así mismo á otros tantos echeniquistas perseguidos también: total cuarenta y dos, en el espacio de un año, sosteniendo mesa amplia y amplio servicio doméstico para Generales, Coroneles, Presidente del Consejo de Estado &c. ¡con \$4,000 y en Lima! Aueízar, decente y caballeroso siempre, cumplió con muchísimo gusto aquel deber; pero, para sostener con decoro la honra de su nación, tuvo que sacrificar una parte de su modesto peculio.

Uno de los más premiosos deberes de Ancízar, obedeciendo á la humanitaria y generosa disposición del Congreso granadino, era rescatar de la esclavitud los negros que Julio Arboleda y otros individuos del Sur habían sacado de sus haciendas

y vendido á alto precio en el Perú. Para atender á esta obra de beneficencia, y siendo muchos los esclavos exportados, se destinaron \$100,000 de lo que se cobrase en dinero. Con la mayor actividad emprendió esta tarea ante los Tribunales, rescatando familia por familia y aprovechándose de una ley peruana que mandaba señalar á los esclavos, cuando se tratase de redimirlos, el menor precio á que hubieran sido vendidos. Dando estos pasos tropezó con dificultades nacidas de la incalificable conducta de Arboleda y de algún otro moralista de su escuela, que sacaron de sus haciendas no sólo á los negros *padres*, realmente esclavos, sino á *ciento once* jóvenes y niños, libres por ministerio de la ley colombiana de manumisión de partos, y los vendieron en el Perú á cien pesos. Entablada la correspondiente demanda de nulidad, después de varias diligencias, obtuvo una resolución general declarando que los que habían sido libres (manumisos é ingenuos) en Nueva Granada, no habían podido ser esclavizados en el Perú. Pidió y obtuvo copia legalizada de la escritura de venta otorgada por Arboleda á un especulador peruano, y la mandó al Gobierno granadino, encareciendo la publicación oficial de aquel documento; pero dicha escritura llegó á Nueva Granada cuando había estallado la revolución de Melo, época en que Arboleda arrastraba sable como caudillo y libertador, y paró seguramente en manos de algún funcionario que no tuvo entereza suficiente para darle publicidad.

Suspendió esas diligencias á fines de Diciembre de 1854, por tener certeza de que todos los esclavos quedarían libres por una disposición dictatorial. Esta medida fué provocada por Echenique que, asustado por el incremento y audacia de la revolución encabezada por Castilla, expidió un decreto declarando que todo esclavo que se enrolase en su ejército y sirviera en él dos años quedaría libre á costa del Tesoro peruano. Viendo Ancízar que Echenique no tenía prestigio ni aun en las tropas que concentraba en Lima y que era indubitable el próximo triunfo de Castilla, por la popularidad de su causa, púsose de acuerdo con personas seguras para que avisasen por posta á don Pedro Gálvez y don Manuel Ureta, jóvenes de sanas ideas liberales, lo que acontecía, y el incremento que tomaría Echenique con ese decreto tentador, para que lo contraminaran con otro dictado por Castilla. Expidióse en efecto el famoso decreto dictatorial aboliendo sin condiciones la esclavitud domés.

tica en el Perú. Este decreto y el que libertó de tributo y vasallaje á los indios, el respeto por la prensa, á pesar de existir leyes represivas, la tolerancia y clemencia con que siempre ha tratado á sus enemigos personales y políticos, y el haber contribuído á abolir la pena de muerte, escándalo que continúa en Nueva Granada, no obstante nuestro decantado progreso, son títulos de gloria cívica que, sean cuales fueren sus faltas posteriores, la historia imparcial adjudicará á Castilla.

Ancízar, incansable trabajador y hombre de vastas miras, no perdía el tiempo en Lima. Publicó un folleto (en que ostenta su incontestable talento descriptivo y conocimientos geográficos) sobre el Amazonas, sus afluentes y las bellas comarcas cruzadas por estos grandes ríos, demostrando allí económica y científicamente lo importante que es para las Repúblicas ribejanas que en esas vías fluviales naveguen libremente todos los pabellones. En efecto, el Amazonas, atravesando todo el continente americano, forma un canal central desde Bolivia hasta el Atlántico, recibiendo en tan largo curso numerosos afluentes navegables, y por consiguiente la libre navegación de éstos y de aquél interesa al porvenir de Bolivia, Perú, Brasil, Ecuador, Nueva Granada y Venezuela.

El Brasil, dueño único de la parte inferior del Amazonas, trabaja siempre por impedir la libre navegación de este río; y su Gobierno, por temor al pabellón y propaganda yankees, prefiere que las magníficas comarcas amazónicas queden incultas y desiertas. Animado por esta política suspicaz y japonesa, el Gobierno imperial mandó misiones diplomáticas á varias Repúblicas, con el objeto de recabar para sí el monopolio de navegar al Amazonas; y también con el de sorprender á sus Gobiernos y arrancarles tratados de límites que sancionaran las usurpaciones lenta y perseverantemente realizadas por el Brasil sobre las comarcas que baña el Amazonas. El Gobierno de Venezuela se resistió á tratar, pero dejóse sorprender el de Nueva Granada firmando dos tratados, accediendo en el uno á excluir los pabellones que no fueran sur-americanos, contrariando la famosa ley de 1852 sobre absoluta franquicia de nuestros ríos; y en el otro, cediendo al Brasil un gran triángulo de territorio comprendido entre las bocas de Napo, el Yapurá y el Negro, afluentes del Amazonas, y despojándonos del derecho precioso de ribejanos de este

río. Afortunadamente el Congreso granadino desaprobó estos tratados.

El Ecuador rehusó negociar, pero el Perú cayó en la red, cediendo al Brasil implícitamente muchas leguas cuadradas de territorio y concediendo un subsidio de \$20,000 anuales para que el Brasil navegara exclusivamente una parte del Amazonas y sus afluentes pertenecientes al Perú. Bolivia tampoco quiso tratar, é imitando la conducta de Nueva Granada y el Ecuador declaró libre y abierta para todas las naciones la navegación de sus ríos, ofreciendo además un premio de \$40,000 al primer buque de vapor que remontara el Amazonas hasta entrar en territorio boliviano, lo cual envolvía una invitación á los yankees y, por consiguiente, un golpe alarmante al Gobierno brasileiro.

El Gobierno norte-americano, sintiendo entonces los malos pasos en que andaba el del Brasil, le salió al encuentro, y solicitó tenazmente que se abriera el Amazonas á la libre navegación. Fundábase en que varias Repúblicas ribejanas tenían por derecho internacional positivo la facultad de navegar el Amazonas hasta salir al Atlántico, y que, habiendo éstas declarado francos para todos los pabellones sus ríos navegables, los buques norte-americanos tenían derecho perfecto de navegar en ellos, el cual implicaba el de entrar y salir libremente por el Amazonas inferior. Añadían también, que la magnitud del Amazonas y el inmenso caudal de sus aguas, lo asemejaban á una *prolongación del mar* y sacaban su navegación fuera de los estrechos límites que arreglaban la del Rhin, el Escalda y el San Lorenzo, ríos comunes también á diversas naciones, y de hecho la hacían extensible á todas las potencias aunque no fueran ribejanas.

La causa del progreso y de la civilización estaba sin duda de parte de los norte-americanos, pues sólo de su actividad expansiva y audaz podía esperarse que la industria y el comercio penetrasen en las regiones bañadas por el caudaloso Amazonas y sus numerosos afluentes. Con el sistema de libre navegación las inmensas comarcas amazónicas, pertenecientes á las Repúblicas sur-americanas, entrarían en el movimiento general de civilización; y especialmente á nuestras desiertas y silenciosas regiones del Andaquí, apenas exploradas en las cabeceras del Napo, del Putumayo y del Caquetá, se les abriría un porvenir más ó menos cercano de industria y coloni-

zación, del cual participarían también las antiguas provincias de Pasto y Popayán, para las cuales es casi inútil el Atlántico. El Brasil, que en realidad desea mantener cerrado el Amazonas, engaña las aspiraciones legítimas de las Repúblicas ribejanas, sosteniendo en sus aguas únicamente dos míseros vapores.

Ancízar se colocó decididamente del lado yankee, é hizo en Lima varias publicaciones para despertar á los Gobiernos peruano y granadino é impedir que los otros fuesen engañados por la astucia brasilera. Trabajó con decisión por la absoluta libertad de navegación fluvial, principio sano y fecundo, gloriosamente proclamado por el partido liberal en Nueva Granada.

Ocupóse también en otros asuntos de interés americano, en unión de los representantes de las Repúblicas colombianas, y trabajó mucho con el Gobierno del Ecuador por establecer un perfecto deslinde entre esta República y Nueva Granada. Esta importante negociación no pudo realizarse por el carácter falso y embrollador de Urbina, que había recibido de Nueva Granada uno de esos servicios que los gobernantes no perdonan jamás.

Al fin de estos apuntes biográficos inserto íntegra una luminosa carta de Ancízar al doctor Vigil, escrita en aquella época. Servirá para hacer conocer sus ideas sobre las cuestiones y diplomacia americanas.

Y valga la verdad: nuestra diplomacia, casi siempre insignificante y estéril, tuvo entonces en las Repúblicas del Pacífico respetabilidad é influencia. Las Administraciones liberales mantuvieron dignamente en el exterior la honra de Nueva Granada. Con su firmeza y habilidad consiguieron hacer efectiva la deuda peruano-colombiana, y libertar á muchos infelices que gemían encadenados en climas extranjeros. Acantonando en Túquerres nuestro valiente ejército é intimidando á los desleales granadinos y ecuatorianos, contribuyóse en gran manera á desbaratar los planes liberticidas de Flores. Los principios libérrimos, humanitarios y expansivos del partido liberal conquistaron en Chile y Bolivia vivas simpatías y calorosos defensores. La política firme del Gobierno granadino encontró un coadyuvante laborioso y entendido en Ancízar, que tanto en la diplomacia como en las letras dejó bien puesto el honor nacional.

Bajo las Administraciones liberales Nueva Granada llegó á grande altura moral y política, siendo considerada en las Repúblicas del Pacífico como faro luminoso de doctrinas democráticas é instituciones generosas. Esta respetabilidad moral se reflejaba en Ancizar, y le daba de hecho importancia diplomática muy superior á su modesto carácter de Encargado de Negocios. Documentos que tengo á la vista prueban las consideraciones que sus colegas tenían por él, consultándole en muchas ocasiones negocios graves, y siendo especialmente distinguido por el respetabilísimo Ministro de los Estados Unidos, señor Clay.

Pero había llegado la hora en que su posición, antes tan honrosa y respetable en Lima, vino á ser embarazosa é insoportable.

Á principios de Junio de 1854 recibió una nota, á que no dió contestación, firmada *Lisandro Cuenca*, en que éste le participaba á nombre de Melo la rebelión militar del diez y siete de Abril, exigiéndole que prestase servicios á dicho Gobierno. Ancizar, como era su deber, se apresuró á mandar recursos al Gobierno legal: en distintas libranzas y por varios conductos envió más de \$122,000, arañados de los intereses de la deuda peruana, del ahorro hecho en los \$100,000 destinados á manumitir esclavos y de otros aprovechamientos debidos á sus desvelos y pureza. Activos empeños y diligencias tuvo que hacer para realizar aquella suma, sin menoscabar en un centavo el capital de la deuda peruana. Además quiso enviar con un militar granadino, residente en Lima, un fuerte armamento á los defensores de la legalidad en Pasto y el Cauca, más Urbina rehusó darle paso por territorio ecuatoriano.

Pero en el Gobierno granadino, que representaba la legalidad, se introdujo el elemento conservador, y con él un enemigo de Ancizar, rabioso conspirador en 1851. Éste, solapado por añadidura, aprovechando la ocasión de humillar á cualquier miembro distinguido del partido liberal, propaló especies calumniosas contra Ancizar voceando que podría tal vez entregar la deuda peruana á los rebeldes, y que debían asegurarse aquellos dineros depositándolos en la Legación británica. El Encargado del Poder Ejecutivo, supetidado por los conservadores, tuvo la debilidad de dar oído á esa desconfianza calumniosa. Por consecuencia, olvidando los importantes ser-

vicios hechos por Ancízar y su probidad nunca desmentida, le ordenó desde Honda que entregara los bonos peruanos en manos del representante de S. M. Británica. Y esto entendiéndose directamente el Gobierno granadino con el Ministro inglés y el Secretario peruano de Relaciones Exteriores, desconociendo el carácter público de Ancízar y violando las más triviales prácticas de Cancillería y de urbanidad.

Por “temor de que esos vales corrieran azares,” ordenó el Gobierno de Honda que salieran de manos de Ancízar para entrar bajo la custodia del Ministro británico, sin parar mientes en que, manifestando desconfianza del Encargado de Negocios granadino, humillaban también á Nueva Granada. Este proceder escandaloso sorprendió al mismo Encargado de Negocios de S. M. B. señor Súlivan, y el representante de los Estados Unidos, señor Clay, apreciador de la intachable probidad y carácter elevado de Ancízar, manifestó el mayor asombro por tan insólito procedimiento; no pudiendo comprender cómo un Gobierno, ajando sin motivo á su representante, menoscabara de tal manera la dignidad de su nación.

Ancízar entregó estos vales, que el Gobierno granadino no creía seguros en sus manos, y que explícitamente por notas al Encargado de Negocios de S. M. B. y al Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno peruano destinaba, después de cubrir la acreencia de Jaime Máckintosh, *en su totalidad* al pago de acreedores británicos. Pasados algunos meses el Ministro inglés manifestó á Ancízar por una nota que no podía continuar con tal depósito, si no le daba facultades para transmitir los vales depositados á los acreedores de la deuda exterior granadina en Londres Ancízar le respondió afirmativamente. Por este procedimiento hicieron gran ruido de voces contra él, diciendo ora que se había excedido de sus facultades, ora que había obrado con una susceptibilidad intempestiva, llevando la algazara hasta el punto de encausarlo de oficio la Corte Suprema. Ancízar manifestó en documentos impresos, que el público conoce, la injusticia y pasión con que se le hacían semejantes cargos, y su reputación de negociador hábil y probo manejador de dinero, no perdió un ápice ni con la vocinglería de sus enemigos, ni con el juicio de la Corte Suprema.

Diré algo sobre la materia, por si esta biografía fuese leída en otros países donde no conozcan las publicaciones de Ancízar.

El cargo principal es, que debió haber recibido y conservado en su poder los vales á disposición del Gobierno granadino, en vez de autorizar para que fuesen enviados directamente á la comisión de acreedores ingleses. Abona el procedimiento de Ancizar :

1.º Que el Gobierno granadino, por palabras solemnes que no admitían embrollos ni chicana, se había comprometido, después de pagar el crédito de Máckintosh, á destinar la totalidad de la deuda peruana al pago de la acreencia inglesa, por deuda exterior.

2.º Que, tratándose de la contingencia (se temía entonces) de que el Ministro británico embargase los vales por cuenta de los acreedores, el Gobierno granadino dijo oficialmente á Ancizar “que el tal embargo, en rigor, no significaría cosa alguna, puesto que dichos vales estaban destinados á cubrir créditos británicos.”

3.º Que por infidencia ó corrupción de algún empleado de alguna Secretaría, dos veces instrucciones reservadas que se mandaron á Ancizar fueron entregadas en copia al agente de los acreedores ingleses en Bogotá, quien las remitió al Encargado de Negocios de S. M. B. en Lima. Estas instrucciones, que yo conozco, aunque nada indelicado contuvieran y emanaran de interés patriótico, se prestaban eso sí á interpretaciones apasionadas, que ponían á Ancizar en sus relaciones con el Ministro británico en una situación bochornosa, y lo obligaron indirectamente á no oponer obstáculos cuando se le preguntó si consentía que los vales se mandasen á Inglaterra por cuenta de los acreedores.

4.º Que no se le dieron instrucciones, aunque hubo tiempo bastante para ello, sobre lo que debía hacer en la eventualidad de que el Ministro inglés no quisiera continuar con el depósito : ni se le dió aviso de que los señores Báring Brothers fueran banqueros de la República, para entenderse con ellos ; no teniendo otra norma de conducta sino las repetidas y solemnes palabras del Gobierno granadino, que destinaba la totalidad de los vales sobrantes al pago de acreencias inglesas.

5.º Que autorizando entonces para que los bonos fueran enviados á Inglaterra, por cuenta y riesgo de los acreedores, no hizo sino respetar la voluntad explícita del Gobierno granadino : ya porque éste había ofrecido repetidas veces los vales á los acreedores ingleses ya por su manifiesto y clarísimo deseo de

que dichos vales no permaneciesen en las *manos inseguras* de Ancizar.

Recibir los bonos después de semejante ultraje, hubiera sido declararse absolutamente falto de pundonor y delicadeza. Pues, aunque algunos dicen que el diplomático debe ser una máquina impasible sin nervios ni corazón, dudo mucho que haya ningún hombre pundonoroso en nuestro país que hubiera obrado de otro modo, aun sabiendo, lo que no pudo saber Ancizar, que con tal procedimiento se perderían algunos pesos. En realidad la República no podía perder, como no perdió, pues al enviar los bonos á la comisión de acreedores se sobreentendía que ésta debía ponerse de acuerdo con los agentes del Gobierno granadino para arreglar el modo y forma de su definitiva adjudicación; antes bien se ganaron \$45,000, que habría costado la comisión de depósito y gastos de seguro hasta Inglaterra.

Á pesar de que el Procurador General de la Nación, Sr. Florentino González, informó dos veces que no había cargo alguno contra Ancizar, la Corte Suprema lo condenó . . . á doce pesos de multa! reagravada con un *apercibimiento* ridículo, manifestando las palabras de la sentencia, que no decidió la imparcialidad ni la justicia, sino la mente obcecada de un enemigo político.

Durante el curso de sus negociaciones diplomáticas Ancizar pidió varias veces sus letras de retiro, deseando con ardor volver á los humildes y silenciosos trabajos de la Comisión Corográfica, y recordando con deleite los bosques de la patria. Pero estimando importante su presencia en el extranjero, instáronle con afincamiento todos los miembros de las Administraciones liberales que continuase en sus tareas diplomáticas. Á consecuencia de la bofetada que le dieron, luego que las influencias conservadoras dominaron en el Gabinete granadino, renunció terminantemente el destino que ocupaba. Á principio de Mayo de 1855 recibió sus letras de retiro y abandonó las playas peruanas, dejando en las Repúblicas del Pacífico recuerdos honrosos como escritor y diplomático, simpatías universales y amistades ilustres. Oigamos cómo después de retirado Ancizar se expresó la prensa de Lima:

EL SEÑOR MANUEL ANCÍZAR

El vapor que ha salido hoy del Callao para Panamá conduce á su bordo al señor doctor Manuel Ancízar, que regresa á la Nueva Granada, su patria, después de haber residido largo tiempo en Lima en calidad de Ministro Plenipotenciario de aquella República cerca del Perú, cargo que al venir á esta ciudad acababa de desempeñar respecto de la República de Chile. Es tan grande el mérito de este distinguidísimo hombre de Estado, son tan sobresalientes las prendas que le adornan, y es tan viva la estimación que por entrambas causas nos inspira y nos ha inspirado siempre, que no podemos dispensarnos de decir algunas palabras acerca de él en esta ocasión, á pesar del convencimiento que nos asiste de que su modestia sufrirá mucho cuando lea estas líneas, si es que alguna vez llegan á sus manos.

El señor Ancízar ha realizado para nosotros el tipo que teníamos formado del verdadero republicano, por el corazón, por la conducta y por la inteligencia. Su republicanismismo no consiste en ese acopio insustancial de generalidades, en esa charla estéril, verbosa y aprendida en alguna parte, que distingue á muchos corifeos de la democracia, que se apasionaron de la libertad por lo bello y sonoro de las frases que con esta palabra se podían construir, y que se ostentan como sus apóstoles, por lo interesante de tal papel; lejos de eso, el republicanismismo del señor Ancízar es el resultado definitivo de sus largas meditaciones sobre las ciencias sociales, sobre los hechos que la historia presenta, sobre los que recientemente se han consumado, y los que se consuman, en países distantes de nosotros, y á nuestro derredor. El ha aceptado todas las dificultades que se presentaban al sistema liberal, se ha planteado á sí mismo todas aquellas que alcanzaba que se le podían presentar, las ha estudiado todas profundamente y de buena fe, y felizmente el resultado ha sido siempre favorable á las instituciones republicanas. El sistema republicano no existe en el cerebro del señor Ancízar parcialmente, truncado ó imperfecto, como sucede con la mayor parte de los que siguen un sistema político cualquiera; existe entero, completo, vivo, armónico y perfectamente ajustado y montado, como una gran máquina ó una armazón grandiosa á la que no falta ninguna de sus piezas; es un edificio completo y acabado, con su base, su cuerpo y su cúspide. Presentad al señor Ancízar cuantas dificultades hayáis encontrado en vuestras meditaciones sobre la República, oponedle las objeciones que se os ocurran contra su sistema; él halla inmediatamente respuesta para todas, y sus respuestas son siempre las más conformes con la dignidad del hombre, las más acordes con el progreso de los pueblos, y están siempre llenas de esperanza para la humanidad en el porvenir. Ha agitado tanto en su mente, y tan á fondo, todas las cuestiones políticas, se ha familiarizado de tal manera con este linaje de estudios, que ya el edificio social se destaca completamente ante sus ojos, y, cada vez que quiere, puede abrazarlo tranquilamente de una sola mirada.

Una vez formadas sus convicciones políticas, el señor Ancízar, que afortunadamente había recibido en su primera infancia una alta educación moral, se propuso mantenerse siempre fiel á sus principios, y su resolución no ha flaqueado jamás. Entre todos los hombres públicos de la Nueva Granada, tan notables sobre todo por su honradez, apenas habrá alguno tan honrado como el señor Ancízar, y ésta es la razón por qué ni su partido ni el contrario, que le tienen en mucho, le estiman sin embargo tan altamente como debieran. No hay uno solo de los actos de la vida

pública ó privada del señor Ancízar que se halle en desacuerdo con los principios que profesa, lleno de legítimo orgullo y de noble ufanía republicana. Por su rectitud, por su austeridad, por su sinceridad y su entusiasmo, el señor Ancízar nos ha parecido siempre un republicano de los antiguos tiempos completado con las luces de la civilización moderna.

Como particular, el señor Ancízar no es menos estimable. Su vida privada no es más que la consecuencia natural de sus principios: se ve en ella toda la llaneza propia del republicano, toda la dignidad del hombre que se estima y que no acepta señores porque se siente libre, toda la circunspección y urbanidad del hombre que respeta profundamente á los demás, porque los estima sus iguales, y la bondad de demócrata que ve un hermano en todo semejante suyo que padece. Todos sus actos revelan el profundo respeto y simpatía que profesa al hombre y su deseo de levantarlo y de rehabilitarlo cuando lo ve caído, hasta hacer de él un republicano virtuoso y digno. Como tiene un verdadero mérito, no procura bajar á sí á los más grandes; se afana por subir hasta ellos, tendiendo al mismo tiempo la mano á los de más abajo.

Algunos de nuestros lectores, los que no conocen de cerca al señor Ancízar, se sorprenderán, sin duda, de oír semejante lenguaje en nuestra boca, y, sin poderse explicar la causa de este arranque de extraño é insólito entusiasmo, tacharán nuestras palabras de extravagancia ó exageración, ó más bien juzgarán que nos complacemos en trazar los perfiles de una figura que sólo en nuestra imaginación existe, revistiéndola de todas las ideales perfecciones que soñamos. De ninguna manera. Lo que acabamos de decir es, á más del eco débil de la estimación y el afecto que profesamos al señor Ancízar, la expresión, que hemos procurado hacer fiel, de nuestras convicciones; convicciones que reposan sobre la sólida base de la larga observación y experiencia que hemos hecho de sus cualidades; los que acabamos de trazar no son más que algunos pocos imperfectos rasgos de esa noble y modesta figura democrática. Porque, lo volvemos á repetir, el señor Ancízar es para nosotros el tipo, el ideal republicano. En medio de todas las decepciones políticas que á veces hemos sufrido, ante el espectáculo de las apostasías que nos han dado frecuentemente por desgracia los más ardientes y al parecer más sinceros soldados de la falange liberal en el mundo, en las dudas con que tales acontecimientos oscurecían nuestro espíritu, nosotros hemos evocado siempre el recuerdo del señor Ancízar, y al evocarlo hemos sentido renacer en nuestra alma la fe en la República, en la marcha libre de los pueblos, en la democracia, en el progreso, en el porvenir, en la humanidad.

Es muy consolador, inspira mucha fe, al mismo tiempo que un legítimo orgullo, el pertenecer al mismo partido, seguir la misma bandera, creer en los mismos principios que profesan y de que se hallan profundamente convencidos hombres como el señor Manuel Ancízar.

(De EL COMERCIO de Lima, de 26 de Junio de 1855.)

VII

Á principios de Julio de 1855 desembarcó en Panamá, casi arruinado por los crecidos gastos que hizo en Lima para sos-

tener el decoro de la Legación granadina, encanecido por incesantes trabajos y desvelos, y con el alma herida en lo vivo, pues lo que más contrista á los corazones generosos es ver recompensados con la ingratitud sus patrióticos y desinteresados servicios.

Después de haber intervenido en negociaciones monetarias que ascendieron á tres millones de pesos se halló tan escaso de recursos, que no pudo pagar el pasaje de un sirviente; y solo y enfermo llegó á Bogotá en Octubre, donde sus buenos y leales amigos Echeverría le ofrecieron albergue, pan y trabajo en la redacción de "El Tiempo": como también triplicada y á sus órdenes una pequeña suma que había confiado á su honradez.

Poco después recibió de Panamá el nombramiento para representar aquel Estado en el Congreso, donde fué elegido Presidente de la Cámara de Representantes. En este Congreso, siempre con miras patrióticas y nunca impulsado por odios personales, promovió la acusación de altos funcionarios, por contratos de tierras baldías que él creyó perjudiciales y onerosos á la nación. También acusó á los contratistas de las salinas, trabando con ellos calorosas polémicas que le atrajeron un duelo.

Recibió entonces del extranjero repetidas pruebas de estimación: entre otras, el nombramiento de socio perpetuo de la Sociedad de Geografía de París, corporación de sabios muy respetables, en contacto con el Instituto nacional de ciencias.

En distintas ocasiones ha sido redactor de "El Tiempo", tarea que ha desempeñado con habilidad y lucimiento. Durante la ausencia del señor Murillo en Santander, hízose notar este periódico, bajo la redacción de Ancízar, por sus estudios concienzudos sobre los Estados federales, y sus apreciaciones luminosas de la política sur-americana.

Ancízar es indudablemente uno de nuestros notables escritores. Como conoce perfectamente el lenguaje y los asuntos que trata, sus escritos son siempre pulcros, sustanciales y correctos. Nadie en Nueva Granada le excede en conocimientos y sólidos estudios. Muchos pueden escribir artículos de periódico: él es de los pocos que pueden tratar á fondo toda clase de cuestiones, y escribir libros importantes.

Desengañado de la política, abandonado por muchos que

antes se decían sus amigos y cansado de la vida errante, se casó el cuatro de Julio de 1857 con la señorita Agripina Samper, bella y entendida joven, que llevó á su hogar solitario grata compañía y á su alma sacudida y desengañada esperanzas, serenidad y amor. Al fin y al cabo la familia es el recurso supremo del hombre. Siendo, como lo es, buen padre y cumplido y galante esposo, Ancízar no ha hecho más que seguir el desenvolvimiento lógico de su carácter y educación. En su persona, escritos y costumbres nótese siempre orden, limpieza y armonía. Su vida, de una moralidad rigurosa, desmiente los cargos que hacen contra él sus gratuitos detractores.

Jamás ha cometido una acción villana, y puede levantar la frente á la par de los mejores. Ha trabajado constantemente por perfeccionar su espíritu y corazón, ha combatido por grandes y nobles causas y servido á su país con lealtad y desinterés. Puede esperar tranquilo la vejez y la muerte, pues ha llenado con plenitud las tres condiciones del destino humano: trabajar, sufrir y amar.

Bogotá, Enero 20 de 1860.

CARTA DEL DOCTOR MANUEL ANCÍZAR

Señor Don FRANCISCO DE PAULA VIGIL.

Lima, 1.º de Junio de 1855.

Permítame U., mi respetado y querido amigo, que contribuya con algunas noticias á completar su interesante opúsculo *Paz perpetua en América*, ya que al mismo tiempo que U. meditaba en esa materia conferenciábamos también sobre ella los tres Ministros de las Repúblicas colombianas aquí reunidos, y sometíamos á nuestros respectivos Gobiernos un nuevo plan, fácilmente realizable, de Paz y Unión entre los Estados sur-americanos, el cual diseñaré á U. y puede considerarse como una modificación del que ensayaron con mal éxito los Ministros concurrentes al Congreso de Plenipotenciarios reunido en Lima el año de 1848. Acaso no estará distante el día en que, movidos por un interés común, y cada vez más premioso, vuelvan á congregarse los Representantes de Sur-América para estatuir sobre el porvenir político de este continente; y entonces, leyendo las patrióticas páginas del opúsculo de U., verán cuánto ha ganado con el transcurso de los años la idea que en Enrique IV de Francia era quizás un propósito ambicioso, en el abate Saint-Pierre fué una inspiración cristiana, en el Libertador BOLÍVAR una concepción digna de su mente poderosa, y destinado á convertirse en hecho histórico en esta parte del mundo que ha designado la Providencia Divina para laboratorio de grandes reformas sociales.

Todo proyecto de unión y acuerdo entre los Estados sur-americanos está subordinado al previo deslinde de sus respectivos territorios, tanto para saber á punto fijo qué es lo que en materia de dominio eminente se garantizarán unos á otros y todos á todos, cuanto para remover la causa *única* de antagonismo en intereses con que tropiezan nuestros Gobier-

nos. Mientras exista un solo motivo de *antagonismo* no será posible realizar la *unión y común concordia* que se desea ver establecida. Felizmente las cuestiones de límites territoriales se refieren todavía á comarcas desiertas sobre las cuales no hay dificultad para que cada cual ceda en sus pretensiones y, después de examinados los títulos respectivos á la *posesión de derecho*, convenga en el trazado de fronteras que á ningún Estado perjudique ahora ni en lo venidero, y á todos favorezca por afianzarles la salvación de intereses mayores y los inestimables beneficios de una sólida paz recíproca.

Las principales negociaciones de límites tendrán por objeto el deslinde de la hoya del Amazonas, de la cual son condueños Colombia, el Perú, Bolivia y el Brasil. Urge anticiparse con este deslinde á las graves cuestiones que sobre navegación del Amazonas y sus afluentes, y sobre colonización de aquellas vastísimas y ricas comarcas, empiezan á asomar y surgirán en breve con todo el ímpetu de una necesidad mercantil y social de que participan con nosotros la América del Norte y la Europa, y cuya inmediata satisfacción es apremiante. Por dicha nuestra, esa negociación de límites no ofrece dificultades insuperables, antes por el contrario puede conducirse bajo un plan de compensación de intereses presentes y futuros tal, que ninguno de los Estados sur-americanos hallaría oneroso el avenimiento común, y todos quedarían desde luego acordes en las bases de un sistema general de Tratados que abrazarían las materias siguientes :

PRIMERA MATERIA.—“Colonización de los valles amazónicos, requisitos para que las colonias lleguen á formar legalmente nuevas provincias ó Estados anexos al centro federal ó cuerpo de nación á que deban pertenecer ó elijan.”

Esto sería objeto de conferencias y acuerdos entre los Ministros de la Naciones ribeñanas ó afluentes del Amazonas. El Derecho internacional europeo no presenta decisiones tan explícitas como se apetecen sobre el uso inocente de ríos comunes á varios Estados, cuando se las quiere aplicar al Amazonas y sus tributarios. Ni el Viejo Mundo ni la América del Norte ofrece un solo caso de navegación fluvial análogo al vastísimo sistema de grandes ríos que canalizan toda la América Meridional, concentrándose en los cauces del Orinoco al Norte, del

Amazonas al Oriente y del Plata al Sur, y enlazando el comercio y comunicación interna de un Imperio, ocho Repúblicas y las colonias británicas de Demerara. Por consiguiente, las decisiones del Congreso de Viena respecto del Rhin, las relativas á otros ríos comunes en Europa y al Misisipí y San Lorenzo en la América septentrional, resultan incompletas y poco satisfactorias al tratarse del caso imprevisto, singular y complicado que ofrece nuestro continente, y requiere la ordenación de un Derecho público Sur-Americano que estatuya sobre el uso de aquellos ríos, tanto para las naciones riberañas y afluentes, como para las extracontinentales y ultramarinas. Nadie en el mundo disputará la competencia y el exclusivo derecho de las naciones sur-americanas para fijar esas reglas en un Congreso de Plenipotenciarios inspirados por el espíritu liberal y cristiano de la época presente: nadie en Sur-América desconocerá la necesidad urgentísima de tales medidas, desde que el ansia de especulación y las miras de las grandes potencias mercantiles se dirigen hacia las comarcas de la hoya del Amazonas con una especie de impaciencia febril, que puede sernos funesta si no encuentra preceptos que la regularicen y unión entre los propietarios del suelo para hacer respetar lo que hayan estatuido. Unidas por un interés idéntico las Repúblicas riberañas, fácilmente se pondrían de acuerdo sus Representantes para establecer las bases del Derecho público antes indicado; é impulsado el Brasil por la necesidad de su propia conservación las aceptaría también, pues demasiado comprende que el desacuerdo con sus vecinas en materias como la de que se trata sería el principio de la inevitable caída del Imperio, hartado ya por las opiniones y preferencias republicanas de sus súbditos avecindados en la ribera derecha del Amazonas superior.

SEGUNDA MATERIA.—“Determinar las doctrinas que, sin apartarse de los principios del Derecho internacional cristiano, es de precisa necesidad sean adoptadas y proclamadas como bases del Derecho público sur-americano por las naciones de este continente: 1.º sobre integridad y garantía de sus respectivos territorios: 2.º sobre colonizaciones y sus consecuencias respecto del Estado en cuyo territorio se hagan: 3.º sobre el derecho marítimo en lo relativo á neutrales, corso y policía de los puertos y costas: 4.º sobre los derechos de guerra, neutralidad, mediación y asilo, medios de

“mantener la paz entre las naciones sur-americanas é impedir la ruptura de hostilidades: 5.º sobre el carácter, prerrogativas é inmunidades de los Ministros diplomáticos y Agentes consulares, el derecho de recibirlos ó no y de despedirlos una vez recibidos.”

Esta materia encierra todo un sistema de política internacional sur-americana, teniendo por objeto el salvamento de nuestras respectivas nacionalidades, la perpetuación de la paz continental, la legitimación de los medios de defensa con que por ahora contamos para el caso de una guerra exterior, y la fijeza de algunas doctrinas apenas bosquejadas en el Derecho internacional voluntario, de cuya vaguedad se aprovechan frecuentemente las potencias fuertes para cometer demasías y ejercer en nuestras Repúblicas una especie de piratería diplomática, so pretexto de indemnizaciones, introduciendo en favor de sus nacionales cierto método de omnínoda protección absolutamente nuevo y fuera de las prácticas establecidas en los Gobiernos de Europa. Una reseña rápida de los capítulos comprendidos en esta materia bastará para patentizar su alta importancia y la oportunidad de convertirlos en texto de negociaciones á las cuales concurrirían en Congreso los Representantes de todos los Gobiernos sur-americanos sin excepción, pues la causa es común y lo que se decidiera carecería de fuerza y autoridad ante las demás naciones si no aparecía como la expresión de la voluntad de todos nuestros pueblos.

1.º “Los Estados sur-americanos declaran inviolable y se garantizan entre sí la integridad de sus respectivos territorios.”

Esta declaración no establece la interferencia de ningún Estado en los negocios domésticos de otro, tiene una eficacia puramente moral pero bastante para que sea efectiva desde luego entre las partes contratantes por los medios que se indican en el inciso 4.º, y pone la base para llegar á organizar un sistema de defensa, ora fundado en la clausura mercantil del continente respecto de los productos de la nación que lo hostilizase, ora en contingentes de armas que, en mejores tiempos, ó en circunstancias de grave peligro común, convenga oponer á las usurpaciones ú ocupaciones violentas perpetradas por alguna potencia extracontinental ó ultramarina. Garantirse los Estados sur-ameri-

canos sus respectivos territorios y declarados inviolables, equivale á garantir en masa que todo el continente será propiedad exclusiva de las naciones que hoy lo poseen. El efecto moral de este acto no podrá menos de ser profundo en el exterior, y acaso bastará él solo para contener las tentativas de despojo y opresión, pues manifestaría la unidad de ideas y propósitos generatriz de la fuerza, y dejaría entrever los medios irresistibles de que puede valerse la América del Sur reunida en un solo cuerpo para hacer respetar sus decisiones.

2.º “ Los Estados sur-americanos estatuyen las reglas, “ siempre liberales y protectoras, pero prudentes, á que deben “ someterse las colonizaciones en sus territorios; los requisitos “ que deben concurrir en una colonia ya grande para formar “ legalmente una provincia ó nuevo Estado; y las condiciones “ bajo las cuales podrá éste anexarse al centro federal ó cuerpo “ de naciones confederadas que elija.”

La topografía de este continente parece indicar que en lo futuro se formarán en él tres grupos políticos, á saber: la Federación Colombiana en el Norte, la Confederación de las Repúblicas meridionales del Pacífico, y la Confederación de las Repúblicas meridionales del Atlántico con el actual Imperio del Brasil; los tres vinculados por un Derecho público sur-americano común á todos y emanado del Congreso de sus Plenipotenciarios. Sea lo que fuere, es indudable que los tiempos del aislamiento internacional pasarán pronto á impulso de la necesidad suprema de propia conservación, y que los Estados de Sur-América se agruparán constituyendo centros respetables de representación para las relaciones exteriores. Siendo consecuentes á las doctrinas que proclamaron para emanciparse de sus antiguos dominadores europeos, no podrán restablecer para sí, respecto de las colonias que pueblen sus desiertos, las pretensiones de Metrópolis que juzgaron y condenaron al hacerse independientes: por tanto habrán de respetar en las futuras colonias el mismo derecho, reconociéndoles el de elevarse al rango de miembros de la Federación ó Confederación que su interés les haga preferible. Pero el uso de ese derecho no debe ser arbitrario: un puñado de colonos recién establecidos en el desierto no podrán proclamar de súbito que se constituyen en Estado soberano, y poco después que se anexan como se les antoje á la nacionalidad distante de que tal vez se desprendie-

ron para colonizar en el seno de otra : una potencia cualquiera no podrá pretender ni sostener que la horda de salvajes ocupantes accidentales del territorio que más le plazca es Nación soberana, que la reconoce por tal y la toma bajo su protección. Hechos de esta naturaleza, monstruosos y perjudiciales, pero posibles en las actuales circunstancias de la América del Sur, son aberraciones repugnantes como origen y causa de derechos políticos ; á la manera que el buen éxito en depredaciones particulares no constituirá jamás un origen justo de derechos de propiedad. La legislación civil así lo declara : la ley internacional sur-americana rechazará también la absurda máxima de que las depredaciones públicas puedan ser causa generadora de derechos políticos.

3.º “ Los Estados sur-americanos adoptan en punto á Neutrales el principio de que *el pabellón cubre la propiedad, y que la propiedad neutral es libre bajo pabellón enemigo*. En guerra marítima declaran como legítimo el Corso debidamente patentado por naciones reconocidas. En cuanto á la marina mercante, declaran justiciables por las autoridades locales los buques que á sabiendas violen ó desobedezcan las reglas que cada Estado prefije para la policía de sus puertos marítimos ó fluviales, costas y riberas.”

Lo primero es una simple adopción del principio reconocido y practicado por la Federación norte-americana, utilísimo para estas naciones que siempre permanecerán extrañas á las guerras europeas, y cuya marina mercante alcanzará en lo futuro su natural desarrollo á la par con la riqueza pública. Lo segundo contraría las declaraciones de Inglaterra, que no necesita de corsarios y los mira como obstáculos á la supremacía de sus buques de guerra ; pero es doctrina bien recibida por otras potencias cristianas, y es además el único medio de defensa que durante mucho tiempo tendrán los Estados de Sur-América en el caso de una guerra exterior. Lo tercero se reduce al simple ejercicio de la soberanía territorial, sobre lo cual las naciones europeas nunca han suscitado dudas entre sí ; pero pretenden suscitarlas y cometen abusos en este continente, que están dispuestas á igualar con las regencias berberiscas, poniéndolo fuera del Derecho internacional cristiano y de las prácticas europeas : por lo mismo importa cortar el mal de raíz antes que se haga incurable,

4.º “Los Estados Sur-americanos reconocen el derecho “de Guerra y Neutralidad como emanaciones del sumo “imperio de cada soberano; pero en las cuestiones que “entre ellos se susciten se obligan á aceptar la Mediación y “Arbitramento de los demás, cuando formen el mayor número, “sin ocurrir á las armas sino después de agotados los arbitrios “pacíficos de la negociación. Reconocen que el asilo por causas “políticas es un derecho perfecto para los asilados, quienes “nunca estarán sometidos á extradición, ni á expulsión ni inter- “nación mientras no demuestren con hechos que quebrantan la “paz.”

De esta manera, y sin necesidad de armar los neutrales un solo soldado, las guerras internacionales se harían imposibles en la América del Sur por la eficacia y respetabilidad de la Mediación simultánea de todos los Estados entre dos ó más desavenidos; la garantía de los territorios efectiva, pues no podrían tener lugar usurpaciones fraudulentas á mano armada; y los llamados reos de los pretensos delitos de opinión quedarían á cubierto de las angustias que suelen sobrevenirles por no tener más amparo que el buen placer de los Gobiernos, quienes aun estiman como *derechos imperfectos*, respecto de los refugiados políticos, los perfectísimos de la libertad del pensamiento y la seguridad personal. Esta parte del Derecho internacional europeo, que se resiente de fundarse en el principio del vasallaje (*allégeance*) recibiría todas las modificaciones que emanan del principio contrario de la libertad individual, base de las instituciones populares en ambas Américas.

5.º “Los Estados sur-americanos adoptan las cuatro clases “de Ministros diplomáticos determinadas en el Congreso de “Aix-la-Chapelle, fuera de las cuales no reconocen carácter “público en ningún otro funcionario internacional. Por con- “siguiente consideran y tratarán siempre á los Cónsules gene- “rales, Cónsules particulares y demás empleados de este género “como simples agentes mercantiles, sin privilegio alguno per- “sonal ni real que los distinga del común de los vecinos. En “cuanto á los Ministros diplomáticos, que por su carácter “público gozan el privilegio de extraterritorialidad extensivo á “las personas de su séquito y á la casa que habitan, declaran “que ese privilegio no les da el “derecho de asilo” para recibir “en sus casas y sustraer de la justicia del país en que residen “á los reos ó sospechados de delitos comunes. Los Estados

“sur-americanos declaran su voluntad de usar plenamente, y
“cada vez que lo estimen necesario, de la facultad de recibir ó
“no los Ministros diplomáticos que se les envíen y despedirlos
“después de recibidos cuando la persona del Ministro les sea
“desagradable, sin tener que alegar otra causa.”

No es menester expresar las razones que justifican estas declaratorias. Nadie ignora que los vejámenes inferidos á nuestras Repúblicas á causa de abusos y resentimientos personales de los Ministros diplomáticos y Cónsules europeos forman un largo y bochornoso catálogo: nadie ignora que ellos miran su nombramiento y misión cerca de nuestros Gobiernos como una campaña en que han de estrenarse con ruido y adquirir los méritos de una actividad turbulenta para ser promovidos en su carrera. Las naciones sur-americanas podrían sumar por millones de pesos las cantidades que, á título de reparación de agravios é indemnización de falsos ó abultados perjuicios, se les han extorsionado; y todavía son más sensibles los sacrificios de honor que se les han impuesto. La notoriedad de estos hechos y lo irritante de su naturaleza justificarían también la declaración de que los Estados sur-americanos no admitirán ni enviarán misiones permanentes, sino temporales y para determinados negocios, concluidos los cuales cesará la misión debiendo retirarse el Ministro ó teniendo por fenecidos de hecho el ejercicio de su empleo y el carácter público que le confería. Lo cierto es que ha llegado el tiempo de remediar unos males tan frecuentes ya y tan serios, que si no se atajan acabarán por mermar la acción de la soberanía inmanente de nuestras naciones, y hasta poner en peligro su existencia misma.

Tales son las materias en cuya consideración y arreglo habría de ocuparse el próximo Congreso de Plenipotenciarios sur-americanos. Nada hay en ellas de ideal; nada que no sea exequible con sólo quererlo: todo es de utilidad positiva, inmediata, incontestable; todo fácil de realizar sin esfuerzos, sin sacrificios mutuos, sin medidas extraordinarias, sin complicaciones políticas. Un año de consagración á estas importantes tareas bastaría para concluir las; con la ventaja de que su propia índole las pone á cubierto de ser desaprobadas por los Cuerpos legislativos á cuya ratificación habrían de someterse. Si algo valen los consejos de la experiencia y los avisos cotidianos del peligro que puede sobrevenirnos envuelto en los beneficios que

se derivarán para nosotros del libre comercio y trato abierto con el resto del mundo parece que el continuar inactivos, imprevisos y sin determinarnos á sacar nobles frutos de nuestra inocente diplomacia, nos constituirá en una responsabilidad tremenda por las complicaciones y amargas que legaremos á nuestros hijos, habiendo estado en nuestras manos el legarles la paz del continente y su respetabilidad en el exterior.

Me atrevo á creer, mi querido amigo, que estas ideas pueden hallar un lugar en el opúsculo que U. tiene dispuesto para darlo á la prensa, sirviéndole de noticia sobre la índole de las tareas propuestas por los Ministros colombianos para el Congreso que necesariamente ha de instalarse no muy tarde con el objeto de regularizar las relaciones de los Estados sur-americanos entre sí, y de unirlos mediante un Derecho público que les sirva de vínculo común. Ojalá no me equivoque, y tenga la satisfacción de haber contribuído en algo á que el noble propósito de U. sea realizado tan completamente como lo desean los sucesores del filantrópico abate de Saint-Pierre.

M. ANCÍZAR.

ÍNDICE

	PÁGINA
Prólogo de la primera edición	VII
Emiro Kastos	IX
Estudios sociales.—El Sacerdote católico	1
Notabilidades contemporáneas.—Rodín	5
Alpha	11
La juventud.—Su posición en la Nueva Granada	13
Fantasia	19
La coquetería	24
Memorias para la Historia de la Nueva Granada, por José A. de Plaza	35
No hay que desesperar	42
Orden público	46
La imprenta, la inteligencia y la fuerza	50
Cartas á un amigo de Bogotá.—Carta primera	55
” ” ” Carta segunda	61
” ” ” Carta tercera	67
Kossuth.—Política internacional de los Estados Unidos	73
Una noche en Bogotá	77
Correría por Villeta y Guaduas.—Impresiones de viaje	85
Separación del doctor Manuel Murillo del Ministerio	93
Cargos hechos contra nosotros, por conservadores y liberales.—Nues- tra profesión de fe	97
Pobre y rico	103
Costumbres parroquiales en Antioquia.—Mi compadre Facundo	112
El cigarro	123
La situación	126
Algo sobre las mujeres	133
Impresiones eleccionarias	137
Estudios industriales.—La minería en Antioquia.—Artículo primero	140
” ” ” ” Artículo segundo	147
Teatro	155

	PÁGINA
Julia	158
Un baile en Medellín...	165
El año 1855	167
Teatro	170
Teatro	173
Arturo y sus habladurías	176
Recuerdos de mi juventud.—El primer amor	181
Cartas al Sr. Dr. Camilo A. Echeverri.—Carta primera	191
” ” ” Carta segunda.—Un paseo por las montañas	197
” ” ” Carta tercera	204
” ” ” Carta cuarta	211
Un paseo á Rionegro	219
La mujer fuera del matrimonio	224
En el álbum de la señorita María J. Argáez	232
Cartas al Sr. Dr. Camilo A. Echeverri.—Carta quinta	233
Bogotá después de algunos años de ausencia	239
Los pepitos	244
Vanidad y desengaño.—Carta á Luisa	251
Mosaico	257
Antioquia y sus costumbres... ..	262
Recuerdo necrológico.—El tigre	268
Un recuerdo (á Elías Uribe)... ..	271
Cartas al Sr. Dr. Manuel Pombo.—Carta primera.—La tierra caliente	273
Carta del Doctor Manuel Pombo	281
Cartas al Sr. Dr. Manuel Pombo.—Carta segunda	288
El matrimonio en Bogotá	296
Un poco de charla	302
Otro poco de charla.—Amigos y amigas	309
Una botella de brandi y otra de ginebra	315
Enfermedades sociales	328
Una aventura en el Magdalena	335
Impresiones de un viaje al Cauca	343
Manuel Ancizar (Biografía)... ..	361
Carta del Doctor Manuel Ancizar	404

Terminóse la impresión de este
libro en Londres, el día
4 de Junio del
año de
1885

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

~~3~~
3



A 000 531 917 3

